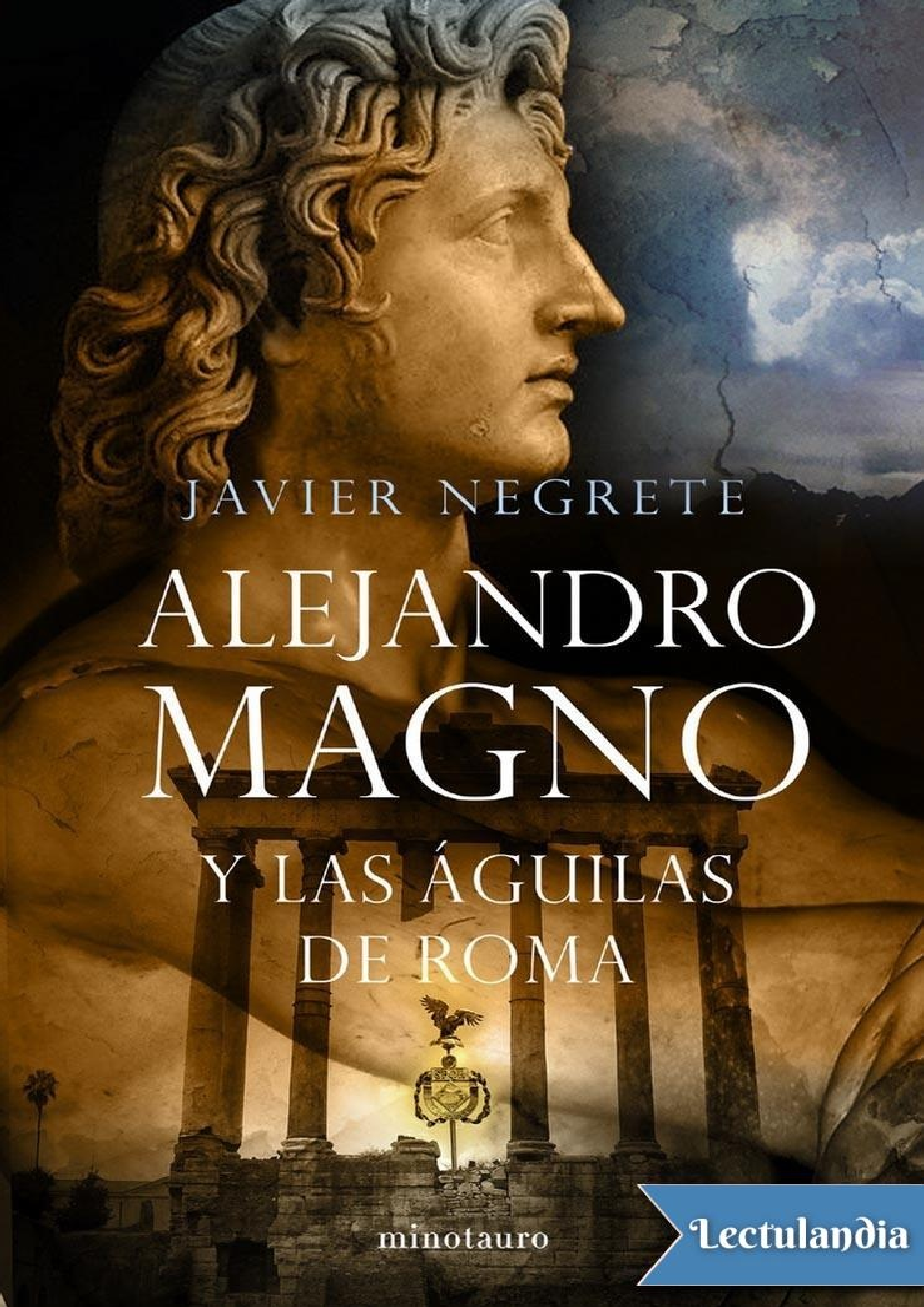

JAVIER NEGRETE
ALEJANDRO
MAGNO
Y LAS ÁGUILAS
DE ROMA
minotauro
Lectulandia

323 antes de Cristo. A los 33 años, Alejandro Magno, el mayor conquistador de la historia, está destinado a morir en Babilonia. Pero Néstor, un misterioso médico que dice haber sido enviado por el oráculo de Delfos, aparece en el instante preciso para salvar su vida. Seis años después del intento de asesinato y tras casi dos décadas de incesantes campañas en Asia y Grecia, Alejandro ha vuelto sus ojos hacia las riquezas de Occidente. En su camino hacia el dominio del mundo conocido, sólo se interpone la mayor potencia militar de Italia, una ciudad que al igual que el propio Alejandro está convencida de la grandeza de su destino: Roma. Es el momento de decidir quién ostenta la supremacía en el Mediterráneo, si las falanges macedonias o las legiones romanas. Los augures y profetas advierten de grandes catástrofes, pues el cometa Ícaro, que apareció al mismo tiempo que Alejandro volvía a nacer en Babilonia, crece noche a noche en el firmamento. Aún peor, los cálculos del extravagante astrónomo Euctemón predicen que, como en el mito, Ícaro se precipitará sobre la Tierra. Y mientras tanto, Alejandro y Roma se disponen a librar la gran batalla de la Antigüedad en las faldas del monte Vesubio.

Lectulandia

Javier Negrete

Alejandro Magno y las Águilas de Roma

ePUB v1.0
Rov 09.05.11



Título Original: Alejandro Magno y las águilas de Roma
Editorial: Minotauro
Colección: Ucronía
Fecha Publicación: 29/05/2007
Páginas: 496
Cubierta: Cartoné
Primera edición: mayo de 2007

Mapas de Pablo Uría Díez
www.pablouria.com

Avda. Diagonal, 662—664, 6.a planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.scyla.com

ISBN: 978-84-450-7648-4
Depósito legal: B. 24.041-2007
Fotocomposición: Anglofort, S. A.
Impresión y encuadernación: EGEDSA

Impreso en España
Versión en ePub: Rov, Mayo 2011

León Arsenal y José Miguel Pallarés,
dos grandes amigos y escritores
que han estado sufriendo a la vez que yo
los dolores de un parto literario.

¡Suerte para los tres!

He utilizado las unidades de medida griegas y romanas. Indico a continuación sus equivalencias aproximadas.

Medidas griegas

1 codo = unos 46 centímetros.
1 estadio = 180 metros.
1 talento ateniense = 26 kilogramos.
1 cotila = 1/4 de litro.

Medidas romanas

1 pie = unos 30 centímetros (296 mm).
1 dedo = unos 2,5 centímetros.
1 milla = 1.480 metros.
1 libra = 327 gramos.

Alfonso Merelo

Alejandro Magno y las Águilas de Roma
Javier Negrete

Escribir sobre la reciente novela de Javier Negrete en esta columna es hacer casi una crítica de novedades, que parecen más propias de otros ámbitos de esta web. Pero, teniendo en cuenta que es una ucronía en toda regla, considero oportuno aunar la actualidad con la finalidad de esta columna. Por tanto vamos a analizar qué hubiera ocurrido si Alejandro Magno se hubiera enfrentado a Roma, según la versión que nos proporciona Javier Negrete.

En primer lugar habría que decir que Roma sí se enfrentó al "imperio griego", aunque no en tiempos de Alejandro. Sería unos cuarenta años después cuando Pirro venció a las legiones romanas, primero en la batalla de Heraclea y posteriormente en Áusculo, situada a unos ciento sesenta kilómetros de la actual Tarento. En esa última batalla los griegos sufrieron tantas pérdidas que el propio Pirro comentó: "Otra victoria como ésta y estoy perdido". Desde entonces se conoce este tipo de acciones como "victorias pírricas".

Pero volvamos atrás y veamos cuales son las variaciones que nos ofrece *Alejandro Magno y las Águilas de Roma* respecto de la historia real. Hay que considerar que el libro parte de una hipótesis que hace sobrevivir a Alejandro a su muerte real. En 323 a.C., a los treinta y tres años de edad y después de conquistar el Imperio Persa, moría en Babilonia el mayor conquistador que vieran los tiempos. Muchos historiadores contemplan la posibilidad de que la muerte del Rey de Reyes fuera motivada por la ingesta de un veneno. Otros atribuyen su muerte como consecuencia de unas fiebres desconocidas. Javier Negrete utiliza el recurso del veneno para salvar a su héroe modificando en ese momento toda la historia posterior. Un médico, llegado directamente de Delfos, diagnostica el envenenamiento y mediante su ciencia salva la vida del Rey. La acción se traslada seis años en el futuro. Estamos en 317 cuando el ejército de Alejandro se interna en la península Itálica. Allí, frente al Vesubio, va a enfrentarse a las legiones romanas dirigidas por el dictador Lucio Papirio Cursor en una memorable batalla recreada de manera magistral, pese a las licencias propias de una historia novelada. El autor enfrenta dos maneras de concebir la guerra. En realidad enfrenta dos mundos contrapuestos: el pujante de la joven Roma y el ya afianzado y, por tanto en proceso de declive, Imperio griego. Podríamos decir que se trata del enfrentamiento entre oriente y occidente. Este enfrentamiento no se produjo en la magnitud descrita ni en ese momento, pero las extrapolaciones son muy verosímiles y creíbles.

En esos años Roma comenzaba a destacar como potencia hegemónica en Italia, aunque sufría reveses militares severos. En 321, los samnitas aniquilaron a un ejército

romano en Las Horcas Caudianas. De este desastre Roma se recuperaría y emprendería una conquista de toda Italia y posteriormente del resto del mundo conocido. La premisa planteada supone que apenas cuatro años después del revés con los sammitas, Roma es capaz de enfrentarse al mejor ejército del mundo en esa época, e incluso vencer en ocasiones a los sarissas griegos. La actualidad de la novela impide desvelar el final, pero si podemos efectuar un recorrido por los escenarios que se contemplan en la historia.

Por una parte nos adentramos en el ejército griego. Con una visión general de su campamento base, conocemos cómo conviven todas las etnias griegas; los soldados de las diferentes polis, desde los espartanos hasta los atenienses, pasando por los macedonios y la famosa formación de Los Compañeros, el ejército de jinetes más fiel a Alejandro. Por otro lado, y de nuevo a través de ojos griegos, contemplamos la ciudad de Roma y su "sutil" democracia senatorial. Es posible que las legiones romanas no existieran como tal en la época. Negrete extrapola, y se arriesga indudablemente, enfrentando a la legión con la falange griega. Tal vez ni una ni otra existieran en esa época, y desde luego es mucho más improbable que llegaran a coexistir.

La conjugación de personajes históricos reales con los meramente novelescos es una seña de identidad del relato histórico. Indudablemente Alejandro Magno, el hijo de Filipo de Macedonia, es uno de los protagonistas reales. Sobre él se arroja mucha información al lector, sus conquistas, ser pupilo de Aristóteles y su supuesto declive en los últimos días de su vida real y su profunda depresión a la muerte de su amigo y "amante" Hesfestión. Otro personaje real es una de las mujeres de Alejandro, Roxana, una princesa bactriana, que tendrá mucha relevancia en la novela. Entre los personajes reales romanos encontramos a Lucio Papirio Cursor. Este personaje fue cónsul cinco veces (la primera de ellas en 333 a.C.) y dos veces dictador. Según las crónicas imponía una durísima disciplina sus hombres, pero ganaba batallas. Él fue el continuador de las guerras contra los sammitas consiguiendo grandes victorias. Un personaje curioso es Gayo Julio César, se supone que un antepasado del famoso Julio César. Pese a no ser el personaje real, este César reúne las mismas condiciones que su homónimo, siendo buen tribuno, "galante" con las mujeres y "caballero" con los prisioneros griegos.

Pese a que la historia reúne todos los elementos para ser una ucronía, ésta pertenece al tipo que denomino "falsa ucronía" o "ucronía falseada": la bifurcación histórica se produce como consecuencia de elementos ajenos a la historia real —interviene un deus ex machina—, que hace que la continuidad quede perturbada por una injerencia "ahistórica". Está claro que Negrete planea una continuación a la misma, ya que en los agradecimientos habla de la continuación que titulará El último viaje de Alejandro. Los elementos fantásticos disminuyen la fuerza de la historia,

puesto que las cosas no ocurren por el devenir propio del hecho histórico modificado, sino que más bien parecen marcadas por un destino por encima del de los hombres. En todo caso, Alejandro Magno y las Águilas de Roma reúne tantos elementos positivos que hacen de ella una de las historias ucrónicas más importantes escritas en los últimos tiempos.


GOLFO JONIO
LACIO
Río Tíber
ROMA
ORTONA
Ciénagas Pontinas
Lago de Diana
Monte Másico
Monte Circeo
CAPUA
CAMPANIA
TARRACINA
FORMIAS
CUMAS
NEÁPOLIS
El cráter
NUCERIA
Vesubio
IRNA
POSIDONIA
Cabo Pitecusa
CORSICA
SARDINIA
SICILIA


¿HACIA THULE E HIPERBÓREA?
¿CASITÉRIDES?
CÉLTICA
IBEROS
Columnas de Heracles
GADIR
MASALIA
CÓRSICA
SARDINIA
ROMA
GOLFO JONIO
Río Istro
Agrianos
Getas
MACEDONIA
TRACIA
GRECIA
ESPARTA
ATENAS
CRETA
CIRENE
Númidas
CARTAGO
SICILIA
LIBIA
Garamantas
Escitas
Río Tanais
Escitas
Escitas
Masagetas
MEOTIS
Saurómatas
PONTO EUXINO
PONTO EUXINO
CÁUCASO
MAR HIRCANIO
FRIGIA
SARDES
ASIRIA
Río Tigris
Río Éufrates
MEDIA
ECBATANA
MESOPOTAMIA
SUSA
BABILONIA
CHIPRE
DAMASCO
TIRO
ALEJANDRÍA
SIWA
MENFIS
EGIPTO
TEBAS
Río Nilo
ARABIA
MARACANDA
SOGDIANA
PARTIA
BACTRIA
PERSIA
DRANGIANA
PERSÉPOLIS
CARMANIA
GEDROSIA
Río Indo
INDIA

JUNTO A LOS RÍOS DE BABILONIA

15 de decio según el calendario macedónico,
16 de ayaru en el calendario de Babilonia.

Año 1 de la 114.ª olimpiada.
431 ab urbe condita. [1]

Ese cabrón tiene que morir.

—No hables así de él. Es Alejandro.

—Es mi esposo. Y tú eres su general y su amigo y te acabas de acostar conmigo. Otra vez. Perdicas, jefe de la caballería de los Compañeros del Rey, se apartó un poco de Roxana para que el aire corriera entre ambos y le secara el sudor. Se sentó con las piernas cruzadas y contempló a la joven. Estaba desnuda, como él, con los brazos abiertos y los muslos algo separados para evitar el contacto irritante de su propia piel empapada. Hija de un sátrapa de Bactria, había heredado de su madre india una tez más oscura de lo que solía gustarles a griegos y macedonios, pero Perdicas ya llevaba tantos años en Asia que se había acostumbrado y empezaba a encontrar insípidas las pieles demasiado blancas. Extendió una mano y le acarició el vientre, tenso como una pandereta y más caliente que el resto del cuerpo. Sólo en él y en los pechos algo más hinchados se notaba que Roxana estaba encinta de cuatro meses. Pero lo perdido en silueta lo había ganado en aroma, y ahora su sudor estaba impregnado de una fragancia que a Perdicas le bajaba directo de la nariz a los ijares. Aunque había trabajado a conciencia para dar placer a la joven, volvió a excitarse; su gruñido de dolor provocó una carcajada de Roxana.

—Eres tan lujurioso como los escitas, que se acuestan con sus propias yeguas.

—Hasta una estatua de mármol sentiría lujuria contigo —respondió Perdicas, venteando el sudor de la joven.

—Convence de eso al bujarrón de mi esposo.

A Perdicas le sorprendía con qué énfasis pronunciaba Roxana las palabrotas. Cuando hablaba griego sus vocales aspiradas rechinaban como la amoladera al afilar la espada, pero se expresaba con más fluidez que muchos macedonios de la infantería. Los idiomas eran uno de los muchos talentos que escondía tras la máscara de su belleza. De haber sabido que la mujer de Alejandro era tan inteligente, Perdicas

jamás se habría metido en su cama.

—Ya te he dicho que no hables así de él. No es decoroso.

—¿Decoroso? Qué cosas más graciosas dices a veces. Mírate a ti y mírame a mí. —Roxana se rió, y bajo sus pómulos altos y redondeados se formaron dos hoyuelos de aspecto inocente. Eran más peligrosos que los colmillos de un áspid.

Según atestiguaban muchos observadores, Roxana era la segunda mujer más bella de Asia después de la difunta Estatira la Mayor, hermana y esposa del gran rey Darío. Perdicas no podía jactarse de haber visto a todas las mujeres de Asia en sus doce años de campaña, pero dudaba que hubiera muchas como Roxana. De ser una hetaira griega amante de desnudarse en público, podría haber servido como modelo para una Afrodita pintada por el gran Apeles. Pero aunque tenía un cuerpo como para quemar otra vez Troya y Persépolis juntas, su arma principal eran los ojos. Ahora, a la luz de la lámpara, a Perdicas se le antojó que brillaban como el lago Orestis bajo el creciente de una noche de invierno en las tierras altas de su Macedonia natal. Cuando esos ojos oscuros y rasgados te miraban, parecía que no existía nada más en el mundo: tenían la virtud de capturar a los hombres de uno en uno, aunque fuera en el centro de una reunión, como si una magia animal creara un túnel que unía sus pupilas con las de su desventurada presa y arrojara un lazo pegajoso a través de él.

Así debía de haber caído el mismísimo Alejandro en sus redes tras tomar la inexpugnable Roca Sogdiana. Allí conoció a Roxana y, sin consultar con nadie, le pidió su mano a su padre Oxiartes, gobernador de Bactria. Aquello provocó el estupor de quienes le habían visto demorar el matrimonio con diversas excusas y sabían que había partido de Europa sin cumplir el deber dinástico de engendrar primero un heredero para el trono de Macedonia. Pero Perdicas no podía culpar a su amigo y señor, pues él mismo se había rendido a los brazos de Roxana durante el crucero en que bajaron por las aguas del Indo, cuando las angosturas del barco habían creado una intimidad a la que resultaba difícil escapar. Ay, si no hubiera aceptado la invitación de Alejandro de viajar en la nave capitana, no estaría pensando en envenenar a un rey...

—¿En qué piensas? —preguntó ella al darse cuenta de que las pupilas de Perdicas se habían contraído, desenfocadas en la lejanía.

—En por qué odias tanto a Alejandro —mintió él.

—Te lo he explicado muchas veces —contestó Roxana, apartando la mirada de él para examinar las flores de oro espolvoreado pintadas en sus uñas.

Era cierto. Perdicas se sabía de memoria los motivos de ese odio. Roxana aborrecía a Alejandro porque, pasado el primer entusiasmo, ya no compartía su lecho casi nunca, lo que significaba no sólo que no le daba placer, sino algo mucho peor, que no se dejaba manipular por ella. También lo aborrecía porque prefería a los jovencitos como el bello eunuco Bagoas, y a los no tan jovencitos como su llorado

Hefestión.

Pero la paja que había quebrado la espalda del camello, como decían en Bactria, era que en las multitudinarias bodas celebradas meses atrás en la ciudad de Susa Alejandro se había casado con Estatira la Menor, hija del rey Darío. El comentario de Roxana a Perdicas había sido: «Ningún hombre que haya entrado en mi lecho se acuesta luego con otra mujer». Lo peor, lo sabía él, no eran los celos carnales, sino que el nuevo matrimonio de Alejandro significaba futura competencia para el fruto que llevaba Roxana en el vientre: había muchos que no se privaban de comentar que un hijo que compartiera a la vez la sangre de Alejandro y de Darío tendría mucho más derecho a la tiara real que otro nacido de una chica de provincias como Roxana. El propio Perdicas encontraba razonable ese argumento, aunque tenía buen cuidado de no expresarlo en voz alta. Entre otros motivos porque no tenía muy claro que la criatura que abombaba la tripa de Roxana fuera fruto de la semilla de Alejandro y no de la suya.

En esas mismas bodas Perdicas había tomado a Amitis, hija de otro sátrapa persa. Alejandro debía pensar que al darle su mano le había concedido un gran honor, pero aquella mujer flaca y feúcha que lloraba cada vez que copulaban no le había dado más que insatisfacciones.

—Tú sabes que hay que hacerlo —insistió Roxana—. Alejandro debe desaparecer.

—Lo sé, pero yo no le odio como tú.

—Sí que le odias. Lo que pasa es que no eres lo bastante hombre para reconocerlo. —Esta vez la sonrisa de Roxana fue cruel, y por lo tanto sincera.

Perdicas apartó el visillo que rodeaba la cama y bajó al suelo. Las baldosas estaban tibias bajo sus pies: sólo empezarían a enfriarse en las últimas horas de la noche. Pasó al lado del hercúleo esclavo sordomudo que agitaba el flabelo para darles aire, tomó del velador una copa de vino muy aguado y se acercó a la ventana. Al hacerlo vio su propia sombra en la pared, proyectada por las llamas de la lámpara. Era casi triangular, como las figuras de los antiguos jarrones atenienses: cintura escurrida y hombros anchos y rectos. Para tener treinta y siete años conservaba el cuerpo de un hombre mucho más joven. Otros generales como Seleuco o Leónato habían tenido que confeccionarse corazas nuevas para poder ceñírselas a la barriga, pero a él aún le servía la que utilizó en el Gránico, su primera batalla en suelo asiático.

—No le odio —repitió, más para sí que para Roxana—. Pero ya no le admiro como antes.

El Éufrates era un espejo negro en el que nadaban mil luciérnagas acuáticas, reflejos de la gran ciudad. Al otro lado del río se levantaba el Esagila, el gran templo del dios supremo Marduk, con su fabulosa torre escalonada Etemenanki. Las

antorchas de los obreros que la estaban restaurando seguían encendidas, y el sonido de los picos y las voces de los capataces llegaba a ratos traído por los caprichos de la brisa, pues Alejandro había ordenado que se trabajara día y noche para devolver a Etemenanki su antiguo esplendor.

¡Babilonia! Cuando Perdicas y los demás Compañeros del Rey eran quince años y un millón de muertos más jóvenes, leían una y otra vez los comentarios y relatos de Heródoto sobre aquella ciudad. Pero lo que había escrito sobre Babilonia se quedaba corto. Aquella ciudad tenía dos mil años, mucho más que los más vetustos linajes griegos, y dentro de sus murallas se aglomeraba cerca de medio millón de personas; nadie lo sabía con exactitud, porque era imposible hacer un censo exacto. Con tal de no pagar impuestos, los babilonios, los hombres más pícaros del mundo, mentían lo que fuera menester.

Babilonia... Qué distinta había sido la segunda entrada del ejército macedonio. En la primera venían de derrotar al ejército de Darío en Gaugamela, la mayor batalla de la historia. Entonces los Compañeros del Rey eran de verdad sus amigos y no sus súbditos, y todos compartían sus sueños de gloria y aventura, el ardiente póthos de Alejandro, su anhelo de llegar al Océano que circunda el mundo y clavar la bandera con la estrella de los Argéadas donde ningún hombre hubiera llegado antes.

Los conquistadores que habían vuelto a entrar en Babilonia casi ocho años después eran otros hombres. Infinitamente más viejos. Habían sobrevivido a muchas cosas. La salvaje guerra de exterminio en las tierras de Bactria y de los escitas, en la que habían tenido que elegir entre masacrar sin piedad o ser masacrados. El cruce de las montañas del Paropamiso, donde casi tocaban la bóveda del cielo y su aliento se congelaba antes de salir de los pulmones. La campaña de la India, donde los enemigos más terribles no fueron los elefantes del rey Poros, sino las cobras, las tarántulas, los mosquitos gigantes y la humedad que les pudría los pies. El regreso al oeste por la inhóspita Gedrosia, el mayor error de Alejandro, que siempre había sido tan previsor con el abastecimiento de sus tropas y que esta vez los había conducido a través de un desierto de arena y sal que acabó sepultando a más hombres que todos sus enemigos juntos. En cada uno de esos sitios los jóvenes ardientes que seguían los sueños de Alejandro se habían ido dejando unos cuantos jirones del cuerpo y muchos del alma.

Y todo mientras él se endiosaba más. Ya dio un aviso en Egipto, con aquella expedición al oasis de Siwah para consultar al oráculo de Zeus-Amón quién era su verdadero padre. No, claro, a Alejandro no podía valerle un vulgar Filipo, aunque ese Filipo fuese el unificador de Macedonia, el conquistador de Grecia, el creador de la máquina militar que había conquistado medio mundo con su infantería de sarisas y sus imparables cargas de caballería. Alejandro necesitaba un dios como padre, ¿y por qué conformarse con una divinidad de segunda fila pudiendo elegir al propio Zeus?

Después, el ritual de la prosternación. Alejandro no sólo se consideraba vencedor de Darío, sino también su legítimo heredero, y había insistido en que todos respetaran los rituales de la corte persa. Los macedonios habían conseguido a duras penas que en vez de arrastrarse y clavar las rodillas ante él, como hacían los súbditos persas, bastara con una inclinación de cabeza para mostrar su respeto al hombre al que nunca habían llamado «rey» ni «señor», sino Alejandro a secas. Pero sólo tras acerbas discusiones, y después de ellas las relaciones entre él y los hetairoi, sus Compañeros, nunca habían vuelto a ser iguales.

Y luego estaban los cadáveres que había dejado por el camino. Filotas, jefe de la caballería del rey: ajusticiado por conjurar contra él. El gran Parmenión, artífice de buena parte de los triunfos de Filipo y del propio Alejandro: muerto para que no pudiera cobrarse la venganza de sangre, pues era padre de Filotas, y también para que su generalato dejara de robar protagonismo a los triunfos de Alejandro. Calistenes el sobrino de Aristóteles, filósofo y cronista de la expedición a Asia: ejecutado por una supuesta conspiración; en realidad, por ridiculizar las costumbres orientalizantes y despóticas de Alejandro. Clito el Negro, veterano, hermano de leche de Alejandro, el mismo que le había salvado el pellejo en la batalla del río Gránico: atravesado con una lanza en una discusión de borrachos.

Cada uno de nosotros tiene miedo de ser el siguiente, pensó Perdicas. Además, ya habían cumplido demasiados años para seguir a Alejandro en sus últimos sueños de conquistar Arabia, Libia y quién sabe qué remotos países más. Muchos de ellos eran cuarentones y querían recoger los frutos de sus campañas, disfrutar de un buen vino contemplando el atardecer desde un palacio, acostarse con sus mujeres por la noche y revolver los rizos de sus hijos al levantarse. ¿Qué les ofrecía Alejandro? Tragar polvo un día y otro día recorriendo desiertos sólo para alcanzar el próximo horizonte y comprobar que aún no era el último.

Y sin embargo...

Sin embargo a Perdicas le quedaba la duda de saber qué encontraría Alejandro tras el próximo horizonte.

Roxana contuvo un bostezo. Últimamente, con el embarazo, se le cerraban los ojos a todas horas y el sueño le resultaba más dulce que cualquier manjar. Pero ahora no podía rendirse a ese placer: tenía que resolver el asunto de Alejandro de una vez. Aunque Perdicas estaba casi de espaldas y apenas le veía parte del rostro, Roxana percibía las dudas que le atormentaban. Era un momento muy peligroso para ella. Si le invadía un arrebato de esa lealtad que despertaba Alejandro entre sus hombres y acudía a confesárselo todo, estaba perdida.

—Ven a la cama, general —le llamó.

—Ahora. Espera.

Perdicas no tenía mala silueta, y lo sabía. Roxana se había dado cuenta de que él mismo se había detenido un instante a mirar su sombra. El mayor defecto de Perdicas era la vanidad; el más dificil de disimular y el que más vulnerable hacía a los hombres.

Qué débiles son. Lo eran por albergar deseos contradictorios y debatirse indecisos entre ellos. El sol y la luna a la vez. Querían mujeres atadas a su lado, encerradas sólo para ellos en sus casas, sus cuevas, sus tiendas o sus harenes, pero también codiciaban las ajenas y para conseguirlas abandonaban a las propias en sus hogares. Al levantarse por la mañana querían ser inmortales, pero por la noche destruían sus cuerpos comiendo y bebiendo hasta desplomarse.

Pero Alejandro no era así. Vivía sólo con un deseo, el poder total, y esa fijación lo volvía casi imposible de manejar. Al menos si quien intenta manejarle es una mujer, pensó con un veneno que corroía su propia mente.

Por fin, Perdicas se volvió hacia ella, y Roxana observó que tenía el gesto descompuesto. Las dudas, siempre las dudas. ¿Por qué ese hombre no crecía de una vez?

Porque es un hombre.

—Ven aquí —insistió, sentándose sobre los talones y apoyando las manos en los muslos para disimular la tripa y juntar más los pechos. Sabía que él no se resistiría, y no lo hizo.

Roxana, que aún no era madre, acunó a Perdicas como si lo fuera y le acarició la piel desnuda desde el hombro a la cadera. Le gustaba el cuerpo del macedonio. Era más fibroso que el de Alejandro, y le recordaba a las rocas y quebradas de su tierra bactriana. Lo más importante era que cuando le hacía el amor no pensaba en otra cosa. Al contrario que Alejandro, que pasados los primeros días debió de aburrirse de ella y cuando se ponía encima parecía que estaba calculando cuántos sacos de avena tenía que comprar para dar de comer a los puñeteros caballos de su no menos puñetero ejército. Pues, para su mortificación, Roxana, la mujer más bella de Asia, había acabado comprendiendo que si Alejandro se había casado con ella era para aliarse con su padre y terminar así con la larga carnicería en que se había convertido la guerra de Bactria y Sogdiana.

—Creo que dentro de dos días celebra un banquete —dijo, como al desgaire.

—Sí —respondió Perdicas—. Lo hará en honor de Nearco, que ha vuelto a salvo de su última expedición con la flota. Y, por supuesto, también es en honor de Hefestión.

—Ya. Hefestión. —El nombre del difunto amigo de Alejandro siempre le dejaba un resabio de bilis en la boca. *Que Angra-Mainyu atormente su alma por toda la eternidad.*

—Así que volverá a beber la copa de Heracles en su honor —añadió Perdicas.

—A eso iba. Será el último vino que beba Alejandro.

Perdicas se apartó un poco de ella y la miró de lado, incómodo. Llevaban un tiempo planeándolo, tanto que no sabía en qué momento se había colado por primera vez entre ellos el sustantivo «muerte»; mas a pesar de eso seguían asustándole las palabras. Sí, él también quería que Alejandro desapareciera de su vida y de la de todos, pero sin ensangrentarse las manos, sin tan siquiera mancharse los labios.

Roxana se giró en la cama, apartó un poco el visillo y se sentó en el borde. En su lado del lecho había una mesilla y sobre ésta una caja de madera lacada, traída de Oriente. De su interior extrajo una bolsa de gamuza atada con un cordel rojo. La joven soltó el nudo y olió un poco.

—Ten cuidado... —le dijo Perdicas, sospechando que ése era el tóxico.

—La *vishamushti* sólo es venenosa comiéndola o bebiéndola.

Perdicas tomó la bolsa con prevención y examinó el interior. Estaba llena de un polvillo blancuzco. Olisqueó con mucha precaución. No percibió nada. En ese momento, Roxana le metió un dedo en la boca; Perdicas notó un sabor a bellota amarga y escupió.

—¿Qué demonios...?

Roxana se rió mientras le quitaba la bolsa y volvía a anudarla.

—Tranquilo, era una pizca. Se necesita mayor cantidad que ésa para matar a un hombre tan atlético como tú —añadió, acariciándole el pectoral izquierdo por debajo de la cicatriz que le había dejado una flecha en Gaugamela—. En la India utilizan las semillas de esta planta en porciones muy pequeñas para mejorar el apetito y el deseo sexual. Yo misma he comprobado cuál es la dosis mortal.

—¿Ya has envenenado a alguien? —preguntó Perdicas, mirándola con cierta repugnancia.

—Tenía que verificarlo por mí misma antes de actuar —contestó ella con una franqueza tan brutal que casi parecía inocente—. Lo hice con una mujer del harén de Susa, antes de las bodas reales.

Roxana le contó que esa mujer había cometido el delito de criticar sus modales en público llamándola «plebeya montañesa». Pero, sobre todo, había tenido la mala suerte de ser necesaria para su experimento y prescindible para cualquier otro propósito. Poco después de comerse el pastelillo envenenado, la concubina (si Roxana se acordaba del nombre, no se molestó en decirlo) empezó a encontrarse mal. Cuando avisaron al médico del harén, la mujer se quejó de un hormigueo que le arrancaba de la nuca y le recorría todo el cuerpo, y al cabo de un rato se puso a tiritar presa de un pánico cuya razón era incapaz de explicar. Después la tiritona se convirtió en violentas convulsiones, y la mujer empezó a chillar diciendo que sentía unos pinchazos terribles en el abdomen y el estómago. Entre los espasmos su cuerpo se

relajaba, pero esos períodos eran cada vez más breves, y el sufrimiento, mayor. Su agonía fue larga, entre fiebres, sudores, sacudidas incontrolables y una sed que no podía calmar porque tenía la garganta cerrada y los dientes tan apretados que ya le era imposible hablar. Poco a poco su cuerpo se fue retorciendo, las mandíbulas se le encajaron y el rostro se le ennegreció. Cuando murió, tras dos días de padecimientos, tenía el rostro contraído en un gesto espantoso y el cuerpo curvado como un puente.

—¿Y tú lo viste todo? —preguntó Perdicas, escandalizado del placer con que Roxana le refería los detalles.

—Como única mujer legítima de Alejandro, puedo visitar todos los rincones del harén cada vez que me place.

—Es igual que el tétanos —dijo Perdicas, que había visto morir así a muchos soldados—. Una muerte horrible.

—Por eso elegí la *vishamushti* cuando Calano me habló de ella.

—¿Calano sabía que la ibas a usar para...?

—Él sólo sabía que yo era una mujer curiosa.

Calano era un gimnosofista de la India, uno de aquellos sabios que se pasaban la vida meditando para alcanzar quién sabe qué extraña pureza de pensamiento, como una especie de imitadores de Platón o Pitágoras vestidos tan sólo con taparrabos. Roxana y Calano hablaban a menudo mientras viajaban Indo abajo con la flota y el ejército. En aquel entonces Perdicas, ingenuo de él, había pensado que la joven quería saber más sobre las costumbres y religión del país de su madre. Era evidente que sus conversaciones tenían un motivo más práctico y siniestro.

—La dosis que le daremos a Alejandro será menor —dijo Roxana—. Durará más días y las señales serán menos exageradas, pero al final morirá igual. La gente pensará que se trata de una enfermedad natural. En esta ciudad rodeada de pantanos y mosquitos, ¿quién va a dudarlo?

Roxana se volvió al esclavo y le hizo una seña para que abanicara con más ganas.

—Después, cuando Alejandro muera —prosiguió—, iremos a Macedonia.

Cuando Alejandro muera. A Perdicas le seguía sonando duro, pero se iba acostumbrando a la idea. Ahora que tenía en la mano la bolsa con el veneno y que pasaban de la pura abstracción a algo más concreto, casi se sentía liberado.

—Tendremos que viajar rápido —dijo Perdicas—. Hemos de llegar antes que Crátero, y sobre todo antes que Casandro.

—Llevo años viajando con el ejército. ¿Alguna vez me he quejado?

—No. Eres una mujer dura —dijo Perdicas, acariciándole la barbilla en gesto paternal, pero al ver la mirada de través de Roxana apartó la mano. Cuando hacía planes no estaba para carantoñas.

—Mi hijo nacerá en Macedonia para que lo coronen rey, y luego volveremos a Susa. Babilonia no me gusta.

—Los macedonios somos gente orgullosa. La asamblea de los guerreros siempre ha elegido a su soberano entre los Argéadas, pero no se le puede imponer una decisión.

—Yo te digo que elegirán al hijo de Alejandro.

Si es que es hijo de Alejandro, pensó Perdicas. Al menos, él tenía la tez más bien clara y el cabello del color del trigo: si la criatura era suya y se parecía a él en vez de a Roxana, podría pasar por hijo de Alejandro.

—¿Qué pueden hacer tus orgullosos macedonios? ¿Elegir a Arrideo para que se limpie las babas con el manto de púrpura? —añadió Roxana, refiriéndose al hermanastro tarado de Alejandro.

–¿Y si nace una niña?

Roxana se levantó de la cama, pasó rozapdo al esclavo como si fuera un mueble y tomó las ropas que había doblado sobre el arcón. Mientras se vestía le explicó:

—Ya había pensado en eso. Será un niño.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó Perdicas, recogiendo su propia túnica del suelo.

—Las mujeres sabemos esas cosas. Pero si fuera niña, tendré a mano un varón recién nacido en el momento oportuno. Perdicas comprendió. En ningún caso habría niña.

—Es una lástima. Una hija tuya y mía podría ser muy bella. Incluso más bella que tú.

—Si alguna vez tengo una hija más guapa que yo, la mataré. Roxana sólo sonrió con la boca, y a Perdicas se le heló la sangre en las venas al comprender que hablaba en serio.

Perdicas y su escolta cruzaron el Éufrates por el pasaje subterráneo construido por Nabucodonosor y, tras sortear a los mendigos que dormían entre charcos de orines, salieron junto a la muralla que rodeaba el recinto del templo de Marduk. De allí giraron a la izquierda para volver al palacio. La brisa que soplaba antes se había encalmado y ahora el aire se pegaba a la piel como lana mojada en agua caliente; del río subía olor a cieno y juncos podridos. La noche estaba entrada, pero aún quedaba tráfico. Las carretas que durante el día no podían maniobrar por las calles atestadas llevaban ahora sus productos a los comercios del centro, acompañadas por grupos de tres o cuatro hombres armados con porras o puñales; en cambio, las que acarreaban los abonos humanos iban solas: a ésas, que se olían de lejos, no las asaltaba nadie.

Roxana había salido antes que él, acompañada tan sólo por su esclavo sordomudo. La casa donde se había citado la pareja pertenecía a un egipcio que traficaba con marfil y pasaba fuera la mayor parte del año; su ecónomo se la había alquilado a Epiboas, el oficial que ahora mismo caminaba junto a Perdicas. El

nombre de éste no constaba en ninguna parte.

Aun así me acabarán pillando, se dijo. Esa loba bactriana le tenía bien cogido. Conociendo a Alejandro, si descubría el adulterio se limitaría a repudiarla, e incluso era posible que soslayara el asunto por no volver a agitar el avispero de Bactria y Sogdiana. Pero el destino ineludible de Perdicas sería un pelotón de lanzas.

O muere él, o muero yo.

Dejaron a su derecha la mole de Etemenanki. Perdicas pensó qué diría si al llegar al palacio se encontraba con Alejandro. *No pasa nada*, se repetió: eran muchos los altos oficiales que por las noches se perdían por los callejones para explorar los placeres de la ciudad de la lujuria.

Lo que habría parecido impensable era que la mujer de Alejandro también se escabullera en la noche acompañada de un solo sirviente, por forzudo que fuese éste. Pero Roxana era mucha Roxana para tenerla encerrada en un harén, y su condición como única esposa del rey en Babilonia (Estatira seguía en Susa) era muy distinta de la del resto de las mujeres del serrallo, una herencia de los tiempos de Darío con la que Alejandro no sabía muy bien qué hacer. El rey tenía tan descuidado el harén que, a sus espaldas, los eunucos lo habían convertido en un prostíbulo de lujo para magnates babilonios y nobles persas y macedonios.

Eso le recordó el asunto de la cortesana para el banquete.

—¿Has elegido ya a la chica? —susurró.

—Sí —contestó Epiboas. Los demás guardaespaldas eran masagetas que no entendían mucho de griego y aún menos del dialecto macedonio—. Es una babilonia llamada Nina. El oro la vuelve loca. Ya la hemos pringado en un par de cosas que le podrían costar ambas manos. Tendrá que decir que sí.

—Quiero que te encargues tú en persona. Casandro saldrá de Babilonia al amanecer, así que será un buen momento para que hables con ella.

—Sí, general.

Casandro era el mejor candidato para fabricar la coartada por dos razones. En primer lugar, cuando Alejandro bebiera el veneno llevaría ya dos días fuera de Babilonia y no podría negar su implicación. El plan era que Epiboas se hiciera pasar por Casandro cuando hablara con Nina y le diera la visharnushti. De ese modo, si descubrían a la muchacha y ella revelaba el nombre de Casandro, nunca podría carearse con él para desdecirse, pues ya se ocuparía el propio Perdicas de que Nina no sobreviviera al interrogatorio.

En segundo lugar, el hijo de Antípatro era el sospechoso perfecto. Él y Alejandro nunca se habían llevado bien. Ya tuvieron roces cuando estudiaban en los Jardines de Midas con Aristóteles, y los años de separación no habían mejorado sus relaciones. Dos semanas antes, Casandro había llegado a Babilonia con mensajes de su padre, que llevaba doce años gobernando Macedonia como regente. Su entrada no había

sido precisamente triunfal. Al llegar al salón del trono, lo primero que encontró fue que Alejandro usaba un escabel de plata para que no le colgaran los pies, pues era más bajo que el difunto Darío, de modo que su comentario «¡Oh, Alejandro, no me extraña que en Grecia te empiecen a llamar El Grande!» sonó demasiado sarcástico. Después, al ver que los cortesanos medos y persas se postraban en el suelo ante el antiguo compañero de estudios al que había derribado en el polvo de la palestra más de una vez, no pudo contener las carcajadas. Alejandro, en un ataque de furor de aquellos a los que últimamente era propenso, había saltado del trono para agarrar a Casandro del pelo y estamparle la cabeza contra una columna.

Desde entonces, todos los que tenían oídos para oír habían escuchado las lindezas que soltaba Casandro sobre el rey: loco sanguinario, bastardo endiosado, borracho, sodomita corrompido por el oro persa... Sus amigos habían insistido en que abandonara Babilonia cuanto antes para evitar males mayores, pues la parresía, esa libertad de palabra de la que alardeaban griegos y macedonios, no estaba bien vista en Asia.

—Toma esto —le dijo Perdicas a Epiboas, tendiéndole una bolsa llena de daricos de oro—. Gasta lo que sea necesario. Puedes quedarte con lo que sobre, pero no seas avaricioso. El oficial sopesó la bolsa, que tintineó entre sus manos, y sonrió.

—No lo seré, general.

Perdicas le palmeó la espalda.

—Si todo va bien, pronto mandarás tu propio batallón. Serás mi hombre de confianza, Epiboas. Llegaron ante el palacio de Nabucodonosor. Tras dar el santo y seña a los guardias, cruzaron bajo una puerta de ladrillos esmaltados en azul y flanqueada por toros alados; no era tan grande como la entrada principal del ala este, pero aún así resultaba imponente. Atravesaron un largo corredor alumbrado por hachones y llegaron al cuarto patio, donde se encontraban los alojamientos de Alejandro y sus oficiales más allegados. Perdicas levantó la mirada y vio luz en los aposentos del rey. Antes, cuando Alejandro era Alejandro y su capacidad de trabajo resultaba aún más asombrosa que la de su padre Filipo, Perdicas se habría apostado la mano derecha a que estaría reunido con el almirante Nearco ultimando preparativos para la próxima expedición a Arabia. Pero ahora, lo más probable era que estuviese de francachela, bebiendo hasta desplomarse.

Perdicas se alojaba en la parte oeste de aquella ala, en unos apartamentos con vistas al Éufrates. Cuando despidió a Epiboas y a los masagetas y subió las escaleras le salieron al encuentro dos de sus guardias. Entre ellos venía una criada persa que al verle se llevó las manos a la cara y se arañó las mejillas:

—¡Ay, señor, señor! ¡Qué desgracia!

—¿Qué ocurre?

—¡Tu esposa, señor! ¡Qué desgracia!

Perdicas siguió a la criada hasta la alcoba de Amitis. Todos los candelabros estaban encendidos, y para llegar a la cama tuvo que apartar a empujones al resto de las criadas. Un médico anciano y flaco al que no conocía de nombre le miró con ojos de terror, sin duda temiendo sufrir el mismo destino de Glaucias, el fisico que no acertó a curar la enfermedad de Hefestión.

La cama estaba deshecha como si la hubiera pisoteado medio batallón de hoplitas. Pero su única ocupante era su esposa Amitis, vestida con un sayo de dormir que en las convulsiones se le había subido hasta medio muslo. Se había quedado de lado, con los pies enredados en un nudo del cobertor, los talones y la nuca arqueados hacia atrás, las mandíbulas apretadas y los ojos abiertos.

—Debe de haber sido tétanos, señor —dijo el médico, retorciéndose las manos—. Pero, ¿cómo puede haber ocurrido? Si hubiese sido un soldado...

—Tétanos —repitió Perdicas.

Entonces recordó las palabras de Roxana. *Ningún hombre que entra en mi lecho se acuesta luego con otra mujer.* Pero Perdicas comprendió que no era ése el único mensaje que la bactriana le enviaba. El más importante era: *No te eches atrás. Mi brazo llega lejos.*

—... los romanos son un hueso duro de roer. Según me han contado, tienen la disciplina de los espartanos y la ambición de los atenienses, y son tan numerosos como estos condenados babilonios —dijo Ptolomeo.

Lisanias nunca había oído hablar de los romanos; pero, para un muchacho de diecisiete años que acababa de incorporarse al ejército de Alejandro, aquellos tipos prometían emociones fuertes. Hijo de Hipomenes, nacido en la comarca de Pieria, al pie del nevado Olimpo, llevaba desde los catorce años educándose en la escuela de pajes reales de Macedonia y soñando con que el regente Antípatro lo eligiera para enviarlo a Asia. El momento deseado había llegado al mismo tiempo que su padre volvía a Europa junto con otros diez mil veteranos recién retirados del servicio a los que guiaba Crátero, el general más prestigioso del ejército macedonio. Padre e hijo se habían cruzado en el camino real que unía Susa con Sardes. Hipomenes lloró al ver al hijo a quien recordaba como un crío de cinco años, y Lisanias se emocionó al escuchar de sus labios las batallas en que había tomado parte; pues Hipomenes, quizá con buen criterio, había decidido contar a su hijo los episodios gloriosos y ahorrarle el relato de las penurias, las miserias, las matanzas y las brutalidades.

Una vez llegado a Babilonia, las primeras tareas que Lisanias compartió con sus camaradas no fueron demasiado heroicas: llevar agua y alfalfa a los caballos de Alejandro, almohazarlos, montar guardia en la puerta de su alcoba para vigilar su sueño, seguirle a pie en las cacerías y, en general, hacer de recadero. Incluso llevaba a las lavanderas la ropa del rey para después recogerla, doblarla y guardarla en los arcones, pues Alejandro, siguiendo la tradición macedonia, consideraba que tener

esclavos a su lado era rebajarse y que a un monarca sólo debían servirle hombres de sangre libre y noble como él. Cuando, allá en Macedonia, algún joven se quejaba por desempeñar labores humillantes, Leónidas, el viejo instructor, le aplicaba la verdasca en las costillas y le sermoneaba, lo que aún era peor:

—¿Quién te crees que eres, barbilindo? ¿Es que cagas oro y los demás no nos hemos enterado?

¡Alejandro fue paje veinte años antes que tú y nunca abrió el pico!

Pero Lisanias no se había quejado entonces ni se quejaba ahora. Sus tareas le permitían estar cerca del gran hombre, respirar el mismo aire que él respiraba, pisar las baldosas que pisaba y hasta intercambiar algún saludo con él.

Hoy le habían asignado turno en el banquete que el rey celebraba con sus amigos griegos y macedonios. Era la primera vez que podía observarlo en la intimidad. Armado con una lanza de cinco codos y medio y montando guardia junto con otros siete pajes, Lisanias estaba impaciente por beber las palabras de Alejandro.

—Recuerda que eres un mueble más —le había advertido Espeusipo, el jefe de los pajes—. Mejor aún, una columna. Escucha y aprende, pero no se te ocurra comentar nada de lo que oigas allí dentro.

El banquete había empezado al caer la tarde y ya duraba horas. Lisanias se había aprendido de memoria la sala. Era sencilla, dentro de lo que se podía esperar en un palacio edificado por Nabucodonosor, el monarca obsesionado con las obras públicas que había ordenado levantar los Jardines Colgantes. Uno de los lados era un mirador abierto que asomaba al patio central, cuyas fuentes y jardines refrescaban un poco el ambiente. Los criados habían retirado los tapices del suelo para que los invitados pudieran sentir el frío de las baldosas blancas y negras bajo sus pies descalzos. El techo era alto, tanto que habrían podido montar la guardia con las sarisas de doce codos, y el artesonado de cedros del Líbano se veía ennegrecido por el humo de las velas y de los pebeteros que perfumaban las esquinas. De las paredes colgaban tapices descoloridos que representaban escenas de conquista de Nabucodonosor y de reyes aún más antiguos. También había algunos más recientes en los que aparecían el fundador del imperio persa, Ciro, y sus sucesores. El más nuevo y de colores más vívidos era una copia del célebre cuadro de Apeles, donde Alejandro, montado a lomos del difunto *Bucéfalo* y con unos ojos tan grandes y ardientes que daban miedo, ponía en fuga a Darío en la batalla de Iso.

La cena había terminado para dar lugar al simposio, y en las mesitas que rodeaban el espacio central sólo quedaban copas de vino, y golosinas y frutos secos para picar. Reclinados en los divanes, los comensales, coronados con hojas y guirnaldas de flores, conversaban animadamente. Había unos veinte invitados entre griegos y macedonios: ningún persa, medo ni babilonio, tal vez para evitar discusiones y celos entre los súbditos europeos y asiáticos de Alejandro, algo cada vez más frecuente.

Las únicas mujeres presentes eran camareras, flautistas griegas y muchachas de placer de la propia Babilonia. Casi todas llevaban túnicas abiertas y transparentes, adornadas con pedrería y lentejuelas de oro y plata. La más audaz de ellas sólo vestía una red de plata con unas mallas tan abiertas que lo dejaban ver todo, y unos coturnos sobre cuyos tacones se balanceaba con gracilidad de equilibrista. A Lisanias le resultaba más excitante que si hubiese asistido completamente desnuda, y no era el único.

Aún no estaba familiarizado con todos los hombres que rodeaban al rey. Entre los que sí conocía estaba Perdicas, jefe de la caballería de los Compañeros. Era un hombre alto, atlético, que conservaba los rizos trigueños de un mozo y al que la grasa aún no había redondeado el mentón. Todos los pajes reales querían imitar su estilo de vestirse, moverse y montar a caballo. Lisanias, que era muy observador, se había dado cuenta de que a Perdicas sólo le habían rellenado la copa una vez y que cuando se hacía un brindis se limitaba a mojarse los labios. Eso le parecía bien: según le había enseñado Leónidas, la sobriedad y el control eran las primeras virtudes de un general. Pero tal vez no se trataba de templanza natural, sino de alguna tristeza o preocupación momentáneas, pues Perdicas apenas abría la boca y pasaba más tiempo mirando al suelo que a sus comensales.

Perdicas estaba reclinado a la izquierda de Alejandro, pues aquella noche el puesto de honor le había correspondido a Nearco, navarca supremo de la flota. El cretense llevaba barba, algo raro entre los allegados del rey, que solían seguir la moda impuesta por sus mejillas rasuradas. Corría el dicho de que Alejandro recomendaba hacerlo así para que el enemigo no pudiera asir a los macedonios de las barbas; pero en el caso de Nearco se le disculpaba porque no era macedonio, sino griego. Decían de él que andaba escribiendo un diario sobre la expedición de la India, y Lisanias estaba deseando que se publicara para conocer más sobre aquel remoto país.

Un poco más allá de Nearco estaba Meleagro, un macedonio pequeño, de rostro rubicundo, cabello oscuro y una espalda tan velluda que los pelos se le escapaban por el cuello de la túnica. Resultaba difícil no reparar en él, porque se reía con carcajadas estentóreas, no hacía más que levantar la copa para reclamar más vino y daba sonoras nalgadas a las camareras que se acercaban por su lado. Ellas le correspondían con sonrisas de compromiso y trataban de escurrir el bulto la próxima vez que pasaban, no porque fuesen melindrosas o pudibundas, que habría sido magra virtud en flautistas y cortesanas, sino porque era evidente que aquel tipo les desagradaba.

La conversación que desembocó en los romanos había arrancado precisamente de Meleagro. Una de las pocas esclavas que le hacía caso, una rolliza nubia, se había sentado un momento a su lado y le había puesto una galleta con pasas en la boca. El macedonio la escupió y le dio un azote.

—¿Cómo se te ocurre darme cebada?

—No seas quisquilloso. Esas galletas están ricas —dijo Nearco.

—¡Bah! Pan de cebada, comida de asno disimulada. ¿No decían que aquí en Babilonia las cosechas rinden el doscientos por uno? Entonces, ¿cómo es que nos dan pienso de pollinos?

—Heródoto siempre fue un exagerado —repuso un hombre calvo que estaba sentado cerca del mirador—. De todas formas, él estuvo aquí hace más de cien años. Las cosas han cambiado. Ahora los babilonios siembran cada vez menos trigo y más cebada.

—Ése es Eumenes —susurró el paje que estaba a la izquierda de Lisanias.

Lisanias había oído hablar de él. Eumenes de Cardia, que también era griego, había trabajado desde muy joven como secretario y contable de Filipo, y tras su muerte había desempeñado idéntico puesto con su hijo. Pero, aunque en la práctica siguiera siendo secretario de Alejandro, éste, agradecido por sus servicios, lo había ascendido a Compañero Real. Los que admiraban a Eumenes decían de él que guardaba un ábaco dentro de su cabeza, y los malévolos que en vez de leer poemas eróticos para excitar a sus amantes les recitaba las listas de intendencia del ejército. Desde luego, un hombre con ojos tan opacos y una boca que parecía una ranura sin labios no podía ser muy pasional.

—Lo harán por ahorrarse dinero —contestó Meleagro, mientras empujaba fuera del diván a la carnosa nubia—. Son más rácanos aún que los cretenses. ¡Sin querer ofender, Nearco!

—No ofende quien quiere, sino quien puede —respondió el navarca.

—El motivo no es ése —dijo Eumenes—. Si su pan es peor es porque la tierra cada vez tiene peor calidad.

—Bah, ésa es la misma cantinela de los campesinos en todas partes —repuso Meleagro.

—Aquí se quejan con razón.Yo mismo he inspeccionado los labrantíos que rodean la ciudad. Como el suelo de aquí es por naturaleza seco y salado, los campesinos lo irrigan en abundancia con las aguas del Éufrates para disolver la sal. Pero al hacerlo, la capa de agua subterránea sube y sube hasta que termina aflorando, y cuando lo hace y se evapora al sol vuelve a dejar toda la sal en el suelo. Los campesinos insisten en irrigarlo aún más, y con eso sólo agravan el problema.

—¡Siempre tan ameno y divertido, Eumenes! ¿Qué puñetas tiene que ver ese rollo con lo que he dicho yo?

–Cualquiera que entienda algo de agricultura sabe que la cebada resiste más que el trigo en suelos malos —respondió Eumenes sin inmutarse. Su voz era como un canalón goteando en una mañana de llovizna.

–Si es verdad que el granero de Babilonia empieza a agotarse, tendremos que pensar en Egipto. Sus tierras negras son más fértiles que éstas y aún se puede sacar

mucho más trigo de ellas.

El general que había hablado era Ptolomeo. Todo el mundo comentaba que su madre había sido concubina del rey Filipo y que era hermanastro bastardo de Alejandro, aunque se hiciese llamar «hijo de Lago». Lo cierto era que Alejandro y él no se parecían demasiado. Ptolomeo era más alto, tenía el cabello más oscuro, los hombros más recios y unos ojos sombreados por cejas pobladas y salientes que ocultaban su mirada y buena parte de sus pensamientos.

—Ya estás otra vez con Egipto —dijo Meleagro—. ¡Eh, Alejandro, ten cuidado que no se corone faraón en cuanto le des la espalda!

—Aunque no lo creas, Meleagro —respondió Ptolomeo—, los demás podemos vivir sin escuchar el sonido de tu voz.

—Ptolomeo tiene razón —dijo el rey, y todos se callaron. Un segundo después añadió—: En parte.

Hasta ese momento, Alejandro sólo había mantenido un par de conversaciones privadas con Nearco que Lisanias no había alcanzado a escuchar. Ahora habló en voz alta, y al hacerlo ladeó un poco la cabeza en un gesto que, observó Lisanias, remedaban algunos de los Compañeros; él mismo torció el cuello casi sin querer, aunque sabía que no conseguiría esa inimitable elegancia. Su tono era alto y su timbre cristalino, y hablaba con el aplomo de quien sabe que no necesita levantar la voz para que los demás guarden silencio. No era sólo porque se trataba del rey. De él irradiaba un aura indefinible que obligaba a atenderle; todos los comensales habían vuelto hacia él el eje de sus cuerpos, o al menos sus cabezas, y hasta las camareras se habían parado un instante y las flautistas habían congelado los dedos sobre los asilos.

—Sí, Ptolomeo: Egipto será la solución. Mas sólo un tiempo. Es verdad que de momento brinda dos y hasta tres cosechas de excelente trigo. Pero su fertilidad no será eterna, y sus suelos acabarán agotándose igual que los de Babilonia. Es una tendencia, una ley inexorable: las tierras del este se consumen y envejecen año tras año. Sin duda la cercanía del sol las agosta. ¿Habéis visto cómo se encuentra Grecia en la actualidad? Platón ya observó que poco a poco se estaba convirtiendo en el esqueleto de un cuerpo descarnado por la enfermedad. Sin embargo, si viajamos hacia el poniente, los bosques del Epiro son cada vez más frondosos, y dicen que si se cruza el mar Jónico las tierras del sur de Italia dan mejor pan y mejor vino que ningún rincón de la Hélade.

Lisanias había visitado Atenas en verano y la recordaba casi deforestada, surcada de torrenteras amarillentas y resecas. Sin embargo, las tierras altas de su Macedonia natal, que no debían estar mucho más al oeste que Atenas, seguían siendo verdes y estaban cubiertas de prados, pinares y robledales. ¿Y qué decir de las impenetrables junglas de la India? ¿No se hallaban casi en el extremo oriental del orbe?

Pero Alejandro hablaba con tal convicción que a Lisanias le era imposible dudar

de sus palabras, y si le hubiera dicho que el sol salía por el oeste lo habría aceptado.

—Babilonia es el símbolo de esa decadencia —insistió el rey—. Desde hace ya muchas generaciones el flujo de los pueblos en la ecúmene ha venido desde el oeste, donde las tierras conservan más vigor natural y nutren a hombres más valerosos. Nosotros, miembros de una raza más joven y enérgica que la persa, hemos venido de Europa para conquistar la vieja Asia. Si ahora nos dormimos en los laureles de nuestro triunfo, ¿quién nos dice que los bárbaros que moran en las tierras vírgenes a poniente de nuestra patria no vendrán a conquistarnos a nosotros? Del mismo modo que Aquiles cruzó el Egeo para tomar Troya, que los griegos colonizaron las costas de Asia Menor y que nosotros hemos llegado hasta el Índico, otros pueblos más jóvenes y pujantes que nosotros pueden venir del oeste a saquear e incendiar nuestras ciudades y sustituirnos como dueños del mundo.

Dueños del mundo, se repitió Lisanias. Sí, eso eran los macedonios ahora. Al recordar que pertenecía a un pueblo destinado a la grandeza, el joven enderezó aún más los hombros.

—¿Crees que se atreverían a hacerlo? —dijo Ptolomeo—. Hasta aquí han llegado a rendirte homenaje los embajadores de tantos pueblos occidentales que ya ni me acuerdo de sus nombres.

–Iberos, tirrenos, celtas, latinos, tartesios, gétulos, númidas —recitó Eumenes, contando con la punta de los dedos—. Hasta los cartagineses han enviado una legación.

—No os dejéis engañar por las palabras de miel de la diplomacia —dijo Alejandro—. También los griegos y macedonios estuvimos décadas mandando embajadores que se arrodillaban en la corte de los persas, pero lo que hacían era espiar para nosotros y al volver nos hablaban de la debilidad de los reyes Aqueménidas. Fue su información lo que nos animó a cruzar desde Europa para derrotarles con nuestros ejércitos. Si nosotros nos apoltronamos y nos dejamos ablandar por estas riquezas —dijo, señalando los tapices que los rodeaban, las lámparas de oro, las mesas de mármol y marfil—, nos acabará pasando lo que les sucedió a los persas, y antes que ellos a los babilonios y a los asirios, e incluso antes a los acadios. Es un ciclo natural: los pueblos llegan a su auge, se acomodan en él, se dejan hundir en la dulce y cómoda decadencia y se extinguen dejando tan sólo suntuosas ruinas. Pero es mi voluntad romper ese ciclo y cambiar nuestro destino.

—¿Adónde quieres llegar? —dijo Nearco; algo en su tono hizo sospechar a Lisanias que aquella pregunta la tenía ensayada con Alejandro.

—Yo digo que nos adelantemos a ellos. ¡Debemos volver nuestros ojos hacia Occidente! Antes de que esos bárbaros sean lo bastante numerosos para venir contra nosotros, llevemos a sus tierras la civilización griega y la estrella de Macedonia.

Lisanias sintió cómo se le erizaba el vello de los antebrazos. ¡Ah, así pues las

conquistas no se habían terminado y aún tendría la ocasión de cargar a lomos de su caballo Quirón con los Compañeros del Rey! Pero éstos no parecían tan convencidos, a juzgar por las rápidas miradas de consternación que cruzaron entre sí mientras Alejandro se bajaba del diván para pasear por el centro de la sala.

—¿Qué pasa entonces con la campaña de Arabia? —preguntó Meleagro—. ¿Tanta exhibición de barcos río arriba y río abajo un día sí y otro también es sólo una maniobra de distracción?

—No critiques lo que no entiendes —intervino Nearco—. Hay que asegurar la ruta entre el golfo Pérsico y el mar Eritreo y sembrar colonias en ella para unir todos los puntos del imperio.

—Por no hablar de los ingresos que obtendrás tú cuando Alejandro te otorgue la concesión sobre la mirra, el cinamomo y el nardo —dijo Meleagro.

Alejandro le miró con una chispa peligrosa en los ojos. Meleagro se tapó la boca y agachó la cabeza.

—Esa expedición —prosiguió el rey— forma parte de un plan más amplio. Pero lo que aquí se diga, aquí debe quedar.

Alejandro apuró su copa y pidió que se la llenaran otra vez. La descocada esclava de la red de plata acudió con una jarra y todos los ojos siguieron el tintineo de la malla. Lisanias pensó que el rey no debería beber tanto, y que si quería que sus planes no salieran de allí sería mejor que no hablara delante de tanta gente, incluyendo a los pajes reales.

Aunque yo no diré nada, se prometió, y con un estremecimiento se dio cuenta de que, de forma indirecta, acababa de recibir la primera orden de Alejandro. Y por Hécate y la propia Estigia que la iba a cumplir.

—Mientras Nearco recorre Arabia y funda nuevas ciudades —dijo Alejandro—, tú, Ptolomeo, construirás una gran calzada que unirá Alejandría con Cirene. Quiero una Ruta Real como la de los persas, empedrada, con pozos y casas de postas, que recorra todo el norte de África para que un ejército pueda recorrer por ella doscientos estadios al día. Cuando la calzada llegue a Cirene, haremos que siga al oeste hasta Cartago y más allá.

¡Cartago! A Lisanias se le escapó un silbido entre dientes y el compañero de la derecha le miró con severidad. Los marineros que desembarcaban en Pela, la capital macedonia, se hacían lenguas de Cartago y aseguraban que era tan rica y populosa como Atenas, Siracusa y Corinto juntas. Podía poner a la vez más de mil naves de guerra en el mar, con las que dominaba el Mediterráneo hasta las Columnas de Heracles, y esas naves se aventuraban incluso más allá, en el gran Océano al que Alejandro ansiaba llegar.

—Cartago... Ésas son palabras mayores —dijo Seleuco, otro general.

—¡No hay palabras mayores para Alejandro! —contestó el rey, derramando algo

de vino al volverse hacia Seleuco con brusquedad—. No toleraré imposiciones ni amenazas veladas como las que me ha insinuado el embajador de Cartago. ¿Sabéis qué me ha dicho? Que ellos no ponen objeciones para que nuestros barcos lleguen hasta Sicilia siempre que no pasemos más al oeste de Agrigento, y que allí nos venderán a buen precio el estaño y el ámbar que traen de la Céltica y de Thule. «Es mucho más cómodo comprarnos a nosotros que arriesgar tus propias naves», me ha dicho ese tipo, con una sonrisa en sus labios. Por culpa de la flota cartaginesa, el Mediterráneo Occidental lleva generaciones vedado a los barcos griegos. Es hora de que eso se termine.

—El oeste le costó la vida a tu do, el rey del Épiro —intervino Peucestas, el más joven de los Guardias del Rey—. Y él también se llamaba Alejandro. Eso puede ser un mal augurio.

—No. Su muerte fue un augurio de que Italia siempre ha estado reservada a este Alejandro —

insistió el rey, clavándose el pulgar izquierdo en el pecho.

—Si quieres Italia te las tendrás que ver con una ciudad que no te ha mandado embajadores — dijo Ptolomeo.

—¿Cuál?

—Roma. He hablado con viajeros que vienen de la Magna Grecia, de Neápolis y Posidonia. Por lo que sé, los romanos son un hueso duro de roer. Según me han contado, tienen la disciplina de los espartanos, la ambición de los atenienses, y son tan numerosos como estos condenados babilonios.

—¡Mejor así! Necesitamos enemigos de renombre que nos den gloria. ¿Qué rival de nuestra talla hemos encontrado desde que vencimos a Poros en la India? —Alejandro apretó el puño derecho y giró sobre sí mismo, mirándolos a todos a los ojos, y Lisanias se dio cuenta de que incluso los más escépticos estaban cayendo bajo su embrujo...

... Como se dio cuenta Perdicas, porque a él mismo se le arreboló el rostro y se le erizó el vello de la nuca. En Gaugamela, la mayor batalla librada por Alejandro en Asia, que ocho años después ya era una leyenda entre los mismos que habían participado en ella, Perdicas mandaba una falange de sarisas. Su misión era aguantar la posición para mantener clavado al grueso del ejército persa mientras Alejandro y la caballería de los Compañeros asestaban el golpe definitivo en el corazón del enemigo y ponían en fuga al rey Darío. Los hombres de Perdicas, armados de las aparatosas picas, habían mantenido el terreno embestida tras embestida, incluso cuando los persas enviaron contra ellos oleadas de carros provistos de hoces de acero capaces de partir a un hombre por la mitad. Había sido una batalla de mil demonios, Perdicas había perdido a muchos hombres, muertos o mutilados, y a él mismo le habían clavado una flecha en el pecho; y, sin embargo, todo lo que recordaban las crónicas

era la gloriosa carga de la caballería conducida por Alejandro y su difunto caballo *Bucéfalo.*

Pero ahora el propio Perdicas era el jefe de la caballería de los Compañeros, el sucesor de Hefestión. Si combatían contra los romanos, sería él quien disfrutaría de la embriaguez de la carga, la sensación más gloriosa que podía experimentar un guerrero, en vez de esperar pie en tierra tragándose el polvo que levantaban los cascos de los caballos ajenos.

Perdicas meneó la cabeza y se apoyó la copa de plata en la frente para refrescar la cabeza y las ideas. No, no podía caer otra vez en la trampa de Alejandro. Si se les ocurría viajar tan lejos al oeste, el imperio que habían conquistado derramando sangre y sudor durante doce años por los caminos de Asia reventaría por todas las costuras. Apenas tenían efectivos para mantener el orden en las veinte satrapías, Grecia era un avispero que podía estallar en cualquier momento, sus propios soldados estaban cada vez más descontentos, ¿y aquel hombre quería llevarlos al otro extremo del mundo sólo porque le aburría gobernar, organizar y administrar su imperio como un auténtico rey?

Es un loco peligroso. Hay que hacerlo ya.

Levantó la copa de vino hacia Alejandro:

—¡Estoy deseando llevar el estandarte de nuestro amado Hefestión para aplastar a esos bárbaros de Occidente! —dijo, a sabiendas de lo que pasaría luego.

Al ver cómo al rey le huía el color de la cara se sintió un miserable. Alejandro, a quien siempre le había gustado compararse con su antepasado Aquiles, tenía en Hefestión a su Patroclo, y a falta de un Héctor a quien aniquilar para vengar su muerte, había decidido celebrar unos funerales extravagantes más propios de un dios que de un humano. Para ello hizo erigir una pira funeraria en forma de pirámide de cuya base sobresalían doscientas cincuenta proas de barcos, coronada por unas sirenas huecas en cuyo interior se ocultaban plañideras para entonar los cantos fúnebres. El conjunto superaba los ciento veinte codos de altura, y cuando le pegaron fuego (Alejandro había recobrado al menos algo de sensatez y había permitido bajar a las plañideras), el calor fue tan intenso que varias palmeras de la plaza ardieron y los azulejos de los edificios colindantes se resquebrajaron y saltaron de las paredes.

Ese era Alejandro. Parecía mentira que hubiese sido alguna vez discípulo de Aristóteles, quien sostenía que en la moderación estaba la virtud. Para que el recuerdo de Hefestión no se extinguiera nunca, le había puesto su nombre al escuadrón de Compañeros y lo había hecho bordar en su estandarte. Por supuesto, en cuanto Alejandro desapareciera, lo primero que haría Perdicas sería quemar esa bandera y cambiar el nombre del escuadrón. En vida Hefestión había llegado a estragarlos a todos, pero era aún peor tras su muerte.

—Hefestión... —repitió el rey ahora, y escondió los ojos en la mano derecha, sin

soltar la copa de la izquierda. Después levantó la mirada y chasqueó los dedos. Perdicas estuvo a punto de hacerle una señal a Nina, pero se acordó a tiempo de que ella no le conocía a él, sino a Epiboas. Al *difunto* Epiboas, se corrigió, pues el oficial ya era pasto de los peces del Éufrates.

Nina, bien aleccionada, se adelantó a las demás muchachas y se acercó contoneándose sobre los coturnos, de modo que la red de plata se pegaba a sus curvas con un campanilleo casi acuático. Los ojos de todos se iban a sus pechos y sus nalgas, pero los de Perdicas se clavaron en el cántaro que traía en las manos y que representaba a Heracles bajando al Hades con Baco, saltando entre las piedras para cruzar las aguas infernales. La copa de Heracles que Alejandro vaciaba de un trago cada vez que ofrecía una libación por Hefestión.

Alejandro tomó el cántaro de manos de Nina, y ella se apartó sin dejar de cimbrearse. Al salir del círculo de los divanes pasó junto a Perdicas, que captó en el olor de su transpiración algo extraño que casi le excitó. Era el aroma del miedo.

Era normal que estuviera asustada, pensó. Acababa de traer el veneno que mataría al rey del mundo.

—Alejandro —susurró Nearco—. No es necesario. Ya has hecho más que suficiente por Hefestión. Si sigues así vas a arruinar tu salud.

Alejandro se quedó mirando al navarca y por un instante pareció dudar. *No, ahora no*, pensó Perdicas, y trató de hacerle pensar en otra cosa.

—Deja que lo pruebe yo antes —dijo como si se le hubiera ocurrido de repente. Nearco le dirigió una mirada indescifrable. *No, es tu mala conciencia. Ni Nearco ni nadie puede sospechar nada.*

—¿Por qué, *ogathé* Perdicas? Estamos entre amigos —contestó Alejandro, tratando de abarcarlos a todos con un gesto de la barbilla, ya que tenía las manos ocupadas con las dos asas del cántaro.

—Un rey nunca se debe confiar.

Alejandro sonrío con amargura.

—Gracias por recordármelo. Toma —dijo arrimándole la copa sin soltar las asas. Perdicas se sentía más canalla a cada momento, y sin embargo encontraba una tenebrosa delectación en ello. Se deslizó hasta el borde del diván y acercó la nariz al cántaro. Alejandro lo volteó un poco. Cuando el vino empapó sus labios, Perdicas notó una punzada en el vientre y los testículos se le encogieron. ¿Y si Roxana le había engañado y un sorbo bastaba para envenenarlo?

Los demás ya estaban bastante bebidos, y algunos, como Leónato o Meleagro, ya habían llegado borrachos antes de empezar el banquete. Pero Perdicas apenas había probado el vino ni los platos aderezados con las especias picantes de la India, así que no tenía el paladar tan estragado como los otros. El vino puro le dejó un ligero regusto a bellota amarga. Perdicas levantó la mirada hacia los ojos de Alejandro. Las

pupilas le brillaban acuosas y las venillas de la esclerótica se le veían enrojecidas. Seguro que no notaría nada.

—Un buen vino —sentenció Perdicas.

Alejandro levantó el cántaro y miró a las alturas, como si aquella libación fuese en honor de un dios olímpico y no de un humano encerrado en el Hades.

—¡Por Hefestión, hijo de Amíntor, el más valioso y noble de los macedonios!

Los demás macedonios a los que acababa de declarar inferiores al difunto cruzaron miradas de rencor. Alejandro, sin percatarse, vertió unas gotas de vino sobre un pebetero que ardía en el centro de la sala. Después aferró con ambas manos las asas y bebió.

Mientras la nuez de Alejandro subía y bajaba y la copa se volcaba más y más, Perdicas se le quedó mirando incapaz de respirar, como si él mismo estuviera compartiendo la copa de Heracles. Los demás comensales le animaron con gritos de Ió, ió, ió, ió como cómitres exhortando a los remeros a bogar con más brío.

Por fin Alejandro apartó la copa. Tenía el rostro colorado, le goteaba líquido oscuro por las comisuras de los labios y sus ojos estaban aún más vidriosos que antes. No era raro, pues había dado cuenta de más de seis cotilas de vino puro sin respirar. Se tambaleó un poco y le entregó el cántaro a Nina. Durante un instante la mirada de la joven se cruzó con la de Perdicas, pero éste no observó la menor señal de reconocimiento.

Ya está hecho.

Alejandro se reclinó en el diván, y el simposio continuo. Perdicas notaba en los oídos un zumbido tan fuerte que no distinguía las conversaciones, como si alguien le hubiera dado a él un veneno que embotara los sentidos. Los címbalos, las flautas dobles, el tañido del bárbiton le sonaban tan lejanos como un viento que soplara en las montañas de Macedonia. Una racha de aire entró por el mirador; las luces de las velas temblaron, dos o tres de ellas se apagaron y a Ptolomeo se le voló la corona de pámpanos.

—Parece que va a ocurrir algo —susurró en tono lúgubre Peucestas, que estaba a la izquierda de Perdicas. Aquel hombre, el mismo héroe que había saltado de la muralla de la ciudad de los malios para proteger a Alejandro cuando una flecha le atravesó el pulmón izquierdo, era tan supersticioso que si veía a un gato negro por la calle se quedaba quieto hasta que otra persona se cruzara con él.

Mientras las camareras cerraban las celosías que daban al jardín, se oyó un gran estrépito fuera de las puertas de la sala. Ptolomeo saltó del diván y acudió en cuatro zancadas. *¿Qué demonios pasa ahora?*, se preguntó Perdicas con un nudo en la garganta, y se levantó para seguir a Ptolomeo. El corazón le latía más rápido que el ritmo del baile que estaban interpretando dos cortesanas jonias. Alejandro levantó una mano y la música cesó.

Los pajes que montaban guardia acudieron a la puerta y formaron alrededor de Ptolomeo. Uno de ellos casi arrolló a Perdicas, que se volvió furioso contra él. Por un segundo pensó encontrarse ante el fantasma de Hefestión; pero no, sólo era un mozo barbilampiño que se le parecía mucho.

—¿Quién coño eres tú?

—Me llamo Lisanias, señor.

—Pues aparta esa lanza, Lisanias, que no es de mí de quien tienes que defender a tu rey. Ptolomeo mismo separó las jambas de la puerta. Al otro lado montaban guardia otros veinte pajes reales dispuestos en dos filas. Tenían las lanzas levantadas y cruzadas como si quisieran impedir el paso a alguien; pero la espalda de Cares, jefe de protocolo de Alejandro, impedía ver quién había más allá.

—¿Qué ocurre? —preguntó Ptolomeo.

Cares se dio la vuelta.

—Un hombre quiere ver al rey. Dice que es urgente.

Perdicas se volvió al notar una mano en el hombro. Era Alejandro. Se estaba apoyando en él con fuerza. Lo extraño, pensó, era que se mantuviera de pie después de todo el vino que había trasegado de una sentada. Por los perros de Hécate, ¿cuándo empezaría a hacer efecto la *vishamushti*?

Paciencia, se dijo. Se trataba de que pareciera una enfermedad, no un envenenamiento.

—¿Qué puede haber tan urgente para molestarme cuando estoy con mis amigos?

—Ese hombre dice que lo envía Apolo —explicó Cares, titubeante—. Según él, viene directo del oráculo de Delfos con un mensaje para ti.

—En ese caso, recibiré mañana el recado de mi divino hermano.

Peucestas, que también había acudido a la puerta, se volvió escandalizado hacia Alejandro. Aunque de todos los Compañeros era el que más adoraba al rey, y sería capaz de besar sus huellas en el barro, aquella muestra de *hybris* no podía dejar indiferente a un hombre que sentía pavor por los dioses y los dáimones.

—Presiento que es importante, Alejandro —le dijo—. Cuando se ha levantado esa racha de viento he pensado que era un presagio. Sea quien sea ese visitante, creo que lo envían los dioses.

A Alejandro se le demudó el gesto. En las últimas semanas los augurios habían sido malos. Los sacerdotes caldeos le habían advertido de que era mejor que no entrara en Babilonia, y cuando el adivino Pitágoras sacrificó una bestia todos vieron que a su hígado le faltaba un lóbulo. Días después, mientras Alejandro recorría en su trirreme las marismas que rodeaban la ciudad, el viento le arrebató la diadema real. Un marinero se zambulló para recuperarla, pero como no era capaz de nadar sin las manos libres se la tuvo que poner en la cabeza antes de subir a la nave. Alejandro recompensó su servicio con una bolsa de daricos de oro y castigó la insolencia de

usurpar un símbolo real con quince azotes.

El último presagio había sido el más ominoso: un individuo había aprovechado que Alejandro jugaba a la pelota en el patio para sentarse en el trono real que perteneció a Darío. El propio Perdicas se encargó de torturarlo para averiguar si obedecía a alguna conjura, y el tormento se le fue de la mano tan rápido que el pobre diablo murió sin decir gran cosa. Pues Perdicas sospechaba que era Roxana quien se escondía detrás de aquel acto inexplicable, y no quería que nadie llegara a saberlo.

Demasiadas señales de los dioses como para despreciar ésta. El oráculo te manda un mensajero para avisarte de tu propia muerte, ¡oh rey!, pensó Perdicas.

—Haced pasar a ese enviado —dijo por fin Alejandro.

Cares se echó a un lado y los pajes apartaron las lanzas, abriendo un pasillo para el desconocido. Un hombre se adelantó hacia la puerta.

—Lo hemos registrado y no lleva armas, Alejandro —dijo Cares.

El hombre entró en la sala. Era alto; le sacaba a Alejandro la cabeza, y a Perdicas sus buenos cinco o seis dedos. Traía ropas raídas de viajero y sus sandalias dejaban en el suelo manchas del polvo del camino. Era un tipo delgado, con el rostro afilado, el pelo pajizo y la barba corta. Sus ojos eran lo que más llamaba la atención: eran de un azul muy claro, casi transparente, de un tono que rara vez se veía entre los griegos.

—¿Quién eres, viajero? —preguntó Alejandro.

—Me llamo Néstor, ¡oh rey! —respondió él, saludándole con una brevísima inclinación de la cabeza y sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿Néstor hijo de quién? ¿Cuál es tu ciudad?

—Néstor, oh rey. No recuerdo el nombre de mi padre ni el de mi madre, ni tampoco el de mi ciudad. Sólo sé que soy médico y que el oráculo me ha mandado aquí para curarte.

El hombre usaba la *koiné*, el dialecto ateniense que se había convertido en lengua franca de todos los griegos, y la hablaba con fluidez, pero con un acento extraño e inidentificable. Sus ojos se posaron un segundo en Perdicas y éste se estremeció.

Sí, el mismo Apolo estaba detrás de esas pupilas. Nada bueno podía traer ese Néstor.

—Deja que yo mismo le eche, Alejandro —susurró Perdicas.

—Espera —respondió Alejandro, y añadió dirigiéndose al forastero—: ¿Curarme de qué, Néstor el médico? Me encuentro perfectamente.

—Te acaban de envenenar.

—Eso es ridículo. En mi...

Alejandro se interrumpió de golpe, aferró el hombro de Perdicas con fuerza, se apretó el estómago como si le acabaran de asestar una puñalada y se dobló sobre sí mismo. Néstor se acercó extendiendo las manos y Perdicas desenvainó el cuchillo que llevaba bajo la túnica para detenerle. Pero Alejandro le detuvo con un gesto,

mientras trataba en vano de enderezarse.

—¡No! Déjale... Es una señal...

Perdicas retrocedió un par de pasos. Era consciente de que la sangre le había huido del rostro, pero nadie le prestaba atención. Peucestas y Ptolomeo se estaban llevando a Alejandro para tenderlo en un diván que Nearco y Seleuco habían acercado a rastras.

—¿Qué ha bebido el rey? —preguntó Néstor.

—Lo último ha sido la copa de Heracles —dijo Ptolomeo.

Lisanias se adelantó a los demás y corrió hacia la mesa donde descansaba el cántaro. Cuando se la entregó a Néstor, éste la olió sin decir nada; después metió un dedo, lo sacó untado en vino y posos y lo chupó. Con un rictus de desagrado, volvió a escupir en la copa y se la devolvió al paje.

—¿Veneno? —preguntó Ptolomeo.

Néstor asintió. A Perdicas le resultaba cada vez más odioso: los miraba a todos fijamente a los ojos, sin apartar la mirada cuando el decoro lo exigía sino cuando a él le parecía conveniente. El médico pidió a los pajes la bolsa de viaje que le habían requisado. Se la trajeron, y él la abrió

sobre el diván.

—¡Por favor, señores! —exclamó el médico, abriendo los brazos para despejar un círculo a su alrededor.

La estatura, la voz grave y la mirada de esos ojos tan claros le conferían tal autoridad que los grandes generales del imperio se apartaron ante aquel hombre vestido con una túnica sucia y deshilachada. El médico desenvolvió un lienzo en el que guardaba un polvo negro, tal vez carbón; con una cuchara tomó cierta cantidad, la vertió en un frasco que contenía un líquido blanco y agitó la mezcla con fuerza.

Ahora todos, invitados, pajes y hasta las hetairas y las flautistas, formaban un corrillo tan apretado alrededor que Perdicas casi cayó sobre Alejandro. El rey seguía arrugado sobre sí mismo, tenía el rostro empapado en sudor y le temblaban las manos, aunque se estaba mordiendo los labios para no gritar. Ptolomeo le besó en la frente y le apretó con fuerza una mano. Tenía los ojos llenos de lágrimas. Y no era el único, comprobó Perdicas. *Tengo que hacer algo para que vean que no he sido yo,* se dijo.

—¡Fuera todo el mundo de aquí! —rugió Peucestas, dirigiéndose a las mujeres.

—No, espera un momento —dijo Perdicas, volviéndose sobre los talones para recorrer con la mirada la sala. En voz bien alta, para que todos le oyeran, preguntó—: ¿Dónde está la esclava que le trajo la copa al rey?

El mayordomo babilonio, un hombre de ojos saltones que hasta entonces había estado medio agazapado tras una columna, se acercó a él arrastrando los pies y juntando las manos.

—No lo sé, noble señor. Hace un rato que no veo a Nina... Perdicas buscó entre los pajes y eligió a Lisanias.

—La esclava de la malla de plata. Seguro que te has fijado en ella.

—Sí, señor —contestó el paje, ruborizándose.

—Tal vez no haya tenido tiempo ni de cambiarse. Buscadla y traedla ahora mismo. Te hago a ti responsable.

—¡A la orden, señor!

Lisanias escogió a cuatro jóvenes más. Cuando se iba, Perdicas le agarró por el codo.

—Que nadie le toque un pelo, por muy desnuda que la veáis. Alguien ha querido asesinar al rey, y esa mujer va a confesarlo. Pero me lo va a confesar a mí, ¿entendido, Lisanias?

—¡Sí, señor!

A sus espaldas, Perdicas oyó unas fuertes arcadas, y luego el chapoteo de unos vómitos sobre las losas del suelo. Por lo escandaloso del ruido, Alejandro debía de haber expulsado de golpe las seis cotilas de la copa de Heracles y alguna más. Perdicas prefirió no volverse a mirar.

—Ahora sujetadle y traed mantas —oyó decir al médico—.Tendrá convulsiones y habrá que... Las demás palabras fueron un zumbido de moscas para él. Se dejó caer en un taburete y se agarró las manos para contener el temblor. Su plan, el plan de Roxana, había fracasado. *Pero eso no significa que tengas que morir*, se dijo a sí mismo. No, si Alejandro no había muerto, él tampoco lo haría. Ya habría otros que pagarían por él.

Fragmentos de las Efemérides reales*, diario oficial de Alejandro a cargo de su secretario, Eumenes de Cardia*

Entrada anotada el día 18 de desio del año decimotercero del reinado de Alejandro:

> «En la noche entre los días 17 y 18 de desio Alejandro se siente súbitamente enfermo tras apurar la Copa de Heracles en un banquete con sus amigos. En ese mismo momento aparece un hombre que dice llamarse Néstor y venir enviado por el oráculo de Delfos para salvar la vida de Alejandro. Trata con sus medicinas al rey.

»Por la mañana del día 18 el rey está con fiebre y vómitos. Mejora al atardecer y sale de peligro. Perdicas, el general de los Compañeros, somete a tortura a la mujer que le trajo al rey la Copa de Heracles. Ella confiesa haber vertido un veneno para el rey, veneno que le ha entregado Casandro. Dice también que en la conjura están implicados Antípatro, el padre de Casandro, y un sabio griego llamado Listóteles. Como es babilonia y no habla bien el griego, Perdicas sospecha que se refiere a Aristóteles. La mujer muere en el tormento.»

23 de loyo del mismo año:

«Al amanecer, la flota del rey parte de Babilonia con 350 barcos entre naves de guerra y transportes. Según el almirante Nearco, tras descender por el Éufrates 3.000 estadios la flota llegará al Golfo Pérsico, que es casi tan grande como el Ponto Euxino, y 2.500 estadios después a la ciudad de Gerra, en las costas de Arabia. Es deseo del rey circunnavegar toda la península hasta llegar al mar Rojo. Ha declarado que su plan es conquistar las tierras de la llamada Arabia Feliz y fundar ciudades y fortalezas a lo largo de toda la costa. Pero él no acompaña a la flota, que le ha confiado a Nearco y Perdicas.»

24 de loyo:

«Hoy el rey ha partido de Babilonia hacia el norte. Lleva doce mil hombres de guerra elegidos, y a los Compañeros Crátero, Peucestas y Eumenes.»

13 de hiperbereteo:

«Hoy el rey ha llegado a Sardes. Más de diez mil estadios recorridos en cincuenta días. Por la noche cena con los Compañeros y les comunica que van a cruzar el Helesponto.»

12 de dío:

«Después de más de once años, el rey ha vuelto a Macedonia. Las noticias de las sospechas de Alejandro han llegado a Antípatro. Él y Casandro han huido a Tesalia con un ejército.»

24 de dío:

«Batalla en Larisa. El ala izquierda de Antípatro se pasa al bando de Alejandro durante el combate. Antípatro se arroja sobre su espada antes de ser capturado. Casandro es apresado.»

25 de dío:

«Casandro es interrogado. Se declara inocente. Muere durante el interrogatorio.»

Fragmento de los Prosthémata toú peri ouranoú bibliou *(anexos al libro* Acerca del cielo*), redactados por Aristóteles en su exilio:*

«Debemos desdecimos de algunas de nuestras afirmaciones anteriores. En nuestra obra Acerca del cielo asegurábamos que jamás en el pasado, al menos hasta donde alcanzan los registros, se ha producido ningún cambio en el cielo exterior ni en ninguna de sus partes. No hacíamos mención de los cometas ni de las estrellas fugaces, que estudiábamos en nuestra *Meteorología*, por creer que tanto unos como otros eran fenómenos de la capa superior del mundo terrestre y que no pertenecían al celeste.

»Ésta era nuestra teoría: en dicha capa superior, aunque aún imperan dos elementos corruptibles como son el aire y el fuego, la atmósfera comparte por contagio el movimiento de las esferas celestes en las que reina el quinto elemento, el éter inmutable e incorruptible. Dicho movimiento, un giro eterno que tiene como centro la Tierra, hace que la capa superior de aire entre a veces en ignición. Si el fuego de esa ignición es débil y dura poco tiempo, se produce una estrella fugaz. Si es más intenso, pero no tanto como para consumirse enseguida, lo que aparece es un cometa. En cuanto a la cabellera del cometa, se trata de un fenómeno atmosférico parecido al del halo que rodea en ocasiones al Sol y a la Luna, y en realidad está mucho más cerca de la Tierra de lo que el vulgo cree.

»Como queda dicho, ésta era nuestra teoría. Pero nuestras propias observaciones nos han convencido de que no es correcta y ahora explicaremos por qué.

»En el año del arcontado de Cefisodoro tuvimos que abandonar Atenas por las falsas acusaciones vertidas contra nosotros en relación con el envenenamiento de Alejandro. Por esos mismos días apareció en el cielo un nuevo cometa dotado de una

trayectoria singular. Los cometas no siguen las mismas órbitas que los planetas, pues mientras éstos ven confinados sus giros a la banda celeste que conocemos como Zodiaco, los cometas pueden aparecer en diversas regiones del firmamento.

»Este nuevo cuerpo giraba en una órbita perpendicular al ecuador celeste. Siguiendo dicha órbita ascendió noche tras noche en el firmamento hasta alcanzar el polo norte celeste, y a partir de ese momento empezó a descender hacia el horizonte. Cuando ya se creía que no volvería, el cometa apareció de nuevo pasados treinta días, los mismos que había permanecido antes en el cielo, y ahora se encuentra a punto de desaparecer bajo el horizonte otra vez. Eso hace inducir que repite la misma trayectoria bajo el hemisferio terrestre, fuera de la vista de nuestros ojos, hasta que alcanza el polo sur celeste y reemprende su ciclo. Por tanto, a partir de ahora diremos que ese cometa sigue una órbita polar.

»Debido a que el cometa asciende hasta el polo norte y luego desciende como si fuera a precipitarse sobre la tierra, se ha hecho popular para él el nombre de Ícaro. Quienes interpretan los movimientos de los cometas y las caídas de las estrellas fugaces como presagios del futuro aseguran que Ícaro representa el renacer en Babilonia del rey Alejandro, y que también vaticina su pronta caída. Dejemos estos asuntos en manos de quienes creen en ellos.

»Lo que nos ha hecho pensar que este cometa no es un fenómeno que se produce en la capa superior terrestre, sino en el cielo, es el hecho siguiente: Cuando Ícaro descendía del polo norte celeste en su primera órbita, su cabellera, que es la más larga de todos los cometas conocidos desde que se guardan registros escritos, se oscureció al pasar junto a la Luna, que estaba en cuarto creciente. Eso quiere decir que pasó por detrás de aquella parte de la Luna que queda en la sombra, y no por delante, y que por tanto el cometa Ícaro está más allá de la esfera lunar.

»Pero a aquellos que temen el peligro de las cosas celestes debemos tranquilizarlos. Todo aquello que se mueve en las esferas inmortales del éter no puede por su propia naturaleza tener contacto con la Tierra. Ésta se encuentra protegida por una barrera impenetrable, formada por la esfera cristalina e indestructible en la que gira la propia Luna.»

VIENTO DE LIBIA

Día 6 de gorpieo
Año 3 de la 115.ª olimpiada.
437 ab urbe condita. [2]

Clea se llevó el estilo a la boca y mordisqueó la punta de marfil mientras los dedos de su mano izquierda revolvían los tirabuzones rojos de su pelo. En la mesa yacía desplegado el políptico de tablas enceradas donde había compuesto su poema. Ahora que lo tenía terminado, era el momento de pasarlo a limpio. Desenrolló un poco el papiro que iba a utilizar, lastró las esquinas con piezas de plomo, mojó la pluma de oca en el tintero y empezó a copiar los hexámetros dactílicos. Sabía que la criticarían por usar el metro de la épica para narrar un argumento amoroso, pero en la nueva era de Alejandro los usos tradicionales debían cambiar.

Era estío, y mi fatiga acrecía el gran calor.
Encontré unas aguas tranquilas, sin rumor ni remolinos,
tan cristalinas que en su fondo se contaban
los guijarros, y ni moverse parecían.
Sauces plateados y un álamo nutrido por sus ondas
daban de buen grado sombra a sus orillas.
Acercando los pies mojé las plantas primero
y las rodillas después. No contenta, de mi suave túnica
el ceñidor solté, la colgué de un curvo sauce
y desnuda en las aguas me zambullí.

Desnuda, repitió en voz alta, y dejó por un instante la pluma. Aquella palabra dejaba en sus labios una sensación tibia y líquida que le bajaba hasta el vientre. El poema hablaba de Aretusa, la ninfa de la fuente donde de niña iba a jugar con sus amigas, cuando su padre aún no era el tirano de Siracusa (¡perdón!; el rey de Siracusa) y ella podía ir a donde se le antojaba. Ahora sonrió traviesa al imaginar qué opinaría el gran Agatocles de que su hija, una doncella, escribiera sobre ninfas que se bañaban desnudas en aguas cristalinas y eran perseguidas por cazadores lascivos.

No, recordó, ya no era doncella, sino una mujer casada a sus diecisiete años. El día 22 de artemisio, tres meses y medio antes, había disfrutado de su noche de bodas, su primera y última noche de amor hasta el momento. ¡Qué delicias sin cuento prometían los dulces epitalamios de su admirada Safo! Cuando por fin había conocido a su prometido cara a cara, resultó ser un hombre muy guapo y no tan bajo como le habían dado a entender. Sobre todo, olía muy bien. Antes de la boda la había atormentado la idea de encamarse con alguien que apestara a sudor revenido o a dientes cariados, como les ocurría a tantos de los tipos que rodeaban a su padre y tenían más o menos su edad. Pero su esposo exudaba un olor cálido y a la vez fresco, y a sus cuarenta años tenía los dientes perfectos y no le faltaba ni uno, a pesar de las batallas que había librado casi desde niño. Aquellos dientes y aquellos labios carnosos prometían una noche de besos sin fin...

... él fue suave, amable y paciente, pero a Clea se le antojó que actuaba con la fría concentración de quien cumple un ritual, como cuando por la mañana habían celebrado juntos los sacrificios en honor de Hera e Hubo sensaciones placenteras: las manos y los labios de su esposo recorriéndole la piel, el peso de sus estrechas caderas sobre las de Clea mientras sus piernas se anudaban. Pero al final, cuando él se apartó, el cuerpo de la muchacha se quedó tenso como la cuerda de un arco que no se llega a disparar. Él no tardó en dormirse y Clea se quedó mirando al techo, pensando que le faltaba algo, que algo inasible y sutil como las motas de polvo en un rayo de sol se le había escapado entre los dedos.

El sueño llegó por fin, pero inquieto y cargado de extrañas visiones. Se despertó a mitad de la noche, y al girarse buscando un almohadón más fresco descubrió que la cama estaba vacía. Él estaba de pie; había abierto la ventana que se asomaba al este, hacia el mar. La luna debía haber salido, porque entraba una luz que perfilaba de fría plata la silueta del hombre. Seguía desnudo, pero llevaba su desnudez con tanta naturalidad y a la vez con tanta distinción como la capa de púrpura que había vestido durante el día.

Clea se levantó. Pensó en ponerse la túnica o al menos echarse por encima el cobertor de la cama, pero recordó que era una mujer casada que estaba con su esposo, y además el frescor de la brisa que entraba por la ventana era agradable. Se acercó despacio, se puso al lado de él y se asomó. La luna había empezado a trepar en el cielo y su sigma menguante se reflejaba en el mar.

—Vuelve a la cama. Aún es de noche —le dijo él.

Clea le acarició el pecho con la mano. Sus dedos corretearon por su hombro y se entretuvieron en la brida en forma de cruz que tenía bajo la clavícula. Cuando se acostaron a la luz de las velas había visto que tenía el cuerpo surcado de cicatrices, pero ésa era la peor. Decían que aquella flecha que le atravesó el pulmón le había

tenido varios días con un pie en el reino de Hades.

—¿Te duele?

—Cuando cambia el tiempo. —Él sonrió de medio lado, pero no la miró. Su vista seguía perdida en el este—. Como ahora. Pero en primavera es normal.

Clea se pegó a su cuerpo y le abrazó por el talle, pero él no reaccionó. No parecía que ella le hiciera saltar el corazón, ni que le hiciera correr fuego por la piel, ni estremecerse, ni sudar. *Safo, Safo, me has engañado*. Pero la culpa no era de la poetisa ni de sus cantos nupciales, sino de ella misma por hacerse ilusiones.

Había oído hablar de Alejandro desde que era muy niña, cuando llegó la noticia de que el rey de Macedonia había cruzado a Asia sin antes casarse ni engendrar un heredero para el trono. Años después, cuando su padre y ella estaban exiliados al pie del Etna, llegaron historias que hicieron comprender por qué Alejandro tenía tan poca prisa en contraer matrimonio; rumores que hablaban de su inseparable Hefestión, y también de un joven persa que había servido a emperadores, que bailaba como la propia Terpsícore y que superaba en belleza y encanto a cualquier doncella, hasta el punto de que Alejandro le había besado delante de todo el ejército. Por eso Clea comprendió con amargura qué cosas podía esperar de su nuevo marido y cuáles no. Alejandro era un caballero y siempre la trataría bien. Pero, aparte de su tibieza hacia las mujeres, era un rey que por razón de estado se había casado ya cuatro veces; ella sólo era la quinta esposa. O más que un rey era un dios, el hijo de Zeus-Amón, una divinidad en cuyo altar Clea se había sacrificado como una nueva Ifigenia.

Aquella comparación le gustó, pues la colmaba de una dulce amargura. Al igual que el caudillo aqueo Agamenón había inmolado a su hija Ifigenia para conseguir vientos propicios hacia Troya, así su padre Agatocles la había entregado a ella para afianzar su alianza con Alejandro, el mismo que le había ayudado primero a convertirse en tirano de Siracusa y luego a coronarse rey. No seas tan dramática, se dijo. Ella al menos seguía viva. Y acostarse con Alejandro no había sido tan terrible como sentir el filo de la segur en el cuello. Ajeno a las ensoñaciones y pensamientos de su joven esposa, el rey de medio mundo seguía mirando al mar.

—¿Qué hay al este? —le preguntó Clea. *¿Alguien a quien has perdido?*, pensó. *¿Hefestión?*

—Nada. El pasado —respondió él.

Clea no sabía cómo conseguir que él la mirara. Sobre una mesita había una jarra de vino. Sirvió un poco en una copa de vidrio y se la ofreció a Alejandro. Éste por fin volvió la vista hacia ella, pero meneó la cabeza.

—No. Gracias, Agatoclea. El vino enturbia las ideas. —La agarró un instante por los hombros y la besó en la frente—. Tengo que irme.

—Aún falta mucho para que amanezca. ¿No vas a dormir más?

Alejandro ya se estaba poniendo la túnica. En cuestión de segundos estuvo

vestido, con la rapidez y economía de movimientos de un soldado acostumbrado a salir de su tienda en plena noche.

—Mis enemigos nunca duermen —dijo mientras se ataba las sandalias—. Cuando cierro los ojos, alguien en algún rincón de mi imperio planea cómo rebelarse contra mí. Todos deben sentir la mirada de Alejandro.

Menos tu esposa, pensó ella, mientras él salía por la puerta y la cerraba tras de sí. Desde entonces no le había vuelto a ver.

Clea suspiró. Seguía sintiendo dentro de sí ese desasosiego de arco sin disparar. Bajó la vista al papiro. «... *¿Adónde vas corriendo, Aretusa*? ...» Había seguido copiando casi sin pensar, y por culpa del balanceo del barco había hecho un pequeño borrón en una alfa. Decidió dar por terminada la sesión de escritura; estaba usando papiro saítico untado en el envés con aceite de cedro, y no era cuestión de desperdiciar un material tan caro.

Tenía calor, tal vez por culpa de las imágenes que bailaban en su cabeza. El aire del camarote era sofocante, aunque la ventanilla estaba abierta. Cerró primero el políptico y después enrolló el papiro para guardar ambos en el mismo arcón donde llevaba sus lecturas para Posidonia. Por insistencia de su padre, se había llevado a los autores sicilianos más célebres: Filisto, Córax y el pesado de Gorgias, ese sofista que había vivido más de cien años y cuyos discursos había tenido que estudiar mil veces. A Clea sólo le gustaba el *Encomio de Helena,* sobre todo cuando Gorgias disculpaba a la heroína por dejarse llevar a Troya: «Si Amor es un dios y tiene el poder divino de los dioses, ¿cómo podría rechazarlo un ser inferior? Mas si es enfermedad humana y debilidad de la mente, no debe ser censurado como pecado, sino disculpado como infortunio». Clea, sin saberlo, era una víctima de la enfermedad de Eros. Pero no estaba enamorada de nadie en concreto, ni siquiera del marido con el que iba a reunirse en breve. No, ella estaba enamorada del amor. Cerró el arcón de golpe y se levantó para dar un paseo. Por supuesto, era impensable salir sola del camarote. Al ver que abría la puerta, Ada, su nueva dama de compañía macedonia, se lanzó tras ella. Y detrás de Ada se apresuraron a acudir dos esclavas más, y también seis escoltas de la guardia de su padre, sículos y dorios grandes como baúles que caminaban con la barbilla tiesa y mirada desafiante cada vez que se cruzaban con un soldado macedonio.

Cuando salió a la cubierta, Clea levantó la mirada. Casi se mareó al ver la altura del palo mayor, más de cien codos hasta la punta donde ondeaba el gallardete con la estrella de los Argéadas, la dinastía macedonia. Instintivamente, estiró la mano para apoyarse en Ada y alargó la mirada hacia delante, buscando la proa de estribor. Aún no se había mareado, pero no las tenía todas consigo.

A bordo de la *Anfitrite* viajaban casi dos mil personas entre remeros, soldados,

tripulantes y pasajeros. No era extraño que la cubierta estuviese atestada y que tuvieran que avanzar poco a poco sorteando gente para llegar hasta la proa. Los soldados procuraban apiñarse cerca de las bordas para no tropezar con los marineros que se afanaban en sus tareas. Viajaban en el barco más de quinientos hoplitas repartidos en dos compañías de infantería de sarisas; lo que, con los arqueros y los encargados de las diez catapultas, sumaba más de seiscientos soldados. Ahora que la situación de Siracusa parecía estabilizada, aquellas tropas volvían a Posidonia, la nueva base de operaciones de Alejandro para su asalto a Campania; la región más fértil de Italia, y la misma que los romanos le habían prohibido pisar so pena de enviar sus legiones contra él.

La *Anfítrite* era la primera nave de guerra construida a modo de pontón, con dos cascos en paralelo unidos por una enorme plataforma que hacía de cubierta, y propulsada por tres velas y ochocientos remeros. Pronto habría más como ella. En los muelles del puerto grande de Siracusa, los ingenieros de Alejandro y Agatocles estaban construyendo otros dos titanes de los mares. Siguiendo el ejemplo de los constructores navales de Rodas, que no permitían que nadie se acercara a sus astilleros, lo estaban haciendo tras unas enormes empalizadas, a resguardo de miradas curiosas; de momento habían ejecutado a varios espías y también a los carpinteros fenicios, ya que éstos habían demostrado que tenían la lengua demasiado suelta y eran más fieles a sus parientes cartagineses que a su señor Alejandro.

La *Anfitrite* y sus futuras hermanas eran un proyecto personal del rey macedonio, que lo había financiado de su propio bolsillo y había encomendado la empresa a Aristóbulo, su ingeniero jefe. Al principio todos habían puesto mil objeciones, pero el entusiasmo de Alejandro se les había acabado contagiando, y cuando zarpó para Italia siguieron trabajando como si el rey en persona supervisara las obras.

—No va a ser muy maniobrable —había objetado Agatocles cuando estaban a punto de botar la *Anfítrite*.

—Cierto —le respondió Aristóbulo—. Pero no se trata de una trirreme diseñada para embestir con el espolón. Es una fortaleza flotante armada con máquinas de asedio, y a la vez un buque de transporte.

—Con ese tamaño será vulnerable a los ataques de otros barcos más pequeños.

—Para eso están sus catapultas y la flota de escolta. Te aseguro que ninguna nave enemiga se acercará a la *Anfitrite* —insistió el ingeniero.

Ahora la *Anfitrite* navegaba hacia el noroeste como una gran bestia marina, una gigantesca ballena rodeada por sus crías. Clea miró hacia estribor. A más de trescientos codos de ellos, guardando una distancia respetuosa, marchaban las panzudas naves de transporte que llevaban caballos, provisiones y más soldados para Alejandro. Aún más allá, en el exterior del círculo, viajaban las naves de guerra, cinco quinquerremes y diez trirremes por cada lado, embarcaciones que no llegaban

ni a la tercera parte de la eslora de la *Anfítrite*. Cuando el mar estaba en calma usaban sus remos como grandes ciempiés acuáticos, pero desde que zarparon de Siracusa dos días antes el viento había sido favorable y apenas habían tenido que recurrir a ellos. Hoy el mar estaba algo levantado, con olas largas que se rizaban en pequeños vellones blancos, pero Clea aún no se había mareado y quería creer que ya no le pasaría. Las aguas se veían más grises que azules, pues el cielo estaba sucio, y el litoral de Lucania, la región del sur de Italia que estaban costeando, apenas se intuía como un borrón alargado.

Seguida por su pequeña comitiva, Clea continuó su paseo hacia la proa, rodeando los corrillos de soldados que jugaban a las tabas, las damas, las canicas y, sobre todo, a los dados, entre gritos, carcajadas y sonoros golpetazos de los cubiletes sobre la cubierta. Algunos incluso se ejercitaban en la lucha, aunque era más bien una pantomima por la falta de espacio. También tuvieron que esquivar las catapultas, de las que había cinco a babor, cinco a estribor y una en cada proa. Algunas lanzaban flechas de cinco codos y otras arrojaban pedruscos de hasta dos talentos. Los encargados de atenderlas, cuatro hombres por máquina, se dedicaban a sacar brillo a las piezas metálicas y a engrasar las gruesas cuerdas de los mecanismos de torsión, trenzadas con cabellos humanos; Alejandro debía ver las catapultas tan nuevas como si acabaran de salir del arsenal. Clea no era particularmente aficionada a las armas, pero desde niña había oído a su padre hablar de tácticas, estrategias y máquinas de guerra, y al final se había desarrollado en ella cierta curiosidad por aquellos juegos de varones.

Cuando pasaron bajo el palo de artemón, Clea no pudo resistir la tentación de levantar la vista una vez más, a pesar del vértigo. Allí, en la cofa, un marinero oteaba el horizonte, a tanta altura como el torreón de Ortigia que se asomaba al puerto viejo de Siracusa.

—Qué vértigo, ¿verdad? —dijo alguien a su espalda.

Clea se volvió. Sentado sobre un rollo de maroma, estaba Néstor, que había llegado de Alejandría unos días antes, a tiempo de incorporarse a la flota que viajaba a Posidonia. Sin esperar respuesta, el médico volvió a bajar la mirada a lo que estaba escribiendo. A Clea le llamó la atención que en vez de usar un rollo de papiro utilizara trozos de piel curtida cortados en cuadrados y cosidos con hilos por las esquinas superiores. Cuando terminaba de escribir en una cara, daba la vuelta a la piel para aprovechar el envés. Clea se acercó más, pese al siseo admonitorio de Ada, que se empeñaba en seguirla con la sombrilla para protegerla de la canícula. El texto le resultaba ilegible y el médico lo escribía a una velocidad endiablada sin levantar el cálamo.

—¿Eso es egipcio? —le preguntó.

Él levantó la mirada y frunció las cejas como si estuviera pensando la respuesta.

Clea nunca le había visto tan de cerca. Tenía el cabello rubio, tan claro que las canas parecían pinceladas de plata sobre hilos de oro. Sus ojos eran azules como las aguas en una playa de arena blanca. No parecía griego, aunque vestía como tal.

—¿Egipcio? —respondió—. No. Aunque viviera tres vidas sería incapaz de aprender su idioma ni su escritura.

—¿Entonces qué es?

—Señora —intervino Ada—, yo creo que deberíamos...

—Cállate —le espetó Clea—. ¿No ves que estoy hablando? Apártate un poco. Néstor le acercó el libro que se había fabricado. Parecía tan práctico como su políptico de tablillas de cera, y mucho más cómodo que andar enrollando y desenrollando un papiro.

—Es griego. El mismo griego que hablas tú. Más o menos. Yo uso la lengua común, no el dorio.

—Sé hablar la lengua común —dijo Clea, dilatando un poco las aletas de la nariz y pronunciando *ten koinén* en lugar de *tan koinán*, como habría hecho en el dórico de Siracusa.

—No lo dudaba.

—Pero eso no es griego. Nadie escribe así. Ahora que lo dices, eso parece una *beta*, pero tiene muchas curvas.

Él se encogió de hombros.

—Siempre he escrito así. Al dejar un hueco entre las palabras, puedo leer más rápido y a la primera —dijo mientras pasaba unas hojas—. Te voy a enseñar algo que escribí anteayer, para que veas que no recito de memoria. —Puso el dedo índice en la parte superior de la hoja y empezó a leer con la misma rapidez con la que hablaba—: «La *Anfitrite* mide doscientos cincuenta codos de eslora por ciento diez de manga. Está construida sobre dos cascos paralelos unidos por una cubierta que se sostiene sobre grandes vigas de roble. En cada uno de los costados exteriores hay cien remos dispuestos en dos niveles, y en cada remo bogan cuatro remeros, lo que hace cuatrocientos hombres por babor y otros cuatrocientos por estribor, más doscientos remeros de reserva. Tiene dos quillas, una por cada casco, y para cada quilla se han empleado diez troncos de olmo reforzados con falsas quillas de roble. Lleva dos espolones de bronce con...».

—¿Es que te dedicas a espiar para Cartago? ¿Para qué apuntas todo eso?

Néstor cerró el cuadernillo y se encogió de hombros.

—Tu esposo me paga bien. Tengo una mansión en Alejandría, otra en Babilonia que no visito desde hace cinco años, y una casa pequeña en la isla de Tera, la más bonita de todas. ¿Para qué iba a pasarme al enemigo?

Esta vez fue ella quien se encogió de hombros.

—La gente hace cosas muy raras.

—Soy médico. Lo sé.

Clea soltó una carcajada. Siendo como era hija de Agatocles, la gente no solía hablarle así, y menos aún desde que se había convertido en esposa de Alejandro. Le divertía.

—Si no eres espía, ¿por qué apuntas tantos datos? —insistió.

—Por curiosidad. Este barco es una maravilla de la ingeniería, aunque con una eslora tan larga no estoy muy convencido de que no acabe partiéndose entre dos olas como una barra de pan duro. Si apunto las cosas es porque me fío más de esto —dio un par de golpecitos en el cuadernillo con el cálamo— que de esto otro —concluyó señalándose la propia cabeza—. Dice Platón que la escritura es falsa sabiduría, pero prefiero esa falsa sabiduría a confiar tan sólo en mi memoria.

—¿Tienes muchas cosas anotadas?

—Bastantes —respondió él—. Guardo más cuadernillos como éste. En tu isla he apuntado muchas cosas. —Volvió a pasar hojas hasta llegar al principio—. «A la larga, la ceniza del Etna es beneficiosa sobre el terreno. Las raíces y los frutos que produce una tierra de cenizas son tan nutritivos y hacen engordar tanto al ganado que sus dueños tienen que hacerles cortes en las orejas y sangrarles para que no se ahoguen. Al menos, eso dicen los campesinos.»

El médico guardó el cuadernillo y la tabla sobre la que se apoyaba en una bolsa y se puso de pie. Clea recordó de pronto lo alto que era aquel hombre. No le llegaba ni a los hombros.

—El sangrado es una costumbre estúpida. Nunca la entenderé.

Tras la batalla de Mantinea vi a un espartano desangrándose por un lanzazo en el muslo. El cirujano le aplicó un torniquete bajo la ingle, y cuando consiguió detener la hemorragia, ¿qué crees que hizo? ¡Le aplicó dos cortes en el tobillo para sangrarlo! «Por si acaso», me dijo. Se lo cargó, claro. Menos mal que entonces los espartanos no estaban en nuestro bando. A Clea le revolvía el estómago hablar de sangre y cambió de tema.

—Yo también estaba escribiendo hace un momento —dijo, impulsiva—. Pero no eran notas.

—¿Ah, no? ¿Qué era entonces?

—Poesía. No puedo leer tan rápido como tú, así que yo sí me aprendo de memoria lo que escribo.

—Hmm. —Néstor se quedó pensando unos segundos; de pronto pareció darse cuenta de lo que debía contestar—. Por favor, ¿puedes recitármela? Será un honor.

—Bueno, aún no he terminado de componerla, pero...

Clea notó la mirada severa de Ada clavada en su nuca. Se volvió hacia ella y le hizo un gesto para que se apartara unos pasos más. Después, en voz baja para que sólo la oyera el médico, recitó

la historia de Aretusa, la ninfa consagrada a Ártemis que no quería casarse. Un día que se bañaba desnuda, el cazador Alfeo se enamoró de ella y la persiguió. Mientras huía de Alfeo, Aretusa rogó a la diosa virgen que la salvara, y ella, para ocultarla, la transformó en fuente de agua fresca. Pero Alfeo no se dejó engañar y corrió tras ella. Aretusa volvió a suplicar a Ártemis, y ésta la condujo al inframundo y la guió por las tenebrosas galerías que le había enseñado su hermanastra Perséfone, la diosa infernal. Tras un viaje por las profundidades de la tierra, salieron al otro lado del mar, en el islote de Ortigia, en la costa este de Sicilia. Mas ni aún así se libró Aretusa del amor de Alfeo, pues éste se convirtió en río, se precipitó por aquellos mismos túneles, llegó hasta Sicilia y por fin abrazó a la ninfa. Y desde entonces las aguas del río Alfeo y la fuente Aretusa están mezcladas, y lo seguirán estando hasta el fin de los tiempos.

Clea tomó aliento al terminar. Los nervios la habían hecho recitar con voz demasiado rápida y entrecortada, y se había comido un par de sílabas largas y una diéresis, pero Néstor le aplaudió con las palmas en sordina.

—¡Bravo, buena historia. Según el punto de vista puede ser triste o alegre.

—Para mí es triste —dijo Clea, mirando hacia el mar. Por alguna razón, se le habían empañado los ojos y no quería que él la viera—. Cuenta cómo las mujeres no podemos elegir nunca a quién amamos y tenemos que hacer siempre lo que quieren los hombres.

«Deberías estar contenta. Te has casado con el hombre más importante del mundo», le había respondido su amiga Mira cuando le dijo lo mismo. Ahora se esperaba algún comentario parecido de Néstor, pero el médico se limitó a encogerse de hombros.

—Así es la vida. Ahora...

Parecía que iba a dar por terminada la conversación, pero a Clea no le apetecía volver a su camarote ni aguantar la cháchara de Ada, así que dijo:

—¿Sabes que la leyenda de Aretusa es verdad?

—Como todas las leyendas, por supuesto. ¿A qué te refieres? —El médico se sentó de nuevo en el rollo de maroma. Así su rostro quedaba a la misma altura de Clea.

—Yo lo sé porque me crié cerca de la fuente Aretusa. El agua que sale por ella es la misma del río Alfeo.

—No parece demasiado verosímil. El Alfeo está en el sur de Grecia, más bien lejos de Sicilia.

—Pues es verdad. Hay pruebas evidentes. Mi padre me contó que hace tiempo apareció en la fuente una copa de oro que habían arrojado al río en Olimpia. Y cada cuatro arios las aguas se enturbian, justo después de celebrarse sacrificios de bueyes para inaugurar los Juegos Olímpicos.

—Sin duda son pruebas fehacientes.

Clea se enfadó un poco. Le molestaba la ironía condescendiente del médico.

—Veo que no me crees. Pero todo el mundo sabe que el subsuelo de Sicilia está horadado por mil conductos de los que suben las aguas termales a lugares como Selinunte o Egesta. No es tan raro que en ese laberinto de túneles las aguas del Alfeo encuentren su camino hasta la fuente Aretusa.

—A mí no me pareció ver que las aguas del Alfeo se hundieran bajo tierra en su desembocadura. Pero supongamos que lo hacen y viajan por debajo del mar a mil o dos mil codos de profundidad.

¿Cómo vuelven a subir? Es lógico que el agua baje por su propio peso, pero para que suba otra vez a la superficie se requiere una fuerza misteriosa que nadie conoce. Seguro que Aristóteles no estaría de acuerdo con algo tan contrario a las leyes de la naturaleza.

—¿Conoces el río Alfeo? ¿Es que has estado en Olimpia?

Él asintió con gesto paciente. Clea sabía que lo estaba atosigando con sus cambios de tema, pero no quería dar por terminada aún la conversación.

—Yo nunca he salido de Sicilia —se apresuró a añadir—. ¿Cómo es Olimpia? ¿La estatua de Zeus es tan grande como dicen?

—No tanto como el bronce de tu esposo en el puerto de Alejandría, aunque en la penumbra del templo impresiona, como si de verdad estuvieras ante el dios. La ciudad es muy pequeña, poco más que una aldea, pero se encuentra en un valle muy hermoso sombreado por robles, álamos y acebuches. Un lugar sencillo y encantador. Si pudiera elegir, no me importaría vivir en él. Clea se dijo que el médico, como todos los que rodeaban a Alejandro, tampoco hacía lo que quería. Si ni siquiera alguien que parecía tan inteligente y seguro de sí mismo como Néstor, y que además era varón, podía ser libre, ¿qué esperanza le quedaba a ella? Era un pensamiento deprimente, y lo ahuyentó.

—¿Estuviste cuando se celebraban los juegos?

—Sí. Fue cuando las cuadrigas de Alejandro coparon los tres primeros premios, una hazaña que superó incluso a la del gran Alcibíades. Eso sí, con unos caballos árabes que en la época de Alcibíades ni se conocían. —Néstor se rascó la barbilla y añadió como de pasada—: En cambio, yo sólo conseguí quedar segundo.

—¿Segundo? ¿En qué?

—En la prueba del *dólikhos*.

Clea frunció las cejas y calculó la edad de Néstor. Era mayor que Alejandro, seguro. No tenía edad de competir con jóvenes atletas. Al ver su gesto de escepticismo, el médico añadió:

—Es una carrera de veinticuatro estadios, la prueba más larga de los juegos olímpicos. La resistencia es una cualidad que aumenta con la edad, siempre que uno

la entrene. Yo corro todos los días más de cincuenta estadios. —Haciendo un gesto que abarcaba toda la cubierta, añadió—: Salvo cuando estoy en un sitio tan concurrido como éste.

A Clea se le ocurrió algo, pero cuando estaba a punto de decirlo enrojeció un poco más y se llevó la mano a la boca.

—¿Qué? —preguntó Néstor—. ¿Es que no me crees?

—No es eso. —Clea soltó una risita—. ¿Es verdad que los atletas corren... *desnudos*? — preguntó en susurros.

Clea enrojeció aún más. Le daba mucha rabia que le ocurriera, porque con su pelo rojo y su piel clara le era imposible disimular el rubor. Miró de reojo a Ada, que se dedicaba a dar vueltas a la sombrilla sobre su cabeza y a poner los ojos en blanco.

El médico le contestó también en susurros y mirándola fijamente.

—Algunos sí y otros no. Yo, personalmente, prefiero hacerlo con taparrabos. A Clea se le escapó un suspiro que era casi de alivio. El médico siguió hablando, tal vez por correr en su auxilio.

—Podría haber ganado aquella carrera, pero no era mi intención pasar a la gloria. Ser el médico de tu esposo ya me da bastante riqueza y celebridad. No necesito que mi patria me dé de cenar gratis el resto de mi vida. Sobre todo —añadió entre dientes — porque no sé cuál es.

—¿Qué quieres decir?

Néstor meneó la cabeza. Obviamente, se había arrepentido de hablar más de la cuenta y quería cambiar de tema.

—Hmm. Alguien viene con cara de pocos amigos.

Clea se volvió. Se estaba acercando su tío Calias, el hermano de la difunta madre de Clea. Venía discutiendo algo con Hermolao, el capitán de la nave, un tarentino achaparrado y barbudo que aseguraba conocer las aguas del sur de Italia como la palma de su mano, y con Sófocles, el oficial macedonio que mandaba las tropas de infantería.

Al ver a Clea en cubierta hablando con un hombre, Calias torció el gesto. Era un hombre de piernas zambas, hombros escurridos y la barbilla siempre levantada como si se la quisiera clavar a alguien.

—¿Quién eres tú? —espetó sin más preámbulos, dirigiéndose a Néstor—. ¿Qué haces hablando con la esposa de Alejandro?

Clea se tapó la boca para no responder, pues tenía curiosidad por ver cómo reaccionaba Néstor. Le observó de reojo y comprendió lo que debía estar pensando Calias. La túnica del médico, aunque tejida en buen lino, tenía los bordes deshilachados; el cuero cuarteado del cinturón y de las sandalias pedía a gritos un reemplazo; y en cuanto al sombrero de paja, parecía que lo hubiese mordisqueado una cabra.

—Alejandro —dijo Nestor, entornando los ojos—. Me suena el nombre. ¿Te refieres al rey macedonio al que alguien le salvó la vida en Babilonia? Ahora que me acuerdo, fui yo quien le salvó. ¡Cómo se me ha podido olvidar, si me nombró Compañero Real para recompensarme!

Callas se quedó con la boca abierta y la barbilla en alto; era evidente que se quedaba con ganas de decir algo devastador, pero no se le ocurría. Sófocles acudió en su ayuda.

—Calias, te presento a Néstor, el médico.

Néstor, el médico, vocalizaron los labios de Calias, sin llegar a emitir ningún sonido. Después se limitó a saludarle con una somera inclinación de cabeza y agarró el brazo de Clea.

—¿Puedo hablar contigo, sobrina? —dijo, tirando de ella.

Clea se sacudió su mano de encima, pero los soldados de la escolta de su tío ya se habían puesto a su espalda y caminaban casi empujándola, de modo que se vio conducida hacia la popa sin poder despedirse de Néstor.

—¿Se puede saber qué haces andando sola por cubierta? —la regañó Calias, acercándose tanto que su saliva le salpicaba. Clea se apartó un poco.

—Ya has visto que no estaba sola.

—Me da igual. No es una conducta decorosa. ¡Ahora eres la mujer de Alejandro!

—Tú lo has dicho, tío. Soy la mujer de Alejandro. Es él quien me tiene que controlar, no tú.

—De momento, y hasta que no te deje en manos de Alejandro, tu padre me ha encargado que vele por ti. No lo olvides y compórtate como una dama. Si no sabes hacerlo, pregúntale a tu esclava, que tiene más sentido común que tú.

Habían llegado ante el castillo de popa. Clea se volvió hacia Calias y le clavó el dedo en el pecho.

—Es la última vez que me dejas en ridículo así. No volveré a consentirlo. Y cuando lleguemos a Posidonia, no quiero saber más de ti.

Él abrió mucho sus ojos de sapo y fingió un escalofrío que le hizo temblar la papada.

—¡Oh, ha hablado la esposa real! Si tienes idea de lo que te conviene, sobrinita, procurarás llevarte bien conmigo, porque te vas a sentir muy sola en Posidonia. ¿Es que no sabes lo que te espera? Alejandro nunca ha hecho mucho caso de sus esposas, y para colmo tú sólo eres la quinta.

¿O la sexta? He perdido la cuenta de su harén.

Con esto se dio la vuelta y la dejó en la puerta del camarote. Clea se mordió el labio y respiró hondo.

Sí, sabía lo que la esperaba. Estaba bien informada de la gran familia en la que había entrado a formar parte. Alejandro tenía un hijo de Roxana la bactria, la primera

mujer con la que se casó: Alejandro Ego. De Estatira la persa, otro varón, Ciro Amintas. Con Kumardevi, la hermana del rey indio Chandragupta, una niña llamada Orestia. Y con Nebet, hija del último faraón de Egipto, acababa de tener a dos mellizos, Filipo y Cleopatra. Todo ello sin olvidar al mayor de todos, Heracles, hijo de Barsine, a quien Alejandro había acabado reconociendo aunque nunca se había llegado a casar con su madre.

¿Querría al menos Alejandro tener hijos con ella o, considerando que cinco vástagos varones eran más que suficientes para crear problemas dinásticos, la dejaría sola y humillada? Clea pensó

que tal vez lo mejor que podía pasar era que la Anfítrite naufragara y se llevara a pique con ella su triste y desgraciada vida.

Cuando Calias y Clea se marcharon, Néstor se quedó conversando un rato con Sófocles y Hermolao. Éste no hacía más que levantar la mirada al cielo y chasquear la lengua.

—Deberíamos acercarnos a tierra ya.

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —preguntó Sófocles.

A Néstor también le extrañaron aquellas prisas. Aún no era ni mediodía, y normalmente navegaban hasta que el sol empezaba a ocultarse al oeste. Por el momento, el viento había sido favorable y había soplado desde el sur, aunque los etesios dominantes en aquella zona solían ser del noroeste. Apenas habían recurrido a los remos y sus singladuras habían sido largas: el primer día atracaron en Regio, a la salida del estrecho que separaba Sicilia de Italia, y la última noche la habían pasado en la pequeña ciudad minera de Temesa.

—Aunque tardemos un día más, deberíamos pasar la noche en Cerio —dijo el capitán, señalando hacia estribor, donde se intuían unos picos entre la bruma blancuzca que enturbiaba el aire—. Al norte de esas montañas, el valle del río Laos entra hasta el mar y en su desembocadura se abre una playa muy amplia. Es un buen sitio para atracar.

—¡De ninguna manera! —exclamó Callas, que venía de vuelta. Tras empujar a unos marineros para abrirse paso y dirigir una breve mirada de hostilidad a Néstor, le dijo a Hermolao—: Vamos a seguir, y esta misma noche llegaremos a Posidonia. ¡Alejandro se quedará impresionado cuando vea que sólo hemos tardado tres días! Vamos a demostrarle que los barcos fabricados en Siracusa son rápidos como el rayo.

A Hermolao, que no sólo no era siracusano sino ni siquiera de Sicilia, aquel comentario no pareció hacerle gracia.

—No conviene mencionar a Zeus en el reino de su hermano, y menos hablar de rayos en alta mar.

Néstor levantó la mirada hacia las enormes velas de lino, reforzadas con piel de

hiena. Ésta, al parecer, alejaba los relámpagos, y dada la altura de los mástiles bien convenía llevar alguna protección contra el arma del señor del Olimpo.

—¿Por qué demonios quieres atracar? —preguntó Calias—. ¿Es que te espera alguna putilla en tierra?

Hermolao respiró hondo antes de responder.

—Pasada la ciudad de Cerio, la costa es mucho más escarpada y nos resultará difícil encontrar una playa lo bastante grande para la *Anfítrite* y el resto de la flotilla.

—Ahora tenemos viento favorable —dijo Calias—. ¿Qué pasa si lo desaprovechamos hoy, y mañana cambia y nos empieza a soplar de proa? Tardaremos cuatro o cinco días más en llegar. ¡Y eso me dejará en muy mal lugar!

—Peor lugar es el fondo del mar —dijo Hermolao en tono lúgubre—. No me gusta nada esta calima. Si el líbico empieza a soplar fuerte de verdad, vamos a arrepentimos de no habernos refugiado en un puerto.

—No seas cobarde. Esta nave no la podría hundir ni Poseidón.

—Cuidado con desafiar a los dioses —dijo Sófocles. Un par de marineros que fingían colocar unos cabos mientras husmeaban la conversación se agarraron los testículos para ahuyentar la mala suerte.

—Soy el capitán de esta nave —dijo Hermolao, frunciendo sus pobladas cejas—, y mi primera preocupación es su seguridad. Es su primera travesía y aún no sabemos hasta qué punto una estructura tan pesada puede resistir un oleaje turne. ¿Es que quieres echar a pique una inversión de trescientos talentos?

Casi dos millones de dracmas, calculó Néstor. Por intervenir en la discusión, comentó:

—Yo me fiaría de él. Como bien ha dicho, es el capitán.

Calias se volvió hacia él y estuvo a punto de clavarle un dedo en el pecho, pero se arrepintió y se conformó con agitar el índice en el aire.

—Cuando necesite tu opinión, *Compañero*, te la pediré. —Se volvió hacia Hermolao—. Sí, tú serás el capitán, pero Agatocles me ha confiado a mí el mando de la expedición, y desde ahora mismo te digo que no vamos a estropear el viaje inaugural de este monstruo de los mares porque tú

seas un pusilánime. ¡Al atardecer la *Anfítrite* entrará con todos sus faroles encendidos en el puerto de Posidonia, y no se hable más!

Néstor se dedicó a apuntar unos cuantos datos más sobre la Anfítrite mientras bebía una jarra de vino aguado. Su sirviente, Boeto, que aunque se llamaba así no era de Beocia sino de la Fócide, le puso delante una bandeja de dátiles de Egipto junto con pan y queso de cabra de Sicilia. Boeto era un hombre mayor que él, un cascarrabias que andaba algo encorvado y siempre se quejaba de la espalda, pero que nunca aceptaba los cuidados de Néstor. No era su esclavo, aunque mucha gente lo

pensara así. Cuando encontraron a Néstor tendido en la sala del oráculo de Delfos, Boeto trabajaba como empleado de mantenimiento del templo. Después, puesto que no tenía hijos y se llevaba muy mal con su mujer y sus hermanas (las de ella y las de él), se había ofrecido ante las autoridades de la Anfictionía para acompañarlo en el largo viaje a Babilonia y ayudarle a cumplir el destino que Apolo parecía haberle encomendado.

Desde entonces estaban juntos. A sus cincuenta y tantos años, Boeto había descubierto los placeres de hacer prácticamente lo que le daba la gana, pues Néstor era un jefe poco exigente. Además, no tenía que hablar si no le apetecía, veía mundo y, sobre todo, se acostaba con todas las prostitutas que se le antojaban, pues a su edad había salido muy putero.

—El barco se menea cada vez más —comentó ahora. Lo que menos le gustaba de los viajes era navegar; dos años antes habían sufrido una travesía muy accidentada de Rodas a Tera y aun se acordaba.

—Es posible que luego se mueva aún más. Te recomiendo que comas unas galletas para hacer fondo de estómago. Así tendrás algo que vomitar.

Boeto rezongó algo ininteligible y salió del camarote. No había persona en el mundo que hiciera menos caso de los consejos médicos de Néstor que él.

Néstor siguió escribiendo mientras daba cuenta de su frugal almuerzo. Lo apuntaba todo constantemente porque tenía miedo de volver a perder la memoria y que todo lo que había vivido en los últimos seis arios, que para él eran los únicos de su vida, se esfumara. Ignoraba su edad, pero calculaba que podía frisar en los cuarenta y cinco. ¿Cuántos arios podían quedarle? ¿Quince, veinte, veinticinco si tenía mucha suerte? En cualquier caso, el vacío oscuro y desconocido que cargaba a sus espaldas era mucho mayor que lo que le aguardaba por delante. Sentía que los dioses le habían estafado la mayor parte de su vida, y cuando se despertaba por las mañanas lo primero que hacía era pasar revista rápidamente a los seis arios que atesoraba y comprobar que no los había perdido también. *Soy Néstor,* se repetía, y como no podía añadir como serias de identidad hijo de tal ni natural de tal ciudad, añadía: *Soy el médico de Alejandro, el hombre que le salvó la vida en Babilonia.*

Por eso no se limitaba a tomar notas sobre lo que veía, sino que escribía comentarios sobre lo que él mismo hacía, las personas a las que iba conociendo y las conversaciones que mantenía con ellas. Era, fundamentalmente, un observador. ¿Qué otra cosa podía ser alguien sin raíces? La gente de su edad empezaba a pasar más tiempo reviviendo el pasado que contemplando el presente; él no podía disfrutar de ese lujo. Y si su problema era una enfermedad que ni él mismo sospechaba y su amnesia se volvía a reproducir, al menos podría consultar sus cuadernos y saber quién había sido durante los últimos seis arios.

Ahora escribió sobre la muchacha con la que acababa de hablar. Agatoclea. A ella

no le gustaba su propio nombre y cuando discutía con su aya insistía en que la llamara Clea; Néstor lo sabía porque los mamparos de la nave eran indiscretos.

Primero la definió: ojos verdes, pelo rojo como el cobre, nariz respingona y mejillas pecosas. Un tanto delgada para considerarla hermosa, aunque a Néstor no le importaba; la opulencia, no era de su agrado. Vivaracha, algo atolondrada, orgullosa y con mal pronto. No acababa de verla como consorte del gran hombre. ¿Cambiaría mucho? Su padre, Agatocles, era un monarca de pega, un hombre que había sido alfarero antes que tirano y que luego se había nombrado a sí mismo rey. Un tipo inteligente, sin duda, pero no llevaba en las venas esa distinción que Alejandro había mamado de niño y que iba cuajando a lo largo de muchas generaciones de trabajar poco y ser obedecido. Eso se notaba en su hija. Mientras hablaban, Néstor la había visto rascarse la cadera con disimulo un par de veces, y también más abajo: en la vida se habría imaginado actuando así a las demás esposas reales, como Nebet, Estatira, la encantadora Barsine o incluso la bárbara Roxana. Tal vez Clea aprendería a ser solemne y mayestática, a no rascarse el trasero, a no dirigirse a los demás sin que se lo pidieran ni hacer preguntas inoportunas. Pero sería una pena que perdiera aquella deliciosa espontaneidad, se dijo Néstor, y volvió a llenarse la copa. *Soy Néstor, el médico de Alejandro, el hombre que le salvó la vida en Babilonia.*

Se despertó con la boca pastosa, tendido en la cama. Ni siquiera se había quitado las sandalias. Se incorporó y comprobó que la jarra de vino estaba en el suelo; pero la mancha de la alfombra era pequeña, lo que quería decir que el resto se lo había bebido él. Se levantó desorientado, sin saber qué hora podía ser. El barco se movía mucho más que antes, y por encima de los crujidos del maderamen se podía oír el grave fragor del agua y el inquietante silbido del viento.

Néstor entró al bario para orinar el exceso de vino. Era la primera vez que viajaba en un barco en el que los camarotes, aunque sólo fuesen los de los pasajeros de honor, tenían letrinas privadas. Después llamó a la puerta que daba al tabuco de Boeto para decirle que se iba, pero sólo le contestaron los ronquidos del criado. *Éste ha bebido más vino que yo*, se dijo, y chasqueó la lengua. No era una buena táctica contra el mareo.

Salió al pasillo. Los mamparos eran de madera, pero los habían pintado de estuco, mientras que las vigas, doradas y talladas con acanaladuras, parecían las columnas de un templo. Todo el sueloestaba cubierto de tapices y a cada dos pasos había lámparas de bronce colgadas del techo. Néstor pensó que tal vez Alejandro había ordenado que la *Anfítrite* viajara a Posidonia para recibir a bordo a los embajadores romanos, impresionarlos con el lujo y la magnitud de la nave y así convencerles de que llegaran a un acuerdo sobre las tierras de Campania.

Aguzó el oído. Más abajo sonaba un retumbar rítmico y grave: el tambor de la

sala de boga. De modo que los remos estaban funcionando por fin. Decidió que sería interesante ver cómo funcionaban.

Cuando bajó por la escala, un soldado le dio el alto, pero un compañero que tenía al lado le dijo *Alexandru bilos,* «es amigo de Alejandro», con esa manera tan peculiar que tenían los macedonios de convertir la fi en *b,* y le dejó pasar.

La primera sensación que asaltó a Néstor fue la de un sudor pegajoso y sofocante, mezclado con el hedor pungente de la orina. Aquella cubierta estaba atestada. A la derecha de Néstor, en el costado de babor, los remos se sucedían hasta perderse en la penumbra de la zona de proa, y en cada uno bogaban cuatro hombres cubiertos tan sólo con taparrabos y pegados codo con codo. Al contrario que en las trirremes, donde cada hombre se encargaba de su propio remo y lo manejaba sin levantarse del banco, aquí era obligatorio que los remeros se levantaran, pues cuanto más alejados estaban del costado de la nave, mayor se hacía el ángulo que debían barrer. Los remos de la *Anfitrite* eran tan largos y pesaban tanto que para equilibrarlos habían lastrado con plomo el extremo interior. Era allí donde estaban los remeros de primera, bogadores con larga experiencia en trirremes y otros barcos de combate, que dirigían los movimientos de sus compañeros y a cambio cobraban el doble que ellos. Para clavar el remo tenían que ponerse de pie, adelantarse y subir a unos pequeños peldaños que tenían frente a ellos; después, con gran profusión de auummpff, bajaban los brazos, tiraban hacia atrás hasta llegar al banco y se sentaban de nuevo. La tarea era tan agotadora que cada poco tiempo los remeros que se sentaban ociosos en los bancos de estribor se levantaban para relevar a sus compañeros.

Néstor recorrió la penumbra de la crujía central, seguido por las miradas curiosas y a la vez hostiles de los remeros. El barco daba bandazos cada vez más fuertes y, a pesar de que las portillas de la postiza estaban protegidas con pantallas de cuero, el agua se colaba a chorros por ellas. Mientras seguía su paseo, el jefe de boga le salió al paso. Néstor se detuvo y aprovechó para agarrarse a un puntal de madera.

—Disculpa, señor. Es peligroso estar aquí con este tiempo.

—Quería cruzar a proa, pero siempre me pierdo en estos pasillos. ¡No quiero imaginar qué habría sido de mí en el laberinto de Creta!

A ambos lados del pasillo corría un estrecho enrejado por el que se veía el piso de abajo. Néstor se agachó para mirar. La cubierta de remo inferior parecía atestada de gente, pero nadie bogaba. Néstor tardó unos segundos en darse cuenta de que allí abajo no sólo se hacinaban remeros en taparrabos, sino también cientos de soldados macedonios. Mal tenía que estar la situación para que el capitán hubiera hecho bajar a los hombres de Sófocles. Entre el viento, el agua, los gruñidos de los remeros y el tambor era imposible oír lo que decían, pero se les notaba nerviosos; muchos se habían quitado los petos y los abrazaban sobre sus rodillas, seguramente temerosos de que el barco se fuera a pique y sus pesadas corazas los arrastraran al fondo. Néstor se

incorporó. El jefe de boga seguía interponiéndose en su camino. Néstor miró hacia popa y luego hacia proa.

—Estoy a mitad de camino. Creo que da igual que salga por delante que por detrás. ¿Te importa?

El tipo se apartó con gesto severo. Néstor pasó a su lado, tratando de mantener el equilibrio para no caer encima de los remeros y hacer aún más violenta la situación. Casi sin darse cuenta, pisaba siguiendo el ritmo de la boga. En otros barcos en los que había viajado usaban flautistas para marcar el compás, pero en una nave tan grande como la *Anfitrite* recurrían a dos forzudos cómitres que aporreaban sendos tambores colgados de los baos que cruzaban el techo, pues su sonido grave llegaba más lejos que el trino de la flauta y viajaba de un casco a otro.

Por fin llegó a la escalera del otro extremo y subió hacia la proa. Cuando apareció en cubierta respiró hondo para limpiar los pulmones de su breve descenso a los infiernos. Los remeros eran voluntarios que a cambio de su trabajo cobraban más jornal del que habrían ganado en muchas explotaciones agrícolas, pero nadie podía envidiarlos.

Aunque el viento seguía siendo cálido, había arreciado mucho. Néstor se acercó a la borda, tratando de aplicar el truco que los marinos llamaban «piernas de mar», y que consistía en no tensar las rodillas ni las caderas para luchar contra los movimientos del agua, sino en relajarlas y adaptarse dejándose llevar por el vaivén del barco, en un peculiar anadeo que los marineros avezados conservaban luego en tierra firme.

Se asomó sobre la amura. El mar se veía tan picado que los remos pintados de ocre azotaban más veces el aire que el agua. Las crestas estaban blancas y el viento empezaba a levantar ráfagas de espuma. Las naves de la escolta cabeceaban entre las olas y a ratos desaparecían tras ellas. Tanto los transportes como los barcos de guerra habían recogido velas y ahora llevaban desplegada menos de la mitad del trapo. Néstor levantó la vista hacia los mástiles de la Anfítrite. Los marineros estaban bajando las vergas del palo mayor y del antemón para aumentar la estabilidad de la nave y habían recogido por completo la vela de mesana.

La proa se levantó en el aire unos segundos y después bajó de golpe más de ocho codos. Néstor sintió cómo el estómago se le venía a la boca, y los pies le resbalaron. Un marinero se apresuró hacia él y le agarró por el brazo.

—Debes tener cuidado, señor. Apártate de la borda. Lo mejor es que bajes a tu camarote.

—Necesito aire fresco. Me agarraré bien. Esta ola me ha pillado por sorpresa. Néstor se enderezó y se aferró con más fuerza a la regala. Al caer en el seno de la ola, la nave había levantado un roción de espuma que saltó por encima de la borda y le empapó; pensó que si el agua había empezado a salpicar la cubierta de la Anfítrite, a

doce codos por encima de la línea de flotación, las olas debían estar barriendo las cubiertas de las demás naves, que eran mucho más bajas.

La calima era ahora más gris, y lo teñía todo de una vaga luz perlina que embotaba los perfiles y se comía las sombras. Hacia el sur se habían formado unas nubes negras que se confundían con el horizonte. Aquel brillo mortecino y difuso tras el polvo que enturbiaba la atmósfera debía de ser el sol. Néstor observó la dirección de las olas y de la espuma que cabalgaba sobre ellas: el viento venía del sur-sureste, casi en paralelo al litoral, mientras que ellos trataban de remar hacia la costa.

–¡Es imposible! —oyó gritar a Hermolao. Néstor se volvió hacia la izquierda. El capitán volvía a discutir con Callas, pero esta vez le acompañaban el gramático, los dos oficiales de proa y el tercer piloto.

—Tú mismo has dicho que era mejor ir a la orilla —le dijo Callas.

—¡Demasiado tarde! Ya te dije que a partir de Laos la costa era demasiado escarpada. —El capitán señaló hacia delante, donde una masa más oscura se destacaba del borrón alargado de la costa—. No sé si eso es el cabo Pixunte, el Palinuro o el promontorio de Sirenusas.

—¿Es que no sabes dónde estás? —preguntó Calias, indignado.

—¡Sé dónde estoy, pero no a qué altura! —Néstor no veía la diferencia, pero no dijo nada. Hermolao añadió, dirigiéndose a un oficial de proa—. Tú, ordena al cómitre que recojan los remos y cierren las columbarias. Es inútil seguir bogando.

—¡No! —gritó Calias, con el rostro desencajado—. ¡Tenemos que ir a tierra!

El silbido del viento tenía algo de enervante, de eléctrico. Empezó a llover; con el agua caía un barrillo anaranjado que arañaba la piel. Néstor levantó la mirada haciéndose visera con la mano para que aquel polvo no le entrara en los ojos. Las nubes no estaban aún sobre sus cabezas, pero el viento era tan fuerte que arrastraba la lluvia sobre ellos casi en horizontal. Néstor volvió a mirar hacia estribor. Cada vez era más difícil ver las demás naves, pues la flota se estaba dispersando y el aire se llenaba de espuma.

—¡Lo que tenemos que hacer es apartarnos de la costa! —insistió Hermolao—. Esta nave es demasiado grande.

Néstor se acercó haciendo equilibrios y se agarró a un estay. El estómago le pedía darle la razón a Callas y buscar el amparo de la tierra firme. Pero la cabeza le decía que el capitán tenía razón.

—Hay que ganar fondo. —El piloto apoyó a Hermolao—. Si seguimos yendo a estribor, el líbico nos mandará contra la costa de sotavento y no tendremos espacio para remontar.

—¿Entonces qué vamos a hacer? —preguntó Callas, entre blanco y ceniciento.

—¡No tenemos más remedio que cabalgar sobre la tormenta! —le contestó Hermolao, gritando cada vez más para hacerse oír por encima del viento.

A Callas no le debió sonar bien, porque salió corriendo hacia la amura; pero antes de llegar a ella resbaló, cayó de rodillas y vomitó sobre cubierta.

–Debería atenderle un médico —dijo Néstor—, pero si me suelto de esta cuerda quizá se caiga el mástil, ¿no?

Hermolao le miró con una sonrisa feroz.

—Es posible.

—Además, nadie se ha muerto por un mareo.

—¡Que se joda! —resumió el piloto.

—Eso de cabalgar la tormenta, ¿qué quiere decir exactamente?

—El líbico está soplando paralelo a la costa, así que vamos a dejar que nos entre por popa y seguir su dirección. En realidad, navegaremos en largo hacia barlovento para asegurarnos de que durante la noche no nos acercamos a la costa.

—¿Durante la noche? ¿Vamos a seguir en alta mar toda la noche? Hermolao asintió.

—Me temo que sí. Esto no va a amainar. Todo lo más, empeorará. Ahora, es mejor que vuelvas bajo cubierta.

El capitán se alejó de él mientras daba órdenes para girar las vergas de modo que recibieran el viento por estribor. La Anfítrite viró poco a poco y, al cambiar de dirección y renunciar a luchar contra las olas, dejó de balancearse con tal violencia.

El tercer piloto se ofreció a acompañar a Néstor.

—El capitán sabe lo que hace —le dijo—. Si alguien puede salvar esta nave, es él.

—¿Salvarla? ¿Tan mal están las cosas?

—El viento va a empeorar mucho. Y el problema es que al navegar así, para apartarnos de la costa, nos vamos a meter cada vez más en el corazón de la tormenta.

Alguien aporreó la puerta del camarote de Néstor, que se había quedado adormilado sobre la litera. Se levantó, pero no antes de que Boeto abriera la puerta contigua con cara de pocos amigos.

—¿Hay alguna manera de que a uno le dejen dormir en este maldito barco?

—Apártate un poco y límpiate la barba, que la tienes llena de vómitos. Boeto volvió a encerrarse con cara de desesperación, y el propio Néstor abrió la puerta. Era una mujer joven, una de las esclavas de Clea. No tenía mucha mejor cara que Boeto.

—Mi señora te necesita. Dice que se está muriendo.

Néstor se ciñó la túnica y siguió a la esclava. Recorrieron el pasillo tambaleándose y agarrándose a las paredes, pues cuando la nave bajaba parecían caminar en el aire y cuando subía las piernas pesaban como plomo. Ante la puerta de (lea montaban guardia cuatro hombres armados con lanzas cortas, poco más que venablos, porque el techo era muy bajo. Era difícil decidir si los soldados sujetaban

las lanzas o las lanzas a los soldados, pero al ver a Néstor trataron de ponerse firmes por dignidad. Cuando la puerta se cerró a sus espaldas pudo oír las arcadas de uno de ellos. El camarote de Clea estaba decorado con el lujo de una alcoba palaciega. En vez de una litera adosada a un mamparo, como el de Néstor, tenía un lecho taraceado con incrustaciones de oro y marfil; las patas de bronce, clavadas al suelo, eran caballitos de mar a juego con los enormes mascarones de las proas de la Anfítrite. Las paredes y el suelo estaban decorados con tapices persas y bactrianos, y también se veían armarios roperos y cofres tallados en palisandro de la India. En un rincón había una mesa rodeada por taburetes y dos amplios divanes, y en otro un escritorio fijado a la pared y una silla con brazos y respaldo. El camarote tenía cuatro ventanillas cerradas con postigos y dos claraboyas fijas cubiertas con láminas de mica. Clea estaba tendida en la cama, doblada sobre sí misma y abrazada a un almohadón. El cobertor estaba arrugado y tenía manchas en una esquina. Al parecer Clea no había conseguido llegar a tiempo al cubo que había a los pies del lecho; una lástima, pensó Néstor, porque la colcha que acababa de ensuciar estaba recamada con perlas e hilos de oro y de plata. La joven vestía una túnica clara de color lavanda que con los movimientos se le había arremangado sobre las rodillas. Ada se acercó a los pies de la cama y tiró de ella para cubrir las piernas de su señora. Clea se incorporó un poco y trató de adoptar una actitud más digna.

—Me estoy muriendo. Jamás me he sentido tan mal en mi vida —dijo, apretándose un pañuelo contra la boca.

La esclava que había traído a Néstor acercó un taburete a la cama para que se sentara; después se retiró a un rincón junto con otra criada, y ambas se agarraron las manos con gesto de pavor y semblante desencajado. Néstor no podía culparlas. Curiosamente, él no sentía miedo, como si la tormenta que zarandeaba la gigantesca nave fuese un espectáculo organizado por Poseidón y Eolo para que él pudiera contemplarlo y anotarlo en sus cuadernos.

Al sentarse le llegó el agrio olor del contenido del balde. Se volvió hacia las esclavas y les ordenó que lo tiraran. Ellas se lo llevaron a la letrina, pero el olor persistía. Néstor se levantó y abrió una ventanilla. El aire entró con tal fuerza que el postigo le golpeó de refilón en la frente; también se coló la lluvia y algo de espuma salada. Pero pensó que era mejor el aire puro y trabó el postigo para que no golpeteara contra la pared.

—¿Quieres respirar un poco? —le dijo a Clea.

La joven se levantó y se acercó con paso titubeante. De pronto el barco pareció hundirse en el vacío y Clea se vio arrojada contra Néstor. Fue un abrazo involuntario, pero el médico no pudo evitar un estremecimiento al sentir el calor de aquel cuerpo flexible y menudo.

—Sólo estás mareada —dijo, por disimular su desconcierto—. Con esta

tempestad es normal. Incluso he visto vomitar a varios marineros —añadió para consolarla, aunque no había vuelto a salir del camarote desde hacía horas.

Se apartó un poco de ella y la ayudó a acercarse a la ventana. Clea cerró los ojos y se frotó la cara con el agua que entraba. También resultó algo embarazoso para Néstor, pues al mojarse la parte superior de la túnica se insinuaron unas sutiles transparencias. Para apartarle los ojos del pecho los subió al cuello, del que colgaban tres gruesas gargantillas de oro y pedrería, a juego con los brazaletes que llevaba en ambas muñecas.

—Es por si naufragamos —dijo Clea, interpretando aquella mirada como una crítica a tanta ostentación—. Si las olas arrastran mi cadáver a una playa remota, tal vez algún pescador se apiade de mí y me dé un entierro digno a cambio de mis joyas.

—Qué previsora.

—Y si nos hundimos —prosiguió la joven—, servirán como sacrificio para las divinidades del mar.

—No nos vamos a sumergir ni a naufragar. Esta nave es un titán. De pronto, Clea se llevó la mano a la boca, dio una arcada y salió corriendo hacia la letrina. Néstor vaciló un momento; después se dijo que ella había reclamado su presencia como médico, así que cerró el postigo y la siguió.

Para su sorpresa, el camarote disponía de un baño completo. En el centro había una gran bañera de mármol verde con grifos dorados, y en la parte derecha dos pilas más pequeñas. Una de las paredes estaba recubierta de cobre bruñido a modo de espejo y las otras tres de azulejos esmaltados al estilo babilonio. Seguro que a Alejandro, con su obsesión por lavarse todos los días de cuerpo entero, le encantarla ese baño. *Por Higía, mi mismo me encanta*, se dijo.

Clea estaba agachada sobre la letrina, un agujero practicado sobre una grada de madera. Néstor estaba a punto de agacharse a ayudarla cuando Ada pasó a su lado casi empujándole y agarró a su señora por los hombros. La muchacha se incorporó a duras penas y se tambaleó hasta uno de los pilones.

—¿Te importa salir, señor? —dijo Ada—.Ya me encargo yo. —Déjale en paz y sal tú —le ordenó Clea.

—Pero, señora, es un...

—¡Que te largues!

Ada salió, pero no se ahorró una última mirada de reprobación al médico. Néstor pulsó uno de los caños dorados y salió agua tibia. *Fascinante*, se dijo. Otro bandazo hizo que Clea casi se clavara la frente contra el borde de mármol; Néstor la agarró por los hombros y la ayudó a mantener el equilibrio mientras se lavaba la cara.

Después volvieron al camarote. Clea se derrumbó en un diván y le pidió a Néstor que se sentara a su lado. Cuando se estaba acomodando se oyó un tremendo crujido, como si la nave entera fuera a partirse en dos, y el suelo se inclinó tanto hacia proa

que las esclavas y Ada rodaron por los suelos. El postigo que había cerrado Néstor volvió a abrirse y una ráfaga de aire apagó casi todas las velas de la estancia. Clea se abrazó a Néstor y enterró la cara en su pecho, entre sollozos.

—¡Vamos a morir!

Néstor estuvo tentado de darle la razón. Como se esperaba, la popa se precipitó en el vacío durante un instante interminable. En las bodegas del barco se oyó un gran grito colectivo, y también el ruido de objetos pesados al chocar. Por fin, el suelo volvió a ponerse horizontal y el horrísono crujido del maderamen se apagó poco a poco. Néstor aguzó la oreja por si alcanzaba a escuchar voces de «¡Nos hundimos!» o campanas de alarma, pero no pudo oír nada sobre el mugido del viento y el ronco bramar de las olas. Se levantó y, casi a tientas, fue a cerrar la ventana. Al otro lado de la puerta se oían las sonoras blasfemias de los soldados que montaban guardia, y también alguna carcajada histérica.

—¡Vuelve, por favor! —le suplicó Clea.

Néstor se sentó de nuevo en el diván y la joven le rodeó la cintura con ambos brazos.

—Tranquila. He visto tempestades mucho peores que ésta, y he sobrevivido.

—¿De verdad? —preguntó Clea, levantando un poco la mirada.

—De verdad. En el Golfo Pérsico es habitual ver olas tan altas como el mástil de este barco y vientos que pueden levantar del suelo a un hombre. Yo lo he recorrido varias veces con el almirante Nearco y con tu esposo, ¡y aquí me ves!

Debería dedicarme a escribir fábulas, se dijo. Los movimientos se habían calmado un poco. Antes debían haber pinchado una ola; según le había explicado el tercer piloto, era uno de los peligros de correr el temporal. Néstor hizo ademán de apartarse, pero Clea le apretó la cintura con fuerza.

—No me sueltes, por favor...

Ada ya no estaba para echar miradas censoras: ella y las otras dos esclavas se habían acurrucado abrazadas en un rincón y, apenas alumbradas por la única lámpara que quedaba encendida, parecían una sola criatura informe y gemebunda. A Néstor le llegó el olor acre de los vómitos y de algo aún peor, pero no dijo nada. Sacó su reloj de arena de un bolsillo del cinturón y le dio la vuelta. Aunque era pequeño, el cuello que unía las dos ampollas era tan estrecho que la arena tardaba en caer una hora, cronometrada con un reloj de sol en el equinoccio de primavera. Néstor calculaba, o quería calcular, que como mucho quedaban cinco horas de noche. Pero aunque amaneciera, eso no garantizaba que la tempestad amainase.

Clea intentaba calmarse, pero cada vez que el suelo volvía a hundirse bajo ellos contenía el aliento, respiraba en pequeños soplos entrecortados y recitaba «madre, madre, madre». Néstor pensó en darle jugo de amapola, pero descartó la idea. Para eso tendría que volver a su camarote, con el riesgo de partirse la cabeza, y si la

tormenta empeoraba y tenían que luchar por sus vidas prefería no cargar con el peso muerto de una mujer sedada.

—¿Es verdad que envenenaron a Alejandro? —le preguntó Clea de golpe. Néstor la miró sorprendido.

—Sí, es cierto.

—¿Cómo había sabido que estaba pensando en drogas?

—Y fuiste tú quien le curó —dijo la joven con voz débil.

—Sí. ¿Por qué me preguntas eso ahora?

—Se me ocurrió esta mañana en cubierta, cuando mencionaste a Aristóteles. ¿Es verdad que fue él quien preparó el veneno?

—Eso se dice, pero nunca se ha negado a saber.

—A mí me contaron que Aristóteles fabricó una mezcla tan corrosiva que Casandro tuvo que llevarla a Babilonia escondida dentro de un casco de burro, porque las vasijas normales se... —El barco volvió a bajar. «Madremadremadre», repitió Clea, cerrando los ojos. Después respiró hondo—. Se deshacían —terminó.

—Una historia tan pintoresca merecería ser cierta. Pero de haber sido tan potente, ese tóxico habría corroído las entrañas de Alejandro. No, el veneno que le dieron había sido extraído de una planta y su efecto no era perforarle el estómago ni los intestinos, sino contraerle los músculos poco a poco hasta acabar parándole la respiración.

—¿Pero fue Aristóteles quien lo preparó o no?

Néstor se encogió de hombros. Materialmente, Aristóteles, que era un experto en botánica, podía haber fabricado el veneno. ¿Motivos? Alejandro había hecho ejecutar a Calistenes, sobrino de Aristóteles, pero una venganza de sangre no parecía un motivo verosímil para alguien tan cerebral como el filósofo. Las desavenencias políticas tampoco resultaban una razón muy convincente. ¿Y si, simplemente, Antípatro le había sobornado?

—No lo sé —respondió por fin—. Casandro siempre insistió en que su padre y él eran inocentes, y no se retractó de su declaración ni cuando le torturaron. En cuanto a Antípatro, se atravesó con una espada antes de que le apresaran, así que ninguno de los dos llegó a implicar a más cómplices.

—¿Qué pasó con Aristóteles?

—Debió de sospechar algo, porque huyó de Atenas antes de que Alejandro pusiera el pie en Europa. «Madremadre.» Aquella ola no fue tan mala como esperaban. Clea tragó saliva y dijo:

—Huir es una prueba de culpabilidad.

—Yo, en su lugar, habría hecho lo mismo que Aristóteles aunque fuese inocente. Por si acaso.

¿Sabes lo que dijo al abandonar Atenas? «Los políticos ya cometieron bastante

delito contra la filosofía condenando a Sócrates. No dejaré que lo hagan por segunda vez.»

—¿Y adónde fue?

—Alejandro sospecha que se encuentra en algún lugar de Italia, pero lo cierto es que no ha vuelto a tener noticias suyas.

—A lo mejor ya está muerto.

—Sí, es posible. Debe de tener cerca de setenta años. Sería una lástima, porque a Alejandro le encantaría una escena de reconciliación con su viejo maestro. No hay nada que más le guste en este mundo a Alejandro que perdonar.

—¿De verdad es tan magnánimo como dicen?

Néstor se quedó pensando. Le apetecía soltar alguna frase cínica, pero repasó la conducta de Alejandro durante los seis años que llevaba conociéndole y respondió:

—Sí, lo es. Tiene sus defectos, pero es incapaz de nada despreciable o mezquino. Te has casado con el hombre más grande del mundo.

—Ya lo sé —dijo ella, pero no había orgullo en su voz. Era evidente que la muchacha habría preferido una vida más sencilla.

Documento confidencial dirigido al agente cartaginés conocido como Heracles-Melqart.

Informe del agente Sinón:

> «La recién fundada Liga Helénica, que aglutina a las ciudades griegas del sur de Italia, ha elegido a Alejandro como hegemón con mando absoluto para la guerra. El motivo alegado para reclamar su presencia es la misma que cuando invitaron a su tío Alejandro de Epiro a venir a Italia: defenderse de las incursiones y amenazas de las tribus bárbaras que bajan de las montañas, saquean los cultivos de los griegos, roban sus rebaños y asaltan sus murallas.
>
> »Dicho motivo no es más que una excusa. Es el propio Alejandro quien ha presionado a la Liga Helénica para que le nombre hegemón. Una prueba es que está enviando patrullas y embajadas a brutios, lucanos y samnitas no para amenazarles ni hacerles la guerra, sino para garantizarse su neutralidad con promesas y sobornos. Los samnitas, que aborrecen a los romanos, han sido los primeros en pactar con él.

»Alejandro sabe bien que, si quiere dominar el sur de Italia y proseguir su conquista hacia las fértiles llanuras del Norte, el enemigo al que debe batir es Roma. Por eso ha buscado lo que los romanos llaman un *casus belli*, una causa justa para la guerra: Campania. Las ciudades de esta región, la más rica y feraz del sur de Italia, son griegas en su mayoría. Algunas como Neápolis no se han atrevido a incorporarse a la Liga Helénica por temor a Roma, pero sí lo han hecho otras como Capua.

»De momento, Alejandro ha desplazado sus tropas desde el extremo sur de Italia hasta la ciudad de Posidonia, al sur de la bahía del Vesubio. Muchos se preguntan por qué no ha seguido directamente hasta Campania. Aunque desde hace años el rey no comparte sus pensamientos más íntimos con nadie, mi hipótesis es que quiere atraer a los romanos a Campania para librar allí una batalla decisiva contra sus legiones, a mil estadios de la propia Roma.

»Ésta es la composición exacta del ejército de Alejandro a día de hoy, 1 de gorpieo.

18.000 soldados de infantería de línea repartidos así:

— 9.000 falanges de sarisas divididos en 6 batallones. El yunque central del ejército macedonio.

— 2.000 hipaspistas, tropas macedonias de élite que suelen hacer de puente entre las falanges y la caballería de los Compañeros.

— 7.000 hoplitas griegos, entre aliados y mercenarios. Luchan en formación cerrada, pero con lanzas de cinco codos en lugar de las sarisas. Entre ellos hay un batallón de 400 espartanos. No hace falta explicar quiénes son los espartanos.

13.000 soldados de infantería ligera repartidos así:

— 1.000 agrianos, montañeses del norte de Macedonia. Tatuados y salvajes como los celtas, sufridos y ágiles como los númidas. No los hay mejores que ellos disparando la jabalina, ni más rápidos cortando gargantas a los heridos en el campo de batalla.

— 1.200 arqueros cretenses. Sus servicios son tan valiosos que cobran dos tercios de la paga de los hoplitas.

— 800 honderos de Rodas. Cuidado con ellos. Sus proyectiles pueden parecer menos dañinos que las flechas, pero a cambio no se ven venir.

— 3.000 tracios. Pese a su bien ganada fama de borrachos, peligrosos con sus arcos y sus venablos.

— 1.000 montañeses de Sogdiana, una región pedregosa de donde Alejandro trajo a su primera esposa. Son tan salvajes como los agrianos, así que Alejandro los tiene acantonados en extremos separados del campamento.

— 2.000 nubios, del curso alto del Nilo. Armados con sus venablos y sus escudos de mimbre, son capaces de mantener el paso de la caballería durante largos trechos de la batalla.

— 4.000 peltastas de diversos lugares de Grecia, entre aliados y mercenarios.

8.800 soldados de caballería repartidos así:

Caballería ligera:

— 1.200 jinetes de los aliados griegos. Inferiores en armamento, espíritu guerrero y dominio de la equitación a los Compañeros y los tesalios. Suelen combatir en el ala izquierda.

— 600 tracios. Alejandro los usa como exploradores y fuerza de hostigamiento.

— 2.000 jinetes masagetas y escitas, bárbaros que rehuyen el choque directo. Son arqueros montados que, pese a la insistencia de Alejandro, siguen untando con veneno sus flechas.

Caballería pesada:

— 2.200 Compañeros, divididos en 9 escuadrones de 200 y el Ágema o Guardia Real de 400. Son el alma del ejército de Alejandro, el martillo que golpea a sus adversarios contra el yunque de la falange. Combaten en el puesto de honor en el ala derecha, con el propio rey.

— 2.000 tesalios. De entre los griegos, los mejores criadores de caballos. No son tan aguerridos como los macedonios, pero les igualan o tal vez superan en el arte de montar.

»El total de fuerzas acampadas en Posidonia es de 39.000 hombres (38.989 según los estadillos de esta misma mañana). No es probable que Alejandro aliste más fuerzas, pues aumentarían sus problemas logísticos y además no puede retirar tropas de otros puntos del imperio por temor a posibles sublevaciones.

»Para que este agente informe de los planes contra Cartago, tendrá que llegarse a

ulteriores acuerdos.»

LA DESARMONÍA DE LAS ESFERAS

Trescientos años atrás, al sur de la bahía del Vesubio, los ciudadanos de Síbaris eligieron una larga playa casi encerrada entre montañas para fundar en ella una ciudad consagrada al dios marino Poseidón. Tiempo más tarde Síbaris, que había alcanzado una dudosa fama por el desmedido amor al lujo de sus habitantes, fue destruida por su enemiga mortal, Crotona. A los crotoniatas no les bastó con pasar a espada a la mayoría de los sibaritas ni con derrumbar sus murallas, sino que además se tomaron la molestia de desviar el curso del río Gratis para que pasara por encima de sus casas y templos y sepultara en el olvido toda la ciudad. Ahora de Síbaris sólo quedaba el nombre y nadie conocía con certeza el emplazamiento de sus ruinas. Posidonia había tenido mejor suerte y, en parte por la afluencia de refugiados de Síbaris, había llegado a conocer momentos de prosperidad, como atestiguaban los tres grandes templos erigidos en honor de Hera y Atenea. Eran edificios severos y rotundos como cuadraba a su estilo dórico, de sólidas columnas destinadas a aguantar hasta el final de los tiempos, según los posidonios. Y si bien ninguno llegaba a las dimensiones del Partenón de Atenas, ellos se enorgullecían de tener tres templos y no uno solo.

Después, mientras en Grecia la guerra entre atenienses y espartanos daba sus últimos coletazos, la tribu samnita de los lucanos invadió Posidonia. Fueron tiempos difíciles para la ciudad y se produjeron muchas muertes y saqueos, pero los lucanos respetaron los edificios construidos por una cultura que entendían como superior. Poco a poco se fueron helenizando, aunque también dejaron en la ciudad la impronta de sus gustos. Sus élites, en vez de levantar grandes santuarios para los dioses, preferían agasajarse a sí mismos construyendo tumbas decoradas con vivos frescos donde se representaban cabalgando orgullosos a la guerra o compitiendo en el noble deporte de las carreras de cuadrigas. Con el tiempo, los lucanos de Posidonia, sin llegar a sentirse griegos del todo, fueron rompiendo los lazos que les unían a los samnitas de las montañas interiores, a los que tildaban de bárbaros. Cuando Alejandro de Epiro desembarcó en Italia atendiendo a la petición de ayuda de Tarento y otras ciudades griegas, Posidonia se puso de su parte, y fue junto a sus murallas donde el rey obtuvo una resonante victoria sobre los samnitas y el resto de los lucanos. Ahora, quince años después, las autoridades de la ciudad habían vuelto a abrir sus puertas a otro Alejandro, sobrino del anterior. Los posidonios sabían que Roma había puesto sus ojos desde hacía tiempo en Campania. Una vez que Capua, Neápolis, Cumas y las demás ciudades de esa región cayeran como fruta madura ante

la tenacidad de los romanos, el siguiente paso en su camino hacia la dominación de todo el sur de Italia sería, por fuerza, Posidonia. Sólo el rey macedonio podía protegerlos de las legiones y, aunque se tratara de cambiar un yugo por otro, al menos Alejandro hablaba griego como ellos.

La ciudad se había multiplicado con la llegada de Alejandro. A sus treinta mil habitantes había ahora que añadir el ejército macedonio, que sumaba más de cuarenta mil combatientes. Con ellos venían sus esposas, sus amantes y sus hijos, más todo el séquito de burócratas, filósofos, científicos y simples parásitos que rodeaban a Alejandro. Y luego estaban los italianos que habían acudido como moscas al olor del dinero y los suculentos negocios que siempre suponía la presencia de un ejército. Mercaderes al por mayor y al por menor, vivanderos, herreros, broncistas, ganaderos, tejedoras, curtidores, vinateros, talabarteros, actores, titiriteros, sofistas, médicos, barberos. Y, por supuesto, prostitutas de todos los rangos, desde las rameras que fornicaban en las calles del puerto con las manos contra la pared hasta las refinadas hetairas que tocaban el laúd, hablaban de Pitágoras o recitaban poemas de Anacreonte. Estas cortesanas también ejercían de modelos para la tropa de artistas que rodeaba a Alejandro, y se complacían en recibir a sus admiradores mientras posaban desnudas para los cuadros de Apeles y Etión o para las esculturas del anciano Lisipo o de Cefisodoto, hijo nada menos que del gran Praxíteles.

Entre Posidonia y el viejo santuario de Hera construido junto a la desembocadura del Sílaris, al norte, había crecido de la noche a la mañana otra vasta ciudad en la que se mezclaban tiendas de campaña, cabañas de madera y casas de adobe levantadas a toda prisa. En esa improvisada conurbación la plata corría en abundancia, pero muchos de los italianos recién llegados comprobaban con cierta decepción que las monedas de oro, tanto las estateras macedonias como los daricos persas, se resistían a salir a la luz como topos ocultos en su madriguera. En su fulgurante campaña contra Darío, Alejandro había ido abriendo uno por uno los vastos tesoros reales almacenados en las capitales imperiales, Susa, Ecbatana y Persépolis. Aunque aún conservaba en su poder miles de talentos, la mayor parte del oro había ido a parar a manos de sus Compañeros y de la tropa. Pero no hay nada con más agujeros que las manos de un soldado, y la mayoría se había gastado aquellas riquezas. A Alejandro no le importaba; con un ejército de guerreros ricos y sin hambre de botín no habría ido a ninguna parte, y además, como bien señalaba Eumenes, todas esas ingentes sumas de dinero se habían puesto en circulación en lugar de enmohecerse inútiles bajo las bóvedas de los palacios.

A partir de la caída de Persépolis las campañas habían dejado de ser tan fructíferas y algunas incluso habían supuesto más gastos que beneficios. Después del envenenamiento en Babilonia, Alejandro no había añadido grandes territorios a su imperio, salvo las costas de Arabia. Pero tras seis años de campañas y reformas,

gracias a la habilidad de Crátero y Ptolomeo como generales y de Eumenes como administrador, el imperio de Asia estaba saneado y gozaba de tanta salud como en los tiempos de esplendor del primer Darío. Los soldados cobraban su sueldo a tiempo, o al menos sin demasiados retrasos. De eso no podían quejarse. Pero sí se lamentaban que no habían vuelto a cosechar botines tan fabulosos como los de quince años atrás. Muchos de ellos, la mayoría, eran tan jóvenes que sólo conocían aquellos tesoros de oídas. Ahora, sus oficiales intentaban convencerlos de que en Campania encontrarían expolios igual de abundantes; pero los viajeros que venían del norte les decían que no se emocionaran, pues no era para tanto. En sociedades como las griegas o las italianas, con regímenes aristocráticos o incluso democráticos en los que el poder se repartía entre tantas manos, era imposible encontrar los vastos tesoros acaparados por los déspotas persas.

Eso sí, a cambio de renunciar a la esperanza de convertirse en magnates de la noche a la mañana, los soldados de Alejandro gozaban de otras ventajas. En Italia, macedonios y griegos se sentían en casa. Allí todo era muy parecido: la ropa, las costumbres, la arquitectura de los templos y las casas, los alimentos. Incluso se adoraba a los mismos dioses. Pero había sutiles diferencias a favor de Italia que les hacían comprender por qué sus antepasados llevaban siglos cruzando el mar Jónico, ya fuera como inmigrantes individuales o en grandes flotas de colonización. Italia era una tierra más rica y extensa que su apiñada y accidentada Grecia. Aunque también había muchas montañas, las llanuras eran más fértiles y los ríos algo más caudalosos. No era rica en metales, pero sí en pesca, en cereales y en unos vinos que, a qué negarlo, tenían mejor sabor y aroma que los griegos. Ah, y las mujeres... Las costumbres allí eran más relajadas que en Grecia, o simplemente a las jóvenes les atraían más las corazas y los yelmos de los extranjeros, y también sus dracmas, de modo que a un soldado del ejército de Alejandro no le faltaba nunca compañía femenina.

Aunque macedonios y griegos llevaban muchos años combatiendo juntos, acampaban en sectores distintos para evitar trifulcas. Nadie olvidaba que durante los últimos años parte de los esfuerzos de Alejandro se habían centrado en someter la revuelta de Grecia; muchos soldados de los que estaban en Posidonia habían combatido antes contra él. La parte griega del campamento estaba a unos quince estadios de la puerta de Campania, separada de la macedonia por un bosquecillo. Allí había trece mil hombres: siete mil de infantería pesada y seis mil más entre infantería ligera, arqueros cretenses y honderos de Rodas. Pero la diferencia fundamental era entre aliados y mercenarios. Los aliados habían llegado por contingentes completos, milicias reclutadas en ciudades cuyos gobiernos habían jurado fidelidad a Alejandro. Algunos venían de la Grecia continental, pero la mayoría eran griegos italianos. Los

había de Tarento, la colonia fundada por los hijos bastardos de las espartanas, y también de Crotona, Metaponto y Regio, e incluso algunos de Siracusa, aunque la mayoría de los hombres de Agatocles estaban en Sicilia luchando contra los cartagineses. Por el contrario, los mercenarios habían ofrecido sus servicios a Alejandro a cambio de una soldada y sin la mediación de ningún gobierno ni pacto entre ciudades. Algunos se alistaban a título individual y otros llegaban en grupos reunidos bajo el mando de algún general de fortuna. Si no se les pagaba a tiempo tenían derecho a retirarse, hecha esta salvedad, combatían con tanta lealtad como los aliados y, en compensación, estaban mejor entrenados porque habían elegido la guerra como forma de vida, y la disciplina que se seguía en sus filas era más estricta que la de las milicias aliadas. Exceptuando, claro está, al batallón de Esparta.

Los mercenarios estaban divididos en nueve batallones al mando de otros tantos generales, coordinados por el macedonio Meleagro, que respondía directamente ante Alejandro. En uno de esos batallones, conocido como Lechuza por la cantidad de atenienses que había en él, servían Demetrio y su hermano mayor Euctemón, hijos de un fabricante de escudos asesinado en los disturbios que habían seguido a la caída de su ciudad en poder de los macedonios. El día 7 de gorpieo [3], tras las maniobras de la víspera, era jornada de descanso para el batallón Lechuza. Hacía calor, y la mayoría de los soldados holgazaneaban a la sombra de los escasos árboles de su sector, o vegetaban tumbados en sus tiendas sin moverse demasiado para no romper a sudar. Algunos, a falta de otra cosa mejor que hacer, se dedicaban a observar y comentar la extravagante conducta de Euctemón. La víspera, al llegar al campamento después de la instrucción de combate, en vez de cenar y beber vino como sus camaradas, el joven ateniense se había apartado de los demás y se había sentado en una piedra situada no muy lejos del altar que los mercenarios habían levantado en honor a Atenea. Desde entonces no hacía otra cosa que moverse adelante y atrás con los brazos cruzados en el monótono vaivén que acompañaba a sus procesos mentales. Cuando se le ocurría algo, se agachaba para escribir y dibujar con un palo afilado en la tierra que él mismo humedecía cada poco rato de modo que estuviese más compacta. De vez en cuando tomaba un rollo de lino, lo desplegaba sobre sus rodillas, pegaba la cara a menos de un palmo de él y escribía con un cálamo en una caligrafía minúscula y prieta como un desfile de hormigas. Eso sólo lo hacía cuando estaba muy seguro de lo que iba a apuntar, porque la tinta que usaba era cara y había que economizarla; a cambio, no se corría apenas, requisito imprescindible dado que el joven ateniense era zurdo y conforme escribía su mano iba resbalando sobre las letras recién trazadas. La noche anterior, al ver que había oscurecido y Eutecmon seguía absorto en lo suyo, su hermano le llevó la cena, y también una alcuza llena de aceite y un par de lámparas. No le había insistido en que se acostara; lo conocía de sobra y sabía que hasta que no resolviese lo que tenía en la cabeza el resto del mundo

no existía.

Al día siguiente, aunque el cielo estaba turbio, el sol apretaba con fuerza. Sin embargo, allí seguía Euctemón. Si Demetrio no le hubiese llevado un sombrero, a buen seguro habría pillado una insolación.

—¿Qué tal van tus cálculos? —le preguntó.

—Bien. Ya los he terminado.

—¿Entonces por qué no te levantas de ahí y te vienes a la sombra?

—Tengo que repasarlos.

—¿Cuántas veces? Recuerda que mañana tenemos una marcha de doscientos estadios con todo el equipo.

Su hermano siguió con sus balanceos, sin dignarse a contestar. De vez en cuando algún curioso se acercaba para mirar los elaborados dibujos del joven: proyecciones de esferas encerradas unas en otras, circunferencias concéntricas, trayectorias circulares y espirales, puntos unidos con líneas para representar las constelaciones. La mayoría se creía en la obligación de soltar comentarios graciosos que él no respondía. No se trataba de resignación filosófica ni de indiferencia fingida. Euctemón tenía una especie de párpados en los oídos, y cuando se concentraba en sus números simplemente los cerraba.

A ratos se formaba un corrillo, pero no tardaba en disolverse. A los griegos siempre les habían gustado las conductas llamativas, anecdóticas o estrafalarias. Pero en el caso de Euctemón su excentricidad no lo hacía simpático ante sus compañeros.

—No pinta nada aquí —decían muchos—. No es como nosotros.

Y tenían razón. Para empezar, Euctemón no quería nada con las mujeres. Cuando por burlarse de él le traían una prostituta, él hundía los hombros, clavaba la mirada en el suelo y no decía nada, aunque alguna de ellas se rozara con él y se burlara llamándole «buen mozo». Y eso que lo era hasta cierto punto. Medía tres o cuatro dedos más que su hermano y tenía los hombros más anchos, pero el gesto inexpresivo, el pelo híspido, la mirada opaca y los movimientos repetitivos afeaban el atractivo que hubiera podido tener.

Tampoco, que se supiera, le gustaban los efebos. Al verlo tan poco interés por el sexo, los demás mercenarios habían hecho bromas sobre él diciendo que entre las piernas debía tener un arco vacío; pero eso fue hasta que lo vieron desnudo y tuvieron que reconocer que lo que le colgaba ahí abajo, aunque le sirviera de poco, guardaba justa proporción con sus enormes manos. Otra rareza que lo apartaba de los demás era que no le gustaba jugar a los dados. Demetrio, aficionado a agitar el cubilete de vez en cuando, comprendía el motivo. Los dados tenían números, y los números eran, junto con las estrellas, la pasión de su hermano; pero sólo si él los podía controlar, no cuando aparecían al azar sin seguir ninguna secuencia lógica. Además, Euctemón le tenía mucho apego a su dinero. No invitaba a vino ni aunque lo mataran, lo cual no

contribuía a aumentar su popularidad. Demetrio compraba de vez en cuando una jarra y la repartía entre sus compañeros de tienda diciendo que era de parte de su hermano, pero Euctemón, que no sabía fingir ni disimular, enseguida le desmentía.

—Vaya castigo te ha caído con tu hermano, Demetrio —le decían los camaradas, compadecidos. Él no lo consideraba así, pues entendía que la forma de ser de su hermano no era culpa suya, sino que se debía a una tara familiar de la que sólo el propio Demetrio se había salvado. Euctemón tenía veinticinco años, cuatro más que Demetrio, pero no era el primogénito. Filodemo, el hermano mayor de ambos, habría cumplido los treinta al mes siguiente. Lo que en Euctemón podía pasar por extravagancia en Filodemo era una grave enfermedad: había aprendido a hablar tarde y mal, apenas manejaba un centenar de palabras y no era capaz de coordinar frases con un mínimo de sentido. Se pasaba el día encerrado en su alcoba o escondido en un hueco bajo la escalera que daba al segundo piso de su casa del Pireo. Se balanceaba a todas horas como una mecedora, con un vaivén mucho más pronunciado que el de Euctemón, y a veces se golpeaba la cabeza contra la pared hasta dejarse la frente abollonada de chichones y cicatrices. Sólo podía salir de casa del brazo de su madre, y si oía o veía cualquier cosa que le angustiaba o, simplemente, le desconcertaba, se tiraba al suelo tapándose los oídos, empezaba a revolcarse entre aullidos y no había forma de arrancarle del sitio. Después de morir su madre, ya nunca había vuelto a salir a la calle, para alivio de Demetrio que, aunque le doliera reconocerlo, se avergonzaba de su hermano. Filodemo se parecía a él, pero sus rasgos estaban tan desencajados por la locura que resultaban repulsivos. El día en que Atenas se rindió a Crátero, la facción oligárquica de la ciudad aprovechó la ocasión para ajustar cuentas con los demócratas. Mientras Demetrio y Euctemón estaban de servicio en las murallas, quince o veinte desalmados entraron en su casa y mataron a Filodemo y a su padre. Demetrio lloró por este último, pero no sintió ninguna lástima por su hermano mayor, ya que nunca había encontrado en él un mínimo rasgo humano para tenerle cariño. Con Euctemón era distinto. Demetrio creía, o quería creer, que tenía buen corazón, aunque resultaba difícil convencer de ello a los demás. Era incapaz de llorar por nadie: no había derramado una lágrima por la muerte de su madre ni por el asesinato de su padre, y mucho menos en los funerales de abuelos, tíos o primos. Las alegrías ajenas también lo dejaban indiferente. Las raras veces en que alguien se molestaba en hablarle, no daba la menor muestra de estarle escuchando, aunque luego era capaz de repetir sus palabras de memoria. Pero si alguien le pedía ayuda, a veces incluso se la prestaba, siempre que no consistiera en dinero ni interrumpiera alguna de sus ocupaciones matemáticas o astronómicas.

Cuando eran niños, su madre se había esforzado en explicar a Euctemón que jamás debía pegar a alguien más débil que él, y también le había aleccionado a conciencia para que defendiera a su hermano pequeño. Uno de los primeros recuerdos

de Demetrio era el del día en que, sin saber por qué, un chico de doce o trece años le atacó en la calle de las Teas, no muy lejos del puerto del Cántaro. El chico empezó a tocarle en sitios raros (luego comprendería que quería abusar de él) y, cuando Demetrio le mordió, empezó a darle puñetazos en la cabeza y en la espalda. Aquella calle pasaba por detrás de la tapia trasera de su casa, de modo que los gritos del pequeño llegaron hasta su hermano. Recordando las consignas de su madre, Euctemón salió de su aparente marasmo, saltó la tapia, corrió hacia el agresor y le golpeó en la cabeza con una teja. Aunque consiguió escalabrarlo, el otro chico, que era mayor y mucho más fuerte, respondió con una patada en el estómago que lo dejó sin aliento. Después empezó a patearle la cara, y aunque Euctemón se protegió con las manos, el matón le abrió una ceja, le saltó dos dientes y le rompió la nariz, que desde entonces le quedó torcida hacia la izquierda. Cuando por fin se hartó de golpearle, se marchó dejándolo medio muerto.

Fue Demetrio, con sus cinco años, quien tuvo que hacer de báculo para llevarlo a casa. Y también quien tuvo que llorar por los dos, porque Euctemón no derramó ni una sola lágrima. Mientras su madre curaba y cosía las heridas de su hermano, Demetrio le agarró la mano con fuerza y juró en nombre de Poseidón, de Atenea y de Zeus el Justiciero que a partir de entonces le protegería como Euctemón había hecho ese día con él.

Años después le había vengado. Primero había averiguado que el matón era un tal Nicerato. Cuando empezó la efebía, tomó lecciones de pugilato con un compañero de servicio militar. Luego, en el mismo callejón, ya bien entrada la noche, siguió a Nicerato al salir de una taberna y, aprovechando que estaba ebrio, le devolvió la paliza con creces. Hubo un momento en que se dio cuenta de que si seguía ensañándose con él iba a matarlo y lo dejó tirado en el suelo, pensando que si acababa con su vida se arrepentiría más adelante.

Por una trágica ironía, de lo que se arrepintió fue de no haberlo matado. Nicerato era uno de los miembros de la turba que asaltó su casa y asesinó a su padre y a su hermano. Ahora él y su hermano Nicón, oligarcas hasta la médula y miembros del consejo de quinientos que gobernaba la ciudad, eran los dueños de su hogar y de la fábrica de escudos familiar.

Qué injusta es la vida, pensó Demetrio. Quería consolarse pensando que tarde o temprano llegaría el día de la retribución, que cuando se asentara la situación y se restableciera la democracia podría volver a Atenas y denunciar a Nicerato ante los tribunales de la Heliea. Pero de momento ellos estaban en Posidonia, un par de jóvenes arruinados que habían tenido que convertirse en mercenarios para ganarse el pan, mientras aquel bastardo dormía en su cama, comía en su mesa y sin duda se refocilaba con sus esclavas.

—¿Qué haces?

Demetrio levantó la mirada y saludó a Dionisidoro con una sonrisa. Era ateniense también, aunque de la zona del Laurión; un tipo corpulento y cachazudo que se tomaba con paciencia las burlas sobre su abultada barriga.

—Le estoy preparando el almuerzo a mi hermano. Cuando está así ni se acuerda de comer. En una bandeja de estaño colocó un bollo de pan que él mismo había amasado y cocido para que tuviera forma esférica, una porción de queso de cabra cortada como un triángulo isósceles y diecisiete aceitunas.

—¿Por qué las cuentas? —le preguntó Dionisidoro.

—Tiene que ser un número primo, no menor que trece y no mayor que veintitrés.

—Tu hermano está más sonado que los crótalos de Baco —dijo Dionisidoro sin afán de ofender, casi con admiración.

El cielo había clareado y el sol, más que caer, se desplomaba sobre sus cabezas. Demetrio se caló el sombrero y se acercó a la piedra donde estaba sentado Euctemón, mientras Dionisidoro le seguía por curiosidad. Tras dejar al lado de su hermano la bandeja y una jarra de agua mezclada con una sexta parte de vino, le pasó la mano por delante de los ojos para llamar su atención. A Euctemón no le hacía gracia el contacto físico.

–Tienes que comer algo, Eute. —Usaba ese diminutivo desde que aprendió a hablar y aún no sabía pronunciar la *k* al final de sílaba.

—Luego —contestó Euctemón sin levantar la mirada.

—¿Qué representan esos círculos que tienes dibujados? —preguntó Dionisidoro, que apenas sabía garabatear su nombre y leía deletreando con mucho esfuerzo. Euctemón empezó a retorcerse los dedos. Demetrio sabía lo que estaba pasando por su mente. En él combatían dos impulsos. Por un lado, el de seguir embebido en sus ecuaciones, un laberinto de letras y símbolos que había ido escribiendo alrededor de los dibujos. Seguramente los había terminado durante la noche, pues calculaba a tanta velocidad como veinte contables juntos con sus ábacos; pero no se quedaba satisfecho si no los repetía infinitas veces para cerciorarse de que no había cometido ninguna equivocación.

El otro impulso era el de hablar de números y astronomía, único tema que despertaba su locuacidad. No lo hacía por afán didáctico, ya que le importaba un comino que quien le oyera se enterase de algo, sino porque para él no había nada más importante en el mundo. Una vez entrado en materia, era imposible desviarlo de la conversación hasta que él juzgaba llegado el momento de dejarla. Pero Demetrio pensó que, si conseguía que su hermano empezara a hablar, se despegaría de sus cálculos. A veces bastaba con distraerlo un rato de aquella manera para que se quedara satisfecho y pudiera salir de esas tareas repetitivas a las que, como un nuevo Sísifo, se condenaba él solo.

–Cuéntaselo, Euctemón —le animó—. Mira, Dionisidoro —añadió, agachándose

sobre el dibujo—. Este símbolo es el del Sol.

—Es el de Ares, nombre divino de Piroente —replicó Euctemón de forma automática. Demetrio sonrió. Ésa era otra forma de manipular a su hermano. Era incapaz de pasar por alto un error.

Sería capaz de corregir al propio Alejandro, pensó, y rezó por que no llegara esa ocasión.

—Ah, muy bien —respondió Dionisidoro, e hizo ademán de irse. Demetrio le agarró de la muñeca y le obligó a sentarse en el suelo, a su lado.

—Ahora te quedas y te tragas la charla como yo —susurró.

—¿Por qué tengo que hacerlo? —preguntó él, también en voz baja.

—Porque a cambio te voy a invitar a una cotila de vino. ¿Te parece bien?

—Es el más noble de los motivos.

Haciendo caso omiso de sus cuchicheos, Euctemón se había lanzado a su perorata. Al hablar no les miraba, lo que hacía su actitud más desconcertante, pues sus pupilas brincaban entre los dibujos del suelo y un punto indeterminado situado por encima de las cabezas de sus dos oyentes. En vez de contestar directamente a la pregunta sobre los círculos, empezó desde el principio. Pues Demetrio, que conocía de sobra a su hermano, sabía que respondía siempre de la misma forma ante los mismos estímulos.

—¿Qué se observa al contemplar hacia el cielo durante el día? —Era sólo una pregunta retórica que él mismo se apresuró a contestar. Al menos, cuando daba sus conferencias sobre astronomía el tono metálico de su voz se hacía algo más modulado y pasional, aunque recitaba las frases sin apenas pausas para respirar—. Que el Sol sale por el este y se pone por el oeste. ¿Qué se observa al contemplar el cielo durante la noche?

—Que... —empezó Dionisidoro.

—¡Chsss! —susurró Demetrio—. Es peor interrumpirle. Si le haces perder el hilo, es capaz de empezar desde el principio.

Euctemón fue desplegando sus ideas en aquella peculiar aula, no a la sombra de un pórtico ateniense, sino bajo el implacable sol del estío italiano.

—La luna también se mueve de este a oeste. Por detrás de ella se ve un firmamento cuajado de estrellas que se desplazan igualmente de este a oeste y se sabe que están detrás de ella porque la luna las tapa al pasar por delante. Las posiciones relativas de las estrellas no cambian por lo que forman dibujos que giran juntos en el cielo, dibujos a los que se llama constelaciones. Las constelaciones que se ven desde el hemisferio norte son Andrómeda Cefeo Casiopea el Carnero el Dragón... —Euctemón recitó una retahíla de más de cuarenta nombres sin tomar aliento, mientras Dionisidoro resoplaba maldiciendo la hora en que se le había ocurrido acercarse a husmear. Cuando terminó la enumeración, prosiguió, señalando el círculo exterior de

su esquema—: Las estrellas se encuentran aquí en la última circunferencia. En realidad esa circunferencia representa una esfera porque es imposible dibujar una esfera en el suelo porque una esfera tiene tres dimensiones y el suelo sólo tiene dos dimensiones. El círculo representa así pues la esfera de las estrellas fijas que es la última de todas que rodean la Tierra y se halla a una distancia tan grande que un águila tardaría más de mil años en llegar volando si fuera capaz de atravesar las demás esferas del cielo. Homero y muchos humanos creen que la esfera de las estrellas fijas es una cúpula de bronce que pende sobre sus cabezas, pero si lo creen es porque tienen debajo de sus pies la masa de Gea que es opaca y les impide ver la semiesfera del sur que también está llena de estrellas distintas de las que se ven desde el norte.

»Éste —señaló un diámetro que atravesaba en vertical su dibujo— es un eje que atraviesa la Tierra de parte a parte y se prolonga por arriba y por abajo una distancia inmensa hasta llegar a la esfera exterior, y es sobre ese eje sobre el que giran las estrellas día y noche alrededor de la Tierra que ocupa el centro del universo. Ese eje está muy lejos de aquí y para verlo habría que subir a las latitudes del norte de la Tierra, o tal vez es de cristal invisible y por eso no se ve. Para saber dónde se encuentra el eje hay que buscar las constelaciones que no llegan a ocultarse en todo el año pues ésas son las que más cerca se encuentran del polo celeste.

Euctemón dibujó con su palo una constelación que Dionisidoro reconoció como el Carro, aunque a las siete estrellas que le eran familiares les añadió diecisiete más y la llamó la Osa Grande. Después dibujó sobre ella la Osa Pequeña, y a la izquierda de ésta marcó quince puntos que unió

para trazar el cuerpo sinuoso y serpentino del Dragón. Por fin, tendió una línea recta desde la penúltima estrella de la Osa Pequeña hasta la penúltima de la cola del Dragón, y a algo más de la mitad de la distancia hincó el palo en el suelo.

—Éste es el punto donde el eje que atraviesa la esfera terrestre se clava en la bóveda del cielo. Alrededor de este punto llamado el polo norte celeste que permanece inmóvil y se encuentra directamente encima del polo norte de la Tierra giran todas las constelaciones incrustadas en la esfera de las estrellas fijas.

—Un momento —le interrumpió Dionisidoro, pese a la advertencia de Demetrio —. ¿Qué has dicho de la esfera terrestre? Todo el mundo sabe que Gea es lisa como un plato.

—Que la Tierra es lisa como un plato sólo lo creen el vulgo y los necios.

—No se lo tomes en cuenta —susurró Demetrio.

—¿Cómo que no? Me acaba de llamar necio.

—Dos cotilas de vino.

—Hecho.

Ajeno a los cambalaches de sus improvisados discípulos, Euctemón les explicó

por qué era imposible que la Tierra fuese plana. El filósofo Anaximandro, primero que se había ocupado de esas cosas y había dibujado un mapa de la ecúmene, pensaba que Gea era una especie de disco tres veces más ancho que alto, como el tambor de una columna. Pero de haber sido así, la sombra que la Tierra proyectaba sobre la Luna durante los eclipses sería elíptica, cuando todo el mundo podía ver que era perfectamente circular.

—Un plato que es redondo liso y plano proyecta una sombra circular sólo si lo pones perpendicular a la fuente de luz —prosiguió Euctemón—. Si un plato se pone en cualquier otra posición la sombra que proyecta es una elipse e incluso puede llegar a ser casi tan estrecha como una simple línea. El único cuerpo que proyecta una sombra circular en cualquier posición es una esfera. Por eso como la Tierra proyecta siempre una sombra circular en los eclipses tiene que ser una esfera.

Aún había más argumentos que expuso Euctemón. Si Gea fuera plana, la visibilidad en el mar sería infinita. Así, cuando cruzaron el mar Jónico para venir a esta campaña deberían haber visto a popa las costas de Grecia y a proa las de Italia, cuando resultaba evidente que no era así y que en alta mar parecían estar en el centro de un gran círculo formado por el horizonte del mar. Ese horizonte era el lugar donde la línea recta trazada desde sus ojos tocaba en tangente la superficie del mar y se separaba de él.

—Otro argumento a favor de la esfericidad de la Tierra es que su propia curvatura oculta de la vista muchas estrellas del cielo. En Egipto puede verse una estrella llamada Canopo que es la segunda más brillante del firmamento después de Sirio, pero en el momento en que una nave viaja hacia el norte y se va acercando a Rodas Canopo se acerca más y más al horizonte hasta que desaparece de la vista.

—¿Tu hermano ha estado en Egipto? —preguntó Dionisidoro. —No, eso lo ha leído, como casi todo.

Euctemón dejó ya el asunto de la forma de la Tierra, pues lo que le interesaba a él se encontraba mucho más arriba.

—Entre las estrellas —señaló el círculo exterior— y la Tierra —añadió clavando el palo en el centro de su diagrama— hay más cuerpos celestes. ¿Cuáles?

—¿Me está preguntando? —dijo Dionisidoro—. Es que como no me mira...

—Contéstale, venga.

—Pues..., la Luna y el Sol.

Euctemón señaló las dos primeras circunferencias que rodeaban la Tierra. Allí estaban ambos astros, representados como pequeños círculos, cada uno con su respectivo símbolo a la izquierda.

—Aquí están. ¿Por qué no se caen del cielo cuando giran alrededor de la Tierra?

Dionisidoro encogió sus macizos hombros.

—No se me había ocurrido nunca. Oye, Demetrio, se me está derritiendo la

cabeza. Yo me voy. Demetrio le agarró del codo.

—Espera un poco más. —Con suerte, si dejaba que su hermano se extendiera un poco más se olvidaría de su obsesión un rato y podría llevárselo de allí—. Eso, Euctemón. ¿Por qué no se caen del cielo?

—Porque no están flotando en el aire como algunos creen. En realidad la Luna y el Sol están encastrados en inmensas esferas de cristal que giran alrededor de la Tierra que es el centro de todo el universo. La primera está aquí —señaló el círculo más cercano a la Tierra— y es la esfera lunar. La segunda está acá y es la esfera solar.

—Qué tontería. Yo no he visto nunca ninguna esfera.

—Porque son de cristal. —Demetrio leyó en los labios de su hermano «tarugo», pero algo que su madre había logrado imbuirle era que no se podía llamar estúpida a la gente. (—No entiendo por qué no puedo llamar a la gente estúpida cuando es estúpida —decía él.

—Porque alguien podría partirte otra vez la nariz. A nadie le gusta que le llamen estúpido.

—Pero si es verdad, no entiendo por qué les molesta oírlo.

—No es imprescindible que digas siempre la verdad, hijo —respondía ella, que tenía más paciencia que Penélope.)

Ahora, Euctemón calló lo que pensaba sobre el grado de inteligencia de Dionisidoro y prosiguió su disertación.

—Ese cristal es mucho más perfecto que el vidrio o el cristal de roca más perfectos que hayas visto en tu vida y como es tan perfecto se puede ver todo lo que hay al otro lado como si no existiera nada en medio. Por eso nadie ve las esferas pero los que piensan bien como Eudoxo Platón Calipo y Aristóteles saben que tienen que estar ahí.

A fuerza de oír las repeticiones de su hermano, Demetrio había acabado aprendiendo tanta astronomía que él mismo podría haber continuado con la exposición. Ahora Euctemón estaba señalando los círculos que venían a continuación de la Luna y el Sol. Eran los cinco planetái, los vagabundos del cielo. Sus esferas cristalinas compartían el movimiento diario de este a oeste del inmenso orbe exterior de las estrellas fijas, pero además poseían sus propios giros que los hacían desplazarse sobre el fondo de las constelaciones zodiacales a lo largo de los meses. Como aquel movimiento era tan lento y parsimonioso que no se distinguía a simple vista en una noche, la mayoría de la gente no reparaba en él, a no ser que fueran astrólogos como el siniestro caldeo que acompañaba a Alejandro o marineros expertos en navegar orientándose por las estrellas. A los campesinos les bastaba con aprender los movimientos anuales de unas cuantas constelaciones como Orión o las Pléyades para recordar en qué momento debían llevar a cabo las tareas agrícolas.

—A partir del Sol los nombres de los planetas son Estilbón Fósforo Piroente

Faetón y Fenón — enumeró Euctemón, clavando la punta del palo en el punto que representaba a cada uno de ellos sobre sus respectivos círculos.

—No los había oído en mi vida —reconoció Dionisidoro.

–Estilbón Fósforo Piroente Faetón y Fenón se corresponden con los nombres divinos de Hermes Afrodita Ares Zeus y Cronos. Los pitagóricos sostienen que el Sol se encuentra aquí y no en la segunda órbita de la Tierra —añadió Euctemón, señalando un punto entre Afrodita y Ares—. Pero es un hecho que el Sol se ve mucho más grande que todos los demás planetas así que por fuerza tiene que estar más cerca de la Tierra. Y la Luna está aún más cerca que el Sol porque es su sombra la que se interpone entre el Sol y la Tierra en los eclipses.

—¿Y esa espiral que se ve ahí acercándose al centro qué es?

—Ése es el cometa Ícaro. Oh, el cometa Ícaro, hay que saber qué hace el cometa Ícaro —repitió

Euctemón con voz plana, y se olvidó de ellos para seguir con sus cálculos. Demetrio se levantó del suelo y se sacudió las rodillas.

—Toda esta solanera no nos ha servido de nada —rezongó. —Pues a mí me pagas las dos cotilas de vino.

—¡¡AAAA-TENCIÓN!!

A la llamada del centinela se sumó un sonoro trompetazo. Por puro reflejo, Demetrio se puso firme. Por la parte sur, desde la ciudad, venía un grupo de soldados en el que mezclaban griegos y macedonios, y en el centro de ellos caminaba el general Meleagro.

—¡Revista general! —gritaba el heraldo de Meleagro—. ¡Revista general!

—Maldita sea —masculló Demetrio—. Qué gran momento.

Desde que había puesto el pie en Posidonia, Meleagro estaba de un humor de perros. Durante muchos años había mandado una falange de sarisas como igual jerárquico de Crátero y Perdicas, y como superior de Ptolomeo y Seleuco. Todos esos aduladores habían medrado más que él, el único que se atrevía a decir lo que pensaba delante del rey. Ahora Ptolomeo era sátrapa de Egipto y Seleuco gobernaba las provincias limítrofes con la India, mientras que Perdicas, también conocido como el Adonis, se había convertido en regente de Macedonia. Y Crátero, el hombre al que más odiaba Meleagro, ocupaba ante Alejandro el puesto de lugarteniente que antaño había desempeñado Parmenión. ¿Y qué había sido de Meleagro, que había luchado en tantas batallas como ellos, había recibido más de diez heridas de guerra y se había pateado más de cien mil estadios? jefe de los puñeteros mercenarios! Podría haberse tomado su nuevo puesto en Italia como un ascenso, ya que ahora tenía a mas de cinco mil hombres bajo su autoridad.

Pero para él mandar sobre griegos en vez de macedonios era como ser un corcel de pura raza ejerciendo de semental en un cercado lleno de burras.

Aquella mañana, a falta de algo mejor que hacer, Meleagro se dedicó a recorrer la zona de los mercenarios despotricando contra todo lo que veía, aunque el orden allí no tenía nada que envidiar al del resto del campamento. Lo acompañaban varios macedonios de Eordea como él, entre ellos sus dos hijos, y también el general del batallón Lechuza. Éste, un ateniense llamado Filarco, lejos de defender a sus hombres les iba abroncando públicamente por cualquier cosa que a Meleagro le pudiera parecer muestra de desidia: una capa de piel levantada en la esquina de un escudo, una mancha de herrumbre en la punta de una lanza, una mella en el filo de una espada. Filarco era el tipo de oficial al que más temían los soldados. El hombre que siempre daba la razón al superior y prefería cenar con él en su tienda aunque a sus hombres les hubieran asignado para acampar una vaguada anegada de agua y no les hubiesen llevado aún leña para cocinar. El típico oficial al que durante la batalla más le valía formar en las últimas filas si no quería terminar con la espalda agujereada de lanzazos de los suyos.

—Tienes razón, Meleagro —le iba diciendo ahora—. Esta noche harán todos guardias dobles y les privaré de la ración de vino durante tres días.

Meleagro le miró con una sonrisa burlona y le dio una bofetada cariñosa en la cara.

—Tampoco te excedas, mi querido Filarco. El vino es lo último que se les puede quitar a los soldados. Córtales una mano o incluso el miembro, pero no los dejes secos si no quieres tener un motín.

Todos los soldados estaban firmes delante de las tiendas de campaña. Algunos llevaban la coraza puesta, otros sólo las túnicas, y los había que se tapaban las vergüenzas con el yelmo, sin duda por andar fornicando a deshora. Meleagro pasó junto a unas lanzas puestas en astillero que no estaban a la distancia reglamentaria y las derribó de una patada.

—Tres días de arresto para esa tienda, Filarco —dijo.

«Hijo de puta macedonio», oyó decir a uno de ellos, pero sonrió y se hizo el sordo. Los demás griegos los odiaban porque hasta una generación antes eran el hazmerreír de la Hélade, y Macedonia servía de tierra de paso para todo aquel que quisiera atravesarla y de paso llevarse sus mujeres, sus ovejas y, peor aún, sus vacas. Pero todo había cambiado gracias a Filipo, el gran hombre del que ahora casi nadie se acordaba, el verdadero artífice de la grandeza de los macedonios. Él había inventado las sarisas y se las había dado a los montañeses, él les había enseñado a combatir como orgullosos hoplitas en igualdad de condiciones con los engreídos criadores de caballos de las tierras bajas. Filipo era quien les había traído a Parmenión, un hombre de guerra, infinitamente mejor general que el barbilindo de Alejandro. Mientras

rumiaba todas esas ofensas presentes y pasadas, Meleagro llegó a un pequeño claro. Allí el suelo era más irregular y crecían unos cuantos árboles, por lo que los mercenarios habían dejado una especie de pequeña ágora e incluso habían erigido un altar. Algo más allá de la tosca estatua de Atenea se veía a un soldado sentado, y el muy insolente, en vez de levantarse para pasar la revista, se dedicaba a escarbar o dibujar algo en el suelo. A su lado había dos hoplitas firmes, uno bastante gordo y otro un muchacho muy apuesto que en ese mismo momento estaba tirando del brazo del hombre sentado para obligarle a levantarse.

—¡No te muevas, soldado! —gritó dirigiéndose a este último—. ¡Déjale donde está!

Demetrio tragó saliva, oliéndose lo peor. Otros oficiales no le habrían dado demasiada importancia a la excentricidad de su hermano, ni siquiera el propio Filarco. Pero el jefe del batallón se volvía servil como un perro hambriento delante de Meleagro, y para colmo éste venía bamboleándose a los lados, y todo el mundo sabía que el macedonio era aún más peligroso cuando estaba borracho o resacoso.

Miró a la izquierda sin apenas torcer el cuello. Euctemón seguía enfrascado en sus órbitas. *Ni mi hermano puede ser tan idiota,* se dijo con desaliento. En el ejército ateniense la disciplina nunca había sido gran cosa, pero cuando uno se enrolaba en una unidad de mercenarios dirigida por el general más hijo de perra de todo el ejército de Alejandro, había que andarse con cuidado. *No deberíamos habernos alistado,* se lamentó. Pero, ¿qué otra cosa podían hacer dos exiliados a los que se lo habían confiscado todo? En realidad, él se las apañaba bien en el ejército. El problema era su hermano, pero no podía dejarlo solo. Incluso de la Academia lo habían echado a pesar de su talento. Meleagro ya estaba junto a ellos, proyectando su sombra sobre las esferas celestes, como un gran eclipse universal.

—¿Qué es eso tan interesante que estás haciendo que no te levantas ante tu general, soldado?

—Señor, mi hermano no...

—¡Cállate! —rugió el macedonio—. Le estoy hablando a él.

Lo que más rabia le daba a Demetrio era que Euctemón ni siquiera estaba haciendo cálculos. Sólo los estaba repasando, literalmente, volviendo a hundir el palo aguzado que usaba como punzón en los surcos de las letras ya marcadas.

Harto de tanta insolencia, Meleagro pisoteó los dibujos, y como la arena ya estaba casi seca borró buena parte de las líneas. *Por los perros de Hécate,* no, pensó Demetrio, y se volvió hacia su hermano para contenerlo, pero ya era demasiado tarde. Euctemón se levantó por fin, pero fue para lanzarse contra Meleagro y agarrarle del cuello. Demetrio le cogió de los pelos y tiró de él para que soltara al general, pero cuando su hermano hacía presa con aquellos dedos de hierro era como un perro de

caza con un trozo de carne entre las mandíbulas.

—¡Suéltalo, Euctemón! ¡Suéltalo ahora mismo!

El oído derecho de Demetrio restalló. Un segundo después vino el dolor, y se desplomó de rodillas en el suelo. Al mirar hacia la derecha vio que uno de los hijos de Meleagro había vuelto la punta de la lanza contra él. *Ni te muevas*, decían sus ojos. Otro macedonio golpeó con el astil de su arma en la cabeza de Euctemón, pero éste no se inmutó y siguió apretando el cuello de Meleagro, que estaba empezando a amoratarse. El soldado golpeó de nuevo, esta vez con tal brutalidad que partió la vara de fresno en dos. Euctemón soltó su presa por fin y cayó de bruces. Al ver que el soldado levantaba la lanza rota para clavarle el regatón de bronce, Demetrio se arrojó sobre su hermano para cubrirlo con su cuerpo.

—¡Alto!

No sabía de quién era esa voz, pero sin duda no de Meleagro, pues sonaba clara como una trompeta de plata. Los pies de los soldados se apartaron de ambos.

—Cálmate, Eute, por favor —susurró Demetrio al oído de su hermano—. Nos va a matar.

¿Comprendes?

Se incorporó un poco y le miró a la cara. Euctemón tenía una brecha sobre la frente de la que le chorreaba sangre por la nariz, pero en sus ojos parecía brillar una chispa de cordura. Demetrio le agarró por el codo y le ayudó a levantarse.

Cuando vio quién se acercaba al grupo sintió que bajo sus pies se abría una sima directa hacia el Tártaro. Ya era bastante malo encontrarse ante un general. Pero el hombre de la coraza blanca que venía hacia ellos seguido por los pajes reales no era otro que Alejandro. A Demetrio le empezaron a temblequear las piernas y estuvo a punto de dejarse caer de rodillas otra vez, pero recordó haber oído que allí en Italia el rey no quería que a nadie se le ocurriera rendirle el ritual de la prosternación.

Era la primera vez que veía a Alejandro tan de cerca. A su alrededor todo parecía más brillante y diáfano, como si de su persona emanara un vapor luminoso; tal vez por esa aura que lo rodeaba pensó que era un hombre muy apuesto y de proporciones tan armoniosas que de ningún modo parecía tan bajo como decían sus detractores.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Nada que no pueda solucionar yo mismo, Alejandro —respondió Meleagro. A Demetrio le escandalizó que se atreviera a hablar al rey en un tono tan áspero. Pero Alejandro puso la mano derecha bajo la barbilla de Meleagro y le obligó a subirla. Las huellas de Euctemón se habían quedado marcadas en rojo sobre su piel.

—Ya veo que te las arreglas tú solo —dijo el rey con una sonrisa de buen humor. Demetrio miró de reojo a su lado y reprimió un gemido de consternación. Euctemón se había arrodillado de nuevo y estaba recomponiendo sus cálculos. Un goterón de sangre le cayó sobre el dorso de la mano, pero él se limitó a limpiársela en la túnica y

a seguir con lo suyo.

—Ese maldito loco me ha atacado. ¡Le voy a arrancar la carne a tajadas y le voy a echar sal dentro! —dijo Meleagro.

—Por él he venido —repuso Alejandro—. Me dijeron que había una especie de Sócrates en este batallón y quería conocerlo por mí mismo. Parece más agresivo que el viejo filósofo. Demetrio, que no había leído a Platón, no comprendió. Alejandro se volvió hacia él.

—¿Tienes algo que ver con el, soldado?

—Es mi hermano, ¡oh, rey!

Alejandro los miró a ambos alternativamente.

—Es curioso cómo lo bello puede parecerse a lo que no lo es.

¿Qué está haciendo tu hermano? Sócrates se pasó una vez dos días y una noche meditando sobre una cuestión filosófica, pero no escribía nada. En cambio esto... Alejandro se acuclilló al lado de Euctemón, señaló el símbolo del escudo y la lanza de Ares:

—El planeta Piroente.

Demetrio se dio cuenta de que el rey sabía lo que estaba viendo. Tenía su lógica, pues había sido discípulo de Aristóteles y éste era autor de un modelo planetario sumamente complicado, con más de cincuenta esferas celestes.

—¿Qué estás haciendo, soldado? Mírame cuando te hablo. Alejandro lo dijo en tono muy suave; pero, para asombro de Demetrio, Euctemón giró la cabeza y miró al rey a los ojos.

—Son cálculos sobre la órbita del cometa Ícaro. No se mueve en una esfera de cristal.

—Maldita sea, Alejandro —protestó Meleagro—. ¿Vas a dejar que ese maldito loco siga haciendo garabatos en el suelo después de agredir a su general?

Alejandro se volvió hacia Meleagro con cara de hastío. Demetrio pensó que su gesto era el de alguien que podía aplastar a un mosquito de un sopapo, pero que prefería no hacerlo por el momento.

—Sigue con tu ronda, Meleagro. O ponte a beber vino ya. Lo que tú prefieras. Meleagro se puso colorado y apretó los dientes, pero se dio la vuelta sin decir nada y se marchó. Filarco se quedó un momento cerca de Alejandro, pero al ver que el rey no le hacía ni caso mientras que Meleagro le silbaba, se fue con este último, no sin antes susurrarle a Demetrio:

—Tu hermano y tú ya podéis ir haciendo testamento. Yo mismo haré que os ensarten a lanzazos al caer la noche.

Mientras, Euctemón estaba recogiendo su tintero, que se había volcado en el suelo. Al ver que no le quedaba tinta, se abrazó a sí mismo y empezó a balancearse

murmurando:

—Mala suerte. Mala suerte.

—¿Que le pasa? —preguntó Alejandro.

—Cuando ha repasado sus cálculos suficientes veces le gusta pasarlos a tinta. Nunca se le olvida nada, pero si no lo hace se pone muy nervioso.

Alejandro asintió con una mirada de comprensión. Demetrio recordó que el rey tenía un hermanastro llamado Arrideo. Como casi todo el mundo en el ejército, el joven ateniense había tenido ocasión de verlo en los desfiles y paradas, y sabía que era un pobre retrasado babeante cuya condición sólo había empeorado con el tiempo. Pero Alejandro le trataba con gran consideración y lo llevaba a todas partes desde hacía años.

—Puedes venir conmigo, Euctemón —dijo Alejandro, aunque nadie le había dicho su nombre, al menos que supiera Demetrio—. Tengo rollos de papiro de Sais y tinta indeleble. Vamos. Euctemón seguía moviendo la cabeza y frotándose las manos, pero al menos se incorporó.

—Por cierto, Euctemón, ¿qué dicen tus cálculos sobre Ícaro? —preguntó Alejandro. Euctemón hizo un gesto extraño, encogiendo el hombro izquierdo y torciendo la comisura de la boca, como si quisiera quitarle importancia a sus palabras.

—Que va a estrellarse contra la Tierra dentro de cinco meses y seis días. No, dentro de cinco meses y cinco días y medio. Ya ha pasado medio día desde la última observación.

EL MONTE CIRCEO

Aunque el panorama desde lo alto era espléndido, Néstor pensó que aún sería mucho mejor si aquel maldito viento dejara de soplar y enturbiar el cielo con la calima que traía de los desiertos líbicos. Hacia el sudeste se abría una amplia bahía, interrumpida por una estribación montañosa que descendía casi hasta el mar. Podrían haber recalado en aquel lugar, pero Hermolao había preferido avanzar más y poner como reparo contra el viento el Circeo, el mismo promontorio sobre cuya cresta se encontraba ahora mismo Néstor. Al norte había una llanura que se perdía hasta fundirse con la sombra sucia de las montañas, los omnipresentes Apeninos que recorrían toda Italia como la columna vertebral de una gran bestia. Buena parte del llano estaba sembrada de lagunas naturales que al levantarse el sol brillaban como espejos blancos. Aquellos reflejos tan llamativos eran en realidad trampas mortales, pues se encontraban al borde de un paraje insano y traicionero conocido como las Ciénagas Pontinas.

El viento trataba de llevarse el sombrero de Néstor, que volvió a ajustarse el barbuquejo bajo el mentón, y también hacía flamear con fuerza el banderín de señales. Sófocles había enviado a un pelotón de soldados con Néstor, no para que disfrutaran de las vistas, sino para que dieran la alarma si divisaban enemigos. Se hallaban a bastante altura sobre el mar, tal vez mil codos. Hermolao aseguraba que esa roca solitaria, separada de las montañas por más de cien estadios de llanura, había sido en el pasado la isla de Eea, donde moraba la hechicera Circe, la misma que se dedicaba a convertir a los hombres en cerdos hasta que se prendó del astuto Ulises. Desde sus crestas era evidente que aquel monte no era una isla; pero se lo podía parecer a quienes, como ellos, llegaban desde el mar. Para Hermolao, la explicación era que los vientos habían arrastrado Eea hasta hacerla chocar contra la costa de Italia. ¿No le había ocurrido lo mismo a Delos, la isla que viajaba a la deriva sobre las olas hasta que Apolo la rijo en el centro de las Cícladas? Pero a Néstor no le convencía esa hipótesis. Era evidente que aquel peñasco calcáreo no estaba apoyado en la costa como un pecio a la deriva, sino clavado en el terreno por profundos raigones de roca.

Se volvió hacia el noroeste, por donde había subido. Bajo la ladera más escarpada del monte se extendía una larga playa, separada de los pantanos por una línea de dunas. Una costa aparentemente inofensiva, pero hostil. Alceo, el tercer piloto, le había explicado la diferencia entre las tierras «blandas» y las «duras». En las primeras, las olas creaban interminables playas rectas con bancos de arena que

levantaban una barrera e impedían que los ríos, a no ser que fuesen muy caudalosos, desaguasen en el mar, lo que a su vez originaba zonas pantanosas, estancadas e insalubres y hacía difícil a los navegantes encontrar agua dulce. En cambio, en las tierras duras se formaban entrantes y ensenadas que ofrecían buenos abrigos para los barcos y se encontraba abundante agua potable en las desembocaduras de los ríos.

No, aquél no era un buen sitio. Pero no habían tenido más remedio que atracar allí. Néstor bajó la vista al mismo pie del Circeo; a poca distancia de la playa estaba anclada la Anfítrite. Tras correr la tormenta toda la noche habían dejado atrás al resto de la flota, e ignoraban si los demás barcos se habían perdido o habían conseguido ganar la costa. Los que tenían experiencia calculaban, por la fuerza del temporal, que de los sesenta barcos podían haberse salvado tal vez la mitad. En ese momento, Néstor vio a los romanos.

El día anterior, al advertir que el cielo clareaba tras los cristales de mica, Néstor se había librado por fin del abrazo de Clea. La muchacha se había quedado dormida de puro miedo y agotamiento. Néstor salió al pasillo, entró en su propio camarote y usó la letrina, pues le daba pudor utilizar los lujosos baños del aposento de Clea. La puerta de Boeto se había abierto con los vaivenes de la nave. Se asomó; su criado estaba tirado en el suelo, con la cabeza entre las manos y quejándose con una especie de rítmico ulular.

Al comprobar que los movimientos del barco eran menos bruscos, Néstor se animó a subir a cubierta. En la popa encontró a Alceo, con cara de agotamiento, atado con correas a la caña que manejaba los remos maestros de estribor. Junto a él estaba Hermolao, oteando el horizonte este. Era obvio que el capitán tampoco había dormido, pero se le veía más entero. Sólo llevaban la vela de antemón, con la verga bajada hacia la mitad del palo. Mostraba algunos desgarrones, pero había aguantado bien y seguía henchida por el viento. El amanecer era gris y las olas altas, aunque más de mar de fondo que de temporal, y ya no rompían con tanta fuerza en las crestas. Néstor se asomó sobre la aleta de popa; siguiendo la estela de la nave se veían dos sogas largas tendidas sobre las olas. Aquellas estachas servían de freno al barco y le ayudaban a mantener el rumbo.

—Tienes buen aspecto, señor médico —le dijo Alceo con una sonrisa irónica.

—No hay nada como dormir acunado.

Poco después apareció Sófocles. Por el color de sus mejillas y el cerco oscuro de sus ojos, era evidente que había vomitado hasta el primer rancho que comió al ingresar en el ejército, pero en cuanto les vio puso la espalda recta y enderezó los hombros. El tío de Clea aún no había dado señales de vida.

—Ha bebido vino como para vaciar el barril de Diógenes —les explicó el comandante—. ¿Hacia dónde nos dirigimos?

Hermolao señaló hacia una masa oscura que se destacaba de la línea de la costa.

—Es el Circeo —dijo Hermolao. Tras explayarse unos minutos en la explicación mitológica de su nombre, añadió—: Cuando lo sobrepasemos, encontraremos una pequeña ensenada en el lado norte que nos resguardará del viento.

—No me gusta —dijo Sófocles—. Eso ya es territorio romano.

—¿Tan lejos estamos de Posidonia? ¿Cuánta distancia nos hemos pasado? —preguntó Néstor.

—Cerca de mil estadios. Estamos más cerca de Roma que de Posidonia —respondió Hermolao. Néstor silbó entre dientes.

—Mal asunto. ¿Cómo vamos a regresar?

—Malamente —dijo Hermolao—. Aunque ya ha pasado lo peor de la tormenta, si no cambia el viento tendremos que volver dando bordadas muy largas. Pero aunque empezara a soplar el etesio, la Anfítrite ha sufrido daños. Hay que reparar velas y jarcias.

—Eso se puede hacer rápido —comentó Sófocles.

—También ha entrado agua en los dos cascos —repuso Hermolao—. Sobre todo en el de babor. Néstor observó entonces que, pese a que la posición de la vela y de los remos maestros debería inclinar ligeramente el barco a estribor, estaba más bien vencido a babor.

—Tenemos algunos heridos abajo —dijo Sófocles—.Ya sé que no eres un cirujano de campaña, pero ¿te importaría atenderlos?

—Deja que recoja mis instrumentos y te acompaño.

La *Anfítrite* era tan grande que los habitantes del lugar debían haberla divisado a muchos estadios de distancia. Cuando llegaron a la playa les esperaba una tropa más bien desorganizada y anárquica: debían de ser unos doscientos hombres, de los cuales algunos portaban escudos y yelmos, pero la mayoría venían armados tan sólo con arcos, hondas o jabalinas. Mientras los marineros echaban las anclas a medio estadio de la orilla, Sófocles ordenó montar las piezas de las catapultas, que habían desmantelado para protegerlas de la tormenta. Tras cuatro andanadas de piedras y flechas, los nativos huyeron despavoridos.

Los hoplitas fueron los primeros en desembarcar en las lanchas para establecer un cordón en la playa. Una vez en la orilla, comprobaron que las máquinas de guerra habían matado a ocho hombres. Tres de ellos habían quedado ensartados por la misma flecha, lo que dio pie a varios chistes zafios. Sófocles envió una partida de exploración. A poca distancia de la orilla encontraron una albufera separada del Circeo por una estrecha lengua de tierra, y más allá una pequeña aldea. En ella sólo quedaban unas cuantas cabras, de las que se incautaron, y una anciana que se había negado a huir con los demás y a la que dejaron en paz.

—Alertarán a los romanos —dijo Hermolao—. Vendrán, más temprano que tarde.

Esos cabrones son rápidos, los conozco.

Sófocles envió nuevas patrullas por si no quedaba otro remedio que volver a pie hacia el sur y Hermolao se dedicó a inspeccionar la nave. Las noticias no fueron buenas. Los exploradores volvieron contando que al alejarse del promontorio se llegaba a un vasto pantano plagado de mosquitos; los juncos y carrizos eran tan altos que tapaban la vista, y convertían aquello en un laberinto de marismas y cañaverales. Por otra parte, la Anfítrite tenía cuadernas desplazadas en ambos cascos, sobre todo en el de babor, cuya quilla, para colmo, se había torcido.

—Es el problema de construir la quilla en varias piezas —dijo Hermolao, meneando la cabeza. Con los desperfectos sufridos por el velamen y el cordaje se podía navegar, pero no así con los del casco: tal como estaba el mar, la nave se iría a pique mucho antes de llegar a Posidonia. Si querían carenarla y reparar la quilla, las cuadernas y los baos tendrían que arreglárselas para construir un dique seco, dado que su tamaño impedía vararla en la playa. Por la noche improvisaron un campamento sin encender hogueras, pues no querían llamar aún más la atención. Mientras Sófocles hablaba con los capitanes y los jefes de fila de sus dos compañías, Hermolao deliberaba con gesto grave con sus oficiales. Néstor, que había terminado de atender a los heridos y había limpiado y recogido su instrumental con la ayuda de Boeto, se quedó un rato sentado en la arena, observando a los demás. Clea y sus esclavas se habían encerrado en una tienda de campaña, la más espaciosa de las cinco que llevaban a bordo. La joven debía sentirse avergonzada por la debilidad mostrada la noche anterior. Al entrar en la tienda había mirado a Néstor de reojo sin decirle nada, y no había vuelto a solicitar su presencia. Mejor, se dijo él. Sabía reconocer el peligro cuando lo veía; y por magnánimo que fuese Alejandro, su generosidad no llegaba a tanto.

Al día siguiente, apenas amaneció, Néstor había decidido hacer su excursión al Circeo. A nadie le hacía mucha gracia que se apartara del campamento, mas por otra parte no se ponían de acuerdo en quién tenía la máxima autoridad para prohibírselo: Calias insistía en que era el jefe de la expedición, Hermolao aseguraba que como capitán de la nave mandaba él y Sófocles, por su parte, sostenía que se hallaban en territorio enemigo y por tanto en situación de guerra, con lo que él debía estar al mando. Mientras debatían, Néstor había tomado su bastón de caminante y su sombrero de paja y había emprendido la subida por un estrecho sendero que recorría en zigzag la frondosa y escarpada ladera norte. Entonces Sófocles había caído en la cuenta de que les convenía tener vigías sobre el promontorio y había enviado tras él a ocho soldados de la primera compañía. Iras barrer con la vista todo el panorama que se le ofrecía desde la cima, Néstor volvió a fijarse en unas piedras alineadas en la falda este, que era menos abrupta y descendía en un suave declive hacia el mar. Tal

vez se tratara de un simple cercado, pero por su situación habría apostado que se trataba de los restos de una acrópolis. Calculó que podía tardar media ampolleta del reloj de arena en llegar hasta allí, pero cuando se estaba dando la vuelta para comentárselo al jefe de fila que mandaba la patrulla, descubrió con el rabillo del ojo algo que brillaba en los pantanos. No era un reflejo en el agua: aquel destello se movía.

—Yo también lo veo. Hay más allí a la izquierda, mira —dijo el soldado con su tosco acento de montañés.

Casi toda la infantería de sarisas que habían traído provenía de Almopia, una de las regiones más agrestes de Macedonia. Eran tipos duros, unidos no sólo por lazos de sangre sino de camaradería. Aunque algunos sólo habían combatido en las campañas de Grecia y Escitia, más de la mitad eran veteranos de Asia que, luchando como *asthétaroi* en Sangala bajo el mando de Perdicas, habían ganado para sus compañías el rango de *pezétaroi*, «Compañeros de a pie», el máximo honor al que podían aspirar los soldados de infantería.

—¿Qué crees que puede ser? —preguntó Néstor, aunque sospechaba la respuesta.

—Puntas de lanza. ¿Te juegas algo, médico?

—No suelo apostar contra soldados en cuestiones militares.

El jefe de filas levantó el banderín y lo agitó en el aire, mientras dos hombres bajaban corriendo a dar la alarma. Néstor les siguió con paso más cauteloso, pues el camino tenía tramos vertiginosos que se asomaban directamente sobre farallones verticales. Conforme descendía, su horizonte se iba reduciendo, pero ahora que sabía por dónde se movían aquellos destellos no los perdió de vista. No tardaron en tomar cuerpo y convertirse en figuras diminutas que salían del pantano en varias hileras y empezaban a reorganizarse en una zona más elevada y seca, a unos veinte estadios de la playa. Por la forma en que se movían y formaban filas, no se trataba de una horda desvencijada como la que les había recibido al desembarcar, sino de tropas regulares. A fuerza de viajar con Alejandro, Néstor había aprendido a calcular los contingentes militares desde lejos. Allí podía haber tantos hombres como los que llevaban ellos, unos seiscientos, pero además les acompañaba una pequeña tropa de caballería. A pesar de que el viento soplaba hacia el interior, le llegaron los armónicos más graves de las tubas de guerra. Considerando que estaban en territorio romano, aunque fuera en un margen casi deshabitado, no dudó en ningún momento que se trataba de legionarios.

El último tramo lo bajó corriendo, y a sus espaldas oyó las pisadas de los soldados macedonios que le seguían. El jefe de la patrulla debía haber decidido que, una vez avistado el enemigo, sus hombres eran más necesarios abajo con el resto de los compañeros. Cuando llegaron a la playa todo eran preparativos apresurados. Mientras los capitanes de las dos compañías de hoplitas organizaban a sus hombres,

Sófocles, Hermolao y Callas discutían en un rápido conciliábulo.

—No da tiempo a desmontar las catapultas, traerlas hasta la orilla y volverlas a montar —argüía Sófocles, ante la insistencia de Calias—. Lucharemos a la vieja usanza.

—Me parece muy bien que tú luches a la vieja usanza, pero mientras, nosotros nos alejaremos de la orilla con la Anfítrite —dijo Callas, y dirigiéndose a una esclava de Clea gritó—: ¡Tú, dile a mi sobrina que salga de la tienda de una vez! ¡Volvemos al barco!

—Ya te he dicho que la nave no está en condiciones de navegar —le dijo Hermolao—. Es más seguro que os quedéis aquí.

—¡No me vengas ahora con patrañas! ¿Es que tienes miedo?

—¿Y es que tú no lo entiendes? —Hermolao señaló hacia el mar. En la zona de playa guarecida por la masa del promontorio las olas no rompían con tanta fuerza, pero más allá se veían grandes vellones de espuma en las crestas, y el cielo seguía cubierto por un velo sucio y gris—. El libico aún sopla con fuerza. Con este oleaje la nave se hundirá. Tengo órdenes estrictas de Alejandro y de tu cuñado. Mi primera misión es proteger la Anfítrite.

—Esas órdenes no cuentan ahora —masculló Calias—. Ahora yo soy el que da...

—Tú ahora no eres nadie —le cortó Sófocles—. Si sigues haciéndonos perder el tiempo, ordenaré a mis hombres que te encadenen.

El dorio siciliano que mandaba la guardia de Calias se adelantó un par de pasos.

—Eso será por encima de mi cadáver, make.

Sófocles le miró de reojo.

—¿Tu cadáver? No me tientes, amigo. Lo mejor será que tú y tus hombres os quedéis en retaguardia protegiendo a vuestro señor. Dejad que a la guerra juguemos nosotros.

Sófocles se volvió, sin prestar más atención al dorio. Éste se llevó la mano al pomo de la espada, pero no le dio tiempo a hacer nada más. Con una rapidez fulgurante, Sófocles desenvainó su alfanje y, aprovechando el impulso del movimiento, se dio la vuelta y le dio un tajo en el cuello que le seccionó a la vez ambas carótidas. El mercenario retrocedió un par de pasos, cayó de espaldas sobre la arena y dio un par de patadas mientras la sangre le manaba en borbotones espasmódicos. Algunos de los guardias hicieron ademán de sacar sus espadas, pero su segundo oficial, un tipo flaco con barba de chivo, les dio una orden seca. Sófocles se acercó a él y ambos hombres se miraron unos segundos. El mercenario acabó asintiendo con la barbilla y mandó a sus hombres que arrastraran lejos el cadáver. Después se volvió hacia Sófocles.

—¿Cuáles son tus órdenes?

—¿Cómo que cuáles son tus órdenes? —estalló Calias—. ¡Ese hombre acaba

de...!

—¡Cállate de una vez, tío! —restalló Clea.

Todos se volvieron hacia la joven, que acababa de salir del pabellón vestida como una auténtica reina. Llevaba una túnica verde de seda, una capa con ribetes de armiño cerrada con broches de oro y rubíes, una rutilante diadema, brazaletes hasta el codo, los tres collares que se había puesto cuando temió que la Anfítrite naufragara, gruesos anillos en todos los dedos, ajorcas en los tobillos y una cadena de oro ciñéndole la túnica. Néstor pensó que aquella ostentación era más propia de una reina bárbara, como la legendaria Semíramis, que de una noble griega. Pero si la joven pretendía impresionar con aquella imagen de majestad, lo consiguió. El propio Calias se había quedado boquiabierto.

Fue Sófocles el primero en reaccionar.

—Vosotros —le dijo al oficial de los mercenarios— os quedaréis protegiendo el campamento y a la mujer del rey hasta que acabemos con los intrusos.

—¿Puedes prescindir de esos treinta hombres? —preguntó Clea.

—No te preocupes, señora. Tenemos tantos hombres como ellos, o quizá más, y somos pezétaroi. Aunque ellos fuesen el doble que nosotros, los ejércitos de Alejandro hemos vencido la mayoría de nuestras batallas en inferioridad numérica. Ahora, si me disculpáis todos, tengo una batalla que ganar.

Dicho esto, Sófocles se alejó dando zancadas para reunirse con sus compañías. El nuevo jefe de la guardia se quedó mirando a Calias, dudó unos segundos y por fin se dirigió a Clea:

—¿Qué hacemos, señora?

—Lo que os ha dicho el comandante.

A regañadientes, los guardias se desplegaron para formar un círculo defensivo: eran mercenarios, pero tenían su orgullo y como guerreros habrían querido participar en el combate que se avecinaba. En el interior del perímetro se guarecieron Calias, su pequeño séquito, Clea y sus esclavas, unos veinte civiles en total.

Néstor se acercó a Clea y observó con admiración su atavío.

—¿Es que estás pensando otra vez en tu entierro? —le preguntó. Ella se ruborizó al recordar la noche de la tormenta y contestó:

—No. Estoy pensando en lo que puede pasar si derrotan a nuestros soldados.

—¿Por eso te has engalanado así? Para eso podrías haber ido directamente al campo de batalla y gritar: «¡Venid, romanos! ¡Soy una rica dama! ¡Quiero que me violéis y me despojéis!». Ella le miró con una chispa de furia en los ojos.

—Si esos romanos son inteligentes, cuando me vean se darán cuenta que alguien que lleva encima tantas joyas puede valer mucho más dinero como rehén. Y cuando les diga que soy la esposa de Alejandro, no se atreverán a tocarme. Pero necesito que se lo crean.

—Esperemos que al menos entiendan la palabra «Alejandro». —Néstor le tomó la mano un instante—. Siento haberte dicho eso. Lo que has pensado está bien. De todas formas, los romanos no conseguirán atravesar la muralla de sarisas. Puedes estar tranquila.

—¿Adónde vas?

Sin responder, Néstor se abrió paso entre los guardias que cerraban el círculo. Tenía comprobado que cuando alguien entra en un sitio o sale de él con decisión, no le suelen hacer preguntas. Además, sabía lo que estaba pensando cada uno de los hombres de Calias. *Por mí, que le partan la crisma a ese chalado.*

Sófocles había enviado a los arqueros hacia una estrecha lengua de tierra que se extendía entre la albufera y la cara norte del promontorio, con órdenes de vigilar a los romanos. De momento, éstos no se habían acercado más. Tan sólo un par de jinetes se habían aventurado a inspeccionar la zona, pero habían vuelto grupas al primer silbido de las flechas. Siendo tan pocos como parecían, no las debían de tener todas consigo.

Los macedonios ultimaban sus preparativos con la rapidez que les daba la práctica, entre resoplidos, chasquidos de metal y crujidos de cuero doblado. Los que iban a combatir en las primeras filas se abrocharon las corazas de placas o los coseletes de cuero hervido reforzados con pectorales de metal; en cuanto a los que luchaban al final de la formación, la mayoría usaban petos blancos de capas de lino prensado, con escamas de blindaje adicional cosidas a la derecha, en el lado que el escudo dejaba desprotegido. Después se colgaron en el costado izquierdo las espadas cortas que usaban como armas secundarias; muchos de ellos llevaban cópides, alfanjes de hoja curva y un solo filo, más apropiados para tajar que para estoquear. Una vez cerradas las grebas de bronce o de hierro en las espinillas, se ajustaron en la cabeza las cofias acolchadas y sobre éstas se calaron los yelmos frigios o tracios que dejaban el rostro al descubierto. Desde hacía tiempo, los macedonios habían abandonado el viejo casco corintio que protegía toda la cara al precio de convertir al hoplita en un autómata prácticamente ciego y sordo durante la batalla. Mientras los pezétaroi sacaban los escudos de sus fundas de piel y los embrazaban, los artilleros terminaban de ensamblar las sarisas. Una vez encajadas las dos mitades y bien apretadas las abrazaderas de hierro, se las pasaban a los hoplitas, que las recogían fila por fila, las levantaban en el aire y las colgaban de la cuja de cuero que llevaban cruzada del hombro a la cadera. Aunque ya las había visto muchas veces, Néstor volvió a pensar que eran impresionantes: doce codos de madera de cornejo, dura y flexible, con puntas de acero de dos palmos. Eran tan largas que al agitarse en el aire silbaban con un ulular que ponía los pelos de punta, como un pinar en una noche de viento.

Para blandir en combate esa arma que pesaba casi un cuarto de talento, el hoplita

debía aferrarla con ambas manos, la derecha a dos codos de la contera y la izquierda otros dos codos por delante. Eso dejaba ocho codos de arma proyectándose hacia delante. Cuando Filipo, el padre de Alejandro, hizo que sus hombres adoptaran aquella larguísima pica, tuvo que sustituir el escudo que hasta entonces llevaban por otro broquel más ligero y pequeño. Ahora, cuando el soldado se lo colgaba del cuello con la correa que llevaba en bandolera, pasaba el brazo izquierdo por los asideros de la cara interior y agarraba la sarisa en posición de combate, el escudo quedaba atravesado delante de su cuerpo y le cubría el tórax, pero a cambio dejaba las piernas y las ingles desprotegidas. En cualquier caso, la mejor defensa de los pezétaroi eran sus sarisas, que mantenían al enemigo a distancia: hacían falta redaños para colarse entre las puntas de la primera fila, pues antes de llegar al cuerpo a cuerpo el adversario aún tenía que enfrentarse a las puntas de la segunda fila de infantes, y después a las de la tercera y la cuarta. La falange de sarisas era un enorme erizo acorazado, lento pero imparable.

Sófocles despachó a los artilleros para que ayudaran a los mercenarios en la defensa del campamento y después ordenó a las dos compañías de hoplitas que se desplegaran en sendos rectángulos de treinta y dos de frente por ocho de fondo. Normalmente cada unidad formaba un cuadrado de dieciséis por dieciséis, pero con tan pocas tropas prefería cubrir un frente más amplio a cambio de perder profundidad.

—¡DEEEE... FRENTE!

Sin necesidad de flautas ni timbales, los macedonios caminaron marcando el paso; sus pies producían un ruido curioso al hundirse en la arena, un crujido áspero y amortiguado que en el silencio con que avanzaba la falange sonaba aún más amenazador. Pronto llegaron al campo de batalla elegido, una explanada de algo menos de un estadio de ancho que se abría entre la laguna y los escarpes del propio Circeo.

Mientras los soldados se armaban, Sófocles había sacrificado un cabrito. Tras examinar los lóbulos del hígado, el experto en aruspicina le había dicho que los dioses aconsejaban una táctica defensiva. A Sófocles le pareció que aquella lengua de tierra era el mejor sitio para mantener su posición, pues el promontorio protegía su flanco derecho y el agua, aunque fuese más bien somera, el izquierdo; de esa forma cerraban el paso a la playa donde habían dejado a los civiles con el equipaje.

—¡AAAAAL...TO!

Néstor se encaramó a unas rocas pegadas a la ladera, unos cincuenta pasos por detrás de la falange. Allí disponía de un punto de vista muy ventajoso, y ataviado con su sombrero de viaje y su báculo se sentía como uno de aquellos heraldos que contemplaban las batallas en tiempos más ceremoniosos y civilizados que los actuales. Entonces oyó el sonido de unos pies resbalando entre cascajos y se volvió

alarmado. Era Boeto, que trepaba hacia él a gatas.

—¿Qué haces aquí? Te he dicho que te quedaras.

—Tú siempre tienes suerte —respondió el focio, acalorado tras la carrera—. Donde estés tú, es el lugar menos peligroso. Eso seguro.

—Me esperaba un encendido discurso sobre la lealtad, pero vale igual. Vaya, has traído la bota de vino. Pásamela. ¡Siempre estás en todo!

Mientras ellos observaban, Sófocles desplegó a sus dos compañías juntas para ofrecer a los enemigos un frente de sesenta y cuatro escudos. Después repartió a los arqueros en los flancos en dos grupos de veinte. Por delante de ellos se extendía una zona de tierra arenosa y matojos con arbolillos dispersos, y unos tres estadios más allá se encontraban ya los enemigos, organizando sus filas sin avanzar más, como los macedonios. Aunque no parecían más que ellos, contaban con una pequeña ventaja: un escuadrón de caballería de veinte o treinta jinetes. Ninguno de los dos bandos parecía tener prisa. A Néstor no le extrañaba. Pese a las escuetas líneas con que Eumenes despachaba las batallas en sus Efemérides Reales (»Nuestros hombres se enfrentan con los tracios, desbaratan su formación, les ponen en fuga y los aniquilan»), lo cierto es que eran largas, sucias, ruidosas, sangrientas, frías. Sí, la sensación que más recordaban los soldados heridos era la del frío del acero penetrando en sus cuerpos. Tenías que armarte de mucho valor para embestir contra las armas aguzadas de los enemigos sabiendo que ellos estaban calculando la forma de clavártelas mejor entre los ojos o en los testículos. Por eso la mayoría de los soldados se hartaban de vino antes de combatir; no por cobardía, sino a sabiendas de que tenían que cumplir con su trabajo y el vino les ayudaba a ello. El vino hace desdeñar las consecuencias de los actos, o más bien embota la imaginación de lo que puede pasar en el futuro, sea inmediato o lejano. Y lo que menos debe poseer un soldado es imaginación, porque le paraliza, y lo peor que puede hacer es pensar en el futuro, porque no tiene.

Sófocles paseó por delante de las tropas, que aún mantenían las sarisas en alto y encajadas en sus bolsas de cuero, una novedad ideada por el general Crátero durante la última campaña de Grecia: con las cujas, los brazos de los soldados no se cansaban en balde antes de entrar en combate, y de paso las picas parecían aún más altas e imponentes. «¡Honor...!, ¡... salvación...!, ¡... bárbaros...!» A Néstor le llegaban palabras sueltas de la soflama. «¡...proteger a la esposa de Alejandro...!» Era buena idea mencionarla. Alejandro no estaba presente, pero su nombre infundía aún más valor que el vino, y de paso se recordaba a los soldados que, si luchaban por Agatoclea y evitaban que cayese en poder de los enemigos, el rey sabría recompensarlos.

Los romanos también habían formado su frente, aunque las lanzas que sobresalían de sus escudos no eran ni mucho menos tan largas. Un jinete con una cimera roja

pasaba delante de ellos sobre un caballo blanco; sin duda les estaba arengando a su vez. Néstor se preguntó qué les estaría diciendo para animarles a que corrieran a ensartarse en las sarisas macedonias que habían conquistado la mitad del orbe conocido.

Ahora lo habitual era que ambos ejércitos avanzaran lentamente al encuentro hasta encontrarse más o menos a un estadio, donde se hacía otra parada. Pero Sófocles, que estaba a la defensiva y tenía los flancos cubiertos, lo que de momento hacía inútil la caballería del enemigo, no se movió.

—Esos cabrones tampoco dan un paso —dijo Boeto.

—A lo mejor están esperando refuerzos.

—Si es eso, entonces habría que atacarles ahora mismo.

Como buen griego, Boeto era aficionado a la estrategia de salón. Aún así tenía razón: puesto que las circunstancias favorecían de momento a los macedonios, había que aprovecharlas. Pero en ese preciso momento, sonaron las tubas y los romanos enarbolaron sobre sus cabezas unos estandartes amarillos y púrpuras. De sus filas se adelantaron varios grupos de infantería ligera, cincuenta o sesenta hombres. Iban atinados con pequeños escudos redondos y con venablos, y se acercaron corriendo a la falange entre gritos y aullidos lobunos. De hecho, Néstor habría jurado que las pieles que les cubrían hasta la cabeza eran de lobo, aunque de lejos no podía asegurarlo. Sin llegar a acercarse mucho, aquellos escaramuceros lanzaban sus jabalinas y se daban la vuelta. Los hoplitas, que aún tenían las sarisas en alto, se cubrieron con sus escudos, pero no les hubiera hecho mucha falta, ya que la mayoría de los venablos cayeron en tierra de nadie: los hombres-lobo no se atrevían a aproximarse más por miedo a los arqueros, así que disparaban cuanto antes y luego huían corriendo en zigzag para esquivar las flechas. Aun así, unos cuantos quedaron tendidos en el suelo; sus compañeros los recogieron y los arrastraron tras las filas de los legionarios. El hombre del penacho rojo desmontó de su caballo y se puso delante, junto con sus hombres. Era evidente que se disponían a avanzar, y Sófocles decidió que había llegado el momento.

—¡SARISAAAAS... AL FRENTE!

Los hoplitas de la primera fila se pusieron casi de costado para reducir su perfil, bajaron las sarisas hasta la horizontal y gritaron *«Aléxandros!»*. A continuación lo hizo la segunda, y las puntas de sus picas se proyectaron casi pegadas a las de sus compañeros mientras exclamaban *«Nike!»*.[4] La tercera fila volvió a cantar *«Aléxandros!»*, a lo que la cuarta respondió *«Nike!»*. Por fin, cuando los hombres de la quinta colaron sus sarisas por el escaso hueco que les quedaba y cantaron «Aléxandros!», toda la falange al unísono rugió *«NIKEEEE!»*.

Néstor se miró el antebrazo. Por muy pueril que pudiera parecerle aquel alarde, siempre le ponía el vello de punta. Al presenciar aquel espectáculo, los guerreros que

no eran griegos solían reaccionar de dos maneras: o bien rompían filas y huían como conejos o, si eran bárbaros que anteponía el coraje a todo lo demás y de paso se habían atiborrado de vino, cerveza o leche fermentada, cargaban a título individual entre alaridos y, también a título individual, se ensartaban en las puntas de acero.

Pero los romanos no hicieron ni lo uno ni lo otro. Las tubas volvieron a sonar y ellos se pusieron en marcha, marcando el paso al compás. Conforme se acercaban, Néstor pudo apreciar mejor las armas de los legionarios. Llevaban escudos ovalados y pintados de rojo que les cubrían desde la nariz hasta más abajo de las rodillas; por encima de ellos sobresalían las puntas de sus lanzas y sobre sus cabezas ondeaban largas plumas de colores.

—Es increíble —comentó Boeto—. Han dejado detrás tropas de reserva. Caminando a casi cien pasos por detrás de los otros iba otra unidad de infantería de línea, tal vez cincuenta o sesenta hombres. Néstor veía lógico que reservaran a los escaramuceros, y también a la caballería, ya que de momento ésta no tenía flancos abiertos por los que atacar. Pero ¿por qué apartar también a esos otros legionarios, cuando estaban en inferioridad numérica? Ahora que los romanos avanzaban en formación, era evidente que su frente no superaba en anchura al macedonio, y sólo tenían cinco filas de fondo por las ocho de la falange de Sófocles.

—Qué huevos —resumió Boeto.

Los arqueros de las alas griegas se adelantaron un poco y dispararon un par de andanadas; los romanos se encorvaron tras sus escudos y apenas sufrieron bajas. Cuando estaban a menos de un estadio de distancia, se decidieron a cargar, aunque no como Néstor se esperaba. La línea del frente se quebró, no de forma irregular, sino siguiendo un esquema entrenado a conciencia. Tres formaciones se desgajaron de las demás en damero, empezando por el ala derecha, y se lanzaron al paso ligero mientras que las otras tres se quedaban un poco rezagadas. Los romanos lanzaron su grito de guerra, y su alarido no fue menos sonoro que el de los griegos:

—*MARS ET QUIRINE! ROMA VICTRIX!*

Esto me da mala espina, pensó Néstor. Una acción tan contraria a la lógica militar debía tener algún motivo. Las formaciones de infantería de línea intentaban no ofrecer huecos, pues los costados eran su punto más vulnerable y resultaba preferible protegerlos con los cuerpos y los escudos de los compañeros que dejarlos al descubierto. Pero era evidente que a los romanos no les importaba romper su propia falange. Corrieron con los escudos en alto, cubriéndose de las flechas que les disparaban los arqueros griegos, y sólo tres o cuatro de ellos cayeron al suelo. Después, cuando llegaron a unos treinta pasos de las sarisas, se oyó una orden seca.

—*PILA!*

Los que corrían en cabeza se frenaron y arrojaron sus armas. Lo que Néstor había creído lanzas eran en realidad jabalinas que silbaron girando en el aire. Tras aquella

andanada llegó otra, y otra más. Los romanos debían nacer ensayando esa maniobra tan complicada: cada vez que un soldado arrojaba su proyectil, aprovechaba el impulso para desplazarse un paso a la izquierda y dejar hueco al siguiente hombre, quien, tras disparar a su vez, también se apartaba ofreciendo un pasillo al próximo. Las jabalinas cayeron sobre los macedonios, algunas en altas parábolas y otras en trayectorias más rectas y dañinas. Por fin se desataron los ruidos del combate: el impacto sordo y contundente del acero contra la madera, el rechinar más agudo del metal sobre el metal, los pies crujiendo en la arena, las voces de mando, los insultos, los aullidos. Néstor vio cómo en las primeras filas caían más hombres de los que se esperaba, y le inquietó observar que las puntas de las sarisas se movían a los lados y se trababan entre sí, y que se oían más gritos de perplejidad y consternación que de dolor. Para su asombro, muchos hoplitas se desprendían de los escudos y los dejaban caer al suelo entre maldiciones.

Las tres unidades romanas que habían quedado rezagadas arrancaron a correr y lanzaron sus venablos de la misma forma. Todo se desarrollaba a una velocidad vertiginosa: cuando las tres formaciones del segundo escalón no habían agotado aún sus proyectiles, las tres primeras, espada en mano, ya se estaban arrojando como suicidas contra las sarisas. No, como suicidas no, se corrigió Néstor. Porque ahora el enorme erizo de la falange presentaba calvas y tenía muchas púas torcidas. Los romanos, agazapados tras sus amplios escudos, los movían de un lado a otro para apartar las puntas de las picas y aprovechaban los huecos para llegar al cuerpo a cuerpo, o de lo contrario esperaban con paciencia. Durante un rato fue difícil apreciar lo que estaba pasando. Había un frente de choque confuso, zigzagueante, y las sarisas de las últimas filas ondulaban como mieses al viento sin llegar a bajar del todo, porque no tenían espacio para hacerlo. Mientras los macedonios y romanos que estaban en contacto hacían chocar los escudos y trataban de acuchillarse por encima y por debajo de ellos, los soldados que se encontraban detrás empujaban y jaleaban a los suyos e intentaban aprovechar el menor hueco para pinchar a un enemigo en los muslos o en las ingles.

—Ahí van los nuestros —dijo Boeto, señalando hacia la zona derecha del campo. Por allí un grupo de arqueros estaba moviéndose entre los árboles que crecían en el arranque de la ladera, con la evidente intención de sorprender a los romanos por la espalda. Pero los jinetes vieron de lejos la maniobra y cargaron contra ellos, seguidos por veinte o treinta de sus escaramuceros. Cayeron dos romanos de caballería, pero a cambio dieron cuenta de ocho arqueros.

Uno de los jinetes levantó su lanza en el aire mostrando como trofeo los intestinos de un enemigo ensartados en su moharra, y aquello terminó de desbaratar a los griegos, que se retiraron tras la espesura.

Volvieron a sonar las tubas de metal, y Néstor y Boeto devolvieron su atención al

campo de batalla principal. Los legionarios estaban retrocediendo. Lo hacían en buen orden, sin dar la espalda a los enemigos. Entre insultos y baladronadas, se retiraron a unos treinta pasos de distancia arrastrando con ellos a sus heridos. Los macedonios también recularon unos pasos para dejar los cuerpos de los caídos en la parte de terreno que debían recorrer los romanos si querían volver a atacar. Néstor trató de calcular las bajas. Aunque no era fácil diferenciar los cuerpos de unos y otros, cubiertos de polvo y entremezclados en postreros abrazos, le pareció que los romanos muertos no llegaban a diez, mientras que los macedonios triplicaban esa cifra. Consultó la ampolleta del reloj, al que había dado la vuelta al empezar los primeros escarceos de la infantería ligera. Había pasado poco más de un cuarto de hora. Los choques directos no solían durar más, pues por mucho que Homero celebrase las inacabables matanzas de Aquiles junto a las aguas del río Escamandro, el esfuerzo de sostener el escudo en alto y golpear una y otra vez con las armas no se podía mantener mucho tiempo.

Sófocles volvió a ponerse delante de sus hombres y les arengó de nuevo, ahora con más palabrotas y menos retórica. Los macedonios recompusieron su formación; a cambio de ofrecer un frente recto al enemigo, las últimas filas presentaban algunos huecos. Entre los romanos se adelantaron algunos hombres, seguramente capitanes, y exhortaron a sus hombres a la vez que insultaban a los griegos. Uno de ellos se permitió el lujo de orinar mirando hacia la falange como si fuera un perro marcando su territorio. Mientras, los soldados de la reserva y los de la infantería ligera pasaban más jabalinas a los legionarios que habían gastado las suyas en la liza. Antes de lo que Néstor se esperaba, los romanos volvieron a la carga y lanzaron de nuevo los venablos. Esta vez el resultado de su andanada fue aún más letal, porque muchos macedonios habían arrojado sus escudos. Al ver unos cuantos tirados en tierra de nadie Néstor comprendió el motivo: los proyectiles enemigos los habían atravesado de parte a parte y ahora, con una punta de dos palmos asomando por la cara interior, era imposible manejar los escudos sin que el dueño se hiriera con el hierro del venablo. En la primera y en la segunda fila cayeron muchos macedonios, y los romanos aprovecharon ese momento para arremeter de nuevo con las espadas desenvainadas.

—Qué valientes son esos bastardos —mascullo Boeto.

El combate volvió a trabarse entre gritos y gruñidos. El muro de sarisas mostraba ya tantos huecos que los romanos se colaban sin dificultad por ellos. Los macedonios empezaron a perder posiciones palmo a palmo. Los hombres de las últimas filas apenas tenían sitio para bajar las picas; si querían hacerlo, tenían que retroceder, pero cuando intentaban afianzar su posición sus propios compañeros volvían a recular y les hacían tropezar, hasta que llegó el momento en que muchos decidieron tirar las sarisas y desenvainar las espadas.

—Ares no nos sonríe —dijo Boeto.

—Tú lo has dicho.

La formación en bloque de los macedonios se estaba desgajando: los romanos habían penetrado igual que el agua en las grietas de una roca y ahora se expandían como el hielo que acaba resquebrajándola y rompiéndola. Las sarisas caían como espigas cortadas en un trigal. Muchos de los arqueros se habían retirado, pero otros se arrojaron con valor a la refriega para ayudar a sus compañeros. Ahora era difícil distinguir a los combatientes, mezclados como estaban, pues las plumas de los yelmos romanos volaban o caían en la refriega.

La batalla se descompuso en centenares de duelos individuales, y aquí los macedonios estaban en desventaja. Poco a poco iban quedando aislados en pequeños grupos, y algunos se retiraron hacia la ladera, no muy lejos de donde se hallaban Néstor y Boeto. Ahora que los tenía a poco más de treinta pasos, el médico comprendió los problemas de los hoplitas. Seguían luchando con las sarisas rotas, y también con las espadas y las cópides; pero muchos habían perdido los broqueles, y aunque otros aún los conservaban, eran más pequeños que los romanos y tenían que moverlos sin cesar arriba, abajo y a los lados para protegerse. En cambio, los legionarios se agazapaban detrás de sus grandes escudos, avanzaban paso a paso sobre la pierna izquierda y sólo salían de su protección para atacar, hasta que por fin alcanzaban el blanco. Además, sólo lanzaban estocadas, mientras que los griegos intentaban tirar tajos, y al hacerlo levantaban los brazos y los hombros y ofrecían más blanco. Resultaba evidente que para los macedonios la espada era un arma secundaria, mientras que los romanos la esgrimían con maestría y además sabían combatir fuera de formación. Cada vez había menos macedonios, y los romanos aprovechaban para atacar de dos en dos a sus rivales con mortífera eficacia: uno amagaba a la cabeza de un hoplita, el otro le acuchillaba el muslo por detrás y entonces el primero aprovechaba el momento de desconcierto y dolor del rival para seccionarle la yugular.

Los gritos de agonía sonaban cada vez más cerca.

—Estamos en peligro —dijo Boeto.

Néstor se le quedó mirando como si le acabara de despertar de un sueño. Entonces comprendió que no podía seguir siendo observador.

—Tienes razón. ¡Corre!

Saltaron de las piedras y corrieron entre los árboles, dejando atrás el griterío del combate, hasta llegar a una pequeña vereda que bajaba hasta la playa. Néstor pensó que, por malo que fuera el estado de la Anfítrite, mejor sería aventurarse en las olas que esperar a ser masacrados por aquellas máquinas de matar. Aunque con su bastón y su sombrero de paja no tenía mucho aspecto de guerrero, sabía que en el último estadio de una batalla los soldados vencedores, llevados por la ceguera de la matanza

y la sed de sangre, no distinguían a civiles de militares y acuchillaban a todo lo que tuviera dos piernas.

Allí en la playa todo el mundo estaba mirando hacia el mar. La *Anfitrite* había zarpado y se dirigía mar adentro impulsada por sus remos y con todas las velas desplegadas.

—¡Perro traidor! —rugía Calias, mientras los soldados de su guardia enarbolaban los brazos y proferían insultos en todas las lenguas de Sicilia.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó Néstor.

—¡Ese malnacido! Al ver que la batalla iba mal, me ha dicho que yo tenía razón, y que era preferible que todos huyéramos en la nave. —A Calias le temblaba la voz de ira y de miedo.

—No entiendo...

—Ha cogido la única lancha que había en la orilla y se ha ido al barco.

—¿Cómo le habéis dejado?

—Porque el muy bastardo ha dicho que iba a volver con los demás botes y... En ese momento se oyó un grito de batalla, y al levantar la cabeza vieron que entre las dunas aparecían los jinetes romanos blandiendo las lanzas sobre sus cabezas. Mientras observaban la jugada de Hermolao y le maldecían, los guardias de Calias se habían dispersado y ahora ya no tenían tiempo para reagruparse y oponer a la caballería una pared compacta de escudos y lanzas. Algunos salieron al encuentro de los romanos y otros huyeron playa abajo. El escuadrón de caballería se dividió automáticamente en tres pelotones. Uno de ellos se dedicó a perseguir a los fugitivos, a los que alancearon por la espalda sin misericordia como si cazaran liebres. El segundo arrolló a los soldados que pretendieron salirles al paso, y el tercero cabalgó contra el grupo de civiles. Callas salió corriendo hacia el agua, como si pensase encontrar una vía de escape milagrosa en brazos de alguna nereida. Un venablo silbó por el aire y se clavó en sus riñones con un impacto sordo. El cuñado de Agatocles se retorció, cayó de espaldas, partió el astil con su peso y ya no se movió más.

—¡Haced lo mismo que yo! —gritó Néstor.

Quitándose el sombrero para que le vieran bien la cara, se tiró de rodillas al suelo y se puso las manos tras la nuca. Los demás siguieron su ejemplo, pero el secretario de Callas levantó los brazos en cruz.

—¡Bájalos! —le dijo Néstor—. No hagáis ningún movimiento que pueda tentarles. Miradles a la cara, pero con la cabeza gacha.

Los jinetes les rodearon, y algunos empezaron a tocarles con las conteras de las lanzas para hacerles levantar la cabeza, sobre todo a las esclavas. Néstor les observó de reojo. No llevaban armamento pesado, salvo uno de ellos que por la cimera debía ser el jefe del pelotón y llevaba una loriga de cota de malla hasta los muslos.

Si hubiéramos tenido aquí a un escuadrón de Compañeros..., se lamentó. Los

soldados de infantería ligera llegaron poco después. Como le había parecido ver, llevaban pieles de lobo cuyas fauces les cubrían la frente, y algunos de ellos tenían pinturas de guerra en el rostro y los brazos. Jóvenes, ágiles e impacientes, empezaron a atar las manos de los prisioneros y a despojarles de todos los objetos de valor que tenían. Mientras, el jefe de los jinetes desmontó y se acercó a Clea, que en contra de las instrucciones de Néstor se había quedado de pie. «Arrodíllate, insensata», susurró el médico entre dientes, pero no dejó de sentirse admirado por el valor de la muchacha.

—*Me felicem, quam uoloptariam puellulam habemos!* —dijo el romano, acariciando la barbilla de Clea—. *Quod nomen tibei, pailex?*

El romano dio un lirón del broche de la capa y se lo arrancó.

La capa cayó a los pies de Clea, descubriendo la túnica de seda pegada a su cuerpo. A Néstor se le nublaron los ojos, y antes de saber muy bien lo que estaba haciendo se levantó, arremetió contra el romano y lo derribó de un empujón. Entonces notó como si algo le estallara en la cabeza y cayó al suelo de bruces. Pensando que le habían herido se llevó la mano a la sien, pero no encontró sangre. Al levantar la mirada vio a través de una miríada de puntos brillantes que el jinete que le había golpeado con la contera le estaba dando la vuelta a la lanza para usar esta vez la punta de hierro.

—*Noli im tangere!* [5] —restalló una voz.

Cuando el jinete tiró de las riendas e hizo retroceder a su montura con una corveta, Néstor comprendió que había estado en un tris de morir. Había cometido una estupidez al revolverse así contra el oficial. Pero entonces se dio cuenta de algo asombroso. Entendía lo que decían los romanos.

El jefe del pelotón se había felicitado por su suerte al encontrar a una muchacha tan deliciosa, y luego le había preguntado su nombre utilizando un término que no era nada apropiado para ella y que había provocado la ira de Néstor. Y luego alguien más había ordenado al otro jinete que no le tocara.

Que nadie se entere de momento, se dijo.

Los escaramuceros que los rodeaban abrieron un pasillo para dejar pasar al hombre de la cimera roja que había dirigido el ataque de los romanos.

—Levántate —le dijo en griego—. ¿Quiénes sois y qué hacéis aquí?

Néstor pensó si merecía la pena inventarse algo y un segundo después decidió que no.

—Hemos llegado aquí arrastrados por los vientos. No pretendíamos hollar vuestro territorio. Sólo escoltábamos a la noble Agatoclea, hija de Agatocles, que es esta dama a la que tu compañero ha arrancado la capa. Ella es la esposa de Alejandro.

El hombre se acercó a Clea y la contempló con atención, agachando un poco la cabeza y entrelazando las manos a la espalda. Era más alto que la mayoría de sus

hombres, aunque no tanto como Néstor, y de rasgos agraciados: labios carnosos, nariz larga y recta, pómulos altos y ojos oscuros, vivos y curiosos. Pese a que no parecía tener más de treinta años, el pelo le clareaba por la coronilla, y era obvio por la forma de peinarse que aquella calvicie incipiente le molestaba.

—¿Es cierto eso?

—Lo es —contestó Clea, mirándole a la cara, ya sin agachar los ojos.

El romano se agachó para recoger la capa de Clea y él mismo se la colocó sobre los hombres.

—Te ruego que disculpes la torpeza de mi subordinado. —Su griego era perfecto, con unas aspiraciones que no habrían desentonado en el ágora de Atenas—. Los romanos —añadió, mirando al jefe del pelotón, que debía entender algo de griego porque se había sonrojado— sabemos ser feroces en la batalla, pero caballerosos en la victoria. Como tribuno de la Segunda Legión, a partir de este momento estáis a mi cargo. Por favor, considérame tu anfitrión a partir de este momento, noble Agatoclea.

—¿Y cómo debo llamar a mi anfitrión? —respondió la joven en tono ligero, como si se encontrara en el palacio de su padre en Siracusa y no en los aledaños de un campo de batalla. El tribuno abrió los brazos para que un subordinado volviera a ponerle la vistosa capa blanca que se había quitado para el combate. Tras abrochársela y echársela sobre el hombro izquierdo con gesto elegante, contestó:

—Mi nombre es Gayo, y pertenezco a la familia Julia y a la rama de los Césares. Néstor había oído que los romanos eran tan puntillosos con sus linajes y sus árboles genealógicos como los hebreos. Ciertamente, el tribuno había recitado sus nombres con tanto orgullo como si sus ancestros descendieran del propio Zeus.

—¿Cuál de esos nombres he de usar? —preguntó Clea.

—Gayo Julio sonará perfecto en tus labios, mi señora —contestó él con una leve reverencia, no desprovista de cierta ironía que en él no resultaba molesta. Después se volvió hacia Néstor y le miró con curiosidad y un levísimo fruncimiento del ceño—. Tú no tienes estatura ni ojos de griego.

¿Cómo te llamas?

—Néstor, noble tribuno.

—Néstor, ¿qué más?

—Sólo Néstor.

Gayo Julio se frotó la barbilla pensativo, como si tratara de recordar algo.

—Hay un Néstor casi tan famoso como el sabio anciano que aconsejaba a Agamenón durante la guerra de Troya. El Néstor del que yo hablo es el médico personal de Alejandro.

—Soy yo, tribuno.

El gesto del romano cambió. Sin añadir nada, se volvió hacia sus hombres y dio una serie de órdenes en su idioma para llevarse a los prisioneros junto con el botín.

Cuando un soldado hizo ademán de echarse al hombro el baúl de Néstor, éste dijo:

—¡Noble tribuno! Ese arcón es delicado. En él van mis instrumentos de médico. Gayo Julio chasqueó los dedos para indicar al soldado que volviera a dejar el baúl sobre la arena. Después se acercó a Néstor, le cogió por encima del codo y se lo llevó un poco aparte, mientras sus hombres reunían a los prisioneros en una especie de recua.

—¿Es verdad que le salvaste la vida a Alejandro cuando lo envenenaron?

—En realidad...

—No finjas modestia. Dime la verdad. ¿Lo hiciste?

—Habría muerto si yo no llego a tiempo a Babilonia.

—¿Y también es verdad que abriste el vientre de su esposa egipcia para alumbrar a sus dos hijos, y que tanto ella como los mellizos sobrevivieron?

Néstor enarcó las cejas, sorprendido. Las noticias habían llegado de Alejandría incluso antes que él. Aquello había sido tan sólo un mes antes. El espionaje de los romanos no tenía mucho que envidiarle al de los cartagineses.

—¿Es verdad? —insistió el tribuno.

—Sí.

Gayo se le acercó aún más. A Néstor no le gustaba oler el aliento de la gente, pero el tribuno tenía los dientes limpios y espiraba un hálito fresco que le recordaba al de Alejandro.

—Cuando salí de Roma, mi hermana pequeña estaba muy enferma. Ayer recibí una carta en la que me dicen que ya la dan por muerta. ¿Tú podrías hacer algo por ella?

—No te lo puedo decir. Desconozco su mal.

—Se cayó de un árbol y se golpeó en la cabeza. Al principio no pasó nada, pero luego empezó a tener convulsiones, fiebres... Vomita mucho y está cada vez más delgada.

—¿Cuántos años tiene?

—Seis.

—Hmm. —Néstor ya se hacía idea de qué podía tratarse—. Si estuviera en Roma...

—*Estarás* en Roma. Sabes bien que sois mis prisioneros.

—No puedo prometer nada. Pero tal vez no sea imposible salvarla. Gayo Julio le palmeó el hombro.

—Eso es todo lo que quiero oír. No te pediré milagros, médico. —Volvió a entrecerrar los ojos, pero esta vez miró hacia el mar y dijo—: He oído decir que en la lejana Thule queman a los grandes guerreros dentro de sus barcos. Ese monstruo marino que os ha traído podría haber sido una pira funeraria digna del propio Alejandro.

Néstor se volvió. La *Anfitrite* se hallaba ya casi en el horizonte. Las velas de sus tres palos estaban ardiendo, y también brotaban llamas de la cubierta. Ahora comprendió qué había querido decir Hermolao. «Mi primera misión es proteger la *Anfitrite*.» El secreto de aquella nave no podía caer en manos de los romanos. Su huida no había sido ninguna traición, sino un sacrificio; y si había insistido en dejarles en tierra era para evitar que murieran. ¿Cuántos tripulantes tenía la nave, entre marineros y remeros? ¿Mil?

La guerra de Alejandro contra Roma empezaba a cobrarse sus primeras víctimas.

LOS CABALLEROS DE AHURA MAZDA

He oído decir que si se moja una rama con agua de este río se convierte en piedra —dijo Gavanes, señalando al Sílaris, que corría a la izquierda de los jinetes. Perdicas soltó la carcajada.

—¡Bah! Seguramente alguien empezó diciendo que sus aguas eran buenas para curar la impotencia, y de ahí se inventaron lo de que el palo se convierte en piedra. Gavanes, sobrino de Perdicas, frunció el ceño con cara de no entender. Ligio, el oficial macedonio que cabalgaba a su lado, se lo explicó. Gavanes enrojeció un poco, no por la alusión sexual, ya que se había criado en Orestis escuchando todo tipo de comentarios soeces, sino avergonzado de no haber caído en la cuenta. Perdicas sonrió. De joven le ocurría igual cuando estaba con los veteranos como Parmenión, Leónidas o el propio Filipo: tenía tanto afán de serles simpático y mostrarse digno de su compañía que se ponía nervioso, se aturullaba y acababa tartamudeando sinsentidos.

Tras ellos cabalgaban doscientos jinetes que Perdicas había traído de Macedonia, jóvenes recién ascendidos a la caballería de los Compañeros que estaban deseando entrar en acción, más trescientos soldados de infantería que venían montados a lomos de otros tantos caballos de remonta. De ellos, la mitad eran griegos de Italia que les habían servido de guías e intérpretes en su viaje desde Brentesio, en el tacón de la península, hasta Posidonia. Por el camino habían dado más de un rodeo, pues Alejandro les había encomendado la misión de buscar pactos y alianzas con las tribus de la zona. Entre la costa oriental y la occidental se extendía una región agreste que, por no despear a los caballos, habían tenido que recorrer a pie en su mayor parte, siempre atentos a las emboscadas. Los lucanos, brutios y samnitas que habitaban aquellos montes eran guerreros duros, desconfiados y traicioneros por naturaleza; no muy distintos de los propios macedonios antes de Filipo, cuando eran poco más que unos bárbaros acosados por los vecinos y arrinconados en sus montañas y sus estrechas torrenteras.

Algunos de esos pueblos, al saber que pretendían hacer la guerra contra Roma, les habían brindado hospitalidad e incluso les habían prometido tropas. Perdicas les había pedido que esperaran. De momento, Alejandro no quería en su ejército tropas italianas que no hablaran griego. En la fortaleza samnita de Venusia, el magistrado local, un anciano llamado Lamponio, les había dicho:

—Tened mucho cuidado con los romanos. Son mezquinos y avaros, y no tienen muchas luces, pero son muy testarudos y acaban consiguiendo todo lo que se

proponen. Si tienen que horadar un monte para vaciar un lago, lo hacen aunque tengan que cavar veinte estadios de roca dura. Ni las montañas se les resisten.

—Tampoco se le resisten a nuestro señor Alejandro —había respondido Gavanes con orgullo. El samnita meneó la cabeza.

—Aún así decidle que no se confíe. Las legiones romanas son un hueso duro de roer y no sería vuestro rey el primero que se queda sin dientes al morderlo.

—Los derrotará.

—Derrotarlos no sirve de nada, porque se niegan a rendirse, e incluso a reconocer la derrota. Lo único que podéis hacer con ellos es aniquilarlos, derribar sus casas y sus murallas y echar sal en la tierra para que no vuelva a crecer nada allí. De lo contrario, se levantarán y volverán contra vosotros.

Ahora, tras dejar por fin las montañas, agradecían cabalgar de nuevo a la vista del mar. Perdicas clavó la rodilla en su caballo, que giró hacia la izquierda, alejándose del río, y los demás le siguieron.

El campamento macedonio no tardó en aparecer a la vista, una ciudad sembrada de tiendas y gallardetes de todos los colores que se extendía a lo largo de la costa. En vez de entrar en él, siguieron cabalgando hacia el sur, donde se divisaban ya las murallas de Posidonia. Se cruzaron con varias patrullas de exploradores, mensajeros y forrajeadores que les gritaban alegremente al pasar e intercambiaban chanzas con ellos. Al levantar en alto su lanza de cornejo para saludarles, Perdicas sintió que se le erizaba el vello del antebrazo. ¡De nuevo en una guerra de conquista! Como la mayor parte del ejército, estaba harto de combatir una y otra vez contra los mismos enemigos para evitar que se volvieran a rebelar.

—Espero que esos romanos sean al menos la mitad de duros de lo que nos han dicho —comentó Ligio, como si le hubiera leído la mente.

Siguieron cabalgando en paralelo al mar. Entre ellos y el campamento macedonio se extendían unos trigales que, ya segados, servían ahora como terreno de maniobras. Varias compañías de sarisas, que por los estandartes debían de pertenecer al batallón de Elimiótide, practicaban variaciones, avances en cuadro, rombo y rectángulo y despliegues en ocho y en dieciséis filas, todo ello al son de las trompetas y las flautas dobles. Un poco más allá, los arqueros cretenses disparaban sus flechas contra dianas de paja y espantapájaros de mimbre, y los honderos rodios destrozaban vasijas viejas puestas sobre los bardales de las tapias.

La formación de Compañeros giró a la izquierda y entró en el campamento entre saludos y aclamaciones de aquellos que reconocían a Perdicas. El general se volvió hacia Ligio.

—Encárgate tú de repartir a los hombres. Y que mi sobrino no se pierda al menos antes de anochecer —añadió, palmeando la espalda de Gavanes.

—¿Vas a presentarte ante Alejandro? —le preguntó el joven, con los ojos

brillantes de emoción.

—¿Lleno de polvo y apestando a sudor de yegua? Ni lo sueñes, sobrino. ¡Nos veremos mañana!

Perdicas, seguido tan sólo por un asistente, se dirigió hacia la puerta norte de la ciudad. Allí el oficial de guardia, un paisano de Orestis, le informó de que el barco de su esposa había llegado la víspera. Estaba alojada en casa de una viuda rica llamada Timandra, no muy lejos del ágora y el edificio del buleuterión.

Guiado por un recadero, Perdicas atravesó la calle principal de la ciudad sin desmontar del caballo. Él mismo se sorprendió al darse cuenta de que el corazón le palpitaba de alegría ante la expectativa de ver a su esposa. Las cosas habían cambiado mucho desde Babilonia. Al principio, cuando su intento de envenenar al rey fracasó, Perdicas pensó que las culpas y el miedo de ser descubierto iban a matarlo. Pero Alejandro sentía tal aborrecimiento por Casandro y desconfiaba tanto de Antípatro que había aceptado gustoso la historia confesada por Nina bajo los garfios de tortura, salvo en la parte en que implicaba a Aristóteles. Las sospechas no habían llegado a rozar tan siquiera a Perdicas ni a Roxana. Además, durante el primer mes Perdicas apenas había visto a Alejandro, que pasaba la mayor parte de su tiempo con Néstor.

Que se lo llevaran Empusa y Lamia, pero había que reconocer que el médico había hecho un buen trabajo con Alejandro. En un mes había conseguido que abandonara el vino, hasta el punto de que ya no lo cataba ni en los sacrificios a Dionisio. Conforme se desintoxicaba, Alejandro fue recuperando ciertas dosis de sentido común y dejó de ser un peligro para sus propios amigos. Sin renunciar a sus planes de conquistar todo el orbe conocido, decidió al menos que debía sentarse a programar sus movimientos con la misma previsión y meticulosidad de antaño. Cuando la flota partió hacia Arabia, ya no se trataba de aquella locura megalómana que había concebido al entrar en Babilonia, mil barcos y cien mil hombres que no habrían encontrado alimentos ni agua potable en ninguna parte, sino una expedición de tamaño razonable. Además, abandonó la idea de viajar personalmente con la flota exploradora, pues comprendía que no podía ausentarse más de un año del corazón del imperio, y menos cuando aún tenía que arreglar cuentas con Casandro y Antípatro en la propia Macedonia.

Al saber que Alejandro no iba, Perdicas vio que las puertas del Olimpo se abrían ante él y se presentó voluntario a la expedición. Era la mejor manera de alejarse durante un tiempo del rey, de otros generales que habrían podido sospechar de él y, sobre todo, de Roxana, que no hacía más que enviarle mensajes amenazantes para apremiarle a que volviera a verla. La expedición de Arabia había sido un viaje de mil demonios, quince meses en los que sufrieron penalidades sin cuento, perdieron la tercera parte de los hombres y los barcos y recorrieron las costas más desiertas y agrestes que Perdicas había visto en su vida, aunque Nearco le aseguró que las costas

de Gedrosia y Carmania eran aún peores. También habían encontrado parajes de una belleza increíble y como compensación habían traído miles de talentos de plantas aromáticas que valían casi su precio en oro.

Cuando Perdicas volvió a encontrarse con el rey en Alejandría, casi un año y medio después, se sorprendió al descubrir en sí mismo una alegría sincera, y aún más al saber que había dejado a Roxana en Susa. Por su abnegación al ofrecerse voluntario a circunnavegar Arabia, Alejandro le ofreció la mano de su propia hermana Cleopatra, una recompensa que Perdicas había deseado desde que era joven y a la que ya había renunciado.

El guía le señaló que habían llegado ya a la casa. Perdicas desmontó y entró al vestíbulo. Allí estaba su esposa, supervisando las tareas de los criados que colocaban tapices, candelabros y trípodes de bronce.

—¡Cleopatra! —exclamó Perdicas.

La hermana de Alejandro se volvió al oír su voz, abrió sus enormes ojos turquesa y olvidándose por un momento de todo protocolo acudió corriendo a su encuentro.

—¡Has venido a verme a mí primero! —le dijo, abrazándole con fuerza—. Alejandro te va a echar un buen rapapolvo.

Perdicas la apartó con gentileza.

—Estoy muy sucio. No quiero que te manches ese vestido tan bonito. Detrás de Cleopatra venía una mujer de unos sesenta años, regordeta y de cabellos grises, que se presentó como Timandra. Perdicas le agradeció su hospitalidad, aunque sabía que sólo en parte era voluntaria. Toda Posidonia era una ciudad tomada por los generales y oficiales macedonios, y por lo que le habían contado buena parte de la aristocracia local les había cedido sus casas y se había trasladado más al sur, a Velia.

Cleopatra misma lo llevó de la mano al baño, y cuando las esclavas terminaron de llenar la gran tina con agua caliente las despidió. Mientras le ayudaba a quitarse la ropa, ambos se pusieron al corriente sobre lo que había ocurrido durante su separación, casi dos meses atrás. Perdicas se metió en el agua y suspiró de placer mientras ella le frotaba la espalda.

—Debería regañarte por haber venido —dijo, con los ojos cerrados—. Sería mejor que te hubieses quedado en Pela. Éste es un campamento militar.

—Ya perdí a un marido en estas tierras. No estoy dispuesta a que me vuelva a pasar. Cleopatra había estado casada con Alejandro de Epiro, su propio tío, el primer rey griego que había plantado el pie en Italia para morir poco después en el campo de batalla.

—Además —añadió ella—, si mi hermano está aquí es porque piensa convertir este país en una segunda Macedonia. Y quiero que Neoptólemo esté cerca de él y aprenda a comportarse como un futuro rey.

—¿Te has traído a los niños?

—No pretenderías que los dejara en Macedonia con la intrigante de su abuela. Quiero que reciban ejemplos mejores que los de mi madre.

Perdicas abrió los ojos y torció el cuello hacia atrás.

—¿Olimpia está en Pela? Yo la dejé en el Epiro. ¿Qué demonios hace en...?

Cleopatra le tapó la boca con una mano, y con la otra se soltó los broches de la túnica. Un segundo después estaba dentro de la bañera.

Después de hacer el amor, ella se quedó un rato sentada sobre su regazo, chapoteando en el agua como una niña. Al verla sonreír, Perdicas la abrazó y se apretó contra ella.

—¿Eres feliz? —le dijo Cleopatra.

—Qué preguntas haces —respondió él, separándose de su cuerpo lo justo para poder hablar—. Claro que lo soy. Gracias a ti.

—Sabes a qué me refiero. Tú nunca estás satisfecho del todo, Perdicas.

—¿Debería estarlo? Un hombre que se precie ha de ser ambicioso.

—Pero no tanto. Deberías conformarte más con lo que tienes. Pertenecemos a la clase que gobierna Macedonia y disfrutamos de privilegios que no están al alcance de los demás. Mientras otros andan bajo el sol enrollando balas de heno para las vacas, tú estás aquí, bañándote desnudo con tu esposa. No necesitas doblar el espinazo para vivir.

—¡Faltaría más!

—No me entiendes. Estamos muy por encima de las miserias del pueblo y somos el espejo en el que ellos se miran. Somos bienaventurados, Perdicas. Sólo los dioses viven mejor que nosotros. Tenemos que aprovechar nuestra felicidad ahora que aún nos queda juventud. Deja que sea mi hermano Alejandro quien anhele y ambicione más por todos nosotros.

—¿Juventud? Habla por ti. Yo ya tengo cuarenta y tres años. Ella le pellizcó el vientre, que seguía plano, y después le acarició más abajo.

—Yo diría que estoy tocando a un hombre joven. ¿Por qué crees que no dejo que te bañen ni te vistan las esclavas?

Perdicas pensó en lo sensata que era su esposa. Viéndola así, delgada, más bien baja y con una mirada tan dulce y serena, nadie sospecharía que había gobernado el reino del Epiro durante diez años y que había sofocado con mano de acero todos los intentos de sublevación de los levantiscos barones de las montañas. De uno de esos barones se contaba que había ido a cazar ciervos con Cleopatra con la intención de que sufriera un accidente, un recurso antiguo y muy eficaz para solucionar problemas políticos y dinásticos. Misteriosamente, fue él quien volvió boca abajo, arrastrado en unas angarillas y con una flecha asomándole por la nuca. Perdicas nunca había conseguido que su esposa le contara la verdad de aquella historia, pero conociendo su puntería con el arco no necesitaba hacer demasiadas conjeturas.

Volvió a apretarse contra ella, y entonces reparó en algo. Los pechos de Cleopatra, pequeños y duros, estaban más hinchados que de costumbre. Le palpó la cintura y el vientre y le dijo:

—No estarás embarazada...

Ella asintió.

—¿Cómo ha podido ser?

Cleopatra se rió y le revolvió el pelo.

—Ay, ¿y me lo preguntas tú, Cabeza de Plata? —le dijo, utilizando un apodo que sabía que le molestaba. Desde Babilonia, el cabello de Perdicas había encanecido de golpe. Si ése era todo el castigo que debía pagar para saldar su culpa, lo daba por bueno.

—No me refiero a eso. Sabes que ya no...

—Chssss. No te preocupes. No pasará nada. En cuanto llegue Néstor atenderá mi gestación.

¿Sabes que le abrió el vientre a la egipcia y le sacó dos niños? Y los tres están bien.

—No tenía ni idea.

Aún así, Perdicas estaba preocupado. Aunque parecía más joven, Cleopatra ya tenía treinta y seis años. Había sido madre tres veces, dos de Alejandro y una de él mismo, y los tres niños estaban vivos. Demasiado tentar al destino y a Ilitía. Perdicas no tenía hijos varones, pero había adoptado a Neoptólemo, de modo que legalmente ya tenía un primogénito, y con la pequeña Berenice le bastaba para satisfacer sus instintos paternales.

Se quedó mirando a Cleopatra, sin decir nada. No era tan arrebatadora como Roxana, ni poseía la inquietante belleza de su madre Olimpia, que con casi sesenta años seguía siendo atractiva y peligrosa a partes iguales. Pero a él se le antojaba acogedora y familiar como una cabaña cálida en la montañosa Orestis, como un fuego encendido en una noche de invierno mientras alrededor aúllan los lobos que bajan hambrientos de las cumbres.

—Se te están arrugando las yemas de los dedos —le dijo ella—. Si te presentas así ante mi hermano, sabrá que te has estado entregando a la molicie.

Tras salir del baño, Perdicas se puso una túnica blanca y sobre ella un faldar y una coraza de cuero repujado. De vuelta al atrio, la criada que cuidaba a los niños los trajo para que saludaran al general. Primero se acercó Neoptólemo, un muchacho que a sus nueve años sonreía pocas veces, lo contemplaba todo con la mirada grave de un filósofo y estaba obsesionado con la muerte. Perdicas esperaba que tal preocupación no significara futura cobardía en el campo de batalla; para un príncipe macedonio no podía haber mayor pecado.

—¿Has cuidado bien de tu madre? —le preguntó Perdicas, apretándole ambos

hombros.

—Sí, padre —respondió él muy serio.

Al casarse con Cleopatra, Perdicas había adoptado legalmente a los dos hijos de su difunto marido. Ahora se acercó Cadmia, que tenía ocho años y había nacido ya después de la muerte de su padre, una preciosidad de cabellos rubios como su tío Alejandro y ojos azules como su madre, que llevaba de la mano a su hermanastra Berenice. Perdicas le dio un beso a Cadmia y luego cogió en brazos a Berenice. Todo el mundo decía que era su viva imagen, aunque Perdicas no era bueno sacando parecidos entre una niña de tres años y un hombre ya adulto como él.

—¿Has visto a *Argo*, papá? —le dijo la niña con su media lengua. Un cachorro de perro que no debía tener más de un mes vino correteando torpemente hacia ellos. Perdicas se agachó y acarició el lomo de aquella bolita de pelo pardo con el hocico negro.

—Es muy bonito, Berenice.

En ese momento sonaron unos trompetazos en el exterior, acompañados por aplausos y aclamaciones. Aún con su hija en brazos, Perdicas salió a la puerta de la casa, seguido por Cleopatra, los otros dos niños y varios esclavos que querían curiosear. Por la amplia avenida que venía desde el templo de Atenea bajaba una espectacular cabalgata. Formados de cuatro en fondo, varios cientos de caballeros desfilaban cubiertos con pesados blindajes. Muchos cubrían sus cuerpos con cotas de malla, otros con corazas de placas de hierro o de bronce, o con ambas piezas a la vez, y bajo los yelmos empenachados llevaban alpartaces de anillos metálicos entretejidos. En los brazos y las piernas llevaban laureas segmentadas y unidas de tal forma que pudieran doblar las articulaciones, e incluso sus manos y sus pies iban protegidos por guanteletes y botas de metal. Puesto que con tal armadura no necesitaban cargar con un escudo, su arma ofensiva era una pesada lanza que empuñaban con ambas manos, y de sus cintos colgaban espadas largas, mazas o hachas por si la lanza se rompía.

Pero lo que más llamaba la atención de aquellos jinetes eran los caballos, unos animales de gran alzada y muy robustos. Tenían que serlo, pues no sólo cargaban con el peso de sus jinetes, sino también con el de sus propios blindajes. Estaban provistos de gruesos petos de fieltro recubiertos con lamas de bronce que les llegaban hasta los corvejones y se unían con las testeras de placas que les protegían la cabeza.

—¿Quiénes son? —preguntó Cleopatra, agarrando de la mano a su esposo.

—Catafractos —respondió él—. Son nobles partos y bactrianos. Los caballos que montan son niseos y turanios, los más grandes del mundo.

—Pero no son más grandes que *Amauro* —dijo Neoptólemo, refiriéndose al corcel negro de Alejandro.

Perdicas le miró de reojo. No le gustaba la adoración con la que el niño hablaba de su tío.

—*Amauro* también es un caballo niseano —le explicó—. Se lo regaló su suegro Oxiartes. Los jinetes seguían desfilando entre comentarios de admiración de la gente que se alineaba a ambos lados de la calle. Habían pulido a conciencia sus armaduras, y las lamas de los petos de los caballos refulgían como oro. Aunque marchaban en silencio, el estrépito de miles de piezas de metal al entrechocar recordaba al repicar de una herrería. Sobre sus largas lanzas ondeaban estandartes con la estrella de Alejandro, pero también con el disco solar alado de Ahura Mazda y otros blasones orientales.

—¿Los catafractos pueden a los Compañeros? —preguntó Neoptólemo.

—De ninguna manera —respondió Perdicas—. Esos caballeros son más vistosos que eficaces. Sus corceles son muy fuertes, pero ten en cuenta que cargan casi con diez talentos de peso entre el jinete y su propia armadura. Ponlos a correr más de cuatro estadios y verás qué pronto se caen de bruces con la lengua fuera.

Con todo, Perdicas debía reconocer que el espectáculo que brindaban aquellos guerreros del Este era impresionante. Ignoraba que Alejandro había decidido recurrir a aquel refuerzo, pero sospechaba que se lo reservaba para asestar un golpe psicológico a la infantería enemiga cuando llegara el momento.

Los vítores se reduplicaron. En el centro de la formación venían cuatro caballeros montados en corceles gigantescos cuyas testeras estaban rematadas con cuernos de metal que los hacían parecer bestias mitológicas, y las armaduras de sus jinetes brillaban aún más espléndidas que las de los demás catafractos. Entre ellos, a cabeza descubierta y saludando a la multitud que se había congregado en la avenida, venía Oxibaces, hijo del sátrapa Oxiartes, a quien Perdicas no veía desde hacía muchos años.

Pero las mayores aclamaciones se las llevó una mujer que cabalgaba a lomos de un hermoso caballo blanco con las crines trenzadas. Su capa, recamada con millares de lentejuelas de oro, caía sobre las ancas del corcel, pero no era aquella ostentosa prenda lo que atraía las miradas de los vecinos de Posidonia, sino la espectacular belleza de la propia mujer.

—¿Quién es? —preguntó Cleopatra.

Perdicas, sintiendo que un reguero de sudor frío le resbalaba por la espalda, contestó:

—Roxana.

Aunque había hablado casi en susurros, la bactriana se volvió hacia él como si hubiera oído sus palabras. Subido a los escalones de la entrada, los ojos de Perdicas quedaban casi a la altura de los de Roxana. Ella le sonrió y sus dientes blanquísimos brillaron fugazmente contra su rostro moreno. Perdicas comprendió entonces que el encanecimiento de sus cabellos no había bastado para aplacar a las Erinias. Su pasado había vuelto a él allí, en Posidonia.

CAMINO DE ROMA

Al día siguiente de la batalla del monte Circeo, Gayo Julio ofreció un sacrificio a Fortuna Victrix. Después de serle esquiva mucho tiempo, la divinidad le había sonreído brindándole la oportunidad de derrotar a las tropas macedonias justo la víspera del día en que expiraba su turno de mando en la Segunda Legión. El tribuno, que no creía en las casualidades, veía en lo sucedido el mensaje evidente de que su suerte iba a mejorar.

Gayo también inmoló una paloma a Venus, la diosa de la que procedía su familia. Por las tradiciones que en su casa se pasaban de padres a hijos, siempre había sabido que las raíces de su linaje se remontaban a los nebulosos tiempos de Alba, la mítica ciudad de la que partieron los gemelos para fundar Roma. Cuando su hermana Julia y él eran niños, su padre cogía una vara verde de abedul y les tomaba la lección.

—¿Cuál es el nombre de vuestro abuelo?

—Numerio Julio César.

—¿Y el de su padre?

—Gayo Julio César.

—¿Y el de su padre?

—Numerio Julio César.

—¿Y el de su padre?

—Sexto Julio César, el primero que se ganó ese *cognomen.*

—¿Y el de su padre?

—Numerio Julio Julo.

Y así seguían hasta que uno de los dos se equivocaba y su padre le pegaba con la vara en los nudillos, lo que provocaba grandes carcajadas del hermano que había acertado. Normalmente no cometían fallos hasta remontarse a la duodécima generación, pero con el tiempo se las aprendieron todas hasta llegar a Julo, que había vivido casi setecientos años antes que ellos y era el primero de su estirpe.

Mas ahí no terminaba su linaje. Según Timeo, un historiador siciliano que llevaba un par de años estudiando los templos y archivos de Roma y de varias ciudades latinas y etruscas, y de paso sacándoles los cuartos a algunos patricios a cambio de verter miel en sus oídos, aún había más. Aseguraba el tal Timeo que Julo, fundador de la *gens* Julia, era tan sólo otro nombre de Ascanio, primogénito de Eneas, único héroe que había sobrevivido al saqueo de Troya. Y como Eneas era a su vez hijo de Venus, eso significaba que el propio Gayo era un remoto tataranieto de la diosa. Durante los primeros años de la República, el linaje de Gayo había dado muchos

ilustres magistrados a Roma, pero hacía más de un siglo que ningún Julio inscribía su nombre en los Fastos Consulares. Ahora, el tribuno le prometió a Venus:

—Las cosas van a cambiar, madre. Mi hora ha llegado.

—La diosa está satisfecha —declaró el arúspice cuando terminó de examinar las entrañas de la víctima, tarea rápida dado su exiguo tamaño.

Tras los sacrificios, Gayo ultimó los preparativos para la partida hacia Roma. Ya lo había organizado casi todo el día anterior, aprovechando que aún conservaba el *imperium*. Mientras el gigantesco barco de dos cascos y tres mástiles terminaba de arder y se hundía en el horizonte, empezaron a llegar a la playa decenas de náufragos exhaustos, junto con los cadáveres de quienes no habían conseguido nadar tanta distancia. Los legionarios fueron capturando a los supervivientes y los reunieron con el resto de los prisioneros. Entre los remeros del barco y los soldados macedonios que habían sobrevivido a la batalla, Gayo se había encontrado con más de doscientos cautivos. Con todo, eran muchos más los muertos; según habían declarado varios prisioneros, en la nave que los había llevado hasta el Circeo viajaban casi dos mil personas. Gayo tenía prisa por volver a Roma. No podía ser casual que el médico más célebre del orbe hubiese caído en sus manos dos días después de que la carta de Julia le informase de que Lila estaba cada vez peor. Era evidente que se trataba de un mensaje del destino. Pero Gayo sabía que debía poner de su parte todo lo posible y llegar a la ciudad antes de que su hermana pequeña muriese. Tras atravesar los pantanos, rodeados por nubes de mosquitos que no dejaban de atosigarlos, llegaron a la Vía Junia a la hora del almuerzo. Allí Gayo se reunió con Apio Claudio y le traspasó el *imperium*. Su colega en el tribunado escuchó el relato de la batalla con una envidia que no se molestó en disimular, y después le preguntó en tono seco por qué no había esperado a recibir refuerzos.

—Porque eso habría supuesto cederte el mando a ti, mi querido Claudio —contestó Gayo, dándole una sonora palmada en el peto—, y conociéndote habrías vuelto sin prisioneros macedonios, sin soldados y hasta sin caballo. Ahora, procura no meterte en batallas en estos dos meses y todo irá bien.

Claudio le miró con rabia, pero no dijo nada. Su ineptitud como comandante era la comidilla de la Segunda Legión, y él mismo era dolorosamente consciente de que ni siquiera sabía organizar un manípulo para la batalla con un mínimo de eficiencia.

Gayo le confió la mayor parte de los prisioneros para que los pusiera a trabajar en las obras de la Vía Junia, no sin antes anotar los nombres de todos ellos. Como vencedor de la batalla tenía derecho al expolio, aunque sabía que eso le traería quebraderos de cabeza con el cónsul Bubulco Bruto, que estaba al mando de la Segunda Legión. Pero se había jurado a sí mismo que, si pretendía quitarle el botín, Bubulco tendría que arrebatárselo de sus dedos muertos. Una vez vendidos los esclavos, la intención de Gayo era repartir un tercio del precio obtenido entre los

soldados que habían participado en la batalla, entregar otro tercio al erario de Roma y reservarse para sí el resto. Sabía que no debía demorar demasiado la venta. Calculaba que ahora podría sacar por cabeza unas doscientas didracmas de plata de Neápolis, pues había dado orden a sus hombres de no admitir los engorrosos ases fundidos con bronce romano. Pero cuando empezara de verdad la guerra contra Alejandro habría miles y miles de cautivos y los precios bajarían. Gayo, conociendo la proverbial agresividad del rey macedonio, estaba seguro de que dicha guerra iba a estallar más temprano que tarde.

Las presas más suculentas las reservó para sí y se las llevó a Roma bajo la custodia de una centuria de astados, otra de triarios y una decuria de caballería. Había escogido a los diez macedonios más altos y gallardos de entre los supervivientes de la batalla para exhibirlos al llegar a Roma, y, por supuesto, a la joven siracusana y sus esclavas. Aquello sí que iba a ser un golpe de efecto. «Allá va Gayo Julio —dirían— el hombre que guarda en su poder a la esposa de Alejandro.»

Lástima que el rey tuviese cuatro esposas más, lo que rebajaba un tanto el valor de su presa; si nadie lo preguntaba en Roma, no sería él quien lo dijera.

Pero para él la pieza más valiosa era Néstor. Se había convencido a sí mismo de que el médico le iba a traer buena suerte, de que iba a ser su talismán del mismo modo que lo había sido para Alejandro. Sólo necesitaba recibir una señal más de los dioses. *Si ese hombre salva a Lila*, se decía mientras cabalgaba hacia Roma, *quiere decir que todo irá bien a partir de ahora.*

Que todo fuera bien para Gayo significaba colmar sus ambiciones. No era un empeño minúsculo, ya que aspiraba a lo máximo que un romano podía alcanzar: convertirse en el primer ciudadano de la República. Debido a la decadencia de su gens, Gayo no poseía los recursos necesarios para labrarse una reputación entre sus compañeros patricios ni tampoco entre los plebeyos. Sin las riquezas o las extensas fincas que poseía, por ejemplo, su cuñado Escipión, no podía celebrar fiestas tan espléndidas como él, y era ofreciendo esos banquetes multitudinarios como se podía granjear la reputación de gran hombre que necesitaba para medrar.

Otra forma de ascender era convertirse en patrono de un ejército de clientes, como Papirio, al que muchos senadores postulaban como dictador para dirigir la guerra contra Alejandro. Pero los clientes que Gayo había heredado de su abuelo y de su padre eran escasos y de poca influencia.

La única posibilidad que le quedaba para encaramarse a lo más alto de la República era demostrar su valía en el campo de batalla. Mas también era tarea complicada, ya que para asumir el mando de una legión tenía que convertirse en cónsul, cargo que resultaba prohibitivo para sus arcas. A veces, cuando pensaba que su única forma de llegar a cónsul era obtener una gran victoria y que para alcanzar esa victoria tenía que ser cónsul antes, se encerraba en su alcoba y lloraba de rabia

mordiendo la almohada y maldiciendo el círculo vicioso en el que le había encerrado el destino.

Lo que más le desesperaba era saber que había nacido para la guerra. Lo había descubierto en la escuela más dura para los jóvenes romanos, la calle, donde a fuerza de golpes y pedradas aprendían la agresividad y el talante competitivo que ya no les abandonaban hasta la tumba. Cuando peleaba contra los demás niños del Argileto con espadas de madera y escudos de mimbre, ya era el más hábil en la esgrima y el más astuto en las tácticas. A los ocho años se había convertido en el cabecilla de todos, incluidos chicos plebeyos que le sacaban cuatro años de edad y un palmo de estatura, y con ese pequeño ejército había derrotado en una batalla épica a los del barrio de la Subura, que presumían de ser los más duros de Roma. En casa, mientras su hermana y sus primos jugaban en el patio, él escuchaba sin pestañear las conversaciones de su padre, su abuelo y sus tíos sobre las campañas contra latinos, etruscos y samnitas, y los primeros textos que había leído con su maestro de griego no habían sido los versos de Homero ni las tragedias de Sófocles, sino los tratados militares y políticos de Tucídides y Jenofonte.

Quitando el de ayer, que apenas había empezado a paladear, el día más feliz de su vida había sido cuando lo reclutaron a los diecisiete años. Aunque como patricio de las primeras centurias servía en la caballería, durante las dos primeras campañas empuñó el *pilum*, el escudo y la espada para conocer las destrezas y sensaciones de la infantería de línea y después poder mandarla en combate. Había sobrellevado de buen grado las novatadas de los compañeros, las pullas de los instructores y la severidad de los centuriones. Mientras que para sus amigos patricios las marchas de treinta y cuarenta millas eran muestra de cuánto les odiaban los mandos, sobre todo si eran plebeyos, Gayo Julio se las tomaba como excursiones que le servían para poner a punto su cuerpo y de paso estudiar el terreno. Tenía una intuición nata para captar las ventajas y desventajas tácticas y estratégicas de cualquier lugar que atravesara. En cada monte sopesaba dónde podía repartir arqueros para cubrir el camino y rorarios de infantería ligera para apoyarlos, en los bosques apostaba imaginarias patrullas de caballería y en cualquier terreno llano hacía cálculos de cómo desplegar mejor una legión. Cuando le tocaba mandar a los demás en los ejercicios de instrucción actuaba con rapidez, dejándose llevar por el instinto. Si alguna vez cruzaba un río por un vado demasiado caudaloso o se adentraba en una vaguada sin haber dominado las alturas, en vez de quedarse bloqueado y recriminarse su torpeza, como hacían tantos de sus compañeros, actuaba cuanto antes para arreglar el error, convencido de que Belona le sonreiría.

Gracias a todo eso había conseguido que lo eligieran tribuno por primera vez a los veinticinco años. Aquél, hasta ahora, había sido su gran momento de gloria. Por desgracia, su carrera apenas había avanzado desde su primer tribunado. Gracias a su

amistad y su parentesco político con Escipión había conseguido que los censores le inscribieran en el Senado, pero, ¿qué podía hacer en él? No mucho antes de morir, su padre había vendido una de las últimas fincas para pagar las lecciones de Euríloco, un maestro ateniense de oratoria diplomado en la escuela del centenario Isócrates. Pero, aunque Gayo había aprovechado de sobra las clases y había adaptado los recursos y las figuras retóricas del griego al latín, aquellas enseñanzas servían de poco a un simple senador pedario que aún no tenía derecho a tomar la palabra ante los padres y conscriptos. Sin el patrimonio necesario para acceder a la élite que dominaba Roma, ni siquiera se había presentado a cuestor tras cumplir las diez campañas militares reglamentarias. La cuestura era el primer escalón en la carrera de las magistraturas que conducía hasta el consulado, pero por el momento Gayo había renunciado a ella, ya que la idea de perder unas elecciones le resultaba insoportable. ¡A sus treinta años, mendigando un cargo como el de cuestor, cuando a esa edad Alejandro ya había conquistado medio mundo!

Pero, después de darle la espalda tanto tiempo, Fortuna le había sonreído con aquel golpe de suerte: encontrarse en las Ciénagas Pontinas vigilando las obras de la Vía Junia con un destacamento de la Segunda Legión en el momento preciso para convertirse en el primer romano que se enfrentaba a las tropas del rey macedonio. Y Gayo, que consideraba que en la milicia no había peores pecados que la duda y la inacción, había sabido aprovechar su oportunidad.

«De Néstor, para Alejandro de Macedonia, hijo de Filipo y Olimpia, rey de Macedonia por la gracia de Zeus, soberano de Persia por la llama de Ahura-Mazda, faraón de Egipto por designio de Amón y todo ese blablablá.

»Escribo esto por la noche, a la luz de la hoguera del campamento donde pernoctamos tras nuestra tercera jornada de viaje. No sé si algún día volveré a verte o si al menos te podré hacer llegar estas líneas. En cualquier caso, tú conoces bien mi obsesión por observarlo y apuntarlo todo para evitar, como diría Heródoto, "que los hechos humanos queden en el olvido". Así que he preferido redactar mis notas en forma de carta por si en algún momento llegan a tus manos y te son de utilidad.

»La verdad, si debo confesarla, es que no lo hago por ese motivo, sino porque fingiendo hablar con alguien organizo mejor mis ideas. Antes de escribir le he pedido permiso al jefe de nuestros captores, Gayo Julio César. Le he dicho que estoy escribiendo una especie de historia natural en la que recopilo datos geográficos y botánicos de todos los países que visito, y que si algún día la publico se la dedicaré por su amabilidad. Él se ha reído y ha echado un vistazo a mis notas, pero aunque habla muy bien el griego no ha conseguido descifrar mi caligrafía. De todas formas, aunque pudiera leerla, no hay grandes secretos en lo que te voy a contar. Aquí todo está a la vista. Los romanos no parecen darle demasiada importancia al espionaje.

Creo que prefieren que los rivales conozcan su auténtica fuerza para que se desmoralicen incluso antes de entrar en acción.

»Aún no le he dicho a nadie que entiendo el latín. Para mí fue una sorpresa insospechada. Sin duda no es mi lengua materna, porque me cuesta pensar en ella y, además, los romanos la hablan de una forma que me resulta a la vez extraña y familiar. Supongo que la aprendí antes de perder mis recuerdos, pero no en la propia Roma, sino en alguna ciudad vecina en la que se usa otro dialecto. Cuando hablan rápido o se interrumpen entre sí me cuesta seguir sus conversaciones, pero aún así es asombrosa la cantidad de información que puedes asimilar cuando los demás hablan delante de ti creyendo que no los entiendes. Siempre he pensado que nos expresamos con demasiada libertad delante de los esclavos; aunque los compramos, los usamos y a veces los tratamos como muebles, poseen cinco cosas que no tiene ningún armario: dos ojos, dos orejas y lo más peligroso, una boca.»

Néstor levantó la mirada hacia el cielo, que esa noche estaba despejado y diáfano. Había luna llena y, por primera vez desde que salieron de Siracusa, el firmamento se veía cuajado de estrellas que brillaban aguzadas como minúsculas gemas. Sus ojos se fueron, como siempre, al cometa Ícaro. Cuando apareció en la primera guardia, algunos soldados romanos señalaron hacia su larga cola y lo llamaron Tinia, que debía ser el nombre de uno de sus dioses. Después de verlo durante seis años en el firmamento la gente debería haberse acostumbrado a él, pero en todas partes había astrólogos y adivinos que seguían augurando desastres sin cuento por culpa del cometa y sembraban la inquietud. Néstor, aunque al principio se había resistido a admitirlo, tenía que reconocer que Ícaro había crecido poco a poco en ese tiempo y que su núcleo, que había empezado siendo un punto blanco como otra estrella más, se veía ahora grueso y teñido de unos ominosos tonos rojizos.

En la tienda donde dormían Clea y sus criadas se oían cuchicheos apagados, pero esta vez no se acercó ningún soldado. La primera noche algunos hombres consiguieron citarse con una de las chicas, la esclava más joven y guapa de las cuatro, que se escapó de la tienda en la segunda guardia y se dedicó a fornicar alegremente detrás de unas piedras con tres legionarios a la vez. Debieron ser bastante discretos y silenciosos, porque ni el propio Néstor, que tenía el sueño ligero, se enteró. Pero aun así el asunto llegó a oídos del tribuno, que debía tener oídos de murciélago. Al día siguiente, antes de partir, ordenó que el centurión más joven de los dos que le acompañaban azotara personalmente a los tres implicados. En cuanto a la chica, Ada la tundió a conciencia y cuando volvió a salir de la tienda tenía un labio roto y un ojo morado. En el pabellón de Gayo Julio se veía luz. El tribuno se dedicaba a leer y hacer el papeleo por las noches; no debía dormir más de cuatro o cinco horas, aunque de día exigía a su cuerpo tanto esfuerzo como les pedía a sus propios hombres. Le

había cedido a Clea su hermoso corcel blanco y él marchaba a pie con los demás legionarios. También le había ofrecido un caballo a Néstor, pero el médico había decidido que, ya que no le permitían correr, al menos caminaría para mantenerse en forma.

Agradecida por la galantería de su detalle, Clea se dedicaba a echarle miraditas a Gayo Julio y a sonreírle con una coquetería que a Néstor le resultaba irritante. Tal vez la joven olvidaba que ese mismo romano era quien había aniquilado a los hombres que la protegían. Quizá si hubiera recorrido el campo de batalla como él, hubiese examinado las terribles heridas de los macedonios y en particular las estocadas que acribillaban el cadáver de Sófocles, no sonreiría al tribuno de aquella manera.

Aunque, en aras de la justicia, Néstor tenía que reconocer que, para una adolescente como Clea, el tribuno debía resultar un hombre muy apuesto. Aventajaba en altura a la mayoría de sus soldados, su rostro era agraciado y caminaba con la elegancia de un Apolo andante. Se le notaba superior a los demás y convencido de esa superioridad, pero, aun teniendo en cuenta que el enemigo natural del soldado siempre es el oficial que le manda, a sus subordinados no parecía caerles demasiado mal.

Como se suponía que Néstor no entendía el latín, los soldados hacían muchos comentarios al alcance de sus oídos, y aunque manejaban varios insultos para referirse a Gayo Julio, cuando comentaban «hijo de puta, qué arrogante es» lo hacían con admiración. La disciplina a que los sometía el tribuno era broncínea. Pese a que cada día cubrían etapas de cerca de doscientos estadios, cuando se detenían para pasar la noche no les permitía un segundo de reposo hasta que el campamento quedaba organizado. Y aunque se tratase de una fuerza reducida que viajaba por su propio territorio, para los romanos montar un campamento no era cuestión baladí. Primero los exploradores buscaban un sitio elevado, bien protegido y con agua fresca, y una vez encontrado, mientras diez soldados montaban las tiendas del tribuno y de sus rehenes, los demás se dedicaban a abrir agujeros en el suelo y cortar troncos para montar una empalizada en los lugares que pudiesen ofrecer un acceso a posibles enemigos. También excavaban letrinas y preparaban fuegos para cocinar, organizaban los turnos de guardia y sólo después se permitían el lujo de sentarse para cenar y beber vino aguado antes de dormir al raso envueltos en sus propios mantos. Néstor siguió escribiendo.

«Si lo que querías era un rival digno de tu fama, ¡oh rey!, creo que lo has encontrado. Estos romanos son de cuidado. Por un lado son eficaces, prácticos, metódicos y disciplinados. Sus milicias de leva, a las que llaman legiones, desfilan, se adiestran y combaten con tanta pericia como profesionales macedonios o mercenarios griegos. Por otra parte, los romanos albergan la convicción de que su ciudad está por

encima de todas las demás y que el resto de los humanos somos seres inferiores, y hasta a mí, que les saco un palmo a casi todos, pretenden mirarme por encima del hombro aunque para eso tengan que levantar la barbilla hasta que les crujen las vértebras.

»Construyendo son afanosos como hormigas. En este preciso momento están tendiendo una calzada hacia Campania que no tiene nada que envidiar al Camino Real entre Susa y Sardes. Cuando nos incorporamos a ella tras cruzar las Ciénagas Pontinas, nos vimos obligados a viajar fuera de ella, pues los obreros aún estaban rellenando su lecho con arena y cascajo. Pero conforme nos hemos ido aproximando a Roma la obra está cada vez más avanzada, y a una jornada y media de la ciudad la Vía Junia es ya una carretera de doce codos de ancho, pavimentada con baldosas encajadas con tal precisión que sería imposible incrustar la punta de un cuchillo entre ellas. Además, están construyendo casas de postas e instalando hitos cada mil pasos de modo que el viajero sepa con exactitud cuánto le queda para llegar a su destino.

»Incluso sin esa vía, sus legiones pueden ser tan veloces como tus mejores unidades: cubrir doscientos estadios en un solo día no es para ellos ninguna proeza extraordinaria. Como le pasa a Leónidas, tu viejo preceptor, podría decirse que para los soldados romanos el mejor desayuno es una marcha nocturna.

»He oído a tus generales Crátero y Perdicas comparar Roma con Esparta. Pero lo que he visto al pie del monte Circeo y lo que voy oyendo por el camino me convence de que esta ciudad es mucho más peligrosa. En primer lugar, posee iniciativa y ambición. Los espartanos siempre han sido reacios a aventurarse fuera de su patria y muy conservadores en sus tácticas. En cambio, los romanos son rápidos y agresivos y no tienen miedo a actuar antes que el enemigo. Fue espeluznante contemplar con qué demoledora eficacia hacían trizas a dos compañías de infantería de sarisas en poco más de media hora.

»En segundo lugar, Roma puede poner en el campo de batalla un ejército infinitamente más numeroso que Esparta. Cuando derrotaste a los lacedemonios en Tegea apenas fueron capaces de oponerte cinco mil escudos propios. Incluso con la ayuda de sus aliados del Peloponeso y de los propios ilotas, su ejército apenas superaba los veinte mil hoplitas. Aquí es muy distinto. Si el problema crónico de los espartanos es la *oliganthropía*, su falta de hombres, el mayor quebradero de cabeza para las autoridades romanas parece ser la superpoblación, así que no ponen ningún reparo en aventurarse en guerras propias o ajenas para reducir el número de bocas que alimentar.

»Esta tarde, aguzando el oído mientras miraba para otra parte, capté una conversación entre Gayo Julio y sus dos capitanes, a los que los romanos llaman centuriones. Hablaban sobre los efectivos que pueden movilizar para enfrentarse a ti. Al parecer hace un año, un tal Junio Bruto, el mismo magistrado que ha ordenado la

construcción de la calzada, realizó un censo. No correspondía hacerlo en esa fecha pero, al igual que las obras de la Vía Junia y del acueducto que asegurará el suministro de agua a la ciudad, lo adelantaron previendo que tras pacificar definitivamente Grecia tu siguiente paso sería dominar Italia.

»Según dicho censo, Roma tiene ahora mismo cerca de doscientos cincuenta mil habitantes. Gracias a eso, puede alistar fácilmente a cincuenta o sesenta mil hombres para sus legiones. Contando con sus colonias y con las ciudades aliadas puede triplicar o incluso cuadruplicar esa cifra. Y no se trata de levas como las que reclutó Darío para enfrentarse a ti en Gaugamela. Allí las tropas de élite eran las de caballería, mientras que la infantería persa, sin apenas experiencia militar, tenía poco más o menos la misión de hacer bulto. Así lo demostró al dispersarse presa del pánico cuando el Gran Rey huyó ante tu carga al frente de los Compañeros. En cambio, aquí hablamos de soldados de verdad, de una infantería de línea que no es inferior en nada a la tuya. Los romanos y los latinos son guerreros duros, y no pelean por un rey que no conocen, como hicieron los bactrianos, los capadocios o los hircanios; no, ellos van a combatir por sus ciudades, sus aldeas, sus tierras y un modo de vida que creen superior al de todos los demás.

»Aunque no he llegado a ver a una de sus legiones completas formadas ni en acción, lo que presencié a los pies del monte Circeo bastó para impresionarme. Había cierta belleza en la fría y brutal eficacia con la que los romanos dieron cuenta de nuestros hombres. Después, durante estos tres días, me he dedicado a observar a los soldados que nos custodian. Por sus conversaciones sobre ascensos y las anécdotas que los veteranos cuentan para ilustrar a los más bisoños, creo haber deducido cómo se organizan sus tropas.

»Al principio creí que su infantería de línea llevaba lanzas al estilo griego, pero enseguida descubrí (no en mis carnes, por suerte) que se trataba de una especie de jabalina a la que llaman pilum y cuyos efectos mortíferos entre nuestras tropas pude comprobar con gran inquietud. Los pilos se diferencian de las jabalinas que utilizan nuestros peltastas y agrianos porque el fuste de madera sólo llega hasta la mitad del arma o un poco más allá; el resto es una vara de hierro fina y sólida con punta piramidal. En vez de usar el pilo como arma de mano, los legionarios lo arrojan contra el enemigo cuando están a unos treinta pasos de él. No lo hacen por cumplir el expediente, como ocurre con muchos soldados de infantería ligera que están deseando lanzar su venablo para salir corriendo y alejarse cuanto antes del enemigo. Cada legionario romano tiene dos pilos que graba con su nombre o una marca personal. Al final de la batalla los recogen todos y hacen recuento.

Aquellos cuyos pilos aparecen en el suelo deben pagar una didracma de plata, los que los arrancan del cuerpo de un enemigo la reciben y quienes han taladrado un escudo quedan en paz. A veces ocurre que el acierto de los legionarios es tal que

quienes deben recibir una moneda son más que los que tienen que pagarla; en tales casos, es tradición que sean los propios centuriones y tribunos los que se rasquen la bolsa para pagar la diferencia y recompensar la puntería de sus hombres. Más que por el dinero en sí, creo que han instituido esta costumbre por afán de emulación y por crear entre los soldados un auténtico espíritu de cuerpo, y a fe mía que lo consiguen. [6]

»Al examinar los cadáveres de nuestros hombres, comprobé que los pilos habían atravesado a algunos de ellos de parte a parte perforando las gruesas capas de sus corazas de lino e incluso las placas de metal. Algunos de los que habían agachado la cabeza, como suelen hacer los soldados bajo las andanadas de proyectiles, tenían el yelmo agujereado. Pero el pilo causa su efecto más demoledor sobre los escudos. Cuando la punta abre un agujero y consigue atravesar el broquel, el resto de la barra metálica, al ser más fino, penetra con facilidad. Enseguida las chapas del escudo, que suelen ser de abedul, chopo o alguna otra madera esponjosa, se dilatan, la abertura se cierra y ya es casi imposible sacar el pilo, y más aún con el caos y el fragor del combate. De esa manera, en el monte Circeo muchos de nuestros soldados vieron sus escudos inutilizados en plena batalla, pues por la parte interior les asomaban más de dos palmos de hierro, de modo que al final los tuvieron que tirar al suelo. Así los legionarios sembraron el desorden en nuestra falange y consiguieron penetrar entre las sarisas con sus espadas.

»La espada, a la que llaman gladio, es el arma que utilizan en la lucha cuerpo a cuerpo, y la manejan con una gran pericia. Durante el camino les he observado practicar la esgrima y hacer competiciones en las que se emplean tan a fondo que, pese a que utilizan armas de madera, más de una vez se abren una ceja, se rompen un labio o se dejan un buen moratón en las costillas. En la batalla se parapetan tras su gran escudo en forma de teja ovalada y acuchillan al adversario con saña. No utilizan apenas movimientos laterales, por lo que si es necesario pueden luchar hombro con hombro junto a sus compañeros y aún así ser más letales a corta distancia que nuestros infantes, que una vez que el enemigo atraviesa la línea de sus sarisas se encuentran en seria desventaja. Una estocada es mucho más mortífera que un tajo: mientras que es más difícil que un golpe con el filo atraviese la coraza, y si lo consigue probablemente acabará detenida por los huesos del tórax, una estocada puede perforar entre las placas o los anillos de una cota de malla, colarse entre las costillas y penetrar a la profundidad suficiente para dañar un órgano vital.

»Es un problema que nuestros hombres no se entrenen con la espada más que en raras ocasiones y que algunos tengan armas de poca calidad que algunas son poco más que largos cuchillos de trinchar. En cambio, los romanos dedican mucho tiempo y dinero a investigar técnicas de forja y diseños más eficaces para sus gladios.

»En cuanto a la armadura, algunos, imagino que los más pudientes, llevan largas

cotas de malla, pero otros se conforman con unos pectorales de metal que consisten en tres discos convexos unidos y que el propio estado romano fabrica y les entrega gratis, al igual que el pilo. Los que llevan grebas las usan sólo en la pierna izquierda, que es la que adelantan bajo el escudo en su peculiar estilo de lucha. Sospecho que no les preocupa demasiado blindarse el cuerpo porque para eso cargan con un escudo tan grande. Su escudo, que debe pesar casi medio talento, es mucho más aparatoso que el broquel de nuestra infantería, pero llegado el momento los romanos lo manejan con una agilidad increíble, y con la espada corta forma una combinación letal.

»Sus yelmos se parecen más a los nuestros que a los del tipo corintio: los romanos prefieren arriesgarse a que les hieran en la cara con tal de ver bien de frente y a los lados y oír las órdenes de sus superiores. Los jefes como Gayo Julio lucen vistosas crines, y los oficiales denominados centuriones se distinguen por llevar penachos atravesados de oreja a oreja en sentido transversal. El adorno de los soldados rasos consiste en tres plumas muy largas en lo alto del casco: las de los novatos son blancas, las de los soldados con más experiencia, los príncipes, son rojas y las de los veteranos o triamos son de color negro. Esta misma noche he oído a esos triarios decir "Cuando tengas plumas negras, te sentarás a comer" mientras estaban sentados alrededor de la hoguera y los jóvenes les servían el vino y les llevaban la comida.

»Su forma de luchar es curiosa. Los soldados más jóvenes y fogosos sirven en las primeras filas, y los llaman *hastati* o astados porque al parecer hace tiempo llevaban un asta o lanza larga al igual que los hoplitas griegos, aunque ahora usen el venablo del que te he hablado. Por detrás de ellos combaten los príncipes con sus plumas rojas, dejando a los astados espacio para lanzar sus jabalinas. Después cierran filas con ellos y cargan contra el enemigo. El armamento de los príncipes es igual que el de los astados, aunque suelen llevar pieles más lujosas en los escudos, se ven más cotas de malla entre ellos y también más cintas y condecoraciones en los petos y los cascos.

»En cuanto a los triarios, no llevan jabalinas sino una lanza larga, al estilo de los hoplitas griegos. En la batalla del monte Circeo ni se despeinaron. Al parecer, no se espera de ellos que entren en combate sino que cierren filas por detrás del resto y con su veteranía eviten que los más pusilánimes huyan. Si la situación es tan grave que les toca el turno de combatir, lo hacen en filas cerradas al estilo de una falange, puesto que ya no tienen ni la agilidad ni la sangre ardiente de los jóvenes.

»Es curiosa esa diferenciación por edades. El sistema social de los romanos parece más complicado que el griego o el macedonia no hago más que oírles hablar de patricios y plebeyos, patronos y clientes, curias, tribus, centurias, y tienen una obsesión casi ridícula por discutir quién posee el nombre más ilustre y, sobre todo, más largo. Pero creo observar que, por debajo de ese embrollo, se esconde una división por clases que no se basa en la riqueza ni en el nacimiento, sino en la edad,

como ocurre entre pueblos de costumbres arcaizantes como los espartanos o los cretenses. Los romanos honran a los mayores mucho más que los griegos, y al parecer su consejo de ancianos, al que llaman Senado, es la institución más respetada de la ciudad. No es extraño que los jóvenes sean más agresivos y luchen en las primeras filas para ganarse el respeto y la reputación que tienen los veteranos, pues es la única forma que tienen de abrirse camino en una sociedad tan jerarquizada.

»Les he oído hablar de ti. Ignoran mucho y se inventan bastante, y algunos hacen comentarios sobre tu madre y sobre tus ancestros que prefiero no repetir. Pero incluso cuando te insultan se nota que sienten un gran respeto, porque no hay nada más importante para ellos que la *virtus*, el valor guerrero. Ahora bien, debo decirte que aunque te respetan no te tienen miedo, o al menos no lo demuestran. Ayer oí a un astado preguntarle a un triario que debía de ser tío suyo: “¿Qué harás si su caballería rompe nuestras filas y llega hasta las vuestras? Ya no estás acostumbrado". El hombre se rió: "Muy mal tiene que irle a la República para que la cosa llegue hasta los triarios. Pero si es así —dijo palmeándose la barriga— pararé el caballo de Alejandro con la panza”.

»Como ves, Alejandro, se trata de un enemigo organizado y eficaz. Están convencidos de que pertenecen a una ciudad especial, única en el mundo, y que esa ciudad, Roma, está destinada a gobernar sobre las demás. Son muy organizados y, en cierta medida, refinados, pero tienen una gran ventaja sobre los griegos: conservan un fondo de barbarie y salvajismo que la civilización helénica ha perdido. De hecho, la disciplina entre ellos es más un freno que un acicate. Los soldados romanos son tan agresivos que cuando sus jefes no los contienen se lanzan enseguida contra el enemigo en duelos individuales, cual héroes homéricos.

»El paradigma de la disciplina romana es un anciano que aún vive y que ocupa un puesto de honor en su Senado. Gayo Julio, que comparte mucha información conmigo a cambio de que yo le hable de ti y de tus campañas, me ha contado su historia. Cuando ese anciano era joven derrotó a un gigantesco guerrero celta en duelo singular y le arrebató su torques de oro. Pero no fue esa acción la que le ganó su reputación, sino esta otra: muchos años más tarde, siendo cónsul, mandó ejecutar a su único hijo por batirse en duelo como él. La diferencia era que el hijo, como todos los demás legionarios, había recibido órdenes expresas de no admitir ningún reto. El tal Torcuato (que se ganó el sobrenombre por la torques arrebatada) podría haber hecho la vista gorda y el resto del ejército se lo habría perdonado, ya que el joven era muy popular entre la tropa, pero prefirió castigar aquella violación de la disciplina aunque fuera en la persona de su único descendiente.

»La religión entre ellos...»

En ese momento, una mano se posó sobre su hombro.

—¿Quieres ver algo interesante?

EL VUELO DE ÍCARO

Tienes que entregarme a ese bastardo ateniense para que le dé un escarmiento delante de todo el ejército —insistió Meleagro.

—Sabes que no voy a hacerlo.

—¡Me estás desautorizando delante de mis hombres! ¿Dónde queda tu propia autoridad si no haces que se respete la de tus generales?

Alejandro sostuvo la mirada de Meleagro sin pestañear. Pero Lisanias, que escuchaba la conversación en silencio, supo por su forma de apretar la mandíbula que estaba empezando a perder la paciencia.

—Euctemón recibirá la sanción disciplinaria que se merece —dijo Alejandro.

—¡Por supuesto que la recibirá! Dámelo y verás qué rápido arreglamos este asunto a la vieja usanza macedonia.

La vieja usanza consistía en ser acribillado por una lluvia de lanzas. Alejandro meneó la cabeza de forma casi imperceptible.

—Recibirá un castigo, pero no ése. Es un joven valioso.

—¿Ese patán? ¡Ni siquiera es capaz de desfilar sin perder el paso! Seguro que sus propios compañeros de batallón se apuntan voluntarios para lapidarlo.

—Te repito que es valioso. Déjalo en mis manos.

—¡Yo soy su general y soy yo quien debe decidir cómo castigarlo!

—Ya no lo eres. Ese hombre y su hermano han dejado de pertenecer a tu batallón.

—Pero el contrato que...

—Su contrato establece que me sirven a mí, hegemón de la Liga de Corinto y de la Liga Helénica de Italia. —Alejandro palmeó la cara de Meleagro con la fuerza justa para que el gesto pareciera algo más que cariñoso y un poco menos que ofensivo —. Puedes estar tranquilo, viejo amigo. Nadie agrede a uno de mis generales y queda impune.

Meleagro entrecerro los ojos y rechino os dientes. Por fin, asintió, se cuadró ante Alejandro y dijo:

—Y tú puedes estar seguro de que comprobaré que lo castigas. Con tu venia... Sin más palabras, dio media vuelta y salió de la estancia. Lisanias suspiró de alivio. Durante todo ese rato, había tenido la mano apoyada en el pomo de la espada. El general macedonio venía tan borracho como de costumbre y no era descartable que intentase agredir a Alejandro. Si ocurría algo así, el rey era bien capaz de defenderse solo, pero Lisanias no permitiría que se manchara las manos golpeando a un odre de vino con mirada de perro como Meleagro.

—Ese hombre es como una muela infectada. Va siendo hora de que me la extirpe de la boca — dijo Alejandro, apretándose ambas sienes a la vez entre el pulgar y los demás dedos. Lisanias se habría acercado a él para masajearle la nuca y aliviarle el dolor de cabeza, pero había varios pajes reales montando guardia junto a la pared y, aunque estuvieran inmóviles como estatuas, bien sabía él por propia experiencia que tenían ojos y oídos.

Había sido un día muy duro para el rey. Por supuesto, no se había quejado, pero Lisanias lo sabía por la forma en que se le hundían las mejillas. Después de los sacrificios matutinos, había pasado varias horas reunido con Eumenes para resolver los engorrosos problemas logísticos del ejército y llevar a cabo milagros financieros que ya eran habituales en ellos, cambiando una partida aquí y trasladando otra allí de modo que todo cuadrara. Lisanias, que no era muy rápido echando números, se maravillaba cuando veía los dedos de Eumenes volar por las cuentas coloreadas del ábaco.

Con razón Alejandro se negaba a reunir ejércitos de más de cuarenta mil hombres. Por culpa de las *Historias* de Heródoto, los griegos estaban convencidos de que el emperador Jerjes había invadido la Hélade con casi dos millones de hombres. Alejandro le había explicado a Lisanias que eso era imposible desde cualquier punto de vista. Por los archivos que había consultado en la corte persa y por sus propios cálculos el rey macedonio pensaba que bien podían haber sido doscientos mil combatientes, y casi el doble de personas si se contaba a los sirvientes, las mujeres y toda la multitud que habitualmente se adhería a esas expediciones. Aun siendo una cifra mucho más reducida que la de Heródoto, las dificultades de abastecer a un ejército tan numeroso habían sido formidables. En la invasión de Grecia, exceptuando a los Inmortales y otras tropas de élite, los persas tuvieron que valerse por su cuenta forrajeando sobre el terreno y saqueando las tierras no sólo de los enemigos, sino también de pueblos aliados como los tebanos, y aún así habían sufrido estrecheces y privaciones. Alejandro no podía malquistarse de esa manera con los griegos que los acogían como anfitriones en Italia. Todas las provisiones que consumía su ejército se compraban y se pagaban religiosamente, lo que hacía bajar con rapidez los fondos de la tesorería, como señalaba Eumenes con su voz plana e insistente.

Después de la larga reunión con su secretario, Alejandro había recorrido el campamento para inspeccionar las instalaciones sanitarias, había visitado el hospital de campaña, había ido a los establos para comprobar que *Amauro* estaba bien atendido y, entre tanto ajetreo, se había olvidado de almorzar, lo que suponía que Lisanias tampoco probara bocado.

Por la tarde se había reunido con las delegaciones griegas de Italia, incluyendo a los embajadores de Neápolis, la ciudad más rica y poblada de Campania. Los romanos les estaban apretando las clavijas, insistiéndoles en que les abrieran las

puertas para introducir una guarnición de mil quinientos hombres. Los neapolitanos no querían tropas extranjeras en su ciudad, pero si se resistían a las presiones de los romanos querían que a cambio Alejandro les ofreciera ciertas garantías. Deseaban mantener sin cambios el régimen político de la ciudad, quedar exentos de contribuciones al esfuerzo bélico y además convertirse en cabecillas de una futura Liga de Campania.

El jefe de la embajada de Neápolis era un orador que hablaba sin parar y hacía grandes aspavientos con esa forma tan vehemente de gesticular de los italianos. Alejandro le dijo luego a Lisanias que aquel hombre le recordaba a Demóstenes, y recordando cuánto odiaba al difunto orador ateniense, el joven oficial comprendió cuánta paciencia había tenido para no echar con cajas destempladas a toda la legación.

Luego, a media tarde, habían llegado los catafractos persas. Alejandro se alegraba de tener allí a su cuñado Oxibaces, por quien sentía un gran afecto, y además el espectáculo de aquellos gallardos jinetes con sus brillantes armaduras había contribuido a subir la moral de todo el ejército. Pero el saludo entre Alejandro y Roxana fue tan trío que habría congelado las aguas del río Piriflegetón. Más tarde, cuando ella se retiró y Alejandro se quedó a solas con Oxibaces y Lisanias, le comentó:

—Te dije que no quería ver a tu hermana aquí.

—¿Qué querías que hiciera, Alejandro? —respondió el príncipe bactrio mostrándole las palmas abiertas—. Sabes que Roxana es incontrolable. Ni mi padre es capaz de obligarla a que haga su voluntad. Para colmo, después de aquello había aparecido Meleagro sin que nadie lo invitara. Lisanias seguía maravillándose del control del rey; de haber sido por él, lo habría echado a patadas de allí. Parecía mentira que el Alejandro que él conocía fuera el mismo hombre que en una riña de borrachos había matado a su camarada Clito el Negro. De hecho, Lisanias habría llegado a pensar que aquella historia no era más que una calumnia si el propio Alejandro no le hubiese confirmado su veracidad.

Cuando Meleagro se fue por fin, Lisanias se quedó contemplando a Alejandro, que seguía masajeándose la sien con gesto fatigado. Como solía hacer, el joven macedonio se preguntó en qué remotos parajes vagaba la mente del rey y cuántos Alejandros se escondían debajo de aquel rostro. Lo había conocido en retratos antes que en persona, pero poco quedaba ya de aquellos rasgos adolescentes, casi femeninos de las estatuas. Aunque conservaba su piel rosada y suave, las privaciones le habían chupado la carne de las mejillas, tallando en ellas dos arrugas rectas como cuchilladas que le bajaban desde los pómulos. Sus cabellos rubios no habían encanecido, pero el sol los había decolorado y ahora parecían de heno ahumado.

No era extraño que ahora pareciera cansado. Cuando Lisanias lo conoció, el rey

seguramente había viajado más que ningún otro hombre antes que él. Pero en los seis años que llevaba a su lado, primero como paje y después como oficial de la guardia y asistente personal, Alejandro había viajado al menos otros doscientos mil estadios. No para conquistar, sino para que los súbditos de todo el imperio le vieran y supieran que Alejandro viajaba como el viento y podía plantarse en cualquier lugar en cuestión de semanas.

Los ojos de Alejandro, uno verdoso y otro azulado, se veían algo más hundidos, pero aún resplandecían con ese brillo húmedo y febril que le llevaba siempre más allá, condenado a estar eternamente insatisfecho. En aquel momento, a Lisanias se le antojó que tal vez la única forma de que el hijo de Filipo encontrara la paz sería dar por fin con un enemigo que lo derrotase con honor y que le regalase el descanso que merecen los héroes.

Por Apolo, ¿qué estoy pensando?, se dijo, escandalizado de sí mismo. Alejandro se dio cuenta de que se estaba frotando de nuevo la cabeza y de que Lisanias y los demás pajes eran testigos de su momento de debilidad. Al instante se enderezó y dijo al joven guardia:

—Acompáñame. Se acerca la hora.

Lisanias siguió a su señor escaleras arriba. Las casas de Posidonia solían tener techos de tejas a dos aguas, pero la mansión que la ciudad le había regalado a Alejandro era una excepción y disponía de un terrado por encima del segundo piso. Desde allí se disfrutaba de una buena vista, pues el edificio se alzaba sobre uno de los puntos más altos de la ciudad. Al este y al sur se divisaban los montes desde los que bajaban lucanos y samnitas para saquear los campos de los posidonios. Al oeste, el mar seguía con olas de fondo después de varios días de vientos muy fuertes, aunque ahora el aire se había calmado y el cielo estaba despejado y limpio. Pero los ojos de Lisanias se fueron al norte. Allí, a ciento cincuenta estadios de la ciudad, se extendía un alargado espolón de los Apeninos que se extendía hasta penetrar en el mar más de doscientos estadios formando el escarpado promontorio de las Sirenusas. Al otro lado, oculta de la vista por aquellos picos, se encontraba Campania, la presa en disputa entre macedonios y romanos.

En el terrado ardían ya varias antorchas, pues la noche empezaba a caer. Cerca de la balaustrada que se asomaba al este habían dispuesto una gran mesa de madera a la que estaba sentado Dicearco. El jefe de cartografía de Alejandro era un hombre menudo y delgado de unos cuarenta años, calvo y con una barba muy negra cruzada por dos mechones blancos. Al ver al rey se levantó de su asiento, pero Alejandro le hizo una seña para que siguiera con sus mapas.

—Ha habido suerte —dijo el cartógrafo—. Va a ser una noche inmejorable para la observación. Así se demostrará que ese lunático está equivocado.

Sentado en un rincón de la azotea, Peucestas, el hercúleo general de los

hipaspistas, hablaba con un hombre cubierto con manto y capucha a pesar del calor. Aunque no se le veía el rostro, Lisanias lo reconoció por la ropa. Era Kalba, el astrólogo caldeo que había venido de Babilonia enviado por el gran sacerdote Belumasar. A escondidas, Lisanias hizo un gesto para ahuyentar el mal, pues Kalba le producía escalofríos.

Poco después llegó Perdicas. Alejandro y él se abrazaron y se besaron en las mejillas. El general era más alto que el rey, pero éste no tuvo siquiera que estirar el cuello; todos los que rodeaban a Alejandro tenían la costumbre inconsciente de flexionar un poco las rodillas al acercarse a él para que la diferencia de estatura no se notara. Después Perdicas se volvió hacia Lisanias y le saludó inclinando la barbilla, a lo que el joven correspondió del mismo modo. Existía cierto respeto entre ellos, pero no amistad. Lisanias había sido ascendido a Guardia del Rey el año anterior y todo el mundo sospechaba que ocupaba un lugar similar al de Hefestión en la intimidad de Alejandro, aunque en rango militar aún estuviera muy por debajo. El joven sabía que los celos que antaño despertara Hefestión recaían ahora sobre él.

—¿Tan aburrido estás de verme que no has venido a saludarme hasta ahora? —preguntó Alejandro a su cuñado en tono suave. —No quería molestarte. Sé que has tenido muchas visitas hoy.

—No pasa nada. —Alejandro le dio una sonora palmada en el coselete de cuero —. Entiendo que primero está tu esposa. Quien trata bien a mi hermana me trata bien a mí.

—Procuro hacerlo, Alejandro.

—¿Eres feliz con ella?

—Mucho.

Alejandro meneó la cabeza.

—Ojalá pudiera decir lo mismo yo de Roxana. Menos mal que, como decía Filipo —Alejandro nunca se refería a él como «mi padre»—, cuando un rey no se lleva bien con su esposa puede permitirse el lujo de casarse seis o siete veces más.

Lisanias observó que, al oír el nombre de Roxana, Perdicas apartaba la vista de Alejandro y miraba hacia el mar. Una rápida sospecha se le pasó por la cabeza, pero le pareció tan descabellada que la desechó al instante.

—He oído en la ciudad que aún no se sabe aún nada del barco que traía a Agatoclea —comentó Perdicas.

Alejandro asintió sin decir nada. Lisanias sabía que estaba muy preocupado. No tanto por la joven pelirroja de Siracusa, ya que su muerte no supondría un percance irremediable. Su padre estaba más que dispuesto a mantener la alianza con Alejandro a cambio de tener las manos libres en Sicilia y un aliado poderoso en su enfrentamiento contra Cartago. Si Agatocles no tenía más hijas, seguro que encontraría alguna prima o sobrina para emparentarse con Alejandro.

Tampoco se trataba de la posible pérdida de la *Anfítrite*, aunque era el primer barco de su clase y le había costado una fortuna. No, la razón de la ansiedad que el rey trataba de disimular ante todos era otra que Lisanias conocía, y que también le dolía. Él, que adoraba a Alejandro y en algunos momentos se sentía amado por él, le podía entregar su lealtad, su compañía, sus oídos, el don de su belleza, incluso a veces sus caricias; pocas, pues la proverbial continencia de Alejandro se había acentuado con los años. Pero el verdadero báculo de Alejandro, la persona a quien recurría en busca de sentido común y en quien encontraba su fuerza interior era Néstor, del que no se había separado desde Babilonia.

Hasta ahora. Por generosidad, el rey había dejado a Néstor en Alejandría, ya que el embarazo de su cuarta esposa se presentaba complicado. Hacía pocos días les había llegado la noticia de que el médico había tenido que abrir el vientre de Nebet para sacar de él a dos mellizos. Tanto la madre como los hijos habían salvado la vida, lo que demostraba que Alejandro había acertado. Pero Néstor no estaba con su amigo y señor por primera vez en casi seis años, y fuera por casualidad o por el destino, era ése el momento en que Alejandro había empezado a encontrarse mal.

—Seguro que están reparando sus desperfectos en algún lugar de la costa —dijo Alejandro por fin—. La *Anfítrite* es un titán del mar. Es imposible que se haya hundido.

Pero Lisanias sabía que el rey estaba perdiendo las esperanzas. Cuatro días antes habían llegado las primeras naves de la pequeña flota que escoltaba a la *Anfitrite*, y desde entonces habían ido arribando desperdigadas, ya fuera en solitario o en grupos de dos o tres barcos. La víspera, al atardecer, había aparecido la última superviviente, una quinquerreme que venía en un estado lastimoso. Después de eso, ninguna más.

—Néstor es un hombre con suerte —insistió Alejandro—. Seguro que le ha contagiado su buena fortuna a la *Anfitrite*. Volverá. Ahora hablemos de otras cosas —añadió, tomando a Perdicas del codo—. Ven, quédate a cenar con nosotros.

El rey llevó a su cuñado junto a una mesa en la que los sirvientes habían colocado bandejas con frutas, tajadas de asado frío, quesos de cabra y de oveja y aceitunas y boquerones en vinagre.

—¿Una cena informal? —preguntó Perdicas.

—En realidad, una noche de observación astronómica —respondió Alejandro, llenándole la copa de vino. Después hizo lo mismo con la suya. Su cuñado se le quedó mirando, pero no dijo nada.

Lisanias sabía lo que estaba pensando Perdicas. *Alejandro ha vuelto a beber.* El vino de la cratera tenía tres cuartas partes de agua y el rey lo bebía con moderación, pero a todos les preocupaba que pudiera volver a las andadas. Sólo Lisanias sabía que tenía sus razones, pues el vino le ayudaba a vencer el insomnio, y si Alejandro no dormía un poco los dolores de cabeza que lo aquejaban desde hacía unos meses se

volvían insoportables.

Era mal momento para perder a su médico en un naufragio.

Demetrio y su hermano llevaban cuatro días encerrados en una tienda de campaña de oficiales. Era espaciosa, y no les faltaba comida ni nada que pidieran, incluyendo la tinta y el papiro que el rey le había prometido a Euctemón, pero a cambio no les permitían salir. De vez en cuando un hombre calvo de ojos gélidos y labios apretados entraba en la tienda, echaba un vistazo a lo que escribía Euctemón y se iba sin decir nada.

Ya había anochecido y aún no les habían traído la cena. Euctemón, que tenía una especie de clepsidra interior y se inquietaba mucho cuando algo rompía su rutina, le preguntaba a cada momento:

—¿Cuándo viene la cena? Es la hora y no la han traído.

—Yo qué sé, Euctemón. Soy tan prisionero como tú.

Cuando su hermano le había preguntado por la cena al menos treinta veces, la cortina de la entrada se abrió y aparecieron varios miembros de la Guardia Real armados con espadas. Demetrio reculó asustado, convencido de que su destino ya se había decidido y de que los iban a ajusticiar allí mismo; pero Euctemón dijo:

—Es por la conjunción de la Luna y el cometa.

Demetrio quería tranquilizarse y creer que su hermano tenía razón. Aunque Alejandro había mostrado aparente interés por los cálculos de Euctemón, Demetrio sentía una gran desconfianza hacia los poderosos y sabía que para el rey de Macedonia ellos dos eran como insectos a los que podía dejar que revolotearan o aplastar de un sopapo.

Escoltados por dos hileras de guardias se dirigieron hacia la ciudad. Una vez intramuros, los condujeron a una mansión de piedra que se alzaba a poca distancia del templo de Atenea. El ala oeste estaba rodeada de andamios, y aunque ya se había puesto el sol los obreros seguían trabajando a la luz de lámparas y antorchas. Entraron en la casa. Mientras caminaban hacia el patio interior, Demetrio echó un vistazo a los frescos que decoraban las paredes. Aunque la técnica no tenía la maestría de las pinturas de la Pecile, el pórtico del ágora de Atenas, las imágenes resultaban más alegres y espontáneas. Era evidente que los nobles helenizados de la ciudad estaban muy orgullosos de sus caballos, pues aparecían en casi todas las escenas, ya fueran de guerra, de caza o de carreras de cuadrigas.

En el patio reinaba mucho ajetreo. Alguien importante debía haber llegado, porque los sirvientes se afanaban trajinando baúles y muebles de un lado a otro.

—La esposa del rey —les dijo uno de los guardias. Demetrio pensó que era una buena señal. Si compartían información con ellos, no debían tener la orden de clavarles una espada en los riñones al doblar una esquina.

—¿Cuál de ellas? —preguntó.

El guardia, que no era mucho mayor que Demetrio, hizo un gesto en el aire para contornear una sinuosa silueta femenina.

—La mejor de todas. No la conocía, pero te aseguro que no había visto una hembra como ésa en mi vida.

Subieron por una escalera de madera y llegaron a un amplio terrado iluminado por antorchas de resina aromática. Allí estaba el propio Alejandro, acompañado por su inseparable Lisanias. De los otros dos personajes que hablaban con él, Demetrio reconoció a Peucestas, comandante de los hipaspistas. Tras despedir a los guardias, el rey les presentó al otro como Perdicas. Demetrio se sentía cada vez más cohibido. Aquellos dos generales eran leyendas vivas, casi dioses para el vulgo, por no hablar del propio Alejandro; era como si de repente las estatuas del Partenón hubieran bajado de los frontones para conversar con él. Por otra parte, no se comportaban de la forma rústica con que los caricaturizaba Demóstenes, quien prácticamente afirmaba de ellos que se hurgaban las narices y ventoseaban en público. Al contrario, Alejandro y aquellos dos generales actuaban con suma elegancia y usaban un griego común tan correcto o más que el que se escuchaba en el Ágora. Mientras hablaban, apareció en la azotea el misterioso personaje que se había dedicado a entrar a verlos a la tienda sin decir nada. Alejandro se lo presentó como Eumenes de Cardia, y Demetrio recordó que se trataba del secretario del rey; si Alejandro era el corazón del ejército acampado en Posidonia, todo el mundo sabía que Eumenes era su cerebro.

Tras recordarles a todos que podían tomar lo que quisieran de la mesa donde estaba servida la cena, Alejandro se volvió hacia Euctemón y le dijo:

—Zeus nos ha sido benévolo y ha limpiado el cielo para que podamos contemplar a Urano. Mira allí —añadió señalando hacia el este, donde la luna llena empezaba a levantarse sobre la línea quebrada de los montes. Euctemón le miró a los ojos con un esfuerzo, pero enseguida apartó la vista. Entonces reparó en que, además de la mesa de la cena, había otra más pequeña alumbrada por dos candelabros de bronce. En ella, un hombre calvo y enjuto tomaba notas mientras su joven ayudante se dedicaba a enrollar y desenrollar mapas, acercarle tinteros, plumas y compases y lastrar las esquinas de los papiros con pesos de plomo para que no se volaran. Euctemón se acercó atraído por los mapas.

—Eute, no —susurró Demetrio, tratando de detenerlo. Pero Alejandro le puso una mano en el hombro.

—Déjalo. Los que están tocados por los dioses pueden hacer lo que quieran. ¿Sabes?, tu hermano me recuerda un poco a Diógenes.

Demetrio se volvió hacia Alejandro, y por encima del hombro de éste captó la mirada hostil de Lisanias. Sabía lo que significaba, porque también sabía lo que significaba la sonrisa del rey. Desde que era niño y entrenaba en el gimnasio a las

órdenes del *paipaiotribes* le habían salido muchos pretendientes entre los adultos, y en el campamento de la efebía un oficial había amenazado con suicidarse si no le daba al menos un beso. Pero Lisanias podía estar tranquilo, porque a Demetrio, por muy apuesto que le pareciera el rey, no le atraían los hombres.

—Ese hombre es Dicearco, mi jefe de topografía —prosiguió Alejandro—. Un gran matemático. También escribe sobre filosofia y es un estudioso de los regímenes políticos, aunque en ese aspecto ha resultado algo proespartano para mi gusto.

—¿Qué miras tanto? —le preguntó Dicearco a Euctemón.

—También es un poco cascarrabias —susurró Alejandro—. Me pregunto qué dejará para cuando sea viejo.

—Tu mapa —respondió Euctemón, estirando la mano para tocarlo. Dicearco le golpeó en el dorso con una regla de madera.

—¡Más despacio, que vas a emborronar la tinta! A ver —añadió, señalando con la punta del compás dos ciudades—. Estamos aquí en Posidonia, y esta ciudad del sur es Regio. ¿Me sigues?

Euctemón asintió sin levantar la vista del mapa.

—¡Pues entonces mírame a la cara, maldita sea!

Euctemón lo hizo, pero no aguantó mucho rato, y sus ojos se dedicaron a saltar del mapa a Dicearco y viceversa.

—La distancia por mar en línea recta entre Posidonia y Regio es de mil doscientos cincuenta estadios —recitó el cartógrafo—. La distancia angular que separa ambas ciudades es 1/144 de circunferencia. ¿Y bien?

Eso mismo se preguntó Demetrio. ¿Y bien? ¿Adónde quería ir a parar Dicearco? Pero su hermano miró un instante a la izquierda, sus pupilas giraron un par de veces mientras calculaba y respondió:

—Eso significa que la circunferencia de Gea es de ciento ochenta mil estadios.

—Excelente —le alabó Eumenes con voz lisa como un espejo.

—Siempre que las mediciones sean correctas y sea cierto que ambas están sobre el mismo meridiano —añadió Euctemón.

—¿Pero qué te has creído, mocoso? —exclamó Dicearco—. ¿Pones en duda mis mediciones? He utilizado los mejores métodos geodésicos. ¡Yo mismo los he inventado!

Euctemón se encogió de hombros, un gesto que resultaba aparatoso y desmañado en alguien con brazos tan largos y que además siempre los llevaba caídos.

Dicearco se calmó un poco y siguió haciéndole preguntas de matemáticas que Euctemón respondía a una velocidad inverosímil, a veces incluso antes de que Dicearco terminara de enunciar el problema. Era evidente que el topógrafo estaba desconcertado y un punto envidioso. Dejó a Euctemón un diagrama sobre esferas celestes para que le echara un vistazo, se puso en pie y tomó a Demetrio del brazo

para hacer un aparte con él.

—¿Siempre ha sido así?

—Desde que yo puedo recordar, sí. De niño se dedicaba a contarlo todo y a inventar relaciones extrañas entre los números. Una vez que estábamos jugando en el jardín se me ocurrió preguntarle cuántos ladrillos tenía la tapia que daba a la calle de las Teas. La miró un segundo y me dijo que eran cuatro mil trescientos setenta y ocho.

—¿Y lo eran?

—Sí. Me acuerdo porque tuve la paciencia de contarlos. Dicearco se volvió hacia Alejandro.

—A veces hay locos como él —le dijo—. Los dioses les privan de la razón, pero una sola de las Musas les insufla su don, y salvo en eso son unos perfectos idiotas en todo. Se ve que este muchacho es un protegido de Urania.

—Mi hermano no es ningún idiota —le defendió Demetrio—. Está obsesionado por los números, sí, pero también sabe leer y escribir perfectamente, y entiende todo lo que se le dice mejor que mucha gente. Él no tiene la culpa de ser raro.

—Desde luego, *parece* raro —intervino Eumenes.

Volvieron a acercarse a la mesa. Euctemón examinaba un papiro desplegado en el que se representaba un modelo planetario parecido al que él mismo había dibujado en el suelo. Pero aquí el centro no lo ocupaba Gea, sino un fuego central representado con tinta roja y amarilla. La propia Tierra giraba en la segunda órbita, por debajo de la Luna, el Sol y los planetas, mientras que la primera órbita la ocupaba otro cuerpo señalado con un símbolo que Demetrio no había visto nunca.

—Es un modelo pitagórico que no sirve —dijo Euctemón, sin mirar a nadie. Poniendo el índice sobre el cuerpo desconocido situado en la primera órbita añadió—: Ésta es la Antitierra que los pitagóricos necesitan para equilibrar la disposición de los elementos en el Cosmos porque han desplazado a la Tierra del centro. También la necesitan para que haya diez cuerpos siderales porque diez es un número perfecto según ellos.

—¿Por qué no vemos ni la Antitierra ni ese fuego central? —preguntó Alejandro. Dicearco hizo amago de contestarle, pero el rey le silenció llevándose el índice a los labios. Euctemón, que no había visto su gesto, prosiguió.

—La Tierra gira sobre sí misma a la vez que orbita alrededor del fuego central de manera que la superficie en que habitan los humanos siempre mira hacia el exterior y nunca hacia el centro. Del mismo modo la Luna al orbitar alrededor de Gea sufre una rotación sobre sí misma y por eso desde la Tierra siempre se ve la misma cara lunar. Esa cara lunar es la que tiene manchas porque al estar en el lado inferior de su esfera de cristal tiene contacto con la región de la esfera terrestre y participa de su imperfección.

Se había levantado una brisa que era de agradecer después del calor asfixiante del día. La luna se alzaba amarilla sobre las montañas y, rozando su borde, Ícaro empezaba su ascensión en el cielo. Demetrio echó un vistazo hacia la mesa donde estaba la cena. Allí estaban Perdicas y Peucestas, comiendo y charlando, sin ningún interés en la conversación sobre astronomía. Lo que le sorprendía era que Alejandro aún lo mantuviese. Demetrio tenía hambre, pero no se atrevía a acercarse por comida mientras el rey siguiese hablando con Dicearco y Euctemón.

—Los pitagóricos —proseguía Euctemón— fueron los primeros en propugnar que Gea es esférica porque para ellos la forma más perfecta es la esfera y los cuerpos celestes tienen que ser perfectos.

—¿Por qué la esfera? —preguntó Alejandro.

—Porque en una esfera todos los puntos de la superficie equidistan del centro. Demetrio nunca había comprendido qué tenía eso de perfecto, pero a Dicearco le debía gustar la idea, porque asintió con la barbilla.

—Pero —añadió enseguida Euctemón— ésa no puede ser la verdadera razón por la que Gea es una esfera puesto que tiene montañas y valles. Y si tiene montañas y valles su superficie no es lisa y si no es lisa tampoco es perfecta.

—Es perfecta dentro de un margen —dijo Dicearco—. No existe ninguna montaña en el mundo que mida más de diez estadios de altura, y teniendo en cuenta que el diámetro de Gea es de más de cincuenta y siete mil estadios, se trata de una desviación aceptable.

—Si tiene una desviación ya no es una esfera perfecta —se empecinó Euctemón. Dicearco resopló y Alejandro sonrió de nuevo, divertido.

—Mi querido Dicearco —intervino Eumenes—, las montañas del Paropamiso y las del Cáucaso miden mucho más de diez estadios. Lo sé porque he tenido el placer de escalarlas con nuestro rey —añadió sin el menor asomo de ironía.

—Ésa es una falsa impresión causada por el frío y el enrarecimiento del aire en circunstancias locales —respondió Dicearco—. Por definición, es imposible que una montaña pueda superar la altura que he dicho.

—Parece mentira que hayas estudiado con Aristóteles —dijo Alejandro—. Él no estaba dispuesto a mantener una teoría si veía que los hechos reales la contradecían.

–Discúlpame, ¡oh rey!, pero deberías confiar en mí para las matemáticas y la medición de la Tierra. Yo no te discuto cómo debes disponer tus falanges en el campo de batalla.

Alejandro soltó una carcajada. A Demetrio le sorprendió que un simple científico se atreviera a contradecir así al rey más poderoso de la ecúmene. Desde luego, Alejandro no parecía el tirano despótico y sanguinario que Demóstenes les había vendido a los atenienses. De hecho, a Demetrio le recordaba más lo que sabía del estadista Pericles, que había gobernado Atenas durante muchos años recurriendo a la

persuasión y no a la fuerza. Curiosamente, Pericles también frecuentaba la compañía de científicos como Anaxágoras, un jonio de quien su hermano le había hablado en términos casi elogiosos, algo raro en él.

—De todas formas el modelo pitagórico no sirve porque la Tierra está inmóvil en el centro del Cosmos —dijo Euctemón.

—En eso estoy de acuerdo, pero ¿por qué no se mueve? —preguntó Dicearco.

—Es evidente que Gea no se mueve porque si girara alrededor de ese fuego central a tanta velocidad soplarían vientos tan fuertes que lo devastarían todo y en el mar se levantarían olas tan grandes que se desbordaría de sus orillas.

Dicearco asintió.

—¿Y qué me dices de la paralaje?

—La falta de paralaje también demuestra que Gea está inmóvil y que no gira alrededor del Sol.

—¿Qué es la paralaje? —preguntó Alejandro.

—La paralaje es la diferencia entre las...

En ese momento sonó la áspera voz del caldeo:

—*Shallummu!*

Todos se volvieron hacia el este. La cabeza rojiza del cometa estaba rozando la curva inferior de la luna llena. Alejandro ordenó que apagaran las antorchas. Aunque en la calle aún había luces, la noche era clara y el aire tan diáfano que ya se veían todas las constelaciones.

—Hasta ahora has pasado el examen, muchacho —dijo Dicearco—. Ahora veremos qué pasa con tu teoría sobre el cometa.

—Ícaro va a pasar por delante de la Luna durante media hora.

Sobre la mesa había una clepsidra. Dicearco la abrió para que el agua empezara a gotear hacia el recipiente inferior.

—Yo mismo pensaba que los cometas eran fenómenos atmosféricos como las estrellas fugaces —admitió el topógrafo—. Sin embargo cuando apareció Ícaro y lo vi pasar por detrás de la sombra de la Luna comprendí que no se trataba de un cometa normal. Pero tampoco puede chocar contra nosotros ni suponer ningún peligro, porque es imposible que lo que está al otro lado de la esfera lunar, en el reino del éter, entre en contacto con lo que está en la esfera terrestre, gobernada por los cuatro elementos.

—Ícaro es un cometa y va a pasar por delante de la Luna durante media hora —dijo Euctemón— . Volverá a hacerlo una vez más antes de que se estrelle y entonces tardará la sexta parte de una hora.

—Vais a ver enseguida cómo desaparece tras la Luna —dijo Dicearco.

—Ícaro va a pasar por delante de la Luna durante media hora —insistió Euctemón. Todos contenían la respiración. Incluso Perdicas y Peucestas se habían

reunido con ellos y miraban hacia el cielo en silencio. El cometa siguió su avance, un movimiento demasiado lento para ser perceptible, pero con resultados que poco a poco se hacían visibles. Al principio, cuando la mancha roja se superpuso sobre el borde de la Luna pudo antojarse que era una ilusión óptica creada por una especie de halo. Pero el cometa siguió avanzando sin desaparecer de la vista y pronto fue obvio que estaba pasando por delante de la blanca faz de la Luna, seguido por su brillante cabellera. Demetrio suspiró. Hubiera deseado que su hermano no tuviese razón, pero estaba convencido desde el principio de que sus matemáticas eran tan infalibles y seguras como el propio curso de las estrellas.

—¿Qué dices ahora, Dicearco? —pregunta Alejandro. —Podría tratarse de una ilusión atmosférica, de un fenómeno creado por...

—No conozco ningún fenómeno que haga que se pueda ver a alguien que está detrás de una pared. A no ser que la pared sea de cristal —dijo Alejandro, con cierta impaciencia—. ¿Acaso la Luna es de cristal, Dicearco?

—La Luna no puede ser de cristal porque tapa las estrellas e incluso oscurece el Sol en los eclipses lo que quiere decir que es un cuerpo opaco —intervino Euctemón. Curiosamente, en vez de estar mirando el tránsito de Ícaro sobre la Luna tenía la mirada clavada en la clepsidra y observaba cómo el pico de la diminuta grulla de madera que flotaba en el recipiente inferior iba subiendo por la escala graduada que indicaba las fracciones de hora.

—Tiene razón —reconoció Dicearco. El topógrafo estaba contemplando el cometa a través de los tubos de una dioptra doble apoyada sobre la balaustrada—. ¿Cuál es la declinación de Ícaro ahora mismo, muchacho?

Euctemón apartó los ojos de la clepsidra, miró hacia el cometa, dobló el cuello hacia atrás hasta encontrar la zona donde se hallaba la Osa Menor y por fin dijo:

—Está una novena fracción de cuadrante por debajo del ecuador celeste. Dicho esto, volvió a concentrarse en la clepsidra, como si fuera la fuerza de su mirada y no la caída del agua lo que la hiciera moverse. Dicearco se apartó de la dioptra y preguntó a Demetrio en voz baja:

—¿Lo sabía ya o es que puede calcularlo a simple vista? —Las dos cosas —respondió Demetrio.

—En verdad es un hijo de Urania —dijo el topógrafo, y Demetrio comprendió que por fin se había rendido al talento casi sobrenatural de su hermano.

Los demás seguían observando el paso de Ícaro con desasosiego, como si estuvieran ante un mal augurio. Contemplar aquella mancha roja atravesando la faz de la Luna no era como ver el astro tapado por la sombra de las nubes. No llegaba a ser un eclipse, pero de alguna manera resultaba más inquietante, como si Ícaro estuviese profanando y manchando de sangre a la blanca Selene. Alejandro le hizo un gesto a Euctemón para que se acercara. El joven vaciló un instante mirando la

clepsidra, pero por fin se levantó del taburete y acudió, caminando sin mover los brazos. A Demetrio le sorprendía que su hermano hubiese comprendido que con Alejandro no valía hacerse el sordo como con los demás.

—¿El resto de tus cálculos están bien? —preguntó Alejandro.

—Son cálculos muy sencillos cuando se comprenden —respondió Euctemón—. Ícaro gira cada vez más rápido alrededor de Gea porque está más cerca y por eso ahora tarda sólo siete días en desaparecer del cielo y está otros siete días escondido bajo el hemisferio austral. Tardará cada vez menos hasta que gire tan rápido que se vea a simple vista su movimiento y entonces se estrellará contra Gea.

—¿Por qué no cae directamente en vez de dar vueltas? —preguntó Eumenes.

—Ícaro no cae hacia la Tierra en movimiento rectilíneo porque debe estar compuesto de éter fuego y tierra y el éter hace que...

—Más despacio, Euctemón —le dijo Alejandro—. Más despacio, por favor. Demetrio observó que el rey se llevaba la mano a la cabeza y se apretaba las sienes, pero sólo fue un instante. Enseguida levantó la mirada de nuevo y sus ojos buscaron el rostro de Euctemón. Pero, curiosamente, se quedaron fijos en un punto que estaba a casi un palmo a la izquierda de su rostro. Demetrio se preguntó si a Alejandro no se le estaría contagiando la extraña conducta de su hermano.

Por su parte, Euctemón tragó saliva y ralentizó sus palabras, pero a cambio aceleró el movimiento de sus dedos, que se cruzaban y descruzaban a toda velocidad como si estuvieran animados de vida propia. Demetrio sabía cuánto le angustiaba aquella conversación y, sobre todo, ser el centro de atención de tantas personas a la vez.

—El éter es el elemento más ligero y hace que el cometa tienda a ascender y a mantenerse por encima de la Luna. El fuego y sobre todo la tierra lo hacen más pesado y hacen que tienda a caer. Ese conflicto hace que se mueva en espiral. Pero el fuego y la tierra son dos elementos y están venciendo al éter. O el éter del cometa se está extinguiendo y por eso se precipita hacia la Tierra.

—El éter es inextinguible por su propia naturaleza. Eso es como decir que los dioses son mortales —exclamó Dicearco.

—Anaxágoras decía que los astros son en realidad piedras —dijo Alejandro, apoyando una mano en el hombro de Lisanias. Demetrio pensó que tal vez se había mareado, porque seguía teniendo la mirada algo desenfocada—.Yo mismo he visto la que cayó del cielo en Egospótamos. ¿Qué tamaño puede tener esa piedra, Euctemón? La que yo vi era como un carromato, y según me contaron los lugareños había abierto un gran cráter en el suelo.

Euctemón volvió a mirar hacia el cometa, y sus pupilas giraron en rápidos círculos. Demetrio esperaba una respuesta rápida, pero su hermano tardó en contestar.

—Ícaro está tapando un doceavo de luna. Un doceavo de luna, un doceavo de

luna... Falta geometría —añadió consternado.

Demetrio comprendió que le fallaba alguna fórmula básica para hacer sus cálculos. Entonces su hermano se dio la vuelta y corrió hacia la mesa de Dicearco. Allí se puso a revolver entre los rollos de papiro, las reglas, los compases y los tinteros, tirando al suelo todo lo que le estorbaba. El topógrafo dio un grito y se quiso abalanzar sobre él, pero Peucestas lo retuvo agarrándole por ambos codos.

—¡Me va a estropear los mapas! —se lamentó Dicearco.

Por fin Euctemón debió encontrar lo que buscaba, un dibujo topográfico que representaba relaciones entre ángulos. Leyó a toda prisa las fórmulas que lo acompañaban, volvió a mirar hacia el cielo y, casi por primera vez en su vida, sonrió.

—El cometa Ícaro mide quinientos estadios de diámetro con un décimo de aproximación. Demetrio sintió que el estómago se le encogía.

—¿A cuánto equivale esa distancia?

—El cometa Ícaro mide casi la mitad de la isla de Creta.

Todos se quedaron callados durante un rato. Por fin, Peucestas dijo:

—¿Seguro que quieres conquistar Roma, Alejandro? ¿No crees que deberíamos pasar los meses de vida que le quedan al mundo fornicando y bebiendo como locos?

Nadie se rió, ni siquiera el propio Peucestas. La cabeza del cometa abandonó por fin el disco de la Luna, pero su larga cabellera seguía atravesándola como una flecha. Euctemón volvió a inclinarse sobre la mesa, miró la clepsidra y dijo:

—El cometa Ícaro ha hecho su tránsito sobre la Luna en media hora.

Al despedirlos, Alejandro insistió en que no dijeran nada.

—Si es verdad que las estrellas son divinas, tal vez el dios que guía al cometa Ícaro decida cambiar su curso para que se pierda de nuevo en el cielo —dijo.

—Eso es im...

—¡Cállate, Euctemón! —rugió su hermano.

Lisanias comprendió el temor del ateniense. Si Euctemón amenazaba con divulgar lo que se había hablado allí aquella noche, el rey podía hacerlos matar a ambos. Pero Alejandro, que se había recuperado de su breve crisis, agarró a Euctemón por los hombros y le miró a los ojos. Era obvio que el ateniense se sentía muy incómodo en esa situación, pues movía la barbilla hacia los lados en tirones nerviosos, como si una fuerza superior le obligara a rehuir la mirada de Alejandro. Pero la voluntad de éste era más fuerte y le retuvo.

—Eres uno de mis soldados, Euctemón. Me has jurado obediencia.

—Sí.

—Mi orden para ti es que no hables de esto con nadie. Ni siquiera puedes comentarlo con tu hermano. Dime que lo has entendido.

—Lo he entendido.

—Dime: «Lo he entendido, Alejandro».

Euctemón tragó saliva.

—Lo he entendido, Alejandro.

El rey le soltó por fin. Por un instante su mano se acercó a la mejilla de Euctemón como si fuera a darle un cachete cariñoso, pero se arrepintió. Lisanias asintió aprobador. Era obvio que aquel lunático lo pasaba mal cuando alguien le tocaba.

Alejandro y Lisanias se quedaron solos con Perdicas y el caldeo, que apenas había pronunciado palabra. Alejandro se volvió hacia él.

—¿Qué opinas, Kalba?

El babilonio le respondió en un griego cargado de aspiraciones guturales.

—¿Has visto cómo entrelazaba las manos todo el rato, señor? Es la postura sagrada del dios Nabu. Y Nabu es el señor de los cielos, así que es natural que ese hombre comprenda sus secretos.

—¿Qué va a ocurrir? ¿Ícaro va a caer sobre nosotros?

—He trazado tu horóscopo, señor —dijo Kalba hurtándole la mirada, como solían hacer los babilonios—. Me habla de muerte cercana. Y tú eres el soberano del mundo, así que los cielos simbolizan en ti el...

—Entiendo —le interrumpió Alejandro. Después se volvió a Perdicas y le apretó el hombro—. Parece que nuestra aventura se va a acabar.

—Eso parece —respondió Perdicas. Lisanias no sabía cómo interpretar su expresión. Más que asustado parecía casi aliviado.

—Antes de que Ícaro nos aplaste, tengo el deseo de cabalgar contra los romanos al frente de los Compañeros, como hice contra Darío. ¿Me acompañarás, hermano?

—Por supuesto, Alejandro.

—¿Vendrás conmigo en mi última carga a lomos de *Amauro*? Perdicas tragó saliva. A la luz de la luna, a Lisanias le pareció ver que los ojos se le humedecían.

—Estoy seguro de que no será la última, Alejandro.

Perdicas y Kalba también se fueron, y Alejandro se quedó a solas con Lisanias. Sólo entonces se desplomó sobre la silla que había ocupado Dicearco y se tapó los ojos con las manos.

—Te ha vuelto a pasar —dijo Lisanias.

—¿Se ha notado mucho?

—Creo que Demetrio sospechó que no veías.

—Ese joven es perspicaz.

—Y muy guapo —añadió Lisanias.

Alejandro soltó una carcajada desprovista de alegría.

—Lisanias, Lisanias, no deberías sentirte... —Se interrumpió y a duras penas contuvo un gemido.

—¿Qué te pasa? ¿Es el dolor?

Las uñas de Alejandro rechinaron sobre el tablero de la mesa, pero sólo fue un segundo y enseguida recobró el control. —Acércame el vino.

Lisanias le puso la copa delante. Alejandro la apuró de un trago y le pidió que se la volviera a llenar. Tras vaciarla de nuevo, le pidió: —Ayúdame a bajar. Se me nubla la vista.

Cuando llegaron al aposento real, Alejandro le despidió sin tan siquiera dejar que le ayudara a quitarse la ropa. Tras cerrar la puerta de la alcoba a sus espaldas, Lisanias no pudo aguantar más el nudo que tenía en la garganta y empezó a llorar. Había visto en los rostros de los demás el temor por la destrucción del mundo, pero él sólo podía sentir dolor por Alejandro. En sus ojos había una sombra de desesperación, como si las tinieblas del Hades hubieran penetrado en ellos. Su tristeza, bien lo sabía Lisanias, no era sólo porque presintiera su propia muerte. Se avecinaba el fin de todo y Alejandro, como rey de los hombres e intermediario entre ellos y los dioses, se sentía responsable de su suerte y a la vez impotente para evitarla.

Lisanias salió al patio. Mientras se lavaba la cara en el aljibe, pensó que tal vez Alejandro también estaba llorando y que por eso había rechazado su compañía. Después se preguntó si con Hefestión habría hecho lo mismo. Sospechaba que sí. Los dioses deben llorar solos.

LA RAMA DORADA

¿Quieres ver algo interesante? Embebido en sus notas, Néstor no había oído ni sentido nada hasta que Gayo Julio le puso la mano en el hombro.

—¿Ahora? Debe de ser muy tarde —respondió, volviendo la mirada hacia atrás. La luna llena se acercaba a su cenit, pero su faz aparecía manchada por la cabellera del cometa, que se había cruzado en su sendero.

—Es casi medianoche. El momento preciso —dijo Gayo Julio.

A Néstor se le habían pasado las horas sin darse cuenta. Pensó que después de caminar todo el día debería notar sueño, pero tenía los ojos tan abiertos como un búho. Aunque el firmamento seguía claro como cristal de roca y apenas soplaba el viento, en el aire flotaba algo electrizante, una especie de presencia extraña que le alteraba los nervios y le hacía rascarse la nuca cada pocos segundos.

Gayo volvió a observar la menuda y compacta caligrafía de Néstor. Por un momento, al ver que los ojos del tribuno bailaban de un lado a otro en pequeños saltos, el médico se temió que pudiera leer lo que había escrito. Mientras hablaba para distraerle y no dar la impresión de que le quería hurtar de la vista las notas, se levantó, cerró las tapas de cuero del cuaderno y anudó la cinta verde que las rodeaba.

—¿Hasta qué punto es interesante? —preguntó—. ¿Merece la pena una caminata nocturna?

—Estoy seguro de que en cuanto volvamos querrás anotarlo en tu libro.

Néstor se calzó las botas, se apretó el cinturón y buscó el sombrero entre sus cosas, pero Gayo le aseguró que regresarían antes de que saliera el sol. Para entonces ya se habían reunido a su alrededor tres équites de la decuria de caballería, uno de los centuriones y cinco jóvenes legionarios. Los miembros de la pequeña comitiva salieron del campamento por la puerta de la empalizada, recorrieron unos quinientos pasos por la calzada y después la abandonaron para desviarse hacia la derecha.

—Conozco bien esta zona —le dijo Gayo a Néstor—. Poseo una finca más al norte, en Túsculo. Pero es la primera vez que tengo ocasión de presenciar lo que vamos a ver hoy.

—¿Qué va a pasar?

—Vamos a asistir a una coronación. *Laureatio regis nemorensis* —añadió en latín.

A la luz de la luna y de Ícaro recorrieron un sendero de tierra apisonada entre las tapias de dos predios, y un par de perros se acercaron ladrando, aunque no se atrevieron a saltar el bardal. En aquella zona era difícil encontrar territorio silvestre. Conforme se acercaban a la ciudad, Néstor había observado que los campos se veían

cada vez más poblados y cuidados. Apenas había una parcela sin desaprovechar, y aunque la recolección del grano había terminado hacía casi un mes, los campesinos seguían con otras tareas. Le había llamado la atención en particular ver a muchos de ellos excavando el terreno para descubrir amplios túneles abovedados que corrían por debajo del suelo. En Persia había encontrado algo parecido, los *qanats* subterráneos que bajaban de las montañas para llevar agua a las sedientas llanuras. Pero en los alrededores de Roma, según le había explicado Gayo, aquellos túneles no servían para traer agua sino para llevársela, y cada pocos años había que limpiarlos de barro, piedras y ramas para que no se atrancaran. En el pasado todos aquellos parajes, incluidos los valles que corrían entre las siete colinas de la ciudad, eran tan húmedos e insalubres como las Ciénagas Pontinas. Sólo a fuerza de mucho trabajo y de constantes obras de mantenimiento habían conseguido drenarlos. La tierra allí no era tan fértil como Alejandro había hecho creer a sus hombres; según él, casi bastaba clavar una azada en el suelo para que manara un torrente de leche o miel. Pero el secreto de que esa comarca mantuviera a tantos habitantes residía más bien en la tozudez y organización de los romanos y en su habilidad casi innata como ingenieros.

Poco después tomaron otro desvío y el camino empezó a ascender en una suave pendiente. Frente a ellos se levantaba la oscura masa de un monte de cima aplanada. Gayo le dijo que aquél era el monte Albano, donde se encontraba la ciudad de la que procedían sus ancestros. Pero ahora nadie conocía a ciencia cierta el emplazamiento de Alba, pues Tulo Hostilio, el tercer rey de Roma, la había hecho arrasar hasta los cimientos.

—A los reyes les encanta arrasar ciudades —comentó como de pasada. Néstor comprendió que se refería a Alejandro—. Tebas, Tiro, Persépolis, Damasco... Pero tu señor puede estar seguro de que no hará lo mismo con Roma.

Ahora no había muros a los lados, pues caminaban por praderas comunales. A lo lejos se oían voces, cánticos confusos. Poco después el sendero descrestó una loma y el panorama se abrió ante ellos. A sus pies se extendía un lago de aguas oscuras cuya forma casi circular revelaba que en algún momento del pasado había sido el cráter de un volcán; Néstor comprendió ahora la forma achatada del monte Albano, que se elevaba algo más al norte. El lago estaba rodeado por laderas escarpadas y cubiertas de robles, castaños y avellanos. Resguardado por ellas, los vientos casi no lo alcanzaban, y su superficie reflejaba la faz de la luna y la larga cola de Ícaro con la quietud casi sobrenatural de un espejo.

—*Lacus Nemoris* —le informó Gayo—. También lo llaman el Espejo de Diana.

Por la orilla este del lago, a su derecha, corría una larga riada de antorchas que se dirigían a una terraza situada bajo un escarpe más pronunciado en la vertiente este, a unos seis o siete estadios de ellos. También había hileras de luces bajando por las laderas del norte y del oeste, y todas ellas confluían hacia el mismo sitio.

Bajaron la cuesta tan sólo con la luz que les brindaba el cielo, como buenos soldados, y llegaron a la orilla del lago. Había cientos de personas caminando al borde del agua. Como el sendero era estrecho, se detenían cada pocos pasos y esperaban con paciencia a que la cola se pusiera de nuevo en marcha. Gémino, el centurión que había azotado a los tres legionarios libertinos, abrió los brazos para despejar un camino entre la gente. Cuando alguno se hacía el remolón, le animaba golpeándole como al descuido con el astil del *pilum* mientras decía:

—¡Paso al noble tribuno de Roma Gayo Julio César!

Adelantaban a campesinos con sus mujeres y sus hijos, a pastores, a cazadores que llevaban al hombro cervatillos aún vivos con las piernas atadas para ofrecérselos a la diosa del santuario.

—Este lugar está consagrado a Diana —explicó Gayo—. Es vuestra Ártemis, la diosa cazadora.

—Entiendo.

—Hoy es el plenilunio central del verano, el día en que va a cambiar el Rey del Bosque. El actual lleva demasiado tiempo en el santuario y la gente del lugar opina que les trae mala suerte. —

Gayo señaló hacia el cielo—. Dicen que este rey llegó a la vez que Tinia, así que si se libran de él creen que el cometa desaparecerá. Según ellos, el cometa emponzoña las aguas y las cosechas, agria la leche en las ubres de las vacas y cada vez nacen más terneros y cabritos deformes.

—¿Y es verdad? —preguntó Néstor, escéptico. Gayo se encogió de hombros.

—En el campo siempre hay cosas que salen mal y algunas, menos, que salen bien. Todo es cuestión de en qué quieran fijarse los campesinos. Cuando ahora cambien al rey del bosque, volverán a su casa, beberán vino picado, comerán queso agrio y pan lleno de gorgojos como si fueran manjares y dirán: «¡Ah, cómo se nota que ahora los dioses nos sonríen!».

Néstor percibió cierto desdén en sus palabras. Gayo Julio no parecía un romano demasiado apegado a las tradiciones rurales, y de hecho se lo habría imaginado mejor caminando por los populosos bulevares de Alejandría que por aquellos senderos silvestres.

Llegaron al pie del risco. Bajo él habían levantado un muro, en cuyos nichos ardían luces votivas. Al lado crecía un bosquecillo de robles, uno de los cuales, el más imponente y altivo, se erguía en solitario apartado de los demás y rodeado por un anillo de antorchas clavadas en el suelo. Más a la izquierda estaba el templo de Diana, un modesto edificio de madera con tejas de terracota, levantado sobre un zócalo que a la vez hacía de malecón sobre la orilla del lago.

Los lugareños se agolpaban en corro desde la entrada sur del santuario hasta la parte norte, allí donde se precipitaba al lago la fuente Egeria, un manantial que según

Gayo pertenecía a una ninfa muy querida por los romanos. Nadie se atrevía a pasar más allá del círculo de fuego que circundaba el roble. Gayo se abrió paso como un escalpelo hasta situarse en la primera fila. Era difícil saber cuánta gente se había congregado allí. Néstor calculó que podían ser más de cuatrocientas personas, aunque era muy posible que las luces de las teas y los hachones le confundieran y dieran más impresión de multitud de la que realmente había.

—Ese roble es más antiguo que la propia Roma —le dijo Gayo. Reinaba un silencio sobrecogido en el que podía escucharse el rumor de la fuente al precipitarse ladera abajo hasta el lago.

Sin cruzar en ningún momento el círculo, los lugareños empujaron adelante a siete hombres que venían con las manos atadas a la espalda y las caras cubiertas con sacos de lona. Cuando les quitaron las capuchas, Néstor pensó que tenían cara de bestias acosadas. Los hombres que les habían traído venían armados y habían formado un cordón tras ellos, pero aún así Gayo desplegó a sus soldados para ayudarles a controlar a los prisioneros.

—Son ladrones de ganado, o esclavos fugitivos, o siervos que han golpeado o matado a sus amos —le explicó a Néstor.

—¿Para qué los han traído?

—Para que uno de ellos se convierta en el nuevo sacerdote de este santuario.

Uno de los congregados, un viejo alto y fornido que por la seguridad con que se movía entre los demás también debía de ser patricio, saludó a Gayo y le consultó algo en voz baja. El tribuno contestó en susurros, y el viejo asintió. Después pasó revista a los siete candidatos y se decidió por el más alto de ellos, un hombretón rubio con una espesa barba. Le cortaron las ataduras, le pusieron en la mano una espada herrumbrosa y le dijeron algo en un latín tan cerrado o tan arcaico que Néstor no lo entendió.

—Ese hombre tiene que llegar al roble y arrancar de él una rama dorada de muérdago —explicó Gayo—. Si lo consigue, se convertirá en el Rey del Bosque.

Néstor asintió. Como tantas otras cosas que veía en lugares en los que se suponía que no había estado nunca, todo aquello despertaba en él una sensación de vaga e incómoda familiaridad que se le escapaba entre los dedos.

El hombre empuñó la espada y miró a su alrededor frunciendo el entrecejo, como si sopesara la posibilidad de abrirse paso a tajos entre la gente y escapar en la noche. Aunque no parecía gozar de muchas luces, debió darse cuenta de que era mejor afrontar la prueba. Tras escupir a un lado y hacer un gesto apotropaico con la mano izquierda, atravesó el círculo de antorchas y echó a trotar hacia el gran roble.

Debía de haber unos treinta pasos hasta el árbol. Al ver que el prisionero ya casi estaba bajo su copa, empezaron a oírse entre la gente susurros e incluso algunos gritos de ánimo.

En ese momento, de entre los árboles que crecían bajo la ladera surgió una sombra. Alguien gritó: «¡Mirmidón!». Se oyeron gemidos ahogados y más voces de aliento para el esclavo, que miró a su derecha y aceleró el paso. Cuando estaba a punto de alcanzar el tronco del roble, la sombra se deslizó por detrás de él y pasó de largo. No se oyó nada, pero el prisionero cayó al suelo soltando la espada, extendió el brazo para rozar la base del árbol y ya no se movió más.

La sombra se adelantó hacia el círculo de las antorchas. Era un hombre delgado, de estatura mediana y trenzas que le caían sobre los hombros. Vestía una túnica de lana hasta las rodillas e iba descalzo. Néstor pensó que tenía los andares silenciosos y amenazantes de un león. Se detuvo a unos diez pasos de ellos, con los brazos caídos y la espada apuntando al suelo.

—¿Éste es el Rey del Bosque? —preguntó Néstor, agachando un poco la cabeza para hablarle al oído a Gayo.

—Sí. Para convertirse en Rey del Bosque y sacerdote de este santuario hay que asesinar al anterior. Pero el que lo hace sabe que, tarde o temprano, llegará otro hombre que arrancará la rama de muérdago del roble y le matará en duelo.

—¿Así que ese hombre mató a alguien para ocupar ese puesto?

—Hace seis años. Desde entonces nadie ha logrado desbancarlo.

—¿Quién quiere ser Rey del Bosque sabiendo que tarde o temprano lo han de matar?

—Ya te lo he dicho: asesinos, bandidos, esclavos fugitivos... A veces el que se presenta para Rey del Bosque es un loco, o alguien que lo hace sólo por devoción a Diana. Lo habitual es que sólo viva un año, pero no es tan malo. Las gentes del lugar le traen comida, miel y vino. Y creo que las muchachas de los alrededores suelen venir a visitarlo —añadió con una sonrisa muy peculiar. *Este tipo es un mujeriego,* pensó Néstor, y le irritó sin saber por qué.

Claro que lo sabía. Era por Clea. Gayo Julio era el típico seductor que engatusaba a adolescentes soñadoras como la siracusana.

—¿No se supone que Diana es una diosa virgen?

No llegó a escuchar la respuesta de Gayo, porque los susurros de los asistentes habían ido subiendo de volumen hasta convertirse en un coro discordante de insultos dirigidos a Mirmidón, que les observaba sin mover un dedo. El viejo patricio dio una orden, y esta vez Néstor sí la entendió.

—*Omnes sex!*

Los lugareños desataron a los seis cautivos y les entregaron armas variadas: tres espadas, un machete, un hacha de bronce y hasta un bieldo con cuatro largas púas. El centurión se acercó a Gayo y le comentó en tono preocupado:

—Diana no va a permitir esto. Tienen que ir de uno en uno. Debemos impedirlo.

Gayo esbozó una sonrisa malévola.

—Deja que la diosa demuestre quién es su favorito, Gémino.

Los seis hombres, tipos jóvenes, nervudos y de mirada torva, se reunieron en corrillo y empezaron a cuchichear, envalentonados al verse juntos. Néstor se apartó un poco, temiendo que ahora sí decidieran huir abriéndose paso por la fuerza en vez de afrontar el riesgo y el dudoso honor de que alguno de ellos se convirtiera en Rey del Bosque.

—¡Entrad ahora mismo al círculo!

Como si hubieran oído el chasquido de un látigo, los prisioneros abrieron el corro y se enderezaron. Néstor no había oído a Gayo Julio utilizar aquel tono hasta entonces, pero incluso él sintió una corriente eléctrica que le atravesaba la espalda y le obligaba a enderezarse como un centinela sorprendido en plena siesta. El tribuno parecía de pronto más alto y más grande, como un caballo que hinchara el cuerpo para impresionar a otros sementales. Todo el mundo se calló por un instante, y los seis candidatos al sacerdocio de Diana atravesaron a regañadientes el anillo de antorchas.

El Rey del Bosque retrocedió lentamente, caminando de espaldas y sin mirar atrás hasta detenerse a diez pasos de su roble. Los prisioneros se separaron, formaron un círculo a su alrededor y después empezaron a cerrarlo. Ninguno de ellos intentó correr hacia el árbol para arrancar la rama de muérdago; al parecer habían acordado que les convenía acabar primero con el viejo rey y sólo entonces decidir por las armas quién de ellos habría de ser el nuevo sacerdote del templo.

Tras el silencio anterior, los murmullos empezaron a subir otra vez de volumen y se escucharon nuevos gritos de ánimo e insultos contra Mirmidón. Algunos imitaban el aullido del lobo y otros el balido del chivo. También se oían gritos histéricos, y había gente que empezaba a dar brincos en el suelo o a agitar las antorchas en el aire.

Los seis candidatos habían cerrado ya el círculo y estaban a poco más de dos pasos de Mirmidón, que seguía con los brazos pegados a los costados como una estatua egipcia.

—Allá va —susurró Gayo, que lo observaba todo sin pestañear.

Fuera porque había leído la mente de Gayo, o porque Gayo se la hubiera leído a él, el hombre que empuñaba el bieldo se lanzó al ataque y los demás lo secundaron.

Néstor tuvo la sensación extraña de que algo de lo que estaba viendo no cuadraba, de que sus sentidos le estaban engañando como sucede con la vista cuando se introduce un palo en el agua. Cuando la horca se acercó a su cara, Mirmidón movió apenas la cintura, en un movimiento que ni siquiera pareció rápido, y estiró el brazo derecho. Las púas del bieldo rozaron los cabellos del Rey del Bosque mientras que la espada de éste se hundía en la axila del atacante. El hombre se desplomó, y si gritó, su voz quedó ahogada por los rugidos de los asistentes al salvaje ritual.

Mirmidón sacó la espada, se volvió a su izquierda y dobló la rodilla en tierra, de

tal modo que el hachazo destinado a decapitarle silbó por encima de su cabeza. Al mismo tiempo volvió a extender el brazo, pero a Néstor se le antojó que no lo hacía con la furia de un guerrero que tira una estocada a matar, sino con la fría concentración con la que él mismo clavaba el bisturí para reventar una ampolla o un forúnculo. Cuando la espada de Mirmidón se hundió en la ingle de su atacante, éste cayó de espaldas y empezó revolcarse entre alaridos.

Con la fluidez casi apática de un instructor explicando los movimientos de esgrima a sus soldados, Mirmidón volvió a extraer la espada, se incorporó y con la mano izquierda detuvo en el aire la muñeca de un nuevo atacante, el tercero. Pero en vez de herirle a él golpeó hacia atrás como si tuviera ojos en la coronilla. La punta de su espada se clavó bajo el mentón del cuarto adversario y le asomó por la nuca. De nuevo, con aquella engañosa lentitud, la espada giró en el aire y bloqueó el tajo del quinto atacante. Fue la única vez que se oyó el repicar del metal. Mirmidón flexionó su brazo izquierdo para tirar del tercer atacante y lo lanzó contra el quinto. Durante el instante en que ambos prisioneros tropezaron y trataron de apartarse, el Rey del Bosque se volvió y traspasó el pecho del sexto con su hoja; fue un movimiento tan breve, entrar y salir, que ni la misma víctima debió darse cuenta de por qué estaba muerto.

Cuando los dos enemigos que quedaban se desenredaron a trompicones de su abrazo y vieron la escabechina que había organizado Mirmidón en cuestión de segundos, el valor que habían acopiado en su breve conciliábulo les abandonó y salieron corriendo. Uno de ellos decidió huir hacia el roble. Mirmidón se agachó para recoger el bieldo caído en el suelo y lo lanzó con la mano izquierda como una jabalina. El bieldo trazó una breve parábola en el aire, cayó sobre el fugitivo y le atravesó los riñones.

El último superviviente llegó hasta el círculo de antorchas, pero allí se encontró con una muralla de antorchas, cuchillos y horcas puntiagudas que le impedían salir. Retrocedió con los ojos muy abiertos y los brazos extendidos, como si no entendiera por qué sus congéneres le rechazaban. Mirmidón siseó a su espalda. El hombre se volvió, cayó de rodillas, dejó caer el machete al suelo y acercó ambas manos a la altura de su pecho para juntar las palmas implorando piedad. Pero algo le debió convencer de que su gesto era inútil y dejó caer los brazos. Mirmidón le agarró del pelo con la mano izquierda, tiró de su cabeza hacia arriba y cortó hacia un lado con la espada como si estuviera seccionando el cuello de un gorrino.

Mientras su víctima se desangraba entre pataleos convulsivos, Mirmidón arrancó una antorcha del círculo que ardía en el suelo y se adelantó hacia los congregados. Se hizo un silencio tan espeso que podía oírse el gorgoteo del último candidato a sacerdote ahogándose con su propia sangre.

—¿Alguno de vosotros quiere ser el Rey del Bosque? —preguntó, con la voz

áspera de quien lleva mucho tiempo sin hablar.

El hombre extendió la espada y todos pudieron ver que de ella colgaba un trozo de intestino. Los lugareños empezaron a recular, y cuando el primero dio la vuelta y arrancó a correr los demás le siguieron. Los legionarios y los caballeros que acompañaban a Gayo también retrocedieron, aunque manteniendo algo de decoro. Pero el tribuno no movió los pies del suelo, ni siquiera cuando Mirmidón le acercó la punta de la espada al cuello y la tripa eviscerada le cayó sobre el pie izquierdo chorreando negra sangre.

—¿Quieres ser el Rey del Bosque, soldado? Es muy sencillo. Sólo tienes que matarme.

—Lo sé.

—Así podrás reinar un tiempo. ¿No es lo que quieres? Convertirte en el nuevo rey. Pero cuando lo hagas, no tendrás mucho tiempo para reinar. Alguien vendrá y te matará. Siempre ocurre así.

—También lo sé.

Mirmidón bajó la espada y encorvó los hombros. Después miró a Néstor, que sintió un escalofrío. La luz de la antorcha bailaba en los ojos de aquel hombre, pero por algún extraño efecto parecía que el resplandor, en vez de ser un reflejo, brotaba de ellos. Y cada uno era de un color, como los ojos de Alejandro.

—Tú no quieres ser Rey del Bosque —dijo—. Tú sólo quieres observarlo todo sin alterar nada, pasar por la vida sin manchar lo que tocas. Pero eso es imposible.

—Lo sé.

—No, no lo sabes. Lo has olvidado.

Néstor se estremeció de nuevo. Mirmidón le tendió la antorcha y él la cogió. Durante unos segundos se quedó mirando su brazo desnudo, surcado de venas, tendones y músculos fibroso que bajo las llamas resaltaban como surcos en la corteza de un árbol. No tenía ninguna cicatriz, y ahora tampoco había recibido ninguna herida. Ni siquiera la sangre de sus víctimas le había salpicado.

Más tarde, en el campamento, los que habían presenciado el fallido intento de derrocar al Rey del Bosque se sentaron alrededor de una hoguera, hablando en susurros para no despertar a los demás. El poco sueño que pudiera tener Néstor lo había perdido del todo. Sabía que al día siguiente se arrepentiría cuando las piernas empezaran a flaquearle a mitad de la jornada, pero no iba a dar a esos romanos el placer de demostrar que era más débil que ellos.

A la luz de la luna y del cometa, que ya bajaban hacia el oeste, los soldados y el médico contaron sucesos como el que acababan de presenciar, experiencias extrañas que ellos mismos habían vivido o escuchado de otros. Aunque Néstor entendía buena parte de lo que estaba escuchando, Gayo se lo iba traduciendo. Se habló de prodigios de todo tipo: vacas que parían cerdos y cerdas que parían terneros, niños que nacían

con escamas de peces, lluvias de ranas, de piedras y de sangre, estatuas que hablaban, lloraban o incluso se bajaban del pedestal y pasaban una noche entera deambulando fuera de su templo, apariciones de faunos y ninfas, conjuros, brujerías y aojos diversos. Néstor se tomaba aquellas historias con bastante escepticismo, aunque tenía que reconocer que si alguien le hubiese contado lo que acababa de presenciar bajo el gran roble del lago, él mismo no lo habría creído.

—¿Qué has visto tú, médico? —le preguntó uno de los équites, un joven que llevaba las mejillas afeitadas como Gayo Julio y chapurreaba el griego—. Tienes que haber viajado mucho, ¿no?

Néstor calculó las decenas de miles de estadios que había recorrido acompañando a Alejandro, desde el Indo y el Punjab a las inhóspitas estepas de la Sogdiana, las orillas del mar Hircanio, las arenas de Arabia, las montañas al norte del Istro, buena parte de Grecia y Macedonia, Egipto, Sicilia, ahora Italia. Todo eso en seis años. ¿Qué otros países había visitado antes y no recordaba?

—Sí, he viajado un poco.

—¿Es verdad que en Babilonia todas las mujeres tienen que prostituirse al menos una vez en su vida?

Cuando les tradujeron la pregunta, los demás legionarios se acercaron aún más al fuego con miradas de interés. Néstor sonrió.

—Es la primera pregunta que me suele hacer todo el mundo. Los jóvenes siempre estáis pensando en lo mismo.

Los soldados se rieron, y el centurión le pasó un odre de vino. Gayo Julio estaba sentado un poco aparte de los demás, en su silla plegable y no en el suelo, manteniendo un equilibrio entre la camaradería y la distancia que en él resultaba tan natural como todo lo que hacía.

Néstor respondió que no era cierto, pero a cambio les habló de la prostitución sagrada en el templo de Ishtar, adornando algunos detalles para deleite de su auditorio. Mientras lo hacía pensó que aquellos romanos no eran tan distintos de los macedonios con los que llevaba años compartiendo fuegos de campamento. Tenían los mismos intereses: los buenos relatos, las mujeres, un trago de vino al caer la noche para olvidar las miserias del día.

Siguieron hablando un buen rato. Néstor era cada vez más quien llevaba la voz cantante. Aunque sus recuerdos fueran tan breves, había visto sitios maravillosos y había sido testigo de costumbres y rituales tan llamativos como los extravagantes funerales de los jinetes escitas, los sangrientos rituales de Cibeles en Frigia o la celebración del Año Nuevo en Babilonia.

Poco a poco los soldados más jóvenes, vencidos por el sueño, se fueron quedando dormidos junto al fuego. Cuando ya sólo quedaban despiertos Gayo Julio y el centurión, que aunque daba cabezadas se había empeñado en demostrar que él

aguantaba tanto como su tribuno, los derroteros de la conversación habían vuelto precisamente a Babilonia. A Néstor el vino le había soltado la lengua, o tal vez era por la sensación de compañerismo momentáneo que estaba disfrutando en aquel país extraño y con los enemigos de su rey. Les habló de sus excursiones con Alejandro por Babilonia en las primeras semanas después de su curación. A cambio omitió contar el motivo de tantas andanzas, pues ni siquiera la locuacidad de aquel instante podía hacerle traicionar la confianza de su paciente y amigo. La verdad era que Alejandro había dejado de beber y por eso, como no podía conciliar el sueño y el enorme palacio de Nabucodonosor se le antojaba una estrecha jaula, tenían que salir todas las noches a recorrer las calles de la gran urbe del Éufrates.

Después de curarle el envenenamiento, Néstor comprendió que, aunque nadie hubiese vertido un tóxico en ella, la copa de Heracles habría acabado destruyendo a Alejandro. Era de esos hombres que lo hacen todo de forma desmedida, y para él no había más alternativa que ser abstemio o beber tanto como tres soldados juntos. Para convencerle de que se olvidara del vino, Néstor empezó diciéndole que se estaba matando él solo. Pronto se dio cuenta de que así no iba a conseguir nada, pues Alejandro se comportaba como si creyese que nunca iba a morir, y por otra parte cuando se acordaba de Hefestión caía en un estado de negra tristeza y se lamentaba que la vida ya no tenía sentido para él.

De modo que Néstor había decidido recurrir a otros argumentos. Le habló al apuesto y vanidoso Alejandro de la inexorable decadencia física que, de seguir así, iba a sufrir como mucho en el plazo de tres o cuatro años: tobillos hinchados por la hidropesía, párpados hinchados, venillas rotas en la nariz, bolsas colgando bajo los ojos, piel áspera y cuarteada, un aliento apestoso en lugar del fresco aroma que todo el mundo alababa. Al decirle todo eso Néstor, sin darse cuenta, le estaba hablando a Alejandro de su propio padre. Al recordar la imagen de Filipo tal como era cuando lo asesinaron, un hombre abotargado, afeado y envejecido a sus cuarenta y seis años, estrelló contra la pared la copa de cristal de Sidón y juró que no volvería a probar el vino.

Era una decisión difícil. Néstor sabía que a cualquier borracho le cuesta dejar de beber. Pero al estudiar el comportamiento de Alejandro y conocerlo un poco más, comprendió que para él el vino suponía algo más. Su mente era demasiado rápida, demasiado ambiciosa, y sus pensamientos saltaban de país en país y de mar en mar y sobrevolaban ríos y montañas. Su visión interior contemplaba el mundo desde tanta altura como si viajase a lomos del cometa Ícaro. Pero allí, en esa atalaya tan elevada sobre el resto de los humanos, Alejandro se sentía muy solo. El vino era una forma de embotar, de lentificar una inteligencia que por propia iniciativa nunca descansaba, ni en sueños. Gracias a él podía olvidarse de todo al ponerse el sol y sentirse más amigo de sus amigos. Con el vino, las bromas de los Compañeros le parecían más divertidas,

incluso las torpes chanzas del metepatas de Meleagro, veía más hermosas y apetecibles a las cortesanas que banqueteaban con ellos y, en general, el mundo le parecía un lugar más sencillo en el que bastaba con recordar las glorias de Gaugamela y no había por qué preocuparse de organizar un imperio al día siguiente.

Por eso Alejandro había recurrido a Néstor, para que sus noches no fueran eternas. El médico sabía escuchar, aunque sólo fuera porque recién «despertado» en Delfos tenía poco que contar. En cambio Alejandro había vivido tanto en sus treinta y tres años como para rellenar siete vidas. Sin embargo, no solía hablar del pasado, salvo alguna referencia ocasional a su amigo y amante muerto. «A Hefestión le habría gustado esto», señalaba al ver cómo la luz del ocaso se filtraba por una callejuela de Babilonia tiñendo de rojo las ropas tendidas de una pared a otra, o «A Hefestión no le habría gustado esto otro» al ver cómo un mercader apaleaba con una estaca a un pobre caballo. Pero casi siempre hablaba para hacer planes sobre visitar nuevos países, escalar montañas más altas, navegar el mar Hircanio, costear Arabia, recorrer el Nilo y remontar todas sus cataratas. Y, sobre todo, trazaba proyectos para viajar al Oeste, atravesar las Columnas de Heracles y ver con sus propios ojos el Océano que circundaba el mundo.

A menudo no hablaban y se limitaban a caminar, recorriendo la ciudad sin descanso. Fue un mes después de la llegada de Euctemón a Babilonia, el 14 de loyo según el calendario macedonio y el 15 de duzu según el babilonio, cuando vieron los secretos que guardaba el Esagila, el templo de Marduk. Por aquel entonces Icaro ya había aparecido en el cielo y la canícula empezaba a apretar en el país de los dos ríos.

—Alejandro estaba costeando la reparación de Etemenanki. El día en que terminaron de forrar la última terraza con placas de oro, los sacerdotes de Marduk, que es como llaman al Zeus babilonio, se lo agradecieron enseñándole los sótanos del templo, unos subterráneos cuya existencia ni siquiera sospechaba.

»Allí vimos tesoros muy valiosos. Había coronas, cetros, collares y pectorales de todos los tamaños, tronos forrados de metales preciosos, cofres de maderas exóticas rellenos de daricos, de perlas, de gemas, y también de discos y barrotes de oro y electro de la época en que los babilonios aún no usaban moneda acuñada. La pieza más valiosa era un dragón de oro macizo que pesaba al menos mil talentos.

Néstor estaba convencido de que en realidad sólo era de oro la capa exterior del dragón, pero le complació observar la cara de asombro y un punto de codicia de Gayo Julio. El centurión ya tenía la barbilla caída sobre el pecho y había empezado a roncar, así que Néstor siguió contando lo que había visto en los subterráneos del Esagila sólo para los oídos del tribuno. Aparte de miles de tablillas, por alguna extraña razón los sacerdotes babilonios habían recopilado a lo largo de los siglos todo tipo de artículos sin ningún valor material, algunos de los cuales eran escalofriantes, como una colección de momias de criaturas deformes, a medias humanos y a medias

animales.

Pero el objeto que más les llamó la atención a ambos, el único que Alejandro se llevó de los sótanos, se guardaba en una estancia aparte, tras una puerta de madera desvencijada. Cuando Néstor quiso abrirla, Belumasar, el jefe de los sacerdotes, se interpuso en su camino. Pero bastó con que Alejandro le mirara sin decir nada para que se quitara de en medio.

—Eso es tener imperio —asintió Gayo Julio—. Por Belona que me gustaría conocer a ese hombre. ¿Qué había allí dentro?

—Una simple hoz.

—¿Qué tenía de especial?

—El mango era negro, de una madera tan dura y vieja que parecía piedra, pero la hoja brillaba como azogue. Cuando acerqué la mano para tocarla sentí cómo el vello se me erizaba —dijo Néstor, acariciándose el dorso de la mano—. Entonces me di cuenta de que me estaba adelantando a Alejandro y me aparté.

Cuando el rey empuñó la hoz y la levantó en el aire, se le escapó un chillido que se convirtió en una carcajada casi histérica, algo muy raro en una persona que se controlaba tanto como él. Dejó la hoz sobre aquel mostrador y le dijo a Néstor:

—Cógela tú.

Él lo hizo con cierta desconfianza. Al cerrar la mano alrededor del mango notó una sensación extraña y molesta, pero aún así apretó los dedos. Al levantar la hoz y mirarla más de cerca, vio que su mano estaba rodeando la empuñadura, pero no llegaba a entrar en contacto con ella, como si la rodeara un aura invisible, fría y resbaladiza como el hielo. Néstor se apresuró a soltar la hoz y le preguntó a Belumasar:

—¿Qué es esto?

El sacerdote les había contado una historia que llenó de desasosiego a Néstor. Aún era un recién nacido en su nueva vida y no se había acostumbrado a la sensación de desconcertante familiaridad que provocaban en él muchas de las cosas que escuchaba o veía. Aquel relato de Belumasar había despertado en su cabeza un eco mental, aún más inquietante porque, a diferencia de lo que ocurría con el eco físico, las palabras parecían repetirse en sus oídos *antes* de que el sacerdote las pronunciara. Con el tiempo se acostumbraría a esa sensación de paramnesia de la que ahora no dijo nada a Gayo Julio.

—No es una historia demasiado larga —dijo ahora Néstor, al ver que el tribuno ahogaba un bostezo—. ¿Quieres escucharla?

Gayo Julio volvió la mirada hacia el este. Allí el negro del cielo empezaba a teñirse de un turquesa profundo, anticipando el amanecer.

—Cuéntala, Néstor. Cuando termines, avisaré a los centinelas para que despierten a todo el mundo y levantaremos el campamento. Quiero llegar a Roma hoy mismo.

Según Belumasar, se trataba de una historia que le había llegado del Norte, de las tierras que se asomaban al Ponto Euxino. Los dioses de los que hablaba aquel mito tenían nombres extraños, pero el sacerdote caldeo les había traducido casi todos al lenguaje de Babilonia.

—Érase un dios malvado que en el pasado se había sublevado contra An, el dios del cielo, pero que a su vez había sido derrotado por Marduk —repitió ahora Néstor —. Ese dios no se resignaba a la pérdida del poder y, lleno de un venenoso rencor, quería recuperarlo como fuese, aunque eso supusiera la destrucción del mundo. Se acostó, pues, con una mujer-montaña y hasta quince veces penetró su semilla en ella. Cuando la montaña dio a luz, el dios malvado tomó en sus brazos al niño de piedra y le cantó una nana, pero el bebé era sordo y ciego. Su padre lo depositó sobre los hombros del dios del sueño, que carga con todo el peso del mundo sin llegar a despertar de su letargo. El niño de piedra, al que su padre llamó Ulikumi, no tenía otra virtud que la de crecer, pero empezó a hacerlo con empeño, y creció y creció hasta convertirse en una altísima columna de basalto del color de la obsidiana que ascendió sobre el aire que recorren los pájaros, llegó al aire que recorren las águilas y traspasó las nubes y el arco iris, hasta que su cabeza empezó a embestir como un ariete los cimientos del palacio de los dioses y de Shamu, la bóveda del cielo.

»El ataque de Ulikumi amenazaba con romper la separación de bronce entre el cielo y la tierra. Si eso ocurría, ¿quién podría evitar que todo retornase al caos inicial, cuando aguas dulces y saladas se mezclaban y cielo y tierra eran una sola amalgama? El gigante de basalto llegaba ya a las nueve mil leguas de altura, y su cabeza negra como un yunque tapaba la luz del sol. El gran Marduk atacó al monstruo con sus armas divinas desde su carro alado, pero no consiguió arrancarle más que unas esquirlas de roca negra. Recurrió entonces a su hermana Ishtar, la Afrodita babilonia, y ésta dejó sus vestidos en tierra y, al son del pandero y el arpa, bailó desnuda ante el gigante; pero él tenía el corazón y los ojos de piedra y no le prestó atención.

»Desesperados porque los suelos de su vasta mansión se abrían, vientos demoníacos se colaban por todas las rendijas y las columnas que sustentaban sus techos se estremecían y se venían abajo, los dioses decidieron recurrir a Ea, el anciano y sabio dios de las aguas que vivía retirado lejos del cielo. Ea consultó las Tablillas del Destino para buscar consejo.

—Así que los babilonios tienen sus propios Libros Sibilinos... —comentó Gayo, que seguía el relato muy atento—. Sigue, por favor.

—Gracias a esas tablillas, Ea descubrió que debía abrir la cámara del tiempo, el vetusto almacén donde se guardaban los objetos y tesoros de las divinidades más antiguas, cuando el cielo y la tierra eran un único ser. Allí encontró la hoz primigenia que en el principio de los tiempos había servido para separarlos y abrir el espacio en el que moran los hombres, los animales y las plantas. Armado con la segur, Ea viajó

hacia el lugar donde el gigante de basalto hundía los tobillos en el mar y se apoyaba en los hombros del dios durmiente, y se los rebanó con dos golpes, uno por cada pierna. La ingente columna de roca se precipitó sobre la tierra en una caída que duró tres días, y cuando chocó con el suelo destruyó siete ciudades, y cuando su cabeza se hundió en el mar levantó una ola gigante que sepultó otras siete ciudades bajo las aguas. Pero el gigante pereció, y Ea consiguió evitar que cielo y tierra se unieran de nuevo. Pues lo que está separado, separado debe seguir por siempre.

—Me gusta cómo cuentas las historias, Néstor —dijo Gayo Julio, frotándose los ojos—. ¿Qué pasó con esa hoz?

—Alejandro decidió quedarse con ella. Era evidente que tenía un poder mágico, pues cuando la clavó en la mesa de ladrillo se hundió en ella como si fuera de mantequilla.

–¿Eso lo viste con tus propios ojos? —preguntó el tribuno, escéptico.

–Puedes creerme. Alejandro la guardó en un cofre de madera y me dijo: «Ahora esta hoz quedará en mi poder. Cuando se me acaben las tierras y los países que conquistar, nadie podrá venir con ella a cortar el puente que construiré entre cielo y tierra».

Gayo silbó entre dientes y se llevó una mano a la cabeza.

—*Insanus sed magnificus!* Te ruego que no le hables a nadie más de esa hoz. —«Te lo ordeno», decía su tono—. Cuando le derrotemos haré todo lo posible para que caiga en mis manos. Será un magnífico trofeo.

Néstor se arrepintió de haber hablado de la hoz. No sabía muy bien qué le había movido a contar, entre todas las historias y anécdotas que conocía, precisamente aquélla. Pero, de haber previsto entonces las consecuencias que a la larga iban a acarrear sus palabras, habría pensado que eran las propias Moiras las que habían movido sus labios. Pues, mientras oculto y silencioso entre las sombras, Mirmidón, el Rey del Bosque, lo escuchaba todo, las diosas del destino empezaron a tejer una trama que al final supondría el corte de sus propios hilos.

LOS AGRIOPAIDES

Demetrio y Euctemón pasaron dos días más encerrados en la tienda, sin recibir noticias de Alejandro. Al menos se enteraban de algunas novedades del exterior gracias a Adimo, el mismo guardia que había dejado caer comentarios salaces sobre Roxana, la esposa del rey. Demetrio debía de haberle caído bien, porque Adimo se dedicaba a contarle las últimas novedades y chismorreos del campamento, lo que en la jerga de la soldadesca se conocía como «el tío del escudo». Ese tío del escudo debía de ser tan locuaz como Ulises y tan mentiroso como Epiménides el cretense, pues por la mañana corría un rumor:

—El tío del escudo dice que de aquí a cinco días nos vuelven a llevar a Metaponto y nos vamos de vuelta a Grecia, que no queda un solo óbolo en la pagaduría. Y por la tarde el siguiente:

—El tío del escudo dice que Alejandro acaba de firmar una alianza con los romanos y que antes de diez días nos van a embarcar directos a Libia para atacar a los cartagineses junto a las legiones romanas.

Las preocupaciones sexuales no faltaban en el repertorio del tío del escudo. Un día cundió el pánico entre los soldados cuando se dijo que Alejandro, presa de un repentino prurito de castidad, había ordenado que expulsaran del campamento a todas las mujeres, decentes e indecentes por igual. Pero pocos días después el tío del escudo vino con la historia de que iban a traer a mil mujeres que moraban en una isla volcánica frente a Neápolis. Al parecer habían matado a todos los varones de la isla, igual que las habitantes de Lemnos en la leyenda de los Argonautas, y ahora, arrepentidas y aburridas, deseaban visitar a los griegos para tener coyunda con ellos y repoblar su pequeño país.

Al día siguiente del tránsito de Ícaro, Adimo les vino con rumores sobre una escaramuza entre tropas macedonias y romanas. Por lo visto, una flotilla procedente de Sicilia había sido dispersada por los mismos ventarrones que habían sufrido en el campamento de Posidonia unos días atrás. En esa flota viajaba una nave gigante construida en las atarazanas de Siracusa, que se había perdido en la tempestad y había aparecido muy al norte, más allá de la Campania. A Demetrio, esta parte de la historia le resultó inverosímil, pues según Adimo, o más bien según el tío del escudo, el barco en cuestión llevaba a bordo dos mil personas, lo cual era evidentemente imposible. A partir de ahí, lo demás también era difícil de creer. Según la historia, del barco gigante habían bajado dos compañías enteras de macedonios, pero los romanos los habían sorprendido, se habían enfrentado con ellos en una pequeña batalla campal y

los habían aniquilado. En cuanto a la nave, se había incendiado y de ella sólo habían logrado escapar veinte tripulantes en un lanchón.

—Al parecer, cuando los romanos ya se habían ido, los marineros bajaron a tierra en busca de supervivientes —continuó Adimo—. Sólo encontraron a tres arqueros cretenses que se habían salvado de la masacre, así que los recogieron y vinieron a Posidonia.

—¿Y cuándo llegaron? —preguntó Demetrio.

—Ayer por la noche. ¿Y sabes lo más gordo? En ese barco gigante viajaba una esposa de Alejandro.

Demetrio seguía sin estar muy convencido de la historia, aunque si había alguien capaz de construir una nave capaz de embarcar a tantos hombres como diez trirremes juntas, ése sin duda era Alejandro.

Había otros rumores que le preocupaban más. Ese día no se atrevió a preguntar por ellos, pero al siguiente tanteó con discreción a Adimo sobre comentarios relacionados con Ícaro y su tránsito sobre la Luna. Sí, los soldados se habían fijado, contestó él; no estaban ciegos.

—¿Qué presagios han sacado de ello? —preguntó Demetrio, mirando de reojo a Euctemón. Su hermano estaba enfrascado en nuevos diagramas y no parecía prestar atención a lo que hablaban. Mejor. Demetrio le había aleccionado a conciencia para que mantuviera la boca cerrada. Los presagios típicos, le contestó Adimo. La Luna era Roma y los macedonios el cometa, así que se iban a fornicar a los romanos como el cometa se había fornicado a la Luna. O al revés, claro, porque los simbolismos no estaban tan claros. Pero en general había cundido más el optimismo que el pesimismo: había mucha gente que al cometa no lo llamaba Ícaro sino Alejandro, porque había aparecido en Babilonia cuando su rey se salvó del envenenamiento. El hecho de que el cometa hubiera aumentado de tamaño y hubiese pasado por delante de la Luna no les hacía interpretar futuras catástrofes; más bien pensaban que si la estrella de Alejandro crecía día a día era señal de que nada podía oponerse a su poder.

Demetrio respiró tranquilo. Mejor que no cundieran rumores sobre el fin del mundo. Así nadie podría pensar que los habían propalado ellos.

A media tarde del segundo día, vino a verlos el propio Lisanias, que traía en la mano un papiro enrollado y lacrado con el sello de Alejandro.

—Os han destinado a otra unidad. Acompañadme —les dijo en tono frío. Demetrio habría querido decirle que sus celos eran infundados, pero no se atrevió. Para él, Lisanias estaba tan sólo un peldaño por debajo de la cumbre del Olimpo en el que reinaba Alejandro.

Por no cargar con las armaduras, se las pusieron. Primero las corazas de quince capas de lino encoladas entre sí y reforzadas con fajas de escamas metálicas, y después el faldar de tiras de cuero. Se ataron las ificrátidas, unas botas de piel que

llegaban casi hasta las rodillas, y se colocaron el yelmo hacia atrás al modo de Pericles. Después se colgaron a la espalda el escudo, se ciñeron el tahalí con la espada, se echaron al hombro el petate con el resto de la impedimenta y todavía, al salir de la tienda, tuvieron que hacer equilibrios para recoger sus lanzas de fresno de cinco codos sin que se les cayera nada. En total llevaban encima cerca de un talento y medio, que en el caso de Demetrio suponía casi las dos terceras partes de su propio peso, y cargados de esta guisa marcharon detrás de Lisanias.

A la luz del día todo parecía muy distinto. Demetrio, que con veintiún años no podía tomarse muy en serio su propia muerte, se sentía optimista. Todo lo que había oído y visto en el terrado de la mansión de Alejandro se le antojaba irreal, y cuanto más pensaba en ello más lo recordaba a través de una neblina vaporosa. Si por la noche había creído a pies juntillas en los cálculos de su hermano, conforme el sol se elevaba en el cielo, caldeaba el aire y borraba la silueta de Ícaro, sus tétricas predicciones parecían disolverse como las brumas de un mal sueño.

El cometa sólo se veía si uno sabía dónde buscarlo. Por supuesto, Euctemón lo sabía y se lo señaló con el dedo. En aquel momento se encontraba sobre el mar; un trazo blanquecino, como los restos de una nube muy alargada.

—El cometa Ícaro está ahora entre Casiopea y Lacerta y subiendo hacia Cefeo.

—¿Puedes verlas? —dijo Lisanias, volviéndose.

—Las constelaciones están donde tienen que estar aunque no se vean —contestó Euctemón.

—No vuelvas a hablar de ese tema —susurró Demetrio sin separar los clientes. El caso era que a su propio hermano no se le veía demasiado preocupado por la caída de Ícaro. Tras resolver sus cálculos orbitales parecía haberse aburrido momentáneamente de la astronomía, y durante esos dos días se había dedicado tan sólo a dibujar mapas y perfiles de montañas, todo ello plagado de curvas, rectas y triángulos. Ahora, mientras seguían a Lisanias, en vez de caminar como si buscara un óbolo en el suelo, Euctemón se dedicaba a mirar a la izquierda, donde se levantaban los montes de la Lucania, al tiempo que extendía delante de su cara su propia mano y formaba una escuadra entre el índice y el pulgar.

—No hay ningún monte a la vista que mida más de diez estadios —declaró, en un tono casi plano que Demetrio había aprendido a interpretar como decepción.

—¿Tantas ganas tienes de llevarle la contraria a Dicearco?

Euctemón asintió. Después señaló hacia el este, donde en último plano se recortaba un pico borroso y azulado por la turbidez del aire.

—El Panormo —dijo, y Demetrio supuso que conocía el nombre por haberlo visto en los mapas del topógrafo, ya que nunca se habían acercado allí —. Dicearco dice que mide ocho estadios pero en realidad mide nueve estadios y medio.

Lisanias se volvió y miró a Euctemón con un gesto inefable. Demetrio lo vio,

sonrió y meneó la cabeza como diciéndole: «Mi hermano no tiene remedio». Por primera vez, Lisanias le devolvió la sonrisa.

Mientras su hermano seguía enfrascado en su nueva afición, Demetrio se dedicaba a observar sectores del campamento que hasta ahora no había explorado. Pasaron junto a un vallado en el que dos caballeros tan blindados como sus monturas se embestían con sendas lanzas que blandían usando ambas manos. Tras el choque, uno de ellos cayó de espaldas con un sonoro clangor de metal. Demetrio pensó que debía de haberse reventado por dentro, pero el caballero se levantó por su propio pie. La parte trasera de su reluciente armadura estaba pringosa de lodo negro, ya que habían escogido para su justa una zona empantanada. El guerrero se quitó el casco y, entre carcajadas, reconoció la victoria de su rival. No era griego; por los rizos de la barba, debía de tratarse de alguno de los súbditos asiáticos de Alejandro.

Atravesaron luego un cuadrante en el que estaba acantonado un batallón de hoplitas macedonios. Aunque la mayoría de las sarisas podían desmontarse en dos piezas, los miembros de aquella unidad las habían guardado ya ensambladas en los astilleros, sin duda para impresionar a los demás con su altura. Por haberse criado en la fábrica de escudos de su padre, Demetrio siempre había tenido mucho interés en las armas, y ahora observó con atención aquellas larguísimas picas. Los regatones y las puntas estaban protegidos con fundas de piel, pero pudo ver algunas piezas desnudas, pues sus propietarios las estaban limpiando con esmero. Para las largas varas de tejo utilizaban trapos untados en lanolina, y aceite para las partes metálicas, y luego volvían a enfundarlas con el mimo de una madre tapando a su bebé en la cuna.

Pero la mayoría de los soldados, en vez de jugar a los dados, como era lo habitual cuando no se estaba de instrucción o de caminata, se dedicaban a tallar palos de dos o tres palmos de longitud que embutían luego en mangos forrados de gamuza para fabricar espadas de madera. Demetrio le preguntó a Lisanias la razón.

—Se va a celebrar un certamen de esgrima. El premio será una armadura que vale cuatro talentos y que entregará el propio Alejandro.

Demetrio silbó entre dientes. ¡Cuatro talentos! Aunque él no fuera Euctemón, resultaba sencillo calcular aquella suma: veinticuatro mil dracmas, su paga de veinte años con el contrato actual. Cuando tenían la factoría del Pireo su padre solía hablar en minas y en talentos más que en dracmas, pero ahora que ambos hermanos estaban arruinados, una cifra así resultaba tan remota e inalcanzable como la fabulosa Isla de los Sueños.

—¿Ese certamen de esgrima es para todo el ejército?

—Así es.

Todo el ejército, se repitió Demetrio. Ahí había una posibilidad de ganar dinero suficiente para volver a Atenas y contratar a un buen logógrafo que les escribiera un

discurso conmovedor contra Nicerato. Luego sólo había que convencer al menos a la mitad más uno de los quinientos jurados de que su causa era justa. Claro que, para eso, tenía que reinstaurarse la democracia, y con ella los tribunales de la Heliea, y tomando en cuenta que...

Qué estupidez, se dijo. Estaba obrando como la lechera de Esopo. No hacía falta tener la capacidad de cálculo de su hermano para saber que, en un ejército de cuarenta mil soldados, era harto improbable vencer en un certamen de esgrima, máxime cuando no estaba especialmente dotado para la espada.

Trató de olvidarse del asunto, aunque aquellas veinticuatro mil lechuzas de plata se empeñaban en revolotear como luciérnagas en su cabeza.

—¡Eh, tú, chalado, cabeza de pepino!

Aunque Demetrio sabía que aquello iba por su hermano, volvió la mirada. Un grupo de niños les seguía. Alejandro se empeñaba siempre en que los hijos de los soldados, reconocidos o no, tuvieran maestros, de modo que el abandono y la desidia no los hicieran aún más salvajes de lo que por naturaleza son los críos. Aun así, éstos eran unas pequeñas fieras y poseían esa percepción especial de los niños para darse cuenta de quiénes son más débiles o simplemente diferentes. La pequeña tropilla de arrapiezos correteaba a unos cuantos pasos de ellos metiéndose con Euctemón, al que dedicaban todo tipo de motes en los que los conceptos «fealdad» y «torpeza» eran los ingredientes principales.

Aparte de los niños, los mayores también les dedicaban comentarios en dialecto macedonio. Las armas de los hermanos los delataban como griegos, tanto por la forma de los cascos como por el tamaño de los escudos. A Euctemón le caían chanzas por su poco garbo al andar, y Demetrio tuvo que escuchar descripciones bastante gráficas de lo que muchos de aquellos recios soldadotes harían con un efebo tan guapo y de piel tan suave como él. Euctemón hacía el mismo caso a los adultos que a los niños, o sea, ninguno, y seguía haciendo sus gestos para triangular y medir todas las alturas que veía. En cuanto a los piropos a Demetrio, hubo alguno que incluso hizo soltar una carcajada al estirado Lisanias. Él, por su parte, no se molestó demasiado. Normalmente esas groserías se les decían a los desconocidos; los compañeros de unidad no se comportaban así con sus camaradas, y si alguno pensaba hacerlo, Demetrio sabía bien cómo defenderse.

Por fin llegaron al sector de la compañía a la que los habían destinado. Allí había una tienda mayor que las demás con un faldón levantado. Bajo aquel improvisado sombrajo, un hombre vestido tan sólo con un taparrabos se dedicaba a comer aceitunas y beber vino, mientras consultaba las tablillas de cera que le presentaba un soldado.

—¡Capitán Leónato! —le llamó Lisanias.

El tal Leónato se levantó, ciñéndose el taparrabos para que no se le cayera,

aunque la prenda volvió a resbalarle por la tripa y se quedó donde estaba, a punto de enseñar más de lo debido. El capitán era un tipo velludo, con el pecho blanco de canas y el cuerpo surcado de cicatrices. Lisanias estiró el brazo para entregarle el rollo sin acercarse mucho, como si aquel hombre pudiera contagiarle un miasma, y se marchó sin decir palabra.

El capitán abrió el sello de lacre, desenrolló el papiro y empezó a leerlo; al darse cuenta de que le estaban oyendo, bajó la voz y deletreó el contenido en bisbiseos. Cuando terminó, pasado un buen rato, miró a Euctemón y le dijo:

—Me parece muy bien que quisieras estrangular a ese hijo de una ramera y un jabalí sarnoso. La pena es que no le apretaras bien el cuello hasta que se le salieran los ojos como dos huevos duros. Pero si se te ocurre, no digo ya ponerme la mano encima, sino tan siquiera dirigirme la palabra sin que yo te lo ordene, te empalo en una sarisa y te pongo al sol para que los cuervos te picoteen las pelotas, ¿entendido?

Euctemón, sin dejar de balancear los ojos de arriba abajo, asintió.

—¡Grilo! —llamó Leónato con voz estentórea. Demetrio supuso que llamaba a alguien en la otra punta del campamento, pero quien acudió fue el soldado de las tablillas, que estaba detrás de él.

—Sí, capitán.

Leónato volvió a enrollar el papiro y se lo entregó.

—Otros dos nuevos. Fíjate, llevamos más de un año pidiendo que nos envíen refuerzos para poder formar un cuadrado decente, y ahora en dos días nos mandan cuarenta boquerones. Y éstos ni siquiera son macedonios.

—Seguro que Alejandro pretende que tomemos Roma nosotros solos.

—No esperaría menos de él. Bueno, lee esto a ver qué te parece

Mientras Grilo leía el papiro con algo más de soltura que su superior, llegó otro soldado nuevo, escoltado por cuatro hombres que también lo dejaron allí y se fueron. El recién llegado era un joven musculoso y moreno, de cabello crespo y muy negro. Se presentó ante el capitán como Cérdidas, de Tarento. Debía creerse un émulo del bello y tormentoso Alcibíades, pues en el escudo llevaba pintado un Eros desnudo con el arco empulgado para disparar. El dibujo no era gran cosa, pero la perspectiva estaba tan lograda que parecía que la flecha fuera a salirse del escudo.

—Así que te dedicas a repartir amor entre los enemigos, ¿eh, barbilindo? —le preguntó el capitán.

—Eros es mi dios protector, capitán. Hasta ahora ha conseguido que ningún enemigo me ponga la mano encima y que muchas mujeres se me pongan debajo —añadió con una sonrisa bravucona.

—Pues qué bien. Ya puedes ir arrancándole esa pintura de mierda a tu escudo griego de mierda. Aquí no estamos para repartir amor, sino para repartir miedo y muerte, ¿te enteras? Grilo, ¿has terminado de una vez?

–Sí, capitán.

—Pues llévate a estos tres boquerones al pelotón de Gorgo. ¡Y la próxima vez que los vea quiero que tengan pinta de soldados de verdad!

El ríspido capitán volvió a ajustarse el taparrabos y se sentó de nuevo bajo el toldo. Grilo hizo una seña a Cérdidas y a los dos hermanos, y sólo entonces reparó Demetrio en que a aquel hombre le faltaban tres dedos de la mano izquierda.

Siguieron a Grilo, sorteando los vientos de las tiendas, que estaban allí más juntas que en otros sectores del campamento. Él les explicó que, cuando cada compañía formaba en cuadro regular de dieciséis por dieciséis, el pelotón al que les iban a asignar era el quinto empezando por la derecha; si la unidad se desplegaba a lo largo, en un rectángulo de treinta y dos por ocho, se dividía en dos y formaba en las filas quinta y la vigesimoprimera. En aquella unidad había dos compañías, no una, y ellos estaban en la primera. Leónato mandaba las dos. Y, por cierto, debían saber que él, Grilo, era el ayudante personal de Leónato y quien se encargaba de todos los asuntos administrativos y de intendencia.

—Para cualquier problema, venid a hablar conmigo. Cuando le molestan, el capitán tiene muy malas pulgas.

—Y de las otras seguro que también tiene —masculló Cérdidas. Demetrio soltó una carcajada. Llegaron al lugar asignado a su pelotón. Allí se levantaban dos tiendas alargadas de lona parda y otra roja, más alta y de forma hexagonal.

—Ya estamos —dijo Grilo—. ¡Gorgo!

La cortina de la tienda roja se abrió y salió una mujer. Demetrio pensó al pronto que era una sirvienta, o tal vez la esposa o concubina del tal Gorgo, y que si había salido a la puerta era para hacer mutis con discreción. Pero ella se quedó allí, puso las manos en jarras y les miró con todo descaro. Vestía una túnica de hombre que sólo le llegaba hasta las rodillas y dejaba al descubierto los brazos, morenos y fibrosos. Tenía el cabello negro y recogido en un moño torcido detrás de la nuca del que brotaban varios mechones rebeldes. Sus labios eran carnosos y su nariz ancha. A su modo era atractiva, aunque con aquellos hombros macizos, la pose viril, las pantorrillas musculosas y los ojos negros y coléricos tenía pinta de comérselos crudos de un momento a otro. Tras mirarlos un rato, le puso una mano en la barbilla a Euctemón para obligarle a que la mirara. Él apartó la cara, pero ella insistió.

—¿Qué te pasa en los ojos? ¿Es que no puedes tenerlos quietos?

—No sé —contestó él.

—¿No sabes tenerlos quietos o no sabes si puedes tenerlos quietos?

—No sé.

—Qué personaje. —Ella volvió la mirada hacia Demetrio y le recorrió de arriba abajo con gesto de tratante de ganado, mientras mascaba almáciga y lucía unos dientes blancos y perfectamente colocados—. ¿Qué habéis hecho vosotros para que

os traigan aquí?

Grilo le entregó el mensaje enrollado.

—Estos dos vienen recomendados, Gorgo. El tercero, no.

El ayudante del capitán se despidió y los dejó a solas con la mujer. Ella echó a un lado la cortina para que pasaran. Entraron a la tienda, que era lo bastante alta para estar de pie, y aún sobraba un codo sobre sus cabezas. Un biombo de mimbre la dividía en dos partes. Pasaron a la de la izquierda, donde había un hombre sentado en un sillón con el respaldo reclinado hacia atrás. Tenía el cuerpo rodeado de cojines, las piernas en alto sobre un escabel acolchado y las manos apoyadas en sendos reposabrazos. Estaba muy delgado y el único movimiento que se apreciaba en él era el de su ropa subiendo y bajando al compás de su respiración. Llevaba una túnica inconsútil y de un blanco inmaculado. En el suelo, al lado del hombre, había una palangana con agua, un toallero con paños limpios, un rascador de cobre y un par de vasijas de aceite aromático.

El hombre movió las cejas al verlos, pero poco más. Por lo que revelaban su contextura y el tamaño de sus manos, casi tan grandes como las de Euctemón, debía de haber sido un tipo fuerte; pero ahora los anchos hombros se habían convertido en una especie de percha de la que le colgaba la túnica.

—Es Gorgo —les dijo la mujer—. Presentaos ante él.

Demetrio y Cérdidas cruzaron una mirada de perplejidad. Grilo había llamado Gorgo a la mujer.

—Sí, yo también soy Gorgo —dijo ella—. Vamos, soldados, decid quiénes sois y por qué os han traído aquí. Empieza tú —añadió, dirigiéndose a Cérdidas.

—Cérdidas, hijo de Leotíquidas, de Tarento. Tengo veinticuatro años. Estaba en el batallón Belerofonte, pero me han echado porque me acosté con la concubina de mi capitán —dijo el joven, y añadió con una sonrisa que intentaba ser seductora—: Pero prometo no volver a ser malo. La mujer se limitó a poner los ojos en blanco y seguir masticando su bola de resina de lentisco. Después le hizo una seña a Demetrio.

—Demetrio, hijo de Demócares, ateniense. —Como solía suceder en tales casos, Demetrio siguió el ejemplo del primero que había hablado y ofreció la misma información en el mismo orden—. Estaba en el batallón Lechuza, y me han destinado aquí por... —Miró a su hermano—. Bueno, no lo sé exactamente, pero estoy muy contento de servir en esta compañía, aunque aún no me han dicho cómo se llama.

—Nos quitaron el nombre —dijo la mujer. A Demetrio le sorprendió que usara la forma «nos»— . Ahora habla tú, y mírame al hacerlo.

—Euctemón hijo de Demócares hijo de Critodemo hijo de Filodemo hijo de Euctemón del demo del Pireo de la tribu Hipotoóntida de Atenas. Nueve mil ciento noventa y nueve días de edad. En el batallón Lechuza hasta hace cinco días. Destinado aquí porque un hombre pisoteó unos dibujos muy importantes que

representaban...

—¡Euctemón! —exclamó Demetrio, temiendo que su hermano revelara algo sobre el cometa. La mujer soltó una carcajada.

—¿Así que *tú* estás aquí porque *un* hombre pisoteó *unos* dibujos?

—Sí —contestó él mirándola sólo un segundo.

Euctemón era incapaz de mentir, pero a veces tenía una manera muy peculiar de apreciar las situaciones. Desde su punto de vista, él nunca era responsable de nada, sino que las cosas, simplemente, le pasaban.

La mujer a la que al parecer también debían llamar Gorgo se volvió hacia Demetrio.

—¿Tu hermano está...? —preguntó, haciendo un gesto significativo con el dedo junto a la sien.

Él se encogió ligeramente de hombros. Euctemón miraba a un lado y movía los ojos como si contara los meandros de la greca tejida en el tapiz del suelo; a buen seguro lo estaba haciendo.

La mujer se acercó al hombre paralítico y se inclinó para pegar el oído a su boca. Después se incorporó y les dijo.

—Gorgo os da la bienvenida al quinto pelotón de la primera compañía. Vosotros dos os instalaréis en la tienda de la derecha —dijo señalando a los hermanos—, y tú en la de la izquierda.

Cuando podamos, os daremos armas de macedonio. Hasta entonces os arreglaréis con lo que tenéis.

—Esto ya es demasiado —estalló Cérdidas—. ¿Desde cuándo da órdenes una mujer? ¿Es que acaso te han crecido...?

La mujer se volvió hacia él y sin terciar palabra le dio una patada en los testículos. El gesto fue rápido, certero y, sobre todo, brutal. Por puro reflejo, Demetrio apretó los muslos al ver a Cérdidas arrugarse y desplomarse boqueando como un pez en la arena.

—¿Pelotas? —completó ella—. No, creo que no las tengo. ¿Es que sirven para mucho? —

Después se volvió hacia los dos hermanos y preguntó—: ¿Sabéis por qué estáis aquí?

Cérdidas seguía agachado en el suelo, recuperando poco a poco el resuello. Euctemón miró a la mujer a los ojos y abrió la boca para contestar, pero ella continuó sin darle tiempo.

—Ésta es una unidad de castigo. Si os han traído aquí es porque creen que sois algún tipo de escoria. ¿Lo sois de verdad? ¿Sois lo bastante malos para estar con nosotros? Eso ya lo veremos. Ahora permitid que os cuente quiénes somos, y por qué unos boquerones como vosotros no merecen estar con nosotros.

»No somos la primera unidad de castigo que organiza Alejandro. Después de Gaugamela ya formó una unidad de *átaktoi*, soldados y oficiales descontentos que protestaban porque Alejandro mezclaba persas con macedonios, porque obligaba a los griegos a arrodillarse ante él, porque les hacía seguir adelante cuando ya habían vengado la invasión de Jerjes, qué sé yo. Esa unidad de indisciplinados acabó disolviéndose, y sus miembros, una vez que Alejandro los domó, pasaron a servir en otras compañías. Muchos ya ni siquiera están en el ejército.

»Lo nuestro fue distinto. Todo ocurrió hace tres años, cuando Crátero estaba asediando al rebelde Antígono en Damasco. Al ver que su general ya tenía controlada la situación, el propio Alejandro escogió a ocho mil hombres de infantería y a cinco mil de caballería, y con ellos cruzó Anatolia, recorrió las orillas del Ponto Euxino a los pies del Cáucaso y se dirigió a la Escitia. Su plan era explorar, como siempre, y de paso someter a las tribus nómadas que hostigaban a los colonos griegos del norte del Ponto. Fue una campaña tan dura como en los tiempos de Bactria y Sogdiana. Puesto que el enemigo era traicionero y rápido como el rayo y no combatía de forma convencional, Alejandro nos reorganizó de forma más flexible. Los batallones de hoplitas constaban de tres compañías en vez de seis y combatían con lanzas en lugar de con sarisas. Nosotros formábamos el primero, con las compañías Lobo, Hécate y Argos. Éramos los mejores y combatíamos en el lugar de honor, en el ala derecha junto a la caballería del rey.

Nosotros, volvió a pensar Demetrio. ¿Hasta tal punto se había convertido aquella mujer en la voz del hombre paralítico que compartía sus pensamientos y recuerdos?

—Ocurrió en el mes de apeleo, a finales del otoño, cuando los caminos eran puros barrizales — prosiguió ella—. Estábamos a las orillas del lago Meotis. Después de sufrir como perros durante meses, teníamos a los enemigos en lo alto de una colina. Allí estaban todos los que se habían aliado contra nosotros, lindos, ixomates, saurómatas, getas, sacasenos y no sé cuántos más, por primera vez reunidos en el mismo sitio. La ropa no se nos secaba desde hacía un mes, teníamos las tiendas empapadas, los pies podridos de llagas y comíamos pan mohoso, así que estábamos deseando aprovechar que esos bastardos se habían decidido a presentarnos batalla y aniquilarlos de una vez.

»Al frente de nuestro batallón estaba Gorgo —dijo señalando al hombre inmóvil —. No había otro guerrero como él. Cuando blandía su lanza en la primera fila sembraba el terror entre los enemigos como Aquiles y Áyax juntos. Él y Alejandro habían sido compañeros de juegos en el palacio de Pela, pero Gorgo no había ascendido más rápido porque era el hijo de un caballerizo y una esclava. Alejandro le había prometido que al final de la campaña le daría un batallón entero y lo nombraría Compañero Real.

»Alejandro le insistió a Gorgo en que contuviera a los hombres, pues éstos no

hacían más que gritar que los soltara ya, que querían cargar contra esos bárbaros. Pero el rey tenía otros planes. Pretendía pasar por detrás de nuestras filas con la caballería, situarse en flanco izquierdo y atacar desde allí, o rodear la colina donde estaban los enemigos para sorprenderlos por la espalda, no lo sé. El caso es que a nosotros nos tocaba aguantar a pie firme y aguantar los insultos de esos bárbaros, como si fuésemos unos cobardes o unos vulgares soldados de leva.

Cérdidas se había levantado trabajosamente y ahora escuchaba en silencio como los dos hermanos. Demetrio seguía intrigado; el relato de la mujer era tan vívido como si ella misma hubiera formado en las filas de la falange aquel día.

—Así que allí estábamos —prosiguió—, con la lluvia repiqueteando en nuestros yelmos como en un orinal, los pies hundidos en el fango, las corazas de lino absorbiendo cada vez más agua como si no pesaran ya bastante, y viendo además cómo esos demonios que nos habían hecho la vida imposible durante meses se burlaban de nosotros desde allí arriba. Y pensábamos que Alejandro no nos dejaba cargar sólo porque en medio había una ciénaga que cubría hasta las rodillas y luego había que atacar cuesta arriba. No, eso no nos convencía, así que se empezaron a oír gritos de: «¡Carga! ¡Carga! ¡Carga!». Llevábamos allí un rato sin saber nada de Alejandro, y los hombres estaban cada vez más nerviosos y algunos amenazaban con romper la fila. Entonces se produjo un movimiento en la compañía Hécate, que era la segunda, y sus jefes de pelotón, que estaban en la primera fila, arrancaron a correr hacia la colina. Pensando que tenía que elegir entre una desbandada o un ataque organizado, Gorgo ordenó al corneta que tocara primero *embrazar* y después *paso ligero*. Todo el primer batallón entonó el peán, y entonces cruzamos la ciénaga y cargamos cuesta arriba contra los bárbaros, que no se podían creer lo que veían. No llevábamos sarisas, claro, sino lanzas normales. Nos cayó una lluvia de flechas, pero seguimos ladera arriba. El resto del ala derecha nos siguió creyendo que obedecíamos órdenes de Alejandro, y él mismo no tuvo más remedio que secundar el ataque con el ala izquierda y la caballería.

»Fue una gran victoria. No hubo tácticas, ni maniobras envolventes, ni tropas de reserva lanzadas por sorpresa en el último momento. Ganamos sólo por nuestra *areté*, por nuestro valor guerrero, porque éramos mejores que ellos. Los pocos enemigos que quedaron vivos huyeron a uña de caballo. No tenían un gran botín en oro ni joyas, pero nos apoderamos de su ganado y sus barriles de cerveza, y se organizó una gran fiesta.

»Aún no era media tarde y ya habíamos empezado a celebrar la victoria por batallones. Alejandro envió a un mensajero a decirnos que nosotros no podíamos beber, que entregáramos el botín que habíamos recogido y que nos presentáramos enseguida ante él. Aunque sabíamos que nos iba a caer un buen chorreo, no hicimos caso. Aquella cerveza bárbara era pis de perro, pero se subía a la cabeza y nosotros la

trasegábamos como si el mundo se fuera a acabar mañana. Nos reímos del mensajero, lo manteamos y lo tiramos a un charco de barro, y después seguimos con la fiesta.

»Alejandro nos mandó entonces a cinco de sus pajes reales, y también los manteamos y los tiramos al barro. Después despachó a Lisanias y a diez guardias. Tampoco se salvaron del manteo, y además tuvieron que salir corriendo porque algunos querían desnudarlos sobre el lodo. Así que el propio Alejandro montó en cólera y vino a por nosotros.

—¿Y también lo manteasteis? —preguntó Demetrio, incrédulo.

—Quizá lo habríamos hecho, porque estábamos borrachos como cubas y, como todos los borrachos, pensábamos que nuestras patochadas les hacían gracia a los demás. Pero Alejandro no vino a pie, sino montado en *Amauro*, y cargó contra nosotros al frente de su Ágema. Antes de que nos diéramos cuenta ya habían matado a cuatro de los nuestros. Los demás nos retiramos hacia el centro de nuestras tiendas para defendernos, aunque la mayoría ni siquiera se tenían en pie. Entonces él —dijo señalando a Gorgo— saltó delante del caballo de Alejandro para aplacarlo. *Amauro* se encabritó y le pisoteó la cabeza y la espalda, y sólo entonces se calmó Alejandro. Se bajó del caballo, él mismo recogió del suelo a Gorgo y ordenó que se lo llevaran para que lo atendiera su médico.

»El arrebato de cólera se le había pasado, pero decidió dar un ejemplo con todos nosotros, y la ira fría de Alejandro puede ser aún más peligrosa que su rabia. Ordenó que sus jinetes nos rodearan y nos dijo que sólo nos perdonaría la vida si de entre nosotros salían diez voluntarios para ser ejecutados. Borrachos como estábamos, nadie decía una palabra. Uno a uno fueron saliendo diez hombres, todos ellos jefes de filas, los mismos que habían iniciado la carga sin autorización. Allí mismo, delante de nosotros, Alejandro hizo que los acribillaran a lanzazos.

»Al día siguiente, delante de todo el ejército, nos quitó los estandartes, nos despojó de los penachos de los yelmos y nos hizo arrancar las pieles de los escudos. Dejamos de ser las compañías Lobo, Hécate y Argos, y nos convertimos en tres compañías sin nombre. No hemos tenido un solo día de permiso desde entonces, no se nos permite licenciarnos, se nos paga la mitad que a los demás *pezétaroi*, porque, por supuesto, ya no se nos considera Compañeros. Somos las putas de Alejandro, y como putas nos arrastramos por todos los rastrojales. A veces combatimos como infantería ligera para servir de cebo a la caballería enemiga, a veces somos caballería de montaña improvisada a lomos de mulas, a veces nos toca arrasar una aldea por la noche y matar a todos sus habitantes, niños y mujeres incluidos. Si hay que plantarse al pie de una muralla cuando los defensores arrojan calderos de arena al rojo vivo, ahí estamos nosotros. Pero cuando llega la hora de los desfiles y las condecoraciones, sólo nos toca mirar.

»Éramos tres compañías, pero hemos sufrido tantas bajas que nos han fundido en

dos. Aun así nos faltaban cuarenta hombres para rellenar las filas, y por eso os han traído a vosotros. Eso es cosa de Leónato, por mí no lo habría hecho. Vosotros no comprendéis quiénes somos nosotros, vosotros no sabéis por qué estamos dispuestos a seguir con Alejandro hasta que el último de nosotros caiga, aunque sabemos que jamás nos perdonará. No sé si algún día lo llegaréis a entender. Da igual. Os haremos formar en nuestras filas para rellenar los huecos, pero tened por seguro que cuando llegue la batalla no estaréis en posición de enfrentaron con el enemigo para que os mate. Ése es un privilegio nuestro, el único que nos ha dejado Alejandro: morir por él.

»Él nos ha quitado nuestro nombre, pero nosotros nos hemos dado uno. Somos los Agriopaides, los Chicos Salvajes de Alejandro. Ganaos nuestro respeto, y al menos os dejaremos estar aquí. Ahora, largo.

De pronto estaban fuera, sin saber muy bien cómo habían salido. Frente a ellos había una tienda con los faldones abiertos. En la puerta había un soldado, sentado en la tarima enrejada del suelo y mirándolos con gesto burlón. Él también mascaba almáciga.

—¿Qué os ha parecido Gorgo, boquerones?

—¿A quién te refieres? —preguntó Demetrio—. ¿A él o a ella?

—Él tiene poco que decir —contestó el soldado—. Para los efectos, ella es Gorgo y es jefe de pelotón. ¿Algo que objetar?

Demetrio miró a Cérdidas. El joven de Tarento, que aún no se había enderezado del todo, dijo que no con la cabeza. Pero, para su sorpresa, Euctemón sonrió de medio lado y dijo:

—Es muy guapa.

Era lo último que se habría esperado de su hermano. Pero Demetrio sospechaba que aún le sorprendería más.

EN CASA DE LOS JULIOS

Había poco más de veinte millas desde el lago de Diana hasta Roma, y Gayo Julio espoleó a sus hombres y a sus prisioneros para recorrerlas a toda velocidad. Inquieto por la suerte de su hermana Julila, quería llegar cuanto antes, y consiguió que entraran por la Puerta Capena antes de que el sol alcanzara su cenit.

Como se temía, tuvo que perder varias horas con formalidades diversas. Primero él y sus hombres se desarmaron para cruzar el recinto del pomerio, que sólo se correspondía en algunas zonas con el trazado de la muralla. Entrar con armas a la vista no era cuestión baladí. Rómulo había matado a su hermano Remo por violar aquel perímetro sagrado.

Después se presentó ante su amigo y cuñado Gneo Cornelio Escipión, pretor de la ciudad, quien lo recibió ante la Curia escoltado por sus dos lictores.

—Bárbula ha nombrado dictador a Papirio —le informó Escipión—. Hace sólo dos días. No era una noticia inesperada. Siete años antes Lucio Papirio Cursor ya había sido nombrado dictador para dirigir la campaña contra los aborrecidos samnitas. Papirio se había comportado con la brutalidad habitual en él, recurriendo al flagelo y a sus enormes puños ante la menor indisciplina, e incluso había estado a punto de ejecutar a su lugarteniente Quinto Fabio, el *magister equitum*. En descargo suyo, había que decir que a la hora de la verdad Papirio había barrido a los samnitas del campo de batalla. La victoria podría haber sido definitiva, pero los soldados estaban enojados con él por culpa de su pelea con Fabio, que era muy popular, y a la hora de perseguir y aplastar a los samnitas se mostraron tan remolones que dejaron al enemigo huir y reorganizarse para futuras campañas. Incluyendo la humillación a la que habían sometido a una legión entera en las Horcas Caudinas.

Pero no eran los soldados quienes elegían al dictador, sino el Senado quien lo proponía y los magistrados con *imperium* quienes lo nombraban. En esta ocasión había sido Bárbula, el cónsul que más votos había conseguido ese año y, además, secuaz y amigo personal de Papirio.

Si bien el nombramiento no sorprendía a Gayo Julio, tampoco le alegraba. Su familia nunca se había llevado bien con la gens Papiria y, para ser más concretos, el dictador y su difunto padre habían sido enemigos personales. Que Papirio se convirtiera en el amo casi absoluto de la milicia y la política romanas no auguraba ningún puesto destacado para Gayo en la inminente guerra contra Alejandro.

—Son sólo seis meses —le consoló Escipión—. Estoy seguro de que la guerra durará más y tú y yo tendremos nuestra oportunidad. En cualquier caso —añadió,

apretándole el hombro—, nadie podrá arrebatarte la primera victoria sobre los macedonios.

El pretor envió a los soldados macedonios a la prisión del Tuliano con la promesa de que se les trataría con humanidad; pero, en cuanto a la esposa de Alejandro, albergaba algunas dudas.

—Tal vez no deberías haber entrado con ella en el pomerio. Al fin y al cabo es una reina.

Cuando los romanos expulsaron a Tarquinio el Soberbio y fundaron la República casi doscientos años atrás se decretó que ningún soberano volvería a entrar en el recinto sagrado de la ciudad. Ahora, Gayo se volvió y miró de reojo a la joven Agatoclea, que esperaba muy digna junto al médico.

—No es lo mismo ser reina que una de las esposas de un rey, así que creo que a esa joven no se le puede aplicar la norma. A ella y al hombre que está con ella los alojaré en mi propia casa. Yo respondo de ellos.

—Ahora que lo dices, ¿quién es ese tipo alto con aspecto de celta?

—Es Néstor, el médico personal de Alejandro. Un rehén muy interesante. Escipión le miró a los ojos. Gayo había tratado de impregnar sus palabras de un tono cínico, como si quisiera implicar que lo único que le importaba era el rescate, pero su cuñado le conocía bien.

—Entiendo. Ojalá Fortuna sonría a Lila. Mi mujer ya está en tu casa.

No tardaron en llegar a la *domus* de Gayo Julio, que estaba al principio de la cuesta del Argileto, a unos doscientos pasos del foro. El tribuno insistió en que Néstor se refrescara, tomara un refrigerio y descansara, pero el médico aseguró que antes quería ver a su paciente.

—Mi deber como patricio romano es ofrecer...

—Yo tengo mi propio deber como médico —le interrumpió Néstor.

—No has dormido esta noche.

—Por favor, Gayo Julio. Ahora.

Gayo, que sabía reconocer una determinación como la suya cuando la veía en los ojos de otra persona, accedió. A Agatoclea (o Clea, como insistía en que la llamara) la dejó en manos de su hermana Julia, la esposa de Escipión, para que las instalara a ella y a sus cuatro sirvientas.

—¿Y mi mujer? —preguntó a Pandemo cuando vino a recibirle. El liberto, un griego nacido en Tarento, era su secretario y casi su mano derecha.

—Está indispuesta, *domine*. Esta mañana ha vomitado.

—Qué raro —rezongó Gayo.

Desde que Valeria estaba encinta no se podía contar con ella para nada. Ya había pasado lo mismo con su primer embarazo: vómitos, malas caras, manías y caprichos,

días y días sin moverse de la cama. Para colmo, había terminado en aborto. Aquel matrimonio daba muy pocas satisfacciones a Gayo; estaba pensando en divorciarse de ella si esa segunda gestación tampoco llegaba a buen término. Nunca le había convencido su prometida, por mucho que su familia tuviese tanto lustre que sólo a los Valerios se les permitía abrir la puerta de su casa hacia la calle. Por eso no se había casado con ella por el ritual sagrado de la confarreación, lo que le habría supuesto cargar con Valeria el resto de su vida.

Su madre tampoco salió a recibirlo. Le mortificó, pero tampoco le extrañó. Desde que su padre muriera con la pierna engangrenada por una flecha samnita, cuatro años atrás, Cornelia se había ido encerrando cada vez más en sus recuerdos, su mente se había deteriorado poco a poco y ya hacía tiempo que había dejado de cumplir con sus deberes de matrona. La única mujer de su familia que se comportaba como una romana era Julia, y ya no pertenecía a su casa, sino a la de Escipión.

Cruzaron el atrio y giraron a la izquierda hasta el cubículo de Lila. Gayo hubiera llegado a ciegas, guiado por la quejumbrosa cantinela que entonaba su madre. Nada más entrar en la habitación, el médico arrugó la nariz y frunció el ceño. Pese a estar en lo más cálido del mes de sextil, dos grandes pebeteros quemaban hierbas, y las paredes, el arcón y el armario estaban festoneados de ramas de laurel e hinojo, aunque también había otras plantas que, por desgracia, no olían tan bien. Había incluso ristras de ajos colgadas del techo, como si aquello fuera una despensa.

—Que retiren todo esto —dijo Néstor. Después levantó la mirada hacia una pequeña ventana cerca del techo. Mientras la servidumbre despejaba aquel jardín botánico, él mismo se puso de puntillas y abrió el postigo. Con la puerta y la ventana abiertas, se formó algo de corriente y Gayo Julio respiró aliviado.

El patricio se inclinó para besar a su madre, sentada sobre un arcón con el manto pardo echado sobre la cabeza como si ya guardara luto. Ella, absorta en su letanía a Domiduca, Angitia, Orbona, Libitina y un sinfín de diosas ancestrales, ni siquiera le contestó.

—No ruegues aún a Libitina, madre —susurró Gayo Julio—. Aún no está muerta. He traído a un hombre que la curará.

Cornelia le miró a los ojos, y por un instante brilló en ellos esa severidad acerada que tanto temor le imponía de niño.

—No se puede confiar en los hombres. Sexto ha estado aquí al amanecer y la ha asperjado con agua lustral. Dice que Julila puede estar poseída por una larva.

Su madre, la única en la casa que llamaba a la niña Julila y no Lila, agachó la cabeza y siguió con sus preces. Gayo Julio se apartó de ella y rindió un rápido saludo a la capilla de los dioses domésticos, un larario en forma de pequeño templete en el que aparecía el genio de la familia escoltado por dos lares y una serpiente, ya descoloridos.

Su hermana estaba tendida en la cama, castañeteando los dientes entre escalofríos que no podía controlar, mientras la fiel Martina, la esclava que los había criado a todos, le agarraba la mano y le secaba la frente con un paño. Gayo Julio le dio un beso y notó en los labios que tenía fiebre. Lila abrió los ojos y le sonrió. A la pobre, para colmo, se le había caído un diente.

A Gayo no le extrañó que su primo Sexto, sacerdote encargado del culto a Volturno, achacara el mal de la niña a un genio maligno. Lila había adelgazado tanto que no parecía ella: era todo ojos febriles y húmedos en una carita afilada como la de un ratón.Y las palabrotas y juramentos que soltaba en los peores momentos de sus convulsiones no podían salir de la boca de una niña de seis años.

Néstor se sentó en cuclillas junto a la cama y examinó a la niña, que había vuelto a cerrar los párpados y respiraba con un áspero estertor, mientras abría y cerraba los dedos de la mano derecha en movimientos espasmódicos.

—Dices que se cayó de un árbol del patio.

—Sí —respondió Gayo—. Estaba jugando con sus primas, se subió a por una pelota y la rama se tronchó. Yo lo vi y salí corriendo, pero llegué tarde. Cayó sobre el hombro, y de rebote se golpeó la sien contra el suelo. Al principio sólo se quejó del brazo, pero se le pasó en un par de días.

—Entiendo. Y cuando lo teníais olvidado, de repente...

—Ocurrió dos semanas después. Yo estaba cenando en casa de Flavio, un amigo, cuando vinieron a avisarme. Lila estaba jugando con Pulcra —dijo Gayo, señalando a una muñeca de madera con cabellos de lana que estaba tumbada al lado de Lila como si fuera su hermana pequeña— cuando Martina se dio cuenta de que empezaba a hablar de una forma muy rara. La mujer asintió, sin dejar de mirar a Lila.

—Era como si quisiera buscar las palabras y no las encontrara. ¡Mi pobre niña, qué cara de miedo se le puso! Boqueaba como un pececillo —dijo la esclava. Gayo tradujo sus palabras, absteniéndose del último comentario.

—¿Recuperó el habla? —preguntó Néstor.

Gayo volvió a mirar a Martina. Ella había estado más tiempo con Lila, así que le tradujo la pregunta y siguió haciendo de intérprete entre ella y el médico.

—Después de aquello, sí —explicó la esclava—. Pero a menudo le vuelve a pasar lo mismo y se queda sin saber qué decir. También se inventa palabras que no existen, o suelta obscenidades que no son propias de una niña.

—¿Alguna otra señal?

—Se queja de que se le duerme una pierna, y también un brazo, y a veces casi no puede ni moverlos. Eso cuando no le dan convulsiones.

—¿La pierna y el brazo del lado derecho?

Ella miró sorprendida al médico y asintió. Gayo Julio sonrió. El médico sólo tenía una posibilidad entre dos de equivocarse. Aquella pregunta tenía que ser una

fanfarronada para impresionarles, seguro.

—¿Tiene problemas para comer?

—Mira cómo está la pobre —dijo la mujer, levantando el brazo de la niña. Se veía tan flaco como el de la muñeca de madera—. Apenas puede tragar, y después lo vomita casi todo.

Ahora la niña se había dormido y su respiración era lenta y profunda. Néstor le descubrió el brazo. Tenía unas marcas en el hombro derecho.

—Le han aplicado una sanguijuela. Qué manía de sangrar a la gente. Pregúntale quién ha sido, por favor.

—Fue idea del *barbero*, domine —contestó Martina—. Dijo que a la niña le sobraba sangre, que si había perdido la palabra era por un exceso de sangre y que la sanguijuela le podía absorber el mal.

Néstor meneó la cabeza, contrariado. Después chasqueó los dedos un par de veces junto a la oreja derecha de la niña. Ella abrió los ojos un poco, pero despistada, como si en realidad no le viera. El médico se agachó sobre ella y le examinó los ojos de cerca.

—Necesito algo que me dé más luz.

Miró a su alrededor, y al ver las lamparillas de cerámica encendidas ante el larario se levantó y cogió una. Cornelia hizo ademán de protestar.

—Madre, déjale —dijo Gayo en tono severo.

Con mucho cuidado, Néstor acercó la llama al rostro de la niña. Después sacó de una de las varias bolsas que llevaba al cinto un fragmento de cristal de roca pulido y lo colocó sobre el ojo de Lila. Gayo Julio se acercó para curiosear y se sorprendió al ver que el iris de su hermana había crecido al doble de tamaño. Durante un segundo creyó que el médico había realizado algún hechizo maligno que dejaría deforme para siempre a Lila, pero cuando Néstor aplicó el cuarzo al otro ojo descubrió que el aumento era sólo un artificio producido por el cristal.

—Observa bien y dime qué ves —dijo Néstor, cambiando de nuevo el cristal de un ojo a otro.

Gayo se inclinó sobre Lila. De cerca, su aliento se notaba seco y febril, y eso le recordó una ocasión en que, con dos o tres años, se puso enferma de la garganta y él la tuvo en brazos toda la noche. Entonces también olió la fiebre en su aliento y pensó que se podía morir, pero aquella infección parecía una minucia comparada con el mal que sufría ahora. Entonces se dio cuenta de lo que quería decirle el médico.

—Tiene la pupila izquierda más grande que la derecha.

—Quería que me lo confirmara alguien con la vista más joven que yo. Lila —añadió dirigiéndose a la niña.

—Qué... —respondió ella con voz débil.

—Ten hellenikén glossan gignoskeis?

—Sí, sabe algo de griego —contestó Gayo por ella. Él mismo había empezado a darle lecciones el año pasado.

—Me gusta tu muñeca —dijo Néstor, vocalizando muy despacio—. ¿Cómo se llama?

—Pulcra.

El médico cogió a Pulcra, le colocó bien la cabellera de lana y se la puso a Lila en los brazos. Después se levantó y le hizo una seña a Gayo. Ambos salieron de la habitación.

—¿Puedes hacer algo por ella? —preguntó el patricio.

—Aunque sé que después de lo que he dicho parece una paradoja, tengo que sangrarla. Pero no en un brazo ni en una pierna. En la cabeza.

—Haz lo que sea menester.

—No me he explicado bien. —Néstor le miró a los ojos—. No consiste en abrirle una rajita sin más y esperar a que gotee la sangre. Tengo que perforarle el hueso del cráneo y sacar el líquido que se le ha acumulado debajo.

—¿El hueso... del cráneo? —Gayo sintió que se le encogía el estómago. Había visto más de una cabeza abierta en el ejército, y pocas de ellas pertenecían a gente que aún siguiera con vida—. ¿Eres capaz de hacer eso?

—Es una operación delicada. Hasta ahora he practicado diez trepanaciones. Cinco pacientes murieron y otros cinco vivieron, o al menos seguían vivos cuando me despedí de ellos. Tu hermana supondrá el desempate.

El médico insistió en actuar cuanto antes. Le parecía milagroso que la niña hubiera podido aguantar así desde mayo, pero creía que en su estado de consunción podía morir en cualquier momento. Lo primero que hizo fue buscar un sitio adecuado para la operación. Necesitaba una mesa sólida, lo bastante grande para tender a la niña en ella y, sobre todo, bien alta para no desriñonarse él. La única que encontraron con esas características era la del tablino, el despacho donde Gayo recibía a sus clientes y visitantes.

—Es una mesa muy cara —dijo Pandemo, que sabía que en la casa no sobraba el dinero.

—Me da igual que haya que tirarla a un vertedero después. Vamos.

Los esclavos de la casa la sacaron a duras penas, pues era de mármol y tenía unas pesadas patas de bronce que representaban caballos rampantes. Néstor hizo que la colocaran en un lado del atrio, donde el compluvio dejaba entrar luz natural; además, así estaba cerca de la cocina. Los fogones ya funcionaban a plena llama, pues el médico quería agua hervida en abundancia. En un caldero limpió sus instrumentos, en otro más grande hizo que las criadas lavaran un montón de gasas pese a que ya estaban limpias, y en una tercera cacerola más pequeña metió una esponja.

—Vigila que ésta no hierva —le dijo a su sirviente.

Gayo pensó que la esponja debía de ser muy importante cuando no quería confiársela a las esclavas de la cocina. Por otra parte, era extraño el celo que ponía Néstor en pasarlo todo por agua en ebullición y en lavarse las manos y los antebrazos como si quisiera arrancarse de la piel el miasma de un antiguo crimen.

—¿Por qué lo hierves todo? —preguntó

—Los instrumentos, nuestras manos y hasta el aire que respiramos están plagados de espíritus invisibles. Esos pequeños dáimones son malévolos, y están tan hambrientos que en cuanto ven una herida abierta se precipitan sobre ella para beber la sangre y devorar la carne fresca. Pero tienen una debilidad: el agua hirviendo los mata.

Cuando todo estuvo dispuesto, Néstor hizo que llevaran varias mesitas más y las dispusieran alrededor de la grande. Sólo entonces ordenó que trajeran a la niña de su cubículo. Martina fue a cogerla en brazos, pero el propio Gayo la apartó y levantó a su hermana de la cama. Lila se le agarró al cuello con el brazo izquierdo; su mano derecha se cerró torpemente en el aire y quedó colgando como un tallo mustio. Por Cástor, pensó Gayo, las plumas de mi yelmo pesan más.

—¿Qué vais a hacer con Julila? —preguntó Cornelia.

–Tranquila, madre. Quédate aquí y sigue rezando por ella.

Gayo sacó a la niña al atrio, apretándola contra su pecho para que no viera los instrumentos de metal meticulosamente distribuidos sobre las mesillas: los que no acababan en punta tenían garfios retorcidos o dientes de sierra, y parecían herramientas de tortura más que de curación. Con mucho cuidado, depositó a su hermana sobre la sábana que habían extendido encima de la mesa de mármol.

—Está fría —protestó débilmente Lila.

—¿Te molesta mucho? ¿Quieres que la calentemos un poco? Ella pareció a punto de decir algo, pero no encontró las palabras y se limitó a mover un poco la barbilla a un lado.

—Vamos a hacerlo ya —dijo Néstor—. Hay que aprovechar que está tranquila. Prefiero dormirla ahora que no tiene convulsiones.

El esclavo le trajo la cazuela con la esponja caliente. El médico la cogió, la escurrió un poco sobre el agua y después se la acercó a la niña.

—Huele mal... —se quejó ella.

Néstor le agarró la cabeza con una mano y con otra le apretó la esponja contra la nariz y la boca. Lila lloriqueó un poco, pero enseguida sus gemidos se hicieron más débiles y no tardó en cerrar los ojos.

—¿Qué es eso? —preguntó Gayo.

—Una esponja somnífera. Se prepara sumergiéndola en una mezcla de adormidera, beleño y mandrágora puesta al fuego. Cuando la cocción hierve y termina de evaporarse, se deja secar la esponja y se guarda. Después, sólo hay que

meterla en agua caliente para que los fármacos recuperen su poder.

—Los médicos griegos poseéis una magia asombrosa.

—Esto sólo lo utilizo yo —dijo Néstor, dejando la esponja de nuevo en la cazuela —. Tiene su peligro, y más con una niña tan pequeña. Pero no podemos correr riesgos. Si el escalpelo se me escapa el grosor de una uña, puedo matarla.

Para entonces todos los habitantes de la casa se habían congregado en el patio, y también algunos de las casas vecinas. Entre patricios, clientes, libertos y esclavos había más de treinta personas apiñadas en el atrio, murmurando y empujándose para ver más de cerca qué iba a hacer aquel curandero foráneo. Néstor ordenó que se retiraran al menos a seis pasos y que guardaran silencio. Los soldados que habían acompañado a Gayo para custodiar a los dos prisioneros formaron un cordón y apartaron a la concurrencia.

—Sólo necesito a cuatro personas cerca de mí. Boeto, Gayo Julio... —La mirada de Néstor saltó de Martina a Julia—. Quien me ayude debe tener estómago y pulso firme.

—Yo lo haré —respondió Julia en griego.

—Yo también puedo ayudar —dijo Agatoclea, que acababa de salir de la habitación que le habían asignado. Los legionarios que escoltaban a la joven pelirroja miraron interrogantes a Gayo. Él asintió.

—No deberías haberte cambiado de vestido —respondió el médico, mirándola de reojo—. Puede que te manches de sangre.

–Hay cosas más importantes —respondió ella, haciendo a un lado a Martina para acercarse a la niña.

Néstor le sonrió y volvió a su trabajo. Mientras el médico inmovilizaba la cabeza de Lila con un complicado sistema de correas, Gayo observó los ojos de Agatoclea. Por Venus Púdica, se dijo, cómo mira a Néstor. ¿Ella, la esposa del gran Alejandro, encaprichada de un hombre a sueldo de su marido? La joven se dio cuenta de que la estaban observando y volvió la mirada hacia Gayo. Como una niña sorprendida en una travesura, su rostro se arreboló y bajó los ojos sonriendo con timidez. Gayo, a quien le encantaban las mujeres salvo, por desgracia, su propia esposa, pensó que esa muchacha de nariz respingona y ojos de esmeralda no era exactamente bella, pero escondía un hechizo tan ardiente como el fuego de sus cabellos.

Gayo meneó la cabeza para ahuyentar aquellos pensamientos y, obedeciendo las instrucciones de Néstor, sujetó con trapos y jirones de túnicas viejas las piernas de su hermana, mientras Julia le cortaba el pelo con unas tijeras.

—Qué pena —dijo Julia—. Nació pelona como una calabaza. ¡Con lo que le costó que le salieran estos rizos!

—Venga —la apremió Néstor—. Sólo el lado izquierdo. Tenemos prisa. Cuando Julia terminó, el propio médico rasuró la sien de la niña con una cuchilla de cobre. A

Gayo le dio pena ver a su hermana con casi media cabeza calva, pero sabía que en breve presenciaría cosas peores. Entonces recordó cuál era su misión, terminó de atarle las piernas y se quedó esperando por si le solicitaban cualquier cosa. Néstor se volvió hacia la mesa donde tenía los escalpelos, eligió el más fino de todos e hizo una incisión vertical en la sien, no muy lejos de la ceja izquierda. De la herida empezó a manar sangre de un rojo escandaloso. Boeto, que ya debía tener costumbre de ayudar a su señor, la limpió con una gasa empapada en vino. Lo habían traído de casa de Julia y Cornelio, pues Néstor había insistido en que el mejor para esos menesteres era el de diez años y Gayo no lo tenía. Las esclavas no hacían más que traer trapos limpios, mientras Néstor aplicaba el vino puro con una generosidad digna de un banquete macedonio.

Como la hemorragia no se detenía, el médico aplicó un cauterio al rojo sobre los bordes de la herida. Lila se removió un poco y gimió en sueños, mientras el olor a carne quemada se extendía por el atrio. Boeto le pasó la esponja somnífera y Néstor la aplicó unos segundos hasta que la niña volvió a tranquilizarse. Después practicó otra cisura a unos dos dedos de la anterior, casi encima de la oreja.

—Tenéis que mantenerlas abiertas —les dijo a Agatoclea y Julia, que estaban pálidas como la cera.

Él mismo aplicó unas finas pinzas en ambas heridas para retirar la piel y dejar el hueso al descubierto, y después dejó que sus ayudantes las sujetaran. Gayo Julio se había encontrado con muchos muertos en el campo de batalla, había presenciado terribles mutilaciones y en una ocasión había visto dos de sus propias costillas al aire; pero era muy distinto contemplar el cráneo abierto de su hermana de seis años.

Agatoclea y Julia, hombro con hombro y conteniendo el aliento, aguantaron las pinzas mientras Néstor escogía una extraña herramienta en forma de T con el extremo provisto de dientes. Cuando lo aplicó al cráneo de Lila y empezó a dar vueltas, el chirrido de la sierra taladrando el hueso hizo que todo el mundo rechinara las mandíbulas y cerrara los ojos.

Tras practicar ambos orificios salió más sangre y Néstor volvió a limpiar. A continuación utilizó otro instrumento exótico, una vejiga de animal rellena de agua hervida con sal y unida a un fino tubo de cobre. Aunque Gayo no lo veía bien porque el propio cuerpo del médico le estorbaba, tuvo la impresión de que estaba introduciendo el tubo por uno de los pequeños orificios que había practicado en el cráneo y luego apretaba la vejiga. Por el otro agujero fluyó una mezcla de agua y sangre oscura, lo que provocó un gruñido de satisfacción en el médico.

El tiempo parecía haberse congelado. Néstor no hacía más que limpiar con aquella especie de siringa, aplicar el cauterio una fracción de segundo y volver a limpiar. Después le pidió a Boeto una cánula, y el sirviente le entregó un tubo finísimo y flexible. Néstor se agachó sobre la herida y Gayo dejó de ver lo que hacía.

—Aguja —pidió el médico por fin.

La mirada de Gayo se cruzó con la de Agatoclea. La joven estaba aguantando bien, aunque ya le empezaban a temblar las manos de mantenerlas en alto para sujetar las pinzas, y por el color de su rostro Gayo sospechaba que el sudor que le chorreaba por la frente era tan frío y viscoso como el que a él le empapaba la espalda. Julia, por su parte, estaba inmóvil como un lar en su hornacina y observaba sin parpadear lo que hacía el médico. Una auténtica romana, se dijo Gayo, orgulloso de ella.

—Ya está —dijo Néstor.

Gayo Julio respiró hondo. Sólo entonces se dio cuenta de cuánto le dolían el pecho de contener el aliento y la espalda de encorvarse tenso sobre las piernecillas de su hermana. Estiró los hombros y se acercó a la cabecera de la mesa para ver el resultado. Néstor había cosido las dos heridas con la pulcritud de un sastre, pero no las había cerrado del todo, pues en el centro de cada una de ellas sobresalía un extremo de la cánula.

—Hay que vigilarla para que no se apoye en esta sien y se haga daño —dijo Néstor.

—¿Para qué sirve ese tubo? —pregunta Gayo.

—Es un drenaje para que siga saliendo la sangre. Cuando tu hermana se cayó del árbol debió provocarse una hemorragia dentro de la cabeza. Minúscula, sin duda; pero la sangre se fue acumulando debajo del hueso y llegó un momento en que ese hematoma empezó a presionarle el cerebro. Una herida invisible, pero mortal. Ahora la hemos curado.

—¿De verdad? ¿Se pondrá bien? —preguntó Julia mientras se frotaba los antebrazos, seguramente para aliviarse un calambre ahora que todo había pasado.

—Todo depende de los dáimones. Si se apoderan de la herida y la infectan... He tenido todo el cuidado posible, pero habrá que esperar tres días para saberlo.

—Estoy en deuda contigo, Néstor —dijo Gayo, apretándole el hombro.

—Como ya he dicho, creo que deberías esperar tres días para decirlo.

—Da igual. Has hecho más de lo que podría hacer cualquier hombre. Nunca lo olvidaré.

REY DE REYES

Hacía sólo dos días que Neo, hijo de Cleopatra y del difunto Alejandro de Epiro, conocía a Alejandro Ego, pero ya había extraído algunas conclusiones sobre su primo. Para empezar, Ego era mucho más listo que él, aunque tenía sólo seis años y Neoptólemo nueve. Sólo había que oírle hablar. Con su madre lo hacía en persa, un idioma que sonaba exótico y musical y del que Neo no captaba ni media palabra. En cambio, cuando se dirigía a Cleopatra o a sus primos usaba el griego común con un acento perfecto y sin equivocarse en un solo verbo, lo que ya habría tenido bastante mérito incluso para un adulto. Pero lo más mortificante para Neo era que, aunque se suponía que no se trataba de su lengua materna, Ego empleaba palabras que él no entendía, y hasta se permitía el lujo de aderezar sus frases con algunas palabrotas y juramentos en dialecto macedonio.

La segunda conclusión sobre su primo era que le producía escalofríos. Ego estaba convencido de que iba a ser rey y trazaba planes en consecuencia. Cada vez que alguien le llevaba la contraria, fingía escribir en la palma de su mano una sentencia de muerte con todos los detalles, y había que reconocer que su inventiva para la tortura era inagotable. Cadmia, la hermana de Neo, se tapaba los oídos para no oír los espeluznantes pormenores de los tormentos que inventaba Ego; mas el propio Neo, que experimentaba una ambigua y morbosa atracción por todo lo relacionado con la muerte, le escuchaba hipnotizado.

Se suponía que el propio Neo también sería rey cuando alcanzara la mayoría de edad, pero tan sólo del Epiro, el agreste y pobre país en el que había nacido y al que estaba deseando volver. Las ambiciones de Ego iban mucho más lejos: como hijo de Alejandro y Roxana, estaba convencido de que iba a convertirse en rey de reyes o, como decía él, *xshayathiya xshayathiyanam*, que sonaba mucho más impresionante.

Neo no estaba tan seguro. Que Ego fuese el primogénito de Alejandro no le garantizaba nada. Era la asamblea macedonia, el pueblo en armas, quien escogía a su rey.

—Tienen que elegirme a mí —respondía Ego—. Los súbditos del imperio de Asia sólo aceptarán a alguien que tenga sangre real persa como yo.

Al argumento se le podía dar la vuelta. Los súbditos europeos de Alejandro no aceptarían nunca a alguien por cuyas venas corría sangre asiática. Porque Ego no era griego, de eso Neo estaba seguro. Todo el mundo afirmaba que se parecía mucho a Alejandro, pero para cualquiera que tuviese ojos en la cara resultaba evidente que era el vivo retrato de su madre. Un bárbaro, en suma. De lo que no estaba tan seguro

Neoptólemo era de si él mismo y su familia eran griegos. Escuchando a su madre, a su padrastro Perdicas, a su tío Alejandro y a otros parientes, Neo había observado que a veces se llamaban a sí mismos griegos y se jactaban de serlo, mientras que otras veces se decían macedonios y reservaban el término «griegos» para otras personas, acompañándolo además de epítetos como «cobardes», «codiciosos», «afeminados», «decadentes» o «mentirosos».

—¿Nosotros somos griegos? —le había preguntado a su madre en una ocasión.

—Qué preguntas haces. Es evidente que lo somos.

—¿Y por qué es tan evidente?

—Por muchas razones. —Su madre las enumeró con los dedos, como una lección bien aprendida—. Hablamos griego, adoramos a los dioses que habitan en el monte Olimpo, consultamos al oráculo de Delfos, participamos en los Juegos Olímpicos, los fundadores de nuestra casa real proceden de la ciudad de Argos y somos nosotros quienes hemos vengado la invasión de Grecia y el incendio de los templos de Atenas. ¿Te parecen argumentos suficientes?

Neo se había quedado un poco apabullado, pero insistió.

—Entonces, ¿por qué a veces hablamos de los griegos como si nosotros no lo fuéramos?

—Porque, aunque seamos griegos, también somos especiales.

—¿Eso quiere decir mejores?

—¡Por supuesto! —contestó su madre con pasión—. Con los demás griegos compartimos la inteligencia, el refinamiento y el amor por la belleza. Pero a cambio no hemos perdido las virtudes de nuestros antepasados. Somos los únicos que seguimos respetando el valor, el honor y la verdad, y también los únicos que aún obedecemos a nuestros reyes y no nos dejamos guiar como ovejas por los demagogos de las asambleas.

Ahora, mientras los tres niños jugaban en el jardín de la casa que les había prestado la viuda vieja de Posidonia, Cadmia, que se sabía de memoria las relaciones y vericuetos de la familia de los Argéadas, le dijo a Ego:

—No es verdad. No te van a elegir rey a ti. Tú tendrás sangre de la familia real de Macedonia, pero de la de Persia no. Tu madre sólo es hija de un gobernador. El único que tiene a la vez sangre real de Macedonia y de Persia es Ciro Amintas —añadió refiriéndose al hijo de Alejandro y Estatira, un primo al que ella y Neo sólo conocían de oídas.

—Retira eso ahora mismo —dijo Ego.

—¿Por qué voy a retirarlo si es verdad?

—Que lo retires.

—¡No me da la gana!

Por respuesta, Ego le propinó una patada en la espinilla con todas sus fuerzas.

Cadmia se puso a saltar a la pata coja agarrándose la pierna dolorida y rompió a llorar. Neo, a quien su madre había enseñado que el honor y la integridad de su hermana valían más que el oro y la ambrosía juntos, se abalanzó sobre Ego y le dio un empujón. El futuro rey de reyes cayó de espaldas en la hierba, pero se levantó enseguida y miró a su alrededor. A su lado había un arriate delimitado por piedras negras de textura porosa. Ego cogió la primera que encontró a mano y se la tiró a Neoptólemo. Éste se apartó en el último instante y la piedra le pasó rozando la cabeza. Pero detrás de ella llegó el propio Ego enarbolando una rama con la que le golpeó en la boca. Neo retrocedió y se llevó la mano al labio inferior. Estaba sangrando y le dolía mucho. En un segundo había aprendido una dura lección. Su primo era una de esas personas que responden ante una agresión con otra aún más violenta y que no se detienen ante nada. Mientras que él, Neo, era de los que se acobardan.

—No me vuelvas a poner la mano encima —dijo Ego—. El rey de Persia es intocable.

—Tú no eres rey de nada —respondió Neo, pero con la barbilla gacha y reculando ante su primo.

—Si se te ocurre volver a tocarme, cuando sea *xshayathiya* haré que te claven las manos y los pies al suelo, y yo mismo te arrancaré la piel, te rajaré la barriga y te mearé dentro para que te escueza más.

Una animalada así dicha por un crío macedonio habría hecho soltar la carcajada a Neo, pero oírla en boca de su primo le puso la carne de gallina.

—No vas a ser rey nunca —dijo Cadmia.Ya había dejado de cojear, pero también se mantenía a una distancia prudencial—. El tío Alejandro es un dios y no se va a morir nunca.

—Yo voy a ser rey dentro de seis años.

—No, no lo vas a ser.

—Voy a hacer con Eskandar —siempre llamaba así a su padre —lo que él hizo con Filipo. Lo voy a matar yo mismo.

—¡Alejandro no mató al abuelo!

—Sí que lo mató.

—No es verdad. —Neo apoyó a su hermana—. A Filipo lo asesinó Pausanias.

—¿Y quién os creéis que le encargó a Pausanias que cometiera ese asesinato? Fue Eskandar, idiotas. —El gesto de suficiencia de Ego era tan odioso que Neo le habría aplastado la nariz, pero no tenía agallas. Quién sabía cómo podría responder su primo esta vez.

—¿Y tú cómo te has enterado? ¿Te lo ha contado tu padre?

—No. Ha sido mi madre. ¿Sabéis qué estaba planeando Filipo cuando lo asesinaron? ¡La conquista de Asia! Eskandar decía que su padre no le iba a dejar nada

para cuando él fuese rey. Por eso lo mató.

—No lo entiendo —dijo Cadmia.

Era lógico que su hermana no lo entendiera, pensó Neo, porque era una niña y las niñas no saben nada de guerras ni conquistas ni de la gloria de un general. Pero a él le parecía razonable lo que decía Ego, y también inquietante. ¿Su tío, un parricida? Aunque no quería creerlo, su primo había sembrado en él la duda.

—Pero yo no voy a esperar a los veinte años —prosiguió Ego—. Con doce años ya podré cabalgar y mandar ejércitos, así que entonces mataré a Eskandar. Y después me casaré contigo — añadió señalando a Cadmia.

—¡Yo no me quiero casar contigo!

—Como yo voy a ser el rey, tendrás que obedecerme. Te encerraré en el harén y no volverás a ver a tu madre ni a tu hermano nunca más.

Cadmia apretó los puños. Neo comprendió que se avecinaba un nuevo estallido de violencia y que tendría que ayudar a su hermana, pero el vientre se le encogió de miedo. En ese momento Argo, el cachorro de Berenice, que estaba jugando en un arenal al otro lado del jardín, llegó corriendo a saltos, pues el césped era demasiado alto para sus patitas. La propia Berenice le seguía correteando casi con la misma torpeza que el perro. Ego se olvidó por un momento de sus sueños de conquista y asesinato y se agachó para acariciarle la panza a *Argo*. Neo suspiró. En el fondo, tal vez el hijo de Roxana y Alejandro tenía algo parecido a un corazón.

Perdicas y su sobrino se lavaron en unos baños improvisados en un pabellón de campaña. Podrían haberse acercado a la ciudad para hacerlo en la casa, pero eso les habría hecho perder tiempo, y a Perdicas le habían convocado a una reunión con Alejandro y otros generales. Aunque lo que le había disuadido no era eso, sino la presencia de Roxana.

Dos días antes, la esposa de Alejandro, con la excusa de conocer a su cuñada Cleopatra, se había presentado de visita en la mansión que ocupaba el matrimonio. Para Perdicas había sido una pesadilla. Con veintiocho años, la belleza de la bactriana no se había marchitado un ápice, e incluso se notaba más asentada y madura, como si sus rasgos hubieran terminado de encajarse en el sitio perfecto y definitivo. Pero Perdicas no era capaz de apreciar aquella hermosura ideal que habría complacido al propio Platón. Sólo veía sus miradas de reojo y el gesto frío de su boca cuando creía que nadie la observaba, y sólo escuchaba los comentarios aparentemente inocentes en los que para cualquier metáfora negativa deslizaba la palabra «veneno». Así, por ejemplo:

—Los romanos y los cartagineses son el *veneno* de Europa. Pero con la ayuda de tu esposo — añadía, dedicando una sonrisa a Perdicas—, Alejandro conseguirá *no intoxicarse* con él.

Por desgracia, Cleopatra había quedado prendada de Roxana. La bactriana sabía ser encantadora. Perdicas comprendía que, sin conocerla mejor, nadie sospechara que detrás de su radiante sonrisa y sus enormes ojos negros se ocultaban designios más fríos e inhumanos que las cumbres heladas del Paropamiso. Y, además, Roxana le contaba a Cleopatra los relatos sobre países exóticos que su propio hermano Alejandro, siempre ocupado, le escatimaba.

Ya en la cama, Cleopatra le dijo a Perdicas:

—¡Qué lugares tan maravillosos debéis haber visto!

—Gedrosia no era ninguna maravilla, te lo aseguro.

—Cuando termine esta campaña, tienes que llevarme a Asia —dijo ella con mirada soñadora—. Quiero ver contigo los jardines colgantes de Babilonia, y las pirámides de Egipto, y los lagos termales de Hierápolis, y los palacios de oro y azurita de Samarcanda, y...

—Te llevaré, Cleopatra —dijo Perdicas, callándola con un beso—. Te prometo que recorreremos juntos el Camino Real de Sardes a Susa.

Después de eso le había hecho el amor a su esposa con tanto ardor que ella, entre risas, tuvo que pedirle que se calmara si no quería que el parto se adelantara más de seis meses. Al final ambos habían quedado exhaustos, pero ni aun así consiguió Perdicas sacarse de la cabeza a Roxana.

Para colmo, la bactriana había vuelto al día siguiente y había manifestado que tenía la intención de visitar a su cuñada a diario. Sólo de pensarlo, a Perdicas se le llenaba la boca de ácido.

—¿Por qué pones esa cara, tío? —le preguntó Gavanes mientras le rascaba la espalda con la estrígile—. ¿Hay algo que hayamos hecho mal hoy?

—¿Algo? ¡Cientos de cosas! —respondió Perdicas—. Pero no era eso, no te preocupes. Además, tú lo has hecho muy bien. Estoy orgulloso de ti.

A su sobrino se le iluminó el rostro. Habían estado haciendo instrucción con los Compañeros casi desde el amanecer. Primero habían practicado maniobras por pelotones, luego por escuadrones de doscientos, y al final de la mañana habían cabalgado y realizado variaciones, conversiones y vueltas en dos grandes grupos de cuatro y de cinco escuadrones. Era la primera vez que Gavanes veía tantos soldados de caballería juntos. Todo un espectáculo, pensó Perdicas, pero también una actividad aparatosa y caótica. Mil ochocientos caballos ocupaban tanto terreno que un observador poco avezado podría juzgar que eran tres o cuatro veces más, y mientras maniobraban no dejaban de sudar, relinchar, piafar y llenarlo todo de excrementos.

Mandar una unidad de infantería era complicado, pues un batallón de hoplitas no consistía en una masa cuadrada de mil quinientos escudos y mil quinientas sarisas, como podría pensar quien leyera las crónicas de las batallas. Detrás de cada escudo había un soldado, y cada soldado era un individuo con sus propios temores y

esperanzas, con sus ambiciones y manías, con sus grandezas y mezquindades. Y, lo peor, con ideas propias sobre táctica y estrategia que no solían estar de acuerdo con las del general. Para manejarlos, éste debía aprender el arte del halago y la amenaza y manejar a la vez el látigo y el guante de seda.

Pero todas esas dificultades se multiplicaban al mandar tropas de caballería. En primer lugar, casi todos los jinetes eran miembros de la aristocracia macedonia, guerreros que tenían como modelo a campeones homéricos orgullosos y salvajes como Aquiles o Diomedes, y someter a la disciplina militar a gente tan altiva no era tarea fácil. Y en segundo lugar estaban los caballos, esas bestias a las que llamaban «nobles», pero que también tenían sus miedos y bajezas, recurrían a sus triquiñuelas, mordían, coceaban y eran tan caprichosos y antojadizos como mujeres embarazadas. Perdicas se quejaba a menudo de que no había forma de manejar a toda la caballería como una sola unidad, y Alejandro se reía.

—¿Te das cuenta ahora? Ay, Perdicas, eres más difícil de contentar que mi madre.

Tal vez fuera cierto, pensaba Perdicas. Quizá lo que él quería era inalcanzable. Levantar un dedo y que todo el ejército guardara silencio al instante. Pedir a sus hombres que siguieran ensayando las formaciones cuando el sol del mediodía hacía que los yelmos ardieran como parrillas al fuego. Sí, quizá lo que él quería era ser el propio Alejandro...

—Esos jinetes persas son espléndidos —comentó Gavanes. Ya limpios, ungidos con aceites aromáticos y ataviados con ropas limpias y corazas ligeras se dirigían hacia la tienda de Alejandro. A su izquierda se levantaban los pabellones de los catafractos. Por la mañana habían visto a los hombres de Oxibaces justar de dos en dos; ése parecía ser el único entrenamiento al que se sometían.

—¿Preferirías cabalgar con ellos antes que ser un Compañero? —preguntó Perdicas.

—¡Claro que no! Pero Alejandro podría formar una unidad de catafractos macedonia. Sería magnífico, ¿no crees?

—Ha sopesado la idea, pero le ha parecido cara y poco eficaz. De momento se conforma con el batallón de refuerzo que le ha traído su cuñado.

—Es una lástima. ¡Me encantaría tener una armadura como la de esos caballeros!

—Yo me probé una y te puedo asegurar que resulta muy incómoda. Cuando galopas, la cota de malla se levanta entera y luego cae de golpe sobre los hombros. Si uno no está acostumbrado, acaba lleno de llagas y rozaduras. Personalmente, para cabalgar prefiero una coraza de lino o un peto de cuero bien ajustados.

—Ya, pero cuando embisten con ese blindaje deben de ser imparables. Perdicas chasqueó la lengua, escéptico. Los catafractos, le explicó a su sobrino, tenían una manera muy distinta de combatir. En vez de formar una cuña como los macedonios o un rombo como los tesalios, se desplegaban todos juntos en línea y cabalgaban de esa

guisa contra el adversario, esperando quebrantar su moral. Cierto, había que tener mucho temple y mucha disciplina para no flaquear ante el avance majestuoso de aquella marea de metal que hacía retemblar el suelo bajo sus cascos. Pero si se mantenían prietas las filas, ni siquiera los catafractos podían abrirse paso entre una barrera de hoplitas.

—¿Es mejor atacar en línea, o en cuña como nosotros?

—Es distinto. Cuando se embiste en línea hay que hacerlo al trote, porque si los caballos se arrancan al galope, los más fogosos y rápidos se adelantan enseguida. A cambio, los lentos y tímidos se quedan atrás y sus jinetes, que suelen tener una personalidad parecida a la de sus caballos, aprovechan para echarse poco a poco a los lados y dejar que lo más duro del choque lo aguanten otros. Eso hace que la formación se disperse.

—Entiendo.

—Nuestro despliegue en cuña evita esa dispersión. Para empezar, los jinetes y caballos que forman en el vértice son los más valientes y en la punta de la cuña va el jefe de la formación.

Ésa era la clave. La *areté* del jefe, fuera Alejandro montado en *Amauro* o el propio Perdicas a lomos de su yegua *Aicmé*, daba ejemplo a sus hombres, que se avergonzaban de quedarse atrás y, al mismo tiempo, veían que era otro guerrero quien iba a chocar primero con las filas enemigas, lo cual les tranquilizaba. Algo parecido les ocurría a los caballos, al fin y al cabo animales de manada. Para ellos, embestir contra el enemigo no era muy distinto de huir en estampida de una amenaza. Sólo se precisaba que los corceles que encabezaban la carga fueran especialmente dominantes y fogosos y, sobre todo, que obedecieran a sus amos.

—Aun así, una carga de caballería no es coser y cantar como tú crees.

—No soy tan novato, tío. En Tracia participé en una batalla.

—Lo sé. Me contaron que mataste a un bárbaro con tu lanza —dijo Perdicas, rodeándole los hombros con el brazo—. Pero ¿a que los hombres a los que pusisteis en fuga no formaban una pared de escudos y picas como hacen los nuestros?

—No —reconoció Gavanes.

—Así es mucho más fácil ahuyentar a los enemigos. Pero no es lo mismo cuando ellos se plantan hombro contra hombro, clavan las conteras de sus lanzas en el suelo y dirigen sus puntas hacia el hocico de tu caballo.

—Los romanos no son macedonios. En cuanto nos vean cargar contra ellos, seguro que huyen con el rabo entre las piernas.

Perdicas comprendía que hoy su sobrino estaba eufórico. Era la primera vez que cabalgaba en una unidad tan numerosa, pues al final del entrenamiento Perdicas había reunido cinco escuadrones que al galopar habían dibujado en la llanura los aguzados colmillos de una bestia gigante. Era humano que alguien que formaba parte de esa

marea de músculos, hierro y bronce llegara a creerse invencible.

—Yo mismo he tenido que aguantar a pie firme las embestidas de la caballería enemiga —dijo Perdicas—. Es cierto que cuando ves cómo se acercan esos centauros blindados te tiemblan las piernas. Montado a caballo, la cabeza de un jinete está a más de un codo por encima de la tuya, y a ti te parece un gigante. Además, un corcel de caballería pesada con su jinete y sus armas pesa cerca de treinta talentos, casi diez veces más que un soldado de infantería.

»Pero el caballo tiene aún más miedo que el soldado que le espera a pie firme, porque no es una fiera sanguinaria sino un herbívoro al que adiestramos y forzamos para que en vez de huir, que es su impulso natural, galope contra los mismos enemigos que quieren matarlo. Y por mucho que le obliguemos, hay algo que un caballo no hará nunca por propia voluntad, y es lanzarse de cabeza contra una pared, sea de sillares de piedra o de escudos de roble.

—Entonces, ¿qué pasó en Tegea? ¿Cómo rompisteis la línea de los espartanos?

Perdicas sonrió de medio lado. Aquella batalla tan reciente (poco más de un año había pasado) le traía recuerdos agridulces. Los griegos se habían sublevado, él no había conseguido dominar la rebelión con las tropas de que disponía en Macedonia y además había sufrido un par de reveses en Tanagra y el cabo Artemisio. En vista de lo apurado de la situación, Crátero había acudido desde Babilonia con refuerzos, y también con una orden escrita y sellada por Alejandro en la que lo nombraba general en jefe para esa campaña. Teniendo en cuenta que Perdicas era regente de Macedonia y que, en teoría, le correspondía a él encargarse de los asuntos griegos, aquello podía considerarse un menosprecio, pero no había tenido más remedio que aguantarlo por culpa de sus dos descalabros anteriores.

Crátero había dirigido el combate como a él le gustaba, desplazándose a caballo por todo el frente. De este modo se mostraba siempre a la vista de los soldados para infundirles valor, podía dar instrucciones a los capitanes y a los generales y de paso vigilar las evoluciones del enemigo. Pero nunca se ponía en primera línea de ninguna formación. Perdicas sabía que no era por miedo, pues entre los muchos defectos de Crátero (prepotencia, soberbia, desaliño, incultura) no se hallaba el de la cobardía, sino porque le gustaba controlar en lo posible todos los factores de la batalla y no perder la visión de conjunto. El caso era que había dejado a Perdicas al mando de los ocho escuadrones de Compañeros que participaron en la batalla y, por azar, eso le había brindado la oportunidad de asestar el golpe definitivo.

Mientras se acercaban al pabellón de Alejandro, que ya estaba a la vista, Perdicas relató a su sobrino cómo había sucedido todo. Era la segunda carga que dirigían contra la muralla de escudos espartanos. La primera había seguido el desarrollo habitual: los Compañeros habían pasado del trote al galope a unos cuarenta pasos de la línea enemiga, entre toques de trompetas y gritos de *eleleleleléu*. Al ver que los

espartanos no se inmutaban, los macedonios habían frenado a sus monturas para evitar un choque frontal que habría sido tan desastroso para atacantes como para defensores. A dos pasos de la línea enemiga, habían combatido contra la primera fila espartana desde sus caballos. Al comprobar que, pese a la mayor longitud de sus lanzas, no obtenían grandes resultados, se habían retirado.

Pero en la segunda carga, cuando Perdicas ordenó conversión izquierda a diez pasos de la pared de escudos, un venablo atravesó el cuello del corcel que montaba Pítaco, el oficial que cabalgaba a su derecha. El caballo, muerto o agonizante, continuó con su carga sin hacer caso a las órdenes de su jinete y se precipitó derecho contra los espartanos. Era un animal muy grande, no el más alto pero sí el más pesado del escuadrón, y su enorme masa chocó sin ningún control contra dos hoplitas de la primera línea. El caballo los aplastó bajo su mole y de paso derribó a los cuatro siguientes, mientras Pítaco volaba por los aires y se ensartaba en las lanzas de la cuarta fila.

Los jinetes que seguían a Pítaco por la parte exterior de la cuña vieron la confusión creada por el tremendo choque y, en vez de girar como los demás, penetraron en la grieta y aprovecharon el peso de sus monturas para seguir empujando y abrir hueco a lanzazos. Perdicas, que había visto de reojo lo sucedido, hizo que toda la formación girara sobre sí misma como una peonza y lanzó al escuadrón contra las líneas espartanas.

El resto era historia. La legendaria infantería espartana había sido derrotada por los Compañeros y la rebelión de los griegos, aplastada.

—Pero eso fue un lance del combate, una casualidad —concluyó Perdicas—. No cuentes con que vuelva a ocurrir. Por lo que sabemos, los romanos tienen una infantería muy disciplinada y me temo que no les impresionaremos ni aunque les lancemos una carga de amazonas desnudas.

—Sería una buena idea —dijo el joven, con los ojos iluminados ante aquella perspectiva.

Perdicas le dejó pensando en ello y entró al pabellón real. Sospechaba que Alejandro les había convocado para confirmarles lo que todo el mundo rumoreaba en el campamento: que en el mismo revés había perdido a más de seiscientos soldados junto con una nave de guerra que valía como una flota entera y a su esposa siciliana. Y de paso, sospechaba Perdicas, a Néstor. *Que se dedique a curarle los achaques a Nereo,* se dijo sin la menor compasión.

PIEDRA, FUERA Y PAPIRO

Fuera de las murallas de Roma, entre un largo meandro del río Tíber y las laderas del monte Pincio, se extendía el campo de Marte. Había en él un par de bosquecillos y algunos santuarios desperdigados, como el altar de las divinidades infernales erigido junto a las fuentes sulfurosas del rincón noroeste; pero la mayor parte del terreno era una vasta explanada donde pacían los caballos del ejército y se reunían y adiestraban las legiones. Aquel día les había tocado el turno a la Tercera y la Cuarta, que practicaban cambios de filas y manípulos entre astados y príncipes. También habían acudido los triarios; los veteranos disfrutaban de muchos privilegios, como el de saltarse la instrucción en días ordinarios, pero la amenaza de Alejandro a menos de doscientas millas de Roma había hecho que la disciplina se reforzara.

Al mismo tiempo, en la zona norte del campo, largas colas de ciudadanos formaban ante las mesas de alistamiento. El dictador había decidido que la amenaza de Alejandro exigía medidas extremas y había ordenado reclutar cuatro legiones más. Por primera vez en su historia, Roma pondría en el campo de batalla ocho legiones, y había exigido a los aliados que contribuyeran al esfuerzo bélico con otras ocho. Mientras, las herrerías de la ciudad y de los alrededores humeaban día y noche, y los martillos repicaban sin cesar desvelando el sueño de los vecinos y recordándoles que se acercaba una batalla como Roma no había presenciado hasta entonces.

Allí, en el campo de Marte, se presentó Gayo Julio con su uniforme de tribuno y su vistoso paludamento blanco. El dictador les había convocado a él y a Escipión en la Villa Pública, cerca de la muralla. Los sirvientes de la villa estaban atareados barriendo y fregando el suelo y dando una capa de pintura nueva a las paredes. Se había anunciado que en breves días llegarían los embajadores de Alejandro, y había que causarles buena impresión para que no creyesen que Roma era un vulgar villorrio como las ciudades de los samnitas.

Mientras esperaban en uno de los atrios, Escipión palmeó la espalda de Gayo.

—Alegra esa cara, Gayo. Has hecho algo grande. —Y añadió bajando la voz—: Ni siquiera ese oso gruñón de Papirio puede objetarte nada. Es posible que recibas una condecoración.

—Llevo ocho días en Roma, Gneo, y no se ha dignado recibirme hasta ahora.

—El dictador es un hombre muy ocupado. Verás cómo todo va bien.

Gayo meneó la cabeza. Tenía un nudo en el estómago, y no por temor. Sabía de antiguos cónsules que habían mandado ejércitos enteros y a los que, sin embargo, les temblequeaban las piernas al presentarse ante Papirio. Pero a él no le daba miedo el

dictador, por formidable que fuese. Su angustia se debía a una convicción que había ido creciendo en él durante la nundina que llevaba en su casa sin hacer nada. Tenía el presentimiento de que el destino iba a hacerle una jugarreta. Cierto, había vencido a los macedonios y en los cenáculos se empezaba a hablar de él como el héroe del momento. Pero precisamente ahora, cuando vislumbraba la posibilidad de medrar entre la jauría de depredadores purpurados que dominaban las filas del Senado y del ejército, temía más que nunca que Fortuna, Marte y Belona le fuesen esquivos.

—El dictador os recibirá ahora —les avisó un lictor.

Papirio estaba sentado en su silla plegable de marfil, en un pórtico asomado a poniente desde el que podía contemplar a sus anchas el prado donde entrenaban la Tercera y la Cuarta bajo los estandartes del jabalí y el minotauro. Lo rodeaban varios de sus lictores, los escoltas de los magistrados superiores, una institución heredada de los antiguos reyes. Como dictador, Papirio tenía derecho a veinticuatro, tantos como ambos cónsules juntos. Los lictores eran plebeyos y libertos escogidos por su altura y sus músculos, hombres duros y de gesto hierático que llevaban al hombro las fasces, unos gruesos manojos de ramas de abedul atados con cintas de cuero rojo. Dentro del pomerio las utilizaban para azotar a los que se oponían a la autoridad de los magistrados; al salir de él introducían un hacha entre las varas, pues fuera del recinto sagrado los magistrados podían pronunciar sentencias de muerte.

Y el dictador podía hacerlo incluso dentro del pomerio, se recordó Gayo Julio. Más le valía andarse con pies de plomo al tratar con Papirio, pues durante seis meses disfrutaría de un poder casi absoluto. Nadie podía apelar las decisiones del dictador.

Papirio despidió a sus hombres con un gesto y se quedó a solas en el pórtico con Gayo Julio y Escipión. Después se retrepó sobre la silla y se ahuecó la túnica para disimular la tripa. Era un hombre más alto incluso que Gayo y en su juventud había sido un atleta. Con casi sesenta años aún resistía las marchas como el que más; algún centurión que había sufrido su mando decía que era la mala bilis la que le impulsaba cuando había que subir una cuesta. Tenía manos de labrador, con dedos grandes y espatulados, y le gustaba usarlas para aporrear las cabezas de los díscolos sin necesidad de recurrir a los lictores. Su rostro rubicundo y las venillas de su nariz delataban lo poco que le gustaba rebajar el vino con agua. En aquel momento, aunque aún no era ni la hora tercia, tenía a su lado una mesita con una jarra de vino fresco y una copa de barro.

—Se presenta el tribuno Gayo Julio César, señor.

Papirio dio un trago y se limpió los labios con el dorso de la mano. Después agachó la barbilla y evaluó al joven tribuno a través de sus hirsutas cejas. Era la primera vez que ambos hablaban.

—Conocí a tu padre.

—Lo sé —dijo Gayo, mirándole sin pestañear.

—Numerio era un buen soldado y un buen romano, aunque aquí tu pariente Escipión sabe que tuvimos discusiones muy fuertes en el Senado.

Gayo miró de reojo a su cuñado, pero éste no dijo nada. Como pretor también estaba bajo la autoridad de Papirio, aunque al no haber tanta diferencia de rango entre ellos su postura era más relajada.

—Sin duda los dos teníais vuestras razones, señor —dijo Gayo—. Como noble patricio, el único deseo de mi padre era la grandeza de nuestra república.

Papirio se puso en pie y se estiró la túnica. Era poco más alto que César, pero le doblaba en corpulencia. Se acercó a la balaustrada de madera que rodeaba el pórtico y apoyó las manos en ella, haciéndola crujir bajo su peso.

—Bien, tribuno —dijo sin mirarle—. No tengo toda la mañana. Preséntame tu informe.

—Dos días antes de los idus de sextil me encontraba con un destacamento de la Segunda Legión Quirinal vigilando las obras de la Vía Junia en las Ciénagas Pontinas. A eso de la hora nona un grupo de lugareños despavoridos se presentó ante mí. Venían del monte Circeo y me informaron de que un barco enorme, más grande que su propia aldea, había arribado a sus playas.

—¡Gente fantasiosa e ignorante!

—Es lo mismo que pensé yo, Lucio Papirio. Pero al describirme el armamento de los hombres que viajaban a bordo, incluyendo máquinas que disparaban piedras y flechas del tamaño de lanzas, deduje que se trataba de soldados griegos o macedonios que se habían extraviado al norte de su ruta.

—¿Qué te hizo deducir tantas cosas, tribuno? —preguntó Papirio con sorna, volviéndose hacia él.

—Durante el día anterior el Líbico había soplado con mucha fuerza, y por la noche se había desatado una tormenta. Cualquier barco que hubiese estado en el mar se habría visto arrastrado hacia el norte.

—Muy inteligente, tribuno. Prosigue.

—Mi deber era investigar, señor. Organicé a cuatro manípulos, dejando otros dos vigilando la vía, nos pusimos en marcha durante la noche y a la mañana del día siguiente llegamos a las faldas del monte Circeo.

—¿Por qué no enviaste exploradores por delante en vez de arriesgar tantas tropas?

—Habríamos perdido un tiempo precioso, señor. Al tratarse de un solo barco, pensé que incluso en el peor de los casos superaríamos a esos extranjeros en una proporción de cuatro a uno y podríamos reducirlos sin ningún problema.

—Pues te equivocaste, tribuno. Has sufrido casi treinta bajas.

—Al acercarnos al mar —prosiguió Gayo, haciendo caso omiso del reproche—, descubrimos que el barco era tan grande como se nos había dicho. En vez de tres o

cuatro pelotones, como me esperaba, nos encontramos con que había dos unidades enteras de hoplitas armados con sarisas, y que también tenían refuerzos de arqueros.

—¿Cuántos hombres tienen esas unidades?

—Unos doscientos cincuenta, señor.

—De modo que ya no los superabas en esa proporción de cuatro a uno.

—Los arqueros no eran demasiado numerosos, pero es cierto que ellos eran más que nosotros.

—Entonces, ¿por qué no enviaste a pedir refuerzos? ¿Tantas ganas tenías de convertirte en general por un día, aunque fuera a costa de las vidas de tus hombres?

Gayo pensó que era una desfachatez que alguien conocido por su brutalidad con los soldados le reprochara eso.

—No, señor. Luego supimos que su barco estaba muy dañado por la tormenta, pero en aquel momento temí que los macedonios pudieran escaparse. La nave era cuatro veces más larga que cualquier barco de guerra que haya visto en mi vida. Sólo por capturarla merecía la pena correr el riesgo.

—¿Con qué autoridad te permitiste decidir si merecía la pena o no?

Gayo Julio miró a los ojos a Papirio, que le observaba con los brazos en jarras. El dictador estaba acostumbrado a intimidar a los demás con su estatura, pero con Gayo, que era casi tan alto como él, aquella táctica no funcionó.

—Con la que me otorgó el pueblo de Roma al elegirme tribuno militar, señor. En aquel momento yo era la máxima autoridad presente y tenía que tomar una decisión. Observé la situación, juzgué las circunstancias y actué en consecuencia.

—Qué casualidad que actuaras justo en el último día de tu mando. Al día siguiente tenías que darle el relevo al tribuno Apio Claudio. Es evidente que preferías apresurarte y correr el riesgo con tal de llevarte tú la gloria.

—¿Desde cuándo buscar la gloria es un defecto para un romano, señor?

Contestar al dictador con una interpelación como ésa le habría costado la vida a un soldado o incluso a un centurión. Pero cuando Gayo Julio pronunciaba la palabra «romano», por su boca hablaban más de setecientos años de historia de la *gens* Julia, primero en Alba y luego en Roma. En cambio, la Papiria era una de las *gentes minores*, clanes patricios de alcurnia inferior. El dictador soltó un bufido y apretó los puños como si fuera a aporrearle la cabeza con sus enormes nudillos, y sin duda sopesó la posibilidad de hacerlo; pero en lugar de golpearle se apartó un poco para coger su copa de vino de la mesa y vaciarla de un trago. Mientras volvía a llenarla sin mirar a Gayo, le dijo:

—Dime qué pasó luego, tribuno.

—Lo que me decidió a actuar fue que ellos no tenían caballería para cubrir sus flancos, y sabía que sin ella su formación sería lenta y pesada. Primero hablé con mis centuriones y luego convencí a mis soldados de que podíamos derrotarlos.

No había sido tan sencillo como lo contaba. Los legionarios, incluyendo los veteranos, habían oído historias aterradoras sobre los hoplitas de Alejandro y cuando vieron a los macedonios abatir sus larguísimas picas no se mostraron muy dispuestos a cargar contra ellos. Gayo tuvo que recurrir primero a la retórica, después a unos cuantos insultos cuarteleros y por fin a quitarse la capa, bajarse del caballo, embrazar escudo y *pilum* y ponerse en primera fila con los astados. Avergonzados por el ejemplo de su tribuno, los hombres se decidieron a atacar.

Gayo omitió mencionar esa primera renuencia. Una vez entraron en liza, sus legionarios se habían batido con tal bravura que, si Júpiter hubiera querido fulminarle aquel mismo día con uno de sus rayos, él habría muerto siendo el más feliz de los hombres.

Papirio escuchó los detalles del combate absteniéndose de hacer más comentarios mordaces. Como militar nato, sentía gran curiosidad por conocer todos los pormenores sobre la organización y el modo de combatir del enemigo.

—Así que sus sarisas no sirven de nada contra una formación más flexible —comentó al final—. Lo sospechaba. Por eso abandonamos el despliegue en falange cerrada hace mucho tiempo. Eso sólo sirve para soldados cobardes que necesitan tener a un tipo pegado a cada hombro y a otro más tocándoles el culo para reunir algo de valor.

—No creo que esos macedonios fueran cobardes, señor. Lucharon con bravura. Aunque, por supuesto, no eran romanos.

—Tú los derrotaste. ¿Por qué demonios los defiendes ahora?

Porque para vencer y aniquilar al enemigo hay que conocerlo y apreciarlo tanto como a tus propios hombres, tarugo, pensó Gayo.

—Creo que de la batalla del monte Circeo no debiéramos extraer más consecuencias de las debidas —respondió—. Alejandro no lucha sólo con infantería pesada, sino también con honderos, arqueros, infantería ligera y, sobre todo, caballería.

—No necesito lecciones de táctica militar, tribuno. Cuando aún aprendías a dar pasos pegado a tu andador yo ya mandaba legiones —dijo Papirio, señalándole con el dedo—. Ahora quiero saber qué hacen esos prisioneros en tu casa.

Escipión se adelantó un paso, casi interponiéndose entre ambos.

—Yo le di la autorización, Lucio Papirio. No me pareció apropiado encerrar a la esposa de Alejandro junto con la soldadesca en el Tuliano.

—¿Y el médico? ¿Qué me dices de ese médico?

—Es uno de los Compañeros del Rey, señor —respondió Gayo—. Su rango entre los macedonios es parecido al de un patricio condecorado con la corona cívica. Está vigilado en todo momento, pero no creo que sea digno de Roma tratar a un médico tan distinguido como si fuera un vulgar plebeyo.

—Piensas demasiado por tu cuenta, tribuno. No es la imaginación la que ha llevado a Roma a conquistar el Lacio, sino la disciplina y la obediencia a las órdenes.

—También fui yo quien le autorizó, Lucio Papirio. La responsabilidad es mía —volvió a terciar Escipión.

Papirio enrojeció y agachó la barbilla como un carnero a punto de embestir. En ese momento debió de pensar que no convenía echarle una reprimenda a un pretor delante de un oficial inferior, y se volvió hacia Gayo.

—Sal de aquí, tribuno. Tengo que hablar con el pretor.

Gayo se cuadró ante él y, sin mirar atrás, bajó por la escalinata que llevaba al Campo de Marte. Papirio no esperó demasiado para empezar a echarle el rapapolvo a Escipión, pero Gayo prefirió alejarse y no oírlo. Siguió caminando por el prado hasta que los gritos de un centurión que instruía a los astados a cien pasos de allí acallaron los del dictador.

—¡Inútiles! —bramaba con una voz digna del mítico Esténtor—. ¡Se supone que tenéis que usar el pilo para matar al enemigo, no para sacarle los ojos al compañero que tenéis detrás!

A su derecha, cerca de un bosquecillo, unos cuantos jinetes practicaban ejercicios de doma con sus corceles. El propio Gayo había servido en la caballería antes de que lo nombraran tribuno. Si bien la escasez de su patrimonio le impedía estar entre el puñado de familias que dominaban la república desde hacía cerca de cien años, sí que pertenecía a las dieciocho centurias que votaban primero en todas las elecciones y cuyos miembros tenían derecho a recibir un caballo público del Estado. Pero, en su opinión, la mejor forma de aprender y sentir la milicia era en la infantería, con los pies en el suelo, viendo lo mismo que veían los soldados de línea y tragando el mismo polvo que ellos.

—No tenéis mala caballería —dijo una voz con fuerte acento extranjero—. Para vencer a los samnitas, tal vez os baste. A los macedonios, lo dudo.

Gayo se volvió. Su interlocutor era un hombre delgado y menudo, calvo y de mejillas chupadas. Vestía ropas lujosas con abundantes bordados de oro y franjas de púrpura de Tiro, y tenía la nariz aguileña y los ojos oscuros y astutos. Gayo recordó que lo había visto un año antes en el Senado.

—Tú eres Eshmunazar, el embajador de Cartago, ¿verdad? —le preguntó en griego. El cartaginés sonrió e inclinó la cabeza.

—Veo que gozas de una memoria excelente —respondió en el mismo idioma—. Por lo que sé, tú debes de ser el tribuno Gayo Julio César, vencedor de Alejandro —añadió con cierta zumba, aunque su sonrisa amistosa demostraba que su comentario sólo pretendía ser divertido.

—¿Tan pronto ha llegado mi fama a Cartago?

—Lo cierto es que aunque el rumor es un espíritu alado, ni siquiera él puede ir y

venir tan rápido — reconoció el embajador—. Son comentarios que me han llegado en la propia Roma. Pero tengo entendido que sólo te enfrentaste a fuerzas de infantería.

—Así es.

—Lo sospechaba. Oh, qué falta de cortesía la mía. Permite que te presente a estos dos jóvenes que me acompañan.

Con el cartaginés venían dos hombres de piel aún más oscura que la suya y cabello crespo y negro. Eran bajos, delgados y fibrosos, y vestían sencillas túnicas pardas. Eshmunazar le explicó que eran númidas, nativos de la región que se extendía al oeste de Cartago, y se los presentó como Sifax y Mulusa, sobrinos del rey de Numidia. Ellos inclinaron la cabeza, se llevaron la mano al pecho y añadieron algo en un idioma que a Gayo le resultó ininteligible.

—La verdad es que los númidas son unos bárbaros atrasados que huelen a boñiga de cabra y están plagados de piojos, pero como jinetes no tienen parangón —añadió Eshmunazar.

—Deben de sentirse muy halagados por tus palabras.

—Si te refieres a la primera parte de mi comentario, no te preocupes, noble tribuno: no hablan una palabra de griego ni de latín. Pero para entenderse con los caballos no les hace ninguna falta.

¿Quieres comprobarlo?

—Me encantaría.

Se dirigieron hacia uno de los muchos cercados que había en el campo de Marte. En él pacían varias decenas de caballos, atendidos por jóvenes rorarios de las legiones, que se dedicaban a retirar los excrementos con palas para mantener limpia la pradera y de paso usarlos como abono. Allí estaban los dos caballos que llevaba Gayo cuando iba de campaña. Su preferido era Pegaso, un espléndido macho blanco que procedía de la finca de Túsculo, una de las últimas que le quedaban. El otro, el caballo público que le había entregado el Estado, era un bayo de hocico oscuro al que había bautizado como *Demóstenes* porque cuando relinchaba parecía tartajear, lo mismo que, según contaban, le sucedía al famoso orador ateniense cuando perdía los nervios.

Demóstenes estaba mordisqueando en el cuello a *Pegaso*, pero el caballo blanco, en vez de corresponderle, se dejaba rascar y acicalar con aire majestuoso, como un patrono homenajeado por su cliente. Gayo se llevó los dedos a la boca y silbó. *Pegaso* levantó las orejas y acudió a su llamada, no sin antes detenerse junto a la pila de excrementos que acababa de depositar otro macho y defecar encima de ella. Mientras se acercaba a la valla, los demás caballos le abrieron paso y una yegua agachó la cabeza y le rozó en el costado para saludarle. Sifax comentó algo señalando a *Pegaso* y Eshmunazar se lo tradujo a Gayo.

—Dice que se nota que tu caballo es el jefe del cercado.

A Gayo le llenó de orgullo que fuera tan evidente. Un rorario acudió corriendo y abrió una puerta para que Pegaso y Demóstenes pudieran salir.

—¿Quieres que traiga bridas y manta para montar, tribuno? —preguntó el joven. Gayo se volvió hacia Eshmunazar.

—No es necesario —contestó el cartaginés.

Los númidas se acercaron a los dos caballos, Sifax a Pegaso y Mulusa, el más joven de los dos hermanos, a *Demóstenes*. Ambos les acariciaron el cuello, les acercaron la cabeza y les hablaron en voz baja. *Demóstenes* era más pacífico y sosegado, pero a *Pegaso* no le hacían mucha gracia los extraños. Al principio echó las orejas hacia atrás y pegó la cola a los cuartos traseros, pero sólo hasta la mitad, dibujando una especie de «L» con ella. Gayo sonrió de medio lado. Más de un auxiliar de su legión se había llevado un mordisco por no hacer caso a esas muestras de desagrado.

Pero era obvio que el númida entendía de caballos. Poco a poco, el macho blanco relajó los ollares y la boca y enderezó las orejas. Cuando lo vio relajado, Sifax le apoyó la mano derecha en el lomo, aferró sus crines con la izquierda y se encaramó a su lomo de un brinco.

Una vez montados, ambos númidas hicieron arrancar a los caballos en un trote que enseguida se convirtió en un galope suelto. Después se dedicaron a maniobrar con giros en seco, casi en ángulo recto. Se embistieron de frente y, cuando parecía que iban a chocar, se apartaron de golpe y chocaron las palmas en el aire entre alegres gritos. Gayo observó que lo hacían todo con las piernas. Él mismo recurría a los muslos y los talones para transmitir las órdenes, pues en combate necesitaba ambos brazos para empuñar las armas, pero siempre llevaba las riendas agarradas con la mano que sostenía el escudo.

—No son malos jinetes —reconoció.

—Sus caballos tienen menos alzada que éstos, pero son muy rápidos y resistentes —le explicó Eshmunazar—. Aunque los númidas no sirven como fuerza de choque, ya que no llevan armas pesadas, son muy valiosos como exploradores y para hostigar a las fuerzas enemigas.

Gayo observaba las evoluciones de Sifax con cierta envidia, casi como un amante celoso. Aunque conocía a *Pegaso* desde que era un potrillo, no se veía capaz de cabalgarlo con esa soltura. Númida y corcel parecían un único ser, como los centauros de la mitología griega.

—Tú mismo has demostrado que los romanos no tenéis que envidiar en nada a la infantería de Alejandro...

Gayo agradeció el halago inclinando la barbilla y le animó a proseguir.

—... pero me temo que vuestra caballería tal vez no esté a la altura de los célebres

Compañeros. Gayo frunció el ceño, picado en su espíritu de cuerpo.

—Hasta ahora nuestra caballería ha derrotado a la de los etruscos, y nuestros jinetes han puesto más veces en fuga a los samnitas que ellos a nosotros.

—No lo dudo. Pero sospecho que nunca os habéis enfrentado con una caballería con armas pesadas como la de Alejandro. No sólo ha traído a los Compañeros y a los jinetes tesalios, sino que tiene un batallón de novecientos ochenta y dos catafractos.

Gayo enarcó una ceja. Cuando Eshmunazar le explicó quiénes eran los catafractos, preguntó:

—¿Se pueden mover cargados con ese peso?

—Los corceles de los catafractos son de raza niseana, mucho más grandes y fuertes que éstos — dijo Eshmunazar, señalando todo el cercado con un amplio gesto —. Se dice que algunos miden veinte manos hasta la cruz.

—Y seguro que también tienen alas de águila y cuernos de cabra —respondió Gayo. El cartaginés se encogió de hombros.

—Los informadores tienden a exagerar, pues creen que cuanto más abulten sus informes más pesará la bolsa de monedas que reciben. Pero aunque no haya entre ellos ningún corcel de veinte manos, no cabe duda de que los niseanos son los caballos más grandes del mundo.

—Cuando nuestros legionarios les presenten una muralla de escudos, comprobarás cómo esas bestias clavan los cascos en el suelo.

—Sin duda alguna. Aunque opino que para mantener esa muralla de escudos, no os vendría mal una fuerza de caballería rápida y maniobrable que proteja vuestros flancos y evite que la infantería ligera y los arqueros y honderos de Alejandro se acerquen a hostigaros. Gayo ya veía por dónde iba el embajador.

—¿Cuántos númidas puede prestarnos Cartago?

Eshumanazar soltó una carcajada. Sifax y Mulusa volvían ya al cercado con los caballos de Gayo, pero el púnico les hizo una seña para que siguieran trotando un rato.

—Los romanos sois tan directos como las estocadas de vuestras espadas —dijo después—. Es un *damus utei detis*, como decís vosotros. Mil de nuestros jinetes a cambio de mil legionarios con sus centuriones para que instruyan a nuestra infantería y nos ayuden a proteger la ciudad en caso de que Alejandro se decida a atacarnos.

—No dudo que esos númidas sean valiosos, pero por lo que cuentas su equipo es bastante barato. Si queréis que el dictador os preste mil legionarios, calcula que tendrás que ofrecerle al menos mil quinientos jinetes.

El cartaginés se encogió de hombros.

—Regatear se nos da mejor que a vosotros. Si me lo propongo, conseguiré incluso mil doscientos legionarios a cambio de mis mil númidas.

Gayo asintió distraído. Se le acababa de ocurrir otra cosa.

—Me has hablado de novecientos ochenta y dos catafractos.

—Así es.

—¿Tienes cifras tan exactas del resto de las tropas de Alejandro?

—Eso depende.

—¿De qué?

—Puedo hablar de cifras si a cambio oigo hablar de cifras.

¿Dinero? No, sin duda Eshmunazar no se refería a eso. Gayo lo suponía lo bastante bien informado para saber que él no era precisamente de los patricios más acaudalados de la ciudad, y en cualquier caso lo que menos podía necesitar un cartaginés de un romano era dinero. Cartago era la ciudad más rica del Mar Interior y, según algunos, tal vez del mundo entero.

—¿Qué cifras quieres conocer?

—¿Por cuáles no te ha preguntado el dictador?

—¿Es que has escuchado nuestra conversación?

—¿Acaso hace falta tener las orejas muy finas para oír las voces de Papirio Cursor?

Gayo tomó aliento. Seguir al púnico en aquel juego de contestar preguntas con más preguntas era demasiado fatigoso para él.

—No ha mostrado la más mínima curiosidad sobre ese barco gigante —reconoció.

—Ah, los romanos vivís a sólo quince millas del mar, pero obráis como si no existiera. En el mar está el secreto del poder.

Gayo no estaba del todo de acuerdo con la afirmación del púnico, pero no tenía el menor interés en rebatirla. En ese preciso instante estaba pensando más bien en el extraño diario que llevaba Néstor. Mientras el médico pasaba las páginas, le había parecido ver un boceto del barco trazado con mano firme y meticulosa.

—Podría darte los números de esa nave de guerra, y tal vez algo más. ¿Hasta qué punto son fiables tus datos?

—No sé qué decirte. ¿Hasta el punto de hacer que un patricio ambicioso pero sin posibles gane reputación ante el Senado de Roma y consiga al menos el mando de una legión?

Aquello escoció a Gayo en su amor propio. Una cosa era que él reconociera las dificultades de su situación pecuniaria y otra que un extranjero se lo restregara por la cara.

—Tendrías que darme una información muy precisa. Ya poseemos bastantes datos sobre Alejandro. Sabemos que está acantonado en Posidonia y que tiene entre treinta y cinco y cuarenta y cinco mil hombres de guerra.

Eshumanazar soltó una carcajada.

—Desde luego, mi información es más precisa que eso. Puedo darte cifras

concretas por unidades. Prácticamente hasta puedo dibujarte el despliegue de las tropas de Alejandro sobre el terreno. ¿Conoces el juego de piedra, tijera y papiro?

—No.

—Es un juego que se practica en un país muy lejano, más allá de la India. Los dos contendientes esconden sus manos detrás de la espalda, y al contar hasta tres las enseñan a la vez para mostrar el arma que han elegido. El puño cerrado representa la piedra, dura y contundente, que con sus golpes embota las puntas de las tijeras. Los dedos índice y corazón abiertos son las tijeras afiladas que rasgan el papiro. Y la palma extendida representa el papiro que, aun pareciendo la más débil de las tres armas, envuelve a la piedra. Piedra vence a tijera, tijera vence a papiro y papiro vence a piedra.

—Lo que significa que en ese juego nadie es invencible.

—Así es. Se trata de saber elegir el arma apropiada en cada momento.

—En realidad no. Si ambos jugadores esconden la mano y luego enseñan su arma a la vez, es pura cuestión de azar quién gana.

—¡Cierto! Pero ¿qué pasa si uno se entera con antelación del arma que va a desplegar su contrincante?

Gayo bajó la vista y pensó.

—La caballería es buena contra los arqueros, pero sufre contra los piqueros...

—... que a su vez son vulnerables ante los arqueros. Veo que entiendes el juego, Gayo Julio. Alejandro tiene a la vez piedra, tijera y papiro. Todo es cuestión de saber dónde va a colocar esas armas para contrarrestarlas con su complementario.

—¿Quién es tu informante?

—¡Ah, otra vez la impaciencia romana! Eres cortante como las tijeras, Gayo Julio.

—Me alegro, porque tu retórica pretende envolverme como el papiro. Yo te daré datos sobre ese barco y tú me los darás sobre Alejandro, pero quiero saber quién es tu espía.

—Por el momento basta con que sepas que se hace llamar Sinón.

El presunto desertor griego que había convencido a los troyanos para que introdujeran el caballo de madera en la ciudad. Un nombre muy apropiado, se dijo Gayo.

—¿Es alguien cercano a Alejandro?

—Muy cercano. Pero no añadiré nada más. —El cartaginés sonrió—. Alguien podría tratar de ponerse en contacto con él puenteando a este humilde intermediario. Gayo soltó una carcajada.

—Reconozco que no me gusta jugar con intermediarios.

—A mí tampoco —dijo el cartaginés, y por primera vez fue directo al grano—. Podemos intercambiar información... o algo más. Sé de quién vas a obtener los datos

sobre ese barco. Entrégamelo directamente.

—¿Cómo?

—Sé que me has entendido. Tú entrégame al médico de Alejandro y yo te pondré en contacto con el espía que le traiciona.

Gayo apartó la mirada a la izquierda y calculó. ¿Cómo se portarían con Néstor? Los púnicos tenían fama de ser artistas del tormento y el suplicio. Por otra parte, el médico era un personaje valioso en muchos sentidos. Lo más lógico era que en Cartago lo trataran bien y que le extrajeran la información sin forzar su voluntad.

Pero ¿y si Néstor se negaba a colaborar con ellos? Las palabras con que le había dado las gracias al médico le volvieron a la memoria. *Has hecho más de lo que podría haber hecho nadie. Nunca lo olvidaré.*

Gayo Julio se preguntó si sería capaz de entregar a los cartagineses al hombre que había salvado a su hermana, y le preocupó no escandalizarse de su propia pregunta.

GALLOS EN EL CORRAL

La tienda de Alejandro había pertenecido antes a Darío, quien la había dejado abandonada tras su precipitada huida en la batalla de Iso. De paso, se había olvidado de su esposa y hermana Estatira y de su propia madre, Sisigambis. Las damas reales habían caído en poder de Alejandro, junto con buena parte del tesoro real; él, con su caballerosidad innata, las había tratado como si fueran de su propia familia. Los que habían llegado a ver a Estatira antes de su muerte se hacían lenguas de su hermosura, que en opinión de la mayoría superaba incluso a la de Roxana. Perdicas no sabía qué pensar, salvo que ojalá hubiera muerto Roxana en lugar de Estatira. La difunta esposa de Darío parecía una mujer apacible y callada, y desde luego no se la imaginaba conspirando y envenenando como a la bactriana.

El pabellón real era más grande que cualquiera de las casas que ocupaban los macedonios en Posidonia. Se sustentaba sobre un auténtico bosque de postes de cedro, y sólo la lona de las paredes ocupaba cincuenta grandes sacos y pesaba otros tantos talentos. Merced a las cortinas bordadas y a los biombos de láminas de ébano y marfil podía dividirse en tantas habitaciones como un palacio. Aunque era muy aparatosa y se requerían dos o tres días para montarla, dependiendo del número de manos que se emplearan, el rey la había traído a Italia para impresionar a los visitantes y recordarles que él era el gran Alejandro, el hombre que había derrotado al rey de reyes en su propio imperio y le había arrebatado todo lo que era suyo.

La tienda disponía de su propia sala de recepciones, y en ella se reunieron Alejandro y sus generales en torno a una mesa alargada donde habían desplegado mapas de la región de Posidonia, de Campania y de toda Italia. Habían acudido el propio Perdicas, Eumenes, Peucestas, Meleagro y los generales de los seis batallones de sarisas. Era un consejo muy reducido, casi un conciliábulo al que, aparte del secretario real, sólo asistían macedonios. Ni siquiera había pajes ni sirvientes, y el único guardia presente era Lisanias. El propio Eumenes les explicó la razón de tanta reserva.

—Lo que se diga en esta reunión no debe salir de ella. Podría ser perjudicial para la moral de las tropas. —Y sin el menor indicio de que estuviera hablando en broma, añadió—: ¿Lo has comprendido, Meleagro?

El general se removió en su asiento.

—¿Qué pasa, es que soy el único aquí que tiene boca?

—No, pero la tuya es la más grande —repuso Peucestas.

Hubo un breve intercambio de ocurrencias relacionadas con el tamaño, hasta que

Alejandro levantó la mano. Aquello bastó para que todos guardaran silencio. Mientras los demás estaban sentados alrededor de la mesa, el rey se mantenía un poco apartado, en un sitial de madera dispuesto sobre un estrado cubierto de gruesos tapices.

A una señal de Alejandro, que por el momento no había pronunciado una palabra, Eumenes prosiguió. En primer lugar informó sobre el rumor que corría por el campamento. Sí, era cierto que tres días antes había arribado una lancha con supervivientes de la *Anfitrite*. Aquellos hombres aseguraban haber sido testigos de una cruenta batalla, la primera que se libraba entre los romanos y las tropas de Alejandro. Pero en cuanto el capitán Hermolao vio que las tornas se volvían contra los macedonios, en lugar de esperar al desenlace del combate había ordenado a sus marineros levar anclas y alejarse de la orilla para evitar que la nave cayese en manos enemigas.

En cuanto a la propia refriega, todos los macedonios habían muerto o los habían apresado. Tan sólo tres arqueros cretenses se habían salvado huyendo entre la espesura. Después habían cruzado al otro lado del promontorio que dominaba el campo de batalla y, al avistar en el mar la vela del lanchón de la *Anfitrite*, habían encendido una hoguera en la playa para hacer señales a los marineros.

El propio Eumenes había interrogado a los mercenarios cretenses. Éstos le habían asegurado que los romanos eran inferiores en número, o como mucho iguales, y que aun así se habían permitido el lujo de reservar tropas en la retaguardia.

—Es una muestra del enemigo al que nos enfrentamos —concluyó el secretario real—. Creo que debemos tomarla en cuenta. Tras escuchar a Eumenes, todos se quedaron callados. Acostumbrados a derrotar a enemigos que gozaban de superioridad numérica, era humillante que los romanos les hubieran hecho tragar su propia medicina.

Perdicas observó a Alejandro. Tenía la mejilla recostada en la mano izquierda y la mirada ausente, como si lo que había contado Eumenes no fuese con él. Pensó que el rey se había dejado afectar demasiado por las predicciones de aquel chiflado ateniense. Para Perdicas, los cálculos de Euctemón tenían tanto valor como los horóscopos del astrólogo babilonio, o sea, ninguno. Pero Alejandro, por una parte, era más supersticioso y solía hacer caso de profetas, arúspices e intérpretes de sueños, y por otra depositaba una fe absurda en la ciencia de los filósofos y los astrónomos.

En opinión de Perdicas, los cambios del cometa Ícaro podían significar cualquier cosa; una vez conocido el desenlace de la campaña contra los romanos, ya se encargarían los adivinos de interpretar y retorcer los presagios a su antojo y asegurar que ellos ya lo habían previsto todo, victoria o derrota. Pero de lo que Perdicas estaba bien seguro era de que el fin del mundo no iba a llegar ni ahora ni nunca.

En vista de que Alejandro no tomaba la palabra, Alcetas, general del cuarto

batallón, se animó a intervenir. Era el padre de Gavanes y hermano menor de Perdicas, aunque la calvicie le hacía parecer más viejo.

—¡Yo no me lo creo! —dijo—. Para vencer a nuestros hombres en igualdad de condiciones los romanos tendrían que ser mejores soldados. Me niego a aceptar eso. Tiene que ser un engaño, o un error.

—Ahórranos tus discursos sobre la superioridad macedonia —dijo Teodoro, el más joven de los generales, al mando del sexto batallón.

—¡No estoy soltando ningún discurso! —exclamó Alcetas, que, aparte del pelo, se diferenciaba de Perdicas por lo áspero de su carácter. No era de extrañar que Gavanes buscara más la compañía de su tío que la de su padre—. Nuestros soldados son profesionales que cobran una paga, entrenan todo el año y no dedican sus vidas a otra cosa que a la guerra. Los romanos no dejan de ser campesinos, y sus tropas son milicias de leva como las de tantas otras ciudades a las que hemos aplastado. Si es verdad que han derrotado a los nuestros, seguro que eran cuatro o cinco veces más numerosos que ellos.

—Si fuese así, los cretenses lo habrían confesado —respondió Eumenes.

—Eso es verdad —intervino Glaucias, general del segundo batallón, un hombre tranquilo, cabal y buen estratega, aunque algo falto de imaginación—. Siempre es más honroso ser vencido por adversarios que te superan en número. Al decir que los romanos eran menos que ellos, esos hombres están arrojando vergüenza sobre sí mismos. Hay que creer en sus palabras.

—¡Aunque todos los cretenses sean unos mentirosos! —saltó Meleagro, y varios generales le rieron la gracia. No así Perdicas, y menos Alejandro, que ni siquiera parecía verles.

A Alejandro le pasa algo, se dijo Perdicas. No era la primera vez que lo pensaba últimamente, pero no se había atrevido a comentarlo con nadie. De pronto se descubrió fantaseando qué pasaría si Alejandro sufría una enfermedad mortal y no vivía ni siquiera el tiempo suficiente para enfrentarse contra los romanos. ¿Quién mandaría el ejército en ese caso? Le bastó echar una mirada a su alrededor para comprender la respuesta: él. No era el mayor de los presentes, pues Meleagro y el tuerto Antígenes le superaban en edad, pero podía alegar a su favor una experiencia larga y variada en diversos puestos de mando, y estaba casado con la hermana del rey. Además gozaba del apoyo de Alcetas y también el de Átalo, general del tercer batallón, que estaba casado con su hermana Atalante. Entre Perdicas y su cuñado no había demasiada simpatía, pero llegado el momento Átalo votaría por él a cambio de ciertas prebendas.

—Voy a enseñaros algo que uno de los cretenses se trajo de recuerdo —dijo Eumenes. Perdicas salió de su momentánea ensoñación. Sobre la mesa había un objeto envuelto en un lienzo. Eumenes lo deslió y les enseñó un venablo. El asta de

madera llegaba hasta unos dos tercios de su longitud, y a partir de ahí el resto era una larga vara de hierro rematada por una punta en forma de pirámide. El secretario de Alejandro apoyó el proyectil sobre el dorso de su mano y lo sostuvo en equilibrio para que todos pudieran comprobar la destreza de su manufactura. Perdicas se levantó del asiento y lo cogió. Era pesado, pero parecía manejable y la labor de metalurgia era excelente.

Mientras los generales se iban pasando la jabalina, Eumenes salió al exterior de la tienda y volvió acompañado de dos pajes que traían un escudo de gran tamaño. Les ordenó que lo sujetaran entre ambos y pidió a Antígenes que le devolviera el arma. Después la blandió en alto y se dispuso a lanzarla contra el escudo, pero Peucestas se acercó a él y le agarró la muñeca.

—Admiro tu inteligencia, mi querido Eumenes, pero deja que juguemos a la guerra los que sabemos.

Durante un segundo el rostro del secretario real se contrajo en un rictus de ira que a Perdicas casi se le antojó de odio, pero aquel gesto fue breve como un relámpago. Eumenes recobró su compostura, le entregó el venablo a Peucestas y se apartó.

Peucestas alzó el brazo, tomó puntería y disparó sin tomar impulso. El proyectil silbó en el aire y se clavó en el escudo con un seco chasquido. Perdicas sonrió al ver que uno de los pajes había cerrado los ojos antes del impacto. Con tan poco temple, ese muchacho no llegaría lejos.

Los pajes se acercaron con el escudo. Todos pudieron ver que la jabalina había atravesado las tres capas de roble y que el hierro asomaba más de dos palmos por el interior.

—Vuelve a sacarlo, Peucestas —dijo Eumenes.

El general de los hipaspistas agarró el escudo con la mano izquierda, pero cuando usó la derecha para tirar del asta, la punta del venablo se quedó atascada en la madera. Volvió a intentarlo con más fuerza, pero fue en vano. Impacientándose por momentos, apoyó el escudo en el suelo, le plantó los pies encima y dio un tirón con ambas manos, con tanta violencia que abrió un boquete en las chapas de roble y el impulso le hizo caer sentado en el suelo.

Hubo una carcajada general que Peucestas se tomó de buen humor. El único que ni siquiera sonrió fue, de nuevo, Alejandro, que seguía observándolo todo con la cabeza ladeada en su gesto típico. Al lado tenía una jarra de oro y una copa de la que bebía de vez en cuando; Perdicas no alcanzaba a ver si era vino o agua. El único que debía saberlo era Lisanias, ya que el joven guardia siempre probaba primero todo lo que comía o bebía Alejandro, y en dosis generosas para evitar nuevos envenenamientos.

Ese pensamiento le hizo acordarse de Roxana. El estómago de Perdicas se encogió de nuevo. Por las tres Erinias, ¿cómo podía provocarle tanto miedo una

mujer?

—Es un arma diabólica —dijo Peucestas, levantándose del suelo—. ¿Podríamos armar a nuestros peltastas con algo así, Eumenes?

–Supongo que podríamos producir unos cuantos cientos de unidades en diez o doce días — contestó el secretario—. Siempre que no fabriquemos nada más. Las herrerías están funcionando a tope.

—También podríamos reforzar los escudos con chapas de metal —sugirió Átalo.

—Demasiado peso. ¿Quién lo mantendría en alto durante la batalla? Y menos con las sarisas — objetó el veterano Antígenes, que había perdido el ojo luchando para Filipo en el asedio de Perinto.

—Podríamos no usar las sarisas —dijo Peucestas—. Eso daría más movilidad a nuestra infantería.

Tenía su lógica que él dijera eso. Peucestas llevaba años mandando el batallón de los hipaspistas, los dos mil soldados de élite de la infantería macedonia. Eran ellos quienes se colocaban entre el ala derecha, donde el rey combatía al frente de la caballería, y el centro del ejército, donde formaba el grueso de la falange. Como Alejandro solía utilizar el orden oblicuo que su padre había aprendido de los tebanos y le había transmitido a él, los hipaspistas tenían que hacer de bisagra, lo cual les obligaba a avanzar más rápido que el resto de la infantería. Por eso, en lugar de las engorrosas sarisas, utilizaban lanzas de longitud normal. Y Peucestas, al que los dioses habían privilegiado con un físico formidable en detrimento de su inteligencia, estaba convencido de que lo que servía para su unidad debía por fuerza valer para todas.

Perdicas, por su parte, no sabía qué pensar. Cuanto menos papel tuviera la infantería, mayor sería el protagonismo de la caballería y más gloria obtendría él. Pero si los legionarios aplastaban a la falange, la casi segura victoria de los Compañeros sobre los jinetes romanos sería estéril.

—Puede buscarse un equilibrio —sugirió Glaucias—. Acortar un par de codos las sarisas y blindar los escudos con chapas finas.

—No.

Todos se volvieron hacia Alejandro. Aunque no había alzado la voz, su «no» había restallado como un latigazo.

—Somos nosotros los que hemos vencido al persa y hemos doblegado a nuestra voluntad ríos, desiertos y montañas —dijo, sin levantarse del sitial—. No cambiaremos nuestra forma de luchar pensando en el enemigo. Eso le haría pensar que nos consideramos inferiores a él, y ya le estaríamos concediendo la primera ventaja moral. La táctica que nos ha servido siempre volverá a funcionar como en Iso y en Gaugamela.

—En Gaugamela, el arma más poderosa de Darío era la caballería —objetó

Glaucias—. En cambio, los romanos tienen una infantería muy sólida. Puede que la misma táctica no sirva para todas las ocasiones.

—Según los arqueros cretenses, los romanos sólo recurrieron a sus jinetes para desbaratarlos a ellos —intervino Eumenes—. Para destrozar a nuestra falange se bastaron con sus venablos y sus espadas.

—Entonces no penséis en Gaugamela, sino en Queronea —dijo el rey, incorporándose—. Allí derrotamos a lo más granado de la infantería griega y al propio Batallón Sagrado de los tebanos. Esos romanos no pueden ser mejores que los hombres a los que había entrenado el gran Epaminondas.

—Pero has visto cómo... —objetó Alcetas.

—He dicho que no cambiaremos nuestra forma de luchar. Que sean los adversarios quienes se adapten a nosotros. Son ellos quienes deben temernos, porque yo soy Alejandro y vosotros sois mis soldados. Lo que ha ocurrido no ha sido más que una escaramuza.

—¿Una escaramuza? —dijo Meleagro en tono incrédulo.

—Es cierto que hemos perdido a hombres muy valiosos, y también un gran buque de guerra que ni siquiera he llegado a ver. Los romanos tienen en su poder a mi esposa, si es que no la han asesinado. —Alejandro hizo una pausa y Perdicas creyó leer en sus labios: «Y a mi médico»—. Pero los azares de la guerra son imprevisibles y a menudo crueles. Yo os pregunto: ¿confiáis en mí?

Todos contestaron que sí.

—Entonces no os preocupéis. Desterrad todo temor. Yo os llevaré de nuevo a la victoria. Alejandro bajó del estrado y se encaminó a la salida. Pero antes de llegar pareció recordar algo y se dio la vuelta.

–Quiero que todos hagáis correr este rumor: los romanos que derrotaron a nuestros hombres en el Circeo eran una legión entera. Hay que mantener alta la moral de los soldados. Por eso deben estar ocupados en todo momento. Voy a subir el premio para el certamen de esgrima. Además de la armadura de cuatro talentos, añadiré un corcel de guerra. Ahora, Eumenes, acompáñame. Tenemos otros asuntos que resolver.

El secretario, con gesto tan sorprendido como los demás, siguió al rey y salió con él de la tienda. La marcha de Alejandro fue tan repentina que a los demás generales no les dio tiempo siquiera a levantarse de sus asientos para mostrarle su respeto. Normalmente ellos se iban mientras que él se quedaba en la tienda, y no al contrario.

—¿Para qué demonios nos ha hecho venir a esta mierda de reunión? —preguntó Meleagro—.Yo no he entendido nada.

Se levantó un coro de voces destempladas, algunas muy críticas con Alejandro. Curiosamente, las mismas que acababan de manifestar con más vehemencia su confianza en él.

—¡Ha despachado esta reunión sin más, como si fuéramos simples soldados rasos! —exclamó Antígenes—. ¡Ni siquiera ha escuchado nuestras opiniones!

El hermano de Perdicas meneó la cabeza.

—Si cree que decir que había una legión entera en aquella batalla va a servir de algo, estamos apañados.

—No es tan mala idea —dijo Perseo, general del sexto batallón—. Siempre que se exagere, los soldados se tragan cualquier cosa.

—Sí, por eso andan diciendo por el campamento que los romanos son una cabeza más altos que nosotros —respondió Alcetas—. Os aseguro que la moral del ejército no es tan buena como Alejandro piensa.

—¡Oh, pero él cree que la va a subir por las nubes con ese estupendo certamen de esgrima! —se burló Meleagro.

—Hablad por vosotros mismos y por vuestros hombres —dijo Peucestas—. Mis hipaspistas están dispuestos a tomar Roma ellos solos.

—¡Pues entonces tómala tú con tus semidioses! —repuso Meleagro.

Los generales siguieron con aquella discusión estéril, sin que nadie se decidiera a abandonar la tienda el primero por no exponerse a las críticas de los demás. Lo extraño era que Alejandro se hubiera marchado así. No era normal que el rey permitiera que una reunión como ésa siguiese adelante a sus espaldas. Si con tres soldados bastaba para organizar un corrillo que indefectiblemente murmuraba contra sus jefes, dejar a nueve generales juntos era casi incitarlos a la sedición.

Tal vez Alejandro jugaba con su vanidad y con su envidia. Perdicas sabía que, a la hora de la verdad, los generales podían ser mucho más irresponsables que los soldados, y tan celosos unos de otros como Afrodita, Atenea y Hera en el juicio por la manzana de oro. Alejandro incentivaba esos celos para evitar que se unieran todos contra él, pero incluso los mejores cálculos y las maniobras más astutas podían fallar. Cuando los soldados ven debilidad en el oficial que los manda, se vuelven perezosos e insolentes, abandonan la instrucción y dejan que se les pele el escudo, se les oxide la espada y se les embarren las botas, pero ahí suele quedar todo, pues no tienen más ambiciones que beber vino, jugarse la paga y fornicar como sátiros. En cambio, si los generales aprecian debilidad en su rey, no tardan en fantasear qué sucedería si ellos ocuparan su trono. Que no dejaba de ser la misma posibilidad que sopesaba Perdicas en aquel preciso instante.

A no ser que Alejandro los estuviera espiando para conocer qué opinaban realmente y saber quiénes le seguían siendo fieles y quiénes no. No había más que mirar alrededor de la mesa para enterarse. Meleagro, por supuesto, aborrecía a Alejandro, pero eso no tenía mérito ni misterio, porque aborrecía con la misma generosidad a todo el mundo. Antígenes era uno de los típicos veteranos de Filipo, esos que andaban comparando a todas horas el presente con los viejos tiempos en los

que el vino sabía más dulce, los soldados eran más valientes y respetuosos y las mujeres más rollizas y mejor dispuestas. Como si no hubiera amasado una fortuna de miles de talentos gracias a las conquistas de Alejandro.

Peucestas apoyaba con fervor a Alejandro y amenazaba con abandonar la reunión si seguían criticándolo. Pero de momento no la había abandonado, lo cual resultaba sospechoso: eso significaba que también albergaba dudas y quería escuchar las de los demás. Teodoro, el más joven de los generales, no hablaba mucho, pero todo lo que decía era en defensa del rey. Y luego estaban los vacilantes. Su hermano y su cuñado. Él mismo. Perseo, el general del sexto batallón. Tal vez incluso Glaucias.

—Alejandro se ha vuelto muy indulgente consigo mismo —dijo Antígenes—. Y no tiene derecho a ello.

—Eso es por culpa de ese médico, que le ha vuelto un blando —comentó Meleagro con voz venenosa—. ¡Así lo hayan despellejado los romanos o se haya ido al fondo del mar!

El propio Glaucias meneó la cabeza.

—La confianza es peligrosa. Alejandro ha dicho que deben ser los enemigos quienes piensen en nuestros movimientos y se adapten a nosotros. A mí me preocupa que sea eso precisamente lo que estén haciendo.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Perdicas. A Glaucias le gustaba ser sentencioso y hacer pausas misteriosas después de cada frase.

—Alejandro es muy conocido. Los relatos de nuestras campañas han recorrido todo el mundo desde el Indo hasta las Columnas de Heracles. Seguramente los romanos conocen tan bien como nosotros las tácticas que usó en Gaugamela.

—Las tácticas que *usaron* él y Parmenión —subrayó Antígenes.

—No hay que temer tanto al enemigo como para quedarse paralizado por el miedo —continuó

Glaucias, sin hacerle caso—, pero tampoco hay que despreciarlo. Siempre puede sorprendernos con estratagemas que no esperamos, así que hay que prever todas sus maniobras y ponerse en la peor hipótesis posible.

—Deja de echarnos charlas, Glaucias —dijo Meleagro—. Aquí todos somos generales y nos sabemos el manual de memoria. Perdicas tanteó el terreno.

—Creo que Glaucias tiene parte de razón —dijo—. Me preocupa que Alejandro no esté poniéndose en la piel de los romanos. Con los persas siempre lo hacía.

—Eso es cierto —le apoyó su hermano.

—Alejandro siempre ha estado dos peldaños por encima de nosotros —prosiguió Perdicas—. Pero me temo que ahora ha bajado de su pedestal y está a la misma altura que los demás. Creo que ya no prevé los acontecimientos con la clarividencia de antes. Me pregunto si le pasa algo.

Hubo un momentáneo silencio. Si alguien sospechaba como él que Alejandro

podía estar enfermo, nadie se atrevió a expresarlo en voz alta.

—No prevé los hechos porque cree que sólo con su nombre le basta para ganar batallas —dijo Antígenes.

—Estando él presente en el campo, nunca ha sido derrotado —les recordó Peucestas.

—Porque siempre ha tenido un gran general a su lado. En Queronea estaba su propio padre. En Iso y Gaugamela tuvo a Parmenión, y desde entonces Crátero le ha sacado las castañas del fuego.

—¡Es verdad! Nos hace falta Crátero. ¿Dónde demonios lo tiene Alejandro? —dijo Átalo. Perdicas se volvió hacia su cuñado como si le hubiera picado una avispa.

—¿Qué falta nos hace Crátero? ¡Yo estoy aquí!

Los demás se cruzaron miradas significativas.

—Con todos mis respetos, Perdicas —dijo Átalo—, compararte con Crátero es como poner a Áyax al lado de Aquiles. Igual que los aqueos necesitaron a Aquiles para tomar Troya, nosotros necesitamos ahora a Crátero para vencer a los romanos.

Perdicas se quedó estupefacto. ¿Por qué decía eso precisamente su cuñado? ¿Qué le había prometido Crátero, con cuánto dinero o propiedades lo había sobornado para que se volviera contra él?

—No pongas esa cara de virgen ofendida, Perdicas —dijo Meleagro—. Tu cuñado te ha comparado con Áyax. Eso es un honor. A mí se me habría ocurrido más bien el bello Paris. Entre los otros generales se oyeron carcajadas apenas sofocadas. Perdicas enrojeció. La referencia a Paris, cuyo único mérito en la guerra de Troya, aparte de provocarla, consistía en ser el guerrero que más atildado se presentaba a la batalla, era sangrante. Con ese mezquino desquite, Meleagro se vengaba de que a sus cuarenta y tres años conservase la apostura de un mozo, mientras que él era una ruina velluda con aliento a vino agrio.

Pero lo que de verdad hería a Perdicas era que no confiaran en él. Su propio cuñado acababa de pedir la presencia de Crátero, y su hermano agachaba la vista sin decir nada. Incluso el prudente Glaucias se había tapado la boca para enmascarar una amplia sonrisa.

—No te ofendas, Perdicas —dijo Peucestas, en tono alegre—. Antes os habéis reído todos de mí cuando me he caído de culo.

—Valiente tropa tiene Alejandro para tomar Roma —masculló Perdicas—. Con vosotros no va a ninguna parte.

—Pues asáltala tú solo —saltó Meleagro—. Pero no te olvides de emborrachar a tus hombres como en Halicarnaso. ¡Es la única forma de que te sigan!

Perdicas se llevó la mano al pomo de la espada. Durante unos segundos lo vio todo rojo y sólo pensó en degollar allí mismo a Meleagro. Pero las carcajadas de los demás le hicieron sentir aún más vergüenza que ira, y reaccionó derribando la silla de

una patada y barriendo con la mano un trípode con una bandeja cargada de copas de vidrio.

—¡Ahí os quedáis! ¡Por mí os podéis pudrir todos!

Salió de la tienda como un vendaval. Su sobrino, que estaba charlando con unos pajes, se apresuró a seguirle. Perdicas daba tales zancadas en su enojo que Gavanes casi tenía que correr para mantenerse a su altura.

—¿Qué ha pasado, tío?

—Tu propio padre. Mi hermano. Se ha reído de mí. ¡Y qué decir de ese otro inepto que está casado con mi hermana!

—Pero ¿qué te han dicho?

Perdicas giró hacia la derecha y tomó una ancha calle que separaba el sector del segundo batallón de sarisas de la zona donde se levantaban los pabellones de los Compañeros. Se había marchado de la tienda de Alejandro sin saber muy bien adónde ir, pero ahora ya tenía una idea. Necesitaba montar a caballo y galopar como el viento hasta que se le pasara la ira o reventara su montura.

—Siempre es lo mismo —respondió, más para sí que para su sobrino—. Siempre están esperando a que los hombres a mis órdenes cometan un error para echarme las culpas. ¿De qué valen las heridas que he recibido sirviendo a Alejandro? ¡De nada! ¿Quién se acuerda de que casi me mataron en Tebas por saltar la empalizada el primero? ¡Nadie! No, sólo se empeñan en decir que lo hice sin pensar y sin esperar la orden de Alejandro, todo para quitarme el mérito. ¿Y lo de Halicarnaso? Ya estarás aburrido de escucharlo.

—¿Qué pasó en Halicarnaso?

—Ah, ¿no te lo han contado? ¡Qué raro! Sí, intenté repetir el ataque sorpresa de Tebas, pero ese hijo de perra de Memnón era muy listo y nos destrozó. Como era un asalto nocturno, algunos de los hombres habían bebido vino. Luego anduvieron diciendo por ahí que íbamos todos borrachos, pero era una sucia mentira. ¡Y que además se atreva a decirlo ese perro ebrio de Meleagro! Han pasado más de quince años, pero aún me lo echan en cara a la menor ocasión. ¿Es que no he hecho nada de mérito desde entonces? ¿Y Gaugamela, y Sogdiana, y la campaña de la India?

—No te olvides de la campaña de Grecia, tío.

Perdicas se volvió hacia su sobrino y apretó los puños. Pero era evidente por su gesto que el muchacho no se estaba burlando de él.

—¡La campaña de Grecia! Ahí has puesto el dedo en la llaga. Me acusan de que no la supe manejar. ¿Qué querían que hiciera? En Tanagra sólo tenía veinte mil hombres, y ellos eran treinta mil entre espartanos, arcadios, atenienses y focios. Podría haber sido un desastre sin precedentes para el ejército macedonio, una auténtica carnicería, y aun así logré retirarme de forma ordenada y tan sólo perdí a dos mil trescientos hombres. ¿Es que Crátero lo habría hecho mejor?

—Claro que no, tío.

—Cuando llegó de Asia traía veinticinco mil soldados de refuerza ¡Con buena verga bien se fornica! ¿Cómo iba a perder el gran Crátero si tenía casi quince mil hombres más que el enemigo?

—Además, fuiste tú quien abrió la brecha en la falange espartana.

—¡Y ésa fue la clave de la batalla! —exclamó Perdicas, sin recordar que su sobrino lo sabía porque él mismo se lo había contado justo antes de la reunión—. ¿Qué estaba haciendo Crátero mientras? Limitarse a contener a los atenienses y los focios. Pero como él tenía el mando supremo, todo el mundo dice que Tegea fue una gran victoria de Crátero.

—No es justo, tío.

—Claro que no lo es. Y ahora volverá a ocurrir lo mismo. Ya puedo hacer maravillas en el campo de batalla, que cuando venzamos a los romanos dirán que todo ha sido mérito de Alejandro.

¡Ah, ojalá pase algo, lo que sea, para que yo pueda tener el mando de todo el ejército aunque sólo sea un día! ¿Es que aún no he luchado suficiente para merecerlo?

—No entiendo qué quieres decir.

Perdicas se frenó en seco y volvió a mirar a su sobrino. El joven le observaba con los ojos muy abierto, casi asustado. Comprendió que había hablado más de la cuenta.

—No es nada, Gavanes —le dijo, dándole un cariñoso pescozón—. Alejandro es un dios para mí. Por eso a veces me gustaría que hiciera como Zeus en la guerra de Troya, y se apartara un poco para ver cómo derroto en su nombre a los enemigos igual que hacía Aquiles. Lo único que todos queremos es que Alejandro se sienta orgulloso de nosotros. ¿No te parece?

—Sí, tío.

—Ven conmigo. Cabalgaremos juntos por la playa hasta que caiga el sol, y luego te presentaré a unas hetairas muy jóvenes y complacientes. Te lo has ganado.

Caía la noche cuando Alejandro subió al terrado de la mansión para cenar con Lisanias. Se había acostumbrado a utilizar la azotea cada vez que quería conversar en privado, pues allí no había paredes a las que pudiera pegarse ninguna oreja curiosa y el techo era lo bastante grueso para ahogar las voces. Ni Roxana ni su hijo estaban allí; como era habitual, para evitarse las molestias de las obras de ampliación, habían ido a visitar a Cleopatra. Alejandro había manifestado cierto escepticismo ante la repentina adoración que su esposa bactriana aseguraba sentir por su hermana, pero prefería que estuviera con ella antes que intentando intrigar por otra parte, así que no le decía nada.

Lisanias comió con apetito, pues habían pasado muchas horas desde que había probado bocado por última vez. Alejandro tan sólo picoteó queso y fruta, y luego se dedicó a remover con el dedo los posos de su copa de vino mientras miraba hacia el

norte. En la oscuridad era difícil saber dónde tenía puestos los ojos, si estaba contemplando la ciudad, la oscura silueta de las montañas, el cometa o simplemente pensaba con la vista perdida. Más allá de la muralla empezaba a encenderse un mar de antorchas, como si el campamento fuese un espejo de las luminarias que aparecían en el firmamento. Poco a poco el borrón blanco y rojizo de Ícaro se hizo más nítido, hasta que se hizo visible en todo su esplendor. Su cabeza rojiza se dirigía ya hacia el Dragón mientras su larga cabellera atravesaba las últimas estrellas de la Osa Pequeña.

Lisanias estaba preocupado. Sabía que la actuación de Alejandro en la reunión había provocado desconcierto e incluso escándalo entre sus generales. Él mismo no sabía muy bien a qué extraño juego apostaba el rey. Le inquietaba sobremanera saber que los romanos habían derrotado a una fuerza macedonia. Sabía que las tropas de Alejandro habían sufrido desastres peores en otras ocasiones. En la campaña de Sogdiana, por ejemplo, los jinetes escitas del sátrapa Espitamenes habían aniquilado a dos mil soldados de infantería y trescientos de caballería. Pero entonces se había tratado de una emboscada en un territorio hostil, junto a las escarpadas orillas del río Politimeto; mientras que ahora la falange había sido derrotada de frente y en un llano, el más apropiado para sus evoluciones. Les habían vencido en su propio terreno y de forma devastadora por primera vez.

—No tiene tanta importancia —le insistía Alejandro—. En la guerra, es mejor sufrir los reveses al principio y volverse más cautelosos que empezar con grandes éxitos y acabar en un desastre por exceso de confianza. Además, Lisanias, no olvides que no estaba yo.

Se le veía inquieto, como si esperase a alguien que tardaba en aparecer. Volvió a mirar a la puerta que daba al terrado mientras se frotaba las sienes. Llevaba todo el día sufriendo la migraña que le aquejaba últimamente y, aunque no se lo había confesado a Lisanias, éste sospechaba que en plena junta con los generales había perdido la visión durante unos instantes.

La escalera de madera que subía a la azotea rechinó, y un hombre barbudo y corpulento apareció en la puerta.

—¡Crátero! —exclamó Alejandro, y acudió a saludar a su general. Los dos hombres se abrazaron. Cuando Alejandro palmeó la espalda de Crátero, levantó tal nube de polvo de su capa que le entró un ataque de tos y se tuvo que apartar de él entre risas.

—¿Ves, Lisanias? Crátero es un soldado a la vieja usanza. Después de cabalgar quién sabe cuántos estadios por esos senderos de Hermes, se presenta derecho ante su rey en lugar de bañarse y desprenderse del sudor y el polvo del camino.

—¿Debo tomarme eso como un halago o como una reprimenda? —preguntó Crátero, y levantó el brazo para olisquearse—. ¿Tanto se nota que apesto a macho cabrío?

—No hay la menor ironía en mis palabras, viejo amigo.

Alejandro le tomó del brazo y lo llevó hasta la mesa que habían dejado instalada la noche de la observación. Había una crátera de vino recién traído de la bodega y mezclado con agua. El propio rey le sirvió una copa, le puso al lado un cesto con una hogaza de pan blanco y le acercó una bandeja con tajadas de cerdo salado, lengua de vaca estofada y ensalada de pepino, berrera y espárragos. Se sentaron en sendos taburetes, mientras Crátero daba cuenta de la comida con la voracidad de un cíclope. Era de la misma estatura que Alejandro, pero tenía las espaldas el doble de anchas. Sus brazos y sus piernas eran puro músculo, e incluso el estómago, donde había acumulado una buena cantidad de grasa con los años, estaba tan duro que no había forma de cogerle un pellizco. A sus cincuenta años aún conservaba todo el pelo y tenía una barba negra y espesa rodeando una boca que, cuando se reía, era tan grande y ruidosa como la de Caribdis, el monstruo que absorbía y regurgitaba las aguas del mar tres veces al día.

Crátero no poseía ni la elegancia ni la distinción de Perdicas, pero Lisanias había aprendido a apreciarlo más, pues su afecto por Alejandro era sincero. Al igual que Perdicas, era natural de Orestis; pero a él se le notaba más lo montañés, ya que nunca se había molestado en refinar sus modales. Le gustaba definirse como un simple stratiotas, un soldado. Había gozado de la confianza de Alejandro desde muy pronto. En la batalla de Iso ya le había entregado el mando de cuatro batallones de hoplitas, y ya por entonces sólo estaba por debajo de Parmenión en jerarquía. No era raro que Crátero hubiese apoyado de corazón a Alejandro cuando Filotas, el hijo de Parmenión, no reveló a tiempo una conjura contra el rey. Era una buena forma de librarse de dos rivales: el padre en el presente y el hijo en el futuro.

En aquel asunto, Lisanias tenía el corazón dividido. Era incapaz de aceptar que Alejandro pudiese llegar a ser injusto o cruel, mas por otra parte sentía una gran admiración por Parmenión, que estaba emparentado con la familia de su madre y de quien siempre se había hablado bien en su casa. La solución para él era pensar que el rey había estado mal aconsejado por sus amigos, sobre todo por Crátero y Hefestión, quienes le recomendaron torturar a Flotas para averiguar toda la verdad. Supuestamente, el joven había implicado a su padre en la conspiración, por lo que Alejandro había despachado a uno de los Compañeros de confianza a Ecbatana. Polidamante, el elegido, recorrió en diez días más de cinco mil estadios y se ocupó personalmente de la ejecución del veterano general que tantas victorias les había brindado primero a Filipo y luego a él.

Desde entonces, Crátero había ocupado ante Alejandro el puesto de Parmenión. Para demostrarle su aprecio, en las multitudinarias bodas de Susa le había dado la mano de Amastris, sobrina de Darío. Era el único Compañero al que había concedido el honor de emparentar con la realeza persa. Salvo el propio Hefestión, claro, a quien

había casado con Dripetis, hija del Gran Rey.

A menudo, Lisanias se preguntaba si algún día Alejandro lo galardonaría como había hecho con Hefestión. Él era feliz de estar al lado del rey, un honor con el que jamás habría soñado en Pela, y si los dioses le hubiesen dado a elegir entre convertirse en sátrapa de Egipto y apartarse de Alejandro o ser metamorfoseado en perro, tumbarse al pie de su mesa y comer los mendrugos de pan con los que se limpiaba las manos, no lo habría dudado. Pero le habría hecho feliz que le distinguiera con algún detalle de los que a menudo había tenido con Hefestión, para que todo el mundo supiera que Lisanias no era sólo el bello joven que acompañaba a Alejandro, sino alguien que gozaba de su más alta estima.

—¿Qué tal ha ido todo? —preguntó Alejandro cuando vio que Crátero había saciado su hambre.

—Bien. He tomado contacto con las tribus de... Espera que te diga el nombre. —Crátero se miró el antebrazo, donde se había escrito algunas palabras con tinta azul —. Picentinos, frentanos, marrocinos, vestinos y pelignos. Ya no tengo cabeza para acordarme de tantos nombres.

—No me extraña. En mi vida había oído hablar de ellos. —Por primera vez en todo el día, Alejandro parecía de buen humor—. Cuéntame qué te han dicho.

—Les he convencido de que tu único interés es acabar con el poder de Roma en el centro de Italia. Que quieres tener las manos libres para que nuestros barcos puedan viajar tranquilos de Sicilia a Córcega y de ahí a Masalia, pero que no pretendes sojuzgarlos a ellos.

—Nunca he pretendido sojuzgar a nadie —aseguró Alejandro, con tanta sinceridad que incluso él parecía creérselo—. Siempre que no interfieran, respetaré su independencia. ¿Podemos fiarnos de ellos?

—Son pueblos orgullosos y aguerridos. En números no son demasiados, cierto es, pero podrían tendernos alguna emboscada en las montañas. Por eso he tomado rehenes de las familias de todos sus jefecillos y régulos. Los guardo a buen recaudo en Ortona, un puerto del Golfo Jonio que pertenece a los frentinos. Las piezas ya han llegado allí, y a estas alturas las deben de estar transportando hacia el oeste. He dejado a Ofelas al cargo.

Alejandro miró a ambos lados y bajó la voz.

—Hay un espía entre nosotros. Es mejor que no hables más de eso, Crátero.

—¿Un espía? —El general soltó una carcajada—. Sería estupendo si sólo hubiese uno. ¿Cuántos de todos esos vivanderos y parásitos que se nos han pegado en Posidonia crees que no son espías?

—No me preocupan tanto. Tengo controlados todos los pasos del promontorio de Sirenusas. Sólo puede pasar hacia Campania quien yo quiera.

—No existen las líneas ni las fronteras impermeables. Lo sabes. Alejandro se

encogió de hombros.

—Que los romanos conozcan cuáles son nuestros efectivos no me preocupa demasiado. Cuando hablo de un espía me refiero a alguien muy cercano, y a muy alto nivel. Jefes, organización, planes... He interceptado este mensaje —dijo, tendiéndole un rollo atado con una cinta.

—Entonces es muy sencillo. Ve arrancándole las uñas al portador del mensaje hasta que confiese quién se lo ha entregado. Es lo más eficaz. Por lo menos, yo nunca he tenido que llegar a la mano derecha.

—Por desgracia, el tipo llevaba un veneno encima y se las arregló para ingerirlo antes de decirnos nada.

Crátero desenrolló el papiro y leyó, deletreando despacio y en murmullos. De vez en cuando comentaba en voz alta alguna cifra o soltaba una blasfemia.

—Quien sea, está bien informado de todo —comentó casi al final del rollo—. Cada escuadrón y cada compañía aparecen con su composición, su número exacto, el nombre de su jefe... Un poco más y menciona el antojo en forma de lechuza que tengo en el culo. —De pronto su expresión cambió—. Caramba, ¿qué dice aquí? «El hijo de Amón ha vuelto a beber. Es posible que sufra alguna enfermedad grave, o al menos que él lo crea. Es un hombre supersticioso, y desde que su médico no está con él el pavor que siente a la muerte se ha agudizado.»

Alejandro le quitó la nota. Aunque intentaba controlarse, la voz le temblaba de ira.

—¡Pavor a la muerte! Si descubro quién ha escrito esto haré que lo espeten como a un lechón y lo asen a fuego lento sobre las brasas —dijo en dialecto macedonio, como hacía cuando se enojaba de veras—. A un traidor puedo incluso perdonarlo, pero a un mentiroso jamás. Dime, Crátero, ¿cuándo le he tenido yo miedo a la muerte?

—Nunca, Alejandro.

Lisanias pensó que no era del todo cierto. Alejandro soñaba con una muerte heroica, rompiendo las líneas enemigas a lomos de *Amauro* o batiéndose en duelo singular con algún campeón digno de él. Pero sentía pavor por la enfermedad, y sobre todo por la miseria, la suciedad y la fetidez que la acompañaban. Ahora estaba obsesionado con que sus dolores de cabeza y los ataques de ceguera momentánea significaban que un mal oscuro y mortífero lo devoraba por dentro. Lisanias había dormido en su alcoba la noche anterior y había oído cómo en sueños pronunciaba hasta tres veces el nombre de Néstor.

—Pero ¿es verdad que estás enfermo? —preguntó Crátero.

—¡Claro que no! ¿Me ves tú cara de hombre enfermo?

—No.

—En la vida he estado mejor que ahora. Tú lo sabes, Crátero. ¿Mi salud no estaba

mucho más quebrantada en Babilonia, cuando volvimos de la India?

—Es verdad, Alejandro.

—Y puedo asegurarte que no le temo a nada, Crátero. Quien me acuse de superstición está muy equivocado. No les tengo miedo a los dioses ni a los dáimones. Me da igual que se me aparezca toda la corte de Zeus Olímpico junto con el séquito infernal de Hades, los vástagos monstruosos de Poseidón y los perros de Hécate, ¿comprendes?

—Claro.

—Y nadie me ha vuelto a ver borracho desde Babilonia. Pregúntale a quien quieras y lo sabrás.

—Tranquilízate —dijo Crátero, retrocediendo un poco en el asiento, porque Alejandro se le estaba echando encima—. Sé que no le tienes miedo a nada. Es tu nombre el que infunde temor. —

El general sonrió al recordar algo—. Incluso esos pueblos cuyo nombre ignorabas te temen. Los pelignios te han consagrado una estatua en uno de sus templos. Alejandro respiró hondo. Era evidente que Crátero quería cambiar de tema para mitigar su ira.

—Debo decir —prosiguió el general— que te han representado con barba. Ese Alejandro se parece más a mí que a ti mismo.

Alejandro se levantó del taburete y se acercó a la balaustrada que se asomaba al norte. La luna aún no había salido y el cielo estaba tachonado de estrellas, una corte de honor para el cometa que reinaba en el firmamento.

—Tengo otra misión para ti, Crátero.

El general se rellenó la copa de vino y se reunió con Alejandro en la baranda, sin decir nada.

—Mañana partirás hacia Roma.

—Entonces ya casi ni me baño. Para recoger el polvo del camino otra vez...

—Ya he intercambiado heraldos con ellos, así que vuestra embajada estará protegida por los dioses. Llevarás cincuenta hombres contigo.

—¿Qué mensaje debo comunicarles?

—Quiero la Campania. Ellos no deben acercarse a menos de cien estadios de Capua.

—No aceptarán.

–Claro que no aceptarán. Pero ganaremos algo de tiempo.

Lisanias, recordando los consejos de Espeusipo, jefe de los pajes en Babilonia, seguía inmóvil y silencioso como un mueble. Pero en su interior se preguntaba qué pretendía Alejandro. ¿Por qué no se ponían en marcha ya? ¿Qué tiempo quería ganar si el ejército ya estaba preparado para la acción?

En el campamento había oído comentar, medio en broma y medio en serio, que

Alejandro quería que los romanos tuviesen tiempo para juntar cuantas más legiones mejor, pues el rey de los macedonios no se molestaba en salir al campo de batalla si no era al menos contra una hueste de cien mil hombres.

—¿Sabes lo que me han dicho todos esos picentinos, pelignios y demás? —preguntó Crátero.

—No.

—Que los romanos no se rinden nunca. La rendición es algo que no llevan en la sangre. Son rígidos como un roble, incapaces de doblegarse. Aunque derrotes a sus legiones seguirán luchando contra ti. Lo único que puedes hacer si quieres vencerlos es aniquilarlos por completo y borrar su ciudad de la faz de la tierra.

—Si eso es lo que desean...

Durante unos minutos bebieron en silencio, Alejandro a pequeños sorbos, sin volverse a llenar la copa. Lisanias sabía que lo estaba haciendo así por Crátero, para no darle la razón al mensaje del espía.

—Averigua si tienen a Néstor en Roma y consigue que te lo entreguen —dijo el rey al cabo de un rato—. Llevarás quince talentos de oro.

Lisanias silbó entre dientes. Era el equivalente a ciento cincuenta talentos de plata, o novecientas mil dracmas. Con una suma así, Alejandro podía mantener a todo el ejército durante seis o siete días, incluyendo las pagas de la caballería de Compañeros.

—He oído que la hija de Agatocles también viajaba en ese barco —dijo Crátero.

—Y si está en Roma, también la traerás. Pero antes rescata a Néstor. Si no hubiera más remedio, puedes dejar allí a Agatoclea. No creo que le hagan daño, y ya la recuperaré cuando tome la ciudad. Pero a Néstor lo necesito ahora.

—¿Y si estuviera muerto?

—No lo está.

—Ha habido una batalla, Alejandro. La gente muere en las batallas, aunque no sean soldados.

—Sé que no está muerto. Tú me lo traerás —dijo Alejandro, levantándose del taburete. Crátero bajó la mirada. Lisanias casi podía leerle los pensamientos. Si los romanos eran tan testarudos como todo el mundo parecía atestiguar, no era misión baladí la que le había encomendado Alejandro.

—Siempre he hecho por ti lo posible y lo imposible —respondió por fin Crátero, incorporándose él también.

—Lo sé. Ahora, descansa. Te hará falta.

Cuando el veterano general se retiraba ya, Alejandro dijo:

—¡Ah! Perdicas te acompañará.

Crátero frunció el ceño, perplejo, pero sólo fue un instante.

—Eso está bien. Perdicas es un buen compañero. Siempre nos ha ido bien juntos.

Cuando se quedaron solos de nuevo, Alejandro se acercó a la balaustrada y volvió a mirar al cometa. Al este, la luna empezaba a asomar sobre los montes.

—¿Tú crees que algo que parece tan pequeño puede matarnos a todos, Lisanias?

—No lo sé —dijo él, acercándose al rey y apoyándose a su lado en el rastel de piedra. Se quedó pensando unos segundos y dijo—: ¿No confías en Crátero?

—¿Por qué dices eso?

—No le has contado que te sientes mal. Pensé que a él le confesarías tu...

—¿Mi enfermedad? No, Lisanias. No puedo hacerlo. *Dei emé einai krateróteron tu Kraterú* [7]

—Pero siempre me has dicho que es un hombre leal.

—Y lo es. Estoy casi seguro de que nunca conspirará con los demás generales en mi contra.

—Entonces ¿por qué le has enseñado ese mensaje que decía cosas tan horribles de ti?

—Prefiero que él se entere de ellas delante de mí para poder desmentirlas. Pero no puedo contarle lo que me pasa. Crátero es ambicioso. En ello está su virtud. Por eso nunca se ha conformado con ser un buen general, ni siquiera un gran general. Siempre se ha empeñado en ser el mejor, el que más valor instila en sus tropas, el que mejor las despliega en el campo de batalla, el que más vela por sus soldados cuando marchan por tierras extrañas. Por eso es mi general más capaz, y por eso yo tengo que ser mejor que él.

Lisanias asintió. Eso lo comprendía. El rey de Macedonia tenía que ser el primero en todo. Así le había pasado a Filipo. Estaba rodeado de leones como Parmenión, Antípatro, Polipercón y Antígono, pero había demostrado que descollaba entre todos ellos como guerrero. Cabalgando al frente de los Compañeros había recibido tantas heridas que a los cuarenta años era tuerto y cojo y su cuerpo se había convertido en un alfiletero lleno de pinchazos y cicatrices. Pero además había cazado más jabalíes, osos y leones que sus generales. Había matado a más hombres. Había bebido más vino y comido más carne. Había fornicado con más mujeres y efebos. Había engendrado más herederos. Había sometido a más pueblos. En todo eso había demostrado que era superior, pues un rey a la vieja usanza tenía que ser el más macedonio de los macedonios.

Alejandro era distinto. Él no pretendía ser el primero entre sus iguales, sino superar a todos los demás mortales a la manera exquisita y distante de los dioses. Por eso debía estar por encima de los hombres, alejado de sus miserias. Por eso debía mantenerse joven y bello, para demostrar que no era uno más, ya que la frase de Eurípides («en todos los hombres que son hermosos también es bello el otoño de la vida») sólo se cumplía en privilegiados como Alejandro o el legendario Alcibíades. Por eso debía superar a sus rivales no sólo en estrategia y gobierno, sino en sabiduría,

lucidez y templanza, y ser un auténtico Apolo entre ellos.

Un *Apolo*, se repitió Lisanias, mientras el rey regresaba a la mesa para rellenar la copa. Alejandro, que siempre había venerado a Dioniso, había aprendido a temerlo después de Babilonia, a sabiendas de que los oscuros misterios de su culto podían destrozar a un hombre. Pero ahora, se temía Lisanias, estaba cayendo de nuevo en las garras del dios.

—Sí —prosiguió Alejandro—, confío en él. Confío en Crátero. Hasta cierto punto. Él no me venderá a nadie. Pero, si cree que flaqueo, obrará como el león joven que al ver débil al jefe de la manada se vuelve contra él para expulsarlo y ocupar su lugar. ¿Cómo voy a dejar yo que me sustituya un león más viejo?

—¿Y por qué envías a Perdicas con él? No lo entiendo.

—¡Ah, mi buen Perdicas! —Alejandro suspiró y volvió a beber—. Ha nacido para ser infeliz. Siempre tiene un motivo para sentirse insatisfecho y ultrajado. Aunque le di la mano de mi hermana y le he demostrado mil veces la predilección que siento por él, sigue siendo un niño que se queja de que su padre no lo quiere lo suficiente. Le importa sobremanera lo que piensen de él, y cualquier gesto al azar hace mella en su orgullo. Por eso quiero que acompañe a Crátero, para que sepa que a ambos los aprecio por igual. Aunque luego —añadió en tono más frío—, cuando llegue el momento de la batalla, será a Crátero y no a Perdicas a quien encomiende mi ejército.

Lisanias no dijo nada. No se creía la explicación de Alejandro; sin duda existía algún motivo más sutil detrás, alguna razón por la que arriesgaba a la vez a dos generales en una misión que podría llevar cualquier oficial de menor rango.

O simplemente el león jefe estaba enviando lejos a dos machos de la manada que podían rebelarse contra él en cuanto lo supieran débil y olfatearan sangre fresca.

—¿Tú me has visto borracho, Lisanias? —preguntó Alejandro, volviéndose hacia él—. Dime la verdad. ¿Crees que Dioniso se está apoderando otra vez de mí?

—No —contestó Lisanias con voz feble, y se apresuró a añadir con más vehemencia—: De ninguna manera. El vino trae el dulce sueño, y tú necesitas dormir de vez en cuando.

—Es difícil dormir cuando presientes que todo lo que has conocido está a punto de acabarse — respondió Alejandro, alzando los ojos hacia el cometa.

—No puedo creer que pase eso —dijo Lisanias—. Puede que los hombres seamos mortales, pero el mundo es eterno. No puede ser de otra forma.

—«Este cosmos no lo creó ningún dios ni ningún hombre, sino que siempre ha sido, es y será fuego eterno que se enciende y se apaga según medida» —recitó Alejandro.

—¿Quién dijo eso?

—Heráclito de Éfeso, al que llamaban el Oscuro. Aristóteles nos enseñó sus ideas

cuando estudiábamos en los Jardines de Midas. Lo criticaba de forma implacable, porque Heráclito era a la vez sabio y poeta, un pensador poético y ardiente, y no un filósofo analítico y riguroso como a él le gustaba. El problema es que había cosas que Aristóteles no podía o no quería entender. Él nunca fue un guerrero. —Volvió a recitar—: «La guerra es el padre y el rey de todas las cosas. [8] La guerra distingue quiénes son hombres y quiénes son dioses, y a unos los convierte en esclavos y a otros los hace libres». Para Heráclito, el mundo era un ciclo de fuego y guerra perpetuos, un Fénix que se extingue entre sus propias llamas y que, cuando se ha hundido en sus cenizas, vuelve a renacer. Todos los indicios me hacen pensar que ahora estamos al final de un ciclo.

—No quisiera pensar eso —respondió Lisanias.

El rey se volvió hacia él, le agarró por los hombros y le miró a los ojos. Tan cerca de Alejandro, el joven pensó que era como un dios; pero un dios triste, sabedor de su mortalidad y del fin inexorable de todas las cosas que había conocido.

—¿Sabes qué más decía Heráclito? «Las almas muertas en combate son más puras que las que perecen de enfermedades, y sólo ellas se unen al fuego cósmico.» No sé qué gusano o cangrejo maligno está corroyendo mi cabeza, Lisanias, pero no voy a dejar que me pudra por dentro ni me convierta en algo distinto de Alejandro. Si todo ha de terminar, tengamos un fin digno de nosotros, Lisanias. ¿Me acompañarás?

—Hasta el fin del mundo, Alejandro —respondió Lisanias. Llevado por la inspiración de algún dios, añadió—: Y cuando lleguemos a él, cabalgaremos juntos más allá.

Junto al eje del mundo, Cloto, Láquesis y Átropos, las diosas del destino, seguían trenzando el extraño tapiz de sus hilos.

HISTORIAS DE TRAICIÓN

Cómo me dijiste que se llamaba tu muñeca? —preguntó Néstor vocalizando muy despacio mientras inspeccionaba el drenaje de la sien de Lila.

—No hace falta que me hables así. No soy tonta —contestó la niña, que estaba de mal humor porque aún no la dejaban bajar de la cama para jugar. Néstor pensó que era buena señal.

—Perdona. La verdad es que hablas griego muy bien. Cuando seas mayor, seguro que lo hablas mejor que tu hermano —respondió Néstor.

—Y se llama Pulcra —añadió Lila, abrazando a la muñeca—. Ya no te lo digo más. Néstor sintió que alguien le observaba. Volvió la cabeza y sorprendió la mirada de Julia. La hermana mayor de la niña tenía los ojos empañados.

—Hoy también ha dormido muy bien. —Para disimular sus lágrimas, la mujer del pretor se inclinó sobre la niña y abrió la *bulla* de oro que colgaba de su cuello. Después metió dentro unos hilos de colores y volvió a encajar las dos mitades del amuleto—. Ya no tiene convulsiones.

Néstor se apartó de la cama y estiró la mano para tomar a Julia del codo y hablar con ella a solas. Luego pensó que no sabía si era correcto hacer eso con una mujer romana, cerró los dedos en el aire y se limitó a hacerle una seña para que le acompañase a la puerta del cubículo.

—Creo que ya está fuera de peligro —susurró—. Los dáimones de la infección no aguantan escondidos tanto tiempo.

—Siempre he sabido que se pondría bien —respondió Julia—. Les recé a la Bona Dea y a Domiduca, y me dijeron que Lila se iba a salvar. —Fue ella quien apretó el brazo de Néstor—. Pero ha sido gracias a ti. Nunca lo olvidaré.

Después de eso los legionarios, que escoltaban a Néstor en todo momento lo acompañaron de vuelta a su habitación. Bajo sus túnicas cortas de lino se adivinaban abultamientos sospechosos; puñales, sin duda, y uno de ellos incluso parecía llevar una espada corta colgada bajo la axila. A Néstor le daba igual. Estaba acostumbrado a vivir rodeado de armas, y ni se le había pasado por la cabeza huir en pleno corazón del territorio enemigo. Era un médico de cuarenta y tantos años, no un guerrero joven y ardoroso dispuesto a correr peligros por reunirse de nuevo con su señor.

Almorzó con Boeto en silencio. El focio era hombre taciturno y él, por su parte, no tenía muchas ganas de hablar. Se había levantado irritado, inquieto por algo, y ahora que Julia le había apretado el brazo creía saber por qué. La víspera, mientras examinaba a Lila y le cambiaba las vendas, Clea se había ofrecido a ayudarle, y

mientras trabajaban sus manos se habían rozado varias veces. Su piel aún guardaba la tibieza de aquel tacto y, si respiraba hondo, podía sentir en la nariz su aroma de púber en plena efervescencia. Cada vez que cerraba los ojos volvía a ver su nuca y su cuello desnudo, pues Clea se había recogido el cabello con una redecilla de oro y cobre que sembraba de chispas el color de fuego de su pelo.

No le gustaba nada el rumbo que estaban tomando sus pensamientos. Clea era poco más que una niña y, mucho peor, la esposa de Alejandro, su amigo y su rey. Pero Néstor no recordaba haber experimentado antes el extraño anhelo con el que se había despertado esa mañana, un deseo impaciente e infantil de volver a ver a Clea aunque tan sólo fuese unos segundos.

Pensando en ello, no recordaba si alguna vez, antes de Delfos, había amado o le habían amado a él. Pero reconocía los síntomas presentes como algo ya sufrido en el pasado. Eran las fases previas, los pródromos que avisaban de la enfermedad de Eros. Eso significaba que no se trataba de sentimientos desconocidos para él. Si los reconocía era porque debían formar parte de los numerosos conocimientos que almacenaba en su cabeza sin que supiera cómo ni en qué momento habían llegado allí.

Cuando terminó de comer, Escipión, el magistrado que los había recibido al llegar a Roma, entró en la habitación acompañado por Julia. Venía de mal humor, al parecer porque el dictador le había echado un buen rapapolvo. Néstor agachó la mirada como si no entendiera nada y aguzó el oído, pero no escuchó nada relativo a su destino ni al de Clea, sólo quejas sobre el *imperium*, la *dignitas* y el atrevimiento de un *pediculus* puesto en limpio como Papirio que se atrevía a increpar a quienes por nacimiento eran mejores que él.

Al ver a Néstor, el pretor cambió el gesto y sonrió.

—Mi esposa me ha dicho que la niña está casi curada. —Su griego era muy correcto, aunque no fluía con tanta soltura como el de Gayo Julio—. Te doy las gracias. Ha sido un milagro. Néstor aceptó el cumplido asintiendo con la barbilla. En esos casos prefería no contestar en voz alta.

—Me pregunto si podrías acompañarme a casa para ver a un *xenos*. —Escipión había utilizado una palabra que servía igual para «huésped» que para «extranjero», y se apresuró a añadir—: Es alguien muy querido para mí. Se llama Nicómaco, y desde hace años es mi profesor de filosofía y retórica, y ha acabado convirtiéndose en mi amigo. ¿Querrías examinarlo?

—Soy vuestro prisionero —respondió Néstor, encogiéndose de hombros—. ¿Acaso puedo decidir otra cosa?

—Eres prisionero de Gayo y de la República, no mío —respondió Escipión, con gesto casi dolido—. Ayer le devolviste la vida a mi cuñada y la sonrisa a mi esposa. Sólo por eso te debo gratitud eterna. Pero lo que te pido ahora es a título personal.

Gayo Julio ha dado su consentimiento.

Néstor asintió y por un instante pensó en pedir disculpas, pero cerró la boca cuando estaba a punto de hacerlo. Mejor que Escipión siguiera sintiéndose en deuda y viéndolo como médico, no como rehén.

En ese momento, uno de los legionarios que vigilaban a Néstor se acercó corriendo y dijo algo a Escipión. Éste asintió.

—Acompáñame un momento, por favor —le pidió al médico.

Llegaron ante el aposento de Clea, donde otro soldado montaba guardia. Escipión llamó con los nudillos. La puerta se entornó y apareció el rostro de Ada, la esclava de Clea. Cuando iba a decir algo, una mano tiró de ella para apartarla y la propia Clea apareció en el umbral. Al verla, el corazón de Néstor se aceleró de golpe.

—¿Qué tal está Lila hoy? —preguntó la joven. A Néstor le irritó que ella no le mirara a él, sino al pretor; y aún se irritó más consigo mismo por una reacción tan infantil.

—Está mucho mejor —contestó Escipión. Era evidente que no quería ser descortés con la esposa de Alejandro, pero tenía prisa—. Gracias a las artes de vuestro médico.

Clea empujó la puerta, pero antes de que se cerrara miró a Néstor y le sonrió. Él la saludó con la barbilla. No, no estaba tomando un buen camino.

Salieron de casa de los Julios precedidos por los dos lictores de Escipión, que llevaban al hombro sus fasces con tanto orgullo y seguridad en sí mismos como si aquellos manojos de ramas fueran el mortífero rayo de Zeus. Por si acaso, detrás de ellos y de Boeto caminaban ocho legionarios que, aparte de los puñales escondidos, blandían gruesos garrotes.

Tras bajar una pequeña cuesta llegaron al Foro. Era la hora que en Atenas llamaban *agorás plethuses*, «cuando el mercado está lleno», y la enorme plaza pública de Roma también estaba muy concurrida. Los comerciantes pregonaban sus mercancías en tenderetes de vivos colores instalados en la calle o en las tabernas construidas en los largos soportales que corrían a ambos lados del Foro; la gente paseaba ante los puestos, discutía con los vendedores y a veces incluso compraba algo. En muchos de los edificios que rodeaban la plaza había obreros trabajando en andamios, ya fuera pintando paredes, dorando columnas de madera o reparando tejados.

Néstor había observado que los romanos eran como hormigas obsesionadas por construir y como castores afanosos por transformar el paisaje. Lo había comprobado en el viaje desde el Circeo: estaban trazando una calzada hacia Campania que, pese a las dificultades que les planteaban las Ciénagas Pontinas, no tenía nada que envidiar al Camino Real entre Susa y Sardes. Había miliarios en los que se informaba a los viajeros de la distancia recorrida y casas de postas, y en las zonas ya terminadas era

casi imposible incrustar la punta de un cuchillo entre las juntas del empedrado. Gayo Julio le había explicado también que cerca del bosque de Diana corría un túnel que perforaba la montaña durante más de ocho estadios para desaguar el lago y evitar que en épocas de lluvias torrenciales el santuario se inundase. Era una obra que los operarios habían emprendido a la vez desde ambos lados del monte, excavando en equipos independientes que habían terminado encontrándose en el corazón de la roca con una desviación de menos de dos codos.

Su manía constructora se apreciaba aún más al llegar a la ciudad. Estaban añadiendo cinco codos de altura a la muralla, que ya era de por sí respetable. Los sillares eran de una toba calcárea relativamente blanda que traían de Veyes, pero a cambio estaban labrados en bloques rectangulares que encajaban perfectamente y tenían más de ocho codos de grosor; no resultaría fácil derruirlos, ni siquiera con las máquinas de guerra de Alejandro. Tras entrar por la puerta Capena, el grupo conducido por el tribuno había pasado bajo un acueducto también en construcción, el Aqua Junia. Era una gran arcada que cruzaba la calle a unos veinte codos de altura, y estaba previsto que antes de diez días fuese inaugurada por Junio Bruto, el censor que había promovido la obra.

Sin duda la amenaza de Alejandro había motivado las obras de la muralla y la construcción de la calzada y del acueducto, pues los romanos conocían bien el destino que habían sufrido ciudades como Tiro, Halicarnaso o Damasco. Pero eso no lo explicaba todo: construir, reformar, fabricar y crecer eran parte de su naturaleza. Mientras Néstor recorría el Argileto y el Foro, como unos días antes cuando atravesó la ciudad por la Vía Sacra, perdió la cuenta de los albañiles, marmolistas y carpinteros encaramados a los andamios. Cierto, Roma estaba llena de cabras, gallinas y cerdos, algunas zonas olían a estiércol y sus calles más angostas transpiraban un aura vetusta que recordaba a Atenas; pero el Foro y los templos del Palatino que se alzaban a la derecha poseían una grandeza más solemne que los de Babilonia y más empaque que los de Alejandría. Aquellos santuarios se alzaban sobre zócalos más elevados que los estilóbatos griegos, y sólo podía accederse a ellos tras subir por empinadas y fatigosas escalinatas: incluso los dioses romanos miraban por encima del hombro a los dioses de los demás.

Pese al calor del verano, había algunos hombres ataviados con las togas blancas que al parecer eran privilegio exclusivo de los ciudadanos romanos. También se veía a bastantes mujeres. Las más humildes llevaban túnicas de color crudo y atendían los puestos o hacían las compras cargadas con cestas de esparto. Las damas nobles vestían ropas teñidas, aunque siempre en colores discretos, se hacían acompañar por sirvientes que les cubrían la cabeza con parasoles y caminaban con la serena dignidad de reinas sin corona.

La gente abrió paso a los lictores, pero sin apartarse demasiado. Néstor se sintió

observado como los animales del zoológico de Nabucodonosor en Babilonia.

—*Celta, cunnilambitor, irrumo te!* —le gritó alguien, y los demás corearon su exclamación con silbidos y carcajadas.

—¿Qué me ha dicho? —preguntó Néstor, aunque sabía perfectamente que aquel tipo había hecho referencias ofensivas al sexo oral.

—Por tu aspecto deben creer que eres celta y no griego —respondió Escipión, omitiendo comentar el significado de los insultos.

A la izquierda se levantaba un templo circular y más allá crecía un bosquecillo. Al reparar en la mirada curiosa de Néstor, y tal vez por hacer que olvidara los gritos, Escipión le contó que se trataba del templo de Vesta, una diosa casi idéntica a la Hestia griega.

Ya lo sabía, pensó Néstor. ¿Por qué tantas cosas de Roma le resultaban familiares? ¿Cuándo había estado allí? El caso era que nadie parecía recordarle.

En aquel templo, prosiguió Escipión, vivían las vestales, seis vírgenes que se turnaban día y noche para vigilar que no se apagara la llama sagrada de la ciudad y garantizar la pureza de aquel fuego con su propia castidad durante un largo servicio de treinta años. Todo aquello le sonaba a Néstor, pero no así la historia que le narró a continuación el pretor. Hacía veinte años se había descubierto la conducta inmoral de Minucia, una de aquellas vestales. Dos esclavas del templo habían denunciado que un desconocido llevaba varias noches entrando subrepticiamente en los aposentos de la vestal. El pontífice máximo, encargado de velar por la castidad de las vírgenes, juzgó a Minucia, consiguió que confesara su falta y la condenó.

Escipión en persona había presenciado el castigo. Tras despojar a la impía de sus hábitos de vestal, el pontífice ordenó que la azotaran en el Foro ante los ciudadanos y la envolvieran en un sudario como si ya estuviese muerta. Después la llevaron al Viminal, junto a la puerta Colina, donde los verdugos habían excavado un foso. La hicieron bajar por una escalera de madera que luego retiraron y, sin hacer caso de las desgarradoras súplicas de la joven, que sólo tenía dieciocho años, llenaron el foso a paletadas hasta taparlo por completo.

—A veces, cuando paso por ahí, aún oigo los gritos de esa muchacha —terminó Escipión, haciendo un gesto para alejar el mal—. Se ha convertido en un lémur que aún no ha encontrado el reposo.

—¿Se descubrió quién era su amante?

—No. Ella nunca lo reveló.

—Heroica hasta el final.

Escipión le miró con las mandíbulas apretadas.

—Heroica no. Lo que hizo fue un crimen. Roma depende del fuego de Vesta. Si no hubieran descubierto a Minucia y su pecado hubiese quedado impune, su impureza habría contaminado todos los rituales y sacrificios de la ciudad y tarde o temprano

habría provocado nuestra destrucción. Por eso, ahora que Alejandro se acerca, el Pontífice vela con más celo que nunca por la pureza de las Vestales. Si queremos sobrevivir no podemos enojar de nuevo a la diosa como hizo esa inconsciente.

—Entiendo. He elegido una mala palabra.

—Os admiro a los griegos, pero sois demasiado individualistas. —Escipión hizo énfasis en la palabra *idiotikói*—. Un romano no se puede comportar así, debe pensar siempre en su familia y en la República. Esa muchacha sólo tuvo en cuenta su propio placer, y por eso pudo haber causado la ruina de la ciudad como causó la de su propio padre.

—¿Su padre también? ¿Qué le pasó?

—Minucio Augurino era el pontífice máximo. Él mismo tuvo que condenar a su hija, ver cómo desnudaban su espalda en público y cómo la flagelaban. Pero cuando la enterraron viva, a pesar de que él había cumplido con su deber, se sentía tan avergonzado por la deshonra de su familia que se encerró en su casa y no volvió a probar bocado hasta que murió.

Vergüenza y no dolor, pensó Néstor, y por enésima vez desde el monte Circeo se preguntó si Alejandro no había cometido un error al decidir que aquella ciudad tan severa con sus propios hijos era un obstáculo para sus planes. Hasta un romano amigable como Escipión le producía una sensación de peligro inminente, como un cúmulo de tormenta o una cobra adormecida.

Bien mirado, los macedonios no eran mucho menos peligrosos. Si los romanos daban la impresión de campesinos duros e inquebrantables recién urbanizados, a un macedonio no había que rascarle mucho para sacar al cabrero salvaje de las montañas que llevaba dentro.

Que Asclepio me perdone, pero va a ser un espectáculo digno de verse cuando se destripen unos a otros, se dijo, recordando el anticipo que había visto al pie del Circeo.

Cuando Escipión se llevó a Néstor, como habían convenido, Gayo Julio entró en su cubículo. Sobre el escritorio que el médico le había pedido había un cofre cerrado con un candado. Gayo sonrió. Una de las habilidades que había aprendido en su infancia, cuando frecuentaba a los perillanes de la Subura, era la de forzar cerrojos. Muy poco patricia, pero sumamente útil. Usando una fibula y unas horquillas de su esposa, no tardó en abrir el candado.

Como sospechaba, en el interior del cofre estaba ese curioso libro de hojas de piel cosidas, junto a un par de tinteros de estaño y varios cálamos. Gayo se sentó en un taburete y empezó a pasar las hojas. Ya le había parecido que aquella extraña escritura era en realidad una forma de griego, y ahora lo comprobó. La primera letra que le saltó a la vista fue la *beta*, y a partir de ella, con cierto esfuerzo, fue

reconociendo las demás y anotó sus formas en un pizarrín de cera que había traído a tal efecto. Después se enfrascó en la lectura, con la tranquilidad de que su cuñado no traería a Néstor de vuelta hasta después de la hora del *prandium*.

¡Qué *mentula* el médico! Así que entendía el latín. Ahora comprendía Gayo la mirada tan intensa de Néstor cuando parecía no escuchar ciertas conversaciones entre él y sus soldados. Aquel diario era un auténtico documento de espionaje. Gayo sonrió. Ya no le parecía una violación tan terrible de las leyes de hospitalidad entregar al médico en manos de los cartagineses. Pero antes, él mismo averiguaría todo lo posible sobre aquel fabuloso barco de Alejandro.

Néstor y Escipión dejaron atrás las tabernas de la parte sur del Foro y pasaron frente al templo de Cástor, un edificio que, encaramado sobre su zócalo y con los laterales cerrados, ofrecía un aspecto tan hosco como la mayoría de los templos de la ciudad. Enfrente se hallaba la casa de Escipión, una *domus* el doble de grande que la de los Julios. Las puertas estaban abiertas. Tras pasar un breve recibidor llegaron al atrio, más aireado y luminoso que el de la otra casa. El impluvio estaba lleno hasta arriba de agua limpia que traían con cántaros, mientras que en el fondo de la alberca de Gayo se veía lodo y el agua, que sólo se reponía con la lluvia, mostraba cierto tinte verdoso. Néstor pensó que aquel orden y limpieza tenían que ver con Julia; se veía a las claras que era una mujer activa y con carácter. En cambio, a Valeria, la esposa de Gayo, aún no la había visto salir de su alcoba, y la madre sólo se dedicaba a salmodiar delante del larario familiar.

Había esclavos de ambos sexos barriendo el polvo y las hojas del suelo, pues el viento de aquel turbulento verano arrastraba suciedad por todas partes. En varias paredes se veían hermosos frescos con escenas de cacerías y banquetes pintados al estilo griego, pero unos albañiles estaban aplicando una capa de yeso para taparlas.

—Sé que es una barbaridad —confesó el pretor al ver el gesto de perplejidad de Néstor—. Pero con Alejandro a las puertas de Campania corren malos tiempos para los amantes de lo helénico. —

Frotándose el mentón, añadió—: Incluso estoy pensando en volver a dejarme barba.

—En realidad los auténticos griegos suelen llevarla —dijo Néstor, rascándose sus propias mejillas. Por un instante pensó si podía considerarse griego, si no sería un celta, como creían los romanos, o un simple apátrida.

—Ya. Sé que quienes se afeitan son los macedonios, por imitar a Alejandro. Pero esas distinciones entre griegos y macedonios son demasiado sutiles para los electores de los comicios: para ellos, todos sois griegos. Cuando tu rey salga de Italia con el rabo entre las piernas, espero que vuelvan épocas mejores. Entonces ordenaré a los albañiles que quiten de nuevo ese yeso.

—De paso arrancarán las pinturas que hay debajo.

—Si lo hacen, yo les arrancaré la piel —respondió Escipión. Néstor le miró. El pretor sonreía, pero eso no quería decir que hablara en broma.

Tras cruzar dos puertas de roble y un pasillo llegaron a un segundo patio en el que crecían higueras y manzanos. Giraron a la derecha por una porticada y un sirviente apartó una cortina de tiras de lino para que pudieran pasar a la alcoba de Nicómaco.

El dormitorio era más espacioso que los cubículos de la casa de Gayo Julio. Había una ventana tan ancha como una puerta; el postigo estaba abierto y la luz del exterior se colaba por la celosía. Pegada a la pared de la izquierda había una cama de armazón de madera y cabecero de cuero. En ella reposaba el paciente de Néstor, tapado con una manta de lana fina a pesar del calor.

Aunque corría algo de aire entre la ventana y la cortina, Néstor percibió enseguida el olor de enfermedad y decrepitud que emanaba de aquel cuerpo. Nicómaco debía de tener unos setenta o setenta y cinco años. Su rostro era un laberinto de arrugas, aunque no tan marcadas como en los campesinos y soldados que, tras pasar la vida al aire libre, mostraban surcos profundos como sementeras. Las manos que reposaban en la manta debieron de ser finas en tiempos; ahora tenía los nudillos hinchados y las uñas curvadas y abombadas en el centro. Si su pesado resollar no se lo hubiera revelado, aquellos dedos hipocráticos habrían informado a Néstor de que Nicómaco sufría una afección respiratoria o de corazón.

La mirada de Néstor barrió la habitación. La pared de la derecha estaba llena de anaqueles sobre los que descansaban rollos de papiro marcados con etiquetas de colores. Bajo la ventana había un gran arcón de madera con bollones de madera y una sólida cerradura.

—He soñado contigo —dijo Nicómaco con voz ronca.

Había un taburete plegable con patas de bronce al lado de la cama. Néstor se sentó en él, aunque era tan bajo que las rodillas le quedaban dobladas como las patas de una mantis, y observó al viejo. Tenía los rasgos afilados, la piel translúcida y los labios azulados bajo la barba blanca. Sus pupilas debieron de ser penetrantes en su día, pero ahora se veían algo veladas. Néstor calculó que, si vivía el tiempo suficiente, Nicómaco se quedaría ciego en dos o tres años.

—¿Reconoces mi cara?

—La veo borrosa, pero es la misma de mi sueño. Por desgracia, las letras ya no las distingo — respondió el viejo, y sufrió un ataque de tos.

—No hables. Es mejor que contestes sólo a lo que te pregunte. Cuando dejó de toser, Nicómaco sonrió.

—Mi padre era médico, como tú. Decía: «Ante el médico, hasta el altivo Aquiles debe callar».

—Los libros son importantes para ti —dijo Néstor, dirigiendo una mirada fugaz a los estantes.

—Leer y escribir... —La aspiración del verbo *graphein* le provocó un nuevo ataque de tos. A partir de ese momento pronunció las consonantes apagadas—. El único placer que me quedaba era leer y escribir. Las cataratas me lo han quitado.

—Ahora voy a examinarte el pecho. Pero, si todo va bien, podría operarte los ojos. Nicómaco se levantó a duras penas, auxiliado por Boeto. Estaba muy delgado, casi esquelético. Néstor pensó que no se debía a su constitución, sino a la enfermedad que le aquejaba.

—No he oído hablar de ninguna operación que pueda quitar la flema que me enturbia la visión —dijo Nicómaco.

Néstor se levantó y ayudó al anciano a sentarse en otro escabel.

—No es ninguna flema, sino una especie de cristal que tenemos bajo la pupila y que a veces se ahúma, seguramente por la vejez. El único remedio para curar las cataratas es introducir una aguja afilada a través de la esclerótica. Después, con una espátula muy fina se empuja ese cristal hasta que cae al fondo del ojo. Casi la mitad de los pacientes se quedan ciegos, pero uno de cada cinco recobra buena parte de la vista.

—¿Vería mejor que ahora?

Néstor le quitó las fíbulas de ambos hombros para descubrirle el tórax. Al viejo se le notaban las costillas como a un moloso hambriento, pero en el lado derecho de la espalda se veía un bulto.

—No sabría decirlo —reconoció Néstor mientras palpaba el bulto, blando como una pera podrida—. Aprendí esa técnica en la India cuando acompañé a Alejandro para su boda con la hermana del rey Chandragupta. Hasta ahora sólo la he utilizado con tres pacientes. Uno se quedó ciego y el otro apenas recobró algo de visión. Pero el tercero me dijo que veía mucho mejor, aunque como era analfabeto no sé si habría podido distinguir las letras o no.

—Si no supiera que me estoy muriendo, te diría que probaras a taladrarme los ojos con tal de volver a leer.

—No sólo de libros vive el hombre —intervino Escipión. Estaba de pie junto a la puerta cruzado de brazos, con cierto incomodo. Para el cuarto hombre de Roma debía ser embarazoso no saber qué hacer mientras otros actuaban.

Néstor apretó el bulto y Nicómaco gruñó entre dientes.

—Mi padre extendía arcilla de alfarero sobre el cuerpo de sus pacientes —dijo—. Allí donde se secaba primero era el punto más caliente, en el que se concentraban los humores pútridos.

Aunque le costaba hablar, era evidente que le gustaba comunicarse. Néstor pensó que el anciano debía sentirse muy solo en aquella ciudad extraña y, a su manera, bárbara. Siendo pretor, seguro que Escipión no tenía demasiado tiempo para atender a su maestro de retórica.

—No va a ser necesario. La hinchazón salta a la vista. Ahora vamos a moverte un poco. Boeto sacudió al anciano por los hombros.

—Más suave, esclavo. No soy un saco de alfalfa.

—Y yo no soy un esclavo —refunfuñó el focio.

—Déjalo ya, Boeto —dijo Néstor.

Aplicó el oído a la espalda de Nicómaco. En el lado izquierdo se oía el jadeo asmático del viejo, pero en el derecho estaba tan amortiguado que apenas se distinguía. Néstor pensó que debía tratarse de un empiema, una bolsa de pus entre la piel y el pulmón. Debía llevar ya mucho tiempo así; por eso el pus era tan espeso que ni siquiera chapoteaba. En pocos días reventaría la piel y empezaría a supurar, no sin antes provocar un gran sufrimiento al anciano.

—¿Te duele? —preguntó, apretando el bulto con los nudillos.

—¡Sí! Pero tengo otro dolor más adentro, como si un garfio me desgarrara la carne sobre los huesos.

Muy mal síntoma, pensó Néstor. Ese dolor, la exagerada delgadez de Nicómaco, el plato con las gachas sin tocar al lado de la cama, la tos, la voz ronca: todo sugería que un cáncer se había agarrado a sus pulmones, un mal que estaba más allá de su ciencia. Pero al menos podía aliviarlo.

Abrió su propio arcón, que habían traído entre dos legionarios, sacó un frasco de jugo de adormidera y se lo dio a Nicómaco. Éste reconoció el olor y el sabor de la bebida y sonrió con tristeza.

—Te dejaré más para que te calme ese dolor.

El viejo asintió. Su gesto lo decía todo: ahora sabía que el médico también sabía que no tenía salvación. Pero Néstor no creía sólo en la curación, sino también en la dignidad de sus pacientes, y ese anciano la tenía de sobra. Iba a ayudarle a morir mejor, no con los pulmones encharcados en pus.

—Ahora vamos a sajarte —le dijo.

Tras aplicar vino en abundancia sobre la zona y calentar la lanceta, Néstor la aplicó en el punto más bajo de la hinchazón. Primero rajó la piel, pero luego apretó hasta la membrana pleural y la abrió. El anciano gimió débilmente, pero no se movió.

—Es mejor que no hables ya, Nicómaco —le dijo—. Luego tendremos tiempo de conversar.

De la herida brotó un líquido entre blancuzco y amarillento. Olía mal, pero no era tan fétido ni espeso como se temía Néstor. Esperó a que dejara de salir, y después utilizó una vejiga para inyectarle una mezcla de vino y aceite en la herida. El anciano volvió a estremecerse, aferrado a las muñecas de Boeto.

Como solía ocurrirle a Néstor cuando operaba, el tiempo voló. Cuando levantó la mirada, la luz que entraba por las celosías era opalina. No podía ser tan tarde, así que el cielo debía de haberse nublado. Sacó el lino impregnado de aceite, vino y pus que

había metido en la herida, e introdujo en ella un fino tubo de estaño. El anciano se había adormilado con la barbilla apoyada en el pecho, y ahora le sujetaban entre Boeto y el propio Escipión. El pretor no había salido del cubículo en ningún momento.

—Hay que acostarlo sobre el lado derecho e inmovilizarlo para que no se clave el tubo en el pulmón. Mañana volveré a verlo. Si se me permite, claro —dijo Néstor. Las rodillas le sonaron con un chasquido de madera astillada al incorporarse. Un esclavo de la casa le tendió una copa de vino aguado y dio un largo trago.

Cuando acostaron al anciano en la cama su respiración ya no sonaba tan entrecortada. Néstor se acercó a los anaqueles e inspeccionó las etiquetas de los libros. Allí había tratados de todo lo divino y lo humano, desde leyes hasta zoología, botánica, meteorología y ensayos sobre los sueños.

—Conque Nicómaco, ¿eh? —le dijo a Escipión—. ¿No será más bien el hijo de Nicómaco, antiguo médico de la corte de Filipo?

—No se lo digas a nadie —respondió Escipión mirando a los lados—. Aquí todo el mundo le conoce por Nicómaco. Ésa es su voluntad.

Néstor asintió. De pronto sintió que las piernas le flaqueaban y se sentó. Tal vez había pasado demasiado tiempo agachado. O tal vez se acababa de dar cuenta de que acababa de rajarle la pleura al antiguo maestro de Alejandro.

—Así que te escondías en Roma, Aristóteles. —Suspiró, y apuró la copa de vino. Estaba deseando volver al día siguiente a casa de Escipión y conversar con el dueño de la mente más poderosa del mundo.

De vuelta en el hogar de los Julios, Néstor cenó con Boeto en su cubículo. Al parecer, Gayo había vuelto mientras ellos estaban en casa de Escipión para después volver a salir. Era ya de noche y el joven *paterfamilias* seguía sin regresar, o en todo caso lo había hecho con mucho sigilo: desde aquella habitación se oía el portear de los batientes de la entrada y también el traqueteo de los carros nocturnos por la cuesta del Argileto. Boeto se retiró a su pequeña alcoba improvisada con una cortina y Néstor, mientras apuraba la jarra de vino, sacó el cuaderno donde estaba escribiendo la larga carta a Alejandro. Sólo cuando lo tenía abierto se dio cuenta de que no había comprobado si el hilo que había dejado entre la tapa y la primera página antes de salir seguía allí. Bien, ya no tenía remedio. Tomó el cálamo, lo mojó en el tintero y, tras anotar con detalle los síntomas de Aristóteles y cómo había aliviado su empiema, prosiguió:

«Desde que estoy entre los romanos, muchos me toman por un celta. La razón es que los celtas son más altos que ellos, de piel más clara y cabellos rubios o pelirrojos. Pertenecen a un pueblo bárbaro que habita en la parte septentrional de Italia y aún más allá, en unas vastas selvas que se extienden allende los Alpes, una cadena de montes más altos y escarpados que los Apeninos. Tras practicarle la cura a tu antiguo

maestro, mientras compartía una copa de vino con Escipión, un esclavo celta de la casa se acercó a mí y me habló en su idioma creyendo que le entendería, pero no capté ni una sola palabra. Después me dijo en latín que tal vez provengo de las tierras que se extienden aún más al norte de la Céltica, cerca de los confines del mundo, donde moran los teutones, un pueblo de guerreros aún más rubios, altos y feroces que los propios celtas.

»Volviendo a los celtas, me han contado que hace unos setenta años, conducidos por su jefe Breno, invadieron el centro de Italia, llegaron a la propia Roma y la saquearon. Sólo se salvó el Capitolio, su acrópolis más sagrada, porque las ocas del templo de Hera alertaron a los defensores con sus graznidos. Al final, los romanos nombraron a un dictador, como suelen hacer en las emergencias militares, y lograron expulsar a los bárbaros, aunque éstos se llevaron un suculento botín. Supongo que te halagará saber que te toman tan en serio que ahora han designado a otro dictador para enfrentarse a ti, un personaje llamado Papirio con reputación de hombre expeditivo y brutal.

»La invasión de los celtas dejó una llaga en el orgullo romano que aún supura. Desde entonces, se juramentaron para que ningún invasor extranjero volviera a plantar sus pies en la ciudad, y sus descendientes han renovado ese voto. Como primera medida, reforzaron las murallas de la ciudad y las extendieron más allá del recinto sagrado al que llaman pomerio. Pero, sobre todo, decidieron que entre ellos y los futuros enemigos interpondrían otro tipo de muralla, formada por pueblos y ciudades conquistadas por la propia Roma que les servirían como colchón en caso de guerra. Es evidente para cualquiera que los conozca que su intención final es conquistar toda Italia, y lo hacen de una manera meticulosa, concienzuda e ingeniosa. Para evitar que las ciudades del Lacio y otras comarcas conquistadas puedan unirse entre sí, les conceden estatutos diferentes: hay ciudades aliadas y otras sometidas, y también municipios con ciudadanía y voto y municipios con ciudadanía pero sin voto. De esta manera las ciudades se sienten mutuamente agraviadas, se miran con recelo entre sí y son incapaces de unirse para luchar contra los...»

Alguien llamó a la puerta y la abrió sin esperar a que le dieran permiso. Néstor levantó la mirada esperando encontrar a Gayo, pero era uno de los legionarios que los custodiaban, un joven alto y delgado que traía una palmatoria en la mano.

—¿Puedes acompañarme, señor? —le preguntó en latín. Néstor hizo como que no entendía y el soldado le indicó por gestos que debía seguirle—. *Kora, kora* —añadió en un intento de griego. Con «muchacha» debía de referirse a Clea. Después siguió hablando en latín—. Dice que le duele mucho el pecho, que cree que se está muriendo.

¿Cuántas veces cree esa chica que se puede morir?, pensó Néstor, y contestó:

—A mí no es hablado latín, amigo.

El joven astado meneó la cabeza, renunciando a hacerse entender. Cruzaron el patio casi de puntillas. Había varios soldados dormidos en el suelo, tapados con sus mantas o al descubierto, y aparte de sus ronquidos el silencio reinaba en la casa. En la puerta de Clea montaba guardia otro hombre. Ahogando un bostezo, llamó un par de veces con los nudillos sin apenas hacer ruido y la puerta se abrió. Ada miró a Néstor con su habitual cara de vinagre y le dijo que pasara.

La alcoba era mejor que la suya, como ya se esperaba. Según había oído comentar a Gayo Julio con la servidumbre, aquéllos eran los aposentos que él mismo utilizaba cuando no compartía el lecho con su esposa, lo cual equivalía a decir casi siempre. Ahora se había mudado al tablino para dejarles sitio a Clea y a Ada, mientras que a las demás mujeres las había alojado al fondo de la casa, en los cubículos de los esclavos que daban al tercer patio.

La habitación se hallaba en penumbra, alumbrada tan sólo por las llamas ambarinas de una de las lámparas de bronce que colgaban del techo. Clea estaba tumbada en la cama, encogida sobre sus rodillas y apretándose el pecho. No gritaba, pero su respiración era jadeante y de vez en cuando exhalaba un suave gemido. Néstor se sentó al lado de la cama.

—¿Qué te pasa ahora? —dijo.

Ella se volvió un poco y trató de hablar, pero la voz se le quebró. Néstor tomó una jarra de agua de una mesilla y llenó un vaso. Después le tocó el hombro a Clea y le dijo que se incorporara. Mientras ella bebía con sorbitos cortos, Néstor, sin querer, dilató las aletas de la nariz para ventear su perfume. Su fino olfato le dijo que la joven se había bañado y se había ungido con aceite de nardo. Del primer lujo se podía disponer en casa de los Julios, pues había un baño con dos amplias tinas de terracota; el segundo, mucho más caro, debía de haberlo traído ella en su equipaje.

Por fin, Clea consiguió hablar con un hilo de voz.

—Casi no puedo respirar. Me duele mucho aquí —dijo, tocándose sobre las costillas. Sus pechos subían y bajaban al compás de sus entrecortados jadeos; el efecto que provocaba eso en la fina túnica azafrán era perturbador.

Vete ahora mismo, se dijo Néstor, pero en vez de moverse cogió la mano de la joven.

—Toma aire más despacio. Vamos.

Siguiendo el ritmo de respiración que le marcó Néstor, Clea se fue calmando poco a poco.

—Menos mal —musitó—. Creía que me iba a morir.

Néstor sonrió de medio lado. Sería un milagro que una chica de la edad de Clea cayera fulminada por una angina en el pecho.

—No es nada grave. Hipócrates ya escribió sobre eso. A veces, el diafragma y el corazón duelen no por enfermedad, sino porque, al recibir la sangre de todas las

venas del cuerpo, son más sensibles a los disgustos y también a las alegrías. Estos últimos días has sufrido emociones terribles.

—¿Crees que es eso?

Néstor se encogió de hombros

—No me convencen las teorías sobre los humores y no comprendo esa manía de echarle la culpa de todo a la sangre. Pero lo cierto es que esos dolores que describe Hipócrates en *La enfermedad sagrada* se dan en mucha gente.

Clea asintió. Luego se volvió hacia Ada y la despachó con un gesto de la mano. Durante un instante pareció mucho menos enferma y asustada, pero enseguida volvió a adoptar la expresión de niña compungida.

Néstor tragó saliva al oír los pasos de Ada, pero no se atrevió a volver la mirada por no cruzarla con la de la esclava. Oyó una puerta a su espalda; no era la que daba al patio, sino otra practicada en uno de los mamparos que los romanos utilizaban para habilitar divisiones en sus estancias. Estaban solos, pero con poco más de dos dedos de madera de pino entre Ada y ellos. Las palabras que había escrito en sus propias notas le vinieron a la memoria.

«... nos expresamos con demasiada libertad delante de los esclavos; aunque los compramos, los usamos y a veces los tratamos como muebles, poseen cinco cosas que no tiene ningún armario: dos ojos, dos orejas y lo más peligroso, una boca.»

—Entonces nos duele el corazón porque guardamos los sentimientos en él, ¿verdad? —preguntó Clea, poniéndose la mano sobre el pecho izquierdo en un gesto de refinada inocencia.

—En esa misma obra Hipócrates deja bastante claro que los sentimientos, las emociones y las ideas se alojan aquí —respondió Néstor, tocándose la frente con el índice.

Clea se puso de rodillas en la cama y se giró hacia él. Las llamas de la lámpara bailaban en sus ojos como minúsculos dáimones de fuego y arrancaban reflejos de cobre a su pelo. Al tenerla tan cerca Néstor se dio cuenta de que el aliento de la joven olía un poco a vino. ¿Había bebido para armarse de valor?

Vete, se repitió, pensando no sólo en Ada, sino en el soldado que montaba guardia al otro lado de la puerta y también en el que había venido a buscarle a su cubículo.

—Pues a mí me sigue doliendo aquí —dijo ella, soltándose los prendedores. La túnica de seda resbaló hasta su cintura. Clea tenía los senos pequeños, como sospechaba Néstor, pero puntiagudos. Le tomó la mano y la apoyó sobre el izquierdo. Néstor sintió los rápidos latidos del corazón de la joven. ¿O era el suyo?—. Necesito que me calmes —añadió, en un tono gutural que intentaba ser seductor. Tan joven como era, había en ella una mezcla de ingenuidad y descaro de cortesana que resultaba conmovedora.

*Vet*e, se dijo por última vez Néstor.

Hicieron el amor entre jadeos contenidos, con movimientos profundos y acompasados para evitar que el lecho rechinara, y Néstor descubrió que ese coito disimulado era la experiencia más excitante que había disfrutado desde que tenía recuerdos. Clea se aferró a sus hombros y se anudó a sus piernas, y le dijo al oído cosas que Néstor pensó que era mejor no recordar después. Por fin, la muchacha arqueó las caderas, le arañó la espalda y le enterró la cara en el cuello para no gritar. Néstor no pudo resistir más, y en el mismo instante en que se vaciaba le volvió la lucidez y comprendió que acababa de cometer el mayor error de su vida y que ya no tenía remedio.

Tumbada boca arriba, Clea no albergaba ningún remordimiento. Ahora comprendía qué era lo que le había faltado cuando se acostó con Alejandro. La cuerda del arco había llegado a estar aún más tirante, mucho más, con una tensión que llegaba a ser casi dolorosa, como si algo en su interior fuera a romperse. Pero de pronto, sin saber cómo, la cuerda se había soltado, y ella había sentido cómo el interior de su cuerpo se disolvía en agua tibia y sus miembros se esparcían por la cama como cera derretida, y había mordido el hombro de Néstor para no gritar. Ahora, aunque el corazón le palpitaba como un tambor y tenía que hacer esfuerzos para acallar sus propios jadeos, la angustia que llevaba días cerrando su garganta y su estómago había desaparecido.

Una vocecilla le dijo que no estaba bien lo que había hecho, que aquella indecencia le podía costar muy cara. Vio a su padre, colorado de ira y señalándola con el dedo. «¿Qué has hecho, insensata? ¡Toda mi carrera por los suelos! ¡Me has humillado!» Y a Alejandro mirándola con una tristeza infinita. «No quería hacerte daño, Agatoclea. Tú me has obligado...»

Pero entonces abrió los párpados y vio los ojos de Néstor sobre los suyos. Si los de Alejandro eran como un pozo sin fondo que absorbía toda la luz y en los que tenía miedo de perder su alma, los de Néstor eran como un espejo de agua en el que podía descubrir quién era ella. O eso quería creer.

El médico se apartó un poco para recostarse sobre el codo izquierdo. Los dedos de su mano derecha se dedicaron a corretear sobre el vientre y los pechos de Clea, y después juguetearon con sus rizos, que se habían soltado mientras hacían el amor.

—Es como un campo de trigo al atardecer —susurró. Clea sonrió y pensó que le gustaba la imagen. Era la primera vez que oía decir algo bonito sobre su pelo. Casi siempre se habían burlado de él, y hasta habían llegado a sus oídos chanzas sobre si en verdad era hija legítima de su padre o más bien descendía de algún bárbaro del Mar Océano arribado a Sicilia en una nave cartaginesa.

—»Más que una antorcha tienes rojo el cabello, y es mejor que lo adornes con coronas de frescas flores...»

—¿Conoces los poemas de Safo? —preguntó Clea.

—«Tu cuerpo perfumado con aceite de nardo y de jazmín, recostada en el suave lecho, tierna doncella en flor...» —Néstor fue recitando despacio, como si los versos se fueran iluminando uno por uno en su memoria—. Sí, así es como te he visto al entrar. Es como si esto ya lo hubiera vivido... —añadió desconcertado, y sus pupilas se dilataron como si viera algo muy lejano. Clea se sintió celosa del pasado del médico, pero la curiosidad la venció.

—Tu esclavo me dijo que no recuerdas dónde naciste ni quiénes eran tus padres.

Las pupilas volvieron a dilatarse y Néstor apartó la mano que la acariciaba.

—Boeto es un bocazas. Si de verdad fuese mi esclavo, le arrancaría la piel a tiras. De hecho, creo que lo voy a hacer.

Clea le agarró la mano y volvió a ponerla sobre sus senos.

—Olvídate de él ahora. Quiero que me hables de ti.

Y entonces Néstor se desató, sin saber por qué. Clea era sólo una cría con la que se acababa de acostar por primera y última vez, pues no pensaba tentar a la suerte repitiendo el error. Pero tumbado en la penumbra de una cama ajena, en una casa extraña y en una ciudad aún más extraña, rodeado de soldados y enemigos, de ojos y oídos que les espiaban, se encontró, sin embargo, cobijado en un pequeño y momentáneo refugio. Aquella sensación le evocó una infancia que no podía recordar, y las palabras brotaron solas de su boca.

—Mi primer recuerdo es que abrí...

... los ojos. Luego se enteró de que en Atenas era el mes de elafebolión y en Macedonia el de distro. Se hallaba en un lugar extraño, pero no inesperado. Al mirar a su alrededor supo que nunca había estado allí, pero que todo se encontraba donde debía estar.

Estaba tumbado en el suelo, desnudo sobre tierra fresca y húmeda. Se encogió sobre sí mismo y se abrazó las rodillas tiritando. Tenía un frío innatural, más del que se podía sentir en aquel lugar. En el aire flotaba un vapor azulado que iluminaba la estancia con su fosforescencia espectral y olla a tormenta de verano. Poco a poco se fue apagando, como los rescoldos de una hoguera, pero a su tenue luz Néstor vislumbró una silueta humana. Por un instante se asustó, pero al mirarla bien comprendió que era la estatua dorada del dios Apolo. En la sala, poco más grande que una alcoba, había más objetos. Un trípode de bronce, del que parecía brotar el vapor. *No se ve ninguna grieta en el suelo,* se dijo Néstor sin saber a qué obedecía aquel pensamiento. Ramas de laurel que colgaban del techo. Una lira de siete cuerdas con marco de concha de tortuga, y una piedra tallada de dos palmos de altura que parecía un huevo partido en dos. *Es el ónfalo,* pensó, y de nuevo no supo el motivo.

Néstor no dejaba de tiritar. En su interior se repetía una cantinela. *Observa, observa bien. Eres Néstor. Observa, obsérvalo todo. Eres Néstor.* Los vapores terminaron de disiparse y todo quedó a oscuras.

La puerta de la estancia se abrió rechinando. Néstor entrecerró los ojos y se encogió en el suelo para tapar su desnudez. Contra la luz blanca se recortaban las siluetas de dos hombres, y entre ellos una mujer que llevaba la cabeza cubierta con un tocado. Néstor, deslumbrado, no podía distinguir sus caras.

—¡Es él! ¡Es él! —gritó la mujer, señalándole con el dedo.

Un segundo después se tiró al suelo y empezó a revolcarse entre gritos y convulsiones. Néstor pensó que podía ayudarla, aunque no sabía por qué, y trató de incorporarse. Pero los dos hombres le agarraron por los brazos y tiraron de él para sacarlo de allí, mientras avisaban a voces para que acudieran los guardianes.

Le hicieron subir a trompicones los seis peldaños que subían del áditon, y se encontró en la nave central del templo de Apolo, rodeado por altas columnas de mármol y pebeteros humeantes. La luz provenía de las grandes puertas, abiertas de par en par. Los sacerdotes le dejaron en manos de dos soldados que siguieron tirando de él. Fue entonces cuando se le ocurrió aquel pensamiento y empezó a gritar:

—¡Van a envenenar a Alejandro! ¡Sé cómo curarlo! ¡Van a envenenar a Alejandro! ¡Sé cómo curarlo!

No sabía por qué pronunciaba aquellas palabras. Era como si alguien o algo le metiera el aire en los pulmones, le apretara el abdomen para sacarlo y hasta le moviera las mandíbulas y la lengua para articular las palabras en una voz aguda y metálica que no era la suya.

—Seguro que te estaba inspirando el dios —dijo Clea, que le miraba absorta.

Néstor asintió y continuó con su relato. Los ecos de su voz entre las paredes de piedra le seguían sonando ajenos. Entonces le sacaron al exterior y la luz blanca que le había deslumbrado se convirtió en un paisaje abierto que le hizo estremecerse de miedo y a la vez de emoción. A su derecha se alzaba una montaña, y a su izquierda la ladera caía sembrada de copas de pinos y tejados rojos. A lo lejos se veía el mar, pero apenas lo vislumbró un instante, pues la sensación de miles de ojos clavados en él le hizo volver la vista al frente.

Era día de consulta en el oráculo de Delfos. Los peregrinos formaban una larga cola serpenteante, separados por cordones amarillos y por soldados de la Anfictionía que imponían el orden golpeando con el palo de la lanza a los que se intentaban colar. Pero toda esa gente se quedó en silencio, sobrecogida al ver que sacaban del templo a aquel hombre desnudo y con aspecto de ser un bárbaro del norte que no dejaba de gritar:

—¡Van a envenenar a Alejandro! ¡Sé cómo curarlo!

Los soldados le hicieron bajar los escalones. La multitud le abrió un pasillo, como si temieran contaminarse con su tacto. Néstor no conocía a nadie, todo era extraño y a la vez familiar para él, y recordaba haber sentido un pavor extremo y al mismo tiempo una inefable alegría. Pero mientras tanto seguía repitiendo que iban a

envenenar a Alejandro, aunque su voz había dejado de sonar como el metal y ahora sabía que era la suya, aunque no recordaba haberla oído nunca.

—¡Él ha venido! ¡Él ha venido!

Néstor se volvió hacia el templo. Allí, en la puerta, estaba la Pitia, apoyada en el brazo de un sacerdote y señalándole con el dedo mientras repetía entre violentos temblores:

—¡Él ha venido! ¡Él ha venido!

—Era obvio que había venido. Pero no sabía de dónde.

Néstor hizo una pausa, se sentó en el suelo y se abrazó las rodillas.

—¿Qué pasó luego? —preguntó Clea.

—La Pitia se desplomó, cayó de bruces por los escalones del estilóbato y murió en el acto.

Néstor había pensado que podía ayudarla, y en ese instante supo, sin comprender de dónde le venía ese conocimiento, que era médico. Se zafó de los soldados y, aún desnudo, corrió hacia la sacerdotisa. Sólo entonces, al verla de cerca, comprobó que era una mujer joven, no mucho más de veinte años, y que debía haber sido guapa. Pero tenía el rostro desfigurado en un gesto de pavor, las venillas de los ojos le habían reventado y le salía sangre por la nariz y las orejas.

Uno de los soldados se decidió por fin a taparle con su propio manto, le levantó y le sacó de allí para llevarlo ante las autoridades de la Anfictionía que administraba el oráculo.

—El caso es que entre mis gritos y los de la Pitia, más de mil personas presenciaron aquella aparición tan dramática. Entre ellos había muchos consultantes macedonios, y luego averigüé que bastantes eran espías de Alejandro. No era raro, porque el oráculo estaba bajo control macedonio desde los tiempos de su padre. El caso es que aquello era lo más parecido a una señal de los dioses que a nadie se le habría ocurrido imaginar, así que en vez de ejecutarme por el sacrilegio de colarme desnudo en el áditon me despacharon para Asia en compañía de Boeto.

–¿Y de verdad no recuerdas cómo llegaste allí?

Néstor se levantó de la cama y recogió la túnica, que había caído al suelo hecha un gurruño. Sin alzar la voz, respondió:

—No. Por más que lo intento, simplemente no hay nada. No es como una pared, ni como un conjuro. Simplemente es *nada*.

Clea se sentó en el lecho y, súbitamente pudorosa, se tapó el pecho con el cobertor.

—Seguramente te llevaron por la noche al interior del templo y te drogaron para que no despertaras hasta que apareciese la Pitia. Néstor se encogió de hombros.

—No es imposible. Los guardianes del recinto sagrado juraron que no habían visto nada la noche anterior, pero tal vez alguien los sobornó o estaban borrachos.

Para el caso es igual: antes de Delfos yo no existía.

—Entonces, ¿cómo sabes tantas cosas? Hablas griego y lo escribes, aunque sea de esa forma tan rara.Y sabes más que nadie de medicina.

Néstor se abrochó el cinturón.

—Y a veces, cuando me enfado, se me escapan palabrotas en un idioma que nadie más que yo entiende —dijo. Estuvo a punto de confesarle a Clea que también comprendía el latín, pero prefirió callárselo—. No lo sé. Es como si recordara todo lo que aprendí en mi vida anterior, pero nada de lo que viví. Ni personas, ni hechos, ni sitios: nada. Y sin embargo, a veces, tengo la sensación de que un lugar me es familiar. Me pasó al trepar por las laderas del Etna, y también junto al lago de Diana.

»Creo que tal vez cometí algún terrible delito contra los dioses, y que mi mente quiere olvidarlo.

—Néstor se sentó en la cama y agachó la mirada—. A veces me despierto con el estómago encogido y la sensación de que he hecho algo espantoso, tan atroz que no se puede concebir. Sé que he tenido una visión de ello en sueños, o que una voz me lo ha dicho, pero nunca consigo recordarlo.

Clea se puso detrás de él y le abrazó.

—No puedo creerlo. Tus ojos están limpios, Néstor.

—Puede ser la limpieza del olvido y de la ignorancia, no la de la inocencia —respondió él, sacudiendo la cabeza. Ella le hizo volverse y le miró a la cara. De pronto a Néstor le pareció más madura de lo que era.

—Si hiciste algo, sea lo que sea, seguro que los dioses te lo han perdonado ya. Si apareciste en el oráculo de Delfos de aquella manera fue por un motivo. Nada ocurre sin propósito.

—¿De verdad crees eso?

—¡Claro que sí! —protestó ella subiendo la voz, y añadió en susurros—: Apolo te tenía reservado un papel muy importante, salvar a Alejandro. Es inconcebible que el dios de la pureza eligiese como herramienta a un criminal, a un ser impuro. Puedes estar tranquilo, Néstor. Sobre todo —añadió, besándole en los labios— porque eres un hombre bueno. Lo sé.

—¿Tú crees? —preguntó Néstor.

En los ojos verdes de Clea le pareció ver escondidos los de Alejandro, que le miraban con tristeza y le decían: «¿Qué me has hecho, amigo mío? ¿Tú también me traicionas?».

MAGIAS DE ORIENTE

Perdicas abrió los ojos. Había bebido más vino de lo que tenía por costumbre; aún le quedaba en la boca un resabio agrio y pastoso. Palpó con la mano la parte izquierda de la cama y el cuerpo desnudo y tibio que tenía al lado se removió en sueños.

—Cleopatra —susurró Perdicas.

La mujer se dio la vuelta, se desperezó como un gato egipcio y se incorporó. Al hacerlo, la sábana le resbaló hasta la cintura y descubrió sus pechos. Perdicas se quedó estupefacto durante unos segundos, los ojos clavados en aquellos senos en forma de cúpula y en los pezones desafiantes como sarisas. *Por Cipris*, pensó, *el embarazo ha hecho que le crezcan las tetas de una diosa*. Entonces levantó la mirada y vio que quien le miraba sonriente no era su esposa, sino Roxana.

—¿Has dormido bien, Perdicas?

El general pensó que debía salir corriendo de aquel lecho en el que no recordaba haber entrado, pero sus ojos se habían quedado pegados al cuerpo de la bactria. Durante los últimos seis años había llegado a temerla y aborrecerla tanto que su memoria la había afeado y cubierto sus formas con mil velos. Ahora volvía a contemplar su gloriosa desnudez, y no encinta de cuatro meses como la última vez que compartieran el lecho en Babilonia, sino en toda la perfección de una mujer que había alcanzado la plenitud.

Roxana terminó de destaparse, se volvió hacia él y le puso la mano entre los muslos. Al contacto de sus dedos largos y cálidos Perdicas tuvo una erección, y se le escapó un gruñido de dolor. Su cuerpo no estaba para muchos trotes; entre los pocos recuerdos que guardaba de la fiesta, el más reciente era el de haber fornicado con tres de las cortesanas. Pero ninguna de esas hetairas, por hermosa que fuese, podía compararse con la luz cegadora de *Roshanak*, «la pequeña estrella» de Bactria.

—¿Una noche agitada, Perdicas? —preguntó ella con una sonrisa burlona, y sus dientes blancos destellaron en la penumbra de la alcoba como las Pléyades en el firmamento invernal.

¿De qué manera había terminado la fiesta para que él fuese a parar de nuevo al lecho de la esposa del rey? ¿Acaso no había otra mujer en el mundo?

—No tan deseable como yo —contestó Roxana, y Perdicas se dio cuenta de que había expresado en voz alta sus pensamientos—. Has sido travieso, Perdicas. ¿Por qué buscas el placer en otras mujeres teniéndome a mí aquí?

—Porque eres la esposa del rey.

Perdicas sabía que tenía que levantarse del lecho y salir corriendo de allí, aunque

fuese por una ventana o saltando un seto de espinos. Pero, bien por el cansancio de la orgía, por el vino o porque su cuerpo se negaba a apartarse de la tibieza embriagadora de Roxana, estaba clavado en el lecho, hundido en el colchón con los miembros convertidos en plomo fundido.

—Mi cuerpo te ha echado de menos seis largos años —le dijo Roxana, apretándose contra él. Perdicas notó a la vez la suave opulencia de sus pechos y el pinchazo de sus pezones, duros como cuentas de cristal. Ella buscó su boca, le mordisqueó en los labios para obligarle a separarlos y le besó. Su lengua jugaba como un pequeño diablillo mientras sus manos le recorrían el pecho y el vientre. Perdicas volvió a gemir de dolor y supo que no podía resistirse a ella. Decidido a poseerla sin más dilación, la agarró por los hombros para tumbarla boca arriba. Pero Roxana se resistió, y fue ella quien lo aplastó contra los almohadones.

—Aún no, Perdicas. Mi cuerpo arde de deseo por el tuyo, pero antes debes terminar lo que empezaste.

—¿Qué quieres decir?

Roxana se acomodó en cuclillas sobre él. La erección de Perdicas ahora presionaba contra el cuerpo de la bactria, y el dolor era doble.

—Sabes muy bien lo que quiero decir, amado mío. Hemos esperado demasiado tiempo.

—Yo no he esperado. He renunciado, que no es lo mismo.

—Sé por qué renunciaste. Nuestro enemigo había recobrado las fuerzas, pero ahora las está perdiendo de nuevo. No tiene al médico con él y está enfermo.

—¿Cómo lo sabes?

—Eres tú quien lo sabe, Perdicas. Ya has comprobado que su mente no funciona con la rapidez de antes. Está anquilosado, a veces se queda con la mirada perdida. Ha vuelto al vino. Y no tiene a Néstor a su lado. Piénsalo. Esta vez nadie puede impedir que lo quites de en medio.

—¿Y por qué tengo que hacerlo? Ya no es el tirano cruel y dañino de Babilonia. Ha aprendido a ser un rey justo. Asia y Grecia empiezan a prosperar y pronto...

—¡Qué cobarde eres, pequeño Perdicas! Sólo repites los argumentos que él mismo utiliza. El gran Alejandro trata de demostrar a todo el mundo que se ha convertido en un gobernante de verdad y que, ahora que ya ha arreglado sus asuntos domésticos, puede volver a sus viejos sueños de conquista y exterminio. ¿Es que no lo ves? Todo vuelve a ser como antes. Si derrota a los romanos, se creerá de nuevo un dios y no habrá quien razone con él. Debes terminar lo que empezaste.

—Pero ¿por qué? Si conquista Italia, tu hijo heredará un imperio aún más grande.

—Mi hijo ya tiene imperio suficiente en Asia. No me gusta Europa, Perdicas. Es una tierra ruda, tosca y brumosa, y huele a cabra y a humo de leña. Sólo he venido aquí para estar cerca de Alejandro y vigilarlo. Y para verte a ti.

Mientras hablaba, Roxana se frotaba con sus senos contra el cuerpo de Perdicas, deslizándose arriba y abajo. El macedonio estaba cada vez más hundido en la cama, como si el colchón fuera de agua, y sentía que si ella seguía rozándose así con él iba a licuarse. De esa forma era imposible rebatir sus palabras.

—Deja el oeste para Roma y Cartago, Perdicas. Pronto se matarán entre sí. Acaba de una vez con esta locura y vuelve conmigo a Asia.

—Yo también quiero luchar contra los romanos.

—¡Bravo por mi fiero guerrero! —Ella le lamió una oreja y a Perdicas se le puso la carne de gallina desde la nuca hasta la punta de los pies—. Hazlo si quieres. Pero ¿por qué hacerlo como un vulgar subordinado? ¿Por qué vas a dejar que entre él y Crátero vuelvan a llevarse la gloria, como siempre? Ya es hora de que mandes tú solo al pueblo macedonio en armas, Perdicas. Tienes nombre de reyes.

Tienes nombre de reyes. Perdicas se despertó con el corazón latiendo como un timbal. Durante unos segundos no supo dónde estaba, si en su casa, en el lecho de Roxana o en cualquier otro lugar. Miró a su alrededor. Aún quedaban un par de pebeteros encendidos. Al resplandor de sus rescoldos y al de la luz grisácea que entraba por las rejillas de tela, comprobó que aún seguía en la tienda donde habían celebrado la fiesta. Se incorporó apartando un par de almohadones y respiró hondo para tranquilizar el ritmo de sus latidos.

A su izquierda había una joven rubia durmiendo boca abajo; al tirar de la sábana de lino, Perdicas vio sus nalgas desnudas. Las tocó; estaban frías y pegajosas de vino. A su derecha encontró a otra chica, vuelta de espaldas a él y abrazada a Gavanes. Había más cuerpos desperdigados por el suelo, entre sábanas arrugadas, cojines aplastados y tapices sucios de vino: hombres y mujeres en diversos grados de desnudez, con brazos y piernas entrelazados, tendidos allí donde el sueño o la fatiga los habían vencido. Olía a vino, a sudor, a aceites perfumados y a sexo rancio, y se oía un discordante coro de ronquidos, no sólo de hombres: una de las cortesanas estaba tumbada boca arriba, con la cabeza sobre la tripa de un macedonio, y aunque su cuerpo era menudo y delgado roncaba con el poderío de un guerrero veterano.

Condenada Roxana. ¿Qué maligno conjuro había invocado esa bruja para entrar así en sus sueños? Perdicas se miró entre las piernas y comprobó que su erección aún tardaba en bajar. Pensó entonces que lo que le había impulsado a improvisar aquel banquete que había degenerado en orgía no había sido tanto la rabia por las burlas de los demás generales como la desazón que le causaba la cercanía de Roxana. Desde que la maldita bactria había aparecido en Posidonia, Perdicas le había hecho el amor a Cleopatra todas las noches. Ella se mostraba encantada de que su esposo siguiera deseándola con tanta pasión, pero era evidente que estaba agotada y no podía resistir aquel ritmo.

Sí, se repitió Perdicas. Ésa debía ser la razón por la que había decidido refocilarse

con otras mujeres. La culpa era de la bactria. Pero el desfogue no había servido de nada, pues Roxana había invadido sus sueños como un súcubo.

Debes terminar lo que empezaste. Las palabras de Roxana eran crueles, como siempre, pero tenían su sentido. ¿Y qué había querido decir con lo de Crátero? Crátero no estaba en Posidonia, ni Alejandro había dejado caer indicio alguno de que esperase su llegada.

Perdicas encontró su túnica arrugada entre una pila de almohadones y la pared de lona de la tienda. La recogió, junto con el ceñidor, y se agachó sobre su sobrino.

—Despierta, Gavanes —susurró, apretándole el hombro.

El joven le miró con los ojos desenfocados. Después, cuando le reconoció, apartó con suavidad los brazos de la hetaira y se incorporó.

—Mi cabeza... —gimió.

No era de extrañar, pensó Perdicas. Entre las últimas imágenes que recordaba estaba la de su sobrino, borracho como Sileno y tumbado bajo esa misma joven que le abrazaba mientras ella le volcaba una jarra entera de vino en la boca.

Ambos salieron a la puerta de la tienda y se vistieron bajo el toldo. El cielo empezaba a clarear al este, mientras a poniente la luna, que aún no había llegado a cuarto menguante, se dejaba caer hacia el mar. Perdicas respiró hondo. Al no haber salido el sol, la brisa todavía soplaba de la playa y traía un aire fresco y mucho más puro que la atmósfera viciada del interior de la tienda, e incluso limpiaba el hedor del campamento, que de día olía como un inmenso establo por culpa de los miles de caballos y mulas del ejército y las vacas, cabras y cerdos de los ganaderos.

No se veían luces, aparte de los puestos de guardia, y el silencio era tal que, aunque el viento era suave, podía oírse el flameo del aire en las lonas y banderines de las tiendas, y también el rumor de las olas en la playa. Perdicas terminó de atarse las sandalias y disfrutó de aquel momento de paz antes de que el campamento volviese a la vida.

A su derecha sonó un crujido rítmico en el suelo. Perdicas se volvió. Un pelotón de pajes reales se acercaba a la tienda marcando el paso. Los conocía de vista a casi todos. Por un instante pensó que alguien les había revelado su traición y venían a ejecutarlo.

¿Pero qué traición? Sólo había sido un sueño.

El oficial que mandaba el pelotón se cuadró ante él y le dijo que Alejandro reclamaba su presencia.

—¿Tan temprano?

—En realidad quería verte incluso antes, general —dijo el paje—. Hemos tardado un buen rato en encontrarte.

O bien Alejandro no había dormido o bien se había despertado antes de cantar el gallo. ¿Significaba eso que el rey seguía alerta y que Roxana le había mentido en el

sueño, o que decía la verdad y Alejandro había vuelto a sus borracheras nocturnas?

Tras la entrevista, Perdicas volvió a casa esforzándose por contener su indignación. Alejandro le había ordenado partir a Roma como embajador. No era la primera vez que desempeñaba esa función, pero Alejandro había añadido:

—Crátero te acompañará. Cuando llegue el momento de hablar ante el Senado, quiero que le cedas a él la palabra.

¡Crátero, Crátero, siempre Crátero! Con razón lo había mencionado Roxana en el sueño. Por lo visto, Crátero había llegado la noche anterior; y aunque no llevaba ni un día entero en Posidonia, ni tan siquiera lo mínimo para familiarizarse con la situación, Alejandro ya había recurrido a su general predilecto para humillar a Perdicas. No le encandilaba la idea de ir a Roma, pero si al menos hubiese viajado como jefe de la legación, los romanos y los propios macedonios habrían sabido que gozaba de la confianza del rey. Pero ¿enviarlo como si fuese un paje, un vulgar novato, con Crátero a su lado a modo de tutor? Si Alejandro creía que no era capaz de negociar él solo, ¿por qué no lo dejaba en Posidonia y lo ponía todo en manos de Crátero?

Perdicas le había hecho esa pregunta, aunque cuidando mucho de apretar las mandíbulas y contener el tono. Alejandro había aducido razones vagas y poco convincentes, como que quería conocer dos puntos de vista sobre los romanos, el de Crátero y el de Perdicas. Perdicas se mordió la lengua, y de paso observó a Alejandro con ojo crítico. Tenía las pupilas muy dilatadas, y se le notaba más que otras veces la diferencia de color entre ambos ojos; pero no olía a vino, sólo a aceite perfumado.

El caso era que Perdicas debía prepararse cuanto antes, pues la embajada iba a partir ese mismo día: Crátero ya estaba listo, así como los demás Compañeros que los escoltarían.

—Confío en ti —le dijo el rey, apretándole el brazo, y Perdicas sintió una súbita repugnancia, como si lo que tenía sobre la piel fueran las patas de una oruga y no los dedos de Alejandro.

Y un cuerno confías en mí, se dijo.

Ya en la casa de Timandra, mientras dos asistentes recogían las ropas y armas que él les había indicado, Perdicas fue a despedirse de Cleopatra. Le reconcomía la conciencia no haber pasado con su esposa esa última noche, pues era fácil que tardara en regresar quince o veinte días. Y, aunque los romanos habían jurado impunidad para los embajadores y les habían otorgado un salvoconducto, la misión no estaba exenta de peligros. Si las palabras de Alejandro les parecían demasiado altivas o humillantes, no era imposible que los romanos decidieran imitar el gesto de los espartanos cuando, más de ciento cincuenta años atrás, habían arrojado a un pozo a los enviados del rey persa que reclamaban tierra y agua en señal de sumisión.

Para colmo, cuando Cleopatra acudió a despedirse en el atrio, llegó enlazada del talle con Roxana. Al ver a la bactria con su esposa, Perdicas se encontró de repente

sucio y viscoso, aunque antes de presentarse ante Alejandro se había lavado y restregado a conciencia. La sensación de culpabilidad no se debía a la orgía nocturna, que no había sido más que un desahogo para su tensión y su furia, como salir de caza, luchar en la palestra o sudar jugando a la pelota con los amigos. Por supuesto, no se le habría ocurrido explicarle a Cleopatra los detalles de la fiesta, pero ella ya sabía, igual que todas las mujeres, cómo son los hombres. Al fin y al cabo, ella no podía esperar que se mantuviera casto en las largas separaciones motivadas por las campañas militares, y ahora, con el embarazo, la situación era parecida.

Una vocecilla le susurró al oído: *¿Y qué crees tú que hace ella durante esas separaciones?* ¿Te es fiel? *¿Le fue fiel a su marido mientras éste se encontraba en Italia?*

Maldita Roxana, volvió a repetirse Perdicas. Todos esos pensamientos, la duda, la culpa y el temor, eran por ella, y si se sentía sucio era por la manera en que la lengua y los dedos de la bactria habían recorrido su cuerpo. No era la primera vez que recibía un *khrematismó*s, un sueño en el que, a diferencia de los *óneiroi* habituales que precisaban de un intérprete para desentrañar sus símbolos, se le presentaba un dios o un familiar para aleccionarle de forma directa. A lo largo de su vida había tenido visiones de su padre, de Dioniso, de Heracles y del propio Alejandro, y casi siempre le habían dado consejos atinados. Pero esos visitantes se habían quedado de pie al lado de su cama, nunca habían entrado en ella, y menos para abrazarse a él de forma tan lasciva como aquella Lamia de pesadilla.

Roxana se acercó a Perdicas y, como cuñada suya, le besó en las mejillas. Al hacerlo exhaló su cálido aliento y le pasó la lengua por la oreja. La sensación fue idéntica a la del sueño. Un escalofrío le recorrió la espalda y tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarse como si le hubiera picado una cobra.

Si es que no le había picado de verdad.

—Os dejo despediros —dijo Roxana, y antes de volverse dirigió una última e intensa mirada a Perdicas. Por culpa del perfume de la bactria y de aquel fugaz lametazo, el general volvió a sentir una dolorosa presión bajo el faldar de cuero.

Al ver alejarse a Roxana con un ligero cimbreo, Perdicas pensó que, a su lado, Cleopatra era como la luna que palidece al hacerse de día. Pero ahora, al quedarse los dos solos, la luna volvía a asomar, y su sosegada belleza le recordaba a Perdicas cuánto amaba a su esposa.

—¿Por qué ese ceño? —le preguntó ella, tomándole de la mano. A Perdicas le vinieron mil razones a la cabeza, pero sólo le confesó una.

—Ha llegado Crátero.

—¿Es eso tan grave?

—Ahora me lo robará todo. Me convertiré en el segundo actor, si es que Alejandro no me pasa directamente al coro.

—Eres un exagerado. Mi hermano confía en ti y te necesita.

—No debe confiar tanto en mí cuando no es capaz de entregarme ni tan siquiera una embajada. ¿Por qué me humilla poniendo a Crátero delante de mí como si fuera mi tutor? ¡Que vaya él solo! No hace falta enviar a dos generales.

—Tal vez Alejandro no se fía de Crátero tanto como tú crees, y por eso te manda a su lado para que lo vigiles. —Cleopatra bajó la voz—. Imagínate que Crátero intenta llegar a un acuerdo por su cuenta con los romanos. ¿Quién sabe?

—Es un hombre ambicioso... —dijo Perdicas, a quien no se le había ocurrido aquel enfoque. Miró a los ojos a Cleopatra; podría estar inventando ese argumento para contentarle, pero parecía sincera.

—Quizá incluso más ambicioso que tú.

Perdicas meneó la cabeza. Se negaba a admitir que Crátero le superara incluso en eso.

—Da igual, Cleopatra. Cuando llegue el momento de la batalla, Alejandro cargará con el Ágema y yo tendré que seguirle con el resto de los Compañeros. Crátero tendrá prácticamente el control del resto del ejército y podrá actuar por su cuenta. Yo sólo cabalgaré el segundo.

—¿Sabes? Tengo un presentimiento. —Cleopatra le puso las manos en los brazos, por encima de los codos, y se acercó más a él. Tampoco mucho más; no habría sido decorosa mayor intimidad a la luz del día y delante de tanta gente—. Sé que, cuando llegue el momento, harás algo que celebrarán las crónicas y los poetas. Serás tú quien se lleve la gloria de la batalla, y yo me sentiré orgullosa de ti.

No hubo tiempo para mucho más. Cuando los niños se despidieron de él, Berenice estaba llorando desconsolada. Perdicas la cogió en brazos y le preguntó qué le pasaba.

—*Argo* no ha venido a despedirse de ti.

—No te preocupes.

—Es que no lo encuentro. Le llamo, pero no viene.

—Se habrá quedado dormido en el jardín. Es tan pequeño todavía que basta con que se ponga debajo de un matorral para que no se le vea.

—Pero yo quería que le dijeras adiós a *Argo*.

Aunque no era más que una bobada, el capricho de una niña de tres años, a Perdicas le encogió el corazón. *Basta de sensiblerías,* pensó, dejándola en el suelo. Pero entonces Neoptólemo se abrazó a él apretándole la cintura con fuerza, como nunca antes lo había hecho, y a Perdicas se le empañaron los ojos. Respiró hondo por la nariz, fingió que le escocían los ojos para poder frotárselos y le dijo al niño:

—Cuida bien de tus hermanas y de tu madre. Vuelves a ser el hombre de la casa, Neoptólemo.

—Sí, padre —respondió él. No era la primera vez que el muchacho le llamaba así,

pero sí fue la primera vez que Perdicas se lo creyó.

Neo se quedó mirando cómo los caballos que llevaban a Perdicas y a sus asistentes se perdían calle arriba, hacia la mansión de Alejandro. No sabía por qué estaba tan triste. O sí lo sabía, pero le daba rabia. Al principio, cuando su madre se casó con Perdicas, Neo le odió. Era un intruso en su familia y, desde que se había casado con Cleopatra, ésta no parecía tener ojos más que para él. Luego, cuando nació Berenice, Neo había perdonado un poco al general macedonio: en vez de un hijo que podría convertirse en futuro rival, había engendrado a una niña. Además Cadmia estaba tan encantada con la llegada del nuevo bebé que durante un tiempo había dejado de pegarse a Neo a todas horas.Y él mismo tenía que reconocer que le había cogido cariño a Berenice, aunque jamás se le habría ocurrido decir de ella que era «una ricura», como hacía Cadmia.

Con todo, Neo había seguido sintiendo celos de su padrastro. Era alto, mucho más de lo que él llegaría a ser de mayor, de eso estaba convencido; se notaba que no tenía miedo de nada ni de nadie, montaba a caballo como un centauro y era capaz de colgarse de un solo brazo a los tres niños a la vez. Seguro que a Perdicas no podía asustarle alguien tan malvado y ruin como Ego. Por eso Neo quería parecerse a él, pero sabía que jamás lo conseguiría.

El impulso que le había movido a abrazar tan fuerte a su padrastro le había sorprendido a él mismo. Seguramente era porque se había levantado de la cama con un mal presentimiento; Neo no recordaba su último sueño, pero estaba seguro de que alguien moría en él, y de que eso significaba que su familia iba a sufrir una pérdida terrible. Y aunque en el pasado había fantaseado con la idea de que Perdicas muriera en combate, lejos de su madre, ahora, visto el miedo que provocaba en él un mocoso de seis años como Ego, Neo se daba cuenta de que no estaba preparado para ser el hombre de la casa. Y quizá nunca lo estaría.

—Vete a jugar al jardín con tus hermanas —le dijo su madre.

Neo levantó la mirada. Su madre tenía los ojos llenos de lágrimas. Siempre le resultaba muy embarazoso verla llorar, así que la obedeció. Pero antes de salir del atrio, se dio la vuelta y vio que Cleopatra se reunía junto al estanque con Roxana y que ésta la abrazaba. Ego no estaba a la vista; Neo rezó para que se hubiera quedado en la mansión de Alejandro.

Ése si que se podía morir, pensó sin el menor remordimiento.

Al salir al jardín oyó los gritos de Cadmia, y enseguida los chillidos mucho más agudos de Berenice. Neo echó a correr y rodeó la casa, hasta llegar a un amplio plátano cuya sombra cubría desde la pared de la mansión hasta la tapia. Allí estaban las dos niñas; Cadmia tenía abrazada a Berenice, que había escondido la cara en el regazo de su hermana y lloraba con estremecedores hipidos.

Al acercarse al pie del árbol, Neo comprendió la razón. Era allí donde estaba

Argo, tendido en el suelo panza arriba. Alguien le había clavado las cuatro patas al césped con sendos clavos de cobre, le había rajado el cuerpo desde el cuello hasta la cola y había separado la piel a ambos lados dejando al descubierto las costillas y las vísceras. Neo se quedó mirando fijamente al cadáver, incapaz de apartar los ojos de él. Quería creer que la muerte del pobre cachorro había sido rápida.

A los gritos de las niñas acudió primero el aya, y no tardaron en llegar también su madre y Roxana. Cleopatra se puso pálida y tuvo que apartarse para vomitar tras unas flores. Mientras la criada la atendía, Roxana se acercó al cadáver y frunció el ceño.

—Esto es obra de magia negra —dijo, mirando a Neo—. Algún perverso enemigo alberga malos deseos contra los habitantes de esta casa. Por suerte, conozco rituales de purificación más poderosos que cualquier magia griega o bárbara. Venid conmigo: el fuego de Ahura Mazda nos protegerá a todos.

Mientras se apartaban del árbol, y Roxana daba órdenes para que arrancaran de allí el cadáver del cachorro y lo quemaran, Neo, incapaz de llorar como sus hermanas, se preguntó si la bactria sabía hasta qué punto era perverso aquel enemigo.

Informe del agente Sinón para Heracles-Melqart

«En el anterior despacho se detallaban pormenores relativos a la organización de las tropas deAlejandro, la llegada de refuerzos de caballería pesada de Partia y de Bactria y el estado de ánimo y salud del propio rey. Se informa ahora de la reacción de Alejandro al conocer el revés sufrido por sus tropas en el promontorio conocido como Monte Circeo.

»En una reunión con sus generales, aunque se le ha sugerido que, teniendo en cuenta los desastrosos resultados de enfrentarse a los legionarios con unidades de sarisas, conviene adaptar parte del armamento de la infantería al de los romanos, Alejandro ha contestado con una negativa rotunda. Este empecinamiento ha provocado desánimo y pérdida de confianza entre sus propios generales.

»No es la primera vez que el rey hace oídos sordos a los consejos de su junta de jefes. En la víspera de Gaugamela, en vista de que los enemigos lo superaban grandemente en número, muchos de sus hombres de confianza le aconsejaron rehuir el combate o, al menos, lanzar un ataque sorpresa por la noche. En aquella ocasión Alejandro se negó a escucharlos, obedeció tan sólo a su propio consejo y venció. La diferencia ahora es que Alejandro ha perdido reflejos por las razones de salud ya explicadas y que, por otra parte, está demasiado confiado y ensoberbecido por sus éxitos anteriores.

»Por tanto, la formación de las tropas de Alejandro para la batalla será la de siempre, con las variaciones lógicas que pueda imponer el terreno en el despliegue de algunas unidades:

»En el flanco izquierdo situará aquellos escuadrones de caballería en las que confía menos: los tracios, los aliados griegos y probablemente los bárbaros asiáticos. A continuación, apostará unidades de infantería ligera y arqueros.

»En el centro, formando el núcleo de su ejército, estarán los seis batallones de sarisas, seguramente al mando de Crátero. Por detrás de ellos, como en otras ocasiones, reservará a los hoplitas griegos aliados y mercenarios para recurrir a ellos en los momentos y lugares del campo de batalla que juzgue oportunos. Es probable que también mantenga en la retaguardia a los catafractos persas.

»A la derecha de la infantería de sarisas, Alejandro desplegará a sus dos mil hipaspistas, que con su armamento más ligero pueden maniobrar con más velocidad y evitar que se abra demasiado hueco entre el centro del ejército y la caballería del ala derecha.

»El rey se situará él mismo en el extremo derecho de la formación, junto con la caballería de los Compañeros y los jinetes tesalios. Seguramente los reforzará con arqueros cretenses y con los aguerridos agrianos, que son sus unidades de infantería ligera preferidas.

»La táctica será la habitual en Alejandro. En el centro, Crátero ofrecerá al enemigo un frente muy fuerte y denso, casi impenetrable. Estas unidades de sarisas avanzarán de forma oblicua, con paso lento pero inexorable, para fijar en el terreno el centro y el flanco izquierdo del enemigo. Mientras, el propio Alejandro, confiado en la superioridad de sus jinetes, intentará alguna maniobra de flanqueo o penetración con la caballería de su ala derecha. En cuanto a su ala izquierda, la dejará algo retrasada y la sacrificará, confiando en que resista los embates del ala derecha romana el tiempo suficiente para lanzar él mismo un golpe devastador que alcance el corazón del enemigo y obtener así una victoria rápida. Hasta ahora, en las batallas en campo abierto, esta táctica siempre le ha funcionado.

»Existe otro factor del que no se informó en el despacho anterior y que puede afectar a la moral del rey, y por ende a la de su ejército. Un astrólogo griego, que dice recurrir a infalibles métodos geométricos basados en los conocimientos de Platón, Eudoxo y Aristóteles, ha confeccionado una especie de horóscopo que augura una gran catástrofe causada por el cometa Ícaro. Hemos podido observar los esquemas y diagramas de ese astrólogo, un ateniense llamado Euctemón, y podrían resultar convincentes si no fuese un hecho palmario y de todos conocido que las cosas del cielo no pueden mezclarse con las terrestres. Como fuere, las predicciones del ateniense han afectado a Alejandro aún más que los típicos oráculos de los caldeos, tal vez porque están recubiertas por una pátina de geometría y aritmética que las hace

más respetables.

»Queda en manos del receptor de este despacho informar o no a los romanos para que tomen las medidas pertinentes.»

Informe de Eshmunazar para Hanón, miembro del Consejo de Cartago

«(...) Te adjunto también el despacho del agente griego Sinón. La situación en el momento en que te remito esta carta, 28 de sextil según el calendario romano, es la siguiente:

»Pese a su reticencia inicial, el dictador Papirio, aconsejado por los cónsules y por su lugarteniente, al que ellos llaman "maestre de la caballería", ha aceptado finalmente los mil jinetes númidas que le ofrecí en nombre de nuestra ciudad. Los mil legionarios romanos prometidos a cambio arribarán a Cartago con la misma flotilla que debe hacerte llegar este mensaje.

»En mi opinión, querido Hanón, aunque esta situación presenta amenazas y riesgos para Cartago, también ofrece esperanzas y es posible que acabe resultando ventajosa para nuestros intereses. Es evidente que Alejandro tiene la intención de librar una batalla campal en la que va a arriesgar el grueso de sus fuerzas. Al obrar de ese modo, sigue una antigua tradición griega. Las ciudades de la Hélade llevan siglos resolviendo sus conflictos mediante combates frontales y decisivos. Mediante ellos intentan derrotar al rival de forma contundente y en un solo día, debilitándolo tanto que no tenga más remedio que capitular y ceder en el litigio que haya provocado la guerra. La razón es que esas ciudades, más pequeñas y pobres que Cartago, no pueden permitirse movilizar a sus hombres mucho tiempo. Sus milicias están formadas sobre todo por campesinos que no pueden embarcarse en campañas prolongadas, pues eso significa abandonar las tareas agrícolas durante meses y las consecuencias son la escasez y la hambruna. Por eso los griegos buscan decidir sus conflictos en una sola batalla, si es posible, y no recurrir a largas guerras de desgaste.

»En teoría, Alejandro, que dispone de un ejército profesional, no tiene por qué obrar así. Pero tanto los macedonios como los griegos llevan en la sangre la táctica de la guerra de hoplitas, y todo lo que no sea vencer al enemigo en una batalla campal les parece una forma sucia y poco gloriosa de hacer la guerra. No hay mayor honor para ellos que erigir un trofeo de piedras en el lugar donde el rival se da la vuelta para huir en desbandada, ni mayor vergüenza que solicitar permiso al vencedor para recoger los muertos del campo.

»En cuanto a Roma, aunque es más grande que cualquier polis griega, no tiene

soldados profesionales. El dictador ha decretado la movilización de ocho legiones con su dotación completa, lo que supone más de cuarenta mil hombres en pie de guerra. Una vez alistadas y acantonadas las legiones, como se encuentran ahora mismo, deben actuar cuanto antes, ya que todos esos soldados se convierten en bocas ociosas que hay que alimentar mientras dure la campaña, y Roma, donde aún se usan monedas de bronce, no dispone de los enormes recursos financieros de Alejandro.

»Esto hace prever que ninguno de los dos bandos va a rehusar una batalla en campo abierto. Alejandro cuenta a su favor con su fama y con la reputación de un ejército que ha vencido en multitud de escenarios. Los romanos, por su parte, disponen de superioridad numérica en una proporción que es casi de dos a uno, aunque en caballería (y pese a los refuerzos númidas) sigan siendo inferiores a los macedonios.

»Es sabido que Alejandro ha derrotado en muchas ocasiones a enemigos que lo superaban en número. Pero las legiones romanas poseen una disciplina que las distingue de otras milicias ciudadanas; además, no combaten por conquistar tierras ajenas, sino para defender su propio país, lo cual, como es bien sabido, siempre supone una ventaja.

»Hay otro factor que favorece a Roma. He conocido al tribuno Gayo Julio César. Es un noble tan petulante y pagado de su linaje como todos los romanos, que creen descender de dioses cuando en realidad no son más que los vástagos afortunados de una pandilla de cuatreros que bajaban de las montañas para robar ganado. Pero Gayo Julio conoce la cultura griega y, aunque no deja de ser romano hasta la médula, posee una mente más perspicaz y flexible de lo habitual en este pueblo.

»Pues bien, este mismo Gayo Julio, que está desesperado por medrar en el Senado, ha obtenido hace medio mes una victoria sobre tropas de Alejandro, seiscientos o setecientos soldados de infantería a los que aplastó. En términos numéricos, el combate fue poco más que una escaramuza, y sin embargo ha tenido una gran repercusión en la moral de los romanos. El aura cristalina de caudillo invencible que rodeaba a Alejandro se ha hecho añicos. Aunque algunos como el propio Gayo Julio recomiendan prudencia, los ánimos en la ciudad están exaltados. En el Campo de Marte, en el Foro y prácticamente en cualquier calle de la ciudad se organizan corrillos en los que los más audaces o enterados hacen conjeturas sobre la campaña inminente. Los optimistas piensan que si, con poco más de cuatrocientos legionarios, Gayo Julio ha derrotado a setecientos macedonios, ¿qué no podrá conseguir el dictador con ocho legiones propias y otras tantas de aliados?

»Muchos dan ya por descontada la derrota de Alejandro y aseguran que el rey macedonio va a encontrar un triste fin en Italia, como ya le ocurriera a su pariente Alejandro de Epiro. Dejándose llevar por el entusiasmo, hay quienes van más lejos y dicen que, ya que el imperio de Alejandro va a quedar sin dueño, ¿por qué no

apoderarse de él? Pues en los últimos tiempos a los romanos se les está despertando la codicia de los tesoros ajenos y la ambición de conquistar nuevas tierras. Algunos incluso se dedican a dibujar en la arena supuestos mapas de los dominios de Alejandro. La triste verdad es que estos campesinos fantasiosos ignoran la inmensidad del mundo que se extiende fuera de Italia.

»Si Roma cae en la batalla, su poder quedará muy reducido, lo que a la larga será beneficioso para nuestra ciudad; pues, aunque Roma sea hoy por hoy aliada de Cartago, no creo que nuestros intereses tarden en chocar. En cuanto a Alejandro, de conseguir esa hipotética victoria, no obtendrá grandes frutos, ya que Roma no es como otros pueblos con los que se ha enfrentado. Aunque los derrote, los romanos son tan rígidos y orgullosos que se negarán a capitular o abrirle las puertas de la ciudad.

»Si se da la otra posibilidad, que Alejandro resulte derrotado, lo más probable es que no salga vivo de Italia, con lo que Macedonia dejará de ser una amenaza para los intereses de Cartago en Sicilia.

»Por si acaso, nuestra ciudad debería seguir reforzando sus defensas. Gracias a la información brindada por Gayo Julio, he sabido que Alejandro está construyendo en los astilleros de Siracusa navíos gigantescos armados con máquinas de guerra y con capacidad para transportar a miles de hombres. Aunque Cartago no tiene rivales en el Mar Interior, ha de prepararse para cualquier contingencia, incluyendo un ataque naval. De momento, hemos de confiar nuestra suerte a los estandartes romanos.

»Hablando de estandartes: hasta ahora, sus legiones han formado bajo insignias que representan a diversos animales, como el lobo, el oso, el jabalí e incluso un minotauro. Una de dichas enseñas, la del oso, fue humillada en las Horcas Caudinas, por lo que consideran que sería un mal augurio llevarla de nuevo a la guerra. En cambio, el primer triunfo sobre los macedonios lo ha conseguido el estandarte de la Segunda Legión, un águila. Además, los augures afirman que, el mismo día en que se libró la batalla en el Circeo, avistaron ocho águilas que sobrevolaban en círculos el Capitolio. Al ser precisamente ocho las legiones romanas reclutadas para esta campaña, se ha juzgado que es una clara señal de los cielos. Por ello, el dictador ha ordenado que se funda un águila de oro como estandarte para cada una de las legiones. Así que, modificando mi frase anterior, querido Hanón, diré ahora que debemos confiar nuestra suerte a las águilas de Roma.»

PADRES Y CONSCRIPTOS

29 de sextil en el calendario romano,
25 de gorpieo en el macedonio

El dictador convocó al Senado a finales de mes. Todo el mundo sabía que en la reunión se trataría la guerra contra Alejandro, pues Papirio había ordenado que la reunión se celebrara fuera del recinto sagrado del pomerio, en el monte Capitolio. Mas, en vez de elegir el templo de Júpiter Óptimo Máximo, donde los nuevos magistrados tomaban posesión de sus cargos al empezar el año, el dictador había decidido utilizar por primera vez el santuario de Juno Moneta, en la parte norte del monte. Aunque Gayo Julio era muy pequeño cuando levantaron el templo, aún recordaba que durante su construcción cayeron del cielo piedras de fuego que atravesaron el tejado de una casa en la Subura y mataron a un bebé en su cuna. En la ciudad cundió el pánico, como era natural, pero los augures declararon que se trataba de un presagio positivo: Júpiter estaba satisfecho de que los romanos hubieran decidido honrar a su esposa con un templo propio.

Gayo recordaba un comentario malvado de su padre: ¿cómo no iba a estar contento Júpiter si habían sacado a su mujer de su templo para poner entre ambos el *Asylum*, la vaguada que partía en dos el Capitolio? Cornelia, tan enamorada de su marido que era incapaz de despegarse de él, se había tomado mal aquella broma. Pero en cualquier caso no era cierto. Los romanos, como las matronas ahorradoras, nunca tiraban nada, y si bien habían esculpido una estatua nueva de Juno, la antigua efigie de terracota se había quedado junto a la de su marido para vigilarlo de cerca.

Gayo se levantó antes de que amaneciera y tomó un frugal desayuno mientras su barbero le afeitaba las mejillas y el mentón. Después se bañó, se puso una túnica limpia y sobre ésta la toga, un manto semicircular de lana de un blanco inmaculado. Antes de salir de casa pasó a ver a Lila. La niña dormía en su cama con gesto plácido. A pesar de que habían vuelto a rasurarle la cabeza para evitar una infección, y de las cicatrices de la sien, a Gayo le pareció más guapa que nunca. Le dio un beso con cuidado de no despertarla y salió de la alcoba. Mientras atravesaba el atrio, pensó en subir a la habitación de su esposa para interesarse por su salud, pero se dijo que Valeria era capaz de vomitarle en la toga recién puesta y decidió dejarlo para otro momento.

—¿Vas a salir solo, señor? —le preguntó el esclavo de la puerta.

—Sí, Atilio.

—Puedo avisar ahora mismo a Lucio y Esteno.

—No pasa nada. Las cosas están tranquilas en la ciudad. Algo bueno se puede decir de nuestro amigo Papirio: cuando él está al mando, los únicos porrazos en Roma los pega él. El día había amanecido nublado. Estaba siendo un verano muy raro: tan pronto sufrían una canícula tan insoportable que hasta las lagartijas se escondían bajo las piedras, como de repente se encapotaba el cielo y caía un aguacero. Hoy el aire era fresco, al menos de momento. Gayo lo agradeció, pues aunque la toga que usaba en verano era de lana fina, al cabo de un rato acababa agobiándolo.

Bajó por el Argileto, dejó a la izquierda la Curia Hostilia, donde se reunía normalmente el Senado, y entró en el Foro. Pese a que era temprano, ya estaba muy concurrido. Aparte de los comerciantes y compradores habituales, había muchos ociosos esperando a conocer el resultado de las deliberaciones del Senado. Era comprensible. Todos ellos tenían hijos, nietos o hermanos alistados en las legiones que debían afrontar la amenaza de Alejandro.

Había más togados como él que dirigían sus pasos hacia el Capitolio, la mayoría en grupos o escoltados por clientes o esclavos, y la gente se apartaba a su paso. En cambio, cuando vieron a Gayo Julio se acercaron, le formaron un pasillo a ambos lados y le aplaudieron. Algunos le palmearon la espalda entre gritos de *«Caisar uictor!»*, y una joven frutera tuvo el descaro de plantarse ante él, darle un rápido beso en los labios y salir corriendo. En ese momento la multitud prorrumpió en silbidos, y Gayo sonrió y levantó la mano para saludar.

Al llegar a la empinada escalera que subía hacia la ciudadela de la Arx, se encontró con Torcuato Imperioso, que iba acompañado por otros senadores casi tan viejos como él. Cuando Gayo pasó a su lado, el anciano levantó la barbilla hacia él y arrugó la boca, utilizando la nariz a modo de mira para fijar mejor en él la poca vista que le quedaba.

—Oh, oh. ¿Éste que ven mis ojos no es el joven Gayo Julio?

—Así es, honorable Torcuato —respondió Gayo, que había albergado la esperanza de pasar de largo.

—Tu abuelo y yo fuimos muy buenos amigos —le dijo el anciano, agarrándole por el codo con unos dedos que aún conservaban buena parte de su fuerza—. ¿Te lo he comentado alguna vez? Anda, sube este trecho conmigo.

—Será un placer para mí.

—Dime, ¿qué tal tu hermana?

—Bien. Los dioses nos han sido propicios. —Gayo Julio no añadió que Lila se estaba reponiendo gracias a los cuidados de Néstor. A Imperioso no le caían bien los extranjeros. En realidad no le caía bien casi nadie. El propio Gayo, por alguna razón

que no alcanzaba a comprender, era una de las excepciones, y ni siquiera eso le salvaba de las reprimendas del viejo.

De todos modos, Imperioso podía permitirse regañar a quien quisiera. A sus ochenta años, llevaba diez siendo el *princeps senatus*. Aunque se trataba de un puesto honorífico, ya que las reuniones las presidían los cónsules o el dictador, el príncipe del Senado poseía gran prestigio y autoridad entre los demás. Y en el caso de Tito Manlio Torcuato Imperioso, su dignidad se veía acrecentada por la reputación de dureza que hacía que lo conocieran como «el viejo terrible».

La historia de Torcuato Imperioso y su hijo había llegado a ser proverbial, como una fábula que se contaba para ilustrar el carácter romano. Cuando Gayo tenía cinco años, los romanos se habían enfrentado contra sus aliados latinos, que pretendían conseguir los mismos derechos de ciudadanía que ellos. Ambos bandos formaron con sus legiones a los pies del Vesubio. Los cónsules, Imperioso y Decio, ordenaron disciplina total en las filas: nadie debía acercarse al campamento enemigo, ni para confraternizar con los latinos ni para batirse con ellos en duelos personales, so pena de muerte.

El hijo de Imperioso iba al mando de un escuadrón de caballería que exploraba las laderas del monte. Allí se topó con una partida de latinos, y uno de ellos lo desafió con afrentas contra Roma y contra su propio padre. Tito Manlio lo retó a duelo singular, lo descabalgó del caballo y lo ensartó con su lanza entre los vítores de sus compañeros. Pero cuando Manlio presentó a su padre las armas del enemigo vencido, Imperioso hizo que lo ataran a un poste. Después, delante de todo el ejército, un lictor lo degolló con un hacha por desobedecer las órdenes y degradar con ello la disciplina. La justicia implacable de Imperioso provocó aún más horror entre todos porque Tito era su único hijo.

Ahora, encorvado, surcado de arrugas y con sólo unas guedejas blancas en las sienes, podía parecer un abuelo inofensivo. Pero su mirada seguía siendo de hierro, y en el Senado había pocos más estrictos que él en la defensa de la *mos maiorum*, el código de conducta ancestral de los romanos. Si por él fuera, todos los senadores seguirían llevando la toga a cuerpo, como en los viejos tiempos.

—¿Es que aún no te sale la barba? —le dijo ahora a Gayo—. Pensé que ya tenías edad para estar en el Senado.

—Barba sí me sale, honorable Manlio. Lo que pasa es que me la afeito.

—¡Qué manía tenéis los jóvenes de hoy con las modas extranjeras! —Imperioso se acarició su propia barba, larga, blanca y algo enmarañada, porque no era muy amigo de la higiene—. Antes para un romano su barba era sagrada.

—Sí, ya sé lo que le pasó a Papirio —respondió Gayo.

Fue inútil. Imperioso se había empeñado en contarle otra vez la historia de Papirio, el bisabuelo del dictador, y se la contó. Cuando los celtas tomaron la urbe,

sesenta años antes, los senadores más viejos se quedaron reunidos a esperar a los invasores mientras los jóvenes trataban de hacerse fuertes en el Capitolio. Un grupo de bárbaros que estaba saqueando el Foro entró en la Curia; al ver a aquellos ancianos venerables sentados en sus escaños sin moverse ni pestañear, se quedaron estupefactos, pensando que estaban ante unas estatuas de tan maravilloso parecido con la realidad que sólo les faltaba moverse. Un celta gigantesco decidió divertirse a costa de los senadores y eligió al que tenía la barba más larga, Papirio, para darle un fuerte tirón. El anciano, que tenía las mismas malas pulgas que luego heredaría su bisnieto, le atizó un bastonazo al celta y le abrió una brecha en la ceja. El bárbaro tiró de espada y degolló a Papirio en el sitio, y aquella fue la señal para desencadenar una feroz escabechina en la Curia, donde murieron casi cien senadores.

—Así que los romanos de entonces no se dejaban tocar las barbas por nadie, aunque les costara la vida.

—Cierto, honorable Manlio —respondió Gayo Julio, observando con cierto desespero que aún no habían llegado al final de la escalera. El viejo tenía la irritante costumbre de detenerse, como si fuese incapaz de hablar y caminar a la vez—. Pero hay otras formas de verlo. Entre los macedonios es costumbre no llevar barba no por refinamiento, sino para evitar que el enemigo pueda agarrarles de ella.

—¡Bah, esas costumbres griegas! Cuando ese afeminado se enfrente con nosotros, ya veremos si pueden más los que tienen barba o los que no. —El viejo le dio un codazo en las costillas que pretendía ser de complicidad—. Ya me han dicho que les diste una buena lección a esos sodomitas. Tú llegarás lejos, muchacho. Eso sí, déjate crecer la barba primero.

Por fin llegaron ante el templo de Juno Moneta. A su derecha se levantaba una cabaña con techo de paja, el auguráculo donde se alojaban los adivinos que escrutaban los cielos. De pie en la puerta, apoyado en su bastón, estaba el *fulgurator*. Era un anciano etrusco al que habían hecho venir de Vulci porque, aparte de interpretar la voluntad de los dioses observando los rayos que caían del cielo, también era ducho en astronomía. Ocho días antes habían vuelto a llover piedras de fuego, esta vez sobre Veyes, y una de ellas había destrozado el templo de Cels, la diosa de la tierra. Algunos sabios opinaban que esas piedras eran fragmentos de Tinia, el gran cometa.

Gayo Julio volvió la mirada hacia el este. Allí se vislumbraba la cabeza del cometa, levantándose de nuevo sobre el horizonte tras siete días perdido en el inframundo (según la mayoría de los romanos), u orbitando debajo del hemisferio austral (según los versados en la ciencia griega). Cuando apareció Tinia, muchos creían que traería el fin del mundo; ahora había quienes seguían pensándolo, pero la mayoría de la gente se había acostumbrado a vivir con él.

—Hoy hay poco que observar en el cielo, ¿eh, anciano? —preguntó Imperioso

con una sonrisa malévola. Los etruscos le caían tan mal como los griegos, los samnitas, los celtas y los garamantas, aunque a éstos sólo los conocía de oídas.

—El cielo está nublado hoy —respondió el *fulgurato*r con su fuerte acento—. Pero no lo estuvo anoche y mis ojos —añadió señalándoselos— vieron cosas muy interesantes.

Imperioso se detuvo y se apoyó en su bastón. Algunos senadores que estaban a punto de entrar en el templo se hicieron los remolones por si caía alguna migaja de conversación.

—¿Ah, sí? Cuéntame qué viste.

—Sólo se lo puedo decir a los magistrados que tienen los auspicios, *anciano* —contestó el etrusco con sorna.

—¡Anda y que te zurzan, cabeza de aceituna! —le respondió Imperioso con el insulto que solía utilizar para los etruscos.

Gayo aprovechó la discusión para librarse del *princeps senatus*. Subió los escalones del zócalo y pasó al interior del templo. Como era la primera vez que el Senado se reunía en el templo de Juno Moneta, los senadores no tenían claro dónde sentarse y había cierto revuelo de togas blancas arriba y abajo. En el centro de la cella se habían colocado cuatro bancos muy largos, dejando entre ellos un espacio de unos cinco pasos para los embajadores y los oradores. Allí se acomodaron, después de algunos malentendidos y empujones más o menos disimulados, los senadores que desempeñaban o habían desempeñado cargos importantes: consulares, pretorianos, edilicios, pontífices. Los dos cónsules del año, Bárbula y Bubulco, se sentaban allí mezclados con los demás, pues al quedar supeditados al dictador ya no tenían derecho a un sitio especial. Lo mismo le pasaba a Escipión, que había llegado antes que Gayo y se volvió para saludarle con la mano. A su izquierda estaba el censor Junio Bruto, promotor de la calzada y el acueducto que llevaban su nombre, un tipo menudo e inquieto que no hacía más que tironearse el cuello de la túnica como si le apretara, cosa difícil en alguien tan flaco. Entre los consulares, la casta poderosa y altiva a la que Gayo soñaba con pertenecer algún día, reconoció a Furio Camilo, Plaucio Próculo, Folio Flacinator y Cornelio Escápula. También estaba allí Fabio Máximo, enemigo personal de Papirio y, en opinión de Gayo, el mejor general de Roma.

Los senadores sentados en los bancos eran los únicos con derecho a llevar una media luna de marfil en los zapatos y franjas púrpura en sus togas. Gayo se dijo que, cuando él se ganara esas franjas, no usaría la púrpura barata y chillona extraída de la raíz de la rubia, sino la del múrice fenicio, como Eshmunazar. Aunque le costara su peso en plata, la tonalidad oscura y elegante que iba a conseguir sería la admiración y la envidia de todo el Senado.

Gayo se hizo un hueco entre los *pedarii*, novatos o advenedizos como él que no

tenían derecho a tomar la palabra a no ser que otros senadores más autorizados se lo pidieran. En la Curia Hostilia les tocaba trepar por las gradas hasta llegar a lo más alto, como gallinas en un palo, pero al menos podían sentarse. Aquí, en el templo de Juno, estaban de pie pegados a las paredes, apretujados hombro con hombro y torciendo el cuello si alguna columna les impedía ver al orador del momento.

Una vez acomodado, se dedicó a mirar a ambos lados, pues era la primera vez que entraba a aquel templo, más pequeño que el de Júpiter, pero también más vistoso. La estatua de la diosa era de mármol y no de terracota, aunque en lugar de recurrir a un escultor griego de gustos modernos la habían esculpido a la moda arcaica, con los ojos rasgados y una sonrisa entre maliciosa y bobalicona. Bajo su altar, en los sótanos, se guardaban los rollos de lino con los registros oficiales; entre ellos, las listas de magistrados donde hacía más de cien años que no había vuelto a aparecer ningún nombre de la *gens* Julia.

Pero eso estaba a punto de cambiar. Contra Alejandro, Roma iba a poner en el campo de batalla ocho legiones. Papirio se reservaba el mando supremo de todo el ejército. La Primera y la Segunda les correspondían a los dos cónsules. Escipión tenía derecho a otra legión más, aunque probablemente se quedaría con ella en el Campo de Marte para proteger la ciudad. Quedaban, pues, cinco legiones libres. Aunque Papirio no había revelado sus intenciones, casi todo el mundo opinaba que lo más lógico era nombrar tribunos con poderes consulares para que las mandasen.

Había muchos tribunos con más campañas de experiencia que Gayo, y por supuesto ex cónsules prestigiosos como Fabio Máximo. En eso los dados caían en su contra. Por otra parte, él era el vencedor del Monte Circeo. Jugada de Venus a su favor.

—¡Padres y conscriptos! —anunció la voz hueca del jefe de lictores—. ¡Lucio Papirio Cursor, dictador de Roma!

Gayo Julio resopló. Ahora los dados cantaban «Perro», la peor tirada de todas. Para su desgracia, de Papirio dependía que le otorgaran el mando de una legión. Tendría que jugar con astucia para vencer la antipatía y los celos del dictador.

Papirio entró en el templo flanqueado por sus veinticuatro lictores. Tras pasar saludando entre los bancos de los senadores, se acomodó al fondo en su silla curul, protegido por la estatua de Juno. Bajo el estrado dispuesto para el dictador se sentó su *magister equitum*, que tenía rango de pretor. Para aquel cargo extraordinario, Papirio había escogido a su amigo Espurio Postumio. Aquello había provocado la indignación de muchos, pues por culpa de ese hombre una legión entera había tenido que pasar sin armas bajo el yugo de los samnitas en el angosto valle conocido como las Horcas Caudinas. En opinión de Gayo, la única salida honorable para Postumio habría sido arrojarse sobre la punta de su espada. Y, sin embargo, allí estaba ahora, convertido en lugarteniente del dictador y observando a todos los senadores con su

cara de dispepsia. Tras realizar los auspicios pertinentes, la sesión empezó.

—Que pasen los embajadores extranjeros —ordenó Papirio.

El jefe de lictores golpeó con las fasces en las baldosas del suelo. Seis hombres vestidos con corazas de lino y faldares de cuero entraron en el templo. Cuatro de ellos se quedaron junto a las puertas, y los otros dos caminaron con paso decidido entre las filas de los senadores hasta detenerse a pocos pasos del asiento del dictador. Gayo se fijó en ellos con atención. Uno de ellos, el más alto, tenía el rostro afeitado y el pelo de color platino, aunque por su prestancia y su paso flexible no debía superar en mucho los cuarenta años. Según las descripciones, no podía ser otro que Perdicas, jefe de la afamada caballería de los Compañeros.

El otro hombre era más bajo y cuadrado y llevaba una espesa barba negra. Aquél debía de ser Crátero, el mejor general de Alejandro.

—Hablad, macedonios —dijo Papirio.

Crátero tomó la palabra. Aunque no tenía una estampa tan apuesta y noble como Perdicas, se veía a las claras que era un hombre acostumbrado a mandar. Ni Papirio ni sus veinticuatro lictores ni su silla curul le impresionaban en lo más mínimo. Sin duda, pensó Gayo con envidia, sus pies habían hollado suelos mucho más lujosos que los del templo de Juno Moneta.

—*Gratias uobis ago, patres et conscriptoi* —empezó en latín, confundiendo el vocativo. Después prosiguió en griego, haciendo una pausa tras cada frase para que el intérprete tradujera sus palabras—. Debo pediros disculpas porque no soy un fino orador ateniense, sino sólo un veterano general macedonio que a fuerza de campañas tiene cada vez más cicatrices en el cuerpo y menos dientes en la boca, así que trataré de ser breve y claro.

Los senadores saludaron este comentario con risas corteses. Gayo pensó que Crátero quería captar la benevolencia de aquel consejo plagado de antiguos generales presentándose como un colega en las artes de la guerra. Pero estaba equivocado: Crátero cumplió su promesa y fue al grano.

—Vengo a vosotros para traeros las palabras de Alejandro, senadores.

Bien por él, pensó Gayo. Crátero no había utilizado la palabra «rey», que hacía rechinar los dientes a los romanos como un clavo rayando una pizarra.

–Vuestros enviados le han dicho que se mantenga alejado de la región a la que llamáis Campania. No es una petición amistosa, y tampoco razonable, y os voy a explicar por qué, senadores de Roma. Nosotros, los griegos, llevamos más tiempo que vosotros asentados en esas tierras.

—¡Vosotros no sois griegos! ¡Sois macedonios! —le espetó Imperioso, levantándose del banco y señalándole con el dedo. Crátero le miró extrañado por la interrupción, pero Papirio le explicó:

—Es Tito Manlio Torcuato, príncipe del Senado. Tiene derecho a tomar la palabra

cuando quiera.

Cuando escuchó la traducción de ambas intervenciones, Crátero saludó al anciano inclinando la barbilla.

—Es un honor, príncipe del Senado. He oído hablar de ti y sé que no hay nadie más inexorable cumpliendo la ley de Roma que tú.

—¡Puedes jurarlo! —respondió Imperioso, agitando el báculo en el aire. Un día, hablando de él, Gayo le había comentado a Escipión: «¿No crees que las Furias se le deben aparecer en sueños para atormentarle por haber matado a su propio hijo?», a lo que su cuñado respondió: «Si yo fuera una de las Furias no me acercaría a Imperioso ni borracho. Es capaz de partirles la cabeza con el bastón».

—Es una prerrogativa justa, príncipe del Senado —dijo Crátero—. Pero, como no hablo tu idioma, te pido que me dejes terminar mi discurso antes de ponerle pegas.

—Es una petición razonable —dijo Papirio—. ¿Estás de acuerdo, Manlio Torcuato?

—Me aguantaré —dijo el viejo—. Aunque ya es bastante malo que tengamos que recibir a los lacayos de un rey extranjero.

Si a Crátero le tradujeron el comentario, no dio muestras de ofenderse.

—Nosotros los macedonios somos griegos —prosiguió—, participamos en los Juegos Olímpicos como los demás griegos y adoramos a los dioses que moran en el Olimpo. Que, por cierto, está en Macedonia. Os recuerdo además que Alejandro es el jefe de la Liga de Corinto que une a todos los griegos de allende el mar, y también de la Liga Helénica que confedera a los del sur de Italia. Por tanto, queda claro que al hablar en nombre de Alejandro también hablamos en nombre de los griegos.

—Así sea, si así lo queréis —dijo el dictador—. Continúa.

—Los griegos llevamos muchos años asentados en Italia, más que la propia Roma. —Esa frase despertó murmullos de protesta, pero Papirio rugió «¡Silencio!» y todos se callaron—. Vuestra noble ciudad tiene cuatrocientos treinta y siete años de existencia. Pero antes de que Rómulo y su hermano la fundaran, los griegos ya habíamos fundado Pitecusa en la bahía de Cráter. Y cuando Roma era poco más que una aldea, también fundamos Cumas y Regio, y poco después Síbaris, y Siracusa, Naxos y Tarento, y tantas otras ciudades en Italia que no os recitaré los nombres por no aburriros. Es evidente que Campania, que ahora es el motivo de este litigio, lleva siendo parte de la gran patria griega desde mucho antes de que vosotros os librarais del yugo etrusco.

Se oyeron más reproches. A los romanos no les hacía ninguna gracia que les recordaran que los etruscos los habían gobernado en el pasado. Crátero no podía ser tan torpe, se dijo Gayo: estaba provocando la ira de los senadores a propósito.

—Todas esas ciudades que he mencionado y muchas más han llamado a Alejandro porque se sienten amenazadas por los pueblos bárbaros de las montañas. Y

Alejandro, cumpliendo con su deber, ha acudido a ayudarlas.

Perdicas seguía en silencio. Pese a que lo disimulaba, le había impresionado la entrada a aquel templo pequeño y oscuro. Entre los romanos que estaban de pie junto a las columnas se veían hombres jóvenes y de mejillas afeitadas, pero en los bancos de la primera fila eran mayoría los senadores de luengas barbas, y muchos de ellos debían haber cumplido ya los sesenta e incluso los setenta años. Al pasar junto a ellos, el fino olfato de Perdicas había arrugado la nariz al percibir el olor a mantos de lana sudados. Pero también había captado otra cosa. Había allí una voluntad de hierro que no era la de un solo rey, como Darío, sino la de muchas mentes unidas contra ellos con implacable y fiera determinación. Los ojos de aquellos viejos terribles no los miraban con temor, por más que fueran los enviados del gran Alejandro, sino con hostilidad.

Ahora, al escuchar la traducción de la palabra *bárbaros*, que en latín sonaba casi igual que en griego, Perdicas observó cómo los senadores rebullían en sus asientos. El dictador, un toro de rostro sanguíneo que apenas cabía en su sitial, se levantó, bajó del estrado y se acercó hacia ellos arremangándose los bajos del manto en un gesto muy poco majestuoso. Su enorme dedazo apuntó hacia el pecho de Crátero. Perdicas se apartó un paso, incómodo por la cercanía de aquel tipo tan grande; pero Crátero no se inmutó, ni siquiera cuando el dictador le salpicó de saliva al gritar.

—Traduce —le ordenó Crátero al intérprete, sin apartar la mirada de Papirio.

—Señor, el dictador ha dicho que no deberías utilizar...

—Sé literal.

—Ha dicho: «¿Tú nos estás llamando bárbaros a nosotros? ¿A los romanos? ¿Un macedonio que por mucho que se lave aún huele a queso de oveja?».

Crátero sonrió, divertido. A Perdicas, a su pesar, le sorprendió cómo se controlaba y ni tan siquiera hacía ademán de limpiarse el salivazo de la cara.

—Dile al dictador que me ha entendido mal —dijo Crátero, dirigiéndose al intérprete—. Me refiero a los brutios, lucanos y samnitas contra los que vino a luchar Alejandro de Epiro hace años. Nadie se atrevería a llamar bárbaros a un pueblo tan refinado y a la vez experto en las artes de la guerra como el romano, por el que mi señor Alejandro no siente más que admiración.

Al escuchar la traducción, Papirio pareció calmarse un poco. Sólo entonces Crátero se movió para mirar a ambos lados e inclinar la cabeza ante los senadores, pidiéndoles disculpas con una sonrisa. El dictador retrocedió un par de pasos y se compuso el manto.

—Mi señor Alejandro, al igual que su tío, sólo ha venido a Italia atendiendo el llamamiento de sus habitantes —prosiguió Crátero, quitándose la saliva con disimulo —. Como legítimo *hegemón* de la Liga de Corinto y de la Liga Helénica de Italia, es

su deber socorrer a todos los griegos. Mi señor Alejandro no está dispuesto a que se deje de hablar griego en el sur de Italia.

El dictador se apartó un par de pasos más y miró hacia su asiento. Perdicas captó su duda: ¿sentarse o no sentarse? Se veía que Papirio era un hombre demasiado nervioso y activo para quedarse quieto en una silla que no había sido fabricada para alguien tan corpulento como él. El dictador se decidió por seguir de pie y apuntó a Crátero con el dedo, aunque esta vez lo hizo desde lejos.

—Decías que no eras un orador. Déjate de rodeos, habla como un soldado y dime de una vez qué propone tu rey, *griego* —dijo con retintín.

Crátero giró sobre sí mismo muy despacio para que todos los senadores pudieran verle bien, despegando los brazos del cuerpo y mostrando las palmas de las manos de modo que supieran que no tenía nada que ocultar.

—*Patres et conscriptoi* —dijo. Perdicas, que no perdía de vista a Papirio, observó que fruncía el ceño al comprobar que Crátero no le hablaba directamente a él, sino que se dirigía a todo el Senado. La de Crátero no era una buena táctica para congraciarse con el dictador.

«Irritad a esos romanos —les había dicho Alejandro—. Hurgad bien con el palo en la colmena, para que salgan como abejas furiosas.» El rey no quería treguas ni pactos. Sólo quería su guerra, su gloriosa batalla, una nueva Gaugamela. Si tenía que venir él mismo a Roma a clavar un anillo en los ollares de los senadores y tirar de ellos como si fueran vacas, lo haría con tal de arrastrarlos al campo de batalla. Pero Perdicas comprendía ahora que no iba a ser necesario: estos romanos eran tan belicosos como el propio Alejandro.

—*Patres et conscriptoi* —repitió Crátero—. Esta es la propuesta que os hace Alejandro. Roma debe comprometerse a no llevar ejércitos más al sur de Tarracina. A cambio, Alejandro hará lo mismo al norte de Capua. De ese modo quedará una amplia franja de seguridad entre los terrenos controlados por Roma y la Liga Helénica.

Varios senadores se levantaron de sus asientos y les increparon. Alejandro sabía de sobra que Roma consideraba Campania su granero y su viñedo, y que no renunciaría a ella. Su propuesta, que los romanos no se acercaran a menos de cuatrocientos estadios de ella, era una provocación.

—¡Disculpadme, senadores! —dijo Crátero, levantando la mano. Los lictores aporrearon el suelo con sus fasces y por fin se hizoalgo de silencio—. Si queréis rechazar las propuestas de Alejandro, antes deberíais escucharlas todas.

—Ah, ¿pero aún hay más? —preguntó un senador con sarcasmo, usando el griego.

—Alejandro quiere también una base en Olbia, en la isla de Icnusa, a la que vosotros llamáis Sardinia, para que sus barcos puedan navegar hasta Masalia, nuestra

aliada. Perdicas captó la sorpresa y la indignación entre los senadores. Las relaciones entre romanos y masaliotas siempre habían sido buenas. Sin duda no sospechaban que Alejandro había firmado un tratado con Masalia en el que prometía convertir a la ciudad griega en la nueva Cartago. En cuanto a sus pretensiones sobre Olbia, supondría tener una base naval macedonia a menos de un día de navegación del Tíber. Y Roma no poseía barcos para defenderse de esa amenaza.

El anciano al que habían llamado príncipe del Senado se levantó furioso y agitó su báculo en el aire.

—Dice —tradujo el intérprete— que en otros tiempos habrían arrojado por la roca Tarpeya a cualquiera que se hubiese atrevido a pronunciar palabras tan ofensivas en el Senado.

—Crátero —susurró Perdicas—. Quizá deberías suavizar el tono.

—Tranquilo, viejo amigo. Son vehementes, pero no nos pondrán la mano encima —dijo Crátero, y añadió, dirigiéndose al intérprete—: ¿Eso es todo lo que ha dicho el viejo?

—Hay más, señor, pero no me parece decoroso repetirlo. Espera: el dictador está hablando.

—Traduce.

–Italia debe ser para los italianos, desde el norte hasta el sur, y eso incluye todas sus islas: Córsica, Sardinia y Sicilia.

Crátero levantó la voz.

—¿Pretendes expulsar a los griegos del sur de Italia, donde viven desde hace tantas generaciones? ¿Quieres echar a los griegos de Sicilia, donde los romanos jamás han puesto el pie?

El dictador contestó, y al final de sus palabras se levantó un clamor unánime entre los senadores. Perdicas y Crátero tuvieron que acercarse más al intérprete para escuchar la traducción.

—Dice que Roma no pretende eso. Los griegos que ya están en Italia pueden quedarse en paz, siempre que disuelvan esa Liga Helénica. Pero no debe venir ni un solo inmigrante más de Grecia, y no deben recurrir a potencias extranjeras. En cuanto a Alejandro, exigen que se marche de Italia inmediatamente.

—¡Ah, ya entiendo esos rugidos! —dijo Crátero—. A estos insensatos les gusta la guerra incluso más que a mí.

—Procura no provocarlos más —insistió Perdicas—. Si he de acabar despedazado, prefiero que sea como Orfeo, a manos de mujeres y en una orgía, no de estos viejos malolientes.

—Tranquilo. Intérprete, pregunta al dictador si es ésa la respuesta que debo llevar a Alejandro. Y

ve traduciendo sus palabras a la vez.

—Lo intentaré, señor.

—No lo intentes. Hazlo.

Al escuchar la pregunta, Papirio se sentó en su sitial y trató de adoptar una pose solemne.

—Alejandro —dijo el dictador— debe abandonar Italia antes de que llegue la próxima luna llena. Si no lo hace así, sufrirá el mismo destino que el otro Alejandro de Grecia. No está tratando con delicados asiáticos que se perfuman las barbas y se rizan los cabellos. ¡Está tratando con romanos!

Cuando se acallaron las voces, Crátero volvió a hablar.

—Transmitiré esa respuesta a Alejandro, aunque no deberíais contar con que siga vuestras instrucciones. Aunque no os lo creáis, él tampoco se perfuma la barba.

—¡Porque no tiene! —exclamó alguien en griego, y quienes lo entendieron soltaron la carcajada.

—Exactamente —respondió Crátero, acariciándose su propia barba con una sonrisa de buen humor—. Pero antes de que partamos, mi compañero Perdicas y yo quisiéramos tratar un último asunto.

El dictador mandó callar a todos. Como habían convenido, Perdicas se adelantó un poco y dijo:

—Alejandro sabe que tenéis prisioneros y quiere rescatarlos.

—Cuando esté de vuelta en Grecia, puede estar seguro de que le devolveremos a su esposa —fue la respuesta del dictador.

En ese momento, alguien salió de entre las sombras de una de las naves laterales y pasó a la crujía central por el hueco entre dos bancos. Era joven, como mucho treinta años, tan alto como el propio Perdicas y de complexión atlética. Habló con voz potente y clara, y lo que dijo provocó la ira de Papirio, que se levantó del sitial, bajó del estrado y se dirigió hacia él.

—Ese hombre, que se llama Gayo Julio —tradujo el intérprete—, dice que los prisioneros son suyos y que debe ser él quien trate sobre su rescate. El dictador le ha dicho que se calle, que sólo es un senador pedario y no tiene derecho a tomar la palabra.

Papirio estaba casi encima del joven senador, clavándole el dedo en el pecho y gritándole entre escupitajos, pero el tal Gayo Julio no retrocedió. En ese momento el príncipe del Senado se levantó, se acercó a ellos y con gesto vigoroso interpuso el bastón entre ambos. El dictador no tuvo más remedio que retroceder.

—El príncipe del Senado dice que el tribuno Gayo Julio tiene derecho a hablar, pues es cierto que los prisioneros son suyos, ya que fue él quien derrotó a las compañías macedonias en el Monte Circeo.

—Vaya, ¿conque fue ese barbilindo? —dijo Crátero—. Un magnífico espécimen de romano, a fe mía.

Gayo Julio debió oír el comentario, pues se volvió hacia ellos. Su mirada se cruzó con la de Perdicas un instante. Tenía los ojos oscuros, pero brillaban con una intensidad acerada que le recordó a los de Alejandro, como si en sus pupilas se escondiera la punta de una espada. Por alguna extraña razón, Perdicas sintió que aquellos ojos le habían calado hasta el fondo, y cuando el tribuno apartó la vista de él creyó notar cierto desdén en la forma en que enarcaba las cejas.

Ya me las veré contigo en el campo de batalla, se prometió.

—¿Qué más están diciendo? —preguntó Crátero al intérprete.

—Ese hombre de ahí, el pretor, dice que es cierto, que los prisioneros le pertenecen a Gayo Julio, así que es legítimo que tome la palabra.

El joven patricio se volvió hacia ellos e hizo un gesto teatral para acomodarse el manto sobre el brazo izquierdo. En el Senado se había hecho el silencio. Perdicas comprendió que Gayo Julio se había adueñado del escenario.

—¿Qué ofrece Alejandro por el rescate de la noble Agatoclea y el médico Néstor? —les preguntó el tribuno en un griego impecable. Perdicas titubeó. Crátero se acercó a él y le susurró al oído:

—Es mejor ser sinceros. Este tipo no es un destripaterrones cualquiera al que se pueda sobornar con un par de talentos de plata. Perdicas asintió, y dijo en voz alta:

—Quince talentos de oro, que se entregarán en cuanto recibamos a los prisioneros. Durante una fracción de segundo, los ojos de Gayo Julio se abrieron como platos, pero fue suficiente para que Perdicas captara el inconfundible brillo de la codicia. Comprendió que Néstor y Agatoclea eran suyos; al menos, podría apuntarse ese tanto ante Alejandro. Papirio volvió a hablar, y Gayo Julio le contestó con vehemencia.

—El dictador dice que ese oro le pertenece a Roma —tradujo el intérprete—. El tribuno alega que le corresponde a él como legítimo expolio de guerra, y el príncipe del Senado y otros senadores le están dando la razón.

Gayo Julio volvió a hablar. Aún no había terminado su breve discurso cuando empezaron a levantarse aclamaciones entre los senadores, y después un ruidoso aplauso.

—Acaba de decir que él no quiere ni una sola dracma del rescate —tradujo el intérprete—. Que los quince talentos de oro deben ser ingresados en el erario del templo de Saturno para contribuir al esfuerzo de la guerra contra Alejandro. «Que vamos a ganar», ha añadido.

Perdicas asintió con la barbilla. Se había equivocado. El brillo que había vislumbrado en los ojos de Gayo Julio no era codicia, sino ambición. Algo infinitamente más peligroso.

Los embajadores se retiraron tras concertar que al día siguiente, en la Villa

Pública, se procedería a la entrega de los prisioneros. Gayo Julio se apartó de la crujía central y volvió a su oscura columnata, reprimiendo a duras penas una sonrisa de satisfacción. El vanidoso Perdicas le había solucionado de un plumazo su problema de conciencia y sus apuros económicos. Ya no tenía por qué entregar a Néstor a Eshmunazar. En cuanto escuchó la oferta, su mente había calculado con la rapidez de un ábaco manejado por Mercurio. Quince talentos de oro. Doce mil libras de plata. Muchos, muchos miles de dracmas.

Si hubiese decidido quedarse con ellos, para no aparecer ante los demás como un miserable habría tenido que regalar una parte a sus soldados y ceder otra al erario. En cuanto al resto del oro, ¿para qué habría querido guardárselo sino para comprar con él dignidad e influencia? Eso era lo que acababa de conseguir de golpe renunciando a todo beneficio delante del Senado. Los únicos que perdían eran los soldados, pero ya los compensaría cuando llegara el momento.

Varios senadores, incluyendo algunos purpurados, le palmearon la espalda al pasar y le felicitaron tanto por su victoria sobre los macedonios como por su magnánimo gesto. Cuando ocupó de nuevo su lugar, Quinto Marcio, un joven senador, le dijo:

—Te habrá dolido soltar esa suma. ¿Cuánto es en plata?

—Doce mil libras. —El senador silbó entre dientes, y Gayo se apresuró a añadir—: Y no me ha dolido en absoluto. Ahora que me niegue Papirio el mando de una legión, si tiene pelotas —añadió en voz alta. Quinto Marcio le miró, sorprendido, y Gayo Julio pensó que tal vez debería haberse ahorrado el comentario. Aunque, se disculpó a sí mismo, era comprensible que un hombre de treinta años que acababa de recibir una ovación de todo el Senado de Roma se permitiera un instante de vanidad.

Las fasces de los lictores volvían a aporrear el suelo pidiendo silencio.

—¡Padres y conscriptos! —dijo Papirio—. ¡Todos habéis escuchado a los embajadores de Alejandro! ¡Como dictador de Roma, decreto que se abra la puerta del templo de Jano para declarar formalmente la guerra contra Macedonia!

Las palabras de Papirio fueron acogidas con aplausos y gritos de aprobación. Incluso los más ancianos se levantaron y agitaron los brazos en el aire, deseosos de empuñar ellos mismos la espada y el *pilum* para expulsar a los invasores de Italia. El dictador pidió silencio una vez más y añadió:

—¡La situación es grave, padres y conscriptos! ¡No nos enfrentamos a un reyezuelo de alguna tribu montañesa, sino al conquistador de Grecia, Egipto y el Imperio Persa!

—Vaya —comentó Gayo Julio—, nuestro dictador ha decidido estudiar geografía.

—Por eso —continuó Papirio—, decreto que los decenviros abran los sótanos del templo de Júpiter Capitolino y consulten los Libros Sibilinos. En ellos encontrarán los sacrificios y rituales expiatorios que debemos llevar a cabo para propiciarnos la

voluntad de los dioses.

Hubo murmullos de aprobación. Puesto que nadie más pidió la palabra, Papirio levantó la sesión. A la salida del templo de Moneta, Gayo recibió nuevos parabienes y su cuñado le abrazó.

—Un gesto genial, Gayo —le susurró al oído—. Un gesto genial.

Pero él no las tenía todas consigo. Por alguna razón que se le escapaba, al oír hablar de los Libros Sibilinos había tenido un mal presentimiento. Sospechaba que en aquellos papiros proféticos se ocultaba la jugarreta del destino que llevaba días temiendo.

GEOMETRÍA Y ARTE DE LA ESPADA

El día siguiente a la partida de Perdicas, su madre castigó a Neo con tanta severidad como nunca antes lo había hecho.

Él quería pensar que no se arrepentía y que volvería a actuar de la misma manera; lo cierto era que no estaba tan seguro de haber obrado bien y, sobre todo, tenía mucho miedo. Por la mañana, en vista de que Berenice no dejaba de llorar, le habían traído otro cachorro, una perrita que se parecía a *Argo* y a la que ella se empeñó en llamar *Medea*, por más que su madre le dijo que no era un nombre de buen agüero. Más tarde llegó la visita cotidiana de Roxana y su hijo. Las dos cuñadas se sentaron a charlar en el atrio, mientras Berenice jugaba con *Medea* y con Cadmia, muy responsable en su papel de hermana mayor que debía ayudar a la pequeña a superar el disgusto. Ego se acercó a Neo con unas tabas de cordero y le propuso una partida.

—Has sido tú —dijo Neo.

—No he sido yo —respondió Ego—. *Argo* era un cachorro precioso. Me da mucha pena lo que le han hecho —añadió, haciendo un puchero.

Neo prefirió creerle y se sentó a jugar a las tabas con él sobre un caminito de guijarros que cruzaba el jardín. Pero, pasado un rato, a Ego le pudo más la maldad que el instinto de conservación.

—Espero que *Medea* no sea tan llorona.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Neo, apretando el puño sobre las tabas.

—Tenías que haber oído cómo chillaba *Argo* cuando lo clavaron al suelo. ¡Y cuando le mearon en la tripa, qué aullidos! ¡Por Hécate, fue espantoso! —Neo fingió cara de horror y añadió—: ¡No quiero volver a ver algo así en mi vida!

Para un niño de nueve años, ver a otro de seis utilizando a la vez el cinismo y el sarcasmo era algo a la vez incomprensible y aterrador. Por debajo de la sangrienta ironía de Ego, Neo sólo se quedó con su confesión. Preso de ira, le tiró las tabas a la cara y se abalanzó sobre él. Forcejearon unos instantes, pero Neo era más grande y pesado y consiguió derribarlo. Después le abrió los brazos y lo inmovilizó plantándole las rodillas encima.

Neo jugaba a veces así con Cadmia y, aprovechando que ella no podía mover los brazos, se dedicaba a darle bofetadas más molestas que dolorosas. Pero ahora le propinó un puñetazo en la mandíbula a Ego, controlando sólo a medias su fuerza, y el niño rompió a llorar. Sus lágrimas y su gesto de miedo espolearon a Neo, que se descubrió descargando los puños sobre su rostro con más y más violencia. La sangre brotó de la nariz de Ego, y también de la ceja. Después le partió el labio superior, y al

pegar contra el colmillo él mismo se cortó en el nudillo, pero ni siquiera eso le detuvo. Sólo paró cuando unos brazos lo levantaron en vilo y su último puñetazo golpeó el aire.

Después de la actuación de Hermes cuando, en su primer día de vida, robó las vacas de Apolo y volvió a su cuna fingiendo ser un bebé inocente, la de Ego debió ser la más convincente de la historia. Delante de Cleopatra y de Roxana, lloró a moco tendido y balbuceó entre hipidos, ahogándose a ratos y utilizando frases como «Neo me ha *dicido*», como si de verdad fuese un niño de seis años y no un monstruo prematuro que sabía amenazar de muerte en dos o tres idiomas sin equivocar un solo verbo. Cleopatra, indignada, le colmó de besos y abrazos como si fuera su propio hijo.

—¡Pobrecito mío! Neo, ¿cómo has podido hacerle algo así a tu primo?

Por supuesto, nadie le creyó cuando dijo que Ego había torturado y matado a *Argo*, pues los gemidos del hijo de Alejandro se volvieron aún más lastimeros.

—¡Noooo! —lloriqueó, soltando lágrimas y mocos como un manantial. A Neo le consoló, al menos, ver que se le estaba hinchando la cara y que a pesar de las compresas de agua fría no dejaba de sangrar—. ¡No digas eso, Neo! ¡A mí me gustaba mucho jugar con el perrito! —añadió compungido.

Cleopatra levantó la mano para pegar a Neo por acusar a su primo; pero Roxana, más serena que la propia Cleopatra, le dijo:

—No seas demasiado severa con él. Son peleas de niños.

—¡Neo le saca tres años a Ego! Un macedonio puede ser muchas cosas —añadió, dirigiéndose a su hijo—, pero nunca un cobarde.

Ella misma se llevó a Neo a su habitación y le azotó el trasero con una verdasca de olivo. Neo se mordió los labios y juró que no lloraría. El dolor era insoportable, porque Cleopatra le estaba pegando con saña; pero lo que le atormentaba de verdad era que su madre le considerara un vil cobarde y al mismo tiempo creyera que Ego era una criatura tierna y cándida.

—¡Reza por que le quede bien la cara! —dijo Cleopatra, jadeando por el esfuerzo—. ¡Por cada cicatriz que le dejes, yo te voy a hacer dos!

De pronto, se detuvo y se apretó el vientre con ambas manos. Neo pensó que iba a vomitar como otras veces, pero al torcer el cuello vio que no estaba pálida ni tenía arcadas, sino que contraía la frente en gesto de dolor. Una esclava la sujetó por los hombros para ayudarla a salir.

—No es bueno hacer esos esfuerzos en tu estado, señora.

Neo se quedó un rato así, apoyado en la cama con la túnica remangada sobre la espalda y las nalgas al aire mientras lloraba en silencio. Después oyó a alguien en la puerta y se apresuró a bajarse la ropa, aunque las heridas le escocían con el roce del lino. Había reconocido la voz de Cadmia y no quería que lo viera en una posición tan

humillante.

—¿Por qué no les has dicho nada? —le preguntó a su hermana, sorbiéndose las lágrimas—. Tú sabes que es verdad. Lo hizo él.

Ella le miró con sus enormes ojos azules muy abiertos, sin pestañear. Estaba temblando.

—Me da mucho miedo. No tenías que haberle pegado así.

—¿Cómo que no? ¿Después de lo que le hizo a *Argo*? ¡Se lo tenía bien merecido!

—¿Y si ahora se venga de nosotros? ¿O de Berenice? Neo intentó sentarse, pero al apoyar el trasero en el escabel dio un respingo.

—Deberíamos matarlo. Así ya no podría hacernos nada —masculló, aunque sabía que era incapaz de hacerlo.

—¡No digas eso! —exclamó Cadmia, pero enseguida bajó la voz—. Que no se entere ni siquiera de que lo piensas. Me alegro de que mamá te haya castigado a estar encerrado en la habitación. Así no tienes que verle.

—¿Y quién os va a defender a vosotras?

—Me da más miedo que te haga algo a ti, Neo.

Él agachó la mirada. No quiso contarle a su hermana lo que le había dicho Ego cuando Roxana les obligó a estrecharse la mano y darse un abrazo.

—No te preocupes —le había susurrado al oído—. No te mataré por esto.

—Claro que no. Ya has visto que te puedo.

—Cuando sea rey —continuó Ego, sin hacerle caso—, mataré a muchos, pero a ti no. Me divierto mucho contigo. Verás qué bien lo pasaremos juntos.

Primero fueron los rumores del «tío del escudo» y luego lo comunicó el asistente de Leónato de forma oficial. Los Agriopaides también podían participar en el torneo de espada que se celebraría el día 7 de hiperbereteo. Si el premio de la armadura de cuatro talentos más un corcel de guerra era suculento para todos, con más razón para quienes cobraban la mitad del sueldo que les correspondía, y eso los meses que la pagaduría no se lo retenía o confiscaba con cualquier pretexto, que eran los más.

A partir de ese momento, la esgrima se convirtió en la nueva afición de Euctemón, sustituyendo a la más reciente, la geodesia, y a la astronomía. Del cometa no había vuelto a hablar. Su silencio, en principio, aliviaba a Demetrio, aunque éste no podía creer que su hermano estuviera tan tranquilo después de predecir que una roca gigantesca iba a caer sobre sus cabezas en cinco meses. Por eso, aprovechando un momento en que estaban cortando leña y no había nadie cerca para oírlos, le preguntó si no tenía miedo.

—No —contestó él, mientras alineaba el tronco en el sitio y la posición exactos y lo giraba para no ver un nudo de la corteza que rompía su simetría.

—¿Por qué no? ¿No te das cuenta de que si morimos todos, tú también morirás?

Euctemón le miró a los ojos un instante, aparentemente perplejo. Demetrio pensó

que tal vez a su hermano no se le había ocurrido llevar a cabo el siguiente razonamiento lógico: si un cometa tan grande como media Creta chocaba contra la Tierra, seguramente mataría a todos los humanos; Euctemón era un ser humano, luego seguramente Euctemón moriría.

A no ser que él mismo diera por sentado que no era un ser humano. A veces, cierto es, no lo parecía.

—¡Más rápido, boquerones! —les gritó un oficial de pelotón. Si la adaptación a cualquier unidad militar nueva resultaba siempre difícil, el caso de los hermanos era aún peor. Estaban rodeados de macedonios, y ellos eran no sólo griegos de pura cepa, sino además atenienses. En el pasado, las relaciones entre Atenas y Macedonia no habían sido malas, al menos teóricamente. Para una ciudad que sustentaba su poder en los trirremes de su flota de guerra y que apenas tenía bosques, era crucial cultivar la amistad de los reyes Argéadas para disponer de acceso a los vastos pinares que crecían en las tierras altas de Macedonia. Pero de puertas adentro, los atenienses miraban por encima del hombro a sus aliados norteños, y se chanceaban de ellos diciendo que después de invitarlos a cenar había que sacudir los triclinios para limpiar las briznas de paja y las cagarrutas de cabra. Luego llegó un momento en que Filipo decidió que los recursos de Macedonia debían ser para los macedonios, y no cejó hasta arrancar las minas de oro del Pangeo de las garras de los atenienses. Desde entonces, Macedonia y Atenas habían sido más veces enemigas que aliadas.

Luego venían los problemas derivados de la forma de ser de Euctemón. Su semblante extraño, su forma de hablar pedante y monótona y sus ademanes desgarbados le acarreaban burlas constantes. Pero como apenas expresaba emociones y resultaba difícil saber si su mirada era vacía como la de un idiota o gélida como la de un asesino, procuraban pincharle con cierta sutileza. A Euctemón le daba igual; atormentarle con indirectas era como querer atravesar la piel de un elefante a alfilerazos. Era incapaz de captar la ironía, y las metáforas y comparaciones lo desconcertaban. Cuando de niños estudiaban los poemas de Homero, fragmentos como «Y cubriendo con una rama frondosa sus vergüenzas, Ulises avanzó como un león montaraz» le sacaban de quicio.

—¿Cómo puede andar Ulises como un león montaraz que es un animal cuadrúpedo cuando tiene que usar al menos una de sus dos manos para sujetar la rama frondosa que le cubre sus vergüenzas? —le decía al maestro de letras que, lógicamente, le daba por imposible. Como miembros de la segunda escuadra del quinto pelotón, Demetrio y Euctemón dormían en una tienda con otros seis soldados. Los habían mandado al fondo, el típico sitio que se asignaba a los bisoños en verano, porque allí hacía más calor y se acumulaba el olor a pies sudados y otros efluvios corporales. Cuando llegara el invierno, Demetrio sospechaba que les tocaría mudarse junto a la puerta para sufrir el frío y las corrientes, porque no había forma de que los

cierres de la tienda ajustaran bien.

Aparte de eso, les habían encargado de cuidar a la mula que transportaba los bagajes del pelotón, de moler la harina en los molinillos de mano y de cocer el pan; pues los Agriopaides, como cobraban menos que los demás soldados, compraban sacos de trigo, que les salían más baratos que el pan horneado. También les tocaba arrastrar fuera las tarimas enrejadas para orear mantas y colchonetas, tensar los vientos de las tiendas todos los días y limpiar letrinas. Otras compañías tenían sirvientes que se ocupaban de tales menesteres, pero no así los Agriopaides, que habían encontrado una mina de oro en la llegada de los novatos.

Los demás pronto descubrieron la manía por el orden de Euctemón, pues cuando volvía a meter las tarimas en las tiendas no descansaba hasta dejar las esteras extendidas en paralelo, equidistantes entre sí y con las mantas perfectamente dobladas en la cabecera. Así que empezaron a gastarle bromas tan tontas como descolocarle las botas, poniendo una con la puntera mirando al este y la otra hacia el oeste, o dejarle el yelmo boca arriba como un orinal.

Melantio, un soldado de otro pelotón, se atrevió a ir más lejos y le escondió el papiro y los tinteros. Para su desgracia, al hacerlo derramó tinta sobre unas proyecciones de dodecaedros que había estado dibujando para un estudio de esgrima. Euctemón montó en cólera y, cuando se enteró de que el culpable era Melantio, fue a buscarlo a su tienda y lo sacó de ella arrastrándolo de los pelos. Ante el asombro de los demás, le juntó ambas muñecas haciendo tenaza con los dedos de su mano derecha y, una vez inmovilizado, le machacó a conciencia con la zurda. Cuando acudieron a separarlos, Melantio tenía la oreja rajada como una alcachofa. Desde entonces, a nadie se le ocurrió volver a tocar los bártulos de Euctemón.

Cuando Melantio se quejó a Gorgo (la mujer) y le pidió que castigara al ateniense, ella se rió en su cara.

—La culpa es tuya, por imbécil. Tienes suerte de haber dado con ese boquerón. Si se te llega a ocurrir revolver mis cosas, te corto las pelotas.

Demetrio había observado que la combinación de *cortar pelotas* con los pronombres *te/os* era una de las favoritas de Gorgo. Bien lo sabía Cérdidas, que después de aquella patada seguía juntando las rodillas cada vez que se cruzaba con ella.

—¿Alguna vez ha cumplido su amenaza? —le preguntó Demetrio a Filo, el soldado aficionado a mascar almáciga que los había recibido en la tienda el primer día.

—¡Vaya que sí!

Filo les contó lo sucedido en una batalla en la que los Agriopaides tuvieron que luchar como caballería improvisada sobre unas monturas que le habían robado al enemigo, equinos con poca más alzada que burros domésticos. En la refriega, dos

guerreros isedones descubrieron que Gorgo era una mujer y tuvieron la malhadada ocurrencia de llevársela tras unos espinos para violarla y luego matarla. Su error fue no actuar en el orden inverso. Mientras uno de ellos la agarraba por el pelo y le ponía un cuchillo en la garganta, el otro le levantó el faldar, le separó las piernas y se bajó los pantalones. Gorgo se las arregló para quitarle al primero el puñal y clavárselo en un ojo; después inmovilizó al otro apretando los muslos, se revolvió hasta quedar sentada sobre él, lo castró de un solo tajo y lo dejó desangrarse. Desde entonces guardaba los genitales del nómada como talismán.

—¿Los suele llevar encima? —preguntó Demetrio.

—Sólo cuando se pone la armadura.

Euctemón emitió un ruido que sonó como el rechinar de una puerta desengrasada.

—Eso es su risa —explicó Demetrio, al ver el gesto de perplejidad de Filo.

Fue Filo quien les explicó que Gorgo era el nombre que usaban a la vez el hombre lisiado y su concubina. En realidad, el de ella era Mirtile, pero les recomendó que no lo utilizaran delante de ella, y les contó la historia.

Después de la batalla del lago Meotis, cuando Gorgo quedó paralítico, sus hombres pensaron que no tardaría en morir, convertido en una masa de llagas y escaras y comido por las moscas. Pero Mirtile se empeñó en lo contrario. Todos los días lo lavaba dos veces y lo trasladaba del asiento a la cama y de la cama al asiento. También lo sacaba de la tienda para que tomara el aire; pero sólo de noche, pues al antiguo capitán no le gustaba que los demás lo vieran en aquel estado.

—Dos meses después de la batalla, en pleno invierno, sufrimos un ataque nocturno —les contó Filo. Varios soldados ociosos se acercaron a escuchar, pues por consabida que fuese aquella historia siempre les interesaba—. Salimos zumbando de las tiendas, armándonos a toda prisa y poniéndonos las botas a la pata coja mientras nubes de flechas incendiarias volaban sobre nuestras cabezas.

Brásidas, el más veterano del pelotón, soltó un gruñido de aprobación. Filo sabía sazonar con detalles interesantes los relatos, aunque Demetrio se preguntaba cuáles eran ciertos y cuáles se inventaba sobre la marcha.

Filo siguió su narración. La caballería hizo una salida para ahuyentar a los atacantes. En ese momento, por la parte sur del campamento, que bordeaba con unas marismas, apareció una horda de escitas a pie, como fantasmas surgidos del pantano. Los Agriopaides tuvieron que formar a toda prisa para afrontar la amenaza, pues los bárbaros arremetieron directamente contra su sector. Leónato, que se había convertido en jefe de las tres compañías, se desgañitaba para hacer oír sus órdenes cuando, ante el asombro de todos, apareció Gorgo, con su peto de cuero y placas doradas y su inconfundible yelmo de cabeza de jabalí. Los hombres creyeron que era un milagro y formaron junto a él. Gorgo combatió con la misma fiereza de siempre y, al ver que un gigantesco escita estaba sembrando el pavor con una maza plagada de

pinchos, dio un paso adelante y lo ensartó con su lanza. Aquello desanimó a los bárbaros, que se retiraron hacia el pantano en desorden, y los Agriopaides abatieron en la persecución a más de cien.

Tras la confusión del combate, Gorgo desapareció. Cuando fueron a buscarlo a su tienda, estaba tendido en la cama, mirándolos con una débil sonrisa y tan paralítico como antes. Los demás pensaron que algún héroe muerto o incluso uno de los grandes dioses debía haber ocupado su puesto esa noche, y se dijeron que era un buen augurio.

Poco después, al norte del mar Hircanio, Alejandro se empeñó en tomar una fortaleza que servía de base de operaciones para una alianza de tribus escitas y masagetas. En la parte oeste había una escarpada ladera, una rampa donde apenas se hallaba abrigo donde protegerse, y por ese lado mandó Alejandro a los Agriopaides mientras las demás unidades atacaban el resto de los lienzos. Los escitas los recibieron con andanadas de flechas, y también de piedras y cascotes que les reventaban las cabezas dentro de los yelmos como calabazas maduras. No había manera de seguir adelante, y los Agriopaides se habían quedado atascados tras unas rocas a treinta pasos del muro pese a los gritos e improperios de Leónato.

Fue entonces cuando volvió a aparecer Gorgo. Los soldados, que bajo aquel chaparrón de proyectiles apenas se atrevían a asomar los ojos por encima del ribete del escudo, vieron cómo su oficial subía por la seca ladera, desafiando los dardos enemigos con la cabeza alta, sin tomarse la molestia de correr en zigzag para esquivarlos. Los hombres de su pelotón se pusieron detrás de él, y los demás formaron a ambos lados. Subieron a paso ligero la rampa, dejando tras de sí un reguero de cadáveres, sus propios cadáveres. Cuando llegaron al pie de las almenas, tendieron las escalas, treparon por ellas, se adueñaron de aquella parte de la muralla y abrieron la puerta oeste. El resto fue tarea fácil para los hombres de Alejandro. En el asalto habían muerto cincuenta y dos Agriopaides, una proporción escalofriante. Pero ni siquiera ese sacrificio sirvió para que el rey perdonara a la unidad rebelde.

Aquella vez fue imposible disimular. Lo que nadie había visto durante el ataque nocturno se comprobó ahora, pues a la luz del día el yelmo beocio no podía ocultar los rasgos de Mirtile. Los Agriopaides encontraron una solución de compromiso: fingir que no era una mujer. Durante las batallas, decidieron, el espíritu de Gorgo se levantaba de su cuerpo lisiado como una sombra del Hades, ocupaba el cuerpo de la concubina y le infundía un ardor guerrero que mientras duraba la batalla la metamorfoseaba en varón.

—Así que, técnicamente —concluyó Filo—, con nosotros no combate una mujer, sino un cuerpo de mujer poseído por el alma de un hombre.

—¿Y vosotros os creéis eso? —preguntó Demetrio.

Filo se encogió de hombros y bajó la voz.

—Yo creo que ese espíritu debió entrar en ella cuando nació. Por si acaso, no se lo preguntes.

—¿Sabe Alejandro que hay una mujer en esta compañía?

—Creo que sí, pero nunca ha dicho nada.

Luego descubriría Demetrio que el repentino interés de Euctemón por la esgrima tenía que ver con impresionar a Gorgo/Mirtile, pero al principio creyó que era puro empecinamiento, otra obsesión de las suyas. El mismo día que supieron que se subía el premio, muchos de los Agriopaides, a falta de algo mejor que hacer, empezaron a batirse con espadas de madera de cornejo y escudos, tal como establecían las normas del concurso.

—Es una lástima —comentó Demetrio, después de probar un rato y cerciorarse de que él nunca sería campeón de espada.

—¿Por qué? —le preguntó su hermano.

—Con ese premio saldríamos de la ruina y nos largaríamos de aquí. No tengo alma de soldado, Euctemón. Pero precisamente por eso no puedo ganar y no me queda más remedio que seguir siendo soldado.

—No es tan difícil —respondió Euctemón, sin apartar la vista de Cérdidas y el hoplita con el que se batía.

—¿Que no?

Por una rara vez, los ojos de Euctemón no bailaban inquietos, sino que estaban clavados, sin apenas pestañear, en el duelo. Cuando el soldado que ejercía de árbitro decretó que Cérdidas había tocado tres veces a su rival en puntos vitales y, por tanto, había vencido, Euctemón se acercó al grupo arrastrando los pies y extendió la mano izquierda para pedir una espada. Filo se la prestó, y también el escudo.

—¿Quieres pelear? —preguntó Euctemón, señalando a Cérdidas.

Para entonces, los demás ya empezaban a conocerle lo bastante para saber que no intentaba provocar a nadie, sino que era su manera de pedir las cosas.

—Claro —respondió Cérdidas, luciendo sus dientes alineados y blancos, y golpeó con la espada en el escudo para intimidar a su nuevo rival.

Demetrio se cruzó de brazos y aguardó. No era la primera vez que su hermano le sorprendía.

¿Por qué habría dicho ahora que no era tan difícil batirse con la espada?

Cérdidas empezó a girar alrededor de su rival, mientras que Euctemón se mantenía en el sitio, desplazándose tan sólo con los talones. En el duelo entre Filo y el tarentino, ambos habían entrechocado las espadas muchas veces. Ahora, sin embargo, lo único que hacía Euctemón era extender la punta de su arma para mantener a raya a Cérdidas y aguardar. Al verlo en esa postura, Demetrio se dio cuenta de que los brazos de su hermano eran aún más largos de lo que creía. Su envergadura podía ser una ventaja. Por fin, Cérdidas se aburrió y se arriesgó a atacar.

Euctemón intentó bloquear su estocada, pero lo hizo con la falta de coordinación de un bebé que aprende a caminar, y el tarentino no tuvo problema en golpearle en el cuello y marcarle con un buen rasponazo. Se había reunido un corrillo alrededor, y todos prorrumpieron en carcajadas. Demetrio se sonrojó de vergüenza ajena, pensando que su hermano parecía un espantapájaros.

Cérdidas se divirtió un rato a costa de Euctemón, amagando con atacarle, retirándose y luego girando para ponerse detrás de él y propinarle cintarazos en el cogote o en el trasero. Por fin, entre la hilaridad general, el árbitro dio por perdedor a Euctemón, que tuvo que entregar a otro la espada y el escudo. Demetrio, rojo como la púrpura, cogió a su hermano del brazo y trató de alejarlo de allí. Pero Euctemón se lo quitó de encima y se sentó en una piedra a pocos pasos para observar el siguiente duelo.

—¿Vas a seguir haciendo el ridículo? —preguntó Demetrio.

—No es tan difícil —insistió su hermano.

Euctemón se quedó contemplando los combates el resto del día, pero se abstuvo de participar. Después, al atardecer, sacó de su petate un políptico de cera que le había regalado Alejandro y, con un punzón de marfil, empezó a dibujar figuras humanas. Lo hacía con soltura y de forma muy esquemática, usando óvalos para el cuerpo y la cabeza, líneas quebradas para las piernas y los brazos, un círculo para el escudo y una recta para la espada, y rodeando las figuras con una especie de rosa de los vientos.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Demetrio.

—Todo en el mundo es geometría y la espada es una cosa del mundo así que también es geometría —contestó él.

Siguió así unos cuantos días, como cuando se había dedicado a calcular la órbita del cometa. La diferencia era que ahora conjugaba los cálculos y dibujos con el ejercicio. De vez en cuando se levantaba y, con una espada tallada por él mismo, cinco dedos más larga que las demás, adoptaba las posiciones de defensa que había dibujado y después trazaba en el aire los movimientos una y otra vez. Al principio lo hacía con su desmaña habitual, pero poco a poco su mente obsesiva consiguió disciplinar a su cuerpo. No podía decirse que se moviera con gracia, pero al menos lo hacía con rapidez y contundencia, y ya no parecía que fuera a desmadejarse de un momento a otro.

El problema era que, llevado por su nuevo empeño, había abandonado todas las demás tareas. Para evitar que tomaran represalias contra él, Demetrio hacía su trabajo y el de Euctemón, y por la noche acababa tan derrengado que alguna vez se durmió sin quitarse siquiera las botas.

Una noche en que Demetrio se estaba resistiendo al sueño, sentado junto a los rescoldos de una hoguera, Gorgo se le acercó. Euctemón seguía en pie, hendiendo el

aire con sus estocadas y deteniendo ataques imaginarios con el escudo. Los demás soldados o bien se habían acostado o bien conversaban entre ellos y bebían vino sin hacerle caso, acostumbrados ya a su última extravagancia.

—¿Por qué haces todo eso? —preguntó la mujer, sentándose en cuclillas al lado de Demetrio.

—¿A qué te refieres?

—Lo sabes bien. Euctemón lleva días escaqueándose y tú le estás cubriendo las espaldas. ¿Por qué?

—Es mi hermano.

—Eso ya lo sé. No me convence. Yo odio a mis hermanos.

Demetrio se volvió hacia ella. La luz mortecina de la hoguera suavizaba sus rasgos y hacía más carnosos sus labios. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar que era una guerrera tan temible como Atalanta y Pentesilea juntas.

—Tú deberías entenderlo mejor que nadie.

—¿Por qué?

—Tú le cuidas a él —dijo Demetrio, señalando con la barbilla hacia la tienda que compartían Gorgo varón y Gorgo hembra.

—Es mi hombre. Es mi responsabilidad.

—La mía es Euctemón.

Ella le pasó una bota de vino, y Demetrio dio un buen trago. El mes de gorpieo se acercaba a su fin, y las noches eran cada vez más largas y más frescas. Por primera vez en muchos días, el joven ateniense pensó que no se estaba tan mal en aquel lugar. Durante un rato ambos guardaron silencio, viendo cómo Euctemón repetía sus movimientos: estocada, parada, estocada, finta con el escudo, estocada, finta, parada...

–Es así con todo —dijo Demetrio por fin—. Aunque es la primera vez que le veo obsesionarse con algo que implique actividad física.

Siguieron bebiendo y charlando, cada vez más relajados por el vino, mientras Euctemón seguía inagotable con su espada. Poco a poco las luces de las lámparas y las hogueras se apagaron, y el campamento se quedó en silencio. El cometa seguía su viaje por el hemisferio sur del firmamento y la luna menguante aún tardaría horas en salir. Las constelaciones reinaban a su placer en un cielo límpido en el que la Vía Láctea destacaba como un cinturón de plata. Un bólido cruzó sobre Casiopea y durante unos segundos dejó una larga estela, como un barco solitario surcando el mar de estrellas.

Demetrio, a quien se le había soltado la lengua, le contó a Gorgo la historia de Nicerato; cómo su hermano lo había defendido de niño y por qué desde entonces él hacía todo lo posible por protegerlo. Empezaba a notarse el relente. Gorgo se arrimó a él buscando su calor. La tibieza de su pierna pegada a la de Demetrio era agradable,

y el joven no rehuyó el contacto. Pasado otro rato de silencio, ella le puso la mano sobre la rodilla y le miró a los ojos.

—Supongo que te dirán a menudo que eres un chico muy guapo —le dijo con la voz algo pastosa. Demetrio soltó una carcajada. —Muchos hombres —respondió.

—¿Te gusta que te lo digan?

—Me gusta más que me lo digas tú.

—Puedo decírtelo a solas.

—¿Y él?

—A él no le importa. Le amo y le respeto, pero...

—Me refiero a *él*.

Gorgo se volvió hacia Euctemón, que había abandonado su esgrima por un momento para acercarse a ellos. La mujer soltó una risita, pero se apartó. Aunque la noche era oscura y apenas distinguía los rasgos de su hermano, Demetrio sabía que tenía los ojos clavados en ellos.

—¿Pasa algo, Eute?

—El nombre es Euctemón —respondió él. Demetrio comprendió que no le había hecho gracia que utilizara el diminutivo delante de Gorgo.

—Me voy a acostar —dijo, poniéndose de pie.

—Es tarde ya y es buena hora para acostarse —repuso su hermano.

Gorgo se acercó a Demetrio y le susurró:

—Por Príapo, ¿tienes que hacer lo que te diga él?

—Está claro que no se acostará hasta que lo haga yo. —*Porque le gustas y no me quiere dejar a solas contigo*, añadió para sí. Sólo entonces se dio cuenta de cuánto había bebido y se agarró al brazo de Gorgo para no caerse. Su piel era tan suave, su carne tan tibia, hacía tanto tiempo que no sentía un contacto tan placentero...

—Es buena hora para acostarse —repitió Euctemón, metiendo la cabeza entre los rostros de ambos como un ariete. Gorgo soltó a Demetrio con un bufido de desesperación.

—Sí que lo es, boquerones. Hasta mañana. Y levantaos cuando canten los pájaros si no queréis limpiar más letrinas —añadió, con una última mirada a Demetrio en la que a éste le pareció captar una insinuación.

Pensó que, en cuanto Euctemón se durmiera, saldría de la tienda. Pero cuando se acostaron, su hermano se empeñó en dejarle el sitio del fondo, junto a la pared de lienzo, aunque normalmente era él quien elegía aquel escondrijo. Para colmo, en vez de caer dormido al instante como tenía por costumbre, pues hasta para conciliar el sueño era metódico, se quedó despierto. Aunque Demetrio no podía verle la cara, su respiración lo delataba, y sabía que tenía los ojos abiertos como un mochuelo. Era increíble, pero su hermano le estaba vigilando; nunca había hecho algo así.

Era desesperante pensar que allí fuera había una mujer espléndida deseando

estrecharle entre sus brazos y sus muslos, y que entre la puerta de la tienda y él se interponía un vigía que no parpadeaba. Pensó que lo mejor era dormirse y cerró los ojos, pero el sueño se negaba a acudir; la tienda se empeñaba en dar vueltas, y por dentro Demetrio hervía de rabia y frustración. Ya era bastante malo estar en el ejército, y además en una unidad de castigo por culpa de su hermano. Pero ¿es que ni siquiera le iba a dejar darse un revolcón?

Le sobresaltó un silbido que sonó junto a su cabeza, fuera de la tienda. Se había quedado adormilado, pero en estado de alerta, como en la víspera de una batalla. Se giró hacia su hermano y escuchó. Su respiración era profunda, y como dormía boca arriba se le escapaba algún ronquido ocasional. Demetrio se levantó muy despacio. Aún seguía mareado, así que gateó con mucho cuidado por el estrecho pasillo que quedaba entre los pies de sus compañeros de tienda.

Salió descalzo al exterior. Al mirar hacia el este vio que el estrecho gajo de la luna menguante se estaba levantando sobre la oscura silueta de los montes. Era muy tarde. ¿Qué estaba haciendo ahí a esas horas? Cuando volvió a sonar aquel silbido y comprobó que, efectivamente, era un pájaro, se dijo a sí mismo: *El ridículo*. No tenía otro nombre. Lo único sensato era volver a entrar a la tienda.

Y eso fue lo que hizo, sólo que, por increíble que le pareciera a él mismo, no se dirigió a la suya, sino al pabellón del oficial del pelotón. Al menos, tras apartar la cortina, recordó que tenía que pasar a la derecha de la mampara de mimbre, pues a la izquierda dormía el auténtico Gorgo. ¿Compartirían aún el lecho?

Al cerrarse la cortina tras él, se encontró en medio de una oscuridad total. Bajo sus pies notaba el tacto aterciopelado de una alfombra, pero no se atrevió a seguir más adelante; bastante locura había cometido entrando allí para hacerlo además como una vaca suelta en una alfarería.

Oyó una respiración a su espalda, y antes de que pudiera reaccionar sintió algo frío que se apoyaba en su garganta. Era el filo de un cuchillo. Demetrio tragó saliva, mientras una mano le palpaba el cuerpo y bajaba por su vientre hasta cerrarse sobre su miembro.

—¿Quieres que te las corte? —susurró la voz de Gorgo en su oído.

—No —respondió él, aterrorizado.

—Sería un trofeo más...

Ella le dio la vuelta sin contemplaciones, y ambos se quedaron de frente, sintiendo la cercanía del otro en la oscuridad. El aliento de Gorgo era tibio y olia a vino especiado, pero el puñal, ahora en su nuca, seguía siendo gélido. Se oyó el frufrú de algo que caía al suelo. La mujer se pegó aún más a Demetrio. Eran las horas más frías de la noche, y a través del lino de su túnica el joven notó el temblor del cuerpo desnudo de Gorgo. Sin dejar de estremecerse, ella le besó con codicia. Pero aún tardó un rato en apartar el cuchillo de su cuello.

Luego, mientras se abrazaban y anudaban sobre el tapiz del suelo, Demetrio pensó que al otro lado del biombo estaba Gorgo, tullido de cuerpo, y que a unos pasos, separado de ellos tan sólo por dos paredes de tela, dormía su hermano Euctemón, lisiado de alma. Lo que estaban haciendo ahora era un crimen, una traición contra ambos, y pensar en ello hizo que aquellas horas de amor robado le supieran más dulces que ningún placer vivido hasta entonces.

DE PATRICIOS Y PLEBEYOS

La fiesta era un éxito. Escipión, como buen amante de la cultura griega, había reunido a amigos de sus mismas aficiones, y en su lujoso peristilo se veían más mejillas rasuradas que rostros barbudos. Pese a lo que había visto Néstor unos días antes, el pretor había decidido reservar una estancia con sus frescos intactos. Ni siquiera un romano podía tener el corazón tan duro como para taparlos con yeso, pues los había pintado el gran Antífilo, un artista griego que había llegado a trabajar para el propio Filipo. En las tres paredes de la sala se representaban amoríos de Zeus, Apolo y Dioniso sobre maravillosos paisajes de viñedos y olivares, con un mar al fondo en el que se divisaba un barco; si uno se acercaba lo bastante, descubría que era la nave de Ulises, rodeada por las aladas sirenas. Entre unas escenas y otras, se veían bastantes figuras desnudas de ambos sexos que hacían sonrojarse y soltar risitas sofocadas a las matronas y doncellas que entraban a admirar las pinturas.

Salvo aquel detalle que sazonaba de picardía la reunión, se trataba de una cena decente, no de un simposio de varones. No había triclinios, sino bancos y taburetes, y en vez de hermosas flautistas con peplos transparentes, la música la ponía un cuarteto etrusco. Los esclavos de Escipión habían dispuesto varias mesas alrededor del estanque central del patio. Sobre ellas había grandes fuentes de plata y cobre, de las que iban sirviendo porciones en bandejas. Luego pasaban entre los invitados y se las ofrecían a los círculos de hombres, que conversaban de pie con una copa de vino en la mano, o a los corrillos de mujeres, que tendían a agruparse apartadas del centro, sentadas en los bancos de madera del jardín o en taburetes y sillas plegables.

Escipión ya tenía previsto desde hacía días celebrar ese banquete para sus amigos, pues muchos de ellos quizá no estarían vivos para la próxima reunión. Como se esperaba, de la reunión del Senado había salido una declaración de guerra. Dicha declaración no se había formalizado hasta el día siguiente, cuando el *pater patratus*, jefe de los sacerdotes feciales, había cumplido el ritual de arrojar una lanza de hierro quemada y tinta en sangre contra el territorio enemigo. En realidad, puesto que los preparativos corrían prisa y no era cuestión de enviar a los feciales a Macedonia (ya que Roma jamás reconocería la base de Posidonia como territorio legítimo de Alejandro), el *pater patratus* se había conformado con arrojar la lanza fuera del pomerio.

Al saber que al día siguiente Néstor y Agatoclea serían devueltos a los enviados macedonios, el pretor había decidido convertir la cena en una fiesta de despedida. Como atención para ellos, los cocineros habían preparado un plato especial: una

enorme raya asada y regada con una densa salsa de queso y silfo, al estilo de Siracusa. También se escanciaron vinos griegos. De aperitivo, sirvieron uno suave y claro de Mitilene. Después Escipión se empeñó en que probaran otro caldo de Tasos, aunque Néstor prefirió dedicarse a los italianos, que le eran menos familiares. El falerno de diez años que había utilizado para desinfectar las heridas de Lila y Aristóteles tenía cuerpo, pero resultaba algo áspero en la garganta, y uno de los invitados le recomendó mezclarlo con vino de Quíos. Después probó un cécubo suave y digestivo, el complemento perfecto para la lubina horneada. También les sirvieron un blanco de Sorrento muy fuerte que llevaba más de veinte años envejeciendo en las bodegas de la casa. Al beberlo, a Clea se le saltaron las lágrimas y le dio la tos por culpa de Gayo Julio, que se había empeñado en que tenía que probarlo.

¿Por qué se empeña en galantear a Clea?, se preguntó Néstor. Tal vez el tribuno estaba pensando en aprovechar esa última noche para seducirla. ¡Qué gran triunfo debía ser para él si conseguía acostarse con la esposa de Alejandro!

Darse cuenta de que aquello le molestaba le irritó aún más. Debería darle igual. Ni Clea era suya ni podía serlo. Desde aquel momento de debilidad, Néstor se las había arreglado para no volver a verla a solas. Aunque de noche, en su cama, se acordaba de su cuerpo desnudo y el corazón se le aceleraba, de pronto el rostro de Alejandro se aparecía ante él y toda excitación se esfumaba por ensalmo.

—¿Setas, señor? —le preguntó un esclavo.

Néstor las rechazó. Ver y oler tanta comida le estaba quitando el apetito. ¿O era porque en breve tendría que mirar a la cara a Alejandro? Había pinchos de cordero, y chuletas y costillas de cabrito con hinojo y romero. Lomos de buey. Gallinas cocidas en vino. Tordos guisados en una densa cocción de vinagre, pasas, aceite, vino del Lacio, pimienta, menta y miel. Tripas rellenas de carne picada, cebolla, queso y pimienta. Un plato al que llamaban «cazuela de rosa», que consistía en sesos de cerdo y de ave mezclados con pétalos de rosa, cocidos y triturados en un almirez. Matrices de cerda condimentadas con vinagre, comino y silfo traído de Cirene, ciudad que ahora pertenecía a Alejandro.

—Sólo son de cerdas que han abortado —le informó uno de los criados.

—Mmm. Eso debe hacerlas más exquisitas.

—Sí, señor. ¿Quieres probarlas?

—Mejor reserva ese manjar para otro.

Las miradas de Néstor y Clea se cruzaron. Si al médico le molestaba la actitud de la joven con Gayo, ella estaba aún más resentida por que él la rehuyera. De sobra sabía Clea que no debería haberse acostado con el médico, pero por el peligro que ambos corrían, no porque se sintiera culpable. Tras la muerte de su madre, se había criado con su padre, exiliados los dos un día aquí y otro acullá, y al no estar encerrada

en el gineceo de una casa había visto y oído muchas cosas. Entre otras, había presenciado cómo su padre cometía adulterio con las esposas de presuntos amigos para obtener más influencia y poder, pues Agatocles era de la opinión de que en el campo de batalla de Afrodita podían conseguirse triunfos más importantes que en el de Ares.

La sociedad siracusana era refinada y sensual, y en ella el erotismo flotaba en el aire, tanto en el arte y las conversaciones como incluso en la cocina, recargada y picante. En los mimos teatrales de Sofrón y Jenarco, Clea había visto a mujeres que eran infieles a sus maridos; y aunque se trataba de ménades insaciables que se quejaban de que sus esposos no las satisfacían, la joven entendía que esa caricatura escondía una verdad. Si los hombres podían acostarse con prostitutas para no dejar embarazadas a sus mujeres y no alimentar nuevas bocas, o simplemente porque les apetecía darse placer, ¿qué derecho tenían a exigir fidelidad y castidad a sus esposas? Además, ella le era indiferente a Alejandro, como bien había comprobado. ¿Qué esperaban? ¿Que se quedara en casa tejiendo un sudario como una nueva Penélope mientras aguardaba el regreso de un Ulises que jamás volvería, porque jamás había llegado a estar?

—Prueba esto —le ofreció Gayo Julio—. Es un pastelillo de frutos secos y miel. También tiene adormidera —añadió en voz baja.

Ella lo mordisqueó, tapando una sonrisa con el propio pastelillo. La halagaban las atenciones de Gayo Julio. ¿Qué mal había en coquetear con aquel hombre tan apuesto, si al día siguiente ella iba a marcharse de Roma? Valeria, la esposa de Gayo, que estaba sentada entre matronas que la doblaban en edad, la miró con gesto hostil. Le daba igual. A quien quería enojar era a Néstor. Pero el médico estaba en un rincón más oscuro, apoyado en una columna mientras escuchaba o fingía escuchar a un joven romano que se había pegado a él y no paraba de hablar.

Aquel joven, un tal Clodio, se declaraba amante de la cultura griega y había leído a Hipócrates. Al enterarse de que Néstor era médico manifestó su entusiasmo, pero después, en vez de hacerle preguntas o escuchar sus opiniones, se había lanzado a soltarle una conferencia de medicina. Sus palabras eran un runrún en el que se mezclaban los cuatro humores (la sangre, la flema y las dos bilis) con fracturas y pestilencias de todo tipo. A Néstor no le importaba. Mientras fingía prestar atención a la perorata, podía quedarse un poco apartado y observar a los demás, como a él le gustaba.

Condenada Clea, ¿por qué estaba cada día más guapa? Se dijo con cierta sorna que quizá perder la virginidad por segunda vez embellecía mucho. Era como si la joven irradiara una luz interior, hasta entonces amortecida.

Gayo Julio y Clea estaban hablando dentro de un corrillo de cuatro hombres y dos

mujeres. En ese momento se les unieron Julia y Escipión, los anfitriones, que traían con ellos a otros dos invitados. Néstor enarcó las cejas: eran Crátero y Perdicas. De modo que les habían permitido entrar al dichoso *pomerium*. Observó cómo los romanos saludaban a los dos macedonios no sólo con cortesía, sino incluso de forma cordial. Ya había observado a menudo esa conducta entre desconocidos que, a sabiendas de que en breve se matarían en el campo de batalla, parecían sentir por el enemigo una mezcla de curiosidad, admiración y respeto.

Al ver a Néstor, Perdicas le hizo una señal para que se acercara. El médico dejó al joven Clodio a mitad de una frase sobre la bilis negra, y acudió a saludar a los dos generales. Perdicas le rozó apenas las mejillas, pero Crátero le estrechó con fuerza y al besarle le pinchó con su híspida barbaza negra.

—Nos has costado la mitad de las arenas del Pactolo —le dijo al oído—, pero me alegro de verte.

Aprovechando que el grupo se abría, un joven grueso y de ojos saltones se incorporó a él. Julia lo presentó a los recién llegados como Timeo, un erudito siciliano que llevaba algún tiempo investigando la relación entre linajes latinos, etruscos y helenos. La conversación, como era habitual cuando se congregaban más de tres nobles romanos, derivó enseguida hacia alcurnias y prosapias, y Timeo aseguró que los Julios descendían de la diosa Afrodita. Al oír eso, Escipión dijo algo al oído a su esposa, y ésta se puso la mano en la boca para tapar una risita y le dio un codazo. Néstor sospechó que la broma tenía algo que ver con la diosa del amor y el sexo.

—Hablando de linajes y familias, hay algo que no acabo de entender —dijo Clea—. ¿Cuál es la diferencia entre patricios y plebeyos? Al principio pensé que los patricios son los nobles que gobiernan Roma, pero Julia me ha dicho que no es así.

—Y no lo es. Los plebeyos también gobiernan —respondió Escipión—. De nuestros dos cónsules, Bárbula es patricio y Bubulco plebeyo.

—Y así debe ser, por la ley Licinia Sexta —intervino en latín un hombre bajo y enjuto, de barba fina y recortada.

—Es Décimo Junio Bruto, el censor —le susurró Julia a Néstor, y de paso le tradujo sus palabras, aunque el médico las había entendido perfectamente.

—La diferencia —intervino Gayo Julio— es que los patricios somos los auténticos romanos.

—¿Y los plebeyos qué somos, cartagineses? —preguntó Bruto. En un corrillo cercano, un hombre calvo y vestido con una túnica amarilla de filoseda se volvió y exclamó con una sonrisa:

—¡Si lo sois, no vayáis a Cartago! ¡Allí no cabemos más!

—Es el embajador cartaginés, Eshmunazar —informó Julia a Néstor—. Como ves, es todo oídos.

—Los plebeyos —continuó Gayo respondiendo a la objeción del censor, pero mirando a Clea— son los descendientes de los extranjeros que se instalaron en Roma después de que los auténticos *patres* que acompañaron a Rómulo y Remo fundaran la ciudad.

—Entonces —dijo Crátero—, en la fórmula *patres et conscriptoi* los *conscriptoi* serían los senadores plebeyos.

—Exactamente. Aunque, mi estimado Crátero, si me permites una corrección, nosotros decimos conscripti.

—Tomaré nota —respondió Crátero, asintiendo con una sonrisa. Néstor observó que entre él y Gayo Julio había nacido una simpatía espontánea.

—¡Por Marte, esto sí que es bueno! —exclamó el censor—. ¿Es que mi antepasado Lucio Junio Bruto no era romano, oh nobilisimo Gayo? ¿Acaso no era romano el hombre que expulsó a Tarquinio el Soberbio, fundó la República y se convirtió en el primer cónsul?

—Sí, es cierto que tu antepasado fundó la República. Pero los míos fundaron la ciudad. Roma es eterna. En cuanto a la República, ya lo veremos —dijo Gayo, encogiéndose de hombros.

—Ten cuidado con tus caprichos monárquicos, Gayo —dijo Escipión—. Tienes a un censor delante.

Todos rieron, menos el propio censor.

—Yo tengo otra teoría. —El que había hablado, apuntó Julia, era Fabio Máximo, un distinguido ex cónsul—. En la época de los reyes, en el ejército romano sólo había un arma, la caballería. Así que los patricios somos los descendientes de los caballeros que combatían al lado de los reyes.

—¿Entonces por qué hay équites también entre los plebeyos? —insistió Junio Bruto.

Se desató otra discusión sobre el verdadero significado del término «équites». Eso llevó al nombramiento del *magister equitum* y, de rebote, al dictador. Para embrollar más las cosas, los invitados griegos se enteraron de que Papirio era patricio, pero con salvedades, pues su familia pertenecía a una de las *minores gentes*, descendientes de los Luceres, la tribu romana de menos abolengo.

—Ah, ¿pero aparte de patricios y plebeyos también tenéis tribus? —preguntó Perdicas.

—Claro —respondió Fabio Máximo—. Ramnes, Tiñes y Luceres.

Un esclavo se acercó a Escipión y le susurró algo al oído. El pretor asintió, y mientras los demás seguían discutiendo, se llevó aparte a Néstor.

—Aristóteles quiere verte.

—De acuerdo.

Al ver que se apartaban, Crátero salió del corro y pidió a Escipión que le dejara

hablar un momento con el médico. El pretor asintió y se apartó unos pasos.

—Me alegro de verte bien, Néstor —dijo Crátero, con sinceridad. Siempre le había tenido aprecio, sin las reservas de otros generales como Seleuco, Peucestas o el propio Perdicas, envidiosos de la confianza que había entre el médico y Alejandro—. Temíamos por tu vida.

—Después de la batalla no he corrido ningún peligro. Los romanos son buenos anfitriones. Aún así, agradezco mucho tu interés.

—Hay alguien que me temo que sí corre peligro —dijo Crátero, mirando a ambos lados para cerciorarse de que no había nadie cerca.

—¿A quién te refieres?

—Al gran hombre en persona —respondió Crátero, bajando aún más la voz—. Él dice que no le pasa nada, pero no es cierto. No está bien. Hacía tres meses que no le veía, y le he notado distinto.

—¿Alguna señal concreta?

—Mientras hablaba conmigo le vi frotarse la cabeza más de una vez, aunque intentaba disimular. Se notaba que le dolía mucho.

—Eso no es tan raro. ¿Algún otro síntoma más?

—No sé, sólo estuve un rato con él. Pero he hablado con otra gente. Eumenes me ha dicho que le ha visto quedarse adormilado en mitad de una junta de generales, y también sospecha que a ratos pierde la visión.

—¿Te fijaste en él de cerca?

—Sí.

—¿Notaste algo raro en sus ojos?

—Mientras estaba conmigo no pareció que se quedara ciego. Pero, ahora que lo dices, tuve la impresión de que se le notaba más que nunca que tiene cada ojo de un color.

Néstor asintió. Lo que todo el mundo interpretaba como diferencia de color entre los dos iris de Alejandro, verde y azulado, se debía más bien a que tenía una pupila ligeramente más grande que la otra. Según le constaba a Néstor, los ojos del rey siempre habían sido así. Pero si una de las pupilas se había agrandado aún más, eso acentuaría la diferencia de color.

A Lila también se le había dilatado una pupila, y aquel síntoma había desaparecido con la operación. Pero Néstor sospechó que el mal de Alejandro debía estar más hondo, en profundidades del cerebro en las que no se atrevía a hurgar. Un asunto muy feo.

—¿Crees que es algo grave? —preguntó Crátero.

—Aún no lo sé. Supongo que no —mintió Néstor.

—Nuestro anfitrión te espera. Ve con él.

Desde la alcoba de Aristóteles seguían oyéndose las voces y la música de la fiesta, aunque no se distinguía más que alguna palabra suelta. El filósofo, reclinado sobre los almohadones, tenía al lado un plato con fruta y verdura, y también un poco de queso. Cuando se quedaron a solas, Néstor se sentó junto a la cama y le preguntó:

—No te he visto probar la carne en todos estos días. ¿Por qué? ¿Te has vuelto pitagórico de repente?

—¿Qué es lo que se ofrece en los sacrificios a los difuntos?

—Sangre —respondió Néstor, sin entender.

—Exacto. Así lo han dispuesto los dioses, para que ese fluido negro y viscoso embote y oscurezca las almas de los difuntos, y de ese modo no puedan ascender a un estadio divino que los iguale a los inmortales. La carne es rica en sangre, y por eso mismo nubla la mente y provoca sopor.

—Sobre todo si se acompaña de un buen vino.

—En cambio —continuó Aristóteles, sin hacer caso de la broma—, si se comen sólo vegetales el cuerpo se hace más ligero y la mente menos tórpida.

—¿Has practicado el vegetarianismo toda tu vida?

Aristóteles soltó una carcajada ronca.

—En tiempos me gustó mucho la carne, pero ahora sólo me produce asco. Me estoy muriendo, Néstor. Se acerca el momento, y quiero que mi espíritu esté limpio como un cristal y sea ligero como una pluma.

—Pues ya que quieres estar limpio, deja que examine tu espalda. Como el empiema había desaparecido, dos días antes Néstor había retirado el drenaje y cosido la herida. Ahora bajó la túnica y comprobó que los puntos no se habían infectado.

—Esta noche alguien vino a verme en sueños —dijo Aristóteles.

—¿Era yo otra vez?

—No. Ahora se trataba de mi maestro Platón. ¿Sabes una cosa? Nunca quise creer que los sueños anticiparan el futuro. Siempre pensé que la única precognición que se podía extraer de ellos era el conocimiento del estado de salud del soñante, pues los síntomas que no se perciben durante la vigilia penetran en la conciencia cuando ésta se relaja durante la noche.

—Es una forma de verlo —dijo Néstor, escéptico, y volvió a subirle la túnica. En cierto sentido el viejo filósofo estaba mejor que doce días atrás, cuando le practicó la punción en la membrana pleural, pues respiraba mejor y sentía menos dolores. Pero había adelgazado aún más, y cuando Néstor lo acomodó sobre los almohadones tuvo la impresión de estar manejando una bolsa de huesos que sólo se mantenían unidos gracias a que los contenía la propia piel.

—*Era* una forma de verlo —le corrigió Aristóteles—. He cambiado de opinión. ¿Qué crees tú que son las visiones de los sueños, Néstor?

Néstor sirvió vino de un calentador de cobre y se lo pasó a Aristóteles. Después

se llenó una copa para él y dio un sorbo. Con esa temperatura, no supo distinguir la procedencia.

—Símbolos distorsionados del mundo real —contestó—. Por eso la gente que quiere averiguar qué significan recurre a los intérpretes de sueños.

—¿Y si los sueños fueran visiones auténticas, pero no de este mundo?

—¿Qué más mundos hay? —preguntó Néstor. Al pensar en ello sintió algo extraño, como si un parásito minúsculo le picara en el interior de la cabeza, en un lugar recóndito de su cerebro donde no se podía rascar. *¿Qué más mundos hay?*, se repitió.

—Tal vez infinitos, como afirmaba Leucipo. Durante el sueño, el alma puede separarse del cuerpo y visitarlos.

A Néstor le sorprendieron las palabras del filósofo estagirita, pues no eran las opiniones que podían encontrarse en sus obras. Al parecer, aunque siempre se había mostrado más apegado a la realidad material que su maestro Platón, la proximidad de la muerte lo estaba convirtiendo en un místico.

—La psique —prosiguió Aristóteles— es capaz de desplegar su máxima potencialidad cuando el cuerpo está dormido o, como el mío, a punto de morir. Pero hay hombres capaces de morir sin morir y de soñar sin estar dormidos.

Morir sin morir. Aquella frase volvió a provocarle a Néstor esa comezón interna y, por alguna razón, le hizo pensar en su aparición en Delfos.

—Esos hombres no pierden el control de su alma como sucede en el sueño o como pasa al morir, cuando Hermes lleva a los espíritus de los muertos, quieran o no, a su lugar de destino. No, los hombres de los que hablo son capaces de viajar a su antojo libres de las ataduras del espacio y del tiempo.

—¿A qué hombres te refieres?

—A Epiménides el cretense, por ejemplo. Cuentan que cuando era niño su padre lo envió a buscar una oveja a una cueva. Al entrar en ella se quedó dormido, y su letargo duró durante cincuenta y siete años. Cuando despertó, sus padres habían muerto y su hermano pequeño era un viejo.

—Se ve que era una cueva encantada.

—Algunos dicen que se trataba de la gruta donde había nacido Zeus. El caso es que Epiménides viajó por otros mundos durante esos cincuenta y siete años y así adquirió la sabiduría de muchas vidas. Por cierto, él tampoco comía carne, sólo vegetales con los que se preparaba un caldo que comía dentro de una pezuña de buey.

Néstor pensó en la pezuña de burro que, presuntamente, había servido para transportar a Babilonia el veneno preparado por Aristóteles para matar a Alejandro. Pero no dijo nada.

—Cuando murió y fueron a enterrarlo —prosiguió el sabio—, se descubrió que tenía toda la piel tatuada. Según la opinión de algunos, eso significa que era un

esclavo. Yo más bien creo que si estaba tatuado era porque había tenido trato con los tracios y los escitas, o incluso porque él mismo era un escita. Pues sé que al norte del Ponto y del mar Hircanio habitan pueblos donde ciertos hombres sabios, que también se tatúan el cuerpo, se ejercitan en prácticas ascéticas largas y severas. De ese modo consiguen que su cuerpo no tenga poder sobre su alma y pueden soltar a su antojo las cadenas que sujetan su espíritu.

—Chamanes —dijo Néstor.

—¿Qué has dicho?

—No lo sé. Me ha venido a la mente esa palabra. Creo que los chamanes son esos hombres sabios a los que te refieres.

—Me gusta la palabra. Tal vez tú mismo eres un chamán, ¿no crees? Por tu pelo y tus ojos, es evidente que procedes del Septentrión, quizá de Thule o incluso de Hiperbórea —dijo Aristóteles. Unos días antes, Néstor le había hablado de su amnesia y le había confesado que no sabía de dónde era.

—No llevo tatuajes.

—Eso no es importante. No consta que Pitágoras tuviera tatuajes, y sin embargo era capaz de recordar varias vidas y viajar con el espíritu a dos lugares distintos a la vez. Y tampoco los tenía mi maestro Platón.

Al mencionar el nombre de Platón, Aristóteles bajó la voz, y Néstor se dio cuenta de que era ahí donde quería llegar de nuevo después de tantos rodeos.

—Creo que escribes rápido —añadió el sabio.

—Bastante.

—Mis ojos ya no me permiten anotar mis propias palabras. ¿Lo harás tú por mí? —Aristóteles le señaló un estante. Allí había una bandeja de madera con recado de escribir: cálamos, tinteros de cobre, una salvadera y un rollo de papiro.

¿Un testamento? Aristóteles estaba más lúcido que otros días, y su respiración no sonaba tan trabajosa. Néstor se preguntó si no sería la mejoría que precede a la muerte.

—Será un honor —dijo, acomodándose el papiro y mojando el cálamo en el tintero—. Puedes empezar.

¿Te he dicho ya que he soñado con mi maestro Platón?

—Sí.

—Se me ha aparecido aquí mismo, donde estás tú, sólo que de pie. Estaba igual que cuando lo conocí, un hombre casi tan alto como tú y con las espaldas de un pancraciasta. ¡Ah, y yo podía verlo con la claridad de antaño, y no como ahora, que todo está envuelto en niebla! Me dijo que no debía olvidar sus palabras, y que tenía que transmitírselas a Alejandro. Apúntalas, pues.

—Estoy listo.

—Me dijo: «De este modo se conservó y no se perdió el mito de Er. Y también os

salvará a vosotros si obedecéis sus enseñanzas, para que atraveséis con bien el río de la destrucción y el olvido. Cuéntalo, Aristóteles. Cuéntalo y salva a todos».

Néstor escribió aquellas palabras.

—¿Ya está? ¿Es todo lo que debo anotar?

—¡Oh, no! El maestro sólo me dijo eso y desapareció entre las sombras. Pero él sabía que yo lo entendería. Ahora te dictaré el mito de Er.

—¿No está ya escrito al final de *La República*?

—Sí y no. ¿La has leído?

—No entera —reconoció Néstor—. La dialéctica llegaba a cansarme. Pero sí leí los mitos que había en ella. El de Er me impresionó.

—Ahora vas a escuchar la verdad sobre él. Escribe. Toda mi vida he luchado por imponer la razón a las pasiones, pues siempre le he tenido miedo a la locura...

EL MITO DE ER

Aristóteles siempre le había tenido miedo a la locura. En su familia materna se habían dado muchos antecedentes. Su bisabuelo había acabado sus días deambulando desnudo por las calles de Estagira, provisto tan sólo de un bastón con el que la emprendía a golpes contra cualquiera al que se le ocurriera mirarle fijamente, y un día que se había quedado dormido en un muladar las ratas le devoraron la cara, los brazos y las piernas. A Jenocles, hermano mayor de su madre, habían tenido que encadenarlo en una habitación cuando tenía treinta años, ya que, preso de una extraña rabia, quería morder a todo el que se le acercaba y le había arrancado una oreja de cuajo a un esclavo. Terminó sus días víctima de una infección provocada por él mismo al roerse la pierna derecha, que no reconocía como suya. Cleandra, tía de Aristóteles, se había ahorcado de una higuera un año después sin dar cuentas a nadie. Y la abuela, devastada por las desgracias de sus hijos y por una naturaleza en la que primaba la bilis negra, había decidido un buen día encerrarse en su habitación y no volver a lavarse ni a probar bocado. Por suerte, el hambre había ganado la carrera a la suciedad y, cuando la anciana murió, la pestilencia no había llegado a salir de su alcoba.

Según Platón, existían cuatro tipos de locura: la ritual, la poética, la erótica y la profética. Cuando le oyó clasificarlos así, Aristóteles pensó que ninguna de aquellas clases se correspondía con las muestras de vesania que había visto en su familia, y que debía haber una locura distinta, a la que él llamó locura-locura, que no servía a ningún fin y que se debía tan sólo a las fuerzas de la sinrazón y el caos que pugnaban por enturbiar el orden y la lógica del universo.

Su madre, Festias, parecía salvarse de aquella demencia, y mientras vivió su marido Nicómaco, médico del rey Filipo, se comportó en todo momento como una griega ejemplar, cumpliendo la máxima de Pericles de que lo mejor para una mujer era que no se hablara de sus acciones, buenas o malas.

Nicómaco falleció cuando Aristóteles tenía catorce años. Ese mismo verano, que fue especialmente caluroso e insalubre, se trasladaron a una casa que la familia tenía en Acrotoos. Aquella ciudad estaba en la cumbre del monte Atos, a tanta altura que en pleno verano había que salir a la calle con manto. De hecho, Acrotoos estaba tan alta que el sol salía allí varias horas antes que en la costa, y los lugareños comentaban que, cuando en Estagira cantaba el gallo, ellos ya estaban cansados de trabajar.

Un día, cuando aún no llevaban allí medio mes, Aristóteles observó algo extraño a la hora de cenar. Su madre le mezcló el agua con una quinta parte de vino, como

siempre, aunque los manantiales del monte Atos eran mucho más puros que los de la llanura y no había por qué tomar esa precaución. Pero además le añadió una cocción de hierbas que, según ella, le había recomendado el difunto Nicómaco, pues eran excelentes para atemperar los humores de la pubertad. El caso fue que Aristóteles se quedó dormido nada más cerrar los ojos y en el siguiente parpadeo descubrió que ya era de día. Se levantó con una extraña pesadez en la cabeza y sin recordar lo que había soñado. A la segunda noche, cuando su madre le mezcló la misma pócima con el vino, estuvo a punto de protestar, pero una mirada severa de Festias le convenció de que era mejor callarse. Tras levantarse con el mismo torpor al día siguiente, decidió que no volvería a beber aquello, y que además tenía que descubrir por qué su madre tenía tanto interés en que durmiera como un leño.

Esa tercera noche se las ingenió para derramar el líquido sin que su madre lo viera, y luego se retiró a su alcoba fingiendo tener mucho sueño. Después, cuando se suponía que ya debía haber caído en brazos de Hipnos y Morfeo, oyó voces en el piso de abajo, talones de pies descalzos percutiendo sobre las baldosas y, por último, el rechinar de los goznes de la puerta que daba a la calle.

Aristóteles se descolgó por la ventana, algo que a su edad no era ninguna proeza, y una vez en la calle vio una procesión de antorchas que se dirigía hacia el norte, en dirección al bosque. A la luz de la luna llena, siguió a las antorchas a cierta distancia. Poco después empezó a escuchar cánticos acompañados de flautas y crótalos, y sospechó que iba a presenciar algún ritual. Recordó entonces que eran las fechas en que se celebraban las fiestas en honor de Támiris, un bardo tracio que había hecho una arriesgada apuesta con las Musas: si las vencía en un certamen poético, se acostaría con las nueve, y si perdía, ellas le arrebatarían su talento.

Como ocurría siempre en tales casos, el audaz mortal fue derrotado. Pero a los participantes de la fiesta, que se habían reunido alrededor de una hoguera encendida en un claro, no parecía importarles que Támiris se hubiese visto frustrado en su deseo de yacer a la vez con las nueve Musas. Aristóteles, que se encaramó a las ramas de un abeto, vio con ojos atónitos cómo su madre fornicaba con hombres y mujeres en todas las posturas y combinaciones posibles, mientras los celebrantes sacrificaban animales, se bañaban en su sangre aún humeante y se comían sus vísceras crudas, todo ello sin dejar de copular entre gritos y cantos guturales. Y, aunque a Néstor no se lo confesaría, comprobó con horror que Festias no sólo fornicaba con humanos, así como tampoco se limitaba a devorar carne de bestias.

De este modo, Aristóteles presenció desatadas a la vez la locura ritual y la erótica, junto con un salvajismo sanguinario que hasta entonces había creído perteneciente a relatos de un pasado mítico. Mientras su madre seguía entregada a aquel frenesí dionisíaco, el muchacho huyó del claro, volvió a trepar a su alcoba, recogió unas cuantas cosas y en plena noche bajó del monte Atos a riesgo de despeñarse.

Desde entonces vivió con su tío Próxeno, y su madre debió sospechar lo que había visto, pues nunca le pidió que volviera con ella. Un par de años después Festias desapareció, y Aristóteles prefirió no pensar qué destino habría sufrido, dónde podían estar sus restos o en qué se habían convertido. Huyendo de la maldición familiar, el joven decidió viajar a Atenas, donde había oído que funcionaba un templo de la razón.

Así, a los dieciséis años, Aristóteles ingresó en la escuela de sabiduría de Platón. A las afueras de Atenas, en un bosquecillo de olivos consagrado a Atenea y a las Musas, había un gimnasio conocido como Academia en honor de Hecademo, un antiguo héroe de la ciudad. Junto al gimnasio se extendía un agradable paseo rodeado por una columnata y sombreado por árboles, y allí, desde hacía años, Platón se reunía con su círculo de discípulos. Con el tiempo, el filósofo ateniense había comprado un terreno aledaño para edificar una pequeña propiedad. En ella vivía y en ella alojaba a sus estudiantes predilectos, incluidos sus amantes. En cuanto a Aristóteles, aunque Platón no llegó nunca a sentir atracción física por él, le bastó entrevistarlo media mañana para comprender que nunca había conocido a un discípulo con tanto talento, ni probablemente llegaría a conocerlo. De modo que el estagirita fue uno de los pocos afortunados que se instaló en la morada del sabio y pasó a pertenecer a su círculo interno.

Casi sin pretenderlo Platón, lo que había empezado como una especie de *thíasos*, una cofradía semirreligiosa, se había convertido en una institución más especializada donde se estudiaba no sólo filosofía, sino también dialéctica, geometría, aritmética, astronomía y armonía. Mientras Aristóteles estuvo allí, llegó a haber más de veinte estudiantes fijos, entre ellos dos mujeres, Lastenia y Axiotea. Una de las estancias de la casa en la que empezaron a guardar unos cuantos papiros se convirtió en una biblioteca que crecía día a día y que pronto hubo que ampliar. El propio Platón confiaba más en la memoria, la conversación y la inspiración que en la lectura, pero Aristóteles pasaba horas allí dejándose la vista entre las apretadas líneas de los libros.

En aquel tiempo, Platón acababa de cumplir los sesenta años, pero aún conservaba el cabello oscuro, el andar erguido y los anchos hombros que de joven lo habían hecho temible en la palestra. Era un hombre en su plenitud, lleno de energía, que había compuesto ya grandes diálogos como *Protágoras, El banquete o Fedón*. Cuando Aristóteles llegó, estaba escribiendo la más ambiciosa de sus obras, *La república*.

Era una época de convulsiones. Epaminondas acababa de denotar en campo abierto a los espartanos, algo impensable hasta entonces, y Grecia no tenía un dueño claro. Tebas, Atenas y Esparta pugnaban por la hegemonía, y en los volátiles cambios de alianzas sólo conseguían debilitarse mutuamente; una situación de la que a la larga se aprovecharía Filipo.

Platón se sentía inquieto ante tantas mudanzas y revoluciones. Siempre había llevado muy mal los cambios. Habría preferido vivir en un pasado que ni siquiera él había conocido, en una Edad de Oro que tal vez nunca existió, en que los nobles no lo eran sólo de linaje sino también de mente y de cuerpo, y nadie les disputaba el derecho a mandar. Anhelaba descubrir la fórmula para fundar un estado que fuese eterno, perfecto, inmutable, un reflejo de los cielos en la tierra. Sociedades tan arcaicas y cenadas como Creta y, sobre todo, Esparta se acercaban a ese ideal, pero Platón necesitaba algo más. Pensaba que la razón por sí sola no podía llegar a la verdad, y que en ocasiones había que dar un salto en el vacío para recibir una revelación. De ahí que hubiese decidido recurrir a las visiones místicas.

Aquellas prácticas sólo las conocían los discípulos más íntimos, los que pertenecían al círculo interior. Platón no quería acabar como su maestro Sócrates, que había sido condenado a muerte por un tribunal de quinientos un atenienses por introducir nuevos dioses en la ciudad y corromper a la juventud. Aunque Platón era un hombre profundamente religioso, temía que alguien pudiera confundir sus prácticas con la brujería. Gracias a sus viajes, a sus contactos con pitagóricos y miembros de otras sectas, a sus ejercicios ascéticos y a sus propios experimentos con diversas drogas, se había convertido en lo que Néstor había denominado «chamán».

En la parte norte del jardín de la finca, escondida tras unos espesos setos y sombreada por unos sauces, se levantaba una caseta circular donde Platón se retiraba para sus experimentos místicos. En primavera del mismo año en que llegó Aristóteles, el primer día de targelión, con la luna nueva, se encerró allí tras decir a todos que partía de viaje al norte. Sólo les confió su secreto a su sobrino Espeusipo, que luego heredaría la Academia, y al propio Aristóteles, pues había comprendido que el joven estagirita sabía guardar silencio, virtud poco frecuente en un griego.

Tras pasar un día entero en ayunas, el maestro emprendió el viaje. Acababa de recibir de Persia una vasija con *haoma*, la bebida ritual que utilizaban los seguidores de Zoroastro, y la mezcló con otra pócima que había preparado él mismo. Después, ante la expectante mirada de Aristóteles, lo bebió todo sin apenas respirar, se tendió en el suelo y le pidió que cerrara los postigos.

Al cabo de un rato, el maestro pareció quedarse dormido. Aristóteles entreabrió una ventana y comprobó que la luz no lo despertaba. Al acercarse más a él, observó que su pecho no se movía. Pasado un rato se asustó y le acercó a la nariz y a la boca un espejo plateado, pero el metal no se empañó.

Aristóteles se quedó allí, vigilando el trance de su maestro. El único que entraba en la caseta era Espeusipo, que traía agua y comida para el joven. Los dos eran de la opinión de que Platón había llevado demasiado lejos el experimento y estaba muerto; porque, aparte de no respirar, la temperatura de su cuerpo había bajado. Pero pasaron los días y el supuesto cadáver no dio señal alguna de corromperse. Aristóteles, que

siempre había sido muy observador, reparó en que las uñas le crecían de forma apenas perceptible y las mejillas le adelgazaban un poco. Pero el cambio más espectacular se produjo el duodécimo día, cuando su cabello, que hasta entonces apenas tenía canas, se agrisó y se volvió blanco ante los ojos del joven discípulo.

Fue entonces cuando, tras proferir una especie de ronco estertor, el maestro abrió los ojos, y había en ellos una mirada de asombro y pavor que Aristóteles jamás olvidaría. Con voz sobrecogida, Platón exclamó:

—¡Recuerdo! ¡Recuerdo!

Aristóteles pensó que, tras aquel prolongado letargo, Platón querría comer o al menos beber, pero el único empeño de su maestro era contarle todo lo que había visto antes de que alguien o algo se lo borrara de la cabeza. Al principio mezclaba en su narración una especie de extraño idioma que en realidad no era tal, sino griego deslavazado, como un mosaico formado por teselas esparcidas al azar. Poco a poco, sus ojos recobraron cierta cordura y empezaron a enfocarse en lo que tenía delante, fue colocando las palabras en su sitio y ordenando las frases, y su discurso cobró lógica. Por fin, cuando terminó de contarle a Aristóteles un relato que poseía cierto sentido, le hizo jurar por Horco que jamás lo revelaría.

Pero ahora, treinta años después de su muerte, el sabio se había aparecido al más brillante de sus discípulos, el que más se había apartado de su pensamiento, para susurrarle: *«Cuéntalo, Aristóteles»*. Liberado por fin de su voto, el filósofo de Estagira le narró a Néstor el verdadero mito de Er.

Otras veces Platón había tenido la sensación de que se alejaba de su cuerpo, y contemplaba visiones brumosas de sitios desconocidos y remotos. Pero en aquella ocasión lo primero que pensó fue que se había excedido al mezclar el *haoma* con la mixtura de belladona, adormidera y beleño. Pues de pronto se vio fuera de su propio cuerpo, tendido en el suelo, y a su lado estaba Aristóteles, arrodillado. Allí se quedó, flotando dentro de la caseta, y tuvo tiempo de ver cómo su discípulo se levantaba para entornar una ventana y hasta le acercaba un espejo a la boca. Y cuando vio que el muchacho meneaba la cabeza con desaprobación, comprendió que había muerto.

Fue entonces cuando un viento inmaterial lo arrastró. Podía verse a sí mismo como una forma cristalina, una medusa aérea flotando bajo los rayos del sol, y detrás de él colgaba un hilo de luz tenue y sutil, un finísimo cordón umbilical que lo unía con su cuerpo. Concibió entonces la esperanza de seguir vivo, no porque tuviera un gran temor a la muerte, que en su *Fedón* había descrito como una liberación, sino porque aún le quedaba un ingente trabajo por terminar.

Sobrevoló la Academia y la ciudad de Atenas. Era ya de noche, y él veía las estrellas de colores diáfanos, como si le hubieran retirado un velo del interior de los ojos; o más bien, comprendió, porque las estaba contemplando con los ojos del alma.

El viento lo arrastró cada vez a mayor velocidad, primero hacia poniente y luego hacia el norte. Debajo, la tierra era negra como la pez y se confundía con las aguas. Empezó a oír gemidos y susurros a su alrededor, y vio que junto a él viajaban otros espíritus como el suyo, cada vez más numerosos. Sobre todos ellos volaba una sombra mayor, oscura y poderosa, con mirada de hielo, y cuando algún espíritu trataba de abandonar el sendero lo devolvía al redil con su negro bastón. Platón pensó que aquel debía ser el propio Hermes Psicopompo, escolta de las almas de los difuntos.

Llegaron a una vasta pradera rodeada de oscuridad por todas partes, donde los abandonó el Psicopompo. Allí podía verse la tenebrosa boca de una caverna que parecía taladrar el suelo; pero, al acercarse más, Platón se dio cuenta de que estaba suspendida en el aire, como una puerta hacia la nada. Sobre ella flotaba una gran luz, una puerta superior que conducía hacia las alturas celestiales.

Delante de ambas puertas se erguían los jueces del infierno, gigantes con cabezas de bestia, voces como aullidos retumbantes y miradas como espadas de hielo. Eran los antiguos dioses, terribles e incomprensibles para los mortales, quienes habían querido modelarlos como seres antropomorfos para pretender que podían manejarlos y de ese modo no sentir ante ellos el sobrecogido pavor que ahora experimentaba Platón. Tal vez los egipcios, con sus visiones aterradoras del mundo de más allá de la muerte, se acercaban más a representarlos como eran, aunque ante los ojos del espíritu aquellos jueces resultaban infinitamente más aterradores que la más brutal de las fieras.

Los muertos formaron en hileras ante los jueces, y Platón se puso en la suya. Sólo entonces se dio cuenta de que los espíritus presentaban colores más claros o más oscuros, y de que las almas más luminosas estaban construidas con lazos más cerrados y perfectos, mientras que las oscuras eran como engendros, diseños sin acabar, nudos con cabos al aire o senderos que no conducían a ninguna parte. El juez que les había correspondido, una especie de toro celestial con ojos como brasas de hielo y cuernos de geometría cóncava en cuyo interior brillaban las estrellas, separaba a un lado a unas y a otras. Las almas más perfectas ascendían hacia la luz, pero a las otras las precipitaba a la puerta de las tinieblas con un mugido implacable.

Platón se encontró desnudo ante el dios-toro. Había olvidado el hilo finísimo de oro que lo unía con su cuerpo, pero ahora el juez lo atrapó entre sus zarpas, tiró de él y lo acercó a sus ojos inexorables.

—Has intentado engañar a la muerte —dijo con una voz que hizo que el aire crepitara y se arrugara como un lienzo quemado—. Cuando llegue tu momento se te castigará a tormento eterno como a Sísifo. Ahora apártate, que luego irás al Río del Olvido con las almas retornadas.

El dios-toro soltó el hilo del alma de Platón, que entre sus garras se había

convertido primero en plata y luego en plomo, y mientras el filósofo veía cómo aquella hebra recobraba su color dorado comprendió que le había faltado poco para quedar descolgado de su cuerpo. Se apartó de la hilera, y vio que más allá de los jueces había otras dos aberturas flotando en el aire. Pero éstas no eran un lugar de partida, sino un punto de llegada. Por la abertura celeste de su izquierda bajaban almas de cristal convertidas en figuras geométricas, retículas brillantes de dimensiones cegadoras, como tejidos que hubieran quedado empapados en la inefable luz de las visiones que habían contemplado en mundos más allá de la imaginación. Esas almas que debían haber pasado mil años en los cielos intentaban contar sus experiencias, pero no existían palabras para ellas en ningún idioma humano y tenían que inventarlas; y aunque su murmullo de plata era incomprensible y alienígena para Platón, la belleza de sus voces hacía vibrar su alma con una armonía que durante el resto de su vida le haría llorar cuando intentara recordarla.

Pero por el pozo oscuro asomaban almas sucias, deformes. Parecían cuerpos vueltos del revés, con las vísceras colgadas en ángulos imposibles. Eran espíritus que habían sufrido en lugares inhóspitos donde la luz estaba compuesta de agujas que taladraban los ojos, los sonidos eran esquirlas de metal y arena fundida, el aire era una masa pesada y nauseabunda de vapores amarillos que abrasaban al respirar. Esas almas también intentaban expresar las torturas sin cuento que habían sufrido durante mil años, y sus voces eran un coro de grillos de hierro rayando con sus patas una inmensa pizarra.

Platón quería creer que las almas que descendían de la luz inefable habían sido recompensadas por sus buenas acciones en vida, por su heroísmo defendiendo a su polis o por su nobleza persiguiendo la sabiduría. También quiso pensar que los torturados eran los tiranos, los cobardes, los perjuros y los corruptos. Pero aunque los espíritus de los recién llegados intentaron hablar con él durante siete días, ni en setenta veces setenta años habrían encontrado palabras para narrar sus experiencias, y no llegó a saber quiénes eran aquellos personajes. Pasados esos siete días, los jueces hicieron retemblar el suelo con sus bastones y dijeron:

—¡Marchaos de aquí! Ahora vuestro destino ya no está en nuestras manos, sino en las de las Moiras inflexibles.

Así pues, las almas partieron de nuevo navegando en dos corrientes, la de los espíritus de luz pura que tintineaban como un arroyo de aguas transparentes y la de las almas torturadas que fluían como un río de lava enfangada que cruje y se resquebraja al avanzar. Entre ambas corrientes viajaba Platón.

Tras cuatro días de camino, llegaron a un lugar desde el que contemplaron una inmensa columna de luz, más pura y brillante que la del arco iris, que se levantaba desde la tierra hasta perderse en las alturas del cielo. Allí, los dos ríos de almas fluyeron hacia las alturas, uno a cada lado del pilar luminoso. Comprendió entonces

Platón que esa columna era el mismísimo eje del firmamento que perforaba la Tierra de parte a parte y se prolongaba por arriba y por abajo, atravesando las esferas de cristal de los cuerpos celestes, y que ese eje mantenía en su sitio todas las partes del Cosmos así como el cable maestro mantiene bien unida la tablazón de una nave de guerra.

Una por una, Platón cruzó con las almas las ocho esferas cristalinas que componen el Cosmos. Primero atravesó la esfera lunar, y al hacerlo sintió un momentáneo vacío, como si alguien le hubiera extraído la esencia de su alma y se la hubiera devuelto al instante. Miró hacia abajo y vio a sus pies la Tierra, tan lejos que se veía perfectamente todo su contorno. Distinguió mares, tierras e islas, pero no pudo ver a los hombres ni sus ciudades, y se dio cuenta de lo insignificantes que son las obras humanas.

Llegado a la región del éter inmortal, atravesó después la esfera en la que estaba encastrado el Sol. Pero Helios se hallaba en el cinturón del zodiaco, casi a un cuadrante de circunferencia de ellos, tan lejos que su luz no alcanzaba a cegarlos. Platón volvió a notar esa extraña sensación; podía traspasar las esferas porque éstas eran como la membrana de una pompa en el aire, o tal vez porque la materia de las almas era lo bastante sutil para atravesar aquel cristal perfecto.

A continuación cruzaron las esferas de los cuerpos errantes, Hermes, Afrodita, Ares, Zeus y Cronos, y cada una de ellas estaba rodeada por otras esferas de ejes excéntricos que causaban sus movimientos aparentemente azarosos. Tras dejar atrás Cronos surcaron un vacío inmenso, una infinitud de frío y nada, volando cada vez más veloces hasta llegar por fin a la gran bóveda, la inmensa esfera negra que giraba majestuosa arrastrando en su revolución todas las estrellas del firmamento.

Su viaje estaba a punto de terminar. Al acercarse a la cúpula sidérea, el eje del Cosmos se ensanchaba hasta unirse en tangente con ella. En aquel lugar, que no estaba ni dentro ni fuera de la gran esfera, se detuvo el fluir de las almas, y todas juntas, las de luz y las de fango, se mezclaron y giraron en un alborotado remolino alrededor del centro. Platón quedó suspendido sobre aquel vórtice en el que se revolvían la belleza y la fealdad, la virtud más excelsa y la depravación más monstruosa, el valor del guerrero que moría por su patria y la cobardía abyecta del que arrojaba el escudo y traicionaba a sus compañeros.

Pero los ojos de su mente ya no miraban al torrente de las almas. Allí, en el capitel de la gran columna del Cosmos, formando los vértices de un triángulo equilátero, había tres criaturas de luz y vapor, seres de formas fluctuantes, nubes plagadas de apéndices sinuosos que se volvían de dentro afuera y de fuera adentro.

De la boca de una de aquellas criaturas, parecida a un gusano, brotaba una trenza formada por millones de esférulas de colores que se retorcía en el aire. La segunda criatura usaba sus miles de patas para girar aquella trenza, retorcerla y dibujar con

ella lazos y formas geométricas. Y de pronto la tercera se condensaba en la forma de un cangrejo monstruoso y con su pinza gigante la cortaba. Platón comprendió que estaba ante Cloto, Láquesis y Atropo, las tres Moiras, y que aquel lugar era el Templo del Destino.

Mientras sus manos infinitas se dedicaban a trenzar, medir y cortar, los ojos de las Moiras, globos blancos e inexpresivos, barrían con haces de luz el río de los muertos. Debajo de su luz gélida, el vórtice iba perdiendo sus colores, tanto los brillos inefables de las almas bienaventuradas como la oscuridad y la mugre de los torturados. Platón comprendió que aquella corriente formada por los propios espíritus era el Leteo, el Río del Olvido, y que era la mirada de las diosas del destino la que arrebataba a las almas la memoria de sus vidas pasadas, de sus recompensas y de sus castigos.

Ahora volved a la vida libres de recuerdos, cantaban las Moiras en turbadores intervalos de quinta, pues nadie debe revelar lo que ha visto en dimensiones que no le pertenecen. Vais a comenzar una nueva carrera mortal en un cuerpo portador de la muerte. No seremos nosotras ni ningún dios quien elija vuestro futuro, sino vuestra elección y el azar. La responsabilidad es vuestra.

Cuando los ojos terribles de las Moiras terminaron de borrarlo todo, luces y sombras, el río se convirtió en una corriente formada por innumerables hilos de cristal transparente. Sólo entonces se detuvo en su giro, y enseguida empezó a fluir en sentido contrario y se hundió en un veloz remolino, como agua tragada por un sumidero. Pero el espíritu de Platón se quedó allí, flotando unos instantes más en la cima del Cosmos. Entonces los ojos de Atropo se posaron en él con su luz lancinante. Bajo su mirada, Platón sintió un frío que ningún cuerpo mortal podría haber experimentado, y una desnudez terrible, porque no tenía manos para cubrirse las vergüenzas. Los ojos de la Moira veían su interior y a través de ellos también lo contemplaba Platón. De repente, todas las grandezas y virtudes de su alma se le aparecieron pequeñas y miserables, pues detrás de cada una de ellas se escondía un motivo mezquino, egoísta o simplemente grotesco.

Has contemplado lo que no debías ver, mortal. Vive recordando y temiendo. Cuando se cumpla un gran ciclo, volverás ante los jueces y recibirás la justicia que te corresponde.

Platón sintió un instante de terror indescriptible, y fue entonces cuando, según comprendió Aristóteles al escuchar su relato, su cabello encaneció de repente. Su alma gritó, con un aullido que arrancó ecos a la bóveda del cielo. En ese momento el hilo de oro que aún unía su cuerpo y su espíritu tiró de él, y se precipitó de vuelta hacia la Tierra sin dejar de gritar, y un segundo después estaba despierto en la caseta de los jardines de la Academia.

—Después de aquel día, no quiso volver a hablarme de su viaje espiritual, y

jamás se atrevió a entrar en trance de nuevo. Aún así, terminó la República y reflejó su experiencia, aunque en la obra el viaje no lo hacía él, sino un guerrero panfilio llamado Er, y sustituía el pavor que había sentido por un mensaje de esperanza. Pero después, ya fuera por miedo o por evolución natural de su pensamiento, se apartó del misticismo, su filosofía se hizo más fría y analítica, y su carácter más retraído y pesimista. Por fin, casi veinte años después, cuando se cumplió el ciclo metónico predicho por la Moira, mi maestro murió. Y eso es todo.

Néstor dejó el cálamo a un lado. Había copiado lo más rápido posible, y le dolía la muñeca. Dejó el papiro sobre una bandeja y se frotó las manos contra las rodillas para secarse el sudor.

—Debes llevarle lo que has escrito a Alejandro. Él sabrá qué hacer.

—No lo entiendo —confesó Néstor—. ¿Por qué?

—Mi maestro me habló en el sueño con palabras parecidas a las que escribió al final de la *República*, pero sutilmente distintas. En su libro eran: «De este modo, Glaucón, se salvó y no se perdió el mito de Er. Y también nos salvará a nosotros si obedecemos sus enseñanzas, para que atravesemos con bien el río del Olvido y nuestra alma no se contamine». Pero en el sueño me advirtió: «Cuéntalo y salva a todos», sin mencionar el alma. Lo que me hace pensar que no se refería a una salvación espiritual.

—¿A cuál si no?

Aristóteles respiraba cada vez con más dificultad. Había hablado casi dos horas seguidas. En aquel momentáneo silencio, Néstor volvió a oír la música de la fiesta; o tal vez, absorto en el relato, había dejado de captarla. Alguien llamó a la puerta de la casa, con golpes secos e impacientes. ¿Algún invitado borracho que se apuntaba a última hora, como el Alcibíades del *Banquete*?

—Mis ojos ya apenas ven, y desde que empezó el verano no he salido de esta alcoba. Pero hasta ese día había seguido con atención los movimientos de Ícaro. El cometa tarda cada vez menos días en girar alrededor de la Tierra. ¿Sabes lo que significa eso?

Néstor no lo había pensado nunca. Ahora comprendió que tal vez había preferido no pensarlo, porque antes de que Aristóteles hablara supo cuáles iban a ser sus palabras.

—No está orbitando en círculos como los demás astros —dijo el anciano—. Ícaro está girando en espiral. Y toda espiral acaba cerrándose en un centro.

—Así que el cometa va a estrellarse contra la Tierra...

—Los dioses han decidido destruir de nuevo a la humanidad, como ya hicieron varias veces en el pasado. Yo no lo veré, Néstor. —Un acceso de tos le interrumpió. Cuando recobró el aliento, dijo— : Pero si el sueño que he tenido proviene de la puerta de cuerno y es verdadero, la única salvación posible para todos vosotros se

encuentra en el mito de Er.

—¿Y por qué he de entregarle esto a Alejandro?

Aristóteles cerró los ojos y suspiró. Pasado un rato, contestó haciendo un gran esfuerzo: —Una vez se empeñó en consultar al oráculo de Delfos fuera de la fecha lícita. La Pitia acabó rindiéndose y le dijo: «Alejandro, eres irresistible». Sólo alguien tan soberbio que se cree un dios puede tener la audacia de escalar el cielo para enfrentarse al destino.

Néstor agachó la cabeza. Por desgracia, sospechaba que Alejandro, aquel dios entre los hombres, no viviría mucho tiempo.

Néstor dio a Aristóteles una buena dosis de jugo de amapola y lo dejó dormido. Pese a la droga, la respiración del anciano era entrecortada. Su pecho descarnado subía un poco y se quedaba quieto, como reacio a desprenderse de aquel aire tan precioso que tal vez no sería capaz de volver a introducir en su cuerpo; después lo soltaba con un silbido y volvía a empezar. Néstor se preguntó si el sabio de Estagira vería otro amanecer y salió de la estancia.

La música había cesado, y las voces que se escuchaban eran destempladas; quizá entre los asistentes había surgido alguna discusión desagradable y el vino les había terminado de caldear los ánimos. Pero cuando Néstor entró en el patio, vio que muchos de los invitados se habían ido ya, y otros se apresuraban a recoger sus estolas y sus mantos de verano para marcharse. Habían quitado las mesas, y al lado de la alberca, Gayo Julio le gritaba a un hombre de pelo gris, tan alto como él y mucho más corpulento, vestido con una toga purpurada. El tribuno señalaba con el dedo a su interlocutor y por un momento pareció a punto de agredirle, pero Escipión y otro invitado lo contuvieron.

Sólo entonces reparó Néstor en que el peristilo estaba plagado de lictores. Cuando trató de acercarse a Gayo Julio para comprobar qué pasaba, dos de ellos le salieron al paso y le aferraron por los codos. Intentó zafarse de ellos, pero un tercero se acercó y levantó sus fasces en gesto amenazante; entre las varas de abedul asomaba la cabeza negra de un hacha afilada, y Néstor comprendió que el hombretón con el que estaba discutiendo Gayo Julio era el dictador de Roma.

También tenían apresada a Clea; ella debía haber forcejeado con más empeño que Néstor, porque se le había caído el fino manto amarillo y se le había soltado el moño sobre un hombro. Uno de los lictores, un tipo casi tan alto como el dictador y que no tendría menos de sesenta años, golpeó el suelo con sus fasces y exigió silencio. Otro hombre vestido con toga y con la cabeza cubierta se adelantó y declamó con voz solemne:

—Yo, Publio Sempronio Tuditano, en nombre de los decenviros para las cosas sagradas, declaro que hemos abierto los sótanos del templo de Júpiter Óptimo

Máximo y el arca de piedra que contiene los Libros Sibilinos. Siguiendo el procedimiento de las sortes, hemos abierto al azar los libros y la respuesta de los dioses es la siguiente: Roma sólo se purificará cuando se entierre vivos en un campo regado con sangre a dos extranjeros recién llegados que son una mancilla para la ciudad, una mujer griega y un hombre celta.

—¿Y los habéis abierto al azar? —dijo Gayo Julio—. ¡Qué casualidad tan oportuna! —Y añadió dirigiéndose a los lictores que tenían inmovilizado a Néstor—: Ese hombre no es ningún celta. ¡Soltadlo!

—No blasfemes, tribuno, si no quieres que tu cabeza ruede aquí mismo —respondió el dictador. Por su voz, Néstor se dio cuenta de que estaba borracho; lo cual no mejoraba precisamente la situación—. Si ese hombre no es celta, entonces es que yo soy persa. ¡Llevaos a los prisioneros al Tuliano! La sentencia se ejecutará mañana mismo.

Clea dirigió a Néstor una mirada de desesperación. Él trató de reconfortarla con algún comentario, pero no se le ocurrió ninguno. Demasiadas emociones para una noche. Aristóteles le había cargado con la responsabilidad de salvar a la humanidad, y ahora no era capaz de salvarse a sí mismo.

Cuando se llevaron a Agatoclea y a Néstor, Perdicas suspiró, extrañamente aliviado. Ni siquiera él sabía muy bien por qué, pero no quería que el médico regresara a Posidonia. Y, al fin y al cabo, ¿no era Crátero quien estaba al mando de la embajada? Que recayera en él su fracaso.

Crátero se acercó al dictador con las manos levantadas, para que quedara claro que no iba a intentar agredirle. Papirio hizo un gesto a sus escoltas, que se apartaron.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó, y el intérprete que le acompañaba tradujo sus palabras—. No me pidas que te devuelva ya a los prisioneros. Ni siquiera el derecho de gentes tiene prioridad sobre los libros sagrados.

—Creo que vuestra ciudad posee la semilla de la grandeza —respondió Crátero—. La mayoría de los romanos me han parecido gente noble y de honor. Es una lástima, porque si enterráis vivos a la esposa de Alejandro y a ese hombre, que no es celta, os vaticino algo para lo que no necesito consultar ni los Libros Sibilinos ni el oráculo de Delfos. Roma va a sufrir un destino aún peor que el de Tiro y Tebas. Cuando arrasemos vuestras murallas y destruyamos vuestros templos, sembraremos esta tierra de sal, quemaremos todos los libros y borraremos todas las inscripciones en que se hable de vuestra ciudad. ¡Eso te lo juro yo, Crátero, general de Alejandro!

Dos de los guardaespaldas del dictador levantaron sus hachas, y Perdicas temió que Crátero hubiera ido demasiado lejos con sus amenazas. Pero Papirio ordenó a sus hombres que se apartaran. Después se adelantó hacia Crátero recogiéndose los bajos de la toga para no tropezar y le respondió:

—¡Cuando nuestras legiones aplasten a vuestras falanges, macedonio, llevaremos

la guerra a vuestro país y seremos nosotros quienes lo arrasaremos! ¡Pero tú, insolente bárbaro, tú no vivirás para ver ese día! ¡Ya me encargaré yo de ensartarte los hígados con mi propia lanza y arrastrar tu cadáver hasta el Foro Boario para rajarlo en canal y colgarlo junto con las demás reses!

Crátero soltó una carcajada al oír la traducción de aquella bravata. El dictador enrojeció aún más y, temblando de ira, le clavó un dedo en el pecho. El general de Alejandro ni siquiera parpadeó, aunque Papirio le debía estar echando el aliento en la cara.

—¡Ahora, marchaos de aquí! ¡Volved con vuestro amo y decidle cómo nos las gastamos los romanos! Os doy un día de ventaja. Después os daré caza como a alimañas. ¡Fuera!

Los macedonios, el dictador y su séquito ya se habían ido, al igual que todos los invitados. Escipión, como pretor, salió también para verificar que los lictores llevaban a Néstor y a Agatoclea hasta el Tuliano sin maltratarlos o perderlos misteriosamente en algún callejón.

Gayo Julio se dejó caer en un banco del peristilo. Las piernas le temblaban tanto de ira y frustración que apenas le sostenían. Su hermana se sentó a su lado y le cogió las manos.

–Ese miserable... —masculló Gayo—. Con tal de salirse con la suya, no tiene reparo en manipular a su antojo lo más sagrado.

–Le llegará su momento, Gayo. Cuando uno fuerza la voluntad de los dioses, ellos se vengan.

—¡Claro que le llegará su momento! Yo mismo me aseguraré de ello. Alguien que había permanecido entre las sombras durante todo el incidente se acercó a ellos. Era Eshmunazar.

—Por favor, Julia, déjanos solos.

Su hermana salió del patio con una mirada indescifrable. El embajador de Cartago hizo amago de sentarse al lado de Gayo, pero éste se incorporó.

—¿Qué quieres tú ahora?

—¿Hace falta ser tan brusco, noble tribuno?

—No estoy de humor para regateos, Eshmunazar.

—¿Alguna vez lo has estado? Los romanos sois malos mercaderes, Gayo Julio, y no se os da bien el arte de especular y negociar. Me has entregado tu información estos días con cicatería, como el goteo de una clepsidra. Te has reservado a tu prisionero para esperar el momento en que sacarías más ganancia por él. Ahora lo has perdido todo, tus quince talentos de oro y esto. —Le mostró un papiro cerrado con lacre sin sello.

—¿Qué es eso?

—El último informe de Sinón. Podrías haber ganado prestigio presentándoselo tú al dictador. Ahora lo hará otro, tal vez yo mismo. —El cartaginés se guardó de nuevo la carta y, antes de alejarse, dijo—: Adiós, Gayo Julio. Esperaba más de ti.

Yo también esperaba más de mí, se dijo él, retorciéndose los dedos a solas en el patio. Cuando enterraran a Néstor y Agatoclea, con ellos enterrarían también los restos de su honor. No había sabido proteger a sus propios rehenes, y todo el mundo se burlaría de su desprendido gesto en el Senado cuando los embajadores se marcharan de Roma con los quince talentos de oro. Eso, si Papirio no decidía robárselo a los enviados macedonios y confiscarlo para el erario o para su propia bolsa.

Algo le hizo levantar la mirada al cielo. El resplandor del cometa se adivinaba sobre el peristilo, pero su cabeza aún no había asomado. Entonces apareció una sombra humana encima del tejado, que se movió con la agilidad de un gato, saltó al patio y desapareció tras unos arbustos. Gayo Julio se puso en pie y buscó bajo su ropa el puñal que siempre llevaba escondido. Acababa de sacarlo cuando oyó una voz a su espalda.

—No te muevas. Estarías muerto antes de darte la vuelta.

A Gayo se le erizó el vello de la nuca. El miedo físico no era una sensación familiar para él, pero ahora lo sintió en las tripas, y tuvo que apretar los músculos del abdomen.

—Conozco tu voz —dijo.

—Es halagador. No cruzamos tantas palabras.

—¿A qué has venido? ¿Por qué has abandonado tu puesto?

—Hace mucho que no doy cuentas a nadie de mis actos, Gayo Julio. Vuelve a sentarte. Necesito que me des instrucciones para orientarme por las calles de Roma.

VIRTUDES DE LA LÍNEA RECTA

Neo seguía castigado en su alcoba, muerto de aburrimiento y, a ratos, de melancolía. Ni siquiera le dejaban jugar con sus soldados de madera: su madre tan sólo le permitía tener los rollos de papiro con los versos de la *Ilíada*. A Neo no le gustaba hacer el esfuerzo de deletrearlos; como mucho de oírlos, y no demasiado rato, porque se cansaba de escuchar cómo unos guerreros atravesaban las tripas de otros con sus lanzas de bronce o esparcían sus sesos por el suelo. Prefería las aventuras de Ulises, sobre todo la parte en que bajaba al infierno y conseguía regresar vivo de allí. Pero su maestro de letras se negaba a dejarle una copia de la *Odisea* hasta que memorizara todo lo que tenía que aprender de la *Ilíada*.

Por lo menos, ya se podía tumbar boca arriba para dormir, aunque las heridas de las posaderas aún le dolían cuando se sentaba. A Cadmia la dejaban subir a jugar con él un rato, y era el momento en que su hermana le ponía al día sobre las noticias de la casa y lo que se comentaba por el campamento; de lo primero estaba bastante enterada, pero en cuanto a lo segundo su peculiar visión, la de una niña, no convencía demasiado a Neo.

—Mamá dice que puedes bajar a verla —le dijo la mañana del noveno día. Cuando Neo dio un salto de alegría, la niña apagó su entusiasmo—: Sólo puedes ir a su habitación. Luego tienes que subir otra vez.

—¿A su habitación? ¿Por qué?

—Sigue sin levantarse de la cama.

Neo se ató las sandalias, pues a Cleopatra no le gustaba que anduvieran descalzos por la casa. Después siguió a su hermana escaleras abajo, preocupado por su madre. Estaba convencido de que iban a ocurrir más desgracias en la casa. Lo que le había pasado a *Argo* no servía para cumplir aquella pesadilla que no conseguía recordar bien. Cuando la tuvo, se había despertado con la sensación de que quien moría era una persona, no un animal. En aquel momento había pensado en Perdicas, que era un soldado y partía en una misión peligrosa; pero ahora le inquietaba que su madre llevara tantos días sin levantarse.

—No le va a pasar nada —le dijo su hermana mientras bajaban las escaleras.

Sí, eso podía pensarlo ella, porque sólo tenía ocho años y veía la muerte tan lejana como la remota Hiperbórea. La muy inconsciente no se daba cuenta de que Tánatos acechaba tras cualquier esquina, incluso debajo de esa escalera de mármol por la que bajaban ahora. ¿Qué pasaba si uno de los dos se resbalaba y se golpeaba con el borde de un escalón en la sien? Cadmia nunca pensaba en esas cosas.

En cambio, a Neo siempre le había obsesionado la muerte, desde que siendo muy pequeño llegó a casa la noticia de que su padre había perecido en Italia. No se acordaba de él. Sabía, por lo que le habían contado, que había estado en Epiro cuando él tenía unos meses, en uno de los viajes invernales que realizaba desde Italia cuando el mal tiempo interrumpía durante unos meses las campañas militares. Y, como Neo ya sabía de sobra de dónde venían los niños, sospechaba que Cadmia había sido engendrada en ese lapso de tiempo.

Pero lo que sí conservaba era la visión de algo que ocurrió meses después, el primer recuerdo del que tenía conciencia. Él estaba tumbado en la cuna. Su madre, vestida con una túnica verde y el cabello recogido con una cinta a juego, se inclinaba sobre él y le hacía cosquillas en la tripa. En ese momento una mujer le entregaba un papiro con lacre rojo y ella lo desenrollaba. Cuando apenas llevaba un rato leyéndolo, se llevaba la mano al corazón y empezaba a llorar. Después levantaba a Neo de la cuna y lo apretaba contra su pecho.

Su madre decía que era imposible que recordara eso, porque Neo era demasiado pequeño, poco más de un año, y todo el mundo sabía que hasta por lo menos los tres años los críos no se acuerdan de nada. Pero Neo insistía. Cuando le habló a su madre de la túnica y la cinta verdes y añadió el detalle de que llevaba un colgante en forma de escarabajo, ella le dijo que dejara de inventarse historias, y que seguro que esos pormenores se los había contado una esclava.

Últimamente, Neo tenía sus dudas. ¿Y si era verdad que se lo habían contado y él, a fuerza de repetir tanto en su cabeza aquellas imágenes, había llegado a creer que eran un recuerdo de verdad? Pero el hecho era que su primera memoria, auténtica o inventada, estaba relacionada con la muerte, y desde entonces no había dejado de obsesionarse con ella.

Tenía cinco años cuando su madre, que les contaba muchas historias de mitología, les narró la de Asclepio. Este médico, hijo del dios Apolo, estaba en casa de Glauco, un paciente que acababa de morir tras una larga enfermedad. Mientras andaba ensimismado pensando qué podría haber hecho para curar el mal de Glauco, una serpiente se acercó y se enroscó en su bastón. Asustado, Asclepio le dio la vuelta al bastón y golpeó el suelo con él hasta que consiguió matar al reptil aplastándole la cabeza. Para su asombro, apareció en el suelo otra serpiente que llevaba una hierba en la boca, y dándosela a la primera la resucitó. Asclepio le quitó la hierba y se la aplicó a Glauco, que milagrosamente también revivió. A partir de ese momento, y a cambio de oro, el hijo de Apolo resucitó a otros muertos, entre ellos a Tindáreo, Capaneo y Licurgo. Pero cuando Ártemis le ofreció una recompensa para que le devolviera la vida a su fiel Hipólito, Zeus decidió que aquello había llegado demasiado lejos. ¿Qué diferencia habría entre dioses y hombres si éstos conseguían burlar a la muerte? De modo que lo fulminó con un rayo. Cuando Apolo protestó por la muerte de su hijo,

Zeus convirtió a Asclepio en un dios; pero, desde el momento en que el médico compartió con los demás olímpicos la inmortalidad, decidió que era un privilegio demasiado valioso para entregárselo a los demás humanos y jamás volvió a resucitar a nadie más.

Al oír esa historia, Neo se puso a llorar y se hundió en una profunda depresión de la que nunca había llegado a salir. ¿Por qué, se preguntaba, no había nacido antes, cuando Asclepio aún resucitaba a los difuntos? ¿Por qué había tenido la mala suerte de nacer después, en esta época tan oscura en la que nadie tenía esperanzas de sobrevivir a la muerte? Se atormentaba pensando en ello, sobre todo por la noche, a solas en la cama. Cuando se daba cuenta de que todo tendría un final y de que o se convertiría en una sombra gris en las cavernas del Hades o, peor aún, simplemente no habría nada, sólo una negrura que ni siquiera percibiría porque él tampoco sería nada, le entraban pálpitos y sudores fríos.

Entró en la habitación de su madre, detrás de Cadmia. Cleopatra estaba en la cama, incorporada y con la espalda apoyada en gruesos almohadones. Tenía el pelo negro suelto sobre los hombros y estaba tan pálida que no necesitaba maquillaje. Neo no pensó en eso, tan sólo en que la veía tan guapa como siempre. Un pequeño *daimon* en su interior le dijo que debería odiarla por tratarle tan mal, pero era incapaz, así que se acercó a la cama para abrazarla.

Alguien se interpuso en su camino, sonriente. Era Ego. Aún tenía el labio y la nariz hinchados, aunque, según le había contado Cadmia, «por suerte para ti no le has roto la nariz». Entre los pelos de la ceja izquierda le asomaban unas puntadas negras. El hijo de Alejandro sonrió y le tendió la mano.

—Te perdono, primo —dijo con la voz atiplada que adoptaba cuando quería fingir que era lo que debería ser, un mocoso de seis años.

Con Ego de por medio, Neo no podía acercarse más a la cabecera de la cama para darle un beso a su madre, y ella no hizo ademán de pedírselo. Al contrario, acarició los cabellos de Ego y dijo:

—Lo siento, Neo, pero aunque tu primo haya tenido la generosidad de perdonarte, hasta que no tenga la cara curada del todo no te levantaré el castigo.

—Eres demasiado dura con él —dijo Roxana desde un extremo de la alcoba. Estaba de espaldas junto a una mesa, por lo que Neo no podía ver lo que hacía. La bactria se volvió hacia la cama. Su perfil era tan hermoso que Neo, que llevaba días sin verla, se dio cuenta de que estaba enamorado de ella.

¡Y además, le defendía! ¿Cómo una mujer tan maravillosa podía tener un hijo como Ego?

—Algún día gobernará. Debe saber que sus actos tienen consecuencias —respondió Cleopatra. Neo tragó saliva. Era demasiado pequeño para sobrellevar con estoicismo y paciencia la injusticia, y se le había hecho un nudo en la garganta.

Roxana se acercó a la cama y le dio a Cleopatra un cuenco humeante que ella misma había removido con una varita de marfil.

—No sé si Néstor te habría servido para algo —dijo—, pero desde luego ese médico que te está atendiendo es un inepto que mejor haría en dedicarse a cuidar camellos. Yo también perdía sangre en el tercer mes de embarazo. Tenía que guardar reposo y no moverme de la cama.

—¿También tenías fiebre? —preguntó Cleopatra.

Roxana se quedó pensando unos instantes, como si tratara de recordar.

—Sí. Bueno, en realidad no sé si era la fiebre o el calor. ¡No te puedes imaginar lo que es el calor pegajoso de Babilonia! Pero me tomé esta cocción y todo salió perfecto. Mira qué niño tan guapo tengo —añadió, dedicándole una sonrisa deslumbrante a Ego. Maldición, pensó Neo, ¿cómo podía no darse cuenta de que su hijo era un monstruo?

Cleopatra probó la infusión y arrugó un poco el gesto.

—¿Qué es?

—La mayoría de los ingredientes no tienen nombre en griego —contestó Roxana, sentándose en la cama y aprovechando para ahuecar un poco los almohadones—. Son hierbas de la India. Aprendí muchos secretos cuando estuve allí. Deberías haber conocido a Calano, el gimnosofista. ¡Qué personaje!

—¿Ése no fue el que hizo una pira, prendió fuego y se metió dentro? —preguntó Neo.

—Neo, no hables si no te lo piden —le regañó Cleopatra, con voz cansada.

—Déjale, Cleopatra. Es bueno que sea un niño curioso.

—Roxana le miró y pareció hablar sólo para él, y sin saberlo Neo cayó en el hechizo de túnel de sus ojos que había cautivado a tantos hombres—. Sí, es cierto. Calano era un sabio que nos siguió desde Taxila. En realidad se llamaba Asvaghosa, pero le llamábamos así porque cuando aún no sabía griego saludaba a Alejandro diciendo «kalyana». Jamás he visto a nadie que conociera tanto sobre plantas y hierbas medicinales —añadió dirigiéndose a Cleopatra, y Neo, que había contenido la respiración mientras ella le miraba, soltó el aire por fin—. Si Calano hubiese seguido vivo cuando llegamos a Babilonia, seguro que habría curado a Alejandro aún más rápido que Néstor cuando ese desalmado de Casandro intentó envenenarlo. Puedes fiarte de su sabiduría, Cleopatra, así que tómate esto.

Tras apurar el cuenco, Cleopatra despidió a Neo y le dijo que volviera a su cuarto. Al salir de la alcoba, el niño volvió la vista atrás. Su madre ya no le estaba mirando, pero Roxana sí. Estaba muy seria y tenía los ojos entrecerrados, como si cavilara algo. Pero al instante los abrió y le regaló otra de sus deslumbrantes sonrisas. Neo subió la escalera pensando que, si los dioses fueran justos, harían un cambio de hijos, y entregarían a Ego a Cleopatra, ya que tanto parecía apreciarlo, y a él lo dejarían con

Roxana.

Después de aquella primera noche Demetrio y Gorgo volvieron a acostarse unas cuantas veces. Antes de hacerlo, tenían que concertar sus citas en rápidos susurros para que Euctemón no sospechara. En su tercer encuentro, mientras cuchicheaban en la cama después de hacer el amor, Demetrio le había dicho a Gorgo que creía que su hermano se había enamorado de ella. O, al menos, algo parecido.

—¿Qué he hecho yo para merecer ese castigo? —dijo Gorgo.

Él se rió por lo bajo, pero en su interior se sintió un poco ruin. Siempre había defendido a Euctemón, y dejar que ella se burlara de él constituía una especie de traición. Pero se dejó llevar y, en la oscuridad de la tienda, le confesó a Gorgo que estaba cansado de lidiar con las rarezas y manías de su hermano, y que la mayoría de las veces no obtenía ninguna compensación por ello. Luego se acordó de que al otro lado de la mampara de mimbre estaba el oficial paralítico y bajó la voz.

—¿Él se da cuenta de que...?

Gorgo le tapó la boca.

—Chsss. A él le gusta que yo esté bien, y basta. Lo único que tienes que hacer tú es conseguir que me sienta bien.

Los Agriopaides, como las demás unidades del ejército, continuaban con sus duelos de espada, en los que el propio Demetrio tomaba parte sin demasiado entusiasmo, y celebraban sus propios torneos apostando el sueldo que se les adeudaba. Gorgo también participaba en ellos y ambos se cruzaban alguna que otra vez. La mujer era rápida y hábil, y golpeaba con decisión. En cuanto a su fuerza, Demetrio ya había comprobado en propia carne lo nervudos que eran sus brazos y sus piernas; como guerrero, Gorgo no era la mejor ni la más fuerte del batallón, sin duda, pero superaba a muchos hombres y le sobraban virtudes militares como para formar en la primera línea de batalla.

Euctemón seguía enfrascado en su rutina de la esgrima geométrica. Los demás se habían aburrido de mirarle y como mucho se llevaban un dedo a la sien en un gesto elocuente, pero Demetrio había observado que los movimientos de su hermano eran cada vez más rápidos, directos y contundentes.

Por fin, un día, Euctemón se acercó a la palestra improvisada donde se batían los demás. Señalando a Cérdidas con la punta de la espada, le dijo:

—Pelea conmigo.

El tarentino se volvió con sonrisa fanfarrona. Demetrio, que en ese momento se estaba batiendo con Filo, se interrumpió para mirar. Cérdidas no era el mejor de los Agriopaides, pero en los torneos que organizaban a diario casi siempre quedaba entre

los ocho primeros. Entendía que su hermano quisiera vengarse de la humillación de su primer duelo; pero, si quería poner a prueba su teoría geométrica de la esgrima, debería haber elegido para empezar a otro adversario más fácil.

—A cinco toques —dijo Cérdidas, embrazando el escudo.

Todos los demás duelos se interrumpieron, y los soldados, previendo diversión, formaron un círculo alrededor de la arena. Cérdidas adelantó el escudo sobre su pierna izquierda y levantó la espada sobre la cabeza. Euctemón, en cambio, adoptó una guardia más baja. Por curiosidad, Demetrio se movió por el corro hasta colocarse detrás de Cérdidas, pues quería saber qué visión tendría éste de su hermano. Descubrió que la postura de Euctemón tenía su lógica, pues la espada quedaba prácticamente oculta tras el escudo.

—¡Empezad! —dijo Gorgo, que se había nombrado a sí misma árbitro del combate.

Cérdidas debía tener prisa, porque adelantó la pierna derecha y directamente lanzó un tremendo tajo contra la cabeza de Euctemón. Éste levantó el broquel para interceptar el golpe; al mismo tiempo flexionó la rodilla izquierda, se agachó bajo su propio escudo y, aprovechando que Cérdidas se había acercado, le golpeó con todas sus fuerzas en la parte interior de la rodilla derecha. El tarentino soltó un aullido y retrocedió saltando a la pata coja entre maldiciones.

—¡Ese cabrón me ha dado un golpe bajo! —Enojado, tiró el escudo al suelo y se volvió hacia Gorgo—. ¡Tirar a las piernas es de cobardes!

—Si hubierais peleado con espadas de verdad, ahora estarías en el suelo y él te habría rematado —le dijo Gorgo, con los brazos en jarras—. ¿Crees que si les enseñas a los romanos esas preciosas pantorrillas tuyas no van a aprovechar la oportunidad de clavarte la espada en ellas? ¡Vamos, vuelve a la pelea! Vas perdiendo uno cero.

Cérdidas se mostró más prudente después de aquel golpe y mantuvo la distancia. La primera vez que él y Euctemón habían peleado, el tarentino se había dedicado a rodearle, pero ahora no podía hacerlo. Los heraldos, que recorrían el campamento cada pocos días pregonando los cambios en las reglas, habían dicho que los rivales debían luchar sin salirse de un pasillo de tres codos de ancho, y que quien pisara las rayas laterales más de tres veces sería descalificado. El juego de los pies quedaba reducido a avanzar y retroceder.

Todos estaban sorprendidos, y Demetrio el primero. Ahora que tenía a un rival frente a él, los obsesivos movimientos que había practicado Euctemón cobraban sentido. Los golpes que le lanzaba Cérdidas los interceptaba con el borde del escudo, o retrocedía para esquivarlos, pero no trababa su espada con él si podía evitarlo. Cuando lanzaba un ataque, lo hacía a fondo y sin temer las consecuencias. Viendo a su hermano, Demetrio comprendió mejor cuál era su propio punto flaco. Cuando él

dirigía una estocada contra su rival, algo le retenía el brazo y le robaba a su movimiento medio palmo de distancia; una mezcla de renuencia a golpear y herir de verdad, y temor a acercarse al arma enemiga. Pero Euctemón no albergaba tales dudas; lo más probable era que dentro de su extraño cerebro viera una línea recta entre la punta de su espada y el blanco elegido en el cuerpo de Cérdidas, y se limitaba a trazarla de la forma más práctica y certera posible. Además contaba con la ventaja de una espada más larga y unos brazos desproporcionados para su cuerpo.

Cuando Cérdidas iba perdiendo tres a cero, ya estaba acobardado y se mantenía a la defensiva. Euctemón amagó con tirarle otro tajo a la rodilla, y cuando su adversario bajó el escudo para bloquearlo, cambió la trayectoria de su golpe y lo convirtió en una estocada que alcanzó a Cérdidas en la nuez.

El tarentino retrocedió, volvió a tirar el escudo y se apretó el cuello con la mano izquierda.

—¡Me ha querido matar! —se quejó con voz gorgoteante. —Vuelve a la pelea, soldado —le ordenó Gorgo—. Aún queda un punto más.

—¡Me rindo! ¡No quiero saber nada de él!

—¿Cómo que te rindes? ¿Le vas a decir eso a tu enemigo en la batalla? ¿Vas a tirar el escudo así y abandonar la línea? Cérdidas tosió y escupió. Por fin, con un hilo de voz, dijo:

—Esto es un deporte. No tiene que ver con la guerra.

—¡En el ejército de Alejandro todo tiene que ver con la guerra! ¿Qué crees, que se ha inventado este certamen porque se aburría y además le sobraba una armadura de oro? ¡Vuelve a la pelea, soldado!

Cérdidas miró con ira a Gorgo. Demetrio casi pudo leer sus pensamientos. Un demente y una mujer lo estaban humillando delante de todos sus compañeros. Pero el recuerdo de la patada en la entrepierna debió pesar más que su soberbia, y se agachó para recoger el escudo. Esta vez se dejó llevar por la ira y descargó una lluvia de golpes sobre Euctemón, pero éste se limitó a manejar el escudo con una economía de movimientos que, teniendo en cuenta que era él, resultaba casi elegante. Empezaron a oírse entre los soldados los primeros gritos de ánimo para Euctemón; después de probar con diversos motes, todos alusivos a la extraña forma de funcionar de su mente, sus camaradas se habían decantado por el más sencillo, y ahora le decían:

—¡Vamos, Loco! ¡Sáltale los dientes al guaperas!

Pero Euctemón eligió la mano en lugar de los dientes, y aprovechando un momento en que Cérdidas armaba el brazo para lanzarle otro tajo, le golpeó en los dedos con el filo de madera. Cuando el tarentino arrojó el escudo y salió del círculo abriéndose paso a empujones y maldiciendo de dolor, los Agriopaides recompensaron a Euctemón con una sonora ovación. No era que Cérdidas les cayera mal, pues sus chistes verdes le habían ganado cierta reputación entre los macedonios, pero las

simpatías de la soldadesca eran tan caprichosas como los vientos de Eolo.

Aquel día Euctemón venció otros cuatro combates. En dos de ellos los rivales consiguieron tocarle con sus espadas, pero teniendo en cuenta que eran hombres con mucha más agilidad y coordinación que él, sus victorias tuvieron aún más mérito.

El propio Leónato se había acercado a contemplar los duelos mientras roía una pata de cabrito chamuscada. Gorgo, que había dejado arbitrar los duelos a Filo para observar mejor su técnica, se acercó a Demetrio.

—Su sistema es bueno. Me gusta.

A Demetrio ya había dejado de extrañarle hablar con aquella mujer como si fuese un barbudo veterano de las campañas de Asia.

—¿Crees que realmente esto sirve para la guerra? Es combate individual, no lucha de hoplitas. Durante la efebía, los instructores militares habían intentado inculcar en los jóvenes atenienses la idea de que no eran héroes homéricos y por tanto no debían buscar la gloria personal en el combate. La verdadera virtud guerrera de un ciudadano consistía en embrazar bien el escudo, afianzar los pies en el suelo y luchar codo con codo junto a sus compañeros, blandiendo la lanza por encima del hombro. Siempre había que proteger con el escudo al compañero de la izquierda, confiar en que el de la derecha haría lo mismo y mantener las filas compactas. La práctica de la esgrima se despreciaba un poco, porque se suponía que un hombre ducho en el combate individual sería más proclive a abandonar la formación y dejar desguarnecidos a sus camaradas.

—¿Sabes por qué las normas del certamen obligan a combatir en un pasillo tan estrecho? —le dijo ahora Gorgo—. Cuando llegue la batalla, tendremos a un compañero pegado a cada lado. Por eso Alejandro quiere que practiquemos la esgrima en estas condiciones.

—¿Para qué tenemos las lanzas?

—Cuando las lanzas se rompen, hay que usar las espadas. El sistema de tu hermano es sencillo, muy sencillo. Y en la guerra lo complicado nunca funciona. Quiero que se lo enseñe a nuestros hombres.

Demetrio soltó una carcajada.

—¿Enseñárselo? Antes se sacará un ojo que revelar sus secretos. Cuando éramos niños, jamás me dejaba usar sus juguetes. Y desde entonces lo único que ha cambiado es que se ha hecho más grande y le ha salido pelo por todo el cuerpo.

Gorgo puso los brazos en jarras y sacó pecho.

—Eso es porque tú no tenías nada que darle a cambio de sus juguetes.

LAS TINIEBLAS DEL TULIANUM

La procesión de luces abandonó la casa de Escipión y atravesó el Foro. Néstor y Clea caminaban en el centro con las manos atadas a la espalda, pues no les habían ahorrado ni siquiera esa humillación. El dictador no debía haber quedado satisfecho con la precaución de escoltarlos con veinte lictores, ya que a ambos lados de éstos desfilaban sendas hileras de hombres equipados con lámparas y teas, cubriéndoles los flancos como tropas ligeras en una columna de marcha. Eran clientes de Papirio, plebeyos y libertos vinculados al dictador y su familia por lazos y juramentos de lealtad.

La gran plaza y las calles aledañas estaban desiertas, salvo por un par de carros escoltados por sirvientes que se alejaban casi a la fuga con los últimos invitados que se habían marchado de la fiesta. Aunque cada vez se veían más carruajes en Roma, eran aún un lujo poco habitual que los defensores a ultranza de la *mos maiorum* veían con recelo. Pero si aquellos patricios los habían llevado a la cena en casa de Escipión era más por seguridad que por ostentación. En Roma no existía un equivalente a la fuerza pública de mil doscientos arqueros escitas que guardaban el orden en Atenas; de día, y más aún de noche, cada uno debía cuidar de su propia integridad recurriendo a sus esclavos o clientes, o quedándose en casa.

El dictador había dejado a Néstor y Clea en manos de sus hombres y se había marchado a dormir o a seguir con su borrachera, sin molestarse en hablar con ellos ni acercarse a examinarlos. Obviamente, en su juego de poder y prestigio ellos no eran más que peones a los que estaba utilizando para vengarse de Gayo Julio. Antes de salir de su casa para la fiesta, Néstor había visto al tribuno exultante, convencido de haber obtenido un gran triunfo sobre Papirio y de que ya no se le podía escapar el mando de una legión. Pero, al parecer, Gayo había vendido la piel del gran oso antes de cazarlo.

Los Libros Sibilinos. El dado cargado de plomo del dictador, y la causa de la perdición de Clea y Néstor. El médico los había oído mencionar muchas veces antes incluso de entrar en Roma y, como tantas cosas de aquella ciudad, le resultaban familiares. Al preguntarle por ellos, Julia le había contado cómo llegaron a poder de los romanos. Era una historia tan peregrina que Néstor pensó que por fuerza debía tener algo de cierto. Casi trescientos años atrás, una anciana que afirmaba ser Amaltea, la Sibila de Cumas, se presentó ante el rey Tarquinio el Antiguo y le ofreció nueve libros escritos en hojas de palmera. Dichos libros contenían profecías y prescripciones rituales que, según la mujer, ayudarían a salvaguardar Roma en el

presente y hacerla grande en el futuro. Pero la suma que le pidió por ambos era desmesurada, trescientas piezas de oro. Tarquinio se rió de ella a carcajadas y le exigió que bajara el precio. Por toda respuesta, la Sibila se acercó a un brasero y, ante el asombro del monarca, prendió fuego a tres libros. Después, imperturbable, le exigió de nuevo el mismo precio por los seis que quedaban. Ante la negativa del rey, Amaltea quemó tres libros más, y le volvió a ofrecer los tres últimos por trescientos áureos. La seguridad de la Sibila debió hacer mella en el rey, o simplemente cayó en la debilidad tan humana de valorar más aquello por lo que más precio se pide, y accedió a pagar a la profetisa. Desde entonces los libros se guardaban dentro de un arca de piedra en los sótanos del templo de Júpiter, y puesto que la colección de profecías había aumentado con el tiempo, los primitivos duunviros que los custodiaban y consultaban se habían convertido en diez.

Hasta ahí Néstor podía creer la historia, porque el rey Tarquinio era etrusco y los etruscos tenían fama de tacaños y de atesorar más oro que los romanos. Pero que en esos libros compilados hacía tanto tiempo se hablase precisamente de enterrar a un varón celta y una mujer griega le resultaba más que sospechoso.

Cruzaron el Foro en silencio, haciendo resonar el empedrado con sus pisadas y despertando eco en las tabernas. A su derecha, en la esquina de la calle que subía hacia la casa de Gayo Julio, se alzaba el santuario de Jano, un pequeño edificio que más que un templo era una especie de portal sagrado. Los batientes de las puertas norte y sur estaban abiertos, pues Roma se hallaba en guerra, de modo que en el centro de aquel corredor podía verse al dios bifronte rodeado de antorchas, una estatua broncínea de más de cinco codos de altura.

Antes de llegar ante los templos que cerraban el extremo occidental del Foro, la procesión giró a la derecha. Por allí subía una cuesta que, antes de perderse entre las sombras, se bifurcaba en un tramo de empinadas escaleras que desembocaban en un edificio de siniestro aspecto. Durante sus paseos para ir de casa de Gayo a la de Escipión y atender a Aristóteles, Néstor se había familiarizado con la topografia del Foro y sus aledaños. Aquél era el Tuliano, la cárcel pública erigida en tiempos del rey Servio Tulio, y las escaleras las Gemonias, por las que los verdugos dejaban caer los cuerpos de los condenados a muerte para que rodaran hasta el Foro y quedaran expuestos a la vista pública.

Les hicieron esperar en la puerta del Tuliano. Al cabo de un rato salieron de allí los diez soldados macedonios que habían viajado con ellos desde el monte Circeo. Néstor los examinó con ojo clínico. Estaban sucios, llevaban las manos atadas a la espalda y parecían aturdidos, pero al menos les habían dado de comer, pues no se les veía demasiado demacrados. La escolta que había traído a Néstor y Clea se dividió; el jefe de lictores ordenó que llevaran a los soldados a la Villa Pública para devolverlos a los enviados macedonios. Néstor pensó que, si el dictador pretendía compensar al

rey entregándole a aquellos prisioneros, era porque no estaba tan seguro de lo que acababa de hacer. Sin duda, Alejandro se alegraría de recibirlos de vuelta y les daría una bienvenida de héroes, pues siempre se había-preocupado por el destino de hasta el último de sus hombres. Pero eso no serviría para que perdonara a los romanos cuando supiera que a ellos dos los habían enterrado vivos. Por dos absurdas muertes, cuántos inocentes pagarían.

Si es que Alejandro derrotaba a los romanos, se recordó Néstor. Si es que el mal que tenía en la cabeza le permitía pensar con lucidez. Si es que, condición de la que dudaba aún más, los propios romanos se dejaban vencer. Se preguntó qué aspecto ofrecerían todas aquellas legiones desplegadas disparando miles de venablos a la vez contra una interminable pared de sarisas. Ya no llegaría a saberlo.

—Adentro —les ordenó el jefe de lictores.

Pasaron a una sala cerrada que, pese a la forma irregular de su cúpula, le recordó a las tumbas ciclópeas de Micenas. Olía a moho antiguo y a sudor reciente; era evidente que los macedonios habían estado encadenados a los grilletes clavados en las paredes. En el centro se abría un pozo redondo de aspecto siniestro. Los acercaron a empellones hasta el borde y, una vez allí, los registraron. A Clea le quitaron todas las joyas y el cíngulo de hilos de oro, e incluso una daga de plata que escondía atada a un muslo. El hombre que la cacheó se entretuvo más de la cuenta palpándole las piernas. Mientras Clea levantaba la barbilla y trataba de mirar a ninguna parte para mantener la dignidad, el tipo comentó:

—*Quin ueste'spoliamus amica'stam et iam defutamus?*

Por suerte para ella, Clea no entendía el latín y así se ahorró saber que aquel tipo proponía desnudarla y violarla. El jefe de lictores le dio un pescozón al rufián y le dijo que aquella carne tan tierna no estaba destinada al paladar de un jabalí sarnoso como él. Después, él mismo registró a Néstor. Tan sólo le encontró el papiro en el que había copiado el mito de Er y la clepsidra.

—¿Esto, qué, tuyo? —le preguntó en su tosco griego.

—Mi testamento —respondió Néstor.

El lictor sonrió de lado y le devolvió el rollo y la clepsidra. A cambio le quitó el anillo de oro que lo distinguía como Compañero del Rey y se lo puso en el meñique, ya que tenía los dedos tan gruesos que no le cabía en ningún otro.

Después trajeron un grueso dogal. Néstor se temió que ni siquiera esperaran al amanecer para ejecutarlos, aunque prefería morir ahorcado, por desagradable que fuese, que enterrado vivo. Pero los lictores cerraron el nudo corredizo bajo los brazos de Clea y usaron la soga para bajarla al pozo. La joven dirigió a Néstor una mirada de mudo pavor mientras desaparecía en la oscuridad.

—No te preocupes —le dijo No te dejaré sola.

Y, en efecto, cuando Clea se desató y los lictores recobraron la cuerda, le ataron

también a él y lo bajaron. Apenas había pasado la cabeza por la abertura cuando sus pies toparon con el suelo. Aflojó el nudo como le indicaron y se soltó la cuerda. A la luz de las antorchas de la sala de arriba, vio que se encontraban en una celda circular, con las paredes formadas por tres hileras de enormes sillares unidos sin argamasa. Calculó que medía unos quince codos de diámetro y observó que cerca del centro había un sumidero, pero no tuvo tiempo de ver más, pues sobre sus cabezas sonó el rechinar de una tapa metálica y de golpe se vieron sumidos en la negrura más absoluta.

En cuanto llegaron a la Villa Pública, Perdicas y Crátero emprendieron los preparativos para salir de Roma. Mientras recorrían las calles, habían deliberado entre ellos y habían concluido que si, se quedaban para hacer gestiones a favor del médico y la joven siracusana, sólo conseguirían perder sus propias vidas y las de los cincuenta Compañeros que los acompañaban, y de paso dejarían en manos de los romanos quince talentos de oro a cambio de nada.

Aunque el humor de Crátero era peor que sombrío, procuraba disimularlo y no perder los modos al impartir las órdenes. Perdicas tenía que reconocérselo, no era hombre que perdiera el temple en los momentos de crisis. Cuando los lictores les devolvieron a los diez soldados prisioneros, Crátero los recibió como si fueran héroes, abrazándolos uno por uno, hizo que les trajeran agua, vino y comida, y se encargó de encontrarles caballos. La única forma era repartir entre todos el oro que cargaban los caballos sin jinete, y aún así seis de los hombres más ligeros tendrían que compartir montura. Crátero ordenó sacar de los cofres los lingotes, los daricos y las estateras y los distribuyó, no sin antes anotar meticulosamente lo que llevaba cada uno. Todos eran personas honorables, pero hasta un necio sabe que el brillo del oro pone a prueba a los hombres más íntegros.

Más allá, a un estadio de ellos, el campo de Marte se veía salpicado de luces. Había cinco o seis legiones acampadas en aquel lugar, pues el dictador había decretado que los soldados reclutados ya no podían dormir en sus casas. Observándolos durante el día, a Perdicas le había impresionado el orden con que plantaban las tiendas. Ahora reinaba el silencio, salvo por las llamadas entre los guardias que traía la brisa de la noche. Las hogueras se habían apagado y sólo ardían las luminarias en los cruces de las calles que atravesaban en ángulos rectos aquella improvisada ciudad de guerreros.

—¿Qué opinas de esta gente? —le preguntó a Crátero, mientras éste supervisaba con los brazos en jarras el reparto del oro.

—¿Los romanos? Duros, muy duros. Están hechos de la misma fibra que los espartanos, pero son más astutos.

—Para eso no hace falta mucho.

—He calculado cuántos hombres van a enviar a Campania, entre los suyos y los aliados. Dependiendo de los que quieran dejar en retaguardia para proteger Roma, podemos encontrarnos con un ejército de entre sesenta y ochenta mil hombres.

—En el peor de los casos, serían sólo el doble que nosotros. Nos hemos visto en situaciones más comprometidas —dijo Perdicas, con más convicción en el tono de la que realmente sentía. Se le antojaba que en el campamento a oscuras dormitaba una enorme bestia, un monstruo que en cualquier momento despertaría con sed de sangre.

—Aquí no hay paisanos arrancados de su terruño para hacer bulto entre las filas, Perdicas. Éstos son soldados de verdad, y sus armas no son inferiores a las nuestras. Cuando hemos derrotado a ejércitos equivalentes a los nuestros, siempre ha sido con números más o menos parejos.

—En Queronea los griegos eran más que nosotros.

—Treinta y cinco mil contra treinta mil. Una proporción aceptable, teniendo en cuenta que entre ellos estaban los inútiles de los atenienses. —Crátero soltó una carcajada seca—. Ahora los romanos van a superarnos por lo menos en veinte mil hombres. Suficientes para presionar nuestro centro con superioridad numérica, para tratar de envolvemos por los flancos, para mantener fresca una fuerza de reserva. Qué sé yo.

—¿Tienes miedo?

—¿Bromeas? —Crátero le palmeó la espalda hasta que pareció satisfecho con el resonar de las piezas metálicas de su coraza. Después se frotó las manos—. Estoy deseando que llegue el momento, mi querido Perdicas. Si nos vencen, será un fin glorioso para nuestra carrera. Y si ganamos, me quedaré con la casa de nuestro amigo Escipión y haré que me sirvan una cazuela de sesos de dictador en salsa de silfio.

En ese momento se oyeron cascos de caballos. Perdicas desenvainó la espada, temiéndose una traición, pero el hombre que se adelantó hasta las luces de la Villa Pública era Gayo Julio, y llevaba ambas manos levantadas.

—¡Paz!

Esta vez el patricio venía armado, con una coraza de cuero, una vistosa capa blanca, un yelmo de cimera emplumada y la espada cruzada sobre el costado izquierdo. Los legionarios de a pie, sin embargo, se la ceñían al lado derecho. En teoría así resultaba más incómodo desenvainarla. En la práctica, Perdicas sospechaba que tenían sus motivos.

—Os traigo a los prisioneros que custodiaba en mi casa —les explicó Gayo Julio —. Quiero que sepáis que lo que ha ocurrido me indigna más que a vosotros.

Entre los hombres a caballo venían varias mujeres y un hombre. Perdicas reconoció a una de ellas, Ada, que siempre había servido a la madre de Alejandro, hasta que la destinaron al servicio de Agatoclea. Entre las esclavas y los sirvientes de Gayo acarreaban varios baúles. Cuando Perdicas y Crátero los examinaron,

comprobaron que dentro había joyas y ropas. El último arcón guardaba libros, herramientas quirúrgicas y frascos de diversos tamaños y colores.

—Todo esto es muy valioso —dijo Perdicas, mirando a Gayo Julio con ojo suspicaz—. ¿Por qué renuncias a ello?

—Quiero el rescate que legítimamente me corresponde, no un expolio digno de un ratero — contestó el tribuno, y añadió con una torva sonrisa—: Y no estoy dispuesto a que Papirio se quede con esto recurriendo a alguna burda triquiñuela. ¿Estáis listos para partir?

—Así es. —Crátero miró a las esclavas y a un hombre ya mayor que venía con ellas—. Te agradezco que los hayas traído, pero no puedo llevármelos. Ya me han entregado a diez prisioneros más, y he tenido que repartir la carga para darles monturas. Además, cabalgaremos rápido. No aguantarían.

El hombre, al que Perdicas reconoció como el criado de Néstor, puso mal gesto, pero no se atrevió a decir nada. Gayo Julio se encogió de hombros.

—En ese caso se quedarán en mi poder. Ya dispondré de ellos.

Ada estaba haciendo gestos para llamar la atención de Perdicas. Éste se volvió y le indicó a Gavanes que la atendiera. Al cabo de un rato, su sobrino volvió con gesto escandalizado y le susurró al oído:

—Es algo muy grave, tío.

—¿No puede esperar?

—Esa mujer dice que el médico y la esposa de Alejandro se han acostado.

Perdicas enarcó las cejas, sorprendido, y luego soltó una carcajada. Al parecer, el adulterio era el deporte favorito de las esposas de Alejandro. No le sorprendía demasiado la infidelidad de la joven. Apenas la conocía, pero la había visto coquetear descaradamente con Gayo Julio en la fiesta, y en cualquier caso era una griega siracusana, y además tenía el pelo rojo. Poco bueno se podía esperar de ella. Pero lo de Néstor sí le llamaba la atención. Al final el médico, con tantas ínfulas que se daba, había demostrado no ser más que un vulgar traidorzuelo esperando a que su señor no estuviera delante para apuñalarlo por la espalda.

—Ahora podrán fornicar todo lo que quieran en ese hoyo —respondió Perdicas, en un arrebato de humor negro que a él mismo le sorprendió—. Aunque deben tener cuidado para que no se les meta tierra debajo de la ropa.

—Pero, tío, lo que les van a hacer es terrible —dijo Gavanes con gesto consternado.

—¿Y qué te esperabas, sobrino? Le está bien empleado a ese medicucho. Me parece un castigo indulgente para alguien que ha metido su pan en el horno del rey —dijo Perdicas, regodeándose en su propio cinismo. Gavanes enrojeció y agachó la cabeza. Pero ¿es que ese muchacho no iba a espabilar nunca? Cada vez que mencionaba el sexo se ruborizaba como una doncella. Mientras hablaban, entre la

Villa Pública y la muralla se había ido congregando una muchedumbre. Aunque la noche era oscura como boca de lobo, a la luz de las antorchas que traían se distinguían sus armas: garrotes, mazos, guadañas, bieldos. Estaban interceptando el camino por el que pensaban marchar los macedonios para rodear la muralla y tomar la Vía Junia.

—Son clientes del dictador —les informó Gayo Julio—. Debe haberlos mandado para dar la impresión de que es todo el pueblo romano el que quiere expulsaron de la ciudad. De forma espontánea, por supuesto.

—¿Nos atacarán? —preguntó Perdicas, calculando que había más de trescientas personas.

—No creo que se atrevan —respondió el tribuno—. Pero es una locura. La guerra es asunto de soldados con uniforme y estandarte. Ahí hay hasta esclavos, proletarios de la Subura y proxenetas del Sumenio. ¿Cómo se le ocurre a un patricio mandar a una chusma como ésa para hostigar a unos nobles? —preguntó con gesto de asco.

En ese momento la masa humana se separó para abrir un corredor en el centro del camino y dejar paso a cuatro jinetes que enarbolaban en alto sus cetros y un estandarte con una tosca imagen del Zeus de los romanos. Perdicas suspiró aliviado. No sentía el menor deseo de abrirse paso por la fuerza. Un miembro de los Compañeros no podía obtener ninguna gloria abriendo cabezas entre aquella turba, y si en cambio resultaba muerto o herido sería una ignominia.

Los cuatro jinetes que se acercaban a la Villa Pública eran feciales, una especie de heraldos. En el viaje a Roma ya los habían escoltado. El que venía en cabeza desmontó al llegar ante el edificio. Era un hombre de unos treinta años, moreno y de complexión maciza. Perdicas lo recordaba. Se llamaba Trémulo; se había quedado tan sólo con ese nombre, pues recordar los tres o cuatro que usaba cada romano le resultaba imposible. Trémulo era de sangre patricia, y el que mejor hablaba griego de entre los feciales.

—El dictador no puede jugar a su antojo con las normas sagradas. ¡Va a provocar la ira de Júpiter! —dijo Trémulo, en tono indignado—. Si queremos ganar esta guerra, tenemos que sacaros sanos y salvos del territorio romano.

Los macedonios montaron por fin y formaron en fila de a tres. Por delante marchaba un fecial, dos a los lados por el centro y otro al final. Todos ellos levantaron bien altos los cetros de su dios para recordar que sus personas y las de quienes los acompañaban eran inviolables. Incluso aquella turba abrió paso, y fuera de insultos que Perdicas ni siquiera entendía, nadie más les molestó.

—Mira bien esta ciudad, Perdicas —le dijo Crátero en dialecto macedonio, mientras se acercaban a las oscuras aguas del Tíber—. Cuando volvamos a ella será para arrasarla.

Es difícil concebir una negrura absoluta en la que no se filtre luz por algún resquicio, aunque sea tan sólo una tenue fosforescencia, pero las tinieblas del Tuliano eran espesas como pez solidificada. Si la celda de arriba ya resultaba lóbrega, la mazmorra inferior era el mismo Tártaro. Además, hacía frío en ella. Néstor, que de pie se topaba con el techo, se había sentado contra una pared, con las piernas dobladas y la espalda inclinada hacia delante para reducir al mínimo el contacto con la piedra, que destilaba humedad. Era de piedra albana, una toba volcánica que abundaba en Roma y era barata y fácil de trabajar, pero que debido a su estructura porosa se impregnaba de agua. Del sumidero del centro subía olor a cloaca, aunque no tan hediondo como se había temido Néstor; lo que interpretó como indicio de que la celda inferior no se utilizaba desde hacía tiempo.

Clea se había sentado entre las piernas de Néstor. De esa manera él le cubría la espalda con su pecho y la rodeaba con los brazos; ambos obtenían calor del cuerpo del otro y, sobre todo, compañía. Néstor movía las manos para acariciarla y frotarle todo el cuerpo, y ella le agarraba las manos y apoyaba su mejilla contra el pecho y la cara de él, pero no había ningún erotismo en aquel contacto. Tan sólo trataban de asegurarse de que el otro seguía allí, de recordar que no se habían quedado solos en aquella insoportable oscuridad.

Clea sabía lo que les esperaba, pues había escuchado la traducción de las palabras del decenviro. Pero Néstor tenía la impresión de que no acababa de comprender en todo su horror lo que les iba a pasar. No conocía la historia de Minucia, y él no tenía ninguna intención de sacarla de su ignorancia.

De pronto se le ocurrió algo en lo que no había reparado. ¿Y si Escipión, que le había contado la historia de la Vestal, era el amante secreto de Minucia? La idea parecía absurda, pero por algún motivo, tal vez porque las emociones de esa noche interminable estaban corroyendo los cimientos de su lógica, se convenció de que tenía que ser así. Esa forma de rechinar los dientes y acusar a la joven de un crimen contra Roma no podía ser otra cosa que un reproche hacia él mismo. Sí, Escipión era un sacrílego, un traidor por lujuria a su propia ciudad y se merecía más que ellos ser enterrado vivo.

No, no, no. Néstor también se lo merecía. Estaban en guerra, y él había cometido la frivolidad de tomarse la situación como un juego. Él y Clea eran prisioneros, rehenes, supervivientes de una sangrienta batalla, no huéspedes de honor como las atenciones de Gayo Julio, Escipión y Julia les habían hecho creer. En las guerras había sangre, hierros fríos que se clavaban en el cuerpo y hurgaban las entrañas, cuellos degollados, estrangulados o aplastados por piedras, vísceras esparcidas y aplastadas por el suelo, carne quemada, piel arrancada, hombres empalados, mujeres violadas y vendidas, niños esclavizados.

Y hasta inocentes ofrecidos como expiación a los dioses.

Néstor sacudió la cabeza y se mordió los labios para detener la catarata de horrores que acudía a su mente. Las víctimas de las atrocidades que imaginaba tenían el rostro y el cuerpo de Clea, pero, inexplicablemente, seguía sin sentir miedo por él mismo. Ignoraba la razón, si tenía que ver con los recuerdos que le faltaban (tal vez antes de sufrir la amnesia había sido un valiente guerrero del Septentrión que no temía a la muerte), o más bien era pura apatía e insensibilidad.

Quizá en el fondo de su alma albergaba una sensación de finalidad que le hacía creerse invulnerable: estaba aquí para algo, aún tenía que cumplir una misión, luego no podía morir de una forma tan inútil y absurda.

¿Te parece poco, se dijo, haber salvado a Alejandro y haber cambiado el futuro (ahora ya el pasado) de tantas personas? Sin duda las miles de víctimas vivas y muertas de Alejandro empuñarían con gusto la pala para contribuir con un buen puñado de tierra a sepultarlo en el Foro Boario. Pero, argumentó otra voz, ¿y las personas que se habían salvado gracias a que Alejandro seguía vivo, gracias a las guerras que sus actuaciones o su mera presencia habían evitado? ¿Y los ciudadanos que habían prosperado gracias a sus reformas, que no habían muerto de hambre merced a sus carreteras, sus puertos, sus nuevas rutas marítimas? El Imperio Persa, pese a los vaticinios de los agoreros, seguía en pie, aunque ahora fuese el Imperio de Eskandar.

—Tus pensamientos casi hacen ruido —dijo Clea—. ¿Estás intentando recordar?

—En cierto modo. Estoy intentando recordar el futuro —contestó él, sin entender muy bien la razón de sus palabras. ¿Por qué debería conocer él el futuro?

—¿Qué futuro tenemos?

Él no supo qué decir. Al cabo de un rato, Clea le preguntó:

—¿La historia de *Antígona* la recuerdas?

—Creo que sí. ¿Por qué lo...?

Néstor comprendió de golpe y se calló. Por enterrar a su hermano en contra de sus órdenes, Creonte, regente de Tebas, había condenado a Antígona a ser sepultada en vida. El propio hijo de Creonte, prometido de Antígona, se encerró con ella en el túmulo y la ayudó a ahorcarse con su velo, después de lo cual se arrojó sobre la punta de su espada.

—No quiero morir enterrada —dijo Clea, con un hilo de voz, y apretó las manos de Néstor—.Y menos delante de tanta gente.

—Lo entiendo.

—¿Qué puedo usar? Me han quitado el cíngulo, pero puedo arrancarme un jirón de la tánica. ¿Crees que tu cinturón valdría? ¿Me lo dejarías?

—Creo que no hay de dónde colgarse, Clea —contestó él, con una extraña sensación de irrealidad—. De todas formas, el techo es muy bajo.

—Es verdad. —Clea se quedó callada, pero sólo fue un instante—. ¿Tú me

ayudarías?

—¿Cómo?

—Está muy claro —respondió ella en tono algo impaciente—. Si no puedo colgarme, tú tendrías que hacerme un lazo alrededor del cuello y apretar.

—Tú no quieres que haga eso.

—No lo sé. —Clea sollozó, y Néstor tuvo la impresión de que se había mordido su propio puño—. ¿Es una muerte tan horrible como dicen?

—Puede ser más rápida que asfixiarse bajo tierra —reconoció Néstor, que empezaba a sopesar la posibilidad. En el campo de batalla había aplicado drogas en dosis mortales, y cuando no tenía drogas había recurrido al cuchillo para rematar a hombres que ya no tenían esperanzas y sufrían terribles dolores. Bastaba con un corte certero para que se desangraran sin apenas sentirlo. Pero una cosa era abrir las venas a un desconocido que se retorcía entre cadáveres, sujetándose sus propias vísceras, y otra bien distinta aplicar un dogal de seda a ese cuello que él mismo había besado, y ver cómo aquellos ojos verdes se salían de las órbitas y la lengua quedaba colgando de la boca como una masa hinchada y negruzca.

Ella se giró un poco para abrazarse a su cintura y apoyarle la cabeza en el hombro. Estaba llorando en silencio.

—¿Cuánto faltará para que amanezca? —preguntó Clea.

—No lo sé. —Era imposible utilizar la clepsidra a oscuras—. Dos o tres horas.

—Quiero que lo hagas ahora. No esperes más, por favor.

Néstor cerró los párpados. No había ninguna diferencia: la constelación de diminutos fosfenos que bailaban ante sus ojos era la misma. Mejor seria que lo hiciera con ellos abiertos. Tratando de no incomodar a Clea, se llevó la mano derecha a la hebilla del cinturón. Tendría que apretarlo con decisión para no provocarle más sufrimiento del imprescindible.

—Está frío —dijo ella cuando le apoyó el cuero del cinto en la garganta y le rodeó el cuello.

La tapa de metal del techo rechinó. *¿Tan pronto?*, pensó Néstor. Como un criminal sorprendido en plena acción, se apresuró a apartar el cinturón del cuello de Clea. La luz que entró por la abertura no podía ser muy intensa, pero a él le parecieron los haces de sol que se cuelan por una ranura entre las nubes tras una tormenta. El lazo corredizo apareció ante ellos, bailando burlón. Una voz les chistó desde arriba.

—¡Rápido! ¡Subid!

Había hablado en griego de verdad, y no en la versión de picapedrero que usaba el jefe de lictores. Néstor ayudó a Clea a levantarse, pero antes de arriesgarse a salir, asomó la cabeza por la abertura. Desde arriba le observaba un hombre que sostenía en su mano derecha el dogal. Reconoció la frente amplia y las trenzas que caían sobre

los hombros. Era Mirmidón, el Rey del Bosque.

No se le ocurrió preguntarse qué hacía aquel hombre allí, tan lejos del templo que custodiaba. Rápidamente, pasó el lazo bajo las axilas de Clea y la ayudó a salir levantándola por la cintura. Después sacó los brazos por la abertura con la intención de subirse a pulso. Mirmidón le agarró por las muñecas y le izó con una fuerza insospechada en alguien de su tamaño.

El suelo que separaba ambas celdas era grueso, pero aún así a Néstor le extrañaba no haber oído nada. En el suelo de la celda, a la luz de una antorcha encajada en un grillete a modo de aplique, se veían cuerpos caídos en todas las posturas posibles. Ocho, contó Néstor, con la rapidez de quien estaba acostumbrado a calcular las bajas de un vistazo. Olía a sangre fresca y a tripas abiertas, y el silencio de aquellos muertos parecía innatural. Todos eran lictores, y las fasces que simbolizaban su poder yacían inútiles en el suelo. Néstor se acercó al jefe y, sin molestarse en darle media vuelta, le sacó del dedo el anillo de Compañero. Después se volvió hacia Clea y su inesperado salvador. El Rey del Bosque, que llevaba la espada envainada en un tahalí cruzado sobre el hombro, recogió la antorcha y les indicó que fueran hacia la salida.

—¿Le conoces? —susurró Clea, agarrando el brazo de Néstor con dedos trémulos. Él se dio cuenta de que también estaba temblando. Empezaba a darse cuenta de lo que había estado a punto de hacer, pero no era momento de pensarlo. Tique, el Azar, había decidido burlarse de ellos hasta el último segundo antes de sonreírles, pero por el momento no se lo iba a reprochar.

—Se llama Mirmidón. Ya te contaré.

—¿Confías en él?

—¿Nos queda otro remedio?

En el exterior había más cadáveres esparcidos por los peldaños de las Gemonias, clientes del dictador que debían haberse quedado custodiando el acceso a la cárcel. Néstor no tuvo tiempo de contarlos, pero debía haber diez o doce. ¿Increíble? Si recordaba la fría y metódica precisión con que el Rey del Bosque había acabado con sus rivales bajo el roble de Diana, no le resultaba tan inverosímil.

Mirmirdón se acercó al pretil de la escalera y metió la mano en un rincón oscuro. De ahí sacó dos mantos con capuchas que les pasó a Néstor y a Clea.

—Que no se os vea el pelo —les dijo, y añadió dirigiéndose a Néstor—: Y tú, procura que no se te note que eres tan alto.

¿Y qué hago, me corto las piernas?, pensó él. Pero ignoraba hasta qué punto apreciaría el humor aquel hombre o si se tomaría los comentarios de forma literal, así que se limitó a ponerse la capucha sobre la cabeza y agachar un poco el cuello. Mirmidón también le dio a Clea unas sandalias.

—¿Y esto?

—Tenéis un amigo muy previsor. Póntelas, rápido.

La joven se quitó los zapatos de tacón de corcho que se había puesto para la fiesta y se calzó las sandalias. Después siguieron a Mirmidón. Éste les hizo subir por la cuesta Argentaria, y Néstor pensó que se dirigirían hacia la muralla norte, por debajo del Capitolio; pero el Rey del Bosque se desvió hacia la derecha y les llevó por detrás del edificio donde se reunía el Senado. Tras cruzar un par de callejones llegaron a otra empinada calle que Néstor reconoció enseguida. Era el Argileto, la cuesta que subía hacia la Subura y en la que vivía Gayo Julio. Subieron por allí con paso ligero. La puerta de la casa del tribuno estaba entreabierta. Por ella salió Pandemo, el liberto de Gayo, con una tea en la mano. Se unió a ellos sin decir nada y les indicó que le siguieran.

La noche era oscura. Sin luna, Ícaro volaba en solitario hacia Pegaso, y su cabeza se veía más roja que nunca. Néstor no podía dejar de mirarlo y pensar en lo que le había dicho Aristóteles. Ahora que había escapado del peligro más inminente para su vida, recordaba sus palabras sobre la órbita espiral. No dudaba de que el filósofo tenía razón, desgraciadamente, pero había algo allí que fallaba, algo que escarbaba en aquella zona tumefacta y encharcada de su mente donde se agazapaban sus recuerdos.

—¡Más rápido! —les exhortó Pandemo.

Habían abandonado el Argileto para desviarse de nuevo hacia la derecha. Pandemo les dijo que estaban en la Subura, el barrio de peor reputación de Roma. Las calles eran tan estrechas que tenían que recorrer algunas en fila de a uno, y sobre sus cabezas los edificios desvencijados se vencían unos sobre otros de tal manera que de día debían cerrar la luz del sol. Sus pies chapoteaban en fétidos albañales, y hordas de ratas huían chillando de las llamas de sus antorchas. De vez en cuando llegaban a una plazoleta o un cruce más ancho donde se levantaba algún humilde altar o un pilar que representaba la efigie de algún dios de madera o terracota. Por las rendijas de algunas puertas o postigos se entreveían luces y se oían voces. A veces cantos de borrachos, a veces discusiones.

En una de esas plazuelas se abrió una puerta y tres hombres salieron tambaleándose, estribados unos en otros. Al verlos les increparon con voces pastosas y le dijeron a Clea un par de groserías, pero estaban tan borrachos que fueron incapaces de seguirlos.

Tras recorrer durante un buen rato aquel dédalo de callejones infectos en el que Pandemo se orientaba como un nuevo Teseo, empezaron a bajar de nuevo. Llegaron a una avenida más ancha que tenía el suelo empedrado y roderas para los carros. Las casas se veían más limpias y aunque olía a cieno, como en todas las zonas bajas de la ciudad, antiguos pantanos, al menos el hedor a inmundicias había desaparecido. Dejaron a la derecha la mole oscura de un edificio que Néstor recordaba del día en que llegaron a Roma. Era el Circo Máximo, una larga estructura de madera de la que ahora sólo estaban viendo el lado más corto. Después pasaron bajo el arco de la Aqua

Junia, el acueducto recién inaugurado por el menudo censor plebeyo que discutía con Gayo Julio en la fiesta. Pero en vez de seguir hasta la puerta Capena se desviaron de nuevo por otra callejuela. Aquél era otro suburbio peligroso, les informó Pandemo: el Sumenio, la zona frecuentada por las prostitutas y los alcahuetes más sórdidos de Roma.

—Si fueran las primeras horas de la noche no me habría atrevido a traeros por aquí —les dijo—. Pero ya es tan tarde que hasta las putas se han retirado.

De lo que se alegraba Néstor, pues no tenía ningún deseo de ver la espada de Mirmidón en acción. Entre la muralla y las casuchas del Sumenio corría una calle empedrada. Se cruzaron con un carro que bajaba con lento traqueteo y se tuvieron que pegar al vano de una puerta para dejarlo pasar. Por el tufo que despedía, era evidente que se trataba de uno de los carromatos que aprovechaban las horas previas al amanecer para sacar de la ciudad los excrementos humanos y animales que luego se usaban como abono.

Después de aquel fragante encuentro, llegaron a una poterna abierta en el muro. La reja de acero estaba abierta. Pandemo les indicó que pasaran al otro lado, para lo cual Néstor se tuvo que agachar. Tras cruzar bajo ocho codos de piedra maciza, salieron por fin extramuros. Atravesaron una zona de terreno despejado y no tardaron en llegar a un bosquecillo de sauces.

—Aquí es donde cuentan que la ninfa Egeria amó al rey Numa. Y ésa es su fuente —les dijo Pandemo, que estaba tan versado en las leyendas de la ciudad como si fuera romano de pura cepa y no tarentino.

Allí, junto a un templete forrado de bronce, les esperaban otros dos hombres. Aunque estaban cubiertos con capuchas, Néstor reconoció a uno de ellos como esclavo de Gayo, y supuso que el otro también lo era. Traían con ellos tres caballos. Uno de ellos era Pegaso, el corcel blanco del tribuno. Aunque los otros dos, una yegua y un macho bayos, no tenían una estampa tan espléndida, eran animales jóvenes y de sólidos remos.

—Rápido —les dijo Pandemo—. Queda poco para el amanecer. Cuando Néstor hizo ademán de ayudar a Clea a montar sobre Pegaso, el liberto le puso la mano en el brazo.

—Gayo Julio ha dicho que debes ser tú quien lo monte. Ahora te pertenece —le explicó, y él mismo juntó las manos para hacerle de estribo.

Clea montó en la yegua y Mirmidón en el bayo. Los esclavos de Gayo les entregaron un zurrón con comida y odres de agua y vino, y después regresaron hacia la muralla junto con Pandemo, que les deseó buena suerte. Néstor se volvió hacia su salvador.

—Te doy las gracias por lo que has hecho, y espero poder compensarte. ¿Hacia dónde nos llevas ahora?

—Eres tú quien me va a llevar a mí —contestó él—. Necesito hablar con tu señor Alejandro. Tiene algo que quiero.

DE REY A REY

En Posidonia hacía días que cundía la impaciencia. Todo el mundo sentía o creía saber que los preparativos ya estaban listos. Se acercaba el mes de hiperbereteo y con él el equinoccio. Las lluvias de otoño podían llegar en cualquier momento, y si algo molestaba más a los soldados que luchar y marchar, era hacerlo por barrizales y con los pies mojados.

Aún quedaba por celebrar el cacareado certamen de espada. Para acicatear a los hombres, los heraldos habían recorrido todo el campamento llevando en andas la armadura ofrecida como premio. La coraza de electro estaba repujada con ataujías de oro puro y piedras preciosas que representaban a Alejandro y al difunto *Bucéfalo* en una cacería de leones; las grebas eran también de oro labrado, y el yelmo era una rara pieza de cuero lacado con incrustaciones de oro y perlas. Según el tío del escudo, lo habían traído de un país al este de la India, aunque muchos soldados ponían gesto escéptico, pues todo el mundo sabía que la India estaba en los confines de la Tierra y más allá no había nada salvo el gran río Océano.

Al ver el trofeo, uno de los Agriopaides propuso que, si alguien de la compañía conseguía el premio, le entregara a Euctemón una de las grebas de oro. En cuanto oyó el comentario, el ateniense se empeñó en que le prometieran también el caballo. No hubo forma de que siguiera entrenando a sus compañeros hasta que todos juraron solemnemente, por escrito y con testigos, que lo harían. Era tan sólo el segundo día de adiestramiento, y como Euctemón lo hacía todo por orden estricto y sin saltarse ni un solo paso, no habían avanzado demasiado. Insistía en que cada hombre debía imaginarse rodeado de un círculo, o más bien de una esfera invisible, y en que para ir de un punto a otro trazaran en su mente rectas y curvas que unían los puntos de la superficie de dicha esfera. Como nadie lo entendía, Gorgo y Demetrio traducían sus palabras para los demás e imitaban sus movimientos prescindiendo de la verborrea.

Casi todos progresaban, pero Euctemón seguía venciéndolos. Aquello no dejaba de sorprender a Demetrio: el torpe de su hermano, convertido en el mejor espadachín de los Agriopaides. Gorgo tenía una explicación.

—La mayoría de las personas piensa en demasiadas cosas a la vez. Si encima sois hombres, se añade que vuestras pelotas son las que piensan por vosotros y os dicen: «Fornicar, fornicar, fornicar». En cambio tu hermano sólo ve y oye una cosa cada vez. Ahora le ha dado por la espada. No es que le esté dedicando unas horas al día; es que no hace otra cosa salvo cuando duerme y cuando caga, y no diría yo que no se lleve la espada también para limpiarse el culo. Y mírale ahora —añadió, mientras

Euctemón entraba en una estocada a fondo—. No tiene dudas. No ve personas delante. Sólo cuadrados y círculos llenos de puntos que tiene que pinchar.

Eso era cierto. Si Euctemón tenía que sacarle un ojo a un compañero en un entrenamiento, lo hacía. No era broma. A Filolao le había clavado una estocada en la cuenca del ojo. Por suerte, había sido en la derecha, la que tenía vacía desde la campaña del Hircanio; por eso le llamaban Cíclope.

—Ahora bien —continuó Gorgo—, cuando llegue la batalla eso mismo puede ser un peligro. En el momento de la verdad hay que recordar que frente a t¡ tienes a un hombre.

—¿Un toque de filantropía? —se extrañó Demetrio.

—Ni lo sueñes, boquerón. Si le tengo que sacar las tripas o arrancar las pelotas a alguien, no lo dudo, y espero que tú tampoco lo hagas. Pero me refiero a prever lo imprevisible, y no sé si tu hermano sabrá hacerlo. Además —añadió pensativa—, ¿qué hacemos con un zurdo? Bueno, mientras no combata en la primera fila no será mucho problema —dijo, mientras observaba atentamente cómo Euctemón hacía una demostración de parada lateral.

Que supiera Demetrio, Gorgo aún no se había acostado con su hermano. Pero cuando hablaba con él lo hacía casi en susurros, se acercaba mucho a él, se colocaba el pelo para enseñarle el cuello y los lóbulos de las orejas, y le miraba a la boca más que a los ojos. Euctemón se ponía nervioso, era evidente, pero en vez de retroceder como hacía cada vez que alguien se acercaba a menos de un codo de él, se lo permitía, y hasta aguantaba que ella le tocara el codo, la mano o el hombro con cualquier pretexto, algo que ni a Demetrio le había consentido nunca.

Los Agriopaides ignoraban que el propio Alejandro había presenciado sus entrenamientos en un par de ocasiones. Venía vestido con una clámide de lana parda y una capucha que le tapaba prácticamente el rostro, y Lisanias le acompañaba ataviado de la misma guisa, de modo que pasaban desapercibidos. Después de observar durante un rato las evoluciones de Euctemón como instructor, Alejandro le dijo a Lisanias:

—El elegido de Urania guarda más sorpresas que el cofre de Pandora. Espera aquí, que quiero hablar con el capitán.

De lejos, Lisanias vio cómo Leónato, que vestía su habitual taparrabos, se enderezaba como el tensor de una catapulta al darse cuenta de con quién estaba hablando. Pero Alejandro le agarró por el brazo, le hizo sentarse y se acomodó a su lado. Tras una conversación que a Lisanias se le antojó demasiado larga, pues empezaba a notar miradas curiosas y algo hostiles sobre él, Alejandro se levantó y ambos salieron de la zona de los Agriopaides.

—Te veo un poco incómodo, Lisanias.

—No me gusta juntarme con esta gentuza.

Alejandro puso una sonrisa burlona, pero no dijo nada. No hablaron mucho más mientras seguían su recorrido por el campamento, ya de vuelta a la ciudad. Como Lisanias tenía sus propias fuentes de información entre los pajes que servían al rey y los criados que servían a los pajes, no necesitaba esa inspección secreta para saber cómo estaban los ánimos. Todo eran quejas. Los habitantes de Posidonia se quejaban de la glotonería y las ganas de camorra de los soldados. Los soldados se quejaban de que los posidonios no hacían más que estafarlos. Los oficiales se quejaban de que los soldados estaban aburridos y era muy difícil controlarlos. Y los generales se quejaban a la vez de los posidonios, los soldados, los oficiales y las madres de todos, y de paso de Alejandro, que estaba dando tiempo a los romanos para organizarse.

—Deberíamos entrar ya en Campania —le decía Meleagro—. Así podríamos hacernos fuertes tras los muros de Capua o Neápolis y esperar allí a los romanos.

—Yo no me escondo tras murallas. Yo las derribo —respondió Alejandro, contundente.

Lisanias había visto cómo, uno por uno, todos los generales se presentaban ante Alejandro y le repetían la misma cantinela. «Te respeto, oh Alejandro, y siempre te he respetado como respeté a tu padre. Pero creo que ahora, por primera vez, te equivocas. Deberías actuar ya con decisión y hacer esto», y aquí cada uno añadía sus propios consejos. Alejandro los escuchaba a todos con paciencia, incluso a Meleagro, y cuando terminaban les echaba la mano por el hombro y, en tono íntimo, como si hablara con su más apreciado consejero, les decía que aguantaran un poco más y siguieran confiando en él.

Los rumores del tío del escudo eran cada vez más fantasiosos. Ahora decían que Alejandro estaba fabricando armas secretas en una factoría al norte del río Silaris. Enormes fuelles lanzallamas cuyo fuego no se extinguía ni debajo del agua, catapultas múltiples que disparaban veinte flechas a la vez y a diez estadios de distancia, escudos tan bruñidos que no sólo cegaban a los enemigos sino que prendían fuego con sus reflejos. Ésa era la razón de tanta demora: había que esperar a que los ingenieros ultimaran tales prodigios. Lisanias se lo contó a Alejandro y le sorprendió que no se riera.

—El tío del escudo no va tan descaminado como otras veces.

—¿Estás fabricando armas secretas?

—¿Qué te parecerían sarisas de madera de pino?

—¿Para qué las quieres? Con esa longitud, se romperían a la primera.

—Sí, pero pesarían casi la mitad, ¿te das cuenta? Si un soldado puede sujetar una sarisa con una mano, le podemos poner un escudo casi el doble de grande.

Lisanias no sabía qué opinar. A ratos a Alejandro se le iba la cabeza y concebía ideas absurdas que, por el hecho de ser suyas, le parecían automáticamente geniales.

Y si Lisanias ponía alguna objeción, le decía: «Yo no tengo nada que demostrar». El joven macedonio llevaba la cuenta de los días que habían transcurrido desde la partida de Crátero y Perdicas, y se preguntaba cuándo volverían, y si traerían consigo a Néstor. Tal vez con el médico cambiarían las cosas.

El último día del mes de gorpieo, Alejandro celebró una cena para festejar a los espartanos y a su rey Areo. Era la segunda en cinco días, y a Lisanias le extrañaba tanto afán por ganarse su favor.

Los espartanos poseían una peculiaridad tal vez única en el mundo. No eran una monarquía, ni una democracia, ni siquiera una tiranía. No, Esparta era una diarquía, un gobierno de dos reyes que pertenecían a dos dinastías diferentes, los Agíadas y los Euripóntidas; y por si los actos y decisiones de un rey no bastaran para estorbar los del otro, ambos estaban controlados por cinco magistrados conocidos como éforos, por un consejo de ancianos y por una asamblea de guerreros.

Areo se había convertido en rey de la dinastía Agíada cuando su abuelo, el vigoroso y anciano Cleómenes, murió en la batalla de Tegea luchando contra Crátero tras cincuenta años de reinado. El hijo de Cleómenes, Acrótato, había fallecido tiempo antes (según algunos, de aburrimiento por ver que su padre no se moría), de modo que Areo se había convertido en rey con tan sólo veinticuatro años. Alejandro le había invitado a venir a Italia y unirse a él en su campaña de conquista, aunque todo el mundo sabía que aquella invitación encubría una orden y que los cuatrocientos espartanos que acompañaban a su rey eran en realidad rehenes.

Los espartanos de pura cepa se hacían llamar *«los Iguales»*, ya que en teoría todos tenían los mismos derechos y poseían predios equivalentes, recibidos del Estado, de los que obtenían los alimentos necesarios para contribuir a los banquetes comunales. Pero a lo largo de los siglos algunas familias habían burlado las prohibiciones de la ley y habían acumulado tierras y riquezas, mientras que otras se arruinaban y sus descendientes se convertían en espartanos de segunda clase, muchos de los cuales servían como mercenarios ahora en el ejército macedonio. Alejandro había escogido a cuatrocientos jóvenes de las familias más privilegiadas, y además había tenido buen cuidado de que todos fuesen solteros, sin hijos y sin hermanos varones. Así, en caso de morir, sus linajes se extinguirían. Era la mejor forma de garantizarse el buen comportamiento de una ciudad cuyo principal problema era la escasez de auténticos espartanos.

Obviando el hecho de que era un rehén, el joven Areo parecía contento de estar en Posidonia. Por su temperamento y su edad, era más proclive a las aventuras militares que Eudámidas, el rey que se había quedado en Esparta. Y Alejandro estaba trabajando a conciencia para seducirlo. De momento, si la primera cena había sido en la mansión de Posidonia, la segunda se celebraba en el gran pabellón de Darío, y

Alejandro había hecho traer a la sala donde cenaban el mobiliario más exquisito. Lisanias había oído que a los espartanos, acostumbrados a una vida tan sobria y a un régimen tan cerrado que periódicamente decretaba expulsiones de extranjeros, se les abrían los ojos como platos cuando salían de su patria y veían los lujos ajenos. Ahora podía comprobarlo, sobre todo en el caso de Areo.

Se habían reunido allí diez espartanos y quince macedonios, entre ellos Peucestas y Glaucias (Alejandro había tenido buen cuidado de dejar fuera a Meleagro). Después de los brindis, llegó el primer plato.

—Es un detalle para mis invitados —dijo Alejandro.

Lisanias, que estaba de pie detrás del rey, probó de su cuenco, como siempre, pero incluso antes de llevárselo a los labios frunció el ceño por el olor tan fuerte a sangre y vinagre. Sólo podía decir que aquello era repugnante, y se preguntó si era otra de las ideas geniales de Alejandro. Pero luego vio que el rey Areo y su compañero de la derecha, Brásidas, asentían con la barbilla y bebían de sus cuencos muy serios.

—¿Sabe igual que el de vuestra casa? —preguntó Alejandro.

—Exactamente igual —respondió Areo. Luego empezó a ponerse colorado y escupió con un ataque de risa—. ¡Es la misma basura!

Los demás espartanos rompieron a reír, y los macedonios siguieron su ejemplo. Lisanias se dio cuenta, con alivio, de que era una broma. Alejandro había hecho preparar el célebre plato espartano conocido como «caldo negro» del que un ateniense había dicho: «No me extraña que vayan dichosos a la muerte con tal de no volver a probarlo».

Tras retirar el caldo negro, llegaron los platos de verdad, y el vino corrió en abundancia. Después los invitados se retiraron a otra sección de la gran tienda, donde los pajes habían colocado triclinios y veladores con vino y golosinas diversas. Allí les esperaban las flautistas y cortesanas. Alejandro se había esmerado. Para Areo había hecho traer a la mujer más bella del sur de Italia, una joven que se hacía llamar Nerea en recuerdo de una célebre cortesana que había vivido en Atenas en la época de Alcibíades y a la que, por lo exquisito de sus dones, llamaban «la amada de los dioses». Su cabello, de natural rubio, se veía aún más claro por la manzanilla que usaba para aclarárselo; tenía dos enormes ojos azules, la boca carnosa, un cuerpo digno de Afrodita bien ceñido por una túnica casi transparente y, aunque no tocaba demasiado bien la lira, lo hacía con mucha elegancia para lucir sus largos y finísimos dedos. Y, por supuesto, durante toda la velada no tuvo ojos ni oídos más que para Areo.

Con el vino y los bailes de las muchachas, los ánimos se fueron enardeciendo y la fiesta se convirtió en lo que era de esperar. Cuando las escenas de los divanes empezaban a recordar a las pinturas de ciertas piezas de cerámica que no se debían

enseñar a mujeres decentes, Alejandro se levantó y le hizo una seña a Lisanias para que le siguiera.

Tras atravesar un pequeño laberinto de cortinas, llegaron a la estancia privada de Alejandro. Los gemidos y jadeos de la fiesta seguían llegando a través de las paredes de tela. Lisanias, que había bebido algo más de lo que tenía por costumbre, se dio cuenta de que estaba excitado. Alejandro se había sentado ante su escritorio para consultar unos documentos. El joven se puso detrás de él y le masajeó el cuello y los hombros.

—Gracias, Lisanias —dijo él con voz distraída—. Es muy relajante.

Al cabo de un rato, desesperado de conseguir algo más, Lisanias se asomó sobre la cabeza de Alejandro para ver qué hacía. Tenía desplegado en la mesa un mapa sobre el que movía pequeñas cuentas de colores para representar las unidades del ejército.

El mapa era una maravilla. Estaba basado en los informes de exploradores, espías y cartógrafos a los que Alejandro había enviado al norte. Gracias a sus datos, Dicearco había trazado un primer boceto ajustando al máximo las coordenadas y las proporciones. Después, el rey le había entregado ese bosquejo al pintor Etión para que lo completara. El resultado era un gran lienzo de cuatro codos de ancho por tres de alto que representaba la región de Campania en vivos colores.

Allí se veía la península que formaba el alargado espolón de las Sirenusas, y también, marcado en azul, el sendero que debían recorrer desde Irna a Nuceria para atravesar las montañas y llegar a Campania. Ésta era una llanura que se extendía entre los Apeninos y el mar, salpicada de ciudades que aparecían dibujadas con sus murallas y sus templos: Nola, Neápolis, Capua. Cumas, donde residía la Sibila más famosa de Italia, estaba situada en un promontorio que, junto con las Sirenusas, formaba un golfo marcado como el Cráter. Alrededor de Cumas había una comarca llamada Negra sembrada de círculos de distintos tamaños; algunos eran lagos, como el denominado Averno, y otros eran cuencas pobladas de bosques.

—Dicen que estos círculos son las señales que dejó el fuego de Zeus cuando destruyó a los gigantes con sus rayos —le explicó Alejandro, señalando con el dedo —. Toda esa zona está llena de aguas termales y pozos sulfurosos. No es extraño que digan que aquí debajo —añadió, posando el dedo sobre la isla de Pitecusa— fue donde enterró Zeus a Tifón después de derrotarlo.

—¿Y esa otra montaña? —Lisanias señaló un monte de cima achatada que se alzaba solitario en la llanura y dominaba la bahía del Cráter.

—Es el Vesubio. Su cima está llena de cenizas y rocas porosas de color negro. Seguramente sea una montaña de fuego. Eso explicaría que Campania sea tan fértil como las tierras que rodean al Etna. Sólo espero que el Vesubio no decida vomitar sus llamas mientras estemos bajo su ladera. — El dedo de Alejandro se deslizó desde el

Vesubio hacia la derecha—. No sé cómo llaman los lugareños a este monte, pero nosotros lo denominaremos Encelado, por uno de los gigantes que dicen que está enterrado en esta zona.

Lisanias observó que el dedo de Alejandro se había quedado corto en su movimiento, a mitad del valle, sin llegar al monte que había mencionado. Le había vuelto a pasar. Sus ataques de ceguera eran cada vez más frecuentes, y el joven macedonio temía que en uno de ellos ya no recobrara la visión. Pero no se atrevió a preguntarle qué tal estaba y en su lugar le dijo:

—¿Quieres ofrecerles la batalla allí?

—Así es —respondió Alejandro, retrepándose en el asiento como si ya hubiera terminado con el mapa—. La ladera este del Vesubio es boscosa y los árboles invaden parte del valle. Pero según los exploradores luego hay una llanura de campos de cereales hasta Encelado, de entre veinte y veinticinco estadios de ancho. Espacio suficiente para desplegarnos.

—Pero ¿subiendo al norte no hay más espacio? —dijo Lisanias, señalando con el dedo en dirección a Nola—. No será por falta de llanura.

—Prefiero no dejar las ciudades griegas detrás de mí. Cuando caigan los romanos, nos abrirán los brazos. Pero mientras no se sepa quién va a ser el amo de Campania, son capaces de apuñalarnos por la espalda.

—¿Y los romanos aceptarán la batalla?

—Eso creo. Es un lugar de buen agüero para ellos. Allí derrotaron a los latinos en una batalla en la que uno de sus cónsules hizo ejecutar a su hijo por incumplir sus órdenes. El otro cónsul sacrificó su vida arrojándose a caballo contra la infantería enemiga para cumplir un oráculo que les auguraba la victoria sólo si uno de los dos cónsules caía en la batalla.

—Suena como en las Termópilas, cuando se dijo que nuestra ciudad se salvaría sólo si uno de los dos reyes se sacrificaba.

Areo pasó a través de la cortina, ajustándose el cíngulo de la túnica. Lisanias le puso la mano en el hombro a Alejandro y apretó con los dedos para girarle hacia el rey espartano.

—¿Te has cansado de la fiesta?

—Puede que la siga más tarde con Nerea. Es una muchacha muy hermosa, Alejandro. Y te lo dice un espartano, con la fama que tienen nuestras mujeres. Pero quería saber el porqué de tanta amabilidad.

—Somos reyes los dos, Areo. Es lógico que nos tratemos con cortesía. Lisanias le acercó un taburete al espartano y le ofreció vino.

—Gracias, sólo agua. Creo que ya he bebido más que suficiente. —Y añadió dirigiéndose a Alejandro—: ¿De veras es sólo hospitalidad?

Lisanias, con el pretexto de enrollar el mapa, apartó los candelabros para que el

rostro de Alejandro quedara en la sombra y Areo no pudiera verle los ojos.

—Mentiría si te dijera que es un favor gratis —dijo el rey macedonio.

—¿Qué quieres de mí, Alejandro?

—Sé que los espartanos no combatís de buen grado en mi ejército.

—Debes disculparnos. Llevamos siglos mandando a los aliados y dirigiendo las campañas. Dejarnos gobernar por otros es una sensación nueva a la que aún debemos acostumbrarnos.

—Lo sé. Pero corren tiempos turbulentos.

—Perdona que te corrija, Alejandro, pero eso es lo mismo que se ha dicho siempre. También se dijo cuando Darío y Jerjes pidieron sumisión a mi patria.

Alejandro se frotó los ojos.

—Éstos son más turbulentos de lo que crees, Areo. Voy a contarte algo, y confío en que no lo compartas con nadie. Ni siquiera con tu almohada.

—¿Almohada? ¿Qué es eso? Recuerda que soy espartano.

Alejandro se inclinó hacia adelante y miró fijamente a Areo. Lisanias ya no sabía si veía o no veía; no le parecía oportuno ponerse entre ambos y agacharse para examinarle las pupilas.

—Dime, Areo, de rey a rey, ¿puedo confiar en ti? —insistió Alejandro, con ese tono de voz que usaba cuando quería hacer sentir a su interlocutor que era la persona más importante del mundo.

—Por supuesto —contestó Areo, repentinamente serio.

Alejandro le contó casi en susurros la historia del cometa Ícaro. Y supo hacerlo con tal convicción que Areo, miembro de la raza impasible de los lacedemonios, apenas respiró mientras le escuchaba. El propio Lisanias, que durante días se había olvidado de la amenaza, volvió a sentir aquel temor que se le aferraba a los intestinos.

Cuando Alejandro terminó de explicar que el cometa iba a chocar contra Gea el próximo invierno, y en concreto el día 12 del mes de peritio, Aseo respiró hondo, con las manos entrelazadas sobre las rodillas. Era un hombre joven e impulsivo, pero inteligente, y había comprendido los razonamientos del macedonio, una versión simplificada de los del propio Euctemón.

—Ahora que te he contado esto, te diré lo siguiente —dijo Alejandro—. Eres libre de tomar a tus cuatrocientos hombres y marcharte de aquí. Te daré los barcos para volver a Grecia mañana mismo, si quieres. Pero si no quieres, sólo si no quieres, si prefieres librar la última batalla de esta era con tus hombres en lugar de sentarte en tu hogar junto al fuego a esperar que el invierno nos traiga la destrucción, entonces...

Alejandro se interrumpió, se puso de pie y se giró hacia la mesa. Aprovechando que estaba de espaldas a Areo, Lisanias le acercó la copa de vino a la mano.

—Entonces, ¿qué, Alejandro? —preguntó Areo, levantándose él también.

Alejandro le hizo un gesto para que se acercara, y cuando lo tuvo al lado le echó

la mano sobre el hombro. Lisanias se tapó la boca para que no vieran su sonrisa irónica al ser testigo una vez más de cómo su rey manipulaba a otros; mas por otra parte se le erizó el vello de la nuca al comprobar cómo su magia seguía funcionando.

—Dime primero si combatirás a mi lado, amigo. El rey de Esparta junto al rey de Macedonia. Dos hijos de Heracles hombro con hombro.

—Lo haré, Alejandro —respondió Areo con fervor.

—Entonces te diré lo que quiero de ti y de tus guerreros. Cuando llegue el momento de formar en la batalla, os pediré algo que vuestra ley os ha prohibido siempre.

—No te entiendo.

—Cuando lleguen los romanos, daréis un paso atrás. Y luego otro, y otro, y otro más, hasta donde yo os diga. Tendréis que retroceder, pero no por cobardía, sino por disciplina. Retroceder en buen orden, sin romper las filas. Como sólo los lacedemonios son capaces de hacer.

—¿Retroceder? ¿Estás planeando algún engaño? Tenía entendido que eras enemigo de las artimañas y que antes de Gaugamela dijiste: «Alejandro no roba la victoria».

—Ya que me citas a mí, yo citaré a uno de vuestros grandes generales, Lisandro. Fue él quien dijo: «Donde no llega la piel de león, ha de coserse un poco de piel de zorro». —Areo soltó una carcajada. Alejandro le apretó con más fuerza y le habló casi al oído—. Vuelvo a preguntarte: ¿Harás lo que te pido, Areo, nieto de Cleómenes?

—Si tú me lo pides, mis espartanos retrocederán. Pero una cosa te digo: no les pidas que le den la espalda a los enemigos, ni arrojen el escudo, porque jamás lo harán.

—Eso no os lo pediré, amigo mío. Al final seréis vosotros quienes les veáis la espalda a ellos, te lo prometo.

Cuando Areo se fue, Alejandro se acercó a la mesa y trató de apoyarse en ella. Pero la mano le resbaló y cayó al suelo. Cuando Lisanias acudió a ayudarle, tenía las pupilas tan dilatadas que parecían devorar los iris, y estaba temblando.

—Mi cabeza...

—¿Durante todo este rato no has podido ver nada?

Alejandro asintió y trató de levantarse. Un paje entró, alarmado por el ruido, y Lisanias le dijo que le ayudara a llevar al rey a la cama. Aún se oían la música y los ruidos de la fiesta, y el paje preguntó a Lisanias si echaba a los invitados.

—No. Nadie debe enterarse. Y tú, si le tienes aprecio a tu vida, no dirás nada de esto —dijo Lisanias con gesto fiero. Cuando se trataba de Alejandro, era como una leona defendiendo a sus cachorros.

—¿Tampoco quieres que avise a un médico? —preguntó el paje con ojos

desorbitados de miedo.

—No, a un médico no —protestó Alejandro.

—Ya has oído —dijo Lisanias—. Quédate en la puerta y que no entre nadie. El paje asintió y salió de la estancia.

—Lisanias, tráeme a Néstor —musitó Alejandro.

—Crátero debe estar al llegar, Alejandro.

—Necesito a Néstor ahora, Lisanias. Mi cabeza... Me hundo, Lisanias. Siento cómo la negrura me está devorando por dentro...

—Es sólo una crisis, Alejandro. Pronto recuperarás la vista —dijo Lisanias, apretándole las manos.

—No, Lisanias, no. Esta vez no. Tráeme a Néstor. Tráemelo.

—Te lo traeré, Alejandro. Te lo prometo —dijo Lisanias, y dándole un beso en los labios salió de la tienda.

Aún quedaban horas para el amanecer; lo justo para hacer los preparativos, reunir a unos cuantos jinetes y buscar al médico. Si tenía que llegar hasta Roma para encontrarlo, lo haría. Pero no le fallaría a Alejandro.

CUESTIONES DE HONOR

Entre el límite del Lacio y Campania se extendía una llanura costera de más de trescientos estadios de longitud, interrumpida tan sólo por una montaña conocida como el monte Másico. No era demasiado alta, pero sí tan alargada que la partía en dos, y su estribación más oriental llegaba casi hasta el mar. Desde una de sus laderas, Crátero, Perdicas, Néstor y Mirmidón, que apenas se separaba del médico, se volvieron hacia el norte para otear el panorama.

—Nos van a alcanzar —dijo Crátero—. Antes de que oscurezca. —Y mucho antes también — contestó Perdicas.

A poca distancia de ellos se veían las ruinas derruidas de una pequeña fortaleza, Vescia. Sus habitantes la habían abandonado dos años antes para refugiarse en las montañas del interior, empujados por la presión constante de los romanos. Cuando los feciales se despidieron de ellos a la salida de Formias, poco después de amanecer, Trémulo les recomendó que tomaran ese camino.

—Antes los ausones os habrían hecho pagar un peaje por pasar entre el Másico y el mar, pero ahora ese lugar está desierto. Si vais por allí, siguiendo la playa, no tendréis que dar ningún rodeo y llegaréis antes a Campania.

Hacia el norte se recortaba la masa de los montes Auruncos, de donde habían partido aquella misma mañana, y entre ambos puntos se extendía una llanura cubierta de viñedos que desde hacía dos años estaban desatendidos. De momento aquellos parajes eran tierra de nadie, aunque los romanos ya empezaban a asegurar que pertenecían al Lacio y que siempre había sido así. Por allí se alzaba la nube de polvo que habían visto a sus espaldas poco antes de cruzar el río Clanis y que desde entonces no había hecho más que acercarse. Al ver que la polvareda era alta y fina, habían deducido que se trataba de una tropa de caballería. Ahora, desde aquella altura, comprobaron que estaban en lo cierto.

—¿Cuántos caballos calculáis que puede haber? —preguntó Crátero, bizqueando. Con los años había perdido vista, aunque no le gustaba confesárselo a nadie.

—Más de cien —respondió Perdicas.

—Y doscientos también —dijo Mirmidón.

—¿Por qué nos están comiendo tanto terreno? —preguntó Néstor—. Los romanos no tienen mejores caballos que nosotros.

El antiguo Rey del Bosque se puso la mano a modo de visera y entrecerró los ojos.

—Por los reflejos, diría que sólo la mitad de los caballos llevan jinete. Van

cambiando de montura para dar descanso a los animales. Algo que nosotros no podemos hacer. Néstor se volvió hacia el sur. Por allí la playa seguía recta e interminable, como la que habían recorrido a lo largo del día. En el horizonte se vislumbraban unos picos borrosos. Había uno a la izquierda que destacaba sobre los demás, y después la propia ladera del Másico les cortaba el campo de visión.

—Es el Vesubio —dijo Mirmidón—.Ya está en tierras de Campania.

—¿Podemos llegar allí antes de que nos alcancen?

—Imposible —respondió Crátero—. Incluso para llegar a Cumas nos queda bastante más de lo que hemos recorrido esta mañana. No, nos alcanzarán mucho antes. Tenemos que tomar una decisión.

Era el tercer día de viaje. Tras la huida del Tuliano apenas habían descansado. Néstor no recordaba jornadas tan agotadoras desde la campaña a orillas del Euxino y el Hircanio. Habría agradecido unos buenos pantalones escitas y una manta de montar persa, porque tenía el interior de los muslos lleno de rozaduras y el trasero dolorido de botar a lomos de Pegaso. Pero conocer el destino que correrían si las tropas del dictador los alcanzaban era un buen acicate para seguir adelante.

El mismo día de su fuga, al amanecer, Néstor y Clea se habían encontrado al pie del monte Albano con los enviados macedonios. Fue una sorpresa para ellos, y también para Perdicas y Crátero. Todo había sido un plan improvisado por Gayo Julio y Mirmidón, pero ninguno de los dos fue muy locuaz con los detalles.

En el momento de aquella inesperada reunión, Crátero había abrazado a Néstor con la fuerza de un oso, e incluso se permitió la misma familiaridad con Clea, pero Perdicas les dirigió una mirada indescifrable y comentó algo con el joven macedonio que le acompañaba. Néstor se preguntó si el general sospecharía algo de lo que había pasado entre ellos, pero se dijo que era imposible. La única persona que podía saber algo era Ada, y no había tenido contacto con la embajada macedonia en ningún momento.

Gayo Julio había pedido a los feciales que se apartaran bajo unos arbolillos para hablar a solas con los macedonios.

—Es mejor así —les explicó Gayo—. Aunque están tan indignados como yo con el sacrilegio que ha cometido el dictador, es preferible que no sepan cómo habéis escapado del Tuliano. De hecho, ni siquiera yo quiero saberlo. Mientras os escolten los símbolos de Júpiter, nadie en territorio romano se atreverá a haceros daño... salvo que el dictador envíe caballería en vuestra persecución.

—Yo la enviaría —dijo Crátero—, y ese viejo borrachín tiene pinta de ser más testarudo que yo.

—Me temo que lo es. Por eso Trémulo sabe que debéis viajar a marchas forzadas.

Fue entonces cuando Crátero tuvo una ocurrencia que a Néstor le pareció justa,

pero que a Perdicas le hizo torcer el gesto.

—Tribuno, te ofrecimos quince talentos de oro por tus prisioneros. Ahora que nos los has entregado, es justo que nosotros también cumplamos nuestra palabra.

Gayo Julio asintió. Seguramente no esperaba aquel gesto por parte de Crátero, pero lo aceptó con elegancia, sin fingir que no lo merecía. Mientras los feciales seguían apartados para no convertirse en cómplices, los soldados macedonios fueron desfilando ante un carretón traído de una finca cercana y entregaron a Gayo Julio los lingotes y las monedas que llevaban encima.

—¿A ti no te corresponde nada? —preguntó Néstor a Mirmidón.

—No lo he hecho por oro. Ya te lo he dicho. Sólo quiero que me lleves ante Alejandro.

—Tu santuario está aquí cerca. ¿No piensas volver a él?

—No.

—¿Y dejas abandonada a Ártemis?

Mirmidón sonrió. Al hacerlo, sus ojos se convertían en dos rendijas. A ratos a Néstor le parecía que los dos eran del mismo color, un gris acerado, pero en otros momentos, según la luz, uno se veía verde y otro azul, casi como los de Alejandro. Pero no se atrevía a pedirle que le dejara examinarle de cerca para comprobar sus iris y sus pupilas.

En realidad, casi nadie se atrevía a decirle nada a Mirmidón. El Rey del Bosque se mantenía un poco apartado de los demás, aunque no perdía de vista a Néstor en ningún momento, como si se hubiera nombrado a sí mismo su guardaespaldas.

—Los dioses no nos necesitan, médico —dijo—. El humo de nuestros sacrificios y el eco de nuestras plegarias les son indiferentes. Sólo les gusta divertirse a nuestra costa, igual que un niño lleva hormigas a un hormiguero ajeno para ver cómo se pelean entre ellas. Créeme, he visto a los dioses y los conozco.

—¿A Ártemis también? —intervino Clea.

—También.

—¿Bañándose en su lago?

Néstor sonrió. Clea no tenía remedio, siempre con sus ninfas y sus diosas desnudas. Si Hipócrates tenía razón con su teoría de los humores, los de Clea andaban muy alterados y ardientes. Esperaba que se le asentaran un poco con la edad.

—¿Te refieres a verla como la vio Acteón? —preguntó Mirmidón.

—Sí —respondió Clea, que se ruborizó un poco, pero no por eso apartó la mirada.

—Acteón no vio a Ártemis como se puede ver desnuda a una mujer, sino en la desnudez de los dioses, que es muy distinta. Se trata de un espectáculo terrible para el que los humanos no están preparados. Acteón no murió porque lo despedazaran sus perros, como cuenta la gente, sino porque enloqueció hasta tal punto que él mismo se arrancó los ojos con sus propios dedos, se partió la lengua entre los dientes y se la

tragó.

—Qué espanto —dijo Clea, con un brillo morboso en las pupilas.

—¿Pero tú has visto a Ártemis tal como la vio Acteón? —preguntó Néstor.

—¿Por qué quieres conocer tanto, Néstor? Si quieres seguir pasando por la vida sin dejar mancha, es mejor que te mantengas en la ignorancia. No trates de saber quién eres. Néstor ignoraba qué tenía que ver la respuesta de Mirmidón con su pregunta. Pero no pudo indagar más, porque una vez cargado el carro con el oro, Gayo Julio se despidió de ellos.

—Nos veremos en el campo de batalla —le dijo a Crátero.

—Eso espero —respondió Crátero—. Al habernos devuelto a los prisioneros, has salvado a tu ciudad. Cuando Alejandro entre en Roma, la respetará como a cualquier otra ciudad conquistada.

—Alejandro nunca entrará en Roma —dijo Gayo.

—Eso se decidirá en el campo de batalla.

—No me has entendido, Crátero —respondió el tribuno, meneando la cabeza—. Aunque nos derrotéis, la ciudad nunca se rendirá. Podéis aplastar a nuestras legiones, pero ni aún así os abrirá sus puertas. Si Alejandro quiere conquistar Roma, antes tendrá que matar hasta al último romano.

Crátero asintió sin decir nada, aunque Néstor casi pudo leer sus pensamientos. *Que sea como vosotros queráis.*

Después de despedirse también de Perdicas, Gayo Julio tomó las manos de Clea y se inclinó.

—Siempre he envidiado al gran Alejandro por sus conquistas, sus éxitos militares y los países lejanos que ha visitado. Ahora tengo otro motivo más para envidiarle, mi noble Clea.

—Tus palabras son más dulces que la miel, noble Gayo —respondió ella con la misma retórica—. Por favor, envía mis mejores deseos a tu familia, y sobre todo a Julia y a la pequeña Lila.

Por último, Gayo Julio se despidió de Néstor. Primero le estrechó la mano, pero después se dejó llevar por un impulso, le abrazó con fuerza, le besó en la mejilla y le dijo al oído:

—Ese caballo que te llevas es poco premio para todo lo que me has dado, Néstor. Si los Hados decretan que no volvamos a vernos, has de saber que siempre estarás en el corazón de los Julios.

Después se marchó con sus hombres por el camino que se dirigía hacia el monte Albano, donde tenía la finca en la que pensaba enterrar el dinero hasta que llegaran mejores tiempos. Néstor se quedó algo entristecido. Ignoraba, por supuesto, que Gayo Julio había espiado su diario y había sopesado muy en serio la idea de entregarle a los cartagineses. Pero, aunque lo hubiera sabido, nadie mejor que un médico para

comprender que, al igual que por debajo de la piel el cuerpo más hermoso se compone de vísceras sangrientas y fluidos malolientes, hasta el más noble de los hombres guarda debajo de la piel de su alma motivos e impulsos mezquinos y egoístas.

Después de aquello habían galopado sin parar. Hasta Terracina habían aprovechado la Vía Junia. Las patrullas romanas y latinas con las que se encontraban se apartaban al ver los símbolos sagrados de los feciales y les abrían paso, e incluso, ignorantes del mal fin que había tenido la embajada, les saludaban. Después, una vez llegados al final de la calzada, habían viajado por senderos de tierra hasta llegar a Formias. En sólo dos jornadas habían cubierto casi ochocientos estadios, un ritmo que no podían mantener hasta Posidonia si no querían reventar o despear a los caballos. Pero Crátero sabía que a Néstor y Clea no los había sacado del calabozo la diosa Afrodita en una nube de bruma, sino Mirmidón a punta de espada, y no confiaba en que después de matar a sus lictores y esbirros el dictador mantuviera la promesa de otorgarles un día de ventaja.

—¿Qué sabes de ese Mirmidón? —le había preguntado al médico en uno de los escasos altos en el camino.

—Me temo que tanto como tú. —Néstor le contó lo que había visto en el santuario de Diana y concluyó—: Creo que es mejor tenerlo de nuestra parte.

—Estoy de acuerdo. Pero no sé si será seguro dejar que alguien tan peligroso se acerque a Alejandro —dijo Crátero.

Mirmidón sólo les había dicho que tenía un asunto importante que tratar con el rey, pero se negaba a explicar en qué consistía.

—Ha salvado a su médico y a su esposa —intervino Perdicas—. No creo que quiera hacerle daño.

—Habrá que registrarle hasta las caries —dijo Crátero, volviendo la mirada hacia Mirmidón. Éste se había sentado en el suelo, con la espalda recostada en un árbol mientras comía un poco de cecina—. ¿De dónde crees que es, Néstor?

—Desde luego, no de esta región. La conoce bien y habla latín, pero se expresa mejor en griego.

—Cierto, pero aún así tiene un acento extraño.

Los demás macedonios miraban a Mirmidón con una mezcla de desconfianza, curiosidad y, cuando corrió el rumor de que había liberado a Néstor y Clea sin más armas que su espada, también de admiración. Aunque vestía una simple túnica ceñida con un cinturón de cuero raído, iba descalzo y no llevaba joyas, anillos ni colgantes, su porte era el de un noble que no está acostumbrado a doblar la rodilla ante nadie. Algunos de los Compañeros se acercaban a hablar con él o le ofrecían vino o comida; él contestaba y aceptaba con cortesía, pero sus respuestas se agotaban enseguida, y

nunca buscaba una conversación por propia iniciativa, ni siquiera con Néstor.

Cada vez que se bajaba del caballo en los breves descansos que les daban a las monturas, el cuerpo de Néstor sólo le pedía tirarse en el suelo y cerrar los ojos. Sin embargo, hacía un esfuerzo y aprovechaba las paradas para buscar a su alrededor todo tipo de plantas. Mirmidón le resultó una gran ayuda, pues conocía hierbas en las que Néstor ni siquiera habría reparado.

—Tuve un gran maestro —le explicó—. Era el mejor cazador del bosque, y también sabía dónde encontrar cada planta medicinal, en qué estación era mejor recogerla y bajo qué luna.

Lo de la luna no le resultaba a Néstor demasiado científico, pero agradeció la ayuda de Mirmidón y fue recopilando una colección que esperaba le fuese útil. Por suerte, había recuperado también su cofre, en el que guardaba extractos secos de plantas conseguidas en lugares tan lejanos como Taprobán o las cumbres del Paropamiso. Si el mal de Alejandro era el que sospechaba, no tenía una cura para él. Sin embargo, tal vez podría preparar alguna mixtura que se lo hiciera más llevadero y aliviara sus síntomas.

Pero antes tendrían que llegar vivos a Posidonia, pensó ahora, mientras veía cómo aquella masa de jinetes se acercaba hacia el Másico cabalgando por la larga playa.

—No podemos vencerles. Son demasiados —dijo Perdicas.

—Sí, eso es evidente. ¿Qué hacemos entonces? —insistió Crátero, volviéndose hacia su compañero.

—Tal vez, si cargamos contra ellos en vez de huir, logremos desconcertarlos y ponerlos en fuga. No es la primera vez que pasa algo así.

—No son bárbaros escitas, acostumbrados a disparar sus flechas y retirarse. Ésos son romanos. Te aseguro que no huirán.

—¿Qué propones?

—Está muy claro —dijo Crátero—. Uno de nosotros dos debe plantarles cara. Aunque no los pongamos en fuga, al menos les haremos perder tiempo suficiente para que el otro consiga algo de ventaja y ponga a salvo a Néstor y Agatoclea.

Néstor comprendió que la opción de que ambos generales se retiraran dejando allí un destacamento al mando de un subordinado era impensable. ¿Con qué cara se presentarían luego ante los familiares de los Compañeros y les dirían que ellos, Crátero y Perdicas, se habían salvado mientras sus hombres, nobles macedonios, morían?

—¿Quién se queda? —preguntó Perdicas, mirando fijamente a Crátero—. ¿Vamos a echarlo a suertes?

—No hay suertes que valgan. Me quedo yo.

—¿Por qué?

—Porque Alejandro me puso a mí al mando de esta embajada, Perdicas —dijo Crátero, enseñando sus grandes dientes en una fiera sonrisa—. Siento quitarte la gloria, amigo. Pero la antigüedad es un grado.

—Por esa misma razón debería quedarme yo.

—No vamos a perder más tiempo, Perdicas. Tú te los llevarás a Posidonia. ¿Entendido?

Perdicas agachó la cabeza.

—Como tú quieras. Siempre te has salido con la tuya.

Bajaron la ladera corriendo. Los demás Compañeros ya habían vuelto a montar y rodeaban a Clea, que estaba aguantando aquella frenética cabalgata como una auténtica amazona. Crátero subió a lomos de su caballo y dijo:

—¡Necesito diez voluntarios para una tarea penosa y difícil!

Todas las manos se levantaron a la vez. Sin complicarse, el general eligió a los diez primeros empezando por la derecha y les dijo que se adelantaran.

—Vais a cabalgar como si os persiguieran a la vez los perros de Hécate, los carros falcados de Darío y todos los maridos italianos a los que les habéis puesto los cuernos. —Sólo hubo una breve carcajada; todos comprendían que la situación era seria—. Vuestra misión es conseguir que la esposa y el médico de nuestro rey lleguen a Posidonia. Os he dicho que es una misión dura, porque es muy duro dejar que los compañeros combatan y se lleven toda la gloria. Pero debéis hacerlo por Alejandro, ¿lo habéis entendido?

Los diez elegidos asintieron, algunos cabizbajos y otros tal vez aliviados. Néstor observó que Perdicas se estaba mordiendo los labios. Él era el jefe de los Compañeros, luego debía ser él quien los arengara. Pero Néstor se había dado cuenta de que no tenía ningún deseo de quedarse allí para sacrificarse por ellos.

Al darse cuenta de que le observaba, Perdicas acercó su montura a la de Néstor y le preguntó en voz baja:

—¿Qué miras, médico?

*Es mejor que te calle*s, pensó Néstor, pero fue incapaz. Apreciaba demasiado a Crátero, bastante más que a Perdicas.

—Te has dejado convencer muy fácilmente. ¿Dónde está tu amor a la gloria?

—En esta misión, él es mi superior —masculló Perdicas.

—¿Desde cuándo eso basta para callar a un noble macedonio? Te has portado como un mal pagador de taberna, que esconde las monedas en cuanto otro hace ademán de pagar la ronda.

—¿Acaso me estás llamando cobarde? Mira que aunque estés desarmado...

—Mientras ande yo cerca, él no está nunca desarmado —dijo Mirmidón, con el tono grave y peligroso de un león ronroneando al sol.

—Sé que no eres ningún cobarde, Perdicas —dijo Néstor—. Pero tal vez no te parezca digno de tu carrera morir aquí, en una playa desierta como ésta, sin testigos de tu gloria. ¿Te parece digno que en cambio muera Crátero?

Perdicas se acercó aún más, tanto que sus piernas se tocaron, y susurró:

—Por supuesto que no me parece digno, y menos si eso significa morir por ti y por esa furcia del pelo rojo. —Al ver que Néstor se quedaba sin palabras, sonrió y añadió—: Sí, médico, *lo sé*. Por mí, os enfrentaríais los dos solos con esos romanos, pero ya no tiene remedio.

Mientras ellos discutían en voz baja, Crátero se dirigió a los cuarenta hombres que se quedarían con él.

—A nosotros nos toca la misión más fácil y descansada, una que se puede resumir en una palabra. ¡Luchar! —Después se volvió hacia los demás y les dijo—: ¿Qué hacéis aquí todavía? ¡Marchaos ya!

Antes de volver grupas para alejarse, Perdicas levantó la lanza sobre su cabeza y saludó a Crátero.

—¡Acaba con ellos rápido, viejo amigo! ¡Nos vemos en Posidonia!

—¡Ponme una jarra de vino a refrescar! Y ahora, ¡largo de aquí!

Néstor se había quedado demudado por las palabras de Perdicas, pero no podía irse sin despedirse de Crátero. Mientras los demás emprendían ya un ligero trote hacia el sur, él se acercó un momento a él y le estrechó la mano.

—Ha sido un honor conocerte, Crátero.

—Para mí también, Néstor, hijo de tus propias obras. Salva al rey y haz que nuestro sacrificio sirva para algo.

—Cuando esta noche cenes con las almas del infierno, general —intervino Mirmidón, sin el menor sarcasmo—, ¿puedes darles un recado de mi parte?

—¿Cuál?

—Diles que ya no tendrán que esperar mucho más tiempo al Mirmidón. ¡Suerte en tu viaje, general!

Ambos volvieron grupas y talonearon a sus caballos para alcanzar a los demás. Néstor se dio cuenta de que tenía los ojos llenos de lágrimas, pero tal vez era por la brisa del mar y el aire de la cabalgata.

Condenado Perdicas. Por supuesto que Crátero no tenía ningunas ganas de morir, pero la elegancia y el decoro exigían cierto protocolo. Al menos tenían que haber insistido tres veces cada uno antes de que se decidiera a delegar en Perdicas y dejarlo allí. Pero ya no tenía remedio, y ahora iba a morir en una playa perdida en un país extraño.

Los cascos de los caballos enemigos ya se oían como tambores cada vez más cercanos. Crátero se volvió hacia un oficial llamado Polemón y le dijo:

—Tú que tienes mejor vista que yo, ¿se les ven ya las caras?

—Aún no. Veo a los caballos y los jinetes, pero no distingo mucho más.

—Eso es que aún están a más de ocho estadios. Haz que los hombres formen en línea.

—¿En línea? ¿No en cuña?

—Hoy se trata de cubrir el mayor terreno posible, Polemón, no de atravesar la formación enemiga.

Mientras los jinetes se desplegaban en una larga línea, Crátero miró hacia su derecha, donde se levantaba la ladera del monte. Después se volvió hacia los cuarenta Compañeros y paseó ante ellos.

—¿Veis cuánta distancia hay entre esta montaña y el mar? No puede ser más de un estadio. Un lugar perfecto para detener a los enemigos. ¿Qué digo perfecto? ¡Cojonudo!

Los Compañeros se rieron. Crátero siempre había tenido la virtud de decir las palabrotas con gracia.

—Matad a todos los caballos que podáis, hijos míos. Se lo merecen menos que esos gorrinos que llevan a cuestas, pero tenemos que darles a nuestros camaradas la oportunidad de huir. —Crátero miró hacia el norte. Ya incluso él distinguía a los jinetes individuales. Eran muchos, sí. Más del doble que ellos, quizá el triple. Se volvió de nuevo hacia los suyos—. ¡Macedonios! ¡Compañeros del Rey! ¡Compañeros míos!

—¡Estamos contigo, Crátero! —gritó Lincestias, uno de los pocos del grupo que había luchado en Gaugamela.

—¡Éstas serán nuestras Termópilas! —prosiguió Crátero—. ¿Sois vosotros peores que los espartanos?

—¡Noooo! —rugieron ellos levantando las lanzas sobre la cabeza.

—¿Sois peores que los romanos?

—¡Noooo!

Crátero presionó con la rodilla izquierda a su corcel para hacer que se diera la vuelta y encaró a los romanos. Abatió la lanza, proyectándola sobre las orejas de su caballo, y le taloneó los flancos.

—¡Adelante!

Dicen que cuando alguien sabe que va a morir, en un incendio, en un naufragio o incluso en la línea de batalla, toda su existencia desfila ante sus ojos. En su caso, Crátero lo hizo a propósito, y mientras avanzaban pasó revista a su vida para decidir si merecía la pena terminarla así. No había sido tan mala, al fin y al cabo. Había llegado a los cincuenta años sin sufrir enfermedades, fuera de alguna herida de guerra infectada. Había comido montañas de carne y bebido ríos de vino. Había tenido una esposa imperial y había gozado de hermosas mujeres. Había recorrido medio mundo

venciendo batallas para Alejandro, el más grande entre los grandes, y había compartido tienda y mesa con los mejores soldados y generales de la historia.

Sólo una cosa le echaba en cara al destino: no dejarle morir en una gran batalla en vez de en una escaramuza, él, que había mandado a más de cuarenta mil hombres en combate. Perderse el combate decisivo entre Alejandro y Roma.

Pero entonces, cuando los Compañeros empezaron a entonar el peán y los caballos aceleraron su galope hasta que sus cascos retumbaron como el trueno, Crátero volvió la mirada a ambos lados y se vio rodeado por cuarenta lanzas tendidas hacia el enemigo y cuarenta rostros decididos a seguirle hasta el infierno. Miró de nuevo al frente y vio que los romanos se habían refrenado, como si no pudieran creer que una tropa tan exigua les embistiera a ellos, los perseguidores. Y entonces decidió que sí, que merecía la pena morir con aquellos macedonios, con aquellos auténticos Compañeros. Aferrando con fuerza su larga lanza de madera de tejo, volvió a clavar los talones en los ijares de su caballo, abrió su enorme boca y gritó con toda la fuerza de sus pulmones:

—*Aléxandros kai nike!*

El día siguiente a la partida de las legiones, a la hora en que el Foro empezaba a llenarse, se formó un corrillo de gente cerca del edificio del Senado, delante de la rostra desde la que los oradores se dirigían al pueblo en los comicios. Pero esta vez no había ningún cónsul, senador o tribuno de la plebe hablando. Bajo las proas de las naves conquistadas a los latinos de Ancio veinte años atrás, alguien había clavado un pincho de hierro y en él había ensartado una cabeza barbuda. Debajo de ella, un cartel de madera rezaba: «CRATERVS ALECSANDRI DVCS». Los curiosos, mujeres, esclavos y hombres que por su edad no estaban ya en edad de servir con las legiones, se arremolinaron alrededor, y los que sabían leer informaron a los demás de quién era la cabeza allí colgada. Al correr la voz, el rumor se deformó y algunos dijeron que se trataba de la testa del propio Alejandro. Eso significaba que Roma había ganado la guerra casi antes de empezar, pues no había pasado ni un día desde que despidieran en la Vía Junia a las siete legiones que partían hacia el sur para reunirse en Ardea con las seis que aportaban los aliados.

Algunos habían empezado a acercarse a la cabeza y a arrojarle salivazos cuando una mujer muy hermosa y elegante, con la cabeza cubierta, se abrió paso entre la gente, ayudada por dos fornidos esclavos. «Es Julia —dijeron algunos—, la hermana de Gayo Julio», y se preguntaron qué pretendía hacer.

Las moscas ya empezaban a zumbar alrededor de la cabeza. Julia las aventó con la mano y, sin descomponer el gesto, arrancó la cabeza del pincho, se volvió y se la enseñó a los curiosos.

—Este hombre, Crátero el macedonio, fue huésped en mi casa —dijo—. No

permitiré que se trate con tal escarnio a quien compartió el pan y el vino en el hogar de Gneo Cornelio Escipión, pretor de Roma. Ese sacrilegio no es digno de los romanos.

Uno de los esclavos tendió un saco de piel a Julia, que guardó dentro la cabeza y lo cerró. Hubo un par de rufianes, clientes del dictador, que la insultaron y dijeron que una mujer no tenía porqué meterse en esas cosas, pero los demás los acallaron a siseos y empujones. De pronto, las palabras de aquella hermosa mujer les habían avergonzado, como si la propia Juno hubiera bajado de su templo en el Capitolio para reñirles por su conducta. Y cuando pasó entre ellos llevando la cabeza de Crátero bajo el brazo, todos se apartaron ante ella como las aguas del mar cortadas por la proa broncínea de un barco.

DUELO EN LA FAMILIA

En la sala de reuniones de la gran tienda, los generales aguardaban y cuchicheaban como en un velatorio. Hasta Meleagro parecía confuso, sin saber qué decir. De pronto los que criticaban a Alejandro se daban cuenta de que, si lo perdían, no sabrían qué hacer sin él, perdidos en un país extraño. No era la primera vez que el rey se hallaba en grave peligro: la hidrocución por bañarse sudando en las aguas heladas del Cidno, la herida de flecha en la ciudad de los mallos, el envenenamiento en Babilonia. Pero nunca le había ocurrido en vísperas de una gran batalla.

—Tenemos que hacer algo —decía Alcetas—. Si no se recobra...

—Si no se recobra, ¿qué? —preguntó su cuñado Átalo—. Termina lo que has dicho.

—Perdicas dice que los romanos ya están listos para movilizar a su ejército.

—Por lo que sabemos de ellos, en sólo cinco días podrían estar en Campania —comentó Glaucias en tono cauto.

—¡No se trata de Campania! —dijo Alcetas—. Si seguimos aquí parados esperando a que se recupere o..., bueno, o no se recupere, entonces los romanos no se detendrán en Campania. Vendrán hasta aquí y...

—¿Es que somos niños que no saben ir de la mano sin él? —saltó Meleagro—. Somos macedonios, Alcetas. ¡Nos bastamos y nos sobramos para derrotar a los romanos sin Alejandro!

—¿Quién mandaría el ejército? —preguntó Átalo, con venenoso sarcasmo—. ¿Tú, Meleagro?

—Por supuesto que podría hacerlo —contestó él. Vació la copa de vino de un trago y aporreó con ella la mesa para que un paje se la rellenara—. Hasta borracho sabría hacerlo.

—No se me ocurriría otra forma.

—¡Cualquiera de nosotros podría hacerlo! —dijo Meleagro, subiendo cada vez más la voz y sin hacer caso a las palabras de Átalo—. El trabajo ya lo hizo Filipo, que creó este ejército. No su hijo. —Apuró de nuevo la copa y agarró al paje por la túnica para que no se alejara y aprovechara el viaje. Los demás generales cruzaron miradas significativas, como echándose a suertes quién lo sacaría a rastras de la tienda—. ¡Hasta Eumenes podría mandarnos!

El secretario real, que estaba escribiendo algo en una tablilla de cera, levantó la mirada y respondió:

—Seguramente podría ser mejor general que tú. Llevo toda la vida con Filipo y

Alejandro, y con la boca cerrada y los oídos abiertos. —Hablaba con una vehemencia insospechada en él—. He leído los trabajos de Jenofonte, de Tucídides y de Eneas Táctico. He asistido a más consejos de guerra que todos vosotros juntos. He visto...

—¡Vaya, vaya! —Alcetas, que estaba de pie, se colocó detrás de Eumenes, le apretó los hombros y luego le agarró las orejas en un gesto cariñoso que al secretario no le hizo ninguna gracia—. Nuestro escribano también quiere jugar a la guerra.

—¿Podríais vocear un poco menos?

Todos se volvieron hacia la cortina que daba hacia la parte de la tienda reservada a Alejandro. Allí se erguía el corpachón de Peucestas, que los miraba con gesto severo.

—Parecéis hijos codiciosos repartiéndoos su herencia. Pero no hay herencia que repartir.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alcetas.

—Alejandro se está recuperando.

—Gracias a Apolo —suspiró Glaucias.

Fuese por Apolo o por las dotes curativas de Néstor, Alejandro había recobrado la vista.

—Te veo, Néstor —dijo con una sonrisa—. Distingo tu rostro. Y tienes mala cara.

—Agradécele a Lisanias que puedas verme —respondió el médico.

El sacrificio de Crátero en el monte Másico les había dado algún tiempo. Durante aquella noche habían descansado unas horas, pero a la mañana siguiente la nube de polvo ya estaba otra vez tras ellos. Cabalgaron de nuevo, hasta reventar a tres caballos. Implacable, Perdicas había dejado atrás a sus jinetes y había seguido adelante. A mediodía, cuando ya se divisaban las murallas de Neápolis y el Vesubio dominaba todo el paisaje, la caballería romana se hallaba tan cerca que podían oír sus gritos y los relinchos de sus corceles.

En ese momento apareció otra tropa montada que venía desde el sur. Era más numerosa que la de sus perseguidores, pero entre la polvareda no podían distinguir si eran campamos o más romanos, y si venían en su ayuda o para cerrarles el paso. Entonces sonó el peán y vieron ondear el estandarte de Hefestión, y supieron que quienes venían eran los Compañeros. Al pronto Néstor pensó que la invasión de Campania se había adelantado, pero cuando los romanos pusieron pies en polvorosa por fin y la exigua partida de fugitivos se reunió con la caballería macedonia, se enteraron de que Lisanias había partido el día antes desde Posidonia con doscientos Compañeros y otros tantos tesalios tan sólo para buscarlos.

Aquello no había supuesto ningún descanso para Néstor. Al saber que Alejandro se hallaba postrado en la cama y Cleopatra también estaba enferma, Perdicas se apresuró a elegir los treinta caballos más rápidos, y con ese grupo volvió a Posidonia

sin descansar, dejando atrás a los demás con Clea. Néstor había utilizado la montura de otro hombre, pues Pegaso estaba al borde de sus fuerzas y de no descansar al menos un día lo habría reventado.

Ahora, el que estaba reventado era él. No sabía cuántos estadios había recorrido desde la fiesta en casa de Escipión, pero seguro que eran infinitamente más que las escasas horas que había dormido. Le dolía cada hueso del cuerpo, tenía los muslos en carne viva y los ojos se le cerraban solos, pero al ver cómo Alejandro reconocía su rostro se sintió recompensado de sobra.

Siempre que sólo viera su rostro y no el secreto que guardaba en su interior.

Olvídalo todo, pensó Néstor, y le tendió a Alejandro una copa de vinagre en cuyo fondo reposaban unas bolas que parecían cuentas de ámbar.

—¿Qué es esto?

—Los persas lo llaman *padzar*, que significa «contraveneno». En realidad —añadió bajando la voz— son cálculos biliares de cebú.

—¿Un antídoto? ¿Me han vuelto a envenenar?

—Esta vez no. Tu mal es interno.

—Ya, sé que está dentro de mi cabeza. Lo noto.

—Te he tratado con hierbas y setas muy fuertes. Es una medicación peligrosa, pero, al igual que el *padzar,* sirven para que ese mal se reduzca de tamaño. Por eso has recuperado la visión. ¿Sigues sintiendo dolor de cabeza?

—Ahora no —dijo Alejandro, incorporándose en la cama. Néstor reparó en cómo vibraban las fibras de los músculos de sus hombros. El rey había adelgazado.

—Voy a ponerte una dieta muy estricta para apuntalar el efecto de estas medicinas. Quiero congelar ese mal y evitar que se siga alimentando de la sangre que fluye dentro de tu cerebro.

—¿No voy a poder comer carne? —preguntó Alejandro, de buen humor—. Está bien; si tú lo mandas, me convertiré en pitagórico.

Néstor se acordó de Aristóteles, y del papiro que llevaba para Alejandro. Pero pensó que aún no era momento de entregárselo.

—Todo lo contrario. A partir de ahora no probarás el pan ni ningún otro cereal, y de fruta comerás como mucho una manzana al día. Adiós a las legumbres. A cambio, carne roja en abundancia: lomo de ternera, pata de cerdo. Debe tener mucha grasa, y has de comértela toda.

—Será una dieta digna de Zeus —dijo Alejandro, refiriéndose al lote de huesos envueltos en grasa con que Prometeo había engañado al rey de los dioses.

—También comerás queso de cabra curado y regado con aceite de oliva —prosiguió Néstor—. Mollejas de vaca, avellanas y nueces, yemas de huevo. Anguila, sésamo... He hecho una lista, y yo mismo vigilaré tu dieta. Te advierto que habrá cosas menos agradables, como hígado crudo de oca y de pato. También he localizado

a un comerciante de Masalia llamado Piteas, y le he comprado una buena provisión de aceite de hígado de bacalao y huevas de esturión. ¡Ah! Y nada de vino.

Néstor calculaba que una cantidad moderada no le haría daño a Alejandro, pero conociéndole pensó que era mejor prohibírselo de forma radical. Tampoco le dijo que si seguía demasiado tiempo esa dieta le podía matar. Pero había que ir paso a paso. Primero poner un parche a la enfermedad actual, y luego ocuparse de las venideras.

—¿Has visto a mi hermana? —preguntó Alejandro—. No se encuentra bien desde hace días. Néstor chasqueó la lengua.

—Las noticias no son buenas.

A Alejandro se le cambió el gesto. Siempre había tenido debilidad por su hermana.

—Ha perdido mucha sangre estos días —continuó Néstor—. Le he dado un medicamento para detener la hemorragia, pero está muy débil y tiene mucha fiebre. Sospecho que el feto ha muerto en su interior, pero el aborto no se ha llegado a completar. Me temo que no puedo hacer nada.

—¿Ni siquiera tú?

—No siempre se pueden arreglar las cosas, Alejandro.

La casa estaba preñada de silencios y susurros. Las esclavas habían sacado a los niños al jardín para que jugaran, pero Neo se había escapado de sus hermanas para volver a entrar por la puerta de las cocinas. Aunque no fuese tan listo como Ego, tampoco era tonto, y sabía de sobra que pasaba algo grave. Su padrastro había llegado el día anterior, pero apenas había pasado a darles un beso, y desde entonces no había salido del dormitorio de su madre, que estaba cerrado. Incluso había venido un hombre muy alto y rubio que a Neo le resultaba familiar, y los sirvientes habían susurrado: «Es el médico de Alejandro».

Ahora la puerta de la habitación estaba entornada. Neo la empujó y pasó al interior de puntillas. En los rincones había varias criadas, las más viejas sentadas y las jóvenes de pie. De vez en cuando a alguna se le escapaba un sollozo, pero las demás parecían muebles. Perdicas estaba sentado en el borde de la cama y tenía cogidas las manos de su madre. Neo avanzó poco a poco. De pronto se percató de que todo eso lo había vivido ya. Cada paso que daba era más lento que el anterior, como si una araña gigante hubiese tendido en la alcoba una red invisible y tupida. Con cada uno de esos pasos, ahora el pie izquierdo y ahora el derecho, comprendió que su sueño se estaba cumpliendo.

—Neo... —susurró ella con voz débil, y extendió una mano hacia él. Su rostro era de cera, y a Neo le recordaba a la máscara de Electra que había visto en una tragedia de Eurípides en Pela. Le daba miedo. Querría correr hacia sus brazos, pero estaba enganchado en la telaraña invisible, y tampoco se atrevía a seguir porque sabía que si

se acercaba hasta la cabecera y besaba a su madre, el sueño llegaría a su final y ella moriría.

La mano cayó inerte sobre la manta. Perdicas, que estaba acariciándole el pelo a Cleopatra, le abrazó la cabeza con fuerza y empezó a sollozar. En ese momento, Neo sintió algo inexpresable. La telaraña había desaparecido, rasgada por un viento inmaterial. Y el viento atravesó el cuerpo de Neo, una brisa gélida que arrastraba un débil susurro, como el eco de un adiós en las hojas de un roble. *Ya está*, pensó. Pues supo que lo que acababa de sentir era el alma de su madre, conducida por Hermes Psicopompo, custodio de los muertos.

—¿Querías verme, señora?

Néstor entró en un compartimento reservado de la gran tienda real. Roxana estaba sentada sobre unos mullidos cojines, rodeada de esclavas. Con un gesto las despachó. Néstor se quedó de pie.

—¿Qué tal está Alejandro? ¿Se pondrá bien?

Fuese cierto o no, Néstor sólo podía dar una respuesta.

—Sí, mi señora. Se recuperará enseguida.

La tumefacción de su cerebro ya no presionaba tanto por debajo de su cráneo, pero el mal seguía ahí. Lo único que intentaba Néstor con las medicinas y con esa dieta draconiana era detener su crecimiento. Sabía que era imposible destruirlo, y si abría la cabeza para buscarlo mataría a Alejandro, pues no se trataba de un hematoma como el que le había drenado a Lila, sino de algo enterrado mucho más abajo.

—Me alegro de que lo trates bien —dijo Roxana—, ya que no he podido acercarme a él en estos tres días. Pero me han dicho que no hacía más que preguntar por ti: «Néstor, Néstor, traedme a Néstor». Cualquiera diría que sois amantes.

—No entiendo tu tono, señora. —Néstor la miró a los ojos con dureza. No había tenido mucha ocasión de tratar con Roxana durante esos seis años, porque Alejandro se había mantenido apartado de ella todo lo posible. En cualquier caso, Néstor nunca había caído en su embrujo. Tal vez porque ella no le había dedicado ninguna de esas miradas ni sonrisas con las que encandilaba a todos los demás.

—No quería ofenderte, médico. Conozco bien quién es su amante. Lisanias ha hecho lo mismo que procuraba hacer Hefestión, mantenerlo apartado de mí. ¿Sabes que ese jovenzuelo dio orden a los guardias y a los pajes de que no me dejaran acercarme a la cama ni tocarlo? ¿Es que hay alguien mejor para cuidar a un hombre que su esposa?

—Eso depende, señora.

—Dejemos eso ahora. El caso, Néstor, es que sé que tienes amante dentro de la familia real. Pero no se trata de Alejandro.

Ahora sí que Roxana le dedicó una sonrisa. Pero poco tenía de encantadora; a

Néstor le dio la impresión de que destilaba ponzoña por las comisuras de la boca. Perdicas, pensó. ¿Cuándo había tenido tiempo de hablar Perdicas con Roxana?

—No entiendo qué quieres decir, señora —dijo con menos convicción de la que le habría gustado fingir. Tendría que ensayar mejor para futuras negaciones.

—Hoy ha llegado la siracusana. Es muy poca cosa para un hombre de tu talla. —Roxana se levantó y se acercó con paso cimbreante—. Más huesos que carne, ¡y ese pelo de zanahoria!

Aunque dicen que la zanahoria es afrodisíaca. Tal vez sea ésa la razón.

—Tus insinuaciones no...

—Yo no insinúo nada, médico. Yo sé. —Roxana levantó la barbilla para mirarle a la cara. Era la primera vez que Néstor veía sus ojos tan de cerca. Enormes, negros, líquidos. Se dio cuenta entonces de que eran como dos pozos del mal, un mal que él no alcanzaba a comprender, tan dañino que era capaz de destruirse a sí mismo y más oscuro que las tinieblas del Tuliano.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Es sencillo. Tú lo tienes muy fácil. Me han dicho que has puesto una dieta muy peculiar a Alejandro y que le estás administrando algunos remedios exóticos. ¿Me sigues?

—Creo que no quiero seguirte, señora. —Néstor se dio la vuelta e hizo ademán de marcharse.

—¡Quieto ahí! —restalló ella.

Néstor se quedó clavado en el sitio. Lentamente, como si tirara de él una fuerza invisible más poderosa que la piedra de Magnesia, se giró hacia Roxana. La bactria volvió a acercarse y le puso la mano en la nuca para obligarle a agachar el cuello. Ya no sonreía. Su aliento le cosquilleó en la oreja cuando susurró:

—Quiero que muera. He querido que muera desde hace mucho tiempo. De hecho, siempre lo he querido muerto. Ahora que está tan débil no pienso dejar que salga vivo. Esta misma noche se volverá a hundir en su sopor y ya no saldrá de él, ¿me entiendes?

—No lo haré.

—Entonces Alejandro sabrá lo que has hecho con esa putilla pelirroja, y serás tú quien muera.

—Si ha de ser así... —dijo Néstor, tragando saliva.

—¡Vaya, Roxana! ¿A ti también te gusta el médico? Cuánto éxito tiene entre las esposas de Alejandro.

La bactria se apartó de Néstor, pero muy despacio, no con la presteza de una mujer que se siente sorprendida y culpable. Perdicas apartó las tiras de cuero de la cortina y pasó al pequeño reservado. Néstor se dio cuenta de que el macedonio tenía los hombros caídos, y también las comisuras de la boca. No le hizo falta preguntarle

para comprender lo que había pasado.

—Lárgate, médico —dijo Perdicas—. Sigue atendiendo a tu rey. Espero que sepas cuidarlo mejor que a su hermana.

La injusticia del comentario era lacerante, pero Néstor prefirió agachar la cabeza y salió de allí. Acababa de comprender que entre aquellas dos personas a las que jamás habría relacionado en su cabeza existía un vínculo siniestro, y de pronto muchas piezas encajaron en su cabeza.

«Siempre lo he querido muerto.»

Alejandro no tenía por qué haber cabalgado con tanta premura hasta Macedonia para encontrar a los envenenadores de Babilonia. Se hallaban mucho más cerca de él.

—Estamos solos, Perdicas —dijo Roxana, con una sonrisa lasciva—. Hacía mucho tiempo que no ocurría eso. Salvo en mis sueños.

—Sí, solos más las doscientas personas que debe haber en esta tienda.

—Podemos ser silenciosos —dijo ella, abrazándole por la cintura y arqueando sus caderas para pegarlas a las de Perdicas. Por primera vez desde que la conocía, eso no le excitó.

—Todo se oye a través de las paredes de tela, Roxana. Por ejemplo, lo que le estabas diciendo al médico. ¿Cómo has sabido lo suyo con la siracusana?

Ella seguía frotándose y ronroneando. Pero Perdicas nunca se había sentido tan frío en su vida. Sus manos y sus pies estaban helados, su corazón era la esencia del hielo.

—Tu sobrino vino a contármelo. Un muchacho muy apuesto y servicial... Perdicas la agarró por los hombros y la apartó de él.

—¿Te has acostado con mi sobrino?

De pronto comprendía ciertas reacciones de Gavanes. «Me parece un castigo indulgente para alguien que ha metido su pan en el horno del rey», le había dicho el propio Perdicas, y él había agachado la cabeza, ruborizado. Al parecer, últimamente había muchos panaderos trabajando en los hornos de Alejandro.

—¿Estás celoso? —preguntó ella, divertida.

—Decepcionado. Con él. Y también contigo. —Perdicas dio un paso hacia delante, y ella debió captar algo en su cara, porque retrocedió y la sonrisa se borró de su rostro.

—No te entiendo.

—¿Qué le has hecho a mi esposa?

—¡Nada! ¿Por qué me dices eso?

—Acaba de morir.

Roxana puso tal gesto de horror que, de no haber sabido que era una actriz consumada, Perdicas habría creído en su inocencia.

—¡Yo no...! Te juro que... ¿Cuándo ha sido? ¡Oh, Perdicas, lo siento mucho! —exclamó, tapándose la boca. Perdicas le agarró las muñecas y le apartó las manos de la cara.

—¿Es que no te bastó con asesinar a Amitis? —masculló—. Has matado a mi esposa. A la hermana del rey. A la hija de Filipo.

Roxana debió comprender que estaba en peligro y abrió la boca para gritar. Perdicas se la tapó con una mano, la hizo girar y le rodeó el cuello con la otra. Aunque había entrado en la tienda sin tener una idea clara de lo que iba a hacer, al notar las palpitaciones de la mujer bajo sus dedos lo supo.

—Esa pócima que le diste, ¿creías que no me iba a enterar? Perdicas soltó un poco la mano que la amordazaba, pero siguió apretándole el gaznate para sofocarle la voz.

—No era un veneno —jadeó ella—. Era una poción inofensiva, lo juro...

—Sí, júramelo, Roxana. ¿Por quién me lo vas a jurar?

—Por lo más sagrado, Perdicas. Yo no he sido. Te lo juro por Ahura Mazda... Perdicas le dio la vuelta. Quería verle los ojos.

—Tu palabra no me sirve, Roxana. Para ti no hay nada sagrado.

Ella quiso hablar, pero él volvió a apretar, ahora con las dos manos y con todas sus fuerzas. Roxana le golpeó en el pecho, le arañó las mejillas y las muñecas mientras gorgoteaba buscando aire en vano. Perdicas oyó voces a su espalda y algo le golpeó con fuerza en la sien. Trastabilló y cayó de rodillas, pero arrastró con él a Roxana y siguió apretando.

JUEGOS FÚNEBRES

El certamen de esgrima empezó el 7 de hiperbereteo. Aunque no estaba previsto, fue acompañado de más pruebas: lucha, pugilato y pancracio, carreras pedestres y de carros, e incluso concursos de heraldos y trompeteros, pues los últimos acontecimientos habían convertido la competición en una ceremonia funeraria. Alejandro no recayó esta vez en las extravagancias del duelo por Hefestión. No hubo pirámides en llamas, el rey no ordenó pintar de negro las paredes de Babilonia, ni tampoco guardó ayuno ni se revolcó en cenizas. Estaban en guerra. El enemigo no iba a tener la delicadeza de esperar más tiempo por respetar su dolor.

La muerte de Crátero había provocado conmoción y temor en el ejército. Sí, tenían a Alejandro; pero aunque ahora lo veían pasear por el campamento, aparentemente sano, a los soldados no había quien les quitara de la cabeza que su rey estaba enfermo.

—Mal asunto —decían los más veteranos, moviendo la barbilla con aire de entendidos—. Con Alejandro enfermo y Crátero muerto, las cañas se pueden volver lanzas y las lanzas cañas.

Alejandro había decretado que los juegos se celebrasen también por Cleopatra. Si bien era desusado conceder tanto honor a una mujer, resultaba difícil encontrar a una que lo mereciese más que ella: hija, esposa y hermana de reyes, y regente ella misma del Epiro durante muchos años. El discurso del famoso orador ateniense Dinarco arrancó lágrimas a todos los presentes durante la ceremonia fúnebre, y fueron lágrimas sinceras, pues Cleopatra era muy querida, mucho más que su madre, la intrigante Olimpia.

Esa noche, en el terrado de la mansión, Alejandro preguntó a Perdicas:

—¿Qué voy a hacer contigo?

El jefe de los Compañeros comparecía ante él descalzo, desarmado y vestido tan sólo con una túnica sin cíngulo. Alejandro había insistido en que no le ataran las manos, una orden que había hecho fruncir el ceño a Lisanias. Incluso cuando Perdicas se quedó inconsciente, los pajes habían tenido que abrirle los dedos a viva fuerza para conseguir que soltara la garganta de Roxana.

El embalsamador había sufrido muchos problemas para arreglar el semblante de la bactria. Tan hermosa en vida, en la muerte su rostro se había descompuesto en un gesto de miedo y de odio que agarrotaba sus rasgos como si hubieran quedado

fundidos en bronce. De todos modos, Alejandro sólo le había dedicado una mirada y luego había ordenado que cerraran el catafalco.

El día de la muerte de Roxana, Oxibaces había irrumpido en la tienda de Alejandro. Cuando supo que el asesino había sido Perdicas, el bactrio se había empeñado en que él mismo debía vengar a su hermana, aduciendo el derecho de sangre.

—Ese derecho de sangre me pertenece ahora a mí, Oxibaces. Recuerda que tu padre me entregó a Roxana. Yo soy ahora su padre y sus hermanos —le contestó Alejandro con frialdad,

—¡Si hubieras sido su padre y sus hermanos habrías sabido protegerla mejor!

A Lisanias le pareció una acusación mezquina e injusta. En el momento en que Perdicas estrangulaba a Roxana, Alejandro aún estaba en la cama, enfermo. ¿Y quién podría haber previsto que el jefe de los Compañeros asesinara a su propia cuñada? Pero Alejandro no se alteró por las palabras del joven bactrio.

—El rey de reyes no da explicación de sus actos a nadie, Oxibaces. No obstante, si quieres venir a mi casa, mañana escucharemos a Perdicas.

—¿Qué hay que escuchar? ¡Es un monstruo! ¿Qué motivo tenía para matar a mi hermana?

—Eso es lo que quiero averiguar, mi querido Oxibaces.

De modo que ahora estaban allí reunidos Alejandro, Peucestas, Lisanias, Néstor, Eumenes y Oxibaces. También el almirante Nearco, que acababa de llegar de Sicilia, y el inquietante Mirmidón, que se mantenía apartado de los demás y sin pronunciar palabra.

—¿Y bien? ¿Qué hago contigo? —repitió Alejandro.

—Haz lo que te parezca. Ya me da igual —respondió Perdicas. Tenía los brazos pegados a los costados, los hombros gachos y hasta las mejillas caídas, como si la edad le hubiera vencido de repente. Lisanias recordó que aquel hombre le sacaba veinte años.

—Seguro que si lo empalas y lo dejas agonizar al sol no le da igual —sugirió Oxibaces.

—Sé que amabas a mi hermana —dijo Alejandro, sin hacer caso al bactrio—. También sé que su muerte te ha afectado mucho, pero no puedo concebir que te haya hecho perder la cordura hasta tal punto. ¿Qué tiene que ver la muerte de Cleopatra con el crimen que has cometido? ¡Un macedonio, un Compañero estrangulando a una mujer!

—¿Seguro que quieres oír la verdad? —preguntó Perdicas, mirando a los ojos a Alejandro. Lisanias contuvo la respiración. El tono de Perdicas era tan ominoso como todas las señales en aquellos últimos tiempos. Se decía que dos días antes un buey sacrificado había sacado la lengua para lamer su propia sangre después de que le

cortaran la cabeza, y después de los prodigios y desgracias acaecidos, Lisanias estaba dispuesto a creerlo.

—Seguro —dijo Alejandro—. Habla.

Perdicas se explayó. Ante el gesto de estupor de los presentes, algunos de los cuales lo conocían desde niño, confesó que había traicionado al rey acostándose con su esposa y que los remordimientos le habían llevado a conspirar para envenenarlo. Mientras escuchaba los pormenores de la trama, Lisanias rememoró el banquete de Babilonia como si se hubiese celebrado la noche anterior. Sí, se acordaba de que Perdicas apenas había hablado ni probado bocado, y no hacía más que mirar al suelo con gesto culpable. Incluso aquel gesto de catar la copa de Heracles antes para fabricarse una coartada cobraba nuevo sentido.

¡Y qué empeño tenía por que Lisanias atrapara a la muchacha de la malla de plata y se la entregara en persona! ¿Quién de los ahora presentes había estado en el interrogatorio donde murió

Nina? Sólo Perdicas. La verdad sobre la conjura de Babilonia había muerto con ella.

—Todo cuadra.

Alejandro volvió la mirada hacia él, y Lisanias se dio cuenta de que había pensado en voz alta.

—Claro que cuadra, porque es la verdad —dijo Perdicas—. Me estoy condenando a mí mismo. ¿Qué interés tendría en mentir?

Alejandro, sentado en un sitial, había ladeado la cabeza y se acariciaba la barbilla. Por un momento Lisanias temió que hubiera perdido la vista de nuevo, pero sólo era un gesto ausente.

—Vuelvo a repetirte, Perdicas. ¿Qué hago contigo? Y tú, ¿aún quieres empalarlo, Oxibaces? — preguntó volviéndose hacia el bactrio. Éste se hallaba tan avergonzado de su hermana que había clavado la vista en el suelo y sólo salmodiaba algo inaudible.

—Está muy claro lo que debes hacer conmigo, Alejandro —dijo el propio Perdicas—. Puedes matarme aquí mismo, o puedes hacer que me juzgue el ejército en armas y me ejecuten a lanzazos.

—Lo segundo es inaceptable. A estas alturas, es mejor que no se sepa la verdad. Si Casandro y Antípatro eran inocentes de ese crimen, en cambio eran culpables de otros. Lo hecho, hecho está. —

El rey se levantó de su asiento—. La historia del veneno no debe salir de aquí. Os conmino a todos a que lo juréis por Zeus, Deméter y Poseidón.

Todos ellos, salvo Perdicas, juraron por las divinidades del cielo, la tierra y el mar.

—Tú también —le ordenó Alejandro a Perdicas.

—¿Qué más da a estas alturas?

—¡Jura ahora mismo, o querrás jurar luego cuando ya sea demasiado tarde! —gritó el rey, tirándole de la barbilla para que le mirara a la cara.

—¡Está bien! Pongo por testigos a Zeus, Deméter y Poseidón de que ninguna palabra sobre este asunto saldrá de mi boca.

Alejandro le soltó y se volvió hacia la balaustrada de la azotea. La luna en cuarto creciente se acercaba a su cenit, bañando de color gris acero unos jirones de nubes que flotaban bajo ella. Ícaro aún tardaría en aparecer en el cielo cinco noches más.

—Roxana murió asfixiada —dijo Alejandro, sin volverse. Los demás se miraron sin comprender: claro que había muerto asfixiada. Pero el rey prosiguió—: La conmoción que sufrió al enterarse de la muerte de su cuñada y amiga Cleopatra fue tal que se atragantó con un trozo de carne que estaba comiendo. Néstor —añadió volviéndose hacia el médico— llegó tarde para salvarla porque me estaba atendiendo a mí.

—¿Y eso es todo? ¿Qué pasará con él? —preguntó Oxibaces, señalando a Perdicas.

—De momento nada. Todo queda en suspenso hasta que nos enfrentemos a los romanos. La moral del ejército es quebradiza. Mi hermana y Roxana eran muy populares. Pero temo sobre todo su reacción por la pérdida de Crátero. No puedo prescindir de un general como Perdicas. Seguirá siendo el jefe de los Compañeros.

—No lo merezco, Alejandro —dijo Perdicas con voz débil.

—¡Por supuesto que no lo mereces! Pero lo vas a hacer, y me vas a ayudar a ganar esa batalla. — Se volvió hacia los demás con ojos febriles—. Todos me vais a ayudar a ganar esa batalla. ¿Estás conmigo, Oxibaces?

—Sí —asintió él.

—Mejor. Eres tú quien me debe algo. Tu hermana intentó asesinarme.

—Tienes razón. Es un baldón sobre mi familia —dijo el bactrio, bajando la cabeza—. Si estuviera viva, yo misma la mataría. Pero ya no puedo hacer nada.

—Todos podéis hacer algo. Tú, amigo —dijo acercándose a Oxibaces y apretándole el hombro—, me ayudarás a subir la moral del ejército.

—No me puedo creer que haya llegado hasta aquí —dijo Demetrio. —Es la quinta vez que dices eso —respondió Gorgo.

Estaban al borde de la arena, en el sector este de la instalación de madera que se había construido para el certamen de esgrima y, de paso, sospechaba Demetrio, para mantener atareados a los carpinteros y soldados de infantería ligera que la habían montado. A duras penas habían conseguido sitio allí abajo, apoyados en la valla de madera que delimitaba la gran palestra; de lo cual se alegraba Demetrio, pues los cinco pisos de gradas crujían demasiado para su tranquilidad. Posidonia y sus

alrededores eran tan llanos que no había forma de encontrar laderas naturales como las del teatro de Epidauro o la Pnix donde se reunía la asamblea de Atenas, y finalmente habían tenido que levantar aquel teatro circular para los juegos.

Demetrio se puso la mano a modo de visera, pues el sol empezaba a caer. Gorgo tenía razón, era la quinta vez que decía lo mismo hoy. Podía creer, a regañadientes, que su hermano se hubiera clasificado en las rondas de eliminación de la víspera. Hasta era concebible que hoy hubiese empezado el día entre los treinta y dos mejores espadachines del ejército de Alejandro. Pero a partir de ahí lo ocurrido entraba en el terreno de lo milagroso, como el prodigio del buey que había lamido su propia sangre después de decapitado. Demetrio no había presenciado ese portento, pero aún así estaba más dispuesto a creerlo que a aceptar lo que veían sus ojos. En el día de hoy Euctemón había vencido, por este orden, a un macedonio de la falange, a un mercenario de Arcadia y a un espartano. Después, en el penúltimo combate, había doblegado por cinco puntos a tres a un hondero rodio hábil y escurridizo como una lagartija.

Y ahora estaba ahí de nuevo, con su escudo y su larga espada de madera, caminando entre los dos surcos marcados con sangre de jabalí que delimitaban el terreno de combate. Las victorias no le habían dado más garbo, y andaba como siempre, como si buscara una dracma caída en el suelo.

—Pero ¿es que no quieres que gane? —le preguntó Filo.

—Claro que quiero —respondió él—. Lo que pasa es que lo veo tan cerca...

—*Que me temo una jugarreta del destin*o, añadió para sí.

El finalista que avanzaba hacia Euctemón no era un rival cualquiera, sino Peucestas, jefe de los hipaspistas, Compañero y Guardia del Rey, el hombre que había cubierto con su escudo a Alejandro. Un guerrero de porte homérico, una masa de músculos.

—¡Mirad! —dijo Cíclope, señalando a la tribuna de la zona oeste. Allí se sentaban todos los generales y los familiares de los difuntos, incluyendo a los tres hijos de Cleopatra. Pero el sitial de Alejandro estaba vacío. En algún momento, tal vez aprovechando el revuelo causado por la entrada de los finalistas a la arena, se había ido.

—¿Por qué no se ha quedado a ver esto? —se preguntó Demetrio.

—A nadie le interesa decir la verdad —sentenció Cíclope—, pero Alejandro está enfermo. Muy enfermo.

—Cállate o te saco el otro ojo —le amenazó Gorgo.

Los heraldos sacaron a la arena un espléndido corcel castaño y una mula sobre cuyo lomo habían cargado la armadura destinada al vencedor. Los dos mil hipaspistas aclamaron el nombre de Peucestas, y el resto del público les coreó, pues habían estado en contra de Euctemón desde el primer momento, y en cada combate habían

inventado motes alusivos a la poca gracia de sus movimientos. Leónato, que se había adecentado para la ocasión con una coraza y un faldar limpios, se volvió hacia los suyos.

—¿Qué pasa, soldados? —preguntó el capitán—. ¿Vamos a dejar que esos relamidos de los hipaspistas nos ganen con sus voces? ¿A nosotros?

Al momento los quinientos miembros del batallón de castigo empezaron a aclamar a su campeón al grito de «Eute, Eute», haciendo resonar con poderío la u final de la primera sílaba, como tubas de metal. Los espartanos, situados en la zona aledaña, se contagiaron y animaron a Euctemón, que había vencido a su propio esgrimista. Acostumbrados a que en su asamblea se votaba a gritos y no a mano alzada, tenían unos buenos pulmones y no se dejaban acallar por nadie, así que el combate empezó con una pequeña ventaja moral para el ateniense.

Esa ventaja se acabó rápido. En cuestión de unos instantes, Peucestas había conseguido tocar dos veces a Euctemón, la primera en una cadera y la segunda en un brazo. Demetrio observaba que Peucestas luchaba con una violencia apabullante, usando golpes tan fuertes y profundos que intimidaban al rival; el tajo que había alcanzado a su hermano le había hecho soltar la espada, y Euctemón se había retirado unos pasos agarrándose el codo.

—Nos lo ha lisiado —dijo Filo.

El nombre de Peucestas dominaba ahora todo el anfiteatro, aunque los Agriopaides seguían animando a Euctemón. Éste se había puesto de rodillas, vuelto de espaldas a Peucestas, quien hacía gestos significativos tocándose la cabeza, entre carcajadas del público.

—No lo ha lisiado —respondió Demetrio—.Ya está como siempre.

Euctemón debía haber pensado que su geometría de la espada tenía un fallo y estaba trazando figuras en la arena con el dedo. En opinión de Demetrio, el fallo era que ninguna fórmula podía servir cuando uno se enfrentaba a un Heracles redivivo como Peucestas.

—Como empiece con eso —dijo Gorgo— podemos estar aquí esperando hasta que lleguen los romanos.

Por una vez, Euctemón debió quedarse contento con el resultado a la primera, y se volvió a levantar. El árbitro reanudó el combate. Demetrio se dio cuenta de que Euctemón había cambiado de postura y ahora estaba casi de lado y con las piernas algo flexionadas, como si quisiera desaparecer detrás de su escudo. Cuando Peucestas le lanzó un tajo vertical, Euctemón se adelantó a él, avanzando e interponiendo el broquel de tal manera que los dedos del macedonio chocaron con el borde de madera y el golpe murió antes de tomar suficiente impulso. Al mismo tiempo descargó con la zurda un tajo que la longitud de su brazo y la fuerza de su muñeca convirtieron en un latigazo fulgurante, y alcanzó a Peucestas en el interior del tobillo derecho.

El macedonio retrocedió cojeando. El grito de «Eute, Eute» volvió a resonar entre los Agriopaides y los espartanos, e incluso algunos espectadores de otras zonas se animaron a unirse a ellos.

—Ánimo, Demetrio —le dijo Gorgo, apretándole el brazo—. El premio aún puede ser vuestro.

—Prefiero no soñar —contestó él, apretando tanto los puños que los nudillos se le pusieron blancos.

Después, cuando el combate iba tres a tres, empezó a apretar los dientes y a rechinarlos, y cuando ambos contendientes empataron cuatro a cuatro, cerró directamente los ojos. Peucestas había alcanzado todas las veces a Euctemón en el cuerpo, mientras que Euctemón le había castigado constantemente las piernas, e incluso le había abierto una herida en la rodilla, lo que hacía que el jefe de los macedonios se moviera con más torpeza.

—No puede, no puede con las piernas —decía Gorgo, mientras Demetrio rezaba a todos los dioses del Olimpo con la frente apretada contra la barandilla de madera—. No puede... ¡Ay, no!

¡Ay! ¡Santa Deméter!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Demetrio, abriendo los ojos.

—¡Que hemos ganado! ¡Hemos ganado! —le dijo Gorgo, abrazándole. Cuando consiguió zafarse de Gorgo y ver algo, su hermano estaba recibiendo los aplausos de todo el ejército con un brazo en alto. No porque lo hubiera alzado él, sino porque el propio Peucestas le había levantado la muñeca para que recibiera el homenaje.

—Es increíble, increíble —decían todos a su alrededor. El propio Leónato vino a felicitar a Demetrio, e incluso se acercó a darle la enhorabuena Cérdidas, la primera víctima de la esgrima de su hermano.

Entre lágrimas, Demetrio vio cómo Euctemón se acercaba arrastrando los pies hasta la tribuna, al otro lado de la arena, donde Perdicas bajó a estrecharle la mano y le enseñó el premio. *Cuatro talentos más lo que valga el corcel,* pensó Demetrio. ¿Cuánto podía ser? En Atenas había visto vender un caballo por setecientas dracmas, y no tenía ni de lejos tan buena estampa como aquél, ni tanta alzada. Quizá podrían conseguir hasta dos mil dracmas.

Perdicas escuchó algo que le decía Euctemón y luego pidió al heraldo que se acercara. El heraldo, que aunque se llamaba Menipo era conocido como Esténtor por la potencia de su voz, anunció:

—¡El muy noble Perdicas me comunica que os diga lo siguiente, oh macedonios y griegos todos!

¡El vencedor del certamen de espada, Euctemón el ateniense, hijo de Demócares, ha decidido graciosamente entregar a otra persona la armadura y el corcel que le corresponden!

Todas las voces se acallaron, esperando conocer a quién le cedía el galardón. Demetrio, que ya había conseguido enjugarse las lágrimas, sintió que se le hacía un nudo en la garganta cuando vio que el heraldo se acercaba llevando de la brida al hermoso caballo tordo, mientras un espolique guiaba a la mula del ronzal. Euctemón venía detrás de ellos, mirando al suelo.

—Esto lo compensa todo —susurró Demetrio, recordando tantos sinsabores por defender a su hermano.

Cuando Esténtor estaba a poco más de tres pasos, Demetrio se agachó para pasar por debajo de la valla y abrazar a su hermano. Entonces el heraldo preguntó:

—¿Quién de vosotros es Gorgo?

Demetrio se quedó congelado, con la coronilla rozando en el poste de madera. Lentamente se enderezó y se quedó mirando a Gorgo, que a su vez le miró a él boquiabierta, como si quisiera pedirle perdón. La comprensión de lo que ocurría debió abrirse paso en su mente poco a poco, porque su gesto cambió a una enorme sonrisa y levantó los brazos con un grito salvaje de alegría. Los demás Agriopaides la pasaron por encima de la valla, y Gorgo corrió hacia Euctemón. Un atronador griterío sacudió el anfiteatro, mezclado con carcajadas al ver que el vencedor de la prueba se dejaba abrazar por una mujer sin hacer amago siquiera de rodearla a su vez con los brazos. Euctemón se había convertido en el héroe de la multitud por dos motivos que Demetrio jamás habría creído, aunque se los contara la propia Aletia, diosa de la verdad: por vencer en un ejercicio físico y por renunciar a algo que era suyo.

—No me lo puedo creer —musitaba Demetrio—. Esto no es justo. No puede hacerme esto.

El pasmo le había secado los ojos y a cambio había hecho que afluyera la sangre a sus orejas. Volvió a su puesto y apoyó la barbilla en la valla con gesto melancólico. Bien había sabido él que Tique le tenía que gastar una broma. Era como Edipo, que se había creído el más feliz de los hombres justo antes de descubrir que se había casado con su madre tras haber asesinado a su padre. Para colmo, Gorgo se acercó y le susurró al oído:

—Después de esto, creo que tendré que darle una alegría a tu hermano, ¿no te parece?

El espectáculo aún no había terminado. Mientras los soldados que rodeaban a Demetrio le palmeaban la espalda y le daban el pésame, tratando de contener las risas burlonas, Esténtor anunció que para terminar, y como homenaje al gran Crátero y a la virtuosa Cleopatra, los nobles catafractos de Persia librarían un torneo entre dos cuadrillas de caballeros.

—Ha estado bien. ¿Verdad que sí?

Demetrio levantó la cabeza. Su hermano le estaba mirando a la cara, aunque enseguida le apartó los ojos. Pero no por culpabilidad, pues estaba sonriendo, o algo

parecido. Demetrio se dio cuenta de que su hermano era tan sólo vagamente consciente de lo que había sucedido y de lo que significaban su triunfo y su gesto.

—Sí, Eute —le dijo—. Ha estado muy bien. Tu geometría funciona.

Los catafractos salieron a la arena, recién bruñidas sus armaduras y las de sus enormes monturas. Se dividieron en dos filas de seis caballeros. La primera formó en la parte norte del anfiteatro, a la derecha de Demetrio, haciendo ondear en sus lanzas los estandartes solares de Ahura Mazda. La segunda, en la parte sur, lucía pendones rojos con la estrella de los Argéadas. En realidad, Demetrio sabía bien que todos eran persas. O medos, o bactrios. Él, que nunca había pisado Asia, no era experto en tales distingos.

—Son partos —dijo Cíclope, a su derecha.

—No todos —repuso Filo—. Algunos proceden de Carmania.

Como fuere, era imposible saberlo, porque los cascos empenachados eran más cerrados incluso que los yelmos corintios y no dejaban ver sus rostros. A una señal de trompeta, los doce se embistieron. Pese a que la distancia era corta, los corceles adquirieron una velocidad considerable; pero en vez de chocar de frente, las dos líneas se cruzaron, y los caballeros buscaron el cuerpo de sus rivales con las lanzas. Eran tan largas como las de los Compañeros, pero aún más gruesas, y al no necesitar escudos las empuñaban con ambas manos: usaban la derecha para sujetar el asta y la izquierda para guiar la punta cruzándola sobre el lomo o pasándola sobre las orejas del caballo. Aunque las cuchillas estaban embotadas y tapadas con fundas de cuero, al chocar entre sí y con la armadura del adversario resonaban con un clangor metálico, como el tañer de una campana.

Cuando el primer combatiente cayó de espaldas con una sonora costalada, el público prorrumpió en aplausos. El caballo, adiestrado, volvió a recoger a su jinete, que se aferró a las riendas, se puso en pie con cierto esfuerzo y se retiró de la liza.

Los demás se apartaron tras intercambiar unos cuantos golpes más, trotaron hasta los extremos del anfiteatro, volvieron grupas y se embistieron de nuevo, esta vez seis contra cinco. Hubo tres caídas más en la primera arremetida. Después, los supervivientes se quedaron trabados en la lucha, tratando de estoquear a sus adversarios o derribarlos con tajos y molinetes. Demetrio sospechaba que en todas aquellas evoluciones había más coreografía de lo que parecía; pero aunque los movimientos estuvieran ensayados, los golpes resonaban como martillazos y, por muy acolchadas, que fueran las túnicas interiores las caídas tenían por fuerza que ser dolorosas.

Pronto el público eligió a dos favoritos, un Argéada que montaba un enorme caballo negro y un caballero de Ahura Mazda a lomos de un corcel blanco. Ambos fueron derribando a sus rivales, y por fin, como los gemelos Eteocles y Polinices en *Los Siete contra Tebas*, se quedaron solos frente a frente.

Astilladas ya las lanzas, ambos desenvainaron espadas de dos codos de largo que refulgían al sol de la tarde. Era de suponer que los filos estaban embotados, pero cualquiera habría creído que se trataba de un duelo a muerte por la saña con que se atacaban. Los golpes hacían saltar chispas, y los propios caballos se habían trabado el uno contra el otro y se empujaban con la cabeza y el cuello como dos moruecos en celo. Por fin, el Argéada empuñó su acero con ambas manos y descargó un tremendo mandoble en el yelmo de su adversario. Éste dejó caer la espada y después, aturdido, resbaló por el costado del caballo y dio con sus huesos y sus placas de hierro y bronce en el suelo. La gente se puso en pie y aclamó al caballero que lucía la estrella de Macedonia.

—¿Qué más dará, si también es un asiático? —dijo Gorgo, con las manos puestas sobre el montón de armas que acababa de ganar sin despeinarse.

—La gente es así —respondió otro veterano en tono filosófico, sin especificar demasiado en qué consistía ser «así».

El catafracto caído se levantó con la ayuda de sus compañeros, se quitó el yelmo y saludó con el brazo en alto.

—Es el príncipe Oxibaces. Pero ¿quién es el otro? —preguntó Filo. Los demás catafractos se descubrieron también y mostraron sus barbas rizadas; algunas eran doradas, y las más, negras. Todos ellos señalaron al vencedor, que enarboló la espada sobre la cabeza.

—Lo vamos a saber ahora —dijo Demetrio, que tuvo un presentimiento al ver que el jinete envainaba la espada, se llevaba ambas manos al yelmo y lo levantaba sobre su cabeza.

Hubo un instante de silencio en el que se hubiera podido escuchar la caída de un óbolo. Después, cuando todos reconocieron el cabello rubio y el rostro afeitado de su rey, la multitud estalló en un rugido unánime que dejó pequeñas todas las ovaciones que se habían escuchado durante la tarde. Tanto soldados como civiles, hombres, mujeres, griegos, macedonios y bárbaros aplaudían, chillaban y golpeaban cualquier cosa que tuvieran a mano y que pudiera hacer ruido.

—ALÉXANDROS! ALÉXANDROS! ALÉXANDROS!

El rey hizo dar una corveta a su enorme corcel, que no era otro que *Amauro*, y después dio una vuelta al anfiteatro para recibir los vítores del ejército. A su paso caían ramos y coronas de flores, y conforme se acercaba a cualquier zona de las gradas el clamor crecía más aún, como el bramido de un temporal rompiendo en los acantilados.

—¿Veis cómo no está enfermo? —dijo Cíclope, olvidando que un rato antes había dicho justo lo contrario.

El rey se acercó a ellos. A lomos de *Amauro* parecía un gigante, un híbrido de Apolo y Ares bajado del Olimpo.

—Enhorabuena, Euctemón, por tu victoria y tu gesto. Lo primero es propio de un buen soldado. Lo segundo es digno de un rey.

–Gracias, Alejandro —respondió Euctemón, sosteniéndole la mirada todo el tiempo que pudo.

—Venid a mi tienda después. Vuestro tiempo de castigo ha terminado.

—No entiendo —dijo Demetrio.

—Meleagro ya no se atreverá a hacer nada contra vosotros —respondió Alejandro, mirando a Demetrio—. Tu hermano es demasiado valioso para arriesgarlo. Os instalaré con los demás científicos de la expedición. —Y volviéndose de nuevo a Euctemón añadió—: Tan sólo tendrás que aguantar a Dicearco.

—Yo soy de los Agriopaides —respondió Euctemón, mirando al suelo. Pero enseguida levantó los ojos y los fijó en el rostro del rey el tiempo suficiente para decir—: Quiero luchar al lado de mis camaradas.

No, no, por favor, otra de las suyas no, suplicó Demetrio a cualquier deidad que le quisiera escuchar.

—¡Bravo por el Loco! —gritó un oficial de fila.

Los demás Agriopaides aclamaron a Euctemón, le rodearon, le palmearon la espalda y le revolvieron el pelo. Él lo aguantó todo con los ojos clavados en el suelo, salvo por alguna mirada fugaz a Gorgo.

El rey se quedó pensativo un instante y después asintió.

—No sé qué extraños impulsos te han poseído hoy, hijo de Urania, pero tal vez sean un buen presagio para el futuro de todos. Lucha con tus camaradas, ya que así lo deseas. Y tu también, Demetrio.

Dicho esto con aire magnánimo, Alejandro volvió grupas y regresó al centro de la arena.

—Yo no le he pedido que me deje luchar con mis camaradas —dijo Demetrio para sí. Pero nadie le oyó. Todos, hasta los marginados Agriopaides, aclamaban a su rey, y el grito ahora era unánime:

—¡A ROMA! ¡A ROMA! ¡A ROMA!

LA BATALLA DEL VESUBIO

14 de septiembre,
12 de hiperbereteo

El ejército de Alejandro había acampado a las afueras de Pompeya. Al igual que Posidonia, aquella ciudad había sido fundada por colonos griegos y luego conquistada por samnitas que habían terminado sufriendo un proceso de helenización similar al de sus vecinos del sur. No era tan próspera, pues apenas llegaba a los cuatro mil habitantes, pero disponía de un buen puerto en la desembocadura del río Sarno, y fue allí donde atracó la flota macedonia tras doblar el promontorio de las Pitecusas, mientras el grueso del ejército atravesaba a pie el angosto sendero que conducía del valle de Posidonia a Campania.

El día siguiente a su llegada, por la mañana, Alejandro ordenó formar a todo el ejército en orden de batalla y lo desplegó en la llanura que se extendía entre el Vesubio y el monte al que había decidido llamar Encelado. Todas las unidades ocuparon los puestos que se esperaban, y a los Agriopaides les correspondió el ala izquierda, como fuerza de reserva. El pelotón de Gorgo formó en la quinta fila a partir de la derecha. Era la primera vez que Demetrio la veía armada con el escudo, la coraza de cuero y placas de bronce, el yelmo de jabalí y una bolsita de piel colgada del cuello en cuyo contenido prefería no pensar. Quien no conociera la verdad tendría que haberse acercado bastante a ella para saber que era una mujer.

Gorgo había premiado la generosidad de Euctemón situándolo en el segundo puesto de la fila y, por no separar a los hermanos, a Demetrio lo había colocado el tercero. Estaban muy cerca de la zona de matanza, un honor al que Demetrio habría renunciado gustoso, pero que Euctemón se había tomado muy en serio. Desde que le había dicho a Alejandro que quería combatir con sus camaradas, se había vuelto de pronto todo ardor guerrero, para disgusto de Demetrio, quien habría preferido estar más cerca de las últimas filas por si las cosas se ponían realmente feas.

Al menos, desde allí esperaba divisar algo del campo de batalla, pero si torcía el cuello para asomarse por encima del hombro de su hermano lo único que veía más allá eran las espaldas del sexto batallón de sarisas. Demetrio preguntó a Cíclope, el hombre que tenía a la derecha, si esperaba que se librase la batalla ese mismo día.

—No, seguro que no —respondió él, aunque después de su comentario sobre la enfermedad de Alejandro y la facilidad con que se había desdicho, Demetrio no se

acababa de fiar de su tono asertivo—. Me ha soplado el tío del escudo que los romanos llegaron muy tarde a la zona donde han acampado, así que querrán echarse una buena cabezada antes de batallar.

Aún así, Demetrio estaba inquieto. Por delante de ellos se oían gritos y trompetazos, y los relinchos de los caballos eran constantes. Pero frente a él seguía viendo lo mismo. Espaldas, sarisas, soldados de infantería ligera y jinetes que pasaban entre la falange y los Agriopaides corriendo de un lado a otro, no se sabía bien si para reforzar a una unidad en apuros, para llevar recados o simplemente porque se aburrían. Desde dentro de una formación, con las cimeras y las lanzas de sus compañeros entorpeciéndole la visión, se dio cuenta de que nada parecía tener sentido. Entonces estalló un gran griterío y se oyó el estrépito de armas que chocaban entre sí.

—Ya ha empezado —dijo, dando un respingo.

—Eso no es nada —repuso Cíclope.

Pirro, el soldado que estaba a la izquierda de Demetrio, asintió.

—Son los de delante, que están golpeando los escudos contra las lanzas. Será que ha pasado por delante Alejandro y quieren impresionarle. Cuando empiecen a atizarse de verdad, sonará distinto.

Es verdad, pensó Demetrio. Aquel sonido era demasiado rítmico.

Entre falsas alarmas que le ponían el corazón en un puño, fue pasando la mañana. Hubo un momento en que comprendió por qué los Agriopaides habían cargado contra el enemigo sin que se lo ordenaran. Estar ahí parado, cociéndose al sol debajo de tantas capas de lino y metal, sin saber no sólo qué iba a pasar, sino ni tan siquiera qué estaba pasando ahora, era enloquecedor.

—No te preocupes —le dijo Cíclope al verlo nervioso. Aquel macedonio tuerto podía resultar un poco pesado y sentencioso, pero también sabía ser un camarada comprensivo—. Aunque los romanos acepten la batalla, con un poco de suerte, nosotros no entraremos en combate.

—¿Un poco de suerte, dices? ¿Sólo un poco? —preguntó Demetrio.

—En una batalla campal, y yo ya he estado en... Déjame que piense. Seis. No, siete, vamos a contar la de Trípoli, aunque estaba tan borracho que no me acuerdo. Pues eso, en una batalla campal la mayoría de los soldados no llegan a tocar a un enemigo, ni siquiera a verle la cara.

—Sólo el culo de los compañeros —intervino Pirro.

—Eso es lo que te gusta a ti —dice Cíclope—. Pero son los jefes de fila los que se llevan toda la diversión... y paga doble, claro. Aunque esta vez, como me han puesto tan adelante, es posible que vea un poco de acción.

—Entonces, ¿cómo te pasó eso? —preguntó Demetrio señalándole al ojo.

—Una flecha perdida. Mala suerte. La muy cabrona tenía unas puntas retorcidas

al final, y al tirar de ella me saqué el ojo entero. Demetrio puso cara de asco, pero quería saber más.

—¿No habéis matado a nadie en batalla? Pensé que todos los veteranos tendrían en su cuenta muchos muertos.

Pirro y Cíclope se miraron por delante de Demetrio y se encogieron de hombros.

—Mira —le explicó Cíclope—: si en una batalla entre cien macedonios y cien romanos mueren veinte romanos, que ya sería una derrota desastrosa para ellos, los cien macedonios dirán que todos han mojado sangre. Ahora dime, ¿a cuántos asesinos toca cada pobre romano? A cinco nada menos.

En ese momento, por la vanguardia sonó un toque de trompeta que se repitió en todas las unidades. Leónato, que llevaba un rato delante de la formación charlando con Grilo y con un tracio que debía estar haciendo de correo, se volvió y les dijo que dieran media vuelta y regresaran al campamento por pelotones. Fue un anticlímax para los Agriopaides, y Demetrio percibió entre quienes lo rodeaban más frustración que alivio. Él, por su parte, se sentía como si le hubieran dado un día más de vida; aunque también experimentaba una extraña decepción, mezclada con la desazón de que al día siguiente volvería a ocurrir lo mismo. Mientras regresaban, le preguntó a Filo si había matado a alguien en una batalla campal. El macedonio le contestó que no estaba seguro, que sabía que había herido a varios enemigos, pero no les había visto morir delante de él.

–Entonces, ¿no has matado a nadie?

—Yo no he dicho eso —respondió él, sin dejar de mascar almáciga—. No todas las muertes son en batallas. Por Alejandro hemos tenido que hacer cosas muy duras a veces.

Demetrio prefirió no insistir.

Al llegar al campamento, tras un frugal almuerzo, les obligaron a hacer instrucción. Los soldados se quejaron y mentaron a las madres de todo el escalafón del ejército, desde Gorgo hasta Alejandro, sin perdonar, por supuesto, a Leónato. Pero estaban contentos de tener algo que hacer y de sudar por ejercitar los miembros, y no por estar parados al sol. Dos pajes habían traído órdenes escritas a Leónato, y luego el propio Peucestas había acudido a hablar con él.

—¡Formad de a cuatro, boquerones! —les dijo el capitán—. Hoy toca practicar la maniobra de retroceso.

–¡Eso es muy fácil, capitán! —saltó Cérdidas—. ¡Ponme una pompeyana desnuda detrás y verás qué bien retrocedo!

Hubo que esperar a que los graciosos del batallón hicieran sus chistes, en los que incluyeron referencias a todo tipo de movimientos hacia atrás o desde atrás. Pero después practicaron a conciencia. «Es por si acaso», les dijo el capitán, y muchos,

como Cíclope, pensaron que Alejandro veía la situación mucho más negra de lo que sus mandos querían confesarles. Pero la maniobra en sí era útil, pues una formación cerrada de hoplitas nunca sufría un porcentaje abrumador de bajas mientras mantuviera compactas las filas; los auténticos desastres se producían sólo cuando había una huida en desbandada o el enemigo conseguía el sueño de todo general, una maniobra envolvente, como había ocurrido en Maratón casi por azar cuando los atenienses aplastaron a los invasores persas.

Resultaba extraño practicar en filas de cuatro, pues normalmente se desplegaban con filas de ocho o dieciséis en fondo. Pero así era mucho más sencillo recular. Para ayudarles, un tambor les marcaba los pasos. Un rápido redoble, *ratatatá*, indicaba que estuvieran atentos, y luego dos sonoros golpes, *DUMM, DUMM*, marcaban un paso atrás con la pierna derecha y otro con la izquierda. Descubrieron que lo más práctico era que el hombre de la cuarta fila se diera la vuelta y fuera avisando a los compañeros de los baches y obstáculos del camino.

—¿Qué perrería nos estarán preparando ahora? —se quejó Cérdidas en un descanso.

—Cállate, que nunca has combatido con nosotros y no sabes lo que son perrerías de verdad — dijo Filo—. No me extrañaría que nos hicieran enfrentarnos contra la caballería romana.

—¡Vuelta a la formación, boquerones! —rugió Leónato, y siguieron entrenando hasta que el sol empezó a caer.

Perdicas oía discutir a los oficiales como si escuchara los zumbidos de una nube de moscas sobre un cadáver. Estaban en la tienda de Alejandro; no la de Darío, sino otra mucho más pequeña, la misma en la que se había reunido con ellos la víspera de Gaugamela. Habían pasado catorce años desde entonces, casi una eternidad. En aquel tiempo Perdicas lo veía todo en el futuro, como un rayo de luz en el horizonte oriental. Ahora todo estaba en su pasado, y el sol se ponía en su vida igual que estaba a punto de hacerlo ahora en las aguas del Tirreno. Se sentía como si tuviera una especie de trapo mojado en el interior de su cabeza que le presionaba contra los ojos y los oídos y embotaba sus pensamientos. El único de ellos que se repetía con claridad era que Cleopatra había muerto por su culpa. La lujuria que lo había empujado a meterse en el lecho de Roxana y a atentar contra el rey se había cobrado la víctima más inocente, cuando él ya se creía libre de la mirada cruel de las Erinias. Pero Alejandro ni siquiera le había castigado. Delante de otras personas hablaba con él como siempre, como si tan sólo fuera el general de los Compañeros, sin más. Como si el propio Alejandro hubiera olvidado el dolor por su hermana. Y probablemente lo había olvidado. Para el rey sólo existía ya la batalla inminente.

Los oficiales seguían discutiendo. Había más gente en la tienda que otras veces,

formando corrillos que se acercaban a la mesa central para coger comida y servirse vino. Aparte de los generales macedonios, habían acudido los jefes de los contingentes extranjeros. Allí estaba Oxibaces, que se había cortado su larga barba en señal de duelo por su hermana. Medoc, el jefe de los tracios, que no se quitaba su picudo gorro de piel ni cuando estaba bajo cubierto. Como buen tracio, tenía las mejillas grabadas con bárbaros tatuajes y estaba compitiendo con Meleagro para ver quién se emborrachaba más. Bastareo, jefe de los agrianos; considerando que sus hombres eran los más feroces del ejército, era un hombre casi pacífico, un hombretón de cabellos rojos y piel quemada por el sol. También había venido Ombrión, jefe de los arqueros cretenses, veterano de Asia; un hombre menudo y casi esmirriado, muy popular entre las cortesanas merced a un miembro digno de Príapo. Hablando de cretenses, había aparecido hasta Nearco, que llevaba tiempo perdido en no se sabía qué misiones para Alejandro y que seguramente no participaría en la batalla. Areo, el rey espartano, vestido con su capa roja y rodeado por sus guardias, se mantenía un poco apartado de los demás, como si no quisiera mancharse de sangre no doria.

El sol empezaba a teñir de carmesí los faldones de la tienda. Los oficiales estaban nerviosos y cada vez más ebrios. La batalla inminente centraba todas las conversaciones, pero Perdicas sólo era capaz de captar retazos. Alguien decía que los romanos tenían miedo. Otro lo negaba y aseguraba que eran los propios soldados macedonios quienes estaban asustados. Mañana los romanos también rehusarían dar batalla. No, mañana la aceptarían, seguro. Alejandro debería haber aprovechado que el día anterior los romanos aún no habían llegado para situarse más al norte, cosa que, ahora que los romanos habían acampado entre Capua y Nola ya no podía hacer. No, Alejandro había hecho bien.

En ese momento se abrieron las cortinas de la puerta y entró Alejandro, escoltado por Lisanias y Mirmidón, el siniestro personaje que se había convertido en su inseparable escolta. Por supuesto, no faltaba Néstor. Entre las pocas diversiones que le quedaban a Perdicas estaba ver la cara de pavor que se le ponía al médico cada vez que ambos cruzaban la mirada. Pensó que tal vez le acabaría contando a Alejandro lo que había pasado entre él y la siracusana. Así comprobaría que no era Perdicas el único que le había fallado.

En efecto, Néstor procuró rehuir la mirada de Perdicas durante toda la reunión. El jefe de los Compañeros tenía la mirada vacía, el gesto de un hombre a quien ya no le quedaba nada que perder, y alguien así era peligroso.

Alejandro habló en tono confiado, tratando de infundir ánimo a sus generales. Néstor notó que su presencia los aliviaba, pues el rey había recobrado esa aura de seguridad que la enfermedad le había hecho perder en el último mes, y aunque no expuso grandes planes consiguió dar la impresión de que lo tenía todo bajo control. La reunión fue breve. Alejandro insistió en que cada general y oficial volviera con su

unidad. Tenían que estar descansados para el día siguiente, y quería que los soldados los vieran cerca de ellos.

—Los romanos aceptarán la batalla mañana, estoy seguro —les dijo, mientras los pajes encendían candelabros y pebeteros, pues la noche estaba cayendo ya—. Eso si no la ofrecen ellos antes. Son agresivos, y han movilizado a un ejército muy numeroso. No pueden mantenerlo en pie de guerra demasiado tiempo. Pero, en cualquier caso, nosotros nos desplegaremos antes.

Les avisó de que tal vez habría algunos cambios en la formación, y diciéndoles que unas horas antes del amanecer recibirían las instrucciones pertinentes, los despidió.

Cuando se retiraron todos, Alejandro le hizo una seña a Néstor para que se quedara con él. Después levantó la voz para avisar a Eumenes, que ya estaba en la puerta.

—Por favor, Eumenes, espera.

El secretario real se volvió, y le hizo una seña a sus ayudantes para que lo esperaran fuera de la tienda.

—¿Tenías mucha prisa, Eumenes? —preguntó Alejandro—. No quiero interrumpirte en nada. Néstor se dio cuenta de que pasaba algo. El tono del rey era raro, y el secretario había desviado la mirada y se había rascado bajo la nariz, un gesto nervioso poco habitual en él.

—Claro que no, Alejandro. He creído que no me necesitabas.

—Pues te necesito. Quiero dictarte un despacho. Es importante. Eumenes se sentó a una mesa. El propio rey desenrolló un papiro y le entregó un cálamo y un tintero.

—¿Estás listo, Eumenes?

—Sí.

—Empieza: «Informe del agente Sinón para Heracles-Melqart». Néstor frunció el ceño y se quedó mirando a Lisanias. Éste asintió con un gesto casi imperceptible de la barbilla.

—¿Qué significa esto, Alejandro? —preguntó Eumenes—. No lo entiendo.

—Ya lo entenderás, mi fiel amigo —dijo Alejandro, situándose a la espalda del secretario real y apoyándole ambas manos en los hombros—. Sigue copiando:

«En el anterior despacho se detallaba la formación previsible de las tropas de Alejandro para la inminente batalla contra los romanos. Se informa ahora de sus últimas disposiciones al hablar con sus generales en la tienda de mando.

»El rey ha decidido que el despliegue de las tropas macedonias va a ser similar al que se desglosaba en el anterior informe. Ello, pese a la oposición de algunos de sus generales, que le han recomendado introducir cambios para adaptarse a las tácticas de los romanos. Pero el rey, *ensoberbecido* —Alejandro recalcó la palabra— por sus pasados éxitos, ha insistido en que los generales deben confiar en su autoridad.

Considera que si el oficial Sófocles perdió a dos compañías en el Circeo fue porque tuvo que desplegarlas con un fondo de ocho, debido a lo cual todas las falanges del centro formarán con dieciséis filas. El rey ha dado órdenes de que los batallones de sarisas no retrocedan un solo paso, ya que quiere mantener el centro del campo estático y bajo su control mientras él asesta su golpe definitivo con la caballería.»

Alejandro se interrumpió un momento, con su propia mano enjugó el sudor de la frente de Eumenes y luego se limpió la palma en el ribete púrpura de la túnica del secretario.

—No te pongas nervioso, Eumenes. No quiero que se corra la tinta. Prosigo: «Queda en manos del receptor de este despacho informar o no a los romanos para que tomen medidas. En su opinión, después de la desidia con que han formado los macedonios hoy en el campo de batalla, mañana sería un día excelente para atacarlos». Bien, Eumenes, ahora puedes enrollarla, lacrarla y sellarla con ese anillo que sé que guardas en alguna parte.

—No sé de qué me hablas, Alejandro.

El rey se apartó un paso. Mirmidón sacó una daga aparentemente de la nada y, en un movimiento imposible de seguir, clavó la mano izquierda del secretario a la mesa. Eumenes dio un grito de dolor y trató de arrancarse el cuchillo, pero Mirmidón lo hizo girar y se lo dejó enganchado en los huesos. Alejandro retiró el papiro de la mesa para que no se manchara de sangre y dijo:

—Necesito ese sello, Eumenes. Ahora. Por la amistad que te tuvo mi padre, por la que te he tenido yo, te juro que no sufrirás más dolor si colaboras conmigo. Pero esto es importante —añadió, inclinándose sobre él para mirarle a los ojos—. Mucho más de lo que crees. Haz lo que te digo o te arrancaré las uñas.

Alejandro había pronunciado la última amenaza con una ira gélida que Néstor había presenciado pocas veces. Pero cuando hablaba así, a menudo acababa exterminando una aldea o una ciudad entera. Eumenes, que lo sabía bien, rebuscó bajo su túnica y le entregó un anillo de oro con un sello verde. Mirmidón dio un tirón y recuperó su daga, mientras el secretario se guardaba la mano bajo la axila y se mordía los labios para no gritar de dolor.

—Ahora no tengo tiempo de averiguar el porqué de tu traición, Eumenes, pero tendrás tiempo de contármelo más adelante.

Alejandro encargó a Lisanias que se llevara a Eumenes y lo pusiera a buen recaudo, atado y amordazado de tal manera que no pudiese hablar con nadie. Después se sentó a la misma mesa donde Mirmidón había clavado la mano del secretario y se quedó mirando a la mancha de sangre.

—¿Desde cuándo sabías que Eumenes era un espía? —le preguntó Néstor.

—Desde que llegamos a Italia —respondió Alejandro.

—Pero no se lo habías dicho a nadie...

—No. Ya que me había traicionado, me venían bien sus informes. Quería que los romanos supieran exactamente qué fuerzas tengo para que se decidieran a salir de su ciudad y plantarme batalla. Ellos están convencidos de que si sus tropas derrotaron a las mías en el Circeo, ahora, con superioridad numérica, pueden aplastarme. Comprobarán que esto no es el Circeo.

—Entonces, ¿por qué le has descubierto justo ahora?

—Esta noche yo mismo pasaré por cada batallón a dar instrucciones personales a cada general, y tengo a bastantes hombres haciendo preparativos en el campo. Quiero controlar la información que les llega a los romanos —dijo Alejandro. Después tomó el papiro lacrado de la mesa y añadió, dirigiéndose a Mirmidón—: ¿Puedo pedirte que hagas llegar este despacho a quienes debe llegar?

El Rey del Bosque tomó el papiro y se lo enganchó bajo el cinturón con una sonrisa irónica.

—Si me lo pides con tanta amabilidad, tus deseos son órdenes, Alejandro.

Sin decir más, Mirmidón salió de la tienda. Alejandro pidió a los pajes que también esperaran fuera. Cuando se quedaron a solas, Néstor preguntó al rey:

—Siempre has sido cortés, pero ¿tanta deferencia con Mirmidón? Me resulta curiosa.

—Aunque lo veas vestido con un humilde sayo, es un hombre orgulloso. A su manera es un rey, aunque nunca haya llevado corona. Y he llegado a un acuerdo con él.

—Conozco esa mirada, Alejandro. ¿Qué estás tramando?

En vez de responderle, el rey se acercó a un velador, tomó una jarra de vino y le sirvió una copa a Néstor. Después hizo ademán de llenarse otra para él, pero el médico le chistó.

—Lo siento. Había vuelto a coger la costumbre. —Alejandro se volvió, se cruzó de brazos y dijo—: Sé que no me has curado, y que ni siquiera me estás curando. Yo también conozco tu mirada cuando derrotas a una enfermedad. Ahora no te la he visto. Dime la verdad. ¿Cuánto tiempo me queda?

—No lo sé —confesó Néstor—. Si la batalla es mañana, puedo asegurarte que llegarás a ella en buenas condiciones.

—Tener un mañana al menos es algo. ¿Y después?

—Después... tal vez meses, quizá un año. A veces males como el tuyo se curan solos, pero es muy raro.

—Gracias por tu sinceridad —dijo Alejandro sin la menor ironía.

—Es mi obligación. ¿Me permites que te pregunte algo a cambio?

—Cómo no —respondió Alejandro, abriendo los brazos y mostrándole las palmas de las manos abiertas.

—Aristóteles me dijo que los dioses han decidido destruir a la humanidad. Tú

mismo me has contado que un astrónomo en el que confías te ha predicho la fecha exacta. Tienes una enfermedad probablemente mortal. Si todo va a acabar, ¿es necesaria esta batalla?

—¿Y conociéndome, me lo preguntas? —respondió el rey frunciendo el ceño.

—He visto cómo son los romanos —insistió Néstor—. Te conozco a ti. Gane quien gane, va a ser un baño de sangre. Te lo repito: ¿es necesario?

—Invierte tu argumento, Néstor. Si todo va a acabar, como tú has dicho, da igual que haya un baño de sangre. —Alejandro se acercó al médico y le miró a los ojos—. Te conozco bien, amigo. Eres la persona más noble de las que me rodean.

Puedo ser el más miserable, se dijo Néstor, pensando en Clea, pero le aguantó la mirada.

—Sin embargo, no entiendes ni el arte ni la moral de la guerra —prosiguió Alejandro—. Romanos y macedonios van a luchar para demostrar que son hombres de verdad y que pueden vencer no a su enemigo, sino al miedo mismo. Y en cuanto a mí... Alejandro y Roma deben librar un duelo porque están destinados a ello, porque, Europa, al igual que Asia, no puede tener dos soles. Debe haber un solo rey bajo el cielo. Es el orden natural.

—El orden natural va a ser destruido, Alejandro. ¿Por qué no vuelves a Macedonia y disfrutas del tiempo que te quede con tu familia y tus amigos?

Alejandro se quedó pensativo un rato antes de contestar.

—Voy a decirte algo, Néstor. Es posible que haya una opción, una remota opción de evitar lo inevitable. Tú me has traído esa opción, pero lo primero que debo hacer es quitar todos los obstáculos de mi camino. Roma es el primer obstáculo.

—¿Y cuál es esa opción?

—Lo sabrás todo en su momento, Néstor, te lo prometo. Ahora sólo quiero que entiendas que debo someter a Roma.

—No se rendirán. No está en su naturaleza.

—Yo no puedo perder meses sitiándola —dijo Alejandro, y su mirada hizo estremecerse a Néstor—. He hecho cosas terribles, amigo mío. Y volveré a hacerlas si es necesario.

La tienda de Papirio estaba en el centro del campamento romano, donde se cruzaban las dos calles principales. Allí, tras una reunión con los dos cónsules y el magister equitum que se había prolongado hasta el anochecer, convocó a los demás mandos de las siete legiones que había traído desde Roma, y también a los jefes de las legiones aliadas. El dictador estaba sentado en su silla curul, delante de una larga mesa donde había desplegado un tosco mapa con piezas de madera rojas que representaban a las legiones romanas y amarillas para las unidades macedonias. Delante de él, formando un semicírculo como en un teatro griego, estaban de pie los

generales, tras éstos los tribunos y, por último, los centuriones primipilos.

Gayo estaba en la segunda fila, pero su estatura le permitía ver por encima del hombro del cónsul de Bubulco, su mando directo en la Segunda Legión. Como era de esperar después de todo lo sucedido, Papirio había impedido que ascendieran a Gayo. De hecho, si hubiese sido por él, lo habría despojado de su poder tribunicio y lo habría arrojado al Tuliano para sustituir a los prisioneros.

—Tú estás detrás de esto —le había acusado Papirio, el día siguiente a la fuga.

—No sé a qué te refieres —contestó Gayo, que se había apresurado a volver a Roma tras esconder los quince talentos de oro en una cueva recóndita del monte Albano.

—Si intentas burlarte de mí, haré que te decapiten aquí mismo. Hablo de la muerte de ocho lictores y doce ciudadanos romanos a las puertas del Tuliano. Hablo de la fuga de los dos prisioneros que iban a ser sacrificados a los dioses por instrucción de los Libros Sibilinos.

Los dioses no podían quedarse sin su ofrenda, de modo que ese mismo día habían enterrado a un esclavo celta y una esclava griega en el Foro Boario. En opinión de los decenviros, con eso bastaba para cumplir el ritual prescrito por los Libros Sibilinos, y Papirio dio su bendición. Pero en privado echaba fuego por los ollares.

—Todo el mundo sabe que en ese momento yo estaba acompañando a los embajadores macedonios que salieron de la Villa Pública —se había defendido Gayo, disfrutando de aquello, aunque sabía que pagaría las consecuencias—. Tus propios clientes lo pueden atestiguar, ya que tuviste la amabilidad de enviarlos para que los despidieran.

—Nada impide que, mientras tú te dedicabas a hacer amistad con los bárbaros, tus esbirros cometieran esa tropelía.

—Ya quisiera yo tener la centésima parte de clientes que tú, Papirio, para poder enviarlos en la noche a que me hicieran el trabajo sucio. ¡Veinte muertos! Para algo así se necesita un pequeño ejército.

Lo cierto era que Papirio no estaba seguro de lo que había pasado, y Gayo lo sabía. ¿Cómo podían haber asesinado a veinte hombres sin que nadie en los alrededores del Tuliano se hubiera enterado? Los cadáveres tendidos en la cárcel y en las Gemonías hablaban de una sangrienta batalla, pero nadie había oído nada. Obviamente, Papirio no podía saber que Gayo había enviado un ejército de una sola persona.

Papirio había dejado correr el asunto, con el consuelo, al menos, de creer que Gayo Julio había perdido la pequeña fortuna en oro que le habían ofrecido los macedonios. Luego, cuando llegó el reparto de las legiones, hizo caso omiso a la recomendación de Escipión y otros senadores y dejó a Gayo con las manos vacías.

Por su parte, el consuelo de Gayo era que ningún otro tribuno había recibido tal

mando. Papirio había optado por la veteranía y había entregado el mando de las legiones a ex cónsules. Para asombro de todos, regocijo de muchos y alarma de los más sensatos, incluso había puesto al frente de la Sexta a Torcuato Imperioso, quien a sus ochenta años había sacado brillo a su yelmo y a la coraza de anillos de hierro que había conquistado con su propia mano en las guerras contra los celtas. Y allí estaba el viejo ahora, tieso como una vara, con la barbilla levantada y observando a Papirio con sus ojillos miopes, en la primera fila junto con los siete jefes de las legiones romanas y los seis generales de las aliadas.

Sobre la mesa, el *magister equitum* había desplegado los tacos cuadrados y rectangulares que representaban el ejército de Alejandro, con la misma formación que había desplegado esa mañana al ofrecer batalla. La falange en el centro, tropas griegas detrás como reserva y caballería a ambos lados, con los Compañeros en el ala derecha.

Llevaban un largo rato discutiendo de cuestiones diversas, entre ellas problemas logísticos que, en opinión de Gayo, no deberían tratarse en una reunión de tanto rango, pues para eso ya estaban los tribunos y los centuriones. Por fin, un oficial de la Primera Legión se acercó al dictador y le entregó un papiro enrollado y lacrado. Gayo pensó que Papirio debía estar esperando aquello, probablemente un informe de última hora de los exploradores.

—Esto nos lo acaba de entregar nuestro aliado Eshmunazar —dijo el dictador.

Condenado cartaginés, pensó Gayo. Había venido como una mosca, pegado al ejército romano con la excusa de ejercer de intermediario e intérprete con la caballería númida. El dictador rasgó el lacre, pasó los ojos por el papiro y frunció el ceño.

—Está en griego —dijo en tono molesto.

—Si te parece bien, noble Papirio —intervino Gayo antes de que algún otro se le adelantara—, puedo traducirlo en voz alta para todos.

Bubulco se hizo a un lado para dejar pasar a Gayo, y el dictador le tendió el papiro sin mirarle a la cara. Gayo comprobó que la caligrafía era la misma de otros informes del agente Sinón, y empezó a traducir:

—«En el anterior mensaje se detallaba la previsible formación del ejército de Alejandro para la batalla que va a librar contra los romanos. Se informa aquí de las últimas disposiciones que ha tomado al hablar con sus generales en la tienda de mando...»

Cuando terminó, le entregó la nota a Papirio.

—Espero haber sido preciso al interpretarla —le dijo—, pero si quieres cotejar mi traducción con la de otro oficial que...

—No es necesario, tribuno. Vuelve a tu puesto. —Papirio volvió a su asiento y se quedó mirando los tacos de madera amarillos. A la izquierda estaban los rojos que

representaban a las tropas romanas, pero aún no los había colocado. Tras pensar un rato, dijo—. Está claro que Alejandro lo fía todo en que el centro de su ejército aguante a nuestras legiones.

—En ese caso sería una buena ocasión para atacar sus flancos y envolverlo —dijo Fabio Máximo, que había conseguido que lo nombraran tribuno de la Quinta. Todo el mundo sabía que era quien ejercía el mando efectivo de esa legión a través de su general, Quinto Aulio Cerretano.

—¡No! —contestó Papirio—. Los informes de nuestros exploradores y este último despacho sólo me confirman en lo que ya había decidido.

El dictador se levantó. Mientras hablaba, fue colocando los rectángulos rojos frente a los amarillos; pero, en vez de hacerlo ofreciendo al enemigo el lado más largo, eligió el corto. Gayo pensó que se había equivocado, pero aunque tenía el rostro colorado no parecía estar borracho. De ese modo colocó ocho tacos, entrelazando los cuatro que representaban a las legiones romanas y los cuatro marcados con tachuelas de bronce para indicar las legiones auxiliares. Su frente ocupaba la misma extensión que el centro de Alejandro, aunque con mucha más profundidad. Después puso dos legiones más en cada ala y dejó la última aparte. Ya se había decidido que la Séptima se quedaría vigilando el campamento.

—¡No les golpearemos en los brazos ni en las piernas, sino en el corazón! —dijo Papirio, en un tono retórico que sorprendió a Gayo—. Si Alejandro espera retener la batalla en el centro para clavarnos su caballería como un puñal, va a llevarse una sorpresa cuando descubra que su centro se ha desplomado.

Papirio miró a Gayo y añadió con una sonrisa sarcástica:

—El tribuno Gayo Julio nos mostró el camino para vencer a los macedonios en el monte Circeo. Ahora gozamos de una ventaja que entonces no se tenía: superioridad numérica. Aprovechándola, formaremos las ocho legiones del centro con el doble de la profundidad habitual. Eso nos dará un empuje que ni sus famosas sarisas podrán resistir.

El dictador arrastró los rectángulos rojos contra los amarillos y los dispersó. Mientras, Gayo Julio realizó unos rápidos cálculos. Si quería doblar la profundidad de las legiones, lo más lógico sería hacerlo colocando las dos centurias de cada manípulo una detrás de otra, y no en paralelo. Eso supondría cincuenta y ocho hombres de profundidad por sesenta de frente. El taco rectangular no era una mala imagen, puesto que los sesenta hombres del frente guardaban menos separación lateral entre ellos que con los de atrás y ocupaban por tanto menos espacio. En cuanto a los mil quinientos rorarios de cada legión, tendrían que aglomerarse en sendas nubes por delante y por detrás, y colarse por entre las filas mucho antes de que las masas de ambos ejércitos colisionaran, pues apenas les iba a quedar espacio.

Entre los generales hubo comentarios de aprobación y otros de cautela. Escipión,

que finalmente no se había quedado en Roma, dijo:

—Ésa no es la forma acostumbrada de luchar de nuestras legiones, Papirio. ¿Por qué cambiar algo que siempre nos ha funcionado?

Papirio le miró con enojo.

—Eso mismo piensa Alejandro, y le vamos a demostrar que se equivoca.

—Lo deseo tanto como tú —respondió Escipión—. Pero me gustaría saber qué ventajas le encuentras a ese despliegue.

—Pienso situar en el centro a la Tercera, la Cuarta, la Quinta y la Sexta. Son las que menos tiempo han tenido para entrenarse. Con una formación menos ancha les será más fácil mantener rectas las líneas.

No sólo eso, pensó Gayo. Aunque Papirio no lo dijera, una formación más profunda también reforzaba la moral de los soldados bisoños y hacía más difícil que alguno sucumbiera a la tentación de arrojar el escudo y salir huyendo. A cambio, se reducía la zona efectiva de matanza, pues sólo los hombres de la primera fila podían utilizar sus espadas. Pero era cierto que los romanos tenían veinticinco mil hombres más que los macedonios.

Y había otra cosa que Papirio también se callaba. Seguramente no se atrevía a desplegar del todo a las legiones, pues eso habría supuesto un frente de más de dos millas, sin contar con la caballería de las alas. El dictador que presumía de su puño férreo no se sentía capaz de controlar una distancia tan amplia.

—De ese modo —prosiguió el dictador—, en los flancos tendremos a la Primera y la Segunda, las más veteranas, con veintinueve hombres de profundidad. Suficientes para derrotar a todo lo que nos pueda oponer Alejandro por ese sector.

»Cuando su infantería de línea se desplome, las alas de su ejército perderán contacto y cundirá el pánico entre ellos. Es posible que su caballería sea superior a la nuestra. Sólo le pido a mi *magister equitum* que aguante el terreno el mayor tiempo posible.

—No sólo aguantaremos —dijo Espurio Postumio—. Nuestros équites aniquilarán a los Compañeros.

Lo que significaba, pensó Gayo, que el dictador iba a desplegar a la caballería romana en el ala izquierda y a la aliada en la derecha, a la inversa de lo habitual. No le parecía mal. Tal vez los équites no serían capaces de aplastar a los Compañeros, como alardeaba Postumio, pero seguro que le darían a Alejandro algún quebradero de cabeza, más de lo que podrían haber conseguido los aliados.

—Alejandro pretende golpearnos en el corazón, como hizo con ese afeminado rey persa —dijo Papirio—. Pero se va a sorprender cuando se lo arranquemos crudo a él. Está tan ensoberbecido que no puede creer que nosotros los romanos, a los que sus lacayos se atrevieron a llamar bárbaros en pleno Senado, conocemos mucho más de él que él de nosotros. De hecho, nos sabemos a Alejandro de memoria. ¡Va a pagar

caro habernos subestimado! Yo os digo que su destino será el mismo que el del otro Alejandro: un sepulcro en Italia.

»Él no sabe que el poder de la República no reside en ningún rey ni tirano. A lo mejor piensa que si me mata a mí, al dictador, todo el ejército romano se hundirá y se batirá en fuga como hizo el persa. Pero el poder de la República hunde sus raíces en el corazón de cada ciudadano. Si quiere vencer a Roma, ¡antes tendrá que aniquilarnos a todos los romanos!

La reunión se disolvió entre aclamaciones al dictador. Gayo Julio se acercó a la mesa para observar el despliegue. El taco de madera marcado con las dos barras de la Segunda estaba en el ala izquierda del ejército. No era precisamente el puesto de honor, pero por eso mismo se hallarían frente al flanco derecho de Alejandro. Eso significaba que no se aburrirían durante el combate. Infantería de hipaspistas, tal vez una carga de los Compañeros. Aún tendría oportunidades de conseguir prestigio y dignidad.

13 de hiperbereteo en el calendario macedonio,
15 de septiembre en el romano

La diana sonó bastante antes del amanecer, y los soldados tomaron un desayuno más ligero que el del día anterior. Mientras el cielo se teñía primero de turquesa y luego de gris pálido, Demetrio pensó que hoy había algo distinto en el ambiente. El aire era más frío, o se lo parecía a él porque ese frío se le había agarrado al vientre, y flotaba en él un olor picante, como antes de una tormenta. Pero el cielo estaba despejado y, como el sol aún no había salido, aún lo señoreaban la luna llena, que se acercaba al horizonte, y el cometa, que estaba en su segunda noche de viaje por el firmamento septentrional.

—El cometa Ícaro ha sobrepasado Andrómeda y Pegaso y sube hacia Casiopea —dijo Euctemón al ver que su hermano levantaba la mirada al cielo. Las constelaciones ya no se veían, pero Demetrio no dudó de que estaban allí.

—Pensé que ya no te gustaba la astronomía.

Su hermano se quedó mirándole un segundo, sin entender, y después volvió a concentrarse en sacar brillo a sus armas. Ni los catafractos iban a ir al campo de batalla con tanto lustre, pensó

Demetrio. Luego vio que su hermano practicaba el cambio de escudo del brazo izquierdo al derecho y sonrió. Se estaba convirtiendo en un auténtico soldado, más que él. Tal vez acabaría aprendiendo a valerse solo.

Tras el sacrificio matinal, Leónato les dijo que tomaran las armas para marchar al campo de batalla. Formaron en fila de cuatro casi en silencio; las pocas bromas que se oían eran más suaves que la víspera, y las risas más nerviosas. No era Demetrio el único que olía y palpaba aquello en el aire. Mientras caminaban, podía oírse el crujido de la tierra seca y el chasquido del heno segado bajo sus botas. A su alrededor sonaban trompetas, relinchos y cascos de caballos, el repicar de las piezas metálicas al caminar, las voces de los heraldos y los oficiales. Pero todo sonaba mortecino, apagado, como si el cielo estuviera más bajo, aunque no había una sola nube. Demetrio volvió a levantar la mirada, buscando al cometa, y hubo algo en su faz roja que le hizo estremecerse.

Delante de ellos iba un paje a caballo que los guiaba hacia la posición que debían ocupar. Demetrio caminaba en la parte derecha de la fila, y desde allí le pareció que no seguían el mismo camino que ayer. Encelado estaba más cerca, y el Vesubio más lejos. Tal vez todo el ejército se estaba desplazando hacia el este para quedar más cerca del campamento romano; o Alejandro había decidido ponerlos en reserva tras el

ala derecha y no detrás de la izquierda.

A unos cien pasos a su derecha había estacas en las que ondeaban gallardetes rojos marcados con números. El día anterior no había visto ningún banderín; debían haberlos plantado por la tarde, o por la noche a la luz de la luna.

—Hay treinta y cinco codos entre cada banderín más menos dos codos —dijo Euctemón sin volver la cabeza.

—¿Qué significa eso? —preguntó Demetrio.

—Eso es lo que ocupa una compañía de sarisas con dieciséis hombres de frente —dijo Filo, que caminaba detrás de él.

—¿Qué pintan aquí las compañías de sarisas, por detrás de nosotros?

—No lo sé, pero cuenta los banderines.

Demetrio lo hizo. Había siete gallardetes rojos. Entre ellos cabían seis compañías, lo que hacía un batallón. Más adelante había siete banderines azules, algo más alejados de ellos, y conforme siguieron avanzando vio otros amarillos, aún más cerca del monte, pero no le dio tiempo a contarlos porque les adelantó un escuadrón de exploradores, seguidos por odrisios y peonios de infantería ligera que corrían detrás de ellos, y luego les pasó también la fila de los espartanos, que venían pisándoles los talones desde el campamento.

Lo que había visto le sugería la disposición de tres batallones en orden oblicuo, pero con el frente equivocado: en vez de mirar al norte, hacia el campamento romano, parecía que Alejandro quisiera desplegarlos orientados hacia el oeste, de cara al Vesubio. Cuando se volvió para comentárselo a Filo, éste se encogió de hombros.

—Debe ser una maniobra previa, o un punto de partida.

—Esto no me gusta —dijo Demetrio, que volvía a notar retortijones en el vientre.

—¡Alto! —gritó Leónato—. ¡Formad en filas de cuatro!

Mientras los que iban en cabeza se quedaron marcando el paso en el sitio, los demás se desplegaron a su izquierda. Demetrio, seguía estando en el tercer puesto de su fila, pero ahora se hallaba el penúltimo, con sólo Filo a sus espaldas. Cíclope volvía a estar a su derecha; debía haber cambiado el puesto con algún compañero, porque con el nuevo despliegue no le habría correspondido ese puesto.

En cuanto todos estuvieron repartidos en una larga línea y dejaron de marcar el paso, empezaron a correr rumores. Demetrio sólo tenía que moverse un poco para ver entre su hermano y el soldado de su derecha para ver el panorama que se extendía ante ellos. Esta vez no había espaldas ni sarisas. Por delante de ellos se extendía la llanura, hasta llegar a unas montañas que, según Euctemón, estaban a ochenta estadios. Entre ellos y esas montañas había campos segados, algunas arboledas aisladas y casas dispersas. Pero delante de los Agriopaides se abría un terreno despejado de más de tres estadios, salpicado tan sólo por algunos almiares que los peltastas tracios hacían rodar para apartarlos del campo de batalla. Por aquella

explanada se cruzaban los escuadrones de exploradores, y también se veía a grupos de infantería ligera. Aparte de los peltastas había nubios con escudos de mimbre, rodios con sus temibles hondas y también sogdianos. A los agrianos no se los veía; Alejandro solía apostarlos junto a los Compañeros.

Algunos se acercaban a bromear con ellos, y un negro alto y flaco como una espadaña se acercó a Gorgo y le pidió almáciga. Pero Demetrio sabía de sobra que, cuando llegara el momento de la verdad, las tropas ligeras se colarían por los huecos entre las formaciones de línea y dejarían que el verdadero choque lo soportaran las primeras filas de infantería pesada.

Que, por lo visto, eran ellos.

—¿No decíais que no íbamos a estar en el frente? —dijo Demetrio, volviéndose hacia Cíclope.

No era el único que murmuraba. Pero los comentarios que se oían entre los demás no eran de preocupación, sino de alegría, y muchos empezaron a golpear las conteras de las lanzas en el suelo para manifestar su júbilo. Los rumores corrían de un lado a otro, pues si había algo que les gustaba a los soldados era saber qué pasaba y dónde estaban ellos. Al cruzarse las informaciones, Demetrio se enteró de que a la derecha tenían a los cuatrocientos espartanos y a la izquierda a los dos mil hipaspistas. Todo el mundo conocía las formaciones habituales, y sabía que los hipaspistas solían colocarse en el ala derecha de la infantería, en contacto con los jinetes de Alejandro. ¿Qué estaba pasando? Demetrio no comprendía nada, pero los hombres sonreían y algunos entrechocaban los escudos entre carcajadas.

—¡Entre los espartanos y los hipaspistas! —exclamó Cíclope—. Estamos en el sitio de honor, sin duda.

—Mirad ahí delante —dijo Cérdidas, al que le había correspondido formar a la izquierda de Demetrio, y que parecía tan exultante como los demás.

Demetrio volvió a asomarse. Por delante de las montañas, mucho más cerca de ellos, se levantaban columnas de humo blanco. No, se corrigió enseguida. Eran nubes de polvo.

—¡Por allí vienen! —oyó decir a Gorgo en la primera fila—. Esta vez veréis cómo no rehúsan el combate.

—Pero ¿qué hacemos nosotros aquí? —preguntó Demetrio—. ¿En qué flanco estamos?

Por la dirección de la marcha, sospechaba que se encontraban cerca del ala derecha, al contrario que el día anterior; pero para alguien de estatura mediana como él era casi imposible ver algo por encima de los yelmos de los compañeros que tenía a ambos lados.

—Aprende de los espartanos, Demetrio —respondió Gorgo—. Ellos nunca preguntan quiénes son los enemigos ni cuántos, sólo dónde están.

—Bueno, yo sólo quiero saber dónde estamos nosotros —contestó Demetrio.

Al principio se vio sólo una masa oscura que se acercaba por debajo del polvo blanco. Luego, el sol recién amanecido empezó a arrancar destellos a las puntas de las lanzas, y se distinguieron unas formas brillantes que flotaban sobre las filas.

—Ésos son sus estandartes —comentó Cíclope, que con su único ojo veía como el mítico Linceo.

Las filas cubrían ya todo el horizonte. Mezclado con la barahúnda del propio ejército macedonio, llegaba ya el sonido de voces, relinchos, tambores, cornetas y trompas.

—Los romanos están a seis estadios —dijo Euctemón. Demetrio ni le preguntaba en qué basaba sus mediciones; las aceptaba sin más.

—¡Media vuelta! —ordenó Leónato.

—Ya lo sabía yo —rezongó Cíclope—. Nos retiran de aquí. Alejandro chochea ya más que las Grayas.

Llevaban un rato oyendo un traqueteo a sus espaldas, y ahora comprendieron la razón. Habían llegado unos carretones de cuyos portones traseros sobresalían haces de sarisas. Demetrio se quedó extrañado, porque le habían dicho que los Agriopaides no habían luchado nunca con aquellas picas. Mientras, los mozos que acompañaban a los carros los descargaron, ayudados por peltastas que se colgaban a la espalda los escudos para bajar al suelo los haces de sarisas y cortar las cuerdas que los unían. Luego se acercaron a los Agriopaides y las repartieron. A Demetrio le dio la impresión de que, para ser tan pesadas, las manejaban con mucha soltura. Filo fue cogiendo las sarisas que le entregaban y las pasó hacia delante.

—¿Qué hacemos con las lanzas? —preguntó alguien.

—¡Coged la sarisa y la lanza a la vez! —grita Leónato—. ¿Es que tenéis manos de niña? Ahora, ¡media vuelta otra vez!

Cuando empuñó la suya y la examinó de cerca, Demetrio comprendió la facilidad de su manejo. Aunque la pica medía diez o doce codos, era mucho más fina que una sarisa normal, y la madera era muy ligera y clara para ser de cornejo; debía tratarse de alguna especie de pino local. De hecho, siendo el doble de larga que su lanza, Demetrio comprobó que pesaba menos. No tenía contera, y la punta, por lo que podía apreciarse desde abajo parecía mucho más corta, una especie de abrazadera aguzada más que una auténtica moharra.

—Estas sarisas son de pega —se quejó Cérdidas. Era evidente que esas puntas no harían mucho daño a una coraza o un escudo enemigo, y al primer embate serio las varas de pino se partirían en dos.

—¡Ponedlas tiesas, maldita sea! —volvió a rugir Leónato, y desfiló ante ellos para comprobar que ofrecían buen aspecto—. Cuando os dé la orden, todos tiraréis hacia delante la sarisa con cuidado de no darle en la cabeza al compañero. La orden

será, y que quede claro, ¡sarisas al suelo!

Los carretones se retiraron, pero al mirar de reojo Demetrio vio que detrás de ellos habían quedado cientos de esclavos y peones apoyando sus propias sarisas de pino en el suelo. Aunque no formaban filas muy rectas, contribuían a formar un bosque más tupido que, desde lejos, para quienes vieran las puntas de las picas, haría creer que ahí había al menos ocho filas de fondo, una falange de verdad.

—Somos un cebo —dijo en voz alta. Y *a los cebos se los comen los peces*, añadió para sí.

Peucestas pasó a caballo por delante, inspeccionando las filas. Eso significaba que estaba al mando de todo aquel sector, y que Agriopaides, espartanos e hipaspistas formaban una sola unidad muy alargada. Demetrio, sabiendo que su hermano conocía de memoria los contingentes de cada tropa, le preguntó qué frente podían ofrecer con esa formación de cuatro.

—Setecientos cincuenta escudos —respondió él, sin volverse. Peucestas bajó del caballo y estrechó la mano de Leónato. En ese momento reconoció a Euctemón y le saludó.

—¡Usa bien tu espada hoy, ateniense! ¡Si matas a cinco romanos, yo mismo te regalaré otra armadura!

—Habrá cinco romanos muertos —respondió Euctemón. Demetrio se inclinó hacia él y le susurró:

—No se te ocurra salir de la fila para matarlos.

El rey espartano, con su capa roja, la letra *lambda* en el escudo y la larga melena colgando por debajo del yelmo, se acercó a Peucestas y Leónato y conferenció brevemente con ellos. Mientras lo hacían, hubo nuevas sorpresas para los Agriopaides. Abriéndose paso entre los peones de la retaguardia, unos peltastas se sumaron a la última fila. Cada uno de ellos llevaba un escudo enorme, casi tan alto como un hombre, y forrado con gruesas mantas de lana.

—¿Adónde vais con esas puertas? —preguntó Cérdidas.

—Enseguida te enterarás, tarentino —respondió uno de ellos.

—Vaya, ¿tanto se me nota el acento?

—Para uno de Crotona, sí.

—¡Atención!

Todos hicieron un esfuerzo por poner más rectas las lanzas y las falsas sarisas, aunque era un poco molesto abrir los dedos tanto para aferrar ambas. Entre los hombres corrió un nervioso rumor. «Alejandro, Alejandro.» El rey venía a cabeza descubierta y montado en una yegua castaña. Se había puesto una coraza de lino de un blanco cegador, reforzada con placas de bronce y un pectoral dorado con la estrella de los Argéadas. Detrás de él, un paje montado llevaba de la rienda a *Amauro*, cubierto con una piel de tigre que le tapaba también el pecho. También estaba el

sempiterno Lisanias, por supuesto, pero además lo acompañaba un personaje curioso, un hombre montado en un caballo tordo que no llevaba armadura, yelmo ni escudo; tan sólo una lanza en la mano derecha y una espada cruzada al costado.

—¡Soldados! ¡Macedonios! ¡Griegos!

Se hizo el silencio. Los ruidos de la batalla y del frente romano seguían estando allí, pero para Demetrio eran una marea lejana. Sólo tenía oídos para Alejandro.

—¡Vuestro rey tiene un plan!

—¿Ves? Ya lo había dicho yo —susurró Cíclope.

—Sí, tengo un plan —prosiguió Alejandro—. Pero la inteligencia no es nada sin el corazón, y vosotros sois mi corazón.

—¿Por qué nos odias, Alejandro? —exclamó alguien.

—¡Yo no os odio! Sí, os castigué, es cierto, y no os he perdonado todavía. ¿Sabéis por qué?

Porque uno no perdona fácilmente a los que más quiere. Vosotros erais el báculo en el que me apoyaba, y me fallasteis. Si no hubierais sido tan impacientes, habríais llegado a ser excelsos. ¡Si hubierais obedecido a vuestro rey, habríais alcanzado la perfección!

Demetrio tragó saliva, y se dio cuenta de que llevaba un rato sin respirar.

—Vosotros sois los mejores de entre mis hombres. —Alejandro se tapó la boca por el lado derecho y añadió fingiendo que bajaba la voz—: Mejores aún que los hipaspistas. Por eso os he puesto aquí, en el corazón de la batalla. ¡La mayor batalla que han visto los tiempos, porque enfrente tenemos a los mejores enemigos que podríamos soñar!

»Yo os quité el nombre, pero vosotros mismos os habéis dado uno, y a fe que os lo habéis ganado. ¡Mirad hacia allí, Agriopaides! —dijo, señalando a las filas romanas—. Os tienen tanto miedo que han formado sus legiones con cincuenta o sesenta hombres por fila. Por eso, para daros la ocasión de ganaros una gloria que eclipsará a la de los aqueos que tomaron Troya, os he hecho formar así. A cada uno de vosotros, Agriopaides, os tocan quince romanos. ¿Os vale con eso o queréis que os traiga más enemigos?

—¡Deja que acabe primero con mis quince, Alejandro! —gritó Gorgo, y los demás prorrumpieron en carcajadas. Demetrio se dio cuenta de que también se estaba riendo, pero era una risa histérica que le servía para relajar el temblor que subía desde las rodillas.

–Pues acabe con ellos, mi valiente amazona —dijo Alejandro—. Y vosotros también. Pero esta vez no me falléis. Tenéis que ser pacientes, tenéis que ser perfectos. ¿Lo seréis?

—*Éssomes*! [9]

—Entonces obedeced las órdenes, mantened las filas y no os salgáis de ellas.

Reculad al paso de los tambores y haced que los romanos se dejen diez muertos por cada codo que avancen. ¡Hacedlo así, mis Chicos Salvajes, y os prometo que entraréis en Roma los primeros, al lado de vuestro rey!

Al oír aquella promesa, los Agriopaides golpearon los escudos contra las lanzas y las falsas sarisas y aullaron más que gritaron el nombre de Alejandro. El rey les saludó levantando el brazo para saludarles, clavó los talones en los ijares de su caballo y se perdió hacia la derecha.

—¿Tú crees que les prometerá lo mismo a todos los batallones? —preguntó Demetrio, volviéndose hacia Filo.

—No conoces a Alejandro. Procura aguantar vivo, y entrarás en Roma a su lado.

—Una arenga muy visceral —le dijo Lisanias a Alejandro—. ¿De verdad vas a perdonarles?

—Se lo merecen ya, Lisanias.

En la tierra de nadie entre ambos ejércitos, las infanterías ligeras de ambos bandos estaban librando decenas de pequeños combates. Lisanias sabía que Alejandro no iba a lanzar el ataque; conociendo la agresividad de los romanos, había decidido darles la iniciativa, una táctica muy arriesgada y contraria a su propia naturaleza.

En ese momento sonaron los cuernos, y los escaramuceros enemigos empezaron a retirarse hacia sus filas. Un rugido recorrió las filas romanas, tan potente que las palabras llegaron claras hasta los oídos de Lisanias.

—ROMA VICTRIX!

—Espléndido —dijo Alejandro—. ¿No te ha puesto los pelos de punta, Mirmidón?

—Los años me han vuelto un poco frío, Alejandro —contestó el hombre al que Néstor llamaba Rey del Bosque.

—Y un poco cínico ta... Aguardad.

Un correo a caballo llegó corriendo por delante de las filas espartanas, pero era evidente lo que venía a contarle al rey. Por la derecha, a poca distancia de la ladera de Encelado, la caballería romana se había puesto en marcha y avanzaba en filas paralelas hacia la zona donde los Compañeros, formados por escuadrones, esperaban a Alejandro.

—Se atreven a atacar a mi caballería —murmuró el rey—. Locos, pero magníficos —añadió en voz alta, y taloneó los ijares de Neso, el caballo blanco que utilizaba para desplazarse de un lado a otro en el campo de batalla.

Pasaron por delante de la falange mercenaria, donde formaban atenienses, beocios, arcadios, focios, y también griegos de Italia. Alejandro había concedido el tradicional puesto de honor a las tropas de Meleagro, mientras que a los hipaspistas, que normalmente ocupaban el ala derecha, los había situado junto con los espartanos

y el batallón de castigo en aquel centro que había tenido que adelgazar exageradamente para que cubriera un frente de más de tres estadios. Lisanias se había enterado de lo que pretendía Alejandro tan sólo unas horas antes que los demás generales; y aún así nadie conocía todo el plan, sino sólo la parte que le atañía a cada uno. Después de comprobar que el propio Eumenes, que llevaba treinta años sirviendo a la casa real de Macedonia, era un espía, Lisanias comprendía que el rey no quisiera abrirle su mente de todo a nadie. Pero ¿y si moría en el combate? ¿Quién terminaría de llevar a cabo su plan?

—Tranquilo, macedonio —le dijo Mirmidón, que cabalgaba a su lado—. Juntos tú y yo, seguro que conseguiremos que nadie hiera a tu señor.

—¿Tanto se me nota?

—¿El qué? ¿Que estás preocupado por la persona a la que amas? No es ningún desdoro. Alejandro, que iba un cuerpo de caballo por delante, se volvió hacia ellos.

—No te preocupes, Lisanias. Ya he hecho prácticamente todo lo que puede hacer un general.

—¿A qué te refieres?

—He colocado las piezas sobre el tablero. Ahora los romanos las han puesto en marcha. ¡Hemos entrado en el reino de Ares y Eníalo, donde gobierna lo imprevisible!

Pasaron entre las filas de los agrianos, que les abrieron un pasillo y luego corrieron al lado de los caballos enarbolando sus jabalinas. Alejandro le hizo una señal al paje para que le acercara a *Amauro*, y luego saltó de un caballo a otro sin tocar el suelo, entre las aclamaciones de los agrianos y de los propios Compañeros, que esperaban impacientes a que su rey se uniera a ellos.

Los nueve escuadrones estaban formados en cuñas, cruzadas entre sí como los dientes de una sierra. Bajo el estandarte de Hefestión, Perdicas impartía rápidas órdenes mientras esperaba a Alejandro. El rey se caló el yelmo que representaba la cabeza de un león, el mismo que los herreros habían tenido que reparar incontables veces desde la batalla del Gránico, y se puso al frente de los cuatrocientos jinetes de su Ágema. Los caballos piafaban inquietos, y cuando *Amauro* ocupó su lugar en la punta de la cuña, la yegua del Compañero más cercano rozó con la cabeza el cuello del enorme corcel de Nisea en señal de homenaje.

Los romanos estaban ya a menos de dos estadios. Alejandro levantó la mano izquierda, los portaestandartes hicieron las señales pertinentes, y toda la formación arrancó en un suave trote que se fue acelerando poco a poco. Lisanias sentía entre las piernas los latidos desbocados de su yegua, *Carmis*, a la que tenía que contener con las riendas. Los romanos ya se habían lanzado al galope, entre tolvaneras de polvo, y a su izquierda, casi donde arrancaba la ladera de Encelado, venían unos jinetes de piel oscura que montaban a pelo y, entre ululatos, agitaban venablos sobre sus cabezas.

—Ésos para Peleo y sus tesalios —dijo Alejandro.

Cuando ya no había ni un estadio entre ellos y el primer jinete romano, que por el vistoso penacho de su yelmo debía de ser un oficial, el rey dio la orden de cargar, y el corneta que iba detrás de él hizo sonar el toque. No habría sido necesario, pues ese instinto que unía a los caballos hizo que siguieran a *Amauro*, el jefe de la manada. Lisanias entonó el peán con sus compañeros y sintió que lo poseía la embriaguez de Eníalo, más salvaje aún que la de Dioniso. De pronto recordó la noche en que había oído hablar por primera vez de los romanos, cuando era tan joven que sólo servía para hacer guardia de plantón, y bendijo a Néstor por haber salvado a Alejandro para él y por permitir que viviera ese momento.

La tierra retumbaba bajo sus cascos, y era un placer estremecedor sentir que ese estruendo lo producían ellos, el enorme poder del que sólo eran la punta. Por supuesto, era un peligro que Alejandro cabalgara en cabeza, pues todos los romanos debían estar fijándose bien en su yelmo y su coraza para atacarle después. Pero así tenía que ser: el rey de Macedonia sólo podía guiar a su ejército mediante el ejemplo, siendo el primero entre los héroes.

—¡Por Zeus que son valientes, a fe mía! —exclamó Alejandro al ver que los romanos mantenían la carga en vez de volver grupas.

Estaban tan cerca que cada uno podía ya elegir a su pareja de lucha. Normalmente dos formaciones de caballería se refrenaban en ese momento para evitar un choque desastroso, pero ni Alejandro ni *Amauro*, digno sucesor de *Bucéfalo*, eran así. El rey apuntó su lanza a la izquierda, sobre la cabeza de su corcel, y alcanzó al oficial que cabalgaba en vanguardia en el centro del escudo. Lisanias vio cómo el romano caía volteado sobre la grupa de su caballo, y después tuvo que apartar la vista para atender a su propio enemigo.

Pese al impulso del rey, *Amauro* no tuvo más remedio que frenarse por fin, y los demás Compañeros hicieron lo mismo detrás de él, pues la masa de jinetes y caballos era impenetrable. En las primeras filas se libraban decenas de duelos individuales, mientras los hombres que estaban detrás animaban a sus compañeros y aprovechaban cualquier hueco que se abría para colarse con su montura y entrar en la refriega. Lisanias se enzarzó con un romano muy menudo, que manejaba el escudo con una rapidez endiablada mientras le buscaba la cara con la lanza. Por suerte, la pica de Lisanias era codo y medio más larga, lo que junto con su coraza compensaba el hecho de no llevar escudo. Ambos siguieron batiéndose como si no hubiera nada más en el mundo, y en un momento dado ambos levantaron las puntas de las lanzas para tomar aire.

—*Quintus Caecilius Bassus!* —dijo el romano con una fiera sonrisa. No podía tener mucho más de veinte años.

—¡Lisanias, hijo de Hipomenes! —gritó él.

Ambos bajaron las lanzas a la vez, pero Lisanias consiguió adelantarse esta vez y le seccionó la carótida con el filo de la moharra. El romano puso cara de sorpresa, o tal vez de pena por caer tan pronto en la batalla, y se desplomó del caballo. Lisanias volvió su atención a la derecha, donde dos enemigos estaban acosando al rey, y pilló a uno desprevenido y logró clavarle la lanza en el costado. Al intentar sacarla, la punta se enganchó en las costillas del romano, que se vino al suelo y al caer le partió el asta. Lisanias desenvainó el sable con una maldición.

—¡No te quejes! —le dijo Alejandro—. ¡Dos enemigos son un buen precio por una sola lanza!

Lisanias se pegó más al rey y dejó que otro Compañero con lanza se pusiera delante de él. Gracias al mayor alcance de sus armas y al peso de sus caballos, que les sacaban a los romanos una mano de alzada, los macedonios empujaban poco a poco a los romanos hacia atrás. Cuando parecía que iban a ceder, Lisanias oyó una blasfemia y vio cómo el Compañero al que había cedido el sitio caía al suelo junto con su montura. Un romano ataviado como los demás jinetes había matado a su caballo con la espada, y ahora le dio un tajo en el cuello al macedonio aprovechando que había quedado inmovilizado bajo el peso del animal. Antes de que Lisanias pudiera ensartarle con su lanza, el hombre saltó bajo el cadáver y se apartó.

Había más luchadores a pie como aquél. Mirando más allá, a unos quince codos de distancia, Lisanias pudo ver cómo desmontaban de un salto, aprovechando lo ligero de su impedimenta, y acudían al frente de lucha sorteando con temeridad los caballos propios y los enemigos. Luego se colaban entre las patas de los animales y los desjarretaban o les rajaban la barriga con sus espadas.

—¡Tenemos problemas, Alejandro! —gritó.

—¡Cuidado a tu izquierda, Lisanias! —le avisó alguien.

Un romano se había colado bajo un caballo y ahora, empuñando una pica rota, embestía contra el costado de *Carmis*. Lisanias volvió su propia espada, pero una fracción de segundo le bastó para saber que iba a llegar tarde para salvar a su yegua. Entonces captó un destello con el rabillo del ojo. Una hoja de acero partió la vara del arma enemiga en dos, y luego giró en el aire para clavarse en la boca del romano con un áspero crujido de huesos y dientes rotos.

—¡Gracias, Mirmidón! —dijo Lisanias.

El Rey del Bosque parecía combatir mucho más cómodo a pie, y ahora les estaba dando a los romanos su propio fármaco. Él solo abrió un pasillo entre los enemigos que, montados o no, se apartaban ante los terribles molinetes de su espada, y Alejandro gritó:

—Detrás de él, Compañeros!

Lisanias taloneó a *Carmis,* que saltó como pudo por encima de un caballo muerto y siguió a Mirmidón. Alguien pasó rozándole a pie por la izquierda, y Lisanias se

asustó. Pero al mirar detuvo la espada a mitad del golpe. Quien corría junto a él era Zalmoxo, hijo del jefe Bastareo, y detrás de él venían más agrianos enarbolando sus venablos entre salvajes gritos.

Alejandro se volvió hacia Lisanias. Éste se asustó al ver que el rey tenía la cara ensangrentada, pero era una salpicadura de algún enemigo. Con una sonrisa feroz, el rey le dijo:

—¡Esto es vida, Lisanias! ¡Disfrútala! —y se lanzó de nuevo contra el enemigo, flanqueado por dos fieles agrianos.

Eres Néstor. Observa, obsérvalo todo.

La frase con la que se había despertado en el áditon del oráculo de Delfos sonaba en su cabeza como el estribillo de una canción, con palabras tan claras que a ratos se volvía hacia atrás creyendo que alguien le hablaba detrás de la nuca. Mientras recorría a lomos de su montura el serpenteante camino que subía por la ladera de Encelado, los sonidos de la batalla iban cambiando de calidad, y el orden de las pisadas marcando el paso, los tambores, los cantos, las órdenes y las flautas se iba convirtiendo en un caos del que resultaba difícil extraer sonidos con sentido.

Había dejado a *Pegaso* en Pompeya, pues el noble corcel, más avezado a carreras rápidas y embestidas que a largas jornadas de resistencia, aún se estaba recuperando de la cabalgata desde Roma. Para subir por aquellas cuestas sembradas de matorrales y cascajo, no había nada como una buena mula de cascos fiables. Tras él venían cinco pajes y otros tantos jinetes tracios, montados en caballos pequeños pero acostumbrados a terrenos fragosos. Néstor se acordó de la última vez que había subido a un miradero para contemplar una batalla, y suplicó en silencio a Apolo, dios de Delfos, para que protegiera a Boeto y convenciera a los romanos de que trataran bien al focio gruñón.

En cada revuelta del sendero, conforme Néstor ascendía más, el diseño que había dibujado Alejandro sobre el campo de batalla cobraba más sentido a sus ojos. Por fin, se detuvo en un lugar con menos pendiente, se apeó de la mula y eligió para sentarse una piedra lisa y no demasiado baja, para no tener que doblar mucho las piernas. La vertiente oeste de Encelado, la que se asomaba al campo de batalla, estaba dividida en dos por una profunda torrentera que bajaba desde la cima del monte. Néstor había elegido la parte sur, que quedaba situada a la retaguardia del ejército de Alejandro, por si había que salir huyendo como en la última ocasión.

Uno de los pajes le tendió una bota de vino, pero esta vez a Néstor no le pareció adecuado y sólo bebió de su odre de agua. No se trataba de contemplar un espectáculo coreografiado para él, como si fuera una comedia de Aristófanes o del joven Menandro. «Aquel a quien los dioses aman muere joven.» El verso que había oído recitar a la protagonista de una de sus obras en las Leneas de Atenas le acudió a la mente, pero la voz interior que le ordenaba observar deformó la frase y la convirtió

en: «Aquel a quien los dioses odian vive mil vidas y las olvida todas». Recordó cómo en el mito de Er las almas regresaban a la Tierra tras mil años de castigo o recompensa en otros mundos y, una vez perdida la memoria en el río del Leteo, volvían a la vida. ¿De dónde venía él, del cielo o del infierno? ¿Y por qué había nacido en un cuerpo de cuarenta años, vacío de recuerdos personales y lleno de conocimientos y reminiscencias cuyo origen no sabía identificar?

—Señor —le dijo el más joven de los pajes, un crío de catorce años—, ¿te pasa algo?

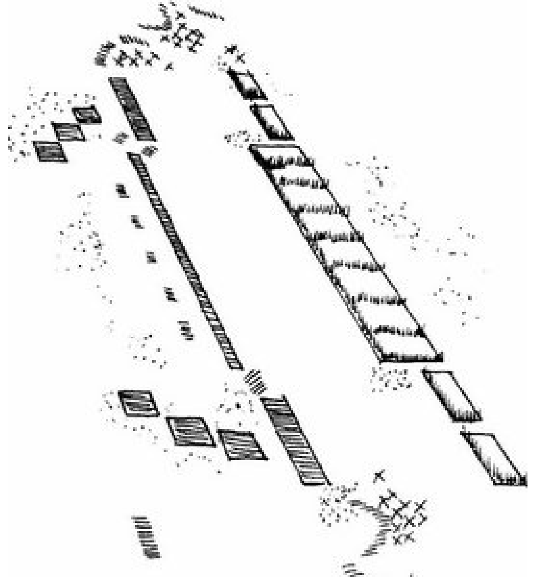
—No, no.

—Deberías ponerte tu sombrero. El sol...

—Tienes razón.

No, no podía tomarse aquel combate como un espectáculo ni como una fiesta. Ya había empezado a morir gente, y aún faltaba lo peor. Si todo iba como en las batallas convencionales, el ejército vencedor podía perder entre tres y cinco hombres de cada cien, y el derrotado entre quince o incluso treinta si se batía en una retirada tumultuosa.

Abrió el zurrón, sacó su cuaderno de piel curtida y lo abrió por una hoja limpia. Después tomó un carboncillo de punta afilada y dibujó lo que veía en la llanura.



Las líneas de infantería, la de Alejandro a la izquierda y la romana a la derecha, estaban tan pulcramente alineadas que pudo dibujarlas con trazos rectos. Pero la caballería ya se había trabado en combate, y hasta allí arriba llegaban los relinchos de terror, los toques de corneta y un confuso fragor que debía ser el ruido de los golpes. Néstor representó en su boceto a los Compañeros como una cuña que se enfrentaba a la línea romana, pero las fuerzas se mezclaron pronto y ya era muy difícil distinguir lo que pasaba. Un poco más abajo, ya en las primeras cuestas de la ladera, los jinetes tesalios luchaban con otros que debían ser los númidas, y que atacaban y se retiraban en oleadas que desde la altura parecían impulsos contráctiles. Por detrás de aquella zona de batalla se veía una unidad de caballería que brillaba al sol como un espejo.

Sin duda eran los catafractos, pero aunque fuesen tan vistosos en torneos y paradas, no parecía que de momento fuesen a entrar en combate.

En el otro extremo del campo de batalla, acercándose a las laderas del Vesubio, se advertía más movimiento y confusión de tropas. Néstor, que conocía la disposición al menos del ejército macedonio, las representó como caballería, aunque a tanta distancia no podía distinguirse. Mientras, en el centro del ejército romano las legiones avanzaban contra los macedonios, que aguardaban estáticos. Néstor sabía lo difícil que era para la infantería de línea aguardar a pie firme, pues los soldados, al ver acercarse a un enemigo, tenían la tendencia a actuar, y o bien atacaban o bien huían. Era necesario tener nervios de acero para no moverse del sitio.

Para colmo, Alejandro había dispuesto en el centro una línea muy fina. Vista desde arriba, era una larga línea que podía tener entre tres y cuatro estadios de longitud, y cuyo fondo no podía ser de más de seis hombres, o acaso menos. El factor que a menudo impedía a los soldados huir era saber que detrás de ellos había muchos soldados, quince, treinta, tal vez incluso más, que no sólo les echarían en cara su cobardía si intentaban darse la vuelta, sino que se lo impedirían con el obstáculo de sus propios cuerpos. Así debían haber pensado los romanos, pues las unidades de su centro avanzaban con más profundidad que frente. Aunque era difícil captar las líneas de separación entre las unidades, allí estaban si se sabían buscar. Ocho legiones se dirigían hacia la débil línea griega, mientras las otras cuatro quedaban algo más rezagadas a ambos lados. Néstor ignoraba si era a propósito, si Papirio pretendía atacar formando una cuña, o si la razón era que esas legiones, al tener un frente más amplio, se veían obligadas a detenerse cada pocos pasos para recomponer sus líneas.

¿Pero, qué eran esas macizas unidades de tropas desplegadas en una formación escalonada por detrás del frente griego? Néstor sospechó de qué se trataba, y se asombró de la audacia de Alejandro al mantener en reserva su fuerza más poderosa cuando los romanos le superaban ampliamente en número. Pronto se sabría si era una locura.

Cuando llegara el momento desmontaría del caballo para combatir junto a sus hombres y dar ejemplo, pero por el momento Gneo Cornelio Escipión Barbato, pretor de Roma y general de la Tercera Legión, prefería seguir a lomos de su corcel y gozar de la perspectiva que le otorgaba tener la cabeza dos pies por encima de los demás. Marchaba en el espacio de separación entre el primer manípulo y el siguiente, junto al águila de oro. Sus hombres avanzaban a buen paso y sin torcer las líneas, como en un desfile, algo que les daba mucha moral. Casi todos los soldados habían servido ya en varias campañas, pero aquel año no les correspondía y Escipión había tenido que ponerlos en forma a toda prisa. Las marchas forzadas desde Roma habían venido bien para rebajar las libras de algunas cinturas, y aquella formación tan estrecha que había

decidido Papirio ayudaba a mantener las centurias compactas y ordenadas.

Aún así, a Escipión le preocupaba ver las filas tan apretadas, con tan poco hueco para maniobrar. Iban a pelear al modo antiguo, como una falange, igual que hacían sus abuelos en la época de las guerras contra los celtas. La falange era un rodillo, y una vez que se echaba a rodar ya sólo se podía mantener en movimiento hacia delante.

Los rorarios rezagados se estaban retirando ya por los pasillos que quedaban entre las legiones, o incluso entre las filas de los astados, empujando con los hombros para hacerse sitio. Algunos, los de pies más ligeros, recorrían el campo de batalla a lo ancho para salir por los lados.

Frente a los romanos se extendía una vasta línea de sarisas, un bosque de madera y puntas de acero que estaba esperando para clavarse en las entrañas de los hombres de Escipión. La brisa, o el temor de los macedonios, hacían que las puntas vibraran como espigas agitadas por el viento.

—¡Mirad cómo tiemblan las sarisas! —gritó su centurión primipilo, Casio—. ¡Os tienen miedo!

La distancia ya era la apropiada. Pero cuando Escipión estaba a punto de dar la señal para que los astados de las primeras filas cargaran a paso ligero y arrojaran los pila, observó que las filas posteriores de aquel bosque caían de repente, como si un hacha gigante las hubiera abatido de golpe. De pronto las picas se habían reducido a la mitad.

—Les ha entrado el canguelo —dijo Casio en su latín de la Subura.

Así que el glorioso ejército de Alejandro había empezado a desplomarse por la retaguardia incluso antes de cruzar los aceros. Escipión se volvió hacia su cornicen y le dijo:

—Da la orden.

Para orgullo de Escipión, la corneta de la Tercera fue la primera que sonó, pero las de las demás legiones no tardaron en hacerle eco. Desde la relativa atalaya que le brindaba su caballo, Escipión vio cómo sus astados se lanzaban al ataque entre gritos de guerra, seguidos por los de la legión auxiliar que tenía a la izquierda, y después por los de todo el frente, hasta donde le alcanzaba la vista, como una incontenible y arrasadora marea humana.

Los venablos ya volaban hacia las filas enemigas, entre las que Escipión ya distinguía rostros individuales. Entonces sucedió algo muy extraño. En lugar de abatir las largas sarisas para volverlas contra sus atacantes, los griegos las dejaron caer al suelo, y en su lugar empuñaron otras lanzas más cortas, mientras en la primera fila aparecían como de la nada unos enormes escudos de color pardo.

—¿Qué está pasando? —le preguntó Furio, uno de sus tribunos.

—No lo sé —dijo Escipión—. Esto no era lo previsto.

—¿Qué más da picas que lanzas? —dijo el primipilo—. Ahí no puede haber más de cuatro o cinco hombres de fondo.

—En eso tienes razón, tribuno. ¡Ánimo, milites! —gritó, con una voz acostumbrada a hacerse oír en la tribuna de la rostra—. ¡Pasadles por encima y echadlos al mar!

Los romanos estaban tan cerca que ya se veían los emblemas de sus escudos ovales y hasta los colores de las largas plumas que ondeaban sobre sus yelmos. Demetrio escuchó a sus espaldas los golpes agudos y vibrantes de astas de pino que chocaban entre sí, gritos de terror y retumbar de pies que corrían en estampida. Echó una rápida mirada hacia atrás y vio que los civiles que habían hecho de infantería de relleno huían a toda velocidad por la llanura.

–¡Sarisas al suelo! —gritó Leónato, y la orden se repitió por la falange. Gorgo tiró la suya, y los demás hicieron lo mismo echándolas por el hueco para que resbalaran por el suelo y quedaran por delante, como un obstáculo más para los pies de los romanos.

En ese momento se oyó una señal de corneta que no era griega y que a Demetrio no le gustó nada. Por encima de los hombros de su hermano vio cómo los romanos trotaban hacia ellos, parapetados tras sus escudos, y los de la primera fila aceleraban aún más mientras echaban el brazo izquierdo hacia atrás como lanzadores de jabalina.

—¡Escudos! —rugió la voz de Esténtor, que debía estar en la zona de los hipaspistas, y Leónato le hizo eco. Los peltastas pasaron a toda prisa entre las filas, se pusieron al frente y giraron los enormes escudos forrados de mantas de lana para ponerlos de cara al enemigo.

Al ver que aquella barrera protegía la zona inferior, Demetrio subió su broquel para cubrirse la cabeza. Los proyectiles silbaron en el aire, y pronto empezaron a repiquetear sobre los escudos. Entre los Agriopaides sólo se oían gruñidos y voces de «Cuidado», «Estad atentos», «No os mováis», y él mismo sin quererlo advirtió a los demás:

—¡Aguantad!

Mientras apoyaba el escudo sobre el yelmo y agachaba la cabeza, se dio cuenta de que era importante sentirse acompañado y por eso se daban unos a otros esas instrucciones inútiles. Miró a la derecha un instante y vio que Cíclope le guiñaba el ojo bueno.

Algo golpeó de refilón en su escudo y pasó de largo hacia atrás. Una voz maldijo en alto, aunque no parecía un grito de dolor. Demetrio se arriesgó a asomarse por debajo del brazo de Euctemón, y vio las piernas del peltasta que hacía fuerza para sujetar el escudo, y también oyó sus gruñidos y los gritos de ánimo de Gorgo. Una punta asomó por el interior del escudo e hirió la espinilla del peltasta, pero el de Crotona, aunque soltó una blasfemia, aguantó en el sitio.

La lluvia de jabalinas no parecía acabar. Un proyectil cayó junto a Demetrio y se quedó clavado a medio palmo de su pie. La larga vara de hierro tenía un aspecto siniestro. A su derecha y a su izquierda se oían quejidos y maldiciones, y también gritos de agonía que acababan en estertores ahogados.

—¡Peltastas atrás! —gritó Leónato.

La orden se repitió por las filas, y los propios hoplitas le hicieron eco por si alguien no lo había oído. El soldado de Crotona tiró el escudo, que quedó inclinado en ángulo, seguramente sostenido por los proyectiles que lo acribillaban. Después se deslizó a toda prisa entre las hileras y huyó a la retaguardia. El peltasta que intentó retirarse por el otro lado de Demetrio tuvo menos suerte. Justo cuando pasaba junto a él, un venablo se le clavó en la nuca y le asomó por la boca. Demetrio oyó el seco chasquido de los huesos al romperse y algo caliente le salpicó la mejilla. Era el primer muerto de verdad que veía en la batalla.

El peltasta cayó sobre la pierna de Cérdidas, que lo pateó para hacerlo rodar contra Demetrio. Éste, a su vez, empujó el cadáver con la pantorrilla para colocarlo en el medio.

Ahora que las enormes pantallas de la primera fila habían desaparecido, Demetrio vio que los romanos estaban encima de ellos. Ya corrían con más cautela que antes, pero no dejaban de avanzar, y por el borde de sus escudos asomaban las puntas de sus espadas.

El tambor dio la señal que habían aprendido: *Ratatatá*, *DUMM-DUMM*. Sin pensar, todos dieron un paso atrás con la derecha y otro con la izquierda. El romano que iba a por Gorgo se quedó desconcertado, y además al pisar el escudo abandonado por el peltasta le falló el apoyo y dio un traspiés. Gorgo aprovechó para pincharle con su lanza en la clavícula. Aquello ocurría ya tan cerca de Demetrio que vio cómo saltaba la sangre de la herida.

Al ver que el legionario caía al suelo de bruces, Euctemón se agachó por debajo del escudo de Gorgo y proyectó su lanza para clavarla por el hueco entre la nuca y la coraza. Demetrio lo veía todo con una fría lucidez, como algo ajeno y cercano a la vez, igual que le había ocurrido años atrás cuando presenció una pelea en una taberna del Pireo. Sólo que aquí las armas tenían más filo y más hierro, y el soldado romano ya no se levantó.

—¡Muy bien, Euctemón! —gritó Gorgo.

Demetrio sintió que se le encendía la sangre, pero tan sólo podía animar a Gorgo y a su hermano, pues aunque intentaba colar la lanza por los huecos, lo más que consiguió fue rozar el escudo del siguiente legionario que se enfrentó con la jefa del pelotón. Filo, como buen cierre de fila, jaleaba a los demás:

—¡Vais bien, vais bien! ¡Venga, un poco más, que estáis aguantando! ¡Ya tienen la lengua fuera!

Demetrio no veía gran cosa. Lo que más obstaculizaba la visión eran los escudos, pero no se podía prescindir de ellos. De pronto algo volteó el suyo, y Demetrio soltó una maldición. Una punta de hierro de casi un palmo había atravesado la madera y de paso se había llevado un trozo de carne de su antebrazo. ¿Qué hacían disparando jabalinas esos locos cuando sus compañeros estaban batiéndose en la primera fila? Demetrio sujetó la lanza con la mano del escudo, agarró el venablo con la derecha por el exterior y tiró de él. Pero la punta se quedó enganchada.

—¡Estamos aguantando! ¡Ánimo! —seguía Filo.

El tambor les ordenó retroceder de nuevo. Lo hicieron sin dejar de tirar lanzazos, pero esta vez los enemigos no les siguieron. Aprovechando la pausa, el tambor sonó varias veces seguidas y así pudieron poner unos cuantos pasos entre ellos y los romanos, que apoyaron los escudos en el suelo. Demetrio podía imaginárselos detrás de ellos, doblando el lomo y jadeando para recuperar el resuello. Había unos cuantos cuerpos tendidos en la tierra de nadie que habían dejado en medio; dos eran de los suyos, al menos en la zona que alcanzaba a ver él.

—Pasa atrás y quítate eso —le dijo Filo, tirándole del tahalí para sacarlo de la formación.

Retroceder un par de pasos era como pasar de la noche al día. Allí se abría un panorama más amplio, e incluso a su derecha podía ver la majestuosa mole del Vesubio. Había más gente que, como él, había salido de las filas para arrancarse venablos de los escudos o, peor aún, del cuerpo. Demetrio vio cómo un soldado llamado Timarco tiraba de la jabalina romana y al hacerlo se sacaba un intestino. Timarco se quedó mirando unos instantes con cara de incredulidad y cayó de bruces.

Horrorizado de su propia insensibilidad, Demetrio se olvidó de aquel compañero, puso el escudo boca abajo en el suelo, le plantó el pie encima y tironeó del venablo hasta arrancarlo, lo que le costó abrir un boquete por el que casi cabía un puño. Entonces se le ocurrió algo. Corrió hacia Timarco, le sacó el escudo de debajo del cuerpo y dejó el suyo a cambio.

—¡Tú, ladrón! —gritó alguien.

—Déjalo, ya no le hace falta —dijo otro.

El tambor llamó a retroceder de nuevo. Demetrio corrió de vuelta a su puesto trazando una curva para no ser arrollado. Durante ese breve instante disfrutó de algo más de visión. Por detrás de la falange y hacia el monte había pequeños destacamentos de caballería yendo de un lado a otro, en un movimiento aparentemente caótico, como hormigas afanosas. Tropas ligeras que iban y venían, a veces arrastrando heridos. También vio compañías de arqueros cretenses esperando a unos cincuenta pasos por detrás de ellos. ¿Por qué no disparaban y frenaban a los romanos? La respuesta se la dio él mismo cuando Filo le agarró del borde del escudo y tiró de él para devolverlo a su puesto.

No disparaban porque no querían frenarlos, sino atraerlos. Por eso los Agriopaides retrocedían, y por eso a ambos lados del campo Demetrio había visto algo que no debía estar allí. Las filas intactas de los batallones de sarisas aguardaban, mirando hacia el centro.

Los jinetes romanos se habían batido como leones, pero llegó un momento en que no pudieron aguantar el empuje de los Compañeros y volvieron grupas. Perdicas, que había despertado de su marasmo durante la batalla, olió sangre y les dijo a su corneta y a su portaestandarte que dieran la orden de cargar de nuevo. Su escuadrón le siguió, y los que estaban más cerca siguieron su ejemplo. En aquel caos ya era imposible manejar a los dos mil Compañeros como una sola unidad, y entre el polvo y los jinetes enemigos Perdicas ya ni siquiera sabía dónde estaba Alejandro.

Los romanos, más ligeros de equipo, les ganaron distancia, pero enseguida tropezaron con sus propias filas, y los hombres de Perdicas los alancearon por la espalda como si cazaran conejos en una pradera. Podrían haberse vuelto contra ellos y luchar, ya que no podían seguir cabalgando hacia el norte, pero Fobos, ese dios irracional y voluble, se había apoderado de ellos, y ya fueron incapaces de luchar como unidad. Los macedonios siguieron matando, y los cascos de sus caballos pisotearon a los caídos sin piedad.

Al cabo de un rato el tapón que retenía a los jinetes enemigos se debió despejar, y los enemigos huyeron de nuevo. El caballo de Perdicas estaba agotado, y los del resto del escuadrón también, así que el general ordenó hacer un alto y esperó a que se asentara el polvo para ver dónde estaban.

De alguna manera, se habían quedado mirando hacia el Vesubio, y por allí se retiraban los jinetes romanos en grupos, como bandadas de pájaros asustados. Mucho más allá, a unos diez estadios, la caballería bárbara de Alejandro estaba persiguiendo a los jinetes enemigos del otro flanco.

—Parece que casi hemos liquidado a su caballería —dijo Gavanes, jadeando y escupiendo un par de dientes. Algo contundente le había golpeado en la boca y tenía el labio hinchado y lleno de sangre, lo que hacía parecer su sonrisa la de una Gorgona.

—Puede ser, pero no hay que confiarse. Tú —le dijo Perdicas a un joven correo —, acércate a esos tres escuadrones de allá y diles que persigan a los romanos.

—¿Hasta dónde, señor?

—¡Hasta el infierno!

Mientras el correo partía hacia un lado para dar la orden, Perdicas miró hacia el sur. Allí estaba la retaguardia de las legiones que los enemigos habían apostado en su flanco izquierdo, el derecho de los macedonios. En esa zona los romanos estaban enzarzados en una lucha contra la falange de los mercenarios de Meleagro. El

borrachín y sus hombres lo estaban haciendo bien, aguantando el terreno. Más allá, la línea posterior de las legiones que el dictador había desplegado en profundidad se veía más adelantada; o bien el centro de Alejandro se había hundido, o estaba retrocediendo.

Mientras Perdicas sopesaba dónde era mejor acudir, Alejandro llegó hacia él con un destacamento de veinte o treinta jinetes. El resto de su Ágema venía detrás.

—Es el momento de atacar sus filas —le dijo Alejandro con mirada exultante. Todas las dudas y la debilidad habían desaparecido, y volvía a ser el dios de la guerra del Gránico y Gaugamela. *Amauro* tenía los ollares llenos de una espuma rosada, mezcla de sudor y sangre, pero cuando se paraba piafaba en el suelo, deseoso de entrar en acción de nuevo.

Es inútil, se dijo Perdicas. *Amo a este hombre*.

Alejandro despachó correos a todas partes, incluyendo al flanco izquierdo, con la orden de que la caballería de los aliados griegos y los masagetas con sus flechas envenenadas concentraran sus ataques en la retaguardia romana. Después de distribuir los escuadrones de los Compañeros y enviar un paje con instrucciones para los tesalios, si es que era capaz de encontrarlos, se acercó de nuevo a Perdicas y le señaló a la legión que ocupaba el extremo de la formación.

—Mira allí, bajo el águila. Ese oficial montado a caballo, con la capa roja. Un prisionero me acaba de decir que es el dictador. ¿Puede ser?

Perdicas entrecerró los ojos.

—Yo diría que sí, puede ser él. Es un hombre muy grande.

—¡Pues vamos a por él, amigo! Entraremos a buscar al dictador como gusanos en una manzana, a ver quién llega primero.

Rotas las lanzas de la primera fila, los Agriopaides luchaban a espada contra los romanos. Seguían retrocediendo, sin perder la disciplina, aunque cada vez caían más y Demetrio dudaba de que hubiera una sola línea en el batallón que conservara a los cuatro hombres. Ahora comprendía en qué clase de unidad lo había destinado Alejandro, pues estaba convencido de que, aunque quedara una sola fila, los Agriopaides seguirían aguantando sin volver la espalda al enemigo.

La ventaja era que los romanos, por muchos que fueran, tenían que luchar de uno en uno en la vanguardia, y los demás apenas podían hacer algo más que jalearlos. La desventaja era que al ser tantos siempre había alguien para relevar a los caídos o a los que estaban tan exhaustos que se retiraban entre las líneas para tomar aliento.

En cambio, casi todos los Agriopaides estaban empeñados ya en la lucha. La fila de Cérdidas había caído entera, incluyendo al tarentino, al que una espada romana le había vaciado las tripas. Euctemón había pasado al primer puesto allí y Demetrio se había colocado detrás de él, mientras que Filo se pegaba a la espalda de Gorgo.

Ahora, en aquel cuerpo a cuerpo a tajos y estocadas, ya no importaba tanto cubrir al compañero con el escudo, de modo que Euctemón se había cambiado el broquel al brazo derecho y usaba la zurda para practicar su esgrima geométrica con los enemigos. Demetrio le llevaba la cuenta, y ya había matado a dos romanos. Él, por su parte, intentaba colar la lanza por los huecos que le quedaban, pero su hermano tenía el escudo bloqueando aquella parte y le era imposible.

Ratatatá DUMM-DUMM. Los toques de tambor que les ordenaban retroceder sonaban más seguidos cada vez. A la derecha de Demetrio, Cíclope tuvo que pasar al primer puesto y enfrentarse con el romano que acababa de clavar la espada en la ingle de un macedonio. A ambos lados se veían muchas más filas de dos que de tres. Demetrio pensó que los Agriopaides eran un gran taco de madera, y los romanos la escofina que los estaba lijando.

En el siguiente redoble volvió a mirar hacia atrás. Ya estaban casi encima de los arqueros. Por fin, éstos recibieron la orden. Los cretenses empulgaron sus arcos, los apuntaron hacia arriba y aguardaron un instante.

—¡Soltad! —gritó una voz áspera.

Cientos de flechas volaron en una alta parábola sobre las cabezas de los Agriopaides. Demetrio se imaginó cómo caían al otro lado, pero si hubo gritos de dolor, no los distinguió de los demás. En ese momento se oyó la grave nota de una trompa, respondida enseguida por otras, como los bramidos de enormes bestias en celo. Miles de gargantas frescas gritaron a la vez:

—Aléxandros! Nike! Aléxandros! Nike! Aléxandros!

Las voces de los batallones de piqueros recorrieron el campo de batalla como latigazos restallando en el aire. A Demetrio se le enardeció la sangre, y cuando oyó el tercer *Aléxandros!* se imaginó a la quinta fila de hoplitas abatiendo las sarisas para cargar contra los romanos, y de sus pulmones brotó el mismo grito que resonó en las bocas de todo el ejército macedonio, empuñaran una sarisa o no.

—NIKEEEE!

Cuando los soldados que formaban la retaguardia de la Segunda Legión vieron que los jinetes macedonios cargaban contra ellos, comprendieron que se había llegado a la situación que todo soldado romano temía: *Res ad triarios uenit*. La lucha había llegado hasta los triarios, pero no porque las filas de los astados y los príncipes hubieran cedido, sino porque de entre las nubes de polvo había aparecido la caballería de Alejandro y no la suya, como esperaban. Pero eran soldados veteranos, que se habían enfrentado en innumerables campañas contra los latinos y los feroces samnitas, y siguiendo las órdenes de sus centuriones se volvieron y cerraron filas.

Los macedonios cargaron una y otra vez, pero los triarios, que estaban armados con largas lanzas en lugar del *pilum*, clavaban la contera en el suelo, apoyaban el pie

derecho encima y proyectaban las aguzadas puntas hacia los hocicos de los caballos. Los animales se frenaban antes de llegar, temerosos de aquella barrera. Sus jinetes los retenían allí y, montados, trataban de luchar contra los legionarios. Muchos de ellos habían perdido ya sus lanzas y tenían que acercarse para alcanzar a sus enemigos con las espadas, y con ello sólo conseguían que los romanos desjarretaran a sus caballos. Y los que aún conservaban las picas comprobaban que era muy difícil burlar la protección de los grandes escudos ovalados.

Tras la cuarta intentona, Alejandro se acercó a Perdicas. Los ojos de *Amauro* parecían a punto de salirse de sus órbitas. Muchos jinetes ya no embestían porque sus caballos no podían dar un paso más, y varias bestias se habían desplomado muertas en el acto.

—Quiero a ese hombre, y lo quiero ya —dijo Alejandro con rabia, señalando al dictador—. No dejes de cargar con tus hombres.

—Ellos no se cansan —dijo Perdicas, señalando hacia los romanos, que ahora enarbolaban las lanzas sobre sus cabezas y se burlaban de ellos—. Por más que insistamos no vas a conseguir nada. Es como tirarse contra un muro.

—¡Pues busquemos un ariete!

Entonces Perdicas comprendió lo que tenía que hacer. «Harás algo que celebrarán las crónicas y los poetas.»

—Está bien, Alejandro —jadeó—. Vamos a cargar una vez más. ¡Gavanes!

Su sobrino, que se había abrazado al cuello de su caballo, despertó de repente y trotó hacia él.

—¡Sí, tío!

—Toma mi lanza. Yo usaré la espada. Ahora me vendrá mejor. Después se volvió hacia el rey.

–No tengo derecho a ello, Alejandro, pero te pido un favor. Déjame que cargue con tus hombres...

—Está bien.

—... el primero.

Alejandro ladeó la cabeza y entrecerró los ojos. Perdicas pensó que no era tan difícil comprender lo que pretendía hacer, pero el rey debía estar muy cansado, porque meneó la cabeza.

—De acuerdo. Si tu presentimiento es bueno, te seguiré una vez más, viejo amigo.

Perdicas se puso delante de Alejandro y apretó las rodillas sobre los flancos de su yegua. Enseguida oyó el relincho de *Amauro* detrás de él, y los cascos de decenas de corceles más siguiéndolo. El retumbar en el suelo creció, y sin mirar comprendió que se habían unido a la carga jinetes de varios escuadrones, todos aquellos que eran capaces de exigirles un último esfuerzo a sus caballos.

Cuando estaban a unos cuarenta codos de los triarios, éstos dejaron de reírse, fijaron las lanzas en el suelo y volvieron a guarecerse tras los escudos. Perdicas azuzó a la yegua golpeándole con los talones en los ijares, levantó la espada en el aire y gritó:

—¡Por Alejandro!

En ese último momento, sonrió satisfecho, una de las pocas veces que lo había hecho en su vida. Había encontrado la forma de evitar la vergüenza, y esta vez ni Crátero, ni siquiera Alejandro, estaban delante de él.

—Perdóname, *Aicmé*.

Perdicas sabía a qué distancia exacta iba a rehusar su yegua. En ese preciso momento, volvió el brazo hacia atrás, le hincó la punta de la espada en un anca, hurgó un instante y la volvió a sacar. Con un salvaje relincho, ciega de dolor, *Aicmé* se abalanzó contra los escudos. Una lanza rasgó la piel de su flanco derecho, se clavó en la rodilla de Perdicas y se partió en dos. El dolor fue lacerante, mucho peor que el de la flecha de Gaugamela, pero Perdicas ni se molestó en mirar hacia abajo para ver qué quedaba de su pierna. Dos escudos cayeron bajo la masa de *Aicmé*, y Perdicas abatió la espada con toda la fuerza de su brazo, rajó el yelmo de cuero de un romano y le partió la cabeza en dos. Después, mientras su yegua pateaba entre cuerpos de romanos como si nadara en las impetuosas aguas de un torrente de Orestis, Perdicas siguió golpeando hasta que la espada se le quebró, y después lo hizo con la hoja rota y con el puño, mientras las puntas de las lanzas se hundían en sus piernas y en sus brazos. Algo le pinchó bajo la barbilla, y al notar el sabor del hierro en su lengua comprendió que le habían atravesado la boca. Con un último esfuerzo, giró la cabeza, aunque eso hizo que la punta de la lanza se hundiera en su paladar. Pero su última visión lo envió feliz al Hades. Tras él, abriéndose paso en la estela de caos que había dejado a su paso, venían Alejandro y *Amauro*, y le seguía la cuña ya imparable de la caballería de Compañeros.

Lisanias se lanzó detrás de Alejandro, vareando a su derecha con la lanza que había recogido del suelo, buscando más proteger al rey que herir a los romanos. Los caballos avanzaban despacio entre aquella masa de hombres, como si nadaran contracorriente, pero una vez que habían roto las filas ya era casi imposible detenerlos. Por los huecos que se abrían se precipitaron los agrianos, y en las filas de la retaguardia de la legión, que hasta ahora habían estado ordenadas, se desató el caos.

En el centro había un hueco de poco más de cuatro pasos, y allí estaba el que debía ser el dictador, a lomos de un caballo moteado. Mientras los soldados de las primeras filas seguían enzarzados en su lucha contra los mercenarios de Meleagro, el dictador se volvió hacia Alejandro y señalándole con su espada dio una orden que no

llegaron a oír.

—¡Un venablo! —gritó Alejandro, tendiendo la mano a un lado.

Un agriano le dio uno de sus proyectiles, y el rey echó atrás el brazo derecho para disparar. Pero cuando estaba tomando puntería, Mirmidón se le adelantó. Su lanza silbó y giró por los aires, y se clavó en la garganta del dictador. Éste agarró la vara con ambas manos y aún tuvo fuerzas para arrancarse el dardo, pero después cayó pesadamente al suelo, y entre los Compañeros se oyó un grito de júbilo.

—Una vez hice azotar a un paje por quitarme la presa que era mía —dijo Alejandro, volviéndose hacia Mirmidón.

Pero el Rey del Bosque sonrió y volvió a desenvainar su espada.

—Te sirvo, pero aún no soy tu paje, Alejandro.

Según la ampolleta de la clepsidra, Néstor llevaba una hora y media allí arriba. Poco tiempo y a la vez una eternidad.

Mientras subía por la ladera había sospechado cuál era el plan de Alejandro, pero ahora lo comprendía por fin. Una audacia sin límites. En otras batallas en que había estado en inferioridad numérica, como Iso o Gaugamela, se había arriesgado a perder en ciertas zonas del campo de batalla a cambio de asestar un golpe profundo y decisivo. Pero aquí, con veinte o veinticinco mil hombres menos que Papirio, se había atrevido a intentar una maniobra envolvente, y le había salido bien.

En su avance, las ocho legiones del centro se habían metido solas en la trampa. A ambos lados, los batallones de sarisas aguardaban, ocultos tras las otras líneas del ejército de Alejandro; y cuando el enorme bocado había entrado entre sus mandíbulas, las habían cerrado.

Ahora los legionarios no tenían escapatoria. Por los lados este y oeste, las falanges estaban frescas, recién entradas en combate, y la táctica que en el monte Circeo había servido contra las sarisas era inútil allí, con tropas tan apiñadas que apenas podían maniobrar.

Por el sur, la dirección del avance romano, la delgada línea de defensa planteada por Alejandro había conseguido contener a los legionarios. Aquél era el punto más débil del plan, pues si esa línea hubiese caído habría dejado en una situación comprometida a las falanges de los flancos. Pero no había cedido, y ahora los catafractos acudían en su ayuda formando un cordón de hierro.

Y por el norte, en la retaguardia, los romanos se veían acosados por la caballería macedonia y la de sus aliados, que tras derrotar a los jinetes enemigos había vuelto sus esfuerzos contra la infantería. Las legiones de los flancos, encerradas también entre las falanges griegas y más fuerzas de caballería, no estaban corriendo mucha mejor suerte.

A Néstor se le antojó que el ejército romano era ahora como un enorme trozo de

pan rodeado por hormigas que lo estaban devorando desde los bordes y guardándose el centro para el final. Debía haber allí cerca de cincuenta mil hombres encerrados, sin escapatoria, y la mayoría de ellos ni siquiera podrían usar sus armas para defenderse porque alrededor no tenían más que compañeros.

«He hecho cosas terribles. Y volveré a hacerlas.»

Los gritos que llegaban ahora del campo de batalla eran distintos. Más agudos, más desesperados, como si alguien hubiera abierto las bocas del Tártaro y dejara oír los lamentos de los Titanes encerrados por toda la eternidad. Los hombres que gritaban ya no eran soldados luchando. Podrían haber sido náufragos ahogándose en una tormenta, leñadores atrapados en el incendio de un bosque, víctimas que habían perdido ya toda opción de salvarse de su destino y sólo compartían entre sí el pánico.

Observa, obsérvalo todo.

Pero no, Néstor no podía quedarse allí sentado, observando sin más cómo Alejandro ordenaba el exterminio de decenas de miles de romanos. Todo aquello no habría sucedido si él no hubiese seguido el impulso de viajar a Babilonia, si no hubiese curado a aquel rey loco. Tenía que parar la matanza.

Sin decir nada a su escolta, Néstor montó a lomos de la mula y la arreó para que bajara la ladera. Los gritos de terror y agonía eran cada vez más penetrantes, y ya apenas se oían toques de corneta ni cascos de caballos. Sólo los chillidos de los que morían.

Escipión había tardado en comprender lo que pasaba. Las falsas sarisas le habían preocupado un poco, pero confiaba en que sus hombres consiguieran quebrar la resistencia de las líneas griegas y no le dio importancia a aquel engaño. Luego, cuando los enemigos tiraron aquellos enormes escudos acolchados que habían utilizado para resistir lo peor de las primeras andanadas de pilos, descubrió que los hombres que se ocultaban detrás llevaban lambdas pintadas en sus escudos rojos. Eran espartanos, y lucharon como tales. Escipión les había enviado oleada tras oleada, primero de astados y luego de príncipes. Pero ellos habían resistido, y aunque cedían terreno poco a poco, en ningún momento habían descompuesto sus líneas.

Entonces había oído las graves notas de las trompas, y luego el nombre de Alejandro coreado al unísono por miles de voces. Al mirar hacia la izquierda había visto alzarse allí un bosque de sarisas, crecido de la nada, que al momento habían bajado para abatirse sobre ellos. Y fue entonces cuando se dio cuenta de que habían caído en una trampa.

Al comprender que la situación era desesperada, Escipión desmontó y mató a su caballo con su propia espada, para demostrar a los soldados que su general compartiría la muerte o la salvación con ellos, y los tribunos siguieron su ejemplo. Pero aunque su gesto acicateó la moral de los legionarios, enseguida supo que era

inútil. La Tercera Legión, presionada por delante, por el flanco izquierdo y por la retaguardia, y obstaculizada además por los aliados que tenía a la derecha, no podía hacer nada, sólo esperar y rezar por que los enemigos se cansaran de matar.

Los macedonios estaban a pocos pasos de él, pero eran tan inalcanzables como las estrellas del cielo. La presión aumentaba por todos lados, y ya no existían huecos entre manípulos ni centurias, ni siquiera entre los soldados. Escipión recibía empujones por todas partes, y en uno de ellos la espada se le cayó. Ni siquiera podía agacharse para recogerla. Estaba rodeado de corazas, petos y escudos cuyas blocas se le clavaban en los brazos y en las costillas. Los hombres intentaban darse ánimos para empujar contra los macedonios, pero las voces de aliento pronto se convirtieron en blasfemias, y luego en gruñidos cuando cada uno luchaba tan sólo por tener sitio para respirar.

Entre las picas y Escipión apenas había ya quince pies, y podía ver cómo los macedonios las usaban para machacar a sus hombres. Las puntas avanzaban y retrocedían, pinchando, cortando, empujando. Allí estaba Casio, el primipilo, caído de espaldas sobre una pila de cadáveres, con los brazos en cruz. Había dos macedonios que se habían ensañado con él, y como no terminaba de caer al suelo por los cuerpos que tenía debajo, le siguieron clavando las puntas de sus sarisas hasta que a los huesos de su cara no les quedó carne que arrancar. Los muertos no tenían sitio apenas donde desplomarse, y Escipión sintió el frío pánico de un fin que se acercaba y ante el que no podía hacer nada. Porque los macedonios, llevados por el ansia de matar, estaban trepando sobre los cadáveres, y aunque resbalaban en las corazas y los escudos pringados de sangre y vísceras, desde allí arriba seguían pinchando con sus sarisas como pescadores arponeando atunes en una almadraba.

Cada vez le costaba más respirar. Intentaba no expulsar el aire de su pecho, porque luego era casi imposible volver a llenarlo. Uno de los que le estaba aplastando era el tribuno Furio. Escipión le dijo que intentara apartarse un poco, pero Furio no le contestó. Estaba muerto.

Se le empezaba a ir la cabeza. Por momentos lo veía todo negro, y luego de pronto aparecían unas estrellas doradas flotando ante sus ojos. Y luego las estrellas se fundieron en una blanca muy grande que pasó sobre su cabeza.

Sonó un trueno lejano. Qué molesto, pensó. En cambio, qué paz era cerrar los ojos y hundirse en las aguas del olvido. Su penúltimo pensamiento fue para Julia. El último fue para una joven vestal muerta veinte años atrás.

—¡Ya no se retrocede, Agriopaides! —gritó Gorgo.

Leónato estaba muerto, o debía estarlo, porque hacía rato que no se oía su voz. Debía haber sido uno de los últimos Agriopaides en caer. Ahora que habían cerrado la tenaza sobre los romanos, como la distancia era menor, podían cerrar de nuevo las

filas y empujar. Por encima de sus cabezas seguían silbando las flechas, que caían en la masa de enemigos como un pedrisco de hierro, y más a la izquierda los catafractos se dedicaban a aplastar y segar romanos como si fueran mala hierba.

Ahora había desaparecido el miedo. Sólo quedaba la euforia del combate y la rabia contra los enemigos que habían estado hostigándolos y matando a sus compañeros. Los macedonios y los griegos mataban a placer, mientras los romanos perecían en el centro de su propia aglomeración, pisoteados, asfixiados, heridos por sus propias armas.

Euctemón estaba en primera fila, con Gorgo al lado, y desde atrás Demetrio les veía subir y bajar la espada como leñadores cortando ramas o matarifes destazando reses. Gorgo retrocedió blasfemando, con la hoja de hierro partida en dos, y Demetrio aprovechó para ocupar su puesto y ponerse a la izquierda de su hermano.

Era la primera vez en toda la batalla que se veía cara a cara con un enemigo. Aquel romano tenía el escudo roto; quién sabía cómo, pero se había quedado tan sólo con la mitad superior, y el codo le sobresalía por debajo de la bloca. El legionario gritó de ira y miedo y lanzó un tajo a la cabeza de Demetrio. Éste logró pararlo, aunque la fuerza del golpe hizo que de rebote su propio antebrazo le golpeara en la coronilla. Por instinto, tiró una estocada. Su espada se clavó por debajo de la placa pectoral del romano y entró hasta la mitad. Lo más desagradable para Demetrio no fue el vómito de sangre que chorreó por la barbilla del romano, sino la horrible sensación de extraer la espada de su cuerpo, como si sacara un palo de un lodazal endurecido.

Al bajar el brazo del escudo notó que le dolía debajo, entre el costado y la axila. En ese momento Gorgo apareció como de la nada, se puso de puntillas sobre Euctemón y lanzó una estocada que alcanzó a un romano entre los ojos.

—¡Hijo de puta! —gritó con una rabia que sorprendió a Demetrio.

Gorgo, aprovechando que ahora tenía dos muertos romanos como parapeto, tiró del tahalí de Demetrio y se lo llevó atrás.

—Te ha pinchado. Ese cabrón te ha pinchado.

—No, qué va. Yo...

Gorgo le hizo soltar el escudo y le levantó el brazo. Los gritos de la batalla se habían fundido en un chillido agudo, casi femenino, de pánico y muerte; y era un chillido romano, porque a los macedonios sólo se les oía gruñir, jadear y maldecir mientras seguían matando. Pero a Demetrio ahora le zumbaban los oídos y oía esos ruidos como si tuviera la cabeza debajo del agua.

—Demetrio...

Bajó la mirada y vio que tenía la coraza empapada de sangre. Al parecer, mientras levantaba el escudo para defenderse de un romano, el otro le había clavado la espada por el hueco de la axila. Pero no dolía tanto como creía. De haberlo sabido, no habría

pasado tanto miedo durante la batalla.

—Es mi primera herida de guerra —dijo sonriendo.

—Demetrio —repitió Gorgo.

Al ver su gesto de horror, comprendió que algo iba mal. Gorgo se lo llevó un poco más lejos y empezó a desabrocharle la coraza. Un cretense que traía una mano envuelta en un trapo sucio y ya no podía disparar el arco se acercó a ayudarles. Cuando le quitaron el grueso peto de lino, Demetrio vio que tenía una raja de tres dedos de ancho de la que brotaba una sangre limpia y roja.

—Es bueno que sea tan roja, ¿verdad? Así no se infecta —dijo, y se arrodilló, porque se estaba mareando.

—No, Demetrio, no.

Gorgo le desgarró la túnica interior e hizo una bola con el jirón para tratar de taponarle la herida, pero era evidente que no sabía qué hacer. La sangre brotaba en pequeños borbotones, como hacía él cuando era niño y cogía buches de agua para tirárselos a su hermano. Creía haber oído que eso de los borbotones era malo. Pero morirse no podía ser eso, no podía ser algo tan tonto.

—Si casi no me duele... —musitó.

Alguien debió decirle a Euctemón lo que pasaba, porque abandonó su frenesí guerrero y se acercó a ellos. Estaba lleno de sangre, y tenía un churretón oscuro que le colgaba de la barbilla. Daba pavor verlo. Pero ahora dejó caer los brazos, y su escudo resbaló hasta el suelo.

—Eute —dijo Demetrio, extendiendo la mano.

Pero Euctemón no se movió, y se quedó allí, a sólo tres pasos, haciendo brincar los ojos entre la herida de su hermano y el suelo. Mientras, Gorgo abrazó a Demetrio y le apretó la cara contra su mejilla.

—Estás frío.

—Sí, tengo frío.

La vista se le nublaba. Aguantar de rodillas era ya demasiado esfuerzo para él, necesitaba acercarse más al suelo. Se dejó caer, y vio el rostro de Euctemón suspendido sobre él, como una gran luna manchada.

—Tienes que hacer algo por mí, Gorgo.

—Lo que sea —dijo ella, con las mejillas bañadas en lágrimas que abrían surcos blancos en la costra de roña y sangre.

—Tú ya tienes una carga. Pero te pido que cuides a mi hermano.

Ella le besó en la boca. Sus lágrimas estaban calientes, o tal vez era que la piel de Demetrio estaba como un témpano.

—Lo haré, te lo prometo —sollozó ella.

Por encima de la cabeza de Euctemón se encendió una luz, como si un nuevo sol hubiera amanecido justo detrás de su nuca. Pero aquel sol era más rápido que el de

verdad, porque pasó a la derecha de Euctemón y voló hacia el norte dejando una estela cegadora en el cielo.

—Es Hermes —musitó Demetrio—. Viene a llevarme a... Ya no dijo nada más.

La Segunda Legión, que no había llegado a meterse en la trampa de las sarisas, resistió con bravura durante un largo rato. Cuando el dictador cayó, el cónsul Bubulco se plantó bajo el águila y con la espada en alto trató de animar a sus hombres para que murieran como romanos. Gayo Julio, que estaba a unos treinta pasos de él, batiéndose contra los mercenarios griegos junto a la primera fila de astados, pensó que era mejor pensar en sobrevivir como romanos. Puso los hombros de lado y retrocedió entre los legionarios para reunirse con Bubulco y convencerle de que había que romper el cerco por algún sitio para escapar y reorganizarse lejos de allí.

Mientras avanzaba a duras penas, vio a los jinetes macedonios abrirse paso entre las cabezas de los legionarios como bestias mitológicas. Aquel guerrero tocado con un yelmo de león tenía que ser Alejandro, y ese caballo negro que bien podría haber tirado de la cuádriga infernal de Plutón no podía ser otro que el célebre *Amauro*. Rodeado por sus Compañeros, el rey macedonio se dirigía hacia el estandarte. Gayo trató de apresurarse y salvar al menos la enseña de la Segunda, pero enseguida se dio cuenta de que era un empeño imposible. Alejandro llegó junto a Bubulco, le hendió la cabeza de un tajo y levantó el águila de oro sobre la cabeza de su caballo.

Bien, se dijo, si no podía ser tan grande como Alejandro al menos podía intentar ser el romano que mató a Alejandro. Gayo ordenó a los hombres de su alrededor que le siguieran y cargó contra los macedonios para recuperar el estandarte. Pero no habían avanzado apenas unos pasos cuando un jinete sin armadura se plantó ante ellos, desmontó del caballo tordo pasándole la pierna por encima del cuello y empezó a repartir tajos y estocadas entre el puñado de valientes que acompañaban a Gayo. Al darse cuenta de quién era aquel hombre, el tribuno soltó su propia espada y dejó caer los brazos a los costados.

—¿Quieres ser Rey del Bosque, soldado? —le dijo Mirmidón, acercándole la punta de la espada al cuello.

—Yo te ayudé —dijo Gayo, sorprendido de la frialdad de aquellos ojos. Después de todo lo que había pasado, no podía concebir que fuese a morir a manos de Mirmidón.

—Te ayudaste a ti mismo, Gayo Julio. No te debo nada. Sólo le deberé algo a quien me libere, y eso no está en tu mano.

Gayo Julio tragó saliva y se esforzó por no parpadear. No quería morir con los ojos cerrados. No le daría a un enemigo esa muestra de debilidad.

—Empuja esa espada y acaba de una vez —masculló.

Pero no tuvo más remedio que parpadear. Una luz cegadora apareció en el cielo,

como si la luna o el propio sol se hubieran descolgado del firmamento. Aquel bólido gigantesco pasó por encima del campo de batalla y dejó una larga estela, tan brillante que quienes intentaron seguirla quedaron cegados durante un rato.

Después, cuando la luz desapareció hacia el noroeste, se oyó un violento estampido, un trueno de tal magnitud que hizo retemblar toda la llanura de Campania. Hubo muchos a los que les reventaron los oídos, y algunos quedaron sordos de por vida. Después hubo un momento de estremecido silencio. Alejandro oyó una voz a su izquierda y se volvió en esa dirección. Montado en una mula, Néstor trotaba hacia él abriéndose paso entre la infantería tracia, agitando su sombrero en el aire y gritando algo que no llegaba a entender. Por fin, el zumbido le dejó distinguir sus palabras.

—¡Tienes que detener esto, Alejandro! ¡Detenlo!

—Sí, es una señal —murmuró el rey, y dio orden de que cesara la matanza.

EPÍLOGO

Incluso antes de que las trompetas transmitieran la orden de Alejandro, los soldados griegos y macedonios apartaron las lanzas y las espadas, convencidos de que el bólido era una señal: los dioses les mostraban que aquella matanza de escala inhumana no les era grata y que no aceptarían más sacrificios humanos por aquel día. Un rato después, la tierra tembló. Algunos miraron con temor a la montaña de fuego, pero el Vesubio se quedó callado, y Alejandro hizo correr rápidamente la voz de que el breve seísmo era una señal de que Gea estaba ahíta de sangre y aprobaba su decisión de parar la masacre.

Aún así, fue una carnicería. En los días posteriores, cuando los vencedores hicieron el recuento de cadáveres, se descubrió que entre romanos y aliados habían muerto treinta y ocho mil hombres, más de la mitad del ejército. La matanza se había cebado especialmente en los soldados de infantería pesada, la espina dorsal del ejército. A duras penas se habría podido reunir una legión y media con los supervivientes.

Si la mortandad había sido terrible entre los legionarios, para los mandos había sido aún peor. El dictador, su *magister equitum*, los dos cónsules, el pretor, los consulares que mandaban las demás legiones: todos habían perecido. La muerte más heroica había sido la de Torcuato Imperioso, que a sus ochenta años había conseguido quebrar con sus manos la sarisa que lo había atravesado y había matado a su propio asesino de una estocada.

También habían caído casi todos los tribunos y centuriones, combatiendo en primera fila con sus hombres. Llegada la hora de negociar, lo más parecido a una autoridad que pudo encontrar Alejandro fue a Gayo Julio César. De los cinco tribunos que habían sobrevivido, era el que más ascendiente tenía sobre los demás y el que mejor hablaba griego. Que siguiera con vida era un milagro, pues Mirmidón estaba a punto de degollarlo cuando apareció aquel portento en el cielo. Pero, al fin y al cabo, también era un milagro que se hubiesen salvado los diecisiete mil prisioneros que ahora, comprendía Alejandro, eran una buena moneda de cambio para negociar.

—¿Qué tal es Gayo Julio? —le preguntó el rey a Néstor.

—Ambicioso y orgulloso, pero inteligente.

—Eso último es importante. Me harán falta hombres inteligentes para entenderme con Roma. Por su parte, el ejército de Alejandro había perdido a casi tres mil hombres. Mil de aquellas bajas se habían producido entre los soldados que habían contenido el ataque romano en el centro de las líneas, lo que suponía la mitad de los

hombres desplegados en esa zona. Los propios Agriopaides habían perdido a doscientos quince de sus quinientos hombres. A cambio, los batallones de sarisas habían quedado casi intactos, y dos de ellos no habían sufrido ninguna baja.

Al ver la caída del bólido, Néstor había pensado que se trataba del propio cometa, y que los dioses habían adelantado la destrucción de la humanidad. Pero cuando el único resultado apreciable fue aquel breve terremoto, pensó que la amenaza augurada por Aristóteles y Euctemón se había cumplido con muchos menos daños de los previstos. Mas para su desazón, cuando elevó la mirada hacia las alturas el cometa seguía en el cielo, indiferente a la batalla que se había librado a sus pies.

Sin embargo, aún presenciaron más prodigios. Cuando el sol se puso, se divisó un vivísimo resplandor carmesí hacia el noroeste, por donde había desaparecido el bólido, como si el cielo mismo se hubiera incendiado a su paso. Después, avanzada la noche, una luz se separó de Ícaro, y los corazones de todos se encogieron de terror pensando que una nueva bola de fuego caería sobre el suelo y que esta vez los podía alcanzar a ellos.

Aquel destello fugaz pareció perderse en el cielo y todo quedó en calma. Pero una hora después, otra gran luz brotó en el borde del disco lunar y creció durante un rato antes de extinguirse.

Los profetas, astrólogos y adivinos estuvieron debatiendo durante toda la noche el significado de aquellas señales. Pero Alejandro sólo quería escuchar a una persona. Cuando hicieron venir a Euctemón, el rey se enteró de que, en una suprema burla de los dioses, su hermano Demetrio había muerto un instante antes de que se detuviera la batalla. Alejandro le dio el pésame, pero Euctemón no le contestó. Gorgo, que venía con él, le dijo:

—Aún no ha pronunciado una sola palabra.

El rostro de Euctemón parecía una máscara de madera; pero, al contrario que las del teatro, no expresaba ninguna emoción. En vez de bailar como otras veces, sus pupilas estaban fijas en el suelo. Alejandro se acercó a él, le puso la mano en la barbilla y se la levantó para obligarle a que le mirara a los ojos. Algo debió ver en ellos que lo conmovió, tal vez el mismo brillo desvalido que había encontrado en los ojos de su sobrino Neo cuando murió Cleopatra, porque le abrazó con fuerza y le obligó a apoyar la cabeza sobre su hombro. El joven ateniense dejó caer los brazos junto a los costados, pero al cabo de un rato los levantó y apoyó las manos en los hombros del rey, y entonces todos los presentes contemplaron un espectáculo que les llenó de espanto y les partió el corazón a partes iguales. Euctemón abrió la boca, sus rasgos se deformaron en una horrible mueca de Gorgona y, por primera vez en su vida, lloró. Lo hizo casi sin lágrimas, con un gemido grave que salía de las profundidades de su pecho, a medias el aullido de un lobo en la noche y a medias el

balido de un cordero extraviado.

Después de eso, el rey le pidió con mucha gentileza que volviera a observar el cometa y le informara de cualquier cambio. Euctemón no dijo nada más, pero salió de la tienda y se quedó el resto de la noche mirando al cielo.

Al amanecer le trajo una respuesta.

—El cometa Ícaro ya no tarda catorce días en completar la órbita alrededor de la Tierra.

—Eso no me importa demasiado, Euctemón. Lo que quiero saber es si caerá sobre nosotros o si se ha producido algún cambio.

—Parte de la naturaleza pesada de Ícaro que es de tierra y agua ha caído a la Tierra por lo que el cometa ha subido. Pero parte de la naturaleza ligera de Ícaro que es de éter y fuego ha ascendido hacia la Luna por lo que el cometa ha bajado.

—¿Y bien? —se impacientó Alejandro. Néstor, que nunca había tratado con el personaje, se llevó la mano a la boca para contener la risa.

—No se sabe exactamente cuándo puede estrellarse el cometa Ícaro contra la Tierra.

–¿Cómo que no se sabe? ¿Es que ni siquiera tú lo sabes? —preguntó Alejandro con gesto de incredulidad, como si Meleagro le hubiera dicho que se había vuelto abstemio.

—El cometa Ícaro puede estrellarse contra la Tierra en dieciséis meses más menos tres meses. Hay que hacer más observaciones para determinar con exactitud. Ahora que había obtenido una respuesta, Alejandro suspiró de alivio y despidió a Euctemón. Después pidió que trajeran a Gayo Julio a su presencia. Mientras el tribuno comparecía, el rey le dijo a Néstor:

—Tú has conseguido una prórroga para mi enfermedad. Ahora los dioses nos otorgan una prórroga a todos. No creo que sea una casualidad.

Néstor tampoco lo creía, pero no lo dijo en voz alta.

—Me hablaste de una opción para evitar lo inevitable. ¿Me la explicarás ahora? —preguntó.

Alejandro se volvió hacia Mirmidón, y ambos cruzaron una mirada indescifrable. Néstor se preguntó a qué pacto habían llegado y qué quería cada uno del otro, pero comprendió que no se lo dirían.

—Aún no ha llegado el momento. Sólo te diré que vamos a hacer un largo viaje.

—Y yo te acompañaré —dijo Néstor. No era una pregunta. Era la constatación de un hecho.

A Néstor, que recordaba a un Gayo Julio arrogante y rodeado por un aura de autoridad casi tan intensa como la de Alejandro, le sorprendió ver a un hombre derrotado y con la mirada perdida. No todos los días uno veía cómo se hundía en el

barro el poderío de su ciudad.

—El Senado no negociará contigo para rescatar prisioneros. Roma no se rendirá —dijo el tribuno con voz átona, como si enunciara un hecho de la naturaleza—. Reclutarán a proletarios y a esclavos si hace falta, pero no te dejarán entrar en la ciudad. Recurrirán a sus aliados, les pedirán más legiones, reunirán un ejército y volverán a enfrentarse contra ti.

—Tal vez te lleves una sorpresa, Gayo Julio.

Alejandro no dio descanso a sus tropas. Tras dejar en Pompeya una guarnición de siete mil hombres para atender a los heridos y vigilar a los prisioneros, al día siguiente de la batalla tomó al resto del ejército y a los cautivos más influyentes y partió hacia Roma. Como la velocidad de la marcha no le satisfacía, escogió a cinco mil hombres de caballería y llegó a la ciudad cuatro días después, el 18 de hiperbereteo, adelantándose a los correos que llevaban la noticia de la gran derrota romana en el Vesubio. Así, Alejandro se convirtió en mensajero de su propia victoria.

El espectáculo que se encontraron al llegar ante la urbe sorprendió a los propios macedonios. Toda la ciudad estaba rodeada por una empalizada de más de ochenta estadios de perímetro, y desde ella grandes máquinas de guerra batían las murallas con piedras y enormes flechas. Nadie entre los que rodeaban a Alejandro, ni siquiera Peucestas, Lisanias o el propio Néstor, sabía que desde hacía más de un mes un ejército al mando del macedonio Ofelas se había estado preparando en Ortona para atravesar los Apeninos y asediar Roma. Los romanos habían cometido el error de acometer a Ofelas en campo abierto con la Octava Legión en lugar de usarla para guarnecer las murallas, y el macedonio, aunque sufrió graves pérdidas, logró derrotarlos gracias a que los superaba en una proporción casi de tres a uno. Ahora Roma no disponía de tropas, aunque todos los hombres que se mantenían en pie y muchas mujeres defendían las murallas.

De todos modos, Ofelas tenía instrucciones de mantenerse a la espera y hostigar a los romanos sin tratar de expugnar la ciudad, pues era un bocado demasiado grande para un ejército reducido como el suyo. Los defensores, que estaban resistiendo con la esperanza de que el grueso de su ejército no tardaría en regresar, se encontraron en cambio con la desagradable sorpresa de que Alejandro se presentaba en las puertas de su ciudad sólo trece días después de que partieran las orgullosas legiones.

Esa noche el cometa, que había refrenado algo su vuelo, fue visible durante unas horas, y poco antes del amanecer se ocultó bajo el horizonte. En Roma se consideró una señal, aunque ni los augures ni los arúspices, y ni siquiera los *fulguratores*, más duchos en tales materias, se ponían de acuerdo en el significado. Al día siguiente, una comisión del Senado, encabezada por los dos ediles curules que habían quedado en la ciudad como máximas autoridades, se presentó ante Alejandro.

—Ésta es mi oferta —dijo el rey—. Abrid las puertas de la ciudad o primero haré

que ejecuten a los ocho mil ciudadanos romanos y a los siete mil aliados que tengo en mi poder. Después, derribaré las murallas, arrasaré vuestra ciudad y sembraré vuestros campos de sal.

Alejandro no tenía el menor deseo de enfrentarse con aquellas murallas de toba que absorbían los golpes con silenciosa tenacidad, pero dejó claro que estaba dispuesto a hacerlo si no había otro remedio. Por otra parte, se enteró de cuáles senadores eran los más venales y sobornó a algunos de ellos para que a su vez sobornaran a unos cuantos adivinos. Bastaron dos días para que corrieran por la ciudad rumores de que oponerse a Alejandro era oponerse a los dioses. Y lo cierto era que la gente lo creía, pues no podía ser un azar que, al mismo tiempo que ellos habían visto aquella luz cegadora surcar el cielo, su ejército fuera aniquilado bajo el Vesubio.

A pesar de las señales y prodigios, las negociaciones fueron largas. Alejandro, que nunca había tenido demasiada paciencia y tampoco la había adquirido con la edad, maldijo mil veces a los romanos. Hablando en privado con Néstor le confesó que estaba deseando arrasarla como había hecho con Tebas. Pero por fin, en las nonas de octubre, que para los macedonios eran el día 5 del mes dío, Alejandro entró en Roma.

No lo hizo como rey, algo que hubiera hecho tambalearse los cimientos sagrados del pomerio, sino como hijo de Júpiter. Todas las instituciones romanas seguirían existiendo y funcionando exactamente igual, con una salvedad. Como dios encarnado, Alejandro tendría derecho no a un gobernador militar, sino a un sacerdote que podría interponer veto a cualquier decisión de los magistrados y cuyos consejos poseerían tanto peso como los del propio Senado.

Entre la multitud que salió a las calles para contemplar la entrada del ejército macedonio hubo división de pareceres. Los patricios y las familias plebeyas más acomodadas observaron al dios invasor con ceñudo silencio, mientras que las clases populares, a las que Alejandro había repartido grano gratis y había prometido plata en abundancia, le aclamaron de buen grado perdonándole, al menos de momento, que hubiera aplastado a sus legiones.

Como había asegurado antes de la batalla, Alejandro entró en Roma al frente de los Agriopaides. Incluso el lisiado capitán Gorgo desfiló para la ocasión, encajado en unas jamugas de madera y a lomos de un soberbio corcel blanco cuyas riendas llevaba la jefa de pelotón Gorgo, ahora inseparable de Euctemón.

Néstor cabalgaba al lado del flamante hijo de Júpiter, pese a que le había insistido en que él no era soldado, sino médico, y aquel lugar no le correspondía. Pero Alejandro lo había dejado muy claro:

—Eres mi talismán, Néstor. Sé que mientras te tenga a mi lado no pasará nada. No concibo nada peor ahora que sufrir un ataque de ceguera o un desvanecimiento delante de todos esos romanos. Negociar con ellos ha sido peor que cuando de niño

me tocaba terciar en las discusiones entre mi padre y mi madre —dijo con sinceridad.

De nuevo Néstor atravesó el Foro; aunque hacerlo a lomos de un caballo tan alto como Pegaso daba una perspectiva distinta. Pasaron junto al portal de Jano, que se cerró a su paso para simbolizar que Roma y Alejandro volvían a estar en paz, y después la comitiva se detuvo ante el templo de la Concordia y el de Saturno. Allí los jinetes desmontaron y emprendieron la ascensión de la cuesta del Capitolio. Una vez ante el altar del templo, el propio Alejandro sacrificó dos espléndidos bueyes blancos en honor de su padre, al que se dirigió como Júpiter-Zeus-Amón, y los arúspices que examinaron las vísceras aseguraron que todo estaba en orden.

Pero dos noches después Alejandro volvió al templo de Júpiter, por la noche, acompañado tan sólo por sus hombres de confianza. Mientras volvían a subir la cuesta, Alejandro agarró a Néstor del brazo y le dijo en voz baja:

—Antes de morir, Perdicas me contó algo.

Néstor sintió que el corazón se le detenía un instante. Conociendo los síntomas externos que diferenciaban a un mentiroso de un hombre sincero, se concentró en evitarlos. Alejandro añadió:

—Me dijo que te preguntara, porque tú conocías un secreto sobre Agatoclea.

—No entiendo qué quería decir. Es obvio que se había vuelto muy intrigante.

—Me dijo que algo había ocurrido en Roma con ella. ¿Es cierto?

Alejandro se volvió y le miró a los ojos. Néstor se concentró en encerrarse en aquella zona vacía de su cerebro, en la nada de su memoria que sólo podía teñir de nada su expresión, y no contestó.

—Agatoclea es una joven encantadora —dijo Alejandro—. Te entiendo. Sé que quieres protegerla. Dime, ¿fue su conducta en Roma motivo de escándalo? ¿Ocurrió algo inconveniente entre ella y Gayo Julio?

—De ningún modo, Alejandro —contestó Néstor, convencido de que al decirlo no faltaba a la verdad. De los que estaban en Roma con ellos, la única que podía saberlo era Ada, o al menos eso quería creer él. Pero, como le había explicado Boeto, la buena mujer había tenido la desgracia de contraer una disentería galopante que la había llevado a la tumba en sólo cinco días.

—Me casé con ella por política, eso es evidente —siguió Alejandro, mientras se acercaban a la pequeña explanada donde se levantaba el templo—. Entiendo que tenga sus pasiones. A esa edad el temperamento es muy ardiente, y el femenino aún más. Pero espero que comprenda una cosa. La mujer de Alejandro no sólo debe ser casta, sino también parecerlo.

—Seguro que lo comprenderá —dijo Néstor, y al momento se arrepintió de haber dicho incluso eso.

Se detuvieron ante la escalinata del templo, donde les alcanzaron Peucestas,

Lisanias y Mirmidón. Alejandro se volvió y contempló desde allí la ciudad bajo la luz del creciente lunar.

—Estos dos días en Roma han sido muy instructivos, amigos. Creo que ya sé cómo ganármela.

—¿De veras? —dijo Peucestas—. A mí estos romanos me parecen peores que los espartanos. Hay que dejar una guarnición por lo menos de diez mil hombres. Y aún así, si me dejas al mando, te aseguro que no dormiré tranquilo ninguna noche.

—Sí, es cierto que son un poco espartanos —respondió Alejandro—. Frugales, pegados a la tierra y a sus viejas costumbres... o eso quieren creer. Pero he observado el brillo de sus ojos cuando ven el brillo del oro.

—¿Piensas sobornarlos a todos? —preguntó Mirmidón, divertido—. Te va a salir muy cara esta ciudad, entonces.

—En cierto modo sí, voy a sobornarlos. Pero no de uno en uno. Voy a sobornarlos a todos juntos. Les voy a doblar la espina dorsal a fuerza de cargarlos de oro. Voy a hacerlos asquerosamente ricos. Serán la nueva Babilonia de Occidente. ¿Habéis visto a algún babilonio que sea buen soldado?

La razón de Alejandro para visitar el templo de Júpiter Óptimo Máximo no era realizar ningún sacrificio ni hacer una visita de cortesía a su padre divino. Había oído hablar de los Libros Sibilinos, y la historia de cómo habían llegado a poder del rey Tarquinio había despertado su curiosidad. Tal vez en aquellos libros encontrase alguna orientación más precisa que en el mensaje de Aristóteles. Al filósofo ya no podría consultarle, pues había muerto dos días después de hablar con Néstor por última vez.

Cuando entraron al templo, les salió al encuentro el decenviro que hacía guardia esa noche. Néstor lo reconoció: era Sempronio, el mismo que había interpretado que él y Clea debían ser enterrados vivos.

—No puedes consultar los libros. Sólo el Senado puede dar autorización, y sólo los decenviros para las cosas sagradas podemos verlos —le dijo en griego.

—Puedes ser un hombre muy rico o puedes morir ahora mismo —respondió Alejandro, que se estaba hartando de las mil normas y prohibiciones religiosas de esa ciudad—. Tú eliges.

No fue necesario que Mirmidón recurriera a su cuchillo. Del mismo modo que se había dejado manipular de buen grado por Papirio para perjudicar a Gayo Julio, Sempronio se dejó ahora intimidar por Alejandro. El decenviro los condujo a los sótanos del templo por una escalera con los escalones desgastados tras siglos de uso. Allí estaba la caja de piedra donde se guardaban los libros, más bien un sarcófago. Entre Peucestas y Mirmidón levantaron la tapa, y Sempronio les mostró el interior a la luz de una lámpara de aceite.

Si bien la leyenda decía que allí se guardaban tres libros escritos en hojas de

palmera, encontraron muchos más, y en todo tipo de materiales. Había papiros, cortezas de árbol, dípticos de cera, tablillas de barro cocidas, pieles de vaca y placas de oro grabadas. Alejandro se desesperó pensando que allí no habría forma de encontrar nada útil. Sempronio le explicó cuál era el procedimiento que seguían ellos.

—Nos encomendamos a las *sortes*.

—¿Qué significa eso? —preguntó Alejandro.

—Aquel de nosotros que va a consultar cierra los ojos, mete la mano en el arcón, coge un libro al azar y luego, sin abrir aún los ojos, planta el dedo en un pasaje que luego se lee en voz alta. El rey asintió, pensativo. Después se volvió hacia Néstor y le dijo:

—Prueba tú.

—¿Yo? ¿Qué tiene mi mano de especial?

—Eres mi talismán. Seguro que me traes fortuna y encuentras un consejo que me ayude a decidir el curso que deben seguir mis actos. ¡Ánimo!

Néstor se sentía un tanto ridículo, pero cerró los ojos y metió el brazo en el arcón. Una vez dentro, empezó a remover, apartando objetos entre sus dedos y buscando el fondo. Estaba muy abajo, y al tocar la fría piedra el dedo se le enganchó en un anillo. Tiró de él y resultó estar unido a una cadena que a su vez estaba unido a un rollo de papiro lacrado.

El decenviro puso cara de extrañeza.

—Nunca había visto ese libro.

Néstor sopló y salió una nube de polvo. El sello se desprendió con facilidad, sin necesidad de romperlo, de puro viejo que era. Después desplegó el rollo con mucho cuidado para que no se resquebrajara.

—Lisanias, por favor —dijo Alejandro—. Acompaña fuera a nuestro anfitrión.

—¡No tienes derecho a esto! ¡Soy el decenviro para las cosas sagradas!

—Llévatelo, por favor.

Lisanias cogió a Sempronio por el codo y lo sacó de allí, no sin dirigir una mirada dolida a Alejandro. Mientras tanto, Néstor examinó el papiro. Estaba escrito en el idioma de los romanos, pero en un dialecto algo diferente, precisamente aquel con el que estaba familiarizado.

—¿A qué esperas? Lee, Néstor.

—Tengo que irlo traduciendo —se disculpó el médico—. No es tan sencillo.

En cuanto leyó en voz alta las primeras líneas se arrepintió de haberlo hecho.

—«Me siento obligado a explicar las reflexiones que a menudo he hecho en silencio, de modo que se me permita conjeturar cuál hubiera sido el destino de Roma si hubiera tenido que hacer la guerra con Alejandro.»

—¿Cómo que si hubiera? —dijo Peucestas—. ¿Y lo que hemos hecho era...?

—Silencio —le dijo Alejandro—. Por favor, Néstor, prosigue.

—«Tomando en cuenta el número y el valor de los soldados, las dotes de los generales y la fortuna, que tanta influencia tienen en las cosas de la guerra, se deduce fácilmente que Roma no habría sido vencida por este rey, igual que no lo fue por otros. En primer lugar, no niego que Alejandro fue un general excepcional. Pero contribuye a su fama el hecho de que murió muy joven, en la cúspide de su poder, sin haber sufrido aún los reveses de la fortuna.»

Néstor miró a Alejandro.

—No te detengas —le dijo el rey—. Sigue.

—«¿Hay que enumerar a los generales romanos con los que habría tenido que enfrentarse Alejandro? Cualquiera de ellos poseía las mismas cualidades y talento que Alejandro, y además la disciplina militar que se ha transmitido desde los orígenes de Roma. ¿Acaso habría retrocedido ante Alejandro Papirio Cursor, dotado de tanta fortaleza de cuerpo como de espíritu? ¿Habría superado la sabiduría de un solo joven al senado romano, cuya verdadera naturaleza comprendió el que dijo que estaba compuesto por reyes?»

—Sigue —insistió Alejandro.

—«De haber vivido para enfrentarse con Roma, habría reconocido que no se las veía con un Darío que llevaba un ejército de semihombres y mujeres. Y bien distinta habría encontrado la India, un país que atravesó con un ejército de borrachos entregándose a festines y comilonas, de Italia cuando se hubiese encontrado con los desfiladeros de Apulia y las montañas de Lucania. O también cuando hubiese hallado las huellas recientes del desastre de su familia en el mismo lugar donde su tío Alejandro, rey del Epiro, encontró la muerte.

»Y hablamos de un Alejandro que aún no nadaba en la abundancia, algo que asimiló peor que ninguna persona. Seguramente al venir a Italia se habría parecido más a Darío que al propio Alejandro, y habría traído un ejército no macedonio, sino persa. Me avergüenzo al descubrir en un monarca de tal talla el refinado lujo, los cambios de indumentaria, el afán de ver tumbados por tierra a los aduladores. ¿Y qué decir de cuando dio muerte a sus amigos en mitad de los banquetes, y de su vanidoso empeño en fabricarse una estirpe? ¿Qué habría pasado si su afición al vino se hubiese vuelto aún más acuciante y su...?»

Alejandro le interrumpió. Incluso a la escasa luz del sótano, se le veía blanco como el lino.

—No sigas leyendo, Néstor.

—¡Es una sarta de patrañas! —exclamó Peucestas, indignado—. Esto lo acaba de escribir algún farsante. Déjame que le ponga la mano encima a ese Sempronio...

—¿Quieres que vuelva a guardar el libro? —preguntó Néstor. —De ninguna manera. Dámelo. El propio Alejandro tomó el papiro, lo quemó con la lámpara, lo tiró al suelo y después lo pisoteó hasta que sólo quedaron cenizas.

—Aquí muere la profecía sobre mi muerte. Es obvio que las predicciones de este libro no se han cumplido. —El rey levantó la cabeza y miró a los demás—. No encontraremos respuestas en los Libros Sibilinos. Vámonos.

Después, a solas en la alcoba de la casa de Escipión y Julia, donde se había alojado, Néstor pensó que él sí había encontrado respuestas en aquel libro. No era una falsificación, lo sabía. El lacre, el polvo, la tinta, la propia textura del papiro: todo aquello hablaba de una antigüedad mucho mayor que el resto de los libros que habían visto en el arcón. Tal vez aquel papiro fuese uno de los textos originales de la Sibila. Si era así, ya sólo quedaban dos.

El Alejandro del que hablaba el libro era el mismo que él había conocido en Babilonia. La profecía era correcta: ese Alejandro borracho, soberbio y violento habría muerto envenenado si Néstor no hubiese aparecido entonces.

El Libro Sibilino no contaba con él, simplemente. Era como si Néstor ni siquiera hubiese llegado a existir, o como si la mirada profética que escrutaba el futuro no lo alcanzase. Qué extraño que él, que había aparecido precisamente en Delfos, quedase fuera del ojo de las Sibilas. Pero sin duda aquel misterio tenía que ver con sus recuerdos, o más bien con su falta de recuerdos.

Eres Néstor. Observa, obsérvalo todo.

Antes de que amaneciera, Néstor ensilló a *Pegaso* y dejó la ciudad por la Puerta Esquilina, sin decirle nada a nadie. Cuando el sol salió, le dio directo en los ojos, pero él no se apartó del camino. Tenía que ir al origen de todo, a la cueva sagrada de la Pitia, el ombligo del mundo. Si no encontraba respuestas en el oráculo de Delfos, no las hallaría en ninguna otra parte.

ÍNDICE DE PERSONAJES

Los nombres en cursiva corresponden a personajes imaginarios, aunque muchos de ellos pertenecen a familias que sí existieron. Para los personajes históricos, la información incluida a partir del símbolo # se refiere a sucesos acaecidos tras el envenenamiento de Alejandro en Babilonia, en el año 323 a.C., punto a partir del cual se produce la divergencia con la historia real.

Finalmente, † marca a los personajes fallecidos antes del inicio de la acción de la novela.

Ada: Mujer macedonia, sirvienta de Clea desde su boda con Alejandro.

Agatoclea: Hija de Agatocles, primero tirano y luego rey de Siracusa. Quinta esposa de Alejandro. Ella prefiere que la llamen Clea.

Agatocles: Tirano primero y luego rey de Siracusa, en Sicilia, # gracias a la ayuda de Alejandro. Para sellar su alianza política con él, casa a su hija Agatoclea con el rey macedonio.

Alcetas: Hermano de Perdicas. # Padre de Gavanes, manda un batallón de infantería de sarisas en la campaña de Italia.

Alejandro: Hijo de Filipo y Olimpia, tercer monarca macedonio de su nombre. Conquistador del Imperio Persa. Casado con Roxana, Estatira, # Kumardevi, Nebet y Agatoclea.

Antígenes: Veterano general macedonio. # Manda un batallón de sarisas en la campaña de Italia.

Antípatro: Uno de los generales veteranos de Filipo. Cuando Alejandro parte hacia Asia, lo deja como gobernador de Macedonia y Grecia. Padre de Casandro, # implicado como él en el envenenamiento de Alejandro. Tras ser derrotado en la batalla de Larisa, se quita la vida.

Aristóteles: Filósofo y científico nacido en Estagira en el año 384. Discípulo de Platón en la Academia de Atenas desde el 367 al 347. Tras ejercer de tutor de Alejandro y algunos de sus compañeros en Macedonia, funda en el año 336 su propia escuela, el Liceo, también en Atenas. # En el año 323 se exilia de Atenas y desde entonces está en paradero desconocido.

Átalo: General macedonio, cuñado de Perdicas. # Manda un batallón de sarisas en la campaña de Italia.

Barsine: Hija del sátrapa persa Artabazo, y luego esposa de Memnón, jefe de la flota persa en la lucha contra los macedonios. Tras la muerte por enfermedad de Memnón, se convierte en amante de Alejandro, con quien tiene un hijo llamado Heracles.

Berenice: Hija de Cleopatra y Perdicas.

Boeto: Griego natural de Delfos, sirviente de Néstor desde el 323.

Cadmia: Hija del difunto Alejandro de Epiro y Cleopatra, la hermana de Alejandro. Hermana de Neo y hermanastra de Berenice.

Calias: Tío de Clea, hermano de Demetria, su difunta madre.

Casandro: Hijo de Antípatro. Compañero de juventud de Alejandro, no participa en la campaña de Asia. En el año 323 a.C. su padre lo envía a Babilonia en su nombre. # Perdicas y Roxana lo implican en el envenenamiento de Alejandro, y muere torturado en Grecia ese mismo año.

Cérdidas: Mercenario griego, compañero de Demetrio y Euctemón en la unidad de los Agriopaides.

Cíclope: Soldado macedonio tuerto, miembro de los Agriopaides. Su verdadero nombre es Filolao.

Cleopatra: Hija de Filipo y Olimpia, hermana de Alejandro. Casada primero con su tío, el rey Alejandro de Epiro, con quien tiene a Neo y Cadmia. # Ya viuda, se casa con Perdicas, de quien tiene a Berenice.

Cornelia: Madre de Gayo Julio, Julia y Lila. Pertenece a la *gens* Cornelia y es tía de Escipión.

Crátero: Noble macedonio. Al principio de la campaña de Asia sirve como comandante de un batallón de infantería de sarisas, aunque ya en la batalla de Iso (333 a.C.) su responsabilidad es casi equiparable a la de Parmenión. Tras la muerte de éste, se convierte en el principal general de Alejandro. # Después del 323, ayuda a Alejandro a derrotar a Antípatro y Casandro. En el 320 somete a Antígono, general veterano de Filipo que se rebela en Siria, y destruye la ciudad de Damasco. En el 318 ayuda a Perdicas a aplastar la rebelión de Grecia.

Darío III †: Gran Rey del Imperio Persa desde el año 336. Derrotado por Alejandro en las batallas de Iso (333) y Gaugamela (331), fue depuesto por el traidor Besso y más tarde asesinado. Padre de Estatira, segunda esposa de Alejandro.

Demetrio: Joven ateniense muy apuesto que sirve como mercenario en el ejército de Alejandro en Italia. Hermano de Euctemón.

Dicearco: Filósofo griego que estudió con Aristóteles en el Liceo. Autor de obras de cartografía y geografía, y también de tratados políticos. # Sirve como jefe de topografía y cartografía en el ejército de Alejandro en Italia.

Ego, Alejandro: Hijo de Roxana y Alejandro, nacido en el año 323 a.C.

Epiboas: Oficial macedonio que sirve a las órdenes de Perdicas y le ayuda en la

conjura para envenenar a Alejandro.

Escipión: Gneo Cornelio Escipión Barbato. Cuñado de Gayo Julio y actual pretor de Roma.

Eshmunazar: Embajador de Cartago en Roma.

Estatira la Mayor †: Hermana y esposa de Darío III de Persia. Capturada por Alejandro tras la batalla de Iso, muere en el año 311.

Estatira la Menor: Hija de Darío III de Persia. Segunda esposa de Alejandro, con el que se casa en el año 324.

Euctemón: Joven ateniense que sirve como mercenario en el ejército de Alejandro en Italia. Apasionado de las matemáticas y la astronomía, y con una forma de ser un tanto peculiar. Hermano de Demetrio.

Eumenes: Griego natural de Cardia. Debido a su aptitud para la burocracia y la administración, sirve como secretario real primero para Filipo y luego para el propio Alejandro. Autor del diario oficial conocido como *Efemérides reales.*

Filo: Soldado macedonio que sirve en los Agriopaides y pertenece al pelotón de Gorgo.

Gavanes: Joven macedonio, sobrino de Perdicas e hijo de Alcetas, que sirve en la caballería de los Compañeros.

Gayo Julio César: Patricio romano de la noble, pero algo empobrecida, *gens* Julia. Sirve como tribuno en la Segunda Legión. Hijo de Cornelia, casado con Valeria, y hermano de Julia (casada con Escipión) y de Lila.

Glaucias: General macedonio al mando de un batallón de infantería de sarisas en la campaña de Italia.

Gorgo: Antiguo comandante de Alejandro, hoy paralítico. Cayó en desgracia en la campaña de Hircania y el Ponto en el año 320. Casado con Mirtale, más conocida también como «Gorgo». Gorgo: Su verdadero nombre es Mirtale. Mujer del antiguo comandante Gorgo. Pertenece a la unidad conocida como los Agriopaides.

Hefestión †: Noble macedonio, compañero de Alejandro desde la niñez. Su más íntimo amigo, y también su amante. Alejandro suele decir que los demás lo aman como rey o como general, mientras que Hefestión lo amaba como Alejandro. Fallecido en Ecbatana en el año 324, su muerte ha afectado extraordinariamente a Alejandro.

Hermolao: Marino de Tarento, capitán de la nave *Anfitrite*.

Imperioso, Tito Manlio Torcuato: Patricio romano que ha desempeñado varias veces el cargo de cónsul. Conocido como Torcuato por haber arrebatado una torques a un galo en combate singular. Hizo ejecutar a su propio hijo por desobedecer sus órdenes. # *Es el princeps senatus.*

Julia: Hermana mediana de Gayo Julio, casada con Escipión.

Kumardevi: Hermana del rey indio Chandragupta. Tercera esposa de Alejandro,

con el que se casa en el año 319. Madre de Orestia.

Leónato: Oficial macedonio, jefe de la unidad de los Agriopaides.

Lila: Hermana pequeña de Gayo Julio. Tiene seis años

Lisanias: Joven macedonio que, tras educarse en la academia de pajes reales de Pela, se une a las tropas de Alejandro en el año 323. En la campaña de Italia sirve como oficial de la Guardia del Rey y hombre de confianza de Alejandro. Se cree que es su amante, como años antes lo fue Hefestión.

Meleagro: General macedonio que durante la conquista de Asia ha mandado siempre uno de los batallones de infantería de sarisas. Conocido por su lengua mordaz ya desde la campaña de la India. # Jefe de las tropas mercenarias en la campaña de Italia.

Mirmidón: Rey del Bosque. Sacerdote del templo de Diana en el lago de Nemi.

Nearco: Cretense, amigo de la infancia de Alejandro. Entre los años 334 y 329 fue sátrapa de Licia y Panfilia, en la actual Turquía. A partir de entonces es almirante de la flota de Alejandro. # Entre el 323 y el 322 completa la circunnavegación de Arabia.

Nebet: Hija de Nectanebo, último faraón de Egipto. Cuarta esposa de Alejandro, con quien tiene a los mellizos Filipo y Cleopatra.

Neoptólemo: Hijo del difunto Alejandro de Epiro y Cleopatra, la hermana de Alejandro. Hermano de Cadmia # y hermanastro de Berenice, él prefiere que le llamen Neo.

Néstor: Médico que salva la vida de Alejandro en Babilonia en el año 323 a.C. Desde entonces se convierte en uno de los Compañeros del Rey, y hombre de confianza de Alejandro. Se desconoce su patria de origen.

Nina: Joven y bella cortesana babilonia, cómplice en el envenenamiento de Alejandro.

Oxibaces: Hijo de Oxiartes y hermano de Roxana. Jefe de la unidad de catafractos que acude a Italia para reforzar las tropas de Alejandro.

Papirio: Lucio Papirio Cursor. Patricio romano que ha desempeñado varias veces los cargos de cónsul y dictador. # Ante la amenaza de Alejandro, se le vuelve a nombrar dictador por segunda vez.

Parmenión †: General macedonio que sirvió primero con Filipo y luego con Alejandro en la campaña de Asia. Considerado artífice en buena parte de las reformas del ejército macedonio y también de sus éxitos militares. Padre de Filotas. A raíz de la ejecución de éste en el año 330 por su implicación en la llamada «conjura de los pajes», Parmenión también fue asesinado.

Perdicas: Noble macedonio nacido en la región de Orestis. Compañero de Alejandro desde su juventud, ha servido como jefe de batallón de infantería de sarisas en la campaña de Asia. En el año 324, tras la muerte de Hefestión, es nombrado jefe

de la caballería de los Compañeros. # Nombrado gobernador de Grecia y Macedonia en el 321.

Peucestas: Miembro de los Guardias del Rey desde que en el año 326 salvó a Alejandro cubriéndole con su escudo en la ciudad de los malios. # Jefe de los hipaspistas, el batallón de élite de la infantería macedonia.

Ptolomeo: Noble macedonio, hijo de Lago, aunque se cree que su verdadero padre era el rey Filipo. # Nombrado gobernador de Egipto en el 323.

Roxana: *Roshanak*, «pequeña estrella». Hija de Oxiartes, sátrapa de Bactria y Sogdiana. Primera esposa de Alejandro, con el que se casa en el año 327. Madre de Alejandro Ego.

Sófocles: Comandante de las tropas macedonias embarcadas en la *Anfitrite*.

Valeria: Noble patricia de la rancia familia de los Valerios, y esposa de Gayo Julio.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, debo agradecerle a todo el equipo de Minotauro su paciencia y su ayuda. Pero quiero hacer una mención especial a Paco García Lorenzana, que ha sido mi editor durante cinco años y cuatro libros, y también, y sobre todo, un amigo a quien deseo muchos éxitos en su futuro profesional y toda la felicidad del mundo en lo personal. Por supuesto, espero que el futuro con José López Jara, nuevo director de Minotauro, tenga al menos tantos éxitos como la etapa anterior.

No me olvido de Vicky, Sergi, Laura, Mónica y otras personas a las que hago trabajar a contrarreloj.

Por nuestras fructíferas y entretenidas conversaciones en el Irlandés sobre ejércitos antiguos, incluyendo maniobras con palillos, trozos de pan, servilleteros y todo tipo de objetos susceptibles de simular unidades militares, les doy las gracias a mis amigos Hipólito Sanchiz (Poli), León Arsenal y José Miguel Pallarés.Y a Sara y Josemaría, por aguantarnos con estoicismo.

Gracias también a Fernando Quesada, de la UAM, por su amable atención y por pasarme su valioso artículo «El legionario romano en época de las Guerras Púnicas», publicado en R Fernández Uriel (ed.) *Armas, legiones y limes: el ejército romano. Espacio, Tiempo y Forma (Historia Antigua)* 16, que me fue de gran utilidad, junto con la bibliografía que me sugirió.

A mi hermano Jose, por ayudarme a tener las ideas claras para que existiera novela, y por sus músicas y sus vídeos para este Alejandro. Lo podéis ver todo en su página: www.lacasadelos vientos.com.

A Carlos, mi webmaster. Y también a los moderadores de www.laespadadefuego.com: Orion, Takelu, Alier-mim. Y a todos los amigos del foro.

A Jesús Centeno y David Moreno, que han estado leyendo la novela por entregas para hacerme de correctores y comentaristas.

Más que agradecimientos, pido aquí disculpas a todos los amigos a los que he tenido abandonados. A Esther y Manolo, Inés y Víctor, y María José y Carlos. Por culpa de este embarazo y parto tan largos apenas los he podido ver ni a ellos ni a sus niños. A Cristina, por faltar a su cumpleaños. No tengo perdón de Dios, lo sé. ¡Ah! Y al Reverendo por las partidas de mus que no he jugado.

A Esperanza y Jesús, por abandonarlos en épocas de grandes labores. Y a Junior y Jorge por su paciencia esperando Tramórea. (Esto vale para muchos más.)

A mi hija Lydia, por sus ánimos y por aguantar a un padre con la mente un poco perdida en la Antigüedad.

Y a Marimar. Aparte de sufrir los desvaríos de un friqui de Grecia y Roma, ha

sido quien me ha sacado del hoyo en los momentos de desesperación, que cuando se escribe una novela son muchos, amén de las muchas correcciones y sugerencias que me ha hecho mientras seguía por entregas y a veces en absoluto desorden las aventuras y desventuras de Alejandro, Néstor, Clea, Euctemón, Gayo Julio y demás griegos y romanos.

Y a todos los lectores que habéis llegado hasta aquí conmigo. Espero que nos veamos en *El último viaje de Alejandro Magno*.

Javier Negrete
www.javiernegrete.com
www.laespadadefuego.com

Notas

[1] 27 de mayo del año 323 a.C
[2] 10 de agosto del año 317 a.C.
[3] 11 de agosto
[4] ¡Victoria!
[5] Ésta y las anteriores expresiones latinas aparecen así en el original [Nota del escaneador].
[6] Añadido más tarde en el margen: «He descubierto que no es una costumbre extendida, sino una innovación de G. Julio para espolear a sus hombres».
[7] «Debo ser más fuerte que Crátero.» Alejandro hace un juego de palabras con el nombre de su general, que significa «fuerte», aunque para ello utilice una forma analógica del comparativo y no la correcta
[8] En griego la palabra «guerra», *pólemos*, es masculina.
[9] «Lo seremos»